OBRAS, TOMO VIII (1918)

V. I. Lenin

Edición: Progreso, Moscú 1973.
Lengua: Castellano.
Digitalización: Koba.
Distribución: http://bolchetvo.blogspot.com/



Índice

PREFACIO

En el presente volumen de las *Obras Escogidas* en doce tomos se incluyen artículos, discursos y libros de Lenin escritos entre marzo y noviembre de 1918.

Al comienzo del tomo se insertan los informes presentaos por V. I. Lenin al VII Congreso del partido, que se celebró en marzo de 1918. En este congreso, lo mismo que en el IV Congreso Extraordinario de los Soviets, se discutió la ratificación del Tratado de Paz de Brest. La inmensa mayoría de los delegados a los dos congresos apoyó el acuerdo del CC del partido de firmar este tratado de paz que, si bien fue concertado en condiciones durísimas para Rusia, proporcionó la tregua necesaria al pueblo, atormentado hasta el extremo por los cuatro años de guerra, el desbarajuste económico y el hambre. La postura de los eseristas de izquierda y de los comunistas de "izquierda", que exigían que no se firmase el tratado de paz y se declarase la "guerra revolucionaria" a Alemania, obtuvo tenaz resistencia. El IV Congreso de los Soviets ratificó el Tratado de Paz de Brest.

Nada más haberse concertado la paz, Lenin propuso en el artículo *Las tareas inmediatas del Poder soviético* y en el informe homónimo que presentó a la sesión del CEC de tosa Rusia el plan de restablecimiento y transformación de la economía de Rusia, basándola en los principios socialistas. Las tareas principales que Lenin formuló; elevación de la productividad del trabajo, introducción de la contabilidad y el control más rigurosos en la producción y distribución de los productos, el fortalecimiento máximo de la disciplina laboral y el desarrollo de la emulación socialista.

Al problema de las vías de paso del capitalismo al socialismo están consagrados asimismo el artículo de Lenin *Acerca del infantilismo "izquierdista" y del espíritu pequeñoburgués,* los discursos pronunciados en las sesiones del CEC de toda Rusia, del Soviet de Moscú y del I Congreso de los Consejos de Economía Nacional, etc. El pueblo soviético, decía Lenin, tiene planteada la tarea de "transformar toda la suma de riquísimas reservas de cultura, de conocimientos y de técnica acumuladas por el capitalismo e históricamente necesarias, indispensables para nosotros, de transformar todo eso de instrumento del capitalismo en instrumento del socialismo".

Entonces se planteaba en primer plano la tarea de combatir el hambre, esta herencia del régimen autocrático y de los durísimos cuatro años de guerra. En la alocución a los obreros de Petrogrado *El hambre* se expone el plan leninista para combatirlo: crear destacamentos de obreros avanzados para organizar el suministro de comestibles e incorporar a los pobres del campo a esta labor.

En el presente volumen se incluye la carta de Lenin a los obreros norteamericanos, escrita en agosto de 1918 cuando los imperialistas de Inglaterra, Francia, los EE.UU. y el Japón comenzaron la intervención armada contra Rusia con el fin de destruir el Poder soviético. Esta carta denunciaba con la mayor evidencia y fuerza de convicción la voracidad y la hipocresía sin par de la política de las potencias imperialistas que habían atacado a la joven República Soviética. Si bien el propio envío de la carta de Lenin a los EE.UU. era algo complicado y difícil, debido al bloqueo de la Rusia Soviética y a la intervención, cruzó el océano y, en diciembre de 1918, se publicó en la prensa del ala revolucionaria del movimiento obrero norteamericano y luego en la prensa izquierdista de Francia e Inglaterra. La *Carta a los obreros norteamericanos* contribuyó a que se intensificase en esos países el movimiento de protesta contra la intervención armada de los imperialistas en la Rusia Soviética.

* * *

Todas las obras incluidas en el tomo van en orden cronológico. Han sido traducidos de la 5ª edición en ruso de las *Obras Completas* de V. I. Lenin, preparada por el Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS, indicándose al pie de cada trabajo el tomo y las páginas correspondientes.

LA EDITORIAL.

VII CONGRESO EXTRAORDINARIO DEL PC(B) DE RUSIA.

1. Informe político del Comité Central, 7 de marzo.

El informe político podría consistir en la enumeración de las medidas adoptadas por el CC; pero lo que requieren los presentes momentos no es un informe de esta naturaleza, sino *un bosquejo de nuestra revolución en conjunto*; sólo un bosquejo así puede ofrecer la única argumentación marxista de todas nuestras decisiones. Debemos examinar todo el curso precedente del desarrollo de la revolución y esclarecer las causas por las cuales se ha modificado su ulterior desarrollo. En nuestra revolución hay virajes que pueden tener inmensa importancia para la revolución internacional; me refiero precisamente a la *Revolución de Octubre*[1].

Los primeros éxitos de la Revolución de Febrero[2] determinados por el hecho de que no sólo la masa campesina, sino también la burguesía seguían al proletariado. De aquí la facilidad de la victoria sobre el zarismo, que no pudimos conseguir en 1905. La creación espontánea de los Soviets de diputados obreros, por iniciativa propia de las masas, durante la Revolución de Febrero repitió la experiencia de 1905 y nos obligó a proclamar el principio del Poder soviético. Las masas aprendían las tareas de la revolución en su propia experiencia de lucha. Los acontecimientos de los días 20 y 21 de abril[3] constituyen una combinación peculiar de una manifestación con algo parecido a una insurrección armada. Fue lo bastante para que cayera el gobierno burgués. Comienza entonces un largo período de política conciliadora, derivada de la propia naturaleza del gobierno pequeñoburgués instalado en el poder. Los acontecimientos de julio[4] no podían traer todavía la dictadura del proletariado, pues las masas no estaban aún preparadas. Por eso, ninguna organización responsable las invitó a ello. Pero los acontecimientos de julio tuvieron una gran importancia en el sentido de que constituyeron una exploración realizada en el campo enemigo. La korniloviada[5] y los acontecimientos posteriores, que fueron enseñanzas prácticas, hicieron posible la victoria de octubre. El error de quienes querían compartir también el poder en octubre[6] consiste en que no supieron establecer un vínculo entre la victoria de octubre y las jornadas de julio, la ofensiva, la korniloviada, etc., etc., acontecimientos todos ellos que llevaron a la mente de la masa de millones de hombres la idea de que el Poder soviético era una cosa inevitable. A continuación, viene nuestra marcha triunfal por toda Rusia, acompañada por el anhelo de paz que invadía a todos. Sabemos que con una renuncia unilateral a la guerra no obtendremos la paz. Esto ya lo habíamos señalado en la Conferencia de Abril[7]. En el período que va de abril a octubre, los soldados se dieron perfecta cuenta de que la política de conciliación no hacía más que prolongar la guerra y provocar intentos salvajes y absurdos de los imperialistas de emprender la ofensiva, de enzarzarse aún más en una guerra que duraría años y años. En este terreno era preciso pasar a toda costa y lo antes posible a una política activa de paz, era preciso poner el poder en manos de los Soviets y barrer por completo la propiedad terrateniente. Esta última era apoyada, como sabéis, no sólo por Kerenski, sino también por Avxéntiev, que llegó incluso a ordenar la detención de los miembros de los comités agrarios. Y fue esta política y la consigna de "¡El poder a los Soviets!", que nosotros íbamos inculcando a las grandes masas populares, las que nos permitieron en octubre triunfar con tanta facilidad en Petrogrado, las que convirtieron los últimos meses de la revolución rusa en una marcha triunfal ininterrumpida.

La guerra civil se convirtió en un hecho. Lo que nosotros predecíamos al comienzo de la revolución, e incluso al comienzo de la guerra, y hacia lo que gran parte de los medios socialistas manifestaban entonces su desconfianza o incluso su ironía, es decir, la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, el 25 de octubre de 1917 se convirtió en un hecho para uno de los países beligerantes mayores y más atrasados. En esta guerra civil, la inmensa mayoría de la población estuvo a nuestro lado, y en consecuencia, la victoria se nos dio con extraordinaria facilidad.

Adondequiera que fuesen, las tropas que abandonaban el frente eran portadoras del máximo de decisión revolucionaria de acabar con la política conciliadora; y los elementos partidarios de dicha política, la guardia blanca, los retoños de los terratenientes quedaron privados de todo apoyo entre la población. Con el paso de las grandes masas y de las unidades militares, que avanzaban contra

nosotros, al lado de los bolcheviques, la guerra contra dichos elementos se convirtió en una marcha triunfal de la revolución. Esto lo hemos visto en Petrogrado, en el frente de Gátchina, donde vacilaron los cosacos que Kerenski y Krasnov intentaban lanzar contra la capital roja. Esto lo hemos visto más tarde en Moscú, en Oremburgo y en Ucrania. Por toda Rusia se encrespaba la ola de la guerra civil, y en todas partes triunfábamos con extraordinaria facilidad precisamente porque el fruto estaba maduro, porque las masas ya habían pasado por toda la experiencia de la política de pactos con la burguesía. Nuestra consigna de "¡Todo el poder a los Soviets!", comprobada en la práctica por las masas a lo largo de una gran experiencia histórica, prendió con fuerza en ellas.

Por esta razón constituyeron una marcha triunfal tan rotunda los primeros meses de la revolución rusa que siguieron al 25 de octubre de 1917. Esta marcha triunfal relegaba a segundo plano, hacía olvidar las dificultades con las que la revolución socialista tropezó desde los primeros momentos y con las que no podía menos de tropezar. Una de las diferencias fundamentales entre la revolución burguesa y la revolución socialista consiste en que, para la revolución burguesa, que brota del feudalismo, se van creando gradualmente, en el seno del viejo régimen, nuevas organizaciones económicas que modifican poco a poco todos los aspectos de la sociedad feudal. La revolución burguesa tenía una sola misión: barrer, arrojar, romper todas las ataduras de la sociedad anterior. Al cumplir esta tarea, toda revolución burguesa lleva a cabo cuanto de ella se exige: intensificar el desarrollo del capitalismo.

Muy distinta es la situación en que se halla la revolución socialista. Cuanto más atrasado es el país que, en virtud de los zigzags de la historia, ha tenido que comenzar la revolución socialista, más difícil le resulta pasar de las viejas relaciones capitalistas a las relaciones socialistas. Aquí, a las tareas destructivas se añaden otras nuevas, de inaudita dificultad: las de organización. Si la iniciativa creadora popular de la revolución rusa, que pasó por la gran experiencia de 1905, no hubiera creado ya en febrero de 1917 los Soviets, éstos en modo alguno habrían podido tomar el poder en octubre, pues el éxito sólo dependía de que el movimiento, que abarcaba a millones de personas, contase con formas de organización ya plasmadas. Estas formas ya plasmadas fueron los Soviets, y por ello, nos aguardaban éxitos tan brillantes en el terreno político y una marcha triunfal ininterrumpida como la que hemos realizado, pues la nueva forma de poder político estaba ya dispuesta y sólo nos restaba transformar mediante algunos decretos aquel poder de los Soviets que en los primeros meses de la revolución se hallaba en estado embrionario, en forma legalmente reconocida y afianzada en el Estado ruso: en la República Soviética de Rusia. Esta surgió de golpe y con tanta facilidad porque, en febrero de 1917, las masas crearon los Soviets, antes incluso de que ningún partido hubiese tenido siquiera tiempo de lanzar esta consigna. Ha sido el mismo genio creador del pueblo el que, después de haber pasado por la amarga experiencia de 1905, aleccionado por ella, diera esta forma de poder proletario. La consecución de la victoria sobre el enemigo interior fue una tarea fácil en sumo grado. Fue de una facilidad extraordinaria crear el poder político, pues las masas nos proporcionaron la armazón, la base de este poder. La República de los Soviets nació de golpe. Pero quedaban todavía dos problemas de una dificultad inmensa cuya solución en modo alguno podía ser aquel camino triunfal por el que avanzó en los primeros meses nuestra revolución. No nos cabía ni podía cabemos la menor duda de que, en lo sucesivo, la revolución socialista iba a tropezar con tareas de una dificultad gigantesca.

Primero, las tareas de organización interna que se plantean a toda revolución socialista. La diferencia entre la revolución socialista y la revolución burguesa está, precisamente, en que, en el segundo caso, existen formas plasmadas de relaciones capitalistas, mientras que el Poder soviético, poder proletario, no se encuentra con relaciones plasmadas, si se prescinde de las formas más desarrolladas del capitalismo, que en el fondo abarcan sólo en pequeña medida a los sectores superiores de la industria y muy escasamente a la agricultura. La organización de la contabilidad, el control sobre las empresas más importantes, la transformación de todo el mecanismo económico del Estado en una sola gran máquina, en un organismo económico que funcione de modo que centenares de millones de personas se rijan por un solo plan: he ahí la inmensa tarea de organización que recayó sobre nuestros hombros. Dadas las condiciones actuales del trabajo, este problema no admitía en absoluto una solución improvisada, como las que solíamos dar a los problemas de la guerra civil. La propia naturaleza del asunto impedía tales soluciones. Si habíamos triunfado con tanta facilidad sobre las fuerzas de Kaledin[8] y creado la República Soviética con una resistencia que no merecía siquiera gran atención fue porque tal curso de los acontecimientos había sido prejuzgado ya por todo el desarrollo objetivo precedente, de manera que sólo faltaba pronunciar la última palabra, cambiar el rótulo y, en lugar de "los Soviets constituyen una organización profesional", poner "los Soviets constituyen la única forma de poder del Estado"; si esto era así, en el terreno de los problemas de organización las cosas se presentaban de modo muy distinto. Aquí encontrarnos dificultades inmensas. Aquí, desde el primer momento, fue evidente, para todo el que quisiera examinar con detenimiento los problemas de nuestra revolución, que la

descomposición que la guerra había llevado a la sociedad capitalista sólo podía ser vencida con una tenaz autodisciplina durante un período prolongado; sólo con métodos extraordinariamente duros, largos y tenaces podremos superar esta descomposición y vencer a los elementos que contribuyeron a acrecentarla y tenían la revolución por un medio de desembarazarse de las viejas cadenas, procurando sacar de ella la mayor tajada posible. La aparición de estos elementos a gran escala era un fenómeno inevitable en un país de pequeños campesinos y en unos momentos de indecible ruina. Y nos espera una lucha contra estos elementos, lucha cien veces más difícil que no promete posiciones efectistas de ningún género, una lucha que apenas hemos iniciado. Nos hallamos en el primer peldaño de esta lucha. Nos esperan todavía duras pruebas. En este caso, dada la situación objetiva de las cosas, en modo alguno podremos limitarnos a marchar triunfalmente a banderas desplegadas, como lo hicimos contra las tropas de Kaledin. Todo el que intentase trasladar este método de lucha a los problemas de organización que se alzan en el camino de la revolución sufriría un fracaso rotundo como político, como socialista y como dirigente de la revolución socialista.

Y la misma suerte les esperaba a algunos de nuestros jóvenes camaradas que se entusiasmaban de la inicial marcha victoriosa de la revolución en el momento en que ante ésta se alzó la segunda dificultad gigantesca: la cuestión internacional. Si hemos podido acabar de manera tan fácil con las bandas de Kerenski, si hemos instaurado con tanta facilidad nuestro poder, si hemos conseguido sin la menor dificultad los decretos de socialización de la tierra y del control obrero[9] si hemos logrado de manera tan fácil todo esto se debe exclusivamente a que las condiciones favorables creadas durante breve tiempo nos protegieron del imperialismo internacional. El imperialismo internacional, con todo el poderío de su capital, con su máquina bélica muy bien organizada, que constituye la verdadera fuerza, la verdadera fortaleza del capital internacional, en modo alguno, ni bajo condición alguna, podía acostumbrarse a vivir al lado de la República Soviética tanto por su situación objetiva como por los intereses económicos de la clase capitalista que él encarna; y no podía en virtud de los vínculos comerciales, de las relaciones financieras internacionales. Aquí el conflicto es inevitable. En ello reside la más grande dificultad de la revolución rusa, su mayor problema histórico: la necesidad de resolver los problemas internacionales, la necesidad de provocar la revolución internacional; la necesidad de realizar el paso de nuestra revolución, como revolución estrechamente nacional, a la revolución mundial. Este problema se nos planteaba con toda su extraordinaria dificultad. Repito, una gran parte de nuestros jóvenes amigos, que se consideran izquierdistas, ha comenzado a olvidar lo más importante, a saber: la razón por la cual, durante las semanas y meses del grandioso triunfo que siguió a Octubre, hemos podido seguir marchando de triunfo en triunfo con tanta facilidad. Y, sin embargo, esto ha sido posible únicamente porque la especial coyuntura internacional que se había formado nos ha protegido temporalmente del imperialismo. Otras cosas le preocupaban más que nosotros. También a nosotros nos pareció que otras cosas debían preocuparnos más que el imperialismo. Y a algunos imperialistas les preocupaban más otras cosas que nosotros únicamente porque toda la inmensa fuerza sociopolítica y militar del actual imperialismo mundial se hallaba en ese momento dividida en dos grupos por una guerra intestina. Enzarzados en esta guerra, las fieras imperialistas han llegado a extremos increíbles, a empeñarse en una lucha a muerte hasta el punto de que ninguno de estos grupos ha podido concentrar fuerzas de alguna importancia contra la revolución rusa. En octubre coincidimos precisamente con este momento: nuestra revolución ha coincidido precisamente -esto es paradójico, pero justo- con el feliz momento en que sobre la gran mayoría de los países imperialistas se habían abatido inauditas calamidades en forma de exterminio de millones de vidas; momento en que la guerra extenuaba a los pueblos con estragos nunca vistos; momento en que, en el cuarto año de guerra, los países beligerantes se encontraban en un callejón sin salida, en una encrucijada; momento en que se planteaba objetivamente la cuestión de si podrían seguir luchando unos pueblos que habían sido llevados a semejante situación. Sólo gracias al hecho de que nuestra revolución ha coincidido con este feliz momento en que ninguno de los dos gigantescos grupos de fieras se hallaba en estado de lanzarse inmediatamente el uno sobre el otro ni podía agruparse contra nosotros; sólo aprovechando, como efectivamente aprovechó nuestra revolución, este momento en las relaciones políticas y económicas internacionales pudo recorrer su brillante camino triunfal en la Rusia europea, pasar a Finlandia y comenzar a conquistar el Cáucaso y Rumania. Sólo así puede explicarse el que entre nosotros, en los círculos avanzados de nuestro partido, aparecieran militantes, intelectuales superhombres a quienes se les subió a la cabeza esta marcha triunfal y los cuales decían: nosotros venceremos al imperialismo internacional; también allí el camino que se ha de recorrer será un camino triunfal; allí no existen verdaderas dificultades. Esto diverge de la situación objetiva de la revolución rusa, que ha aprovechado sólo las dificultades temporales del imperialismo internacional, pues la máquina que debía lanzarse sobre nosotros, lo mismo que un tren se lanza contra una carretilla y la destroza, se detuvo temporalmente,

y se detuvo porque habían chocado entre sí dos grupos de fieras. Tanto aquí como allí, el movimiento revolucionario iba en crecimiento; pero en todos los países imperialistas sin excepción este movimiento revolucionario se hallaba todavía, en la mayoría de los casos, en estado incipiente. El ritmo de su desarrollo era distinto por completo del de Rusia. Para todo el que se de tuviese a meditar sobre las premisas económicas de la revolución socialista en Europa no podía menos de resultar evidente que en Europa es muchísimo más difícil comenzar la revolución, mientras que en Rusia es inconmensurablemente más fácil comenzarla, pero será más difícil continuarla. Esta situación objetiva ha sido la causa de que tuviéramos que dar un viraje histórico extraordinariamente difícil y brusco. Después de una marcha triunfal tan rotunda como la que hemos hecho en los meses de octubre, noviembre y diciembre en nuestro frente interior, combatiendo a nuestra contrarrevolución, a los enemigos del Poder soviético, hubimos de chocar con el verdadero imperialismo internacional, rebosante de verdadero odio a nosotros. Del período de marcha triunfal tuvimos que pasar a un período en que la situación era de una dureza y una dificultad extraordinarias y de la que, naturalmente, no podíamos salir con simples palabras o consignas brillantes -por muy agradable que esto fuese-, pues en nuestro desorganizado país teníamos unas masas terriblemente cansadas que habían llegado a un estado tal que no había posibilidad alguna de seguir luchando, con unas masas tan extenuadas por tres años de guerra agotadora que, desde el punto de vista militar, se hallaban un estado de completa inutilidad. Ya antes de la Revolución de Octubre habíamos visto cómo representantes de las masas de soldados, que no pertenecían al partido bolchevique, no tenían inconveniente en proclamar la verdad ante toda la burguesía, diciendo que el ejército ruso no continuaría la guerra. Esta situación del ejército fue causa de una crisis gigantesca. El país de pequeñas haciendas campesinas, al que la guerra ha desorganizado y conducido a un estado calamitoso, se halla en una situación de extraordinaria gravedad no tenemos ejército, pero hemos de seguir viviendo al lado de un feroz bandido armado hasta los dientes, que era y sigue siendo por ahora un bandido y al que, naturalmente, no se puede persuadir con prédicas de paz sin anexiones ni contribuciones. Era como si un manso animal doméstico estuviese al lado de un tigre y tratase de convencerlo de que la paz tiene que ser una paz sin anexiones ni contribuciones. Pero una paz sin anexiones ni contribuciones no podía conseguirse más que atacando al tigre. Ciertos círculos dirigentes de nuestro partido -los intelectuales y algunas organizaciones obreras- intentaron deshacerse de esta perspectiva sobre todo mediante frases y evasivas: las cosas no deben suceder así. Esta paz[10] constituía una perspectiva demasiado inverosímil para que nosotros, que hasta ahora habíamos ido al combate a banderas desplegadas y que con nuestros gritos habíamos derrotado a todos los enemigos, pudiésemos ceder, pudiésemos aceptar unas condiciones humillantes. ¡Jamás! Somos unos revolucionarios demasiado orgullosos, y, ante todo, decimos: “Los alemanes no podrán atacar”.

Esa era la primera salvedad con la que se consolaban dichas gentes. La historia nos ha colocado en los momentos presentes en una situación extraordinariamente difícil; al mismo tiempo que realizamos una labor orgánica de inusitada dificultad, tenemos que pasar por toda una serie de torturantes derrotas. Si examinamos la situación a escala histórica mundial, no cabe la menor duda de que, si nuestra revolución se quedase sola, si no existiese un movimiento revolucionario en otros países, no existiría ninguna esperanza de que llegase a alcanzar el triunfo final. Si el partido bolchevique se ha hecho cargo de todo, lo ha hecho convencido de que la revolución madura en todos los países, y que, a la larga -y no a la corta-, cualesquiera que fuesen las dificultades que hubiéramos de atravesar, cualesquiera que fuesen las derrotas que tuviésemos deparadas, la revolución socialista internacional tiene que venir, pues ya viene, tiene que madurar, pues ya madura y llegará a madurar del todo. Nuestra salvación de todas estas dificultades –repito- está en la revolución europea. Partiendo de esta verdad, verdad completamente abstracta, y orientándonos por ella, tenemos que cuidar de que esta verdad no se convierta con el tiempo en una frase huera, ya que toda verdad abstracta, aplicada sin sometimiento a ningún análisis, se convierte en una frase huera. Si decís que tras cada huelga se oculta la hidra de la revolución y que quien no lo comprende no es socialista, habréis dicho una verdad. En efecto, tras cada huelga se oculta la revolución socialista. Pero si decís que cada huelga constituye un paso directo hacia la revolución socialista, habréis dicho una frase huera. Hemos oído esta eterna cantinela hasta la saciedad, hasta el punto de que los obreros han desechado todas estas frases anarquistas, pues tan indudable es que tras cada huelga se esconde la hidra de la revolución socialista como absurda por completo la afirmación de que de cada huelga se puede pasar a la revolución. Tan indiscutible en absoluto es que todas las dificultades de nuestra revolución sólo podrán ser superadas cuando madure la revolución socialista mundial, que está madurando ahora en todas partes, como absurda por completo la afirmación de que no debe preocuparnos cada dificultad determinada, concreta, del momento, de nuestra revolución, diciendo: “Baso mis cálculos en el movimiento socialista internacional y, por tanto, puedo hacer toda clase de tonterías”. “Liebknecht me

sacará de apuros, pues él triunfará de todas las maneras". Organizará las cosas de tal modo y señalará todo de antemano de tal modo que no tendremos más que tomar los modelos ya acabados, de igual manera que tomamos de Europa Occidental la doctrina marxista ya acabada, quizás gracias a lo cual haya triunfado esta doctrina en Rusia en unos cuantos meses, mientras que para su triunfo en Europa Occidental han sido precisas decenas de años. Así pues, este trasplante del viejo método de resolver el problema de la lucha mediante una marcha triunfal al nuevo periodo histórico constituye una aventura que no conduce a nada; este nuevo período histórico que ya ha llegado, nos coloca ante un bandido internacional, el imperialismo de Alemania, donde la revolución madurando, pero donde, indudablemente, no ha madurado todavía, y no ante esos baldragas de Kerenski y Kornílov. La afirmación de que el enemigo no se decidiría a atacar la revolución era una aventura de esta naturaleza. Las negociaciones de Brest no representan todavía el momento en que deberíamos aceptar cualesquiera condiciones de paz. La correlación objetiva de fuerzas correspondía a una situación en la que la obtención de una tregua era poco. Las negociaciones de Brest tenían que demostrar que los alemanes iban a atacar, que la sociedad alemana no estaba lo suficientemente preñada de revolución para que ésta pudiese estallar inmediatamente. Y no podemos achacar a los imperialistas alemanes el que, con su conducta, no hubiesen preparado todavía esta explosión o, como dicen nuestros jóvenes amigos que se consideran izquierdistas, una situación en la que las tropas alemanas no pudiesen atacar. Cuando se les dice que no tenemos ejército, que nos hemos visto obligados a desmovilizarlo -y nos hemos visto obligados, a pesar de que no hemos olvidado ni por un momento que al lado de nuestro manso animal doméstico se encontraba un tigre-, no lo quieren comprender. Y si nos vimos obligados a desmovilizar el ejército, en modo alguno habíamos olvidado que no es posible poner fin a la guerra con la orden unilateral de clavar las bayonetas en tierra.

¿Cómo ha podido ocurrir, en general, que ninguna corriente, ninguna tendencia, ninguna organización de nuestro partido se haya manifestado contra esta desmovilización? ¿Nos habremos vuelto completamente locos? Nada de eso. Los militares, que no eran bolcheviques, decían ya antes de Octubre que el ejército no podía luchar, que no había posibilidad de retenerlo en el frente unas cuantas semanas. Después de Octubre, esto fue evidente para todo el que quisiera ver los hechos, la amarga y desagradable verdad, y no esconderse o taparse los ojos, escabulléndose con frases vanidosas. No tenemos ejército. No hay posibilidad de retenerlo en el frente. Lo mejor que podemos hacer es desmovilizarlo cuanto antes. Es la parte enferma de un organismo, es la parte que ha experimentado sufrimientos indecibles, que ha sido atormentada por las privaciones de una guerra en la que había entrado sin preparación técnica y de la que salió en tal estado que era presa del pánico ante cada ofensiva. No se puede increpar por esto a unos hombres que han padecido sufrimientos tan inauditos. Los soldados han dicho con toda sinceridad en centenares de resoluciones, incluso en el primer período de la revolución rusa, que "nos hemos ahogado en sangre; no podemos seguir luchando". Se podía haber aplazado artificialmente la terminación de la guerra; se podía haber recurrido a las trapacerías de Kerenski; se podía aplazar el final por unas cuantas semanas, pero la realidad objetiva se abría paso. El ejército es la parte enferma del organismo estatal ruso que no puede seguir soportando el peso de la guerra. Cuanto antes lo desmovilicemos, tanto menos tardará en reabsorberse entre las partes que no han sido contaminadas del todo, tanto antes estará el país preparado para nuevas y duras pruebas. Esto es lo que nos guiaba cuando tomamos unánimemente, sin la menor protesta, una decisión absurda desde el punto de vista de los acontecimientos exteriores: la de desmovilizar el ejército. Fue una medida acertada. Nosotros decíamos que intentar retener el ejército era una ilusión pueril. Cuanto antes desmovilicemos el ejército, tanto más pronto comenzará el restablecimiento de todo el organismo social en su conjunto. Por esta razón la frase revolucionaria "los alemanes no pueden atacar", de la que derivaba esta otra: "podemos proclamar el fin de la guerra; ni guerra ni conclusión de la paz", constituían un error tan profundo y una sobrestimación tan amarga de los acontecimientos. Pero ¿y si los alemanes atacan? "No, los alemanes no pueden atacar". ¿Pero acaso tenéis derecho a jugaros a una carta no la suerte de la revolución internacional, sino el problema concreto de saber si no vais a desempeñar el papel de auxiliares del imperialismo alemán cuando llegue dicho momento? Pero nosotros, que desde octubre de 1917 nos hemos convertido todos en defensistas, en partidarios de la defensa de la patria, sabemos que hemos roto con los imperialistas no de palabra, sino de hecho, pues hemos denunciado los tratados secretos[11], hemos vencido a la burguesía en nuestro país y propusimos abiertamente una paz honrosa de modo que todos los pueblos pudieran ver prácticamente todas nuestras intenciones. ¿Cómo ha podido ocurrir que unas personas verdaderamente partidarias de la defensa de la República Soviética hayan ido a una aventura nueva ha dado sus frutos? Y esto es un hecho, pues la dura crisis por que atraviesa nuestro partido, con motivo de la formación dentro de él de una oposición de "izquierda", es una de las mayores crisis por las que ha pasado la revolución rusa.

Esta crisis será superada. Jamás nuestro partido ni

nuestra revolución se estrellarán contra esta crisis, aunque en el caso presente esto ha estado a punto de ocurrir, ha sido muy posible. La garantía de que no nos estrellaremos contra este problema reside en que el viejo método de resolver las discrepancias fraccionales, método basado en una cantidad extraordinaria de publicaciones y discusiones, y que contaba con buen número de escisiones, ha sido sustituido por un nuevo método de aprender aportado por los acontecimientos. Este método consiste en contrastarlo todo con los hechos, los acontecimientos y las enseñanzas de la historia universal. Decís que los alemanes no pueden atacar. Según vuestra táctica, podíamos declarar terminada la guerra; pero la historia os ha aleccionado, refutando esta ilusión. Sí, la revolución alemana va creciendo, pero no como quisiéramos, no crece con la rapidez que sería del agrado de los intelectuales rusos, no crece al ritmo establecido en octubre por nuestra historia, cuando llegábamos a cualquier ciudad, proclamábamos el Poder soviético y, a los pocos días, las nueve décimas partes de los obreros se venían con nosotros. La revolución alemana tiene la desgracia de no avanzar con tanta rapidez. Pero ¿quién debe hacer caso de quien: nosotros de la revolución alemana o la revolución alemana de nosotros? Vosotros quisisteis que la revolución alemana hiciese caso de vosotros, pero la historia os ha dado una lección. Y es una lección, porque constituye una verdad absoluta el hecho de que sin la revolución alemana estamos perdidos. Quizá no sea a Petrogrado ni a Moscú, sino a Vladivostok o aun a lugares más lejanos, a los que tengamos que trasladarnos, y de los que nos separa una distancia mayor que la mediante entre Petrogrado y Moscú. Pero, de todos modos, y con todas las peripecias posibles e imaginables, si la revolución alemana no estalla, estamos perdidos. Sin embargo, esto no nos hace vacilar ni un ápice en nuestra convicción de que debemos saber soportar las situaciones más difíciles sin fanfarronadas.

La revolución no llegará tan pronto como esperábamos. La historia lo ha demostrado y hay que saber aceptarlo como un hecho, hay que aprender a tener en cuenta que la revolución socialista mundial en los países avanzados no puede comenzar de manera tan fácil como en Rusia, país de Nicolás y de Rasputin, y donde, para gran parte de la población, era indiferente por completo saber qué clase de pueblos viven en la periferia y qué es lo que allí ocurre. En un país de esta naturaleza, comenzar la revolución era tan fácil como levantar una pluma.

Pero en un país donde el capitalismo se ha desarrollado y ha dado una cultura democrática y una organización que alcanzan hasta el último hombre, comenzar la revolución sin la debida preparación es un desatino, un absurdo. En este caso no hacemos más que abordar el penoso período del comienzo de las revoluciones socialistas. Y esto es un hecho. Quizá esta revolución -y esto es plenamente posible- triunfe dentro de pocas semanas, dentro de unos cuantos días. Nosotros no lo sabemos ni lo sabe nadie, y no podemos jugárnoslo a una carta. Es preciso estar preparados para dificultades extraordinarias, para derrotas extraordinariamente duras e inevitables, porque la revolución no ha comenzado todavía en Europa, aunque puede comenzar mañana, y, naturalmente, cuando comience ya no nos atormentarán más nuestras dudas, ya no se planteará la cuestión de la guerra revolucionaria, sino que no habrá más que una marcha triunfal ininterrumpida. Esto ocurrirá, esto tiene que ocurrir sin falta, pero no ha ocurrido aún. Este es un hecho simple que nos ha enseñado la historia, es un hecho con el que la historia nos ha pegado fuerte y ya es sabido que hombre escarmentado vale por dos. Por eso, después de que la historia nos ha pegado tan fuerte a propósito de esta esperanza nuestra de que los alemanes no podrían atacar y de que nosotros podríamos avanzar, confiando en nuestros "hurras", considero que esta lección, gracias a nuestras organizaciones soviéticas, llegar muy pronto a la conciencia de las masas de toda la Rusia Soviética. Estas masas se mueven, se preparan, se aprestan para el congreso, votan resoluciones, meditan sobre todo lo que acaba de pasar. Lo que ahora está pasando entre nosotros no son las viejas discusiones de antes de la revolución, que quedaban limitadas a círculos estrechos de partido, sino que todas las decisiones se someten a la discusión de las masas, que reclaman la comprobación de estas decisiones por la experiencia por la práctica y que nunca se dejan arrastrar por frases fáciles ni desviar del camino trazado por el curso objetivo de los acontecimientos. Naturalmente, podemos desentendernos de las dificultades que se alzan ante nosotros, cuando unos hallamos frente a un intelectual o un bolchevique de izquierda. Estos, naturalmente, pueden desentenderse de cuestiones tales como la de que uno tenemos ejército o la de que la revolución no se desencadena en Alemania. Las masas multitudinarias -y la política empieza allí donde hay millones de personas; la política seria empieza allí donde hay no miles, sino millones de personas- y los millones de personas saben lo que es el ejército, han visto a los soldados que volvían del frente. Saben -nos referimos a la verdadera masa y no a individuos sueltos- que no podemos luchar, que todo hombre ha sufrido en el frente cuanto se pueda imaginar. La masa ha comprendido la verdad, y esta verdad consiste en que, si no tenemos ejército, y a nuestro lado hay un bandido feroz, no tendremos más remedio que firmar un tratado de paz, por duro y humillante que sea. Esto es inevitable mientras no nazca la revolución, mientras no saneemos nuestro ejército, mientras no hagamos que los soldados vuelvan a sus casas. Mientras no hagamos esto, no devolveremos la salud al enfermo. No someteremos a

la fiera alemana con mera audacia, no nos desembarazaremos de ella como nos desembarazamos de Kerenski y de Kornilov. Es ésta una lección que las masas han aprendido sin los subterfugios que querían ofrecerles ciertas personas deseosas de cerrar los ojos a la triste realidad.

Al principio, durante los meses de octubre y noviembre, una marcha triunfal ininterrumpida. De pronto, la revolución rusa es derrotada en pocas semanas por el bandido alemán, la revolución rusa se halla dispuesta a aceptar las condiciones de un tratado leonino. Sí, los virajes de la historia son muy duros; y en nuestra historia estos virajes son siempre duros. Cuando en 1907 firmamos con Stolypin un tratado interior bochornoso en grado excepcional y tuvimos que pasar por el establo de la Duma stolypiniana, aceptando un compromiso al firmar los papeluchos monárquicos[12], vivimos, aunque a menor escala, lo mismo que estamos viviendo hoy. Entonces, unos hombres pertenecientes a la mejor vanguardia de la revolución decían (y tampoco dudaban un momento de que les asistía la razón): "Nosotros somos unos revolucionarios orgullosos, creemos en la revolución rusa y jamás entraremos en las instituciones legales de Stolypin". Sí, entraréis. La vida de las masas, la historia son más fuertes que vuestras afirmaciones. Y si no entráis, la historia os obligará a entrar. Y al primer viraje de la historia, estos elementos, que eran muy izquierdistas, no dejaron, como fracción, más rastro que una humareda. Si entonces supimos seguir siendo revolucionarios, trabajar en condiciones penosas y salir de nuevo de aquella situación, también ahora sabremos salir de ésta, porque no es un capricho nuestro, sino la necesidad objetiva creada en un país arruinado hasta más no poder, porque, pese a nuestros deseos, la revolución europea se ha atrevido a retrasarse, y el imperialismo alemán, pese a nuestros deseos, se ha atrevido a atacar.

Lo que hace falta aquí es saber replegarse. No escaparemos de la realidad, terriblemente amarga y lamentable, con simples frases. Es preciso decir: ¡Ojalá podamos replegarnos conservando el orden, aunque sea a medias! No podemos replegarnos en orden. ¡Ojalá podamos hacerlo a medias, ganar un poco de tiempo para que la parte enferma de nuestro organismo pueda reabsorberse aunque sea un poco! El organismo en su conjunto está sano y podrá, por tanto, vencer la enfermedad. Pero no se le puede exigir que la venza de golpe y porrazo, pues no es posible detener a un ejército que huye. Cuando una vez propuse a uno de nuestros jóvenes amigos que quería ser izquierdista: "camarada, vaya usted al frente y vea lo que allí ocurre en el ejército", mi propuesta fue tomada como una ofensa: "se nos quiere desterrar para que no realicemos aquí una agitación en pro de los grandes principios de la guerra revolucionaria". Por cierto, yo no hacía esta propuesta con la intención de desterrar a nuestros enemigos fraccionalistas; mi propósito era que viesen cómo el ejército había iniciado a desbandada inaudita. Y esto lo sabíamos antes, y tampoco antes podíamos cerrar los ojos ante el hecho de que la descomposición en el frente había llegado a hechos insólitos, a la venta de nuestros cañones a los alemanes por una miseria. Esto lo sabíamos tan bien como sabemos que no hay posibilidad de retener al ejército en el frente, y la evasiva de que los alemanes no iban a atacar equivalía a la mayor de las aventuras. Si bien es verdad que el comienzo de la revolución europea se ha retrasado, no lo es menos que nos esperan las derrotas más duras, porque no tenemos ejército, porque carecemos de organización, porque no podemos resolver ahora estos dos problemas. Si no sabéis adaptaros, si no estáis dispuestos a andar a rastras por el fango, no sois revolucionarios, sino unos charlatanes. Y yo no propongo que marchemos así porque me guste, sino porque no nos queda otro camino, porque la historia está lejos de sernos favorable hasta el punto de hacer que la revolución madure simultáneamente en todas partes.

Las cosas ocurren de tal modo que la guerra civil ha comenzado como un conato de choque con el imperialismo, que ha demostrado que éste se ha descompuesto por completo y que en el seno de cada ejército se alzan elementos proletarios. Sí, nosotros veremos la revolución internacional mundial; pero, mientras tanto, esto constituye un magnífico cuento, un hermoso cuento. Comprendo perfectamente que a los niños les gusten mucho los cuentos hermosos. Pero yo pregunto: ¿es propio de un revolucionario serio creer en cuentos? En todo cuento hay algo de realidad: si ofrecieseis a los niños un cuento en el que el gallo y el gato no hablasen como las personas, los niños perderían todo interés por dicho cuento. Exactamente igual que si dijerais al pueblo que la guerra civil en Alemania tiene que llegar, y al mismo tiempo garantizáis que, en lugar del choque con el imperialismo, vendrá una revolución mundial en los frentes; el pueblo dirá que lo engañáis. Sólo en vuestra imaginación y en vuestros deseos pasáis por las dificultades que ofrece la historia. Está bien si el proletariado alemán se halla en condiciones de alzarse. Pero, ¿lo habéis medido, habéis hallado un instrumento capaz de precisar el día en que va a nacer la revolución alemana? No. no lo sabéis, ni nosotros tampoco. Os lo jugáis todo a una carta. Si la revolución se desencadena, todo se ha salvado. ¡Naturalmente! Pero ¿y si no lo hace como nosotros queremos y se le ocurre no triunfar mañana? ¿Entonces, qué? Entonces las masas os dirán que habéis actuado como unos aventureros, que os lo habéis jugado todo a una carta, esperando un curso feliz de los acontecimientos que no advino, y, por tanto, no servís para la situación que se ha creado en

lugar de la revolución mundial, que tiene que llegar sin falta, pero que todavía no ha madurado.

Ha llegado un período de derrotas durísimas infligidas por un imperialismo armado hasta los dientes a un país que ha desmovilizado su ejército, que ha tenido que desmovilizarlo. Lo que yo predecía, ha sucedido plenamente: en lugar de la paz de Brest, hemos obtenido una paz mucho más humillante, por culpa de quienes no quisieron aceptar la primera. Nosotros sabíamos que si concertábamos una paz con el imperialismo, era por culpa del ejército. A quien teníamos enfrente, al firmar la paz, era a Hoffmann y no a Liebknecht. Y con ello ayudamos a la revolución alemana. En cambio, ahora ayudáis al imperialismo alemán, porque habéis entregado nuestras enormes riquezas: nuestros cañones y nuestras municiones. Esto lo debía predecir cualquiera que viese el estado terriblemente angustioso en que se hallaba el ejército. Cualquier persona honrada del frente lo decía: a la menor ofensiva de los alemanes estamos inevitable e inexorablemente perdidos. En pocos días, nos convertimos en presa del enemigo.

Después de esta lección, nosotros, por muy grave que sea esta enfermedad, superaremos nuestra escisión, nuestra crisis, porque en nuestro auxilio vendrá un aliado incomparablemente más fiel: la revolución mundial. Cuando nos hablan de la ratificación de esa paz de Tilsit[13], de esta paz inaudita, más humillante y más rapaz que la de Brest , yo digo: sí, indudablemente debemos hacerlo, pues vemos los acontecimientos desde el punto de vista de las masas. La tentativa de trasladar, con nuestra fantasía, la táctica del período correspondiente a los meses de octubre y noviembre, de ese período triunfal de la revolución dentro de un solo país, al curso de los acontecimientos de la revolución mundial es una tentativa condenada al fracaso. Cuando se dice que la tregua es una fantasía, cuando el periódico que se hace llamar *Kommunist*[14] -título derivado, por lo visto, de la Comuna- llena columnas enteras intentando refutar la teoría de la tregua, entonces yo digo: he pasado en mi vida por muchos choques fraccionales, por muchas escisiones; de manera que me sobra experiencia sobre el particular, pero he de decir, que para mí es evidente que esta enfermedad no se curará por el viejo procedimiento -el de las escisiones fraccionales del partido- porque la propia vida la curará antes. La vida marcha a grandes pasos. Y en este sentido obra a la perfección. La historia hace avanzar con tanta rapidez a la locomotora de la vida que antes de que la redacción de *Kommunist* tenga tiempo de publicar su número correspondiente, la mayoría de los obreros de Petrogrado ya habrá comenzado a desengañarse de sus ideas, porque la vida demuestra que la tregua es un hecho. Ahora firmamos la paz y tenemos una tregua que aprovechamos para defender mejor la patria; porque, si en lugar de esto hubiese guerra, lo que tendríamos sería aquel ejército que huía presa del pánico, al que sería preciso detener, pero al que nuestros camaradas no pueden ni han podido detener porque la guerra es más fuerte que toda clase de prédicas y que miles de razonamientos. Si no han comprendido la situación objetiva, no pueden detener el ejército, no podrán detenerlo. Este ejército enfermo contaminaba a todo el organismo, y el resultado fue una nueva y extraordinaria derrota, un nuevo golpe asestado por el imperialismo alemán a la revolución; y fue un golpe duro, porque nos despojamos con gran ligereza de las ametralladoras ante los golpes del imperialismo. Sin embargo, nosotros aprovechamos esta tregua para convencer al pueblo de la necesidad de agruparse, de luchar; la aprovechamos para decir a los obreros y a los campesinos rusos: "Forjad una disciplina consciente, una disciplina severa, pues, de lo contrario, os hallareis bajo la bota alemana, igual que os halláis ahora, como inevitablemente os hallaréis mientras el pueblo no aprenda a luchar, a crear un ejército que sea capaz de no huir, de soportar sufrimientos indecibles". Y esto es inevitable, porque la revolución alemana no ha nacido aún y no podemos garantizar que llegue mañana.

Por esta razón, la teoría de la tregua, negada en redondo por torrentes de artículos de *Kommunist*, es planteada por la vida misma. Cada cual puede observar que la tregua existe, que todos nos aprovechamos de ella. Nosotros suponíamos que íbamos a perder Petrogrado en unos cuantos días. Esto sucedía en el momento en que las tropas alemanas que se iban acercando se encontraban a unas pocas jornadas de la capital, mientras que, a pesar de su gran entusiasmo, los mejores marinos y los obreros de la fábrica Putílov se encontraban solos, en un momento en el que reinaba un caos indescriptible, una situación de pánico que había llevado a las fuerzas en su huida hasta Gátchina. Era un momento en que recuperábamos lo que no habíamos perdido, un momento en que las cosas ocurrían del siguiente modo: el telegrafista llegaba a una estación, se ponía al aparato y telegrafiaba: "No hay ni un solo alemán. La estación ha sido ocupada por nosotros". A las pocas horas se me comunicaba por teléfono desde el Comisariado de Vías de Comunicación: "Ha sido ocupada la estación siguiente. Nos acercamos a Yamburgo. No hay ni un solo alemán. El telegrafista ocupa su puesto". Tales han sido los momentos que hemos vivido. Esta es la verdadera historia de la guerra de los once días[15]. Esta historia nos la han descrito los marinos y los obreros de Putílov, a los que tenemos que llevar al congreso de los Soviets para que cuenten allí la verdad. Es una verdad terriblemente amarga y desagradable, es una verdad que duele, pero es cien veces más beneficiosa, pues es una verdad

comprendida por el pueblo ruso.

Yo admito que pueda uno dejarse llevar por la revolución internacional en los frentes, porque ésta llegará. Todo ha de llegar a su tiempo. Pero ahora emprended la organización de la autodisciplina, subordinaos por encima de todo para que tengamos un orden ejemplar, para que los obreros se dediquen, aunque sólo sea una hora al día, a aprender el arte militar. Esto es algo más difícil que contar un cuento bonito. Tal es la tarea actual, y, cumpliéndola, ayudaréis a la revolución alemana, a la revolución internacional. No sabemos cuántos días nos han concedido de tregua, pero la tregua la tenemos. Es preciso desmovilizar el ejército cuanto antes porque éste es un órgano enfermo. Y, mientras tanto, ayudaremos a la revolución finlandesa[16].

Sí es evidente que violamos el tratado, pero ya lo hemos, treinta o cuarenta veces. Sólo unos niños pueden dejar de comprender que, en esta época en que se inicia un período lento y penoso de liberación, un período que acaba de crear el Poder soviético y lo ha elevado tanto su desarrollo, sólo unos niños, repito, pueden no comprender que la lucha que aquí se va a desarrollar tiene que ser una lucha prolongada y prudente. Un tratado de paz vergonzoso provoca insurrecciones, pero cuando los camaradas de *Kommunist* discurren sobre la guerra, apelan a los sentimientos, olvidándose de que los hombres crispaban los puños de rabia y se les inyectaban los ojos de sangre. ¿Qué dicen? "Jamás un revolucionario consciente podrá soportar tal cosa, nunca aceptará semejante vergüenza". Su periódico lleva el título de *Kommunist*, pero debiera titularse *El Hidalgo*, ya que ve las cosas como un hidalgo que adopta una postura elegante para morir y dice con la espada en la mano: "La paz es un oprobio, la guerra un honor". Ellos discurren desde el punto de vista del hidalgo. Yo, desde el punto de vista del campesino.

Si yo acepto la paz en un momento en que el ejército huye, en que no puede menos de huir para no perder miles de hombres, lo hago evitando males mayores. ¿Es acaso vergonzoso el tratado? Cualquier campesino o cualquier obrero serio justificará mi posición, porque comprende que la paz es un recurso para reunir fuerzas. La historia conoce -ya me he remitido a esto más de una vez- cómo, después de la paz de Tilsit, los alemanes se liberaron de la dominación napoleónica. He calificado intencionadamente la paz con el nombre de paz de Tilsit, aunque nosotros no firmamos lo que en esta paz figuraba: el compromiso de ayudar con nuestras fuerzas al conquistador a conquistar otros pueblos. Y, sin embargo, la historia ha llegado a estos extremos, y también llegaremos nosotros si ciframos nuestras esperanzas sólo en la revolución internacional en los frentes. ¡Tened cuidado de que la historia no os conduzca también a esta forma de esclavitud militar! Y mientras la revolución socialista no haya triunfado en todos los países, existe la posibilidad de la esclavización de la República Soviética. En Tilsit, Napoleón obligó a los alemanes a firmar unas condiciones de paz inauditamente vergonzosas. En aquel entonces las cosas ocurrían de tal modo que la paz hubo de firmarse varias veces. El Hoffmann de entonces –Napoleón- se dedicaba a pillar a los alemanes en las infracciones de las condiciones de paz. Hoffmann nos pillará en lo mismo. Pero procuraremos que no sea tan pronto.

La última guerra ha dado al pueblo ruso una enseñanza amarga y penosa, pero sería; es la de saber organizarse, disciplinarse, subordinarse, de saber crear una disciplina ejemplar. Aprended de los alemanes a ser disciplinados, pues, en caso contrario, somos pueblo perdido y estaremos eternamente esclavizados.

Este y sólo éste ha sido el curso de la historia. La historia nos enseña que la paz es una tregua para la guerra y que la guerra es un medio de obtener una paz más o menos buena. La correlación de fuerzas en Brest correspondía a las condiciones de una paz impuesta al vencido, pero no era una paz humillante. La correlación de fuerzas en Pskov correspondía a una paz bochornosa, más humillante. En la etapa siguiente, en Petrogrado o en Moscú, nos impondrán una paz cuatro veces más humillante. Nosotros no diremos que el Poder soviético no es más que pura forma, como nos han dicho nuestros jóvenes amigos de Moscú, nosotros no diremos que en aras de tales o cuales principios revolucionarios podemos sacrificar el contenido. No, nosotros diremos: el pueblo ruso tiene que comprender que su deber consiste en disciplinarse, en organizarse, y entonces podrá soportar toda clase de paces de Tilsit. Toda la historia de las guerras de liberación nos enseña que cuando estas guerras afectaban a las grandes masas, la liberación sobre venía rápidamente. Nosotros decimos: si tal es el curso de la historia, tendremos que terminar la paz y retornar a la guerra. Y este futuro puede residir en los próximos días. Todos deben estar preparados. A mí no me cabe la menor duda de que los alemanes se están preparando más allá de Narva, si es cierto que no ha sido tomada, como afirman todos los periódicos. Si no es en Narva, es a las puertas de Narva; si no es en Pskov, es a las puertas de Pskov donde los alemanes están concentrando su ejército regular y preparando sus ferrocarriles para dar un nuevo salto y apoderarse de Petrogrado. Esta fiera ya ha demostrado que sabe saltar bien. Y va a saltar una vez más. No cabe la menor duda. Por eso, tenemos que estar preparados; tenemos que saber no lanzar fanfarronadas, sino aprovechar incluso un día de tregua, pues podemos aprovechar hasta un día para evacuar Petrogrado cuya pérdida significaría terribles penalidades para cientos de miles de nuestros proletarios. Digo una vez más que estoy dispuesto -y lo considero un

deber- a firmar un acuerdo veinte veces, cien veces más humillante con tal de obtener aunque sólo sean unos cuantos días para evacuar Petrogrado, ya que con ello alivio los padecimientos de los obreros, que, en caso contrario, pueden caer bajo el yugo de los alemanes. Facilito con ello la evacuación de materiales existentes en Petrogrado, pólvora, etc., que necesitamos, porque soy un defensista, porque soy partidario de que se prepare el ejército, aunque sea en la retaguardia más remota, donde se está reponiendo ahora el ejército desmovilizado, enfermo.

No sabemos cuánto durará la tregua, pero procuraremos aprovechar el momento. Quizá la tregua sea mayor, pero tal vez sólo dure unos cuantos días. Todo puede ocurrir, pero nadie sabe ni puede saber lo que va a ocurrir, porque todas las grandes potencias se ven atadas, constreñidas, se ven obligadas a luchar en varios frentes. La conducta de Hoffmann se ve condicionada, por una parte, por la necesidad de aplastar a la República Soviética; por otra, por el hecho de que tiene la guerra en toda una serie de frentes y, finalmente, porque la revolución en Alemania madura, crece, y Hoffmann lo sabe y no puede, como se afirma, apoderarse inmediatamente de Petrogrado ni de Moscú. Pero, y esto es en un todo posible, puede conseguirlo mañana. Repito; en un momento en que la enfermedad del ejército constituye un hecho irrefutable; cuando, por encima de todo, tenemos que aprovechar cada instante, aunque sólo sea para conseguir un día de tregua, en tal momento decimos: cada revolucionario serio, ligado a las masas, cada revolucionario que sepa lo que es la guerra y lo que son las masas tiene que disciplinar a las masas, tiene que someterlas a cura, tiene que procurar levantarlas a una nueva guerra. Todo revolucionario de este tipo aprobará nuestro proceder y reconocerá acertado cualquier pacto bochornoso, ya que este último se haría en aras de la revolución proletaria y de la renovación de Rusia, en aras de librarla de un órgano enfermo. Como cualquier persona sensata puede comprender, al firmar dicha paz no cejamos en nuestra revolución obrera. Y todo el mundo comprende que, al firmar la paz con los alemanes, nosotros no cejamos en nuestra ayuda militar; lo que enviamos a los finlandeses son armas, y no tropas que resultarían inservibles.

Tal vez tengamos que aceptar la guerra. Tal vez mañana tengamos que entregar también Moscú, pero luego pasaremos a la ofensiva. Y si se produce en la psicología de las masas el cambio radical que está madurando, para el que tal vez se requiera mucho tiempo, pero que tiene que llegar en el momento en que las grandes masas digan otra cosa de lo que ahora dicen, en tal caso podremos lanzar nuestro ejército contra el ejército enemigo. Tengo que aceptar la paz, aunque sea la más dura, porque, actualmente, no puedo decirme a mí mismo que ese momento ha llegado. Cuando llegue el momento de la renovación, todos lo experimentarán y verán que el ruso no es tonto. Hoy ve y mañana comprenderá la necesidad que tenemos de abstenemos, la necesidad de seguir esta orientación. En ello reside la tarea principal de nuestro congreso del partido y del congreso de los Soviets.

Es preciso saber trabajar en la nueva senda. Es mucho más duro, pero en modo alguno carece de perspectivas. Y en modo alguno hará fracasar al Poder soviético, si no somos nosotros mismos los que, con una aventura estúpida, lo hacemos fracasar. Llegará un momento en que el pueblo diga: no permito que se me martirice más. Pero eso sólo ocurrirá en el caso de que no nos lancemos a esa aventura, sino que aprendamos a trabajar en unas condiciones difíciles y con el tratado inauditamente humillante que acabamos de firmar en estos días. Pues de una crisis histórica de esta naturaleza no se sale con una sola guerra ni con un solo tratado de paz. El pueblo alemán se hallaba atado por su organización monárquica cuando en 1807 firmó su paz de Tilsit, después de varias paces humillantes, que se convertían en treguas a las que seguían una nueva humillación y una nueva infracción. La organización soviética de las masas nos aliviará esta labor.

Nuestra consigna puede ser sólo una: aprender de veras el arte militar, poner orden en los ferrocarriles. Dejar la guerra revolucionaria socialista sin ferrocarriles constituye una traición de lo más dañina. Es preciso poner las cosas en orden. Es preciso crear la energía y la fuerza capaces de dar vida a lo mejor de que dispone la revolución.

Ya que os conceden una tregua, aunque sólo sea por una hora, agarraos a ella para poder estar en contacto con la retaguardia profunda, para crear allí nuevos ejércitos. Abandonad las ilusiones por las que la realidad de la vida os ha castigado y aún os castigará más. Ante nosotros se perfila una época de derrotas muy duras, y esa época está en puertas, hay que aprender a tenerla en cuenta, es preciso estar preparados para una labor tenaz en condiciones ilegales, en condiciones de innegable esclavitud bajo los alemanes. No hay necesidad de embellecer esta verdad. Es una auténtica paz de Tilsit. Si sabemos obrar de este modo, entonces, a pesar de las derrotas, podremos decir con absoluta seguridad que triunfaremos. (*Aplausos*.)

Breve información periodística publicada el 9 de marzo (24 de febrero) de 1918 en el núm. 45 de "*Pravda*".

T. 36, 1-26.

2. Discurso de resumen de la discusión del informe político del Comité Central, 8 de marzo.

Camaradas: Permitidme que empiece por referirme a unas observaciones relativamente

pequeñas, empezando por el final. Al terminar su discurso, el camarada Bujarin ha llegado al extremo de compararnos con Petliura. Si considera que eso es así, ¿cómo puede seguir en el mismo partido que nosotros? ¿No es eso una frase? Naturalmente; si fuese así en realidad, no estaríamos en el mismo partido. El hecho de que estemos juntos demuestra que estamos de acuerdo con Bujarin en las nueve décimas partes. Es cierto que ha añadido unas cuantas frases revolucionarias acerca de que queríamos traicionar a Ucrania. Estoy convencido de que no merece la pena hablar de bagatelas tan evidentes. Me ocuparé del camarada Riazánov y señalaré que, de la misma manera que una excepción registrada cada diez años no hace más que confirmar la regla, también él ha pronunciado sin querer una frase seria. (*Aplausos*.) Ha dicho que Lenin cede terreno para ganar tiempo. Es un razonamiento casi filosófico. Las cosas han ocurrido esta vez de manera que el camarada Riazánov ha pronunciado una frase, por cierto completamente seria, que encierra el quid de la cuestión: yo quiero ceder terreno al vencedor de hecho para ganar tiempo. En eso reside toda la esencia, y sólo en eso. Todo lo demás no son sino palabras: necesidad de la guerra revolucionaria, ampliación del movimiento campesino, etc. Cuando el camarada Bujarin presenta las cosas como si no pudiera haber dos opiniones en lo que se refiere a la posibilidad de la guerra y dice “preguntad a cualquier militar” (he anotado literalmente sus palabras), cuando plantea así la cuestión, diciendo que se pregunte a cualquier militar, yo le respondo: ese cualquier militar es un oficial francés con el que he tenido ocasión de conversar[17]. Ese oficial francés, mirándome, naturalmente, con ojos furioso -pues he vendido Rusia a los alemanes-, me dijo: “soy realista y partidario de la monarquía también en Francia, partidario de la derrota de Alemania; no piense usted que soy partidario del Poder soviético -¡cómo pensarlo, si es monárquico!-, pero estuve de acuerdo con que firmaran ustedes el Tratado de Brest porque era indispensable”. ¡Ahí tenéis esa “preguntad a cualquier militar”! Cualquier militar debía decir lo que yo dije: había que firmar el Tratado de Brest. Si del discurso de Bujarin se desprende ahora que nuestras discrepancias han disminuido mucho, eso se debe a que sus adeptos han ocultado el punto principal de las discrepancias.

Cuando Bujarin nos fulmina ahora porque hemos desmoralizado a las masas, tiene completa razón, pero se fulmina sólo a sí mismo, y no a nosotros. ¿Quién llevó esa bazofia al CC? Usted, camarada Bujarin. (*Risas*.) Por mucho que grite usted “no”, la verdad se impone: estamos en nuestra familia de camaradas, estamos en nuestro propio congreso, no tenemos nada que ocultar y habrá que decir la verdad. Y la verdad consiste en que en el CC existían tres tendencias. Lómov y Bujarin no votaron el 17 de febrero. He pedido que se reproduzca el acta de la votación, que se hagan copias, y cualquier miembro del partido que lo desee puede ir al Secretariado y ver la votación, la histórica votación del 21 de enero, la cual demuestra que eran ellos quienes vacilaban, que nosotros no vacilábamos lo más mínimo dijimos: “aceptemos la paz en Brest -otra mejor no habrá- para preparar la guerra revolucionaria”. Ahora hemos ganado ya cinco días para evacuar Petrogrado. Ahora se ha lanzado el llamamiento de Krylenko y Podvoiski que no figuraban entre los izquierdistas y que Bujarin trató con desprecio, diciendo que “se saca” a Krylenko. Como si inventáramos nosotros lo que Krylenko había declarado. Con eso estamos completamente de acuerdo; porque así son las cosas, porque esos militares han demostrado lo que yo decía, en tanto que vosotros alegáis que los alemanes no atacarán. ¿Es que se puede comparar esta situación con la de octubre, cuando no se trataba de la técnica? No, si queréis tener en cuenta los hechos, tened en cuenta que las discrepancias se referían a que no se puede empezar la guerra cuando es desfavorable a todas luces. El camarada Bujarin me ha sorprendido mucho al empezar su discurso de resumen con una atronadora pregunta: “¿Es posible la guerra en un futuro inmediato?” Respondo sin vacilaciones: es posible, y ahora debemos aceptar la paz. No hay ninguna contradicción en ello.

Después de estas breves observaciones, paso a responder detalladamente a los oradores precedentes. Debo hacer una excepción con Rádek. Pero ha habido otra intervención, la del camarada Uritski. ¿Qué ha habido en ella, aparte de Canosa[18], “traición”, “retrocedimos” y “nos adaptamos”? Pero ¿qué es eso? ¿Es que no ha tomado su crítica del periódico eserista de izquierda[19]?. El camarada Búbnov nos ha leído una declaración enviada al CC por algunos de sus miembros que se consideran muy izquierdistas y que han dado un ejemplo cabal de manifestación ante el mundo entero: “La conducta del CC asesta un golpe al proletariado internacional”. ¿Es que eso no es una frase? “¡Demostrar la impotencia ante el mundo entero!” ¿Cómo lo demostramos? ¿Proponiendo la paz? ¿Con la huida del ejército? ¿Es que no hemos demostrado que empezar la guerra contra Alemania ahora, sin aceptar la paz de Brest, significaría mostrar al mundo que nuestro ejército está enfermo, que no desea marchar al combate? Es vacía por completo la afirmación de Búbnov de que esa vacilación se debe íntegramente a nosotros. Eso ha ocurrido porque nuestro ejército está enfermo. Había que concederle una tregua, fuera cuando fuese. Si hubierais seguido una táctica acertada, tendríamos un mes de tregua; pero como habéis seguido una estrategia desacertada, tenemos solamente cinco días de tregua, e incluso eso está bien. La historia de la guerra muestra que para detener a un ejército que huye despavorido bastan a

veces incluso unos días. Quien no acepta, quien no firma ahora la paz diabólica, es un hombre de frases, pero no un estratega. Esa es la desgracia. Cuando estos miembros del CC me escriben: “demostración de impotencia” y “traición”, no son más que pueriles frases perniciosas y vacías en grado superlativo. Hemos demostrado nuestra impotencia, intentando combatir cuando no se podía hacer demostraciones cuando la ofensiva contra nosotros era inevitable. Por lo que se refiere a los campesinos de Pskov, los llevaremos al congreso de los Soviets para que cuenten cómo tratan los alemanes, para que creen una psicología que haga empezar a curarse al soldado que huye presa del pánico y le obligue a decir: “Sí, ahora he comprendido que ésta no es la guerra que los bolcheviques habían prometido acabar; es una nueva guerra que los alemanes hacen contra el Poder soviético”. Entonces llegará la curación. Pero vosotros planteáis un problema imposible de resolver. Nadie sabe cuánto durará la tregua.

Debo referirme también a la posición del camarada Trotski. Es preciso distinguir dos aspectos en su actividad: cuando comenzó las negociaciones de Brest, las aprovechó magníficamente para la agitación, y todos estuvimos de acuerdo con el camarada Trotski. Ha citado una parte de la conversación que tuvo conmigo, pero yo añadiré que habíamos convenido que nos mantendríamos hasta el ultimátum de los alemanes y que después del ultimátum cederíamos. Los alemanes nos han engañado: de siete días nos han robado cinco[20]. La táctica de Trotski era acertada en tanto tendía a dar largas; pero dejó de serlo cuando se declaró que cesaba el estado de guerra y no se firmó la paz. Yo propuse del modo más concreto que se firmase la paz. No podíamos conseguir una paz mejor que la de Brest. Para todos está claro que la tregua habría sido de un mes, que no habríamos salido perdiendo. Por cuanto la historia ha barrido eso, no merece la pena recordarlo; pero es ridículo que Bujarin diga: “la vida demostrará que teníamos razón”. Quien tenía razón era yo, porque había escrito de ello ya en 1915: “Hay que prepararse para hacer la guerra, es inevitable, está en marcha, llegara”. Pero había que aceptar la paz, y no fanfarronear en vano. Y puesto que la guerra ha de venir, tanto más necesario era aceptar la paz; ahora, por lo menos, facilitaremos la evacuación de Petrogrado, la hemos facilitado ya. Esto es un hecho. Cuando el camarada Trotski presenta nuevas exigencias: “prometed que no firmaréis la paz con Vinnichenko”, yo digo que en modo alguno contraeré ese compromiso. Si el congreso contrajera ese compromiso, nadie, ni yo ni ninguno de mis correligionarios, asumiría la responsabilidad por ello. Eso significaría atarse de nuevo con una resolución formal en vez de aplicar una línea de maniobra: al replegarse, atacar a veces cuando sea posible. En la guerra es posible atarse nunca con consideraciones formales. Es ridículo desconocer la historia militar, desconocer que un tratado es el medio de acumular fuerzas: he aludido ya a la historia prusiana. Hay quienes piensan, por cierto, como niños: firmar un tratado significa venderse a Satanás, ir al infierno. Eso es sencillamente ridículo, pues la historia militar demuestra con claridad meridiana que la firma de un tratado en caso de derrota es el medio de acumular fuerzas. La historia conoce casos en que las guerras se han sucedido unas a otras; hemos olvidado todo eso, y vemos que la vieja guerra se transforma en...* Si os place, ataos para siempre con consideraciones formales y entregad los puestos de responsabilidad a los eseristas de izquierda. Nosotros nos hacemos responsables de eso. En lo que digo no hay ni sombra de escisión. Estoy convencido de que la vida o hará aprender. El 12 de marzo no está tan lejos y os proporcionara datos abundantes[21].

El camarada Trotski dice que eso será una traición en todo el sentido de la palabra. Yo afirmo que ese punto de vista es absolutamente erróneo**. Para demostrarlo concretamente, expondré un ejemplo. Dos hombres van por un camino, son atacados por otros diez hombres; uno de los dos primeros se defiende, el otro huye: eso es una traición. Pero supongamos que se trata de dos ejércitos de cien mil hombres cada uno, y que tienen enfrente cinco ejércitos; un ejército es cercado por doscientos mil hombres; el otro debe acudir en su ayuda, mas sabe que trescientos mil hombres están dislocados en una emboscada: ¿puede prestar ayuda? No, no puede. Eso no es una traición, no es cobardía; el simple aumento del número ha modificado todos los conceptos y cada militar sabe que en ese caso no se trata de un concepto personal: al proceder así, yo conservo mi ejército, aunque hagan prisionero al otro; renovaré mi ejército, tengo aliados, esperaré, los aliados llegarán. Sólo así se puede razonar; pero cuando las consideraciones militares se mezclan con otras, no resultan más que frases. Así no se puede hacer política.

Hemos hecho todo lo que podía hacerse. Con la firma del tratado hemos conservado a Petrogrado, aunque sólo sea por unos cuantos días. (Que no se les ocurra a los secretarios y taquígrafos escribir esto.) En el tratado se nos ordena sacar nuestras tropas de Finlandia, tropas evidentemente inservibles; pero no se nos prohíbe introducir armas en Finlandia. Si Petrogrado hubiera caído días pasados, el pánico se

---

* En el acta taquigráfica faltan algunas palabras. (*N. de la Edit.*)

** En la anotación del secretario, que comienza por las palabras “…es el medio de acumular fuerzas…” el texto versa: “…es para acumulas fuerzas”. La historia ha creado centenares de convenios de todo género. Entonces entregad los puestos a Trotski y demás…” (*N. de la Edit.*)

habría apoderado de la ciudad y no habríamos sacado nada de ella; pero en esos cinco días hemos ayudado a nuestros camaradas finlandeses, no diré cuánto, pues ellos mismos lo saben.

La afirmación de que hemos traicionado a Finlandia es una frase de lo más pueril. Le hemos ayudado precisamente al replegarnos a tiempo ante los alemanes. Rusia jamás se hundirá porque se pierda Petrogrado; en esto tiene mil veces razón el camarada Bujarin; pero si se maniobra a lo Bujarin, entonces se puede hundir una buena revolución. (*Risas*.)

No hemos traicionado ni a Finlandia ni a Ucrania. Ningún obrero consciente nos lo reprochará. Ayudamos con lo que podemos. No hemos sacado ni sacaremos de nuestras tropas a un solo hombre bueno. Si decís que Hoffmann nos pilla y apabulla, os contestare que puede hacerlo, no dudo de ello pero ni él ni nadie sabe en cuántos días lo hará. Además, vuestros razonamientos de que nos pillará y apabullara se refieren a la correlación de fuerzas políticas, de la que hablaré más adelante.

Después de explicar por qué en modo alguno puedo aceptar la propuesta de Trotski -así no se puede hacer política- debo decir que Rádek ha dado un ejemplo de hasta qué extremo se han apartado los camaradas en nuestro congreso de la frase que sigue existiendo, de hecho, en labios de Uritski. Por esa alocución en modo alguno puedo acusar a Rádek de palabrería. Ha dicho: "No hay ni sombra de traición ni de oprobio, porque está claro que habéis retrocedido ante una fuerza militar aplastante". Esta apreciación desbarata por completo la posición de Trotski. Cuando Rádek dijo que "hay que preparar fuerzas, apretando los dientes", tenía razón, y yo lo suscribo íntegramente: hay que prepararse no engallándose, sino apretando los dientes.

Aprieta los dientes sin engallarte y prepara fuerzas. La guerra revolucionaria llegará, en eso no hay discrepancias entre nosotros; las discrepancias se refieren a la paz de Tilsit, en si debe firmarse o no. Lo peor de todo es el ejército enfermo, sí; y por eso, en el CC debe existir una sola pauta firme, y no discrepancias o una pauta intermedia, que ha apoyado también el camarada Bujarin. No pinto la tregua de color de rosa; nadie sabe cuánto durará, y yo tampoco lo sé. Son ridículos los esfuerzos que se hacen con el propósito de arrancarme cuánto durará la tregua. Conservando las principales líneas de comunicaciones, ayudamos a Ucrania y Finlandia. Aprovechamos la tregua maniobrando, replegándonos.

Al obrero alemán ya no se le puede decir que los rusos son caprichosos, pues ahora está claro que el imperialismo germano-nipón avanza, y eso estará claro para todos sin excepción; además del deseo de estrangular a los bolcheviques, el alemán tiene también el de estrangular en Occidente, todo se ha revuelto, y en esta nueva guerra habrá que maniobrar y será necesario saber maniobrar.

Refiriéndome al discurso del camarada Bujarin, debo señalar que cuando le faltan argumentos, lanza algo de Uritski y dice: "El tratado es un ultraje para nosotros". En ese caso no hacen falta argumentos: si se nos ha ultrajado, deberíamos haber recogido los papeles y echado a correr; pero aunque estemos "ultrajados", yo no creo que se hayan hecho tambalear nuestras posiciones. El camarada Bujarin ha intentado analizar la base de clase de nuestras posiciones; mas, en lugar de ello, nos ha contado una anécdota sobre un finado economista moscovita. Cuando en nuestra táctica se ha descubierto vinculación con la especulación, se ha olvidado, resulta ridículo, palabra de honor, que la actitud de la clase en su conjunto -de la clase, y no de los de los especuladores- nos muestre que la burguesía rusa y todos sus lacayos -los de *Dielo Naroda* y los de *Nóvaya Zhizn*[22]- nos arrastran a esa guerra con todas sus fuerzas. Porque no subrayáis este hecho, que tiene carácter de clase. Declarar ahora la guerra a Alemania significaría caer en la provocación de la burguesía rusa. Eso no es nuevo, pues representa el camino más seguro -yo no digo absolutamente seguro, ya que no existe nada absolutamente seguro- de derribarnos ahora. Cuando el camarada Bujarin decía que la vida respalda sus asertos, que todo acabaría en que reconoceríamos la guerra revolucionaria, cantaba una victoria fácil, por cuanto la inevitabilidad de la guerra revolucionaria fue pronosticada ya por nosotros en 1915. Nuestras discrepancias consistían en qué haría el alemán, en si atacaría o no; en que debíamos declarar terminado el estado de guerra; en que, en aras de la guerra revolucionaria, debíamos replegarnos físicamente, entregando el país para ganar tiempo. La estrategia y la política prescriben el tratado de paz más abominable que pueda existir. Nuestras discrepancias desaparecerán por completo si admitimos esa táctica.

Breve relación publicada el 19 (6) de marzo de 1918 en el núm. 54 del periódico "Hoja Obrera y Campesina de Nizhni-Nóvgorod".
T. 36, págs. 27-34.

3. Informe sobre la revisión del programa y el cambio de nombre del partido, 8 de marzo.

Camaradas: Como sabéis, desde abril de 1917 se ha sostenido en el partido una discusión bastante circunstanciada sobre el problema del cambio de su nombre. Por eso, en el Comité Central se ha conseguido llegar en el acto a un acuerdo que, al parecer, no suscita grandes discusiones y quizá incluso ninguna: el Comité Central os propone que se cambie el nombre de nuestro partido, que lo denominemos Partido Comunista (bolchevique) de Rusia. Todos nosotros consideramos necesaria esta

adición, porque la palabra “bolchevique” ha adquirido carta de naturaleza tanto en la vida política de Rusia como en toda la prensa extranjera, que sigue a rasgos generales el desarrollo de los acontecimientos en Rusia. En nuestra prensa se ha explicado también que la denominación de “Partido Socialdemócrata” es incorrecta en el aspecto científico. Al crear los obreros su propio Estado, el viejo concepto de democracia -de democracia burguesa- ha quedado superado en el proceso de desarrollo de nuestra revolución. Hemos llegado a un tipo de democracia que no ha existido en ningún sitio de Europa Occidental. Tuvo su prototipo únicamente en la Comuna de París, y Engels decía que la Comuna de París no era ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra[23]. Dicho con brevedad, en la misma medida en que las propias masas trabajadoras toman en sus manos la administración del Estado y la creación de la fuerza armada que apoya a ese régimen estatal desaparece el mecanismo especial de administración, desaparece el mecanismo especial de cierta violencia estatal y, por consiguiente, no podemos defender la democracia en su vieja forma.

Por otra parte, al comenzar las transformaciones socialistas debemos plantearnos claramente el objetivo hacia el cual tienden, en resumidas cuentas, estas transformaciones: el de crear la sociedad comunista, que no se limita a expropiar las fábricas, la tierra los medios de producción, que no se limita a establecer una contabilidad y un control rigurosos de la producción y la distribución de los productos, sino que va más allá para hacer realidad el principio “de cada cual, según su capacidad: a cada cual, según sus necesidades”. De ahí que el nombre de Partido Comunista sea el único acertado desde el punto de vista científico. En el Comité Central fue rechazada en el acto la objeción de que dicho nombre puede dar motivo a que se nos confunda con los anarquistas, ya que éstos nunca se denominan simplemente comunistas y agregan ciertas adiciones. En este sentido existe toda clase de variedades de socialismo; sin embargo, no dan lugar a que se confunda a los socialdemócratas con los socialreformistas, los socialistas nacionales y otros partidos semejantes.

Existe, además, otro argumento importantísimo en pro de que se cambie la denominación del partido. Los viejos partidos socialistas oficiales de todos los países avanzados de Europa no han podido deshacerse aún de la embriaguez del socialchovinismo y el socialpatriotismo, que ha conducido durante la presente guerra a la bancarrota completa del socialismo europeo oficial, de tal modo que casi todos los partidos socialistas oficiales han sido hasta ahora un verdadero freno, un verdadero obstáculo para el movimiento socialista obrero revolucionario. Y nuestro partido, que en el momento actual goza, sin duda alguna, de grandísimas simpatías entre las masas trabajadoras de todos los países, tiene el deber de declarar del modo más inequívoco y con la mayor decisión, energía y claridad posibles que rompe sus relaciones con ese viejo socialismo oficial. Y el medio más adecuado para lograr ese objetivo es cambiar el nombre del partido.

Mucho más difícil, camaradas, es lo relativo a la parte teórica del programa, a su parte práctica y política. Por lo que se refiere a la parte teórica del mismo, disponemos de ciertos escritos: se han publicado dos recopilaciones, una en Moscú y otra en San Petersburgo, sobre la revisión del programa del partido, y los dos órganos teóricos principales de nuestro partido, *Prosveschenie*, de San Petersburgo, y *Spartak*, de Moscú, han insertado artículos que argumentan una u otra orientación en las modificaciones de la parte teórica de nuestro programa. En esta cuestión existen ciertos datos. Se han manifestado dos puntos de vista principales que, a juicio mío, no difieren, por lo menos radicalmente, en cuanto a los principios. Un punto de vista, defendido por mí, consiste en que no hay motivos para renunciar a la vieja parte teórica de nuestro programa y que eso sería incluso desacertado. Lo que hace falta es completarla con una definición del imperialismo como etapa superior del desarrollo del capitalismo y, además, con una definición de la era de la revolución socialista, partiendo de que esta era de la revolución socialista ha comenzado. Cualesquiera que sean los destinos de nuestra revolución, de nuestro destacamento del ejército proletario internacional; cualesquiera que sean las peripecias ulteriores de la revolución está claro, en todo caso, que los países imperialistas que se han enzarzado en esta guerra y llevado a los países más avanzados al hambre, la ruina y el embrutecimiento, se hallan objetivamente en una situación sin salida. Y hoy debemos repetir lo que decía Federico Engels hace treinta años, en 1887, al apreciar la posible perspectiva de una guerra europea. Engels decía que las coronas rodarían a docenas por los suelos en Europa y que no habría quien las recogiera; hablaba de la increíble ruina a que estaban predestinados los países europeos y decía que el resultado final de los horrores de una guerra europea podía ser sólo uno: “o la victoria de la clase obrera -cito sus palabras-, o la creación de condiciones que hagan posible y necesaria esta victoria”[24]. En esta cuestión, Engels se expresaba con extraordinaria exactitud y prudencia. A diferencia de quienes adulteran el marxismo, de quienes brindan sus trasnochadas seudocavilaciones acerca de que el socialismo es imposible si se erige sobre la ruina. Engels comprendía magníficamente que toda guerra, incluso en cualquier sociedad avanzada, no sólo provocará la ruina, el embrutecimiento, el sufrimiento y las calamidades para las masas -las cuales se ahogarán en sangre hasta el extremo de que será imposible responder de

que eso conduzca al triunfo del socialismo- y decía que eso será "o la victoria de la clase obrera o la creación de condiciones que hagan posible y necesaria esa victoria". O sea, en este caso es posible, por consiguiente, una serie de duras etapas de transición, con una inmensa destrucción de la cultura y de los medios de producción, pero cuyo resultado sólo puede ser el ascenso de la vanguardia de las masas trabajadoras, de la clase obrera, y la toma del poder por ésta para crear la sociedad socialista. Porque, por muy grandes que sean las destrucciones de la cultura, será imposible borrarla de la vida histórica; será difícil renovarla, pero ninguna destrucción conducirá jamás a que esta cultura desaparezca por completo. Esta cultura es inextinguible en una u otra de sus partes, en unos u otros de sus restos materiales; las dificultades consistirán únicamente en su renovación. Tal es, pues, uno de los puntos de vista, consistente en que debemos conservar el viejo programa, agregándole una definición del imperialismo y del comienzo de la revolución social.

He expresado este punto de vista en el proyecto de programa publicado por mí. El otro proyecto fue publicado por el camarada Sokólnikov en la recopilación moscovita. El otro punto de vista ha sido expuesto en nuestras conversaciones, en particular por el camarada Bujarin, y en la prensa por el camarada V. Smirnov en la recopilación moscovita. Este punto de vista consistía en que era necesario o bien tachar íntegramente la vieja parte teórica del programa o bien excluirla casi por completo y sustituirla con otra nueva, que defina no la historia del desarrollo de la producción mercantil y del capitalismo, como lo hacía nuestro programa, sino la fase moderna de desarrollo superior del capitalismo -el imperialismo- y la transición directa a la era de la revolución social. No me parece que estos dos puntos de vista difieran de modo radical y de principio, pero yo insistiré en el mío. A mi juicio, sería equivocado teóricamente eliminar el viejo programa, que define el desarrollo desde la producción mercantil hasta el capitalismo. En ese programa no hay nada erróneo. Así se desarrollaron las cosas y así se desarrollan, pues la producción mercantil dio vida al capitalismo, y éste ha conducido al imperialismo. Tal es la perspectiva general histórica universal, y no deben olvidarse los fundamentos del socialismo. Cualesquiera que sean las vicisitudes ulteriores de la lucha, por muchos que sean los zigzags parciales que debamos vencer (y ser muchísimos, pues la experiencia nos muestra los gigantescos virajes que da la historia de la revolución, por ahora sólo en nuestro país; pero cuando la revolución se transforme en europea, las cosas serán mucho más complicadas y marcharán con mayor rapidez, el ritmo de desarrollo será más desenfrenado, y los virajes más complejos), para no extraviarnos en esos zigzags y virajes de la historia y conservar la perspectiva general; para ver el hilo de engarce que fue todo el desarrollo del capitalismo y todo el camino que conduce al socialismo y que nosotros, como es natural, nos imaginamos recto y debemos imaginárnoslo recto si queremos ver el comienzo, la continuación y el fin -aunque en la realidad de la vida jamás será recto, sino increíblemente tortuoso-; para no extraviarnos en esos virajes ni en los períodos de pasos atrás, de repliegues, de derrotas temporales o cuando la historia o el enemigo nos hagan retroceder; para no extraviarnos, es importante, a juicio mío, y lo único acertado desde el punto de vista teórico, no suprimir nuestro viejo programa fundamental. Porque en Rusia nos encontramos ahora únicamente en la primera etapa de transición del capitalismo al socialismo. La historia no nos ha proporcionado la situación de paz que nos imaginábamos teóricamente para cierto tiempo, que deseábamos y que habría permitido recorrer con rapidez esas etapas de transición. Vemos en el acto que la guerra civil ha creado muchas dificultades en Rusia y se entrelaza con una serie de guerras. Los marxistas no hemos olvidado nunca que la violencia acompañará inevitablemente a la bancarrota del capitalismo en toda su amplitud y al nacimiento de la sociedad socialista. Y esa violencia abarcará un período histórico universal, toda una era de guerras del carácter más diverso: guerras imperialistas, guerras civiles, entrelazamiento de unas y otras, guerras nacionales, guerras de liberación de las nacionalidades aplastadas por los imperialistas y por distintas combinaciones de las potencias imperialistas integrantes ineluctablemente de unas y otras alianzas en la época de los gigantescos trusts y consorcios capitalistas de Estado y militares. Esa época -una época de gigantescas bancarrotas, de violentas soluciones bélicas en masa y de crisis- ha empezado ya, la vemos con claridad, es sólo el comienzo. Por ello carecemos de fundamento para excluir cuanto se refiere a la definición de la producción mercantil general del capitalismo en general. No hemos hecho más que dar los primeros pasos para demoler el capitalismo por completo e iniciar la transición al socialismo. No sabemos ni podemos saber cuántas etapas de transición habrá que atravesar a antes de llegar al socialismo. Eso depende de cuándo empiece con verdadera amplitud la revolución socialista europea, de la facilidad, rapidez o lentitud con que se desembarace de sus enemigos y salga al camino trillado del desarrollo socialista. Desconocemos eso, pero el programa de un partido marxista debe basarse en hechos establecidos con exactitud absoluta. Sólo en esto reside la fuerza de nuestro programa, que se ha visto confirmado a través de todas las vicisitudes de la revolución. Sólo sobre ese terreno pueden erigir su

programa los marxistas. Debemos partir de hechos registrados con exactitud absoluta, y esos hechos consisten en que el desarrollo del intercambio y de la producción mercantil en el mundo entero se ha convertido en el fenómeno histórico predominante, ha conducido al capitalismo, y éste se ha transformado en imperialismo. Este hecho es absolutamente indiscutible y debe consignarse, ante todo, en el programa. También es un hecho evidente para nosotros, y debemos hablar de él con claridad, que el imperialismo inicia la era de la revolución social. Al dejar constancia de este hecho en nuestro programa, alzamos a la vista del mundo entero la antorcha de la revolución social no sólo en el sentido de la agitación verbal, sino como un nuevo programa, que dice a todos los pueblos de Europa Occidental: "Ahí tenéis lo que hemos sacado, junto con vosotros, de la experiencia del desarrollo capitalista. Ahí tenéis lo que era el capitalismo y cómo ha llegado al imperialismo, ahí tenéis la era de la revolución social, que empieza y en la que nos ha correspondido, en el tiempo, el primer papel". Apareceremos ante todos los países civilizados con este manifiesto que no será sólo un caluroso llamamiento, si no que estará fundamentado con exactitud absoluta, se deducirá de hechos reconocidos por todos los partidos socialistas. Tanto más clara será la contradicción entre la táctica de esos partidos, que han traicionado ahora al socialismo, y las premisas teóricas compartidas por todos nosotros y que se han convertido en carne de la carne y sangre de la sangre de cada obrero consciente: el desarrollo del capitalismo y su transformación en imperialismo. En vísperas de las guerras imperialistas, en las resoluciones de los congresos de Chemnitz y de Basilea[25] se hizo una definición del imperialismo con la que está en flagrante contradicción la táctica actual de los socialtraidores. Por ello debemos repetir los hechos fundamentales para mostrar con mayor claridad a las masas trabajadoras de Europa Occidental de qué se acusa a sus dirigentes.

He ahí lo fundamental que me hace considerar semejante estructura del programa como la única acertada desde el punto de vista teórico. El carácter histórico de lo que ocurre no sugiere que debamos abandonar como trastos viejos la definición de la producción mercantil y del capitalismo, pues no hemos ido más allá de las primeras etapas de la transición del capitalismo al socialismo, y nuestra transición se ve complicada en Rusia con peculiaridades que no existen en la mayoría de los países civilizados. Por consiguiente, es no sólo probable, sino inevitable que esas etapas de transición sean diferentes en Europa; y de ahí que resulte erróneo en teoría fijar toda la atención en esas etapas específicas nacionales de transición, indispensables para nosotros, pero que en Europa pueden no ser indispensables. Debemos empezar por la base general del desarrollo de la producción mercantil, del paso al capitalismo y de la transformación del capitalismo en imperialismo. Con ello ocuparemos y fortificaremos teóricamente una posición de la que no podrá tratar de desalojarnos nadie que no haya traicionado al socialismo. De esto se deduce una conclusión igualmente ineludible: comienza la era de la revolución social.

Hacemos eso sin abandonar el terreno de los hechos registrados de manera incontestable.

A continuación, nuestra tarea consiste en hacer una definición del tipo soviético de Estado. Por lo que se refiere a esta cuestión, he tratado de exponer los puntos de vista teóricos en el libro *El Estado y la revolución**. A mi juicio, la concepción marxista del Estado ha sido adulterada en grado superlativo por el socialismo oficial dominante en Europa Occidental, como lo ha confirmado con magnifica claridad la experiencia de la revolución soviética y la creación de los Soviets en Rusia. En nuestros Soviets existen todavía gran tosquedad y multitud de cosas inacabadas, eso es indudable y está claro para cuantos examinen con atención su labor; pero lo importante en ellos, lo que tiene un valor histórico, lo que representa un paso adelante en el desarrollo mundial del socialismo es que se ha creado un nuevo tipo de Estado. En la Comuna de París ocurrió eso durante unas cuantas semanas, en una sola ciudad, sin tenerse noción de lo que se hacía. Los creadores de la Comuna no la comprendían, la creaban con la genial intuición de las masas despertadas, y ni una sola fracción de los socialistas franceses tenía noción de lo que hacía. Nosotros nos encontramos en otras condiciones, en las cuales, por apoyarnos en la Comuna de París y en los largos años de desarrollo de la socialdemocracia alemana, podemos ver con claridad lo que hacemos al crear el Poder soviético. A pesar de toda la tosquedad e indisciplina que existen en los Soviets, lo que constituye una reminiscencia del carácter pequeñoburgués de nuestro país, las masas populares han creado un nuevo tipo de Estado. Y ese tipo de Estado no se aplica semanas, sino meses; no se aplica en una ciudad, sino en un país inmenso, en varias naciones. Este tipo de Poder soviético ha mostrado de lo que es capaz, como lo prueba el que se haya extendido a un país tan distinto en todos los aspectos como Finlandia, donde no existen los Soviets, pero el tipo de poder es también nuevo, proletario[26]. Y eso constituye una demostración de lo que es indiscutible desde el punto de vista teórico, de que el Poder soviético es un nuevo tipo de Estado sin burocracia, sin policía, sin ejército permanente, en el que la democracia burguesa es sustituida con una nueva

---

* Véase el tomo 7 de la presente edición. (*N. de la Edit.*)

democracia: la democracia que adelanta a primer plano a la vanguardia de las masas trabajadoras, convirtiéndolas en legislador, ejecutor y protector militar, y crea el mecanismo capaz de reeducar a las masas.

En Rusia apenas se ha iniciado esa obra, y se ha iniciado. Si comprendemos lo que hay de malo en lo que hemos iniciado, lo subsanaremos, siempre que la historia nos brinde la posibilidad de trabajar para perfeccionar este Poder soviético durante un período más o menos considerable. Por eso, me parece que la definición del nuevo tipo de Estado debe ocupar un lugar destacado en nuestro programa. Lamentablemente, hemos tenido que preparar el programa en momentos en que estamos absorbidos por la labor del gobierno y con una precipitación tan increíble que no hemos podido siquiera reunir a nuestra comisión y redactar un proyecto oficial. Lo que se ha distribuido a los camaradas delegados es únicamente un borrador[**], como podrán ver con claridad cuantos lo lean. En él se ha dedicado bastante espacio al problema del Poder soviético, y creo que en ello debe manifestarse la importancia internacional de nuestro programa. A mi juicio, sería erróneo en extremo que limitáramos la importancia internacional de nuestra revolución a llamamientos, consignas, manifestaciones, manifiestos, etc. Eso no basta. Debemos mostrar de una manera concreta a los obreros europeos que obra hemos emprendido, cómo la hemos emprendido y cómo deben comprenderla, pues eso les llevará de una manera concreta a la cuestión de cómo se puede conseguir el socialismo. Los obreros europeos han de ver que los rusos emprenden una buena obra, y si la emprenden mal, nosotros lo haremos mejor. Para esto debemos facilitarles la mayor cantidad posible de datos y decirles qué es lo nuevo que hemos intentado crear. El Poder soviético es un nuevo tipo de Estado; procuremos trazar sus tareas, su estructura, procuremos explicar por qué es éste un nuevo tipo de democracia, en el que hay tantas cosas caóticas y absurdas, y cuál es su alma viva: el paso del poder a los trabajadores, la abolición de la explotación, de la máquina de coerción. El Estado es una máquina de coerción. Hay que coaccionar a los explotadores, pero eso no se puede hacer con la policía; sólo pueden hacerlo las propias masas, y la máquina debe estar vinculada a ellas, debe representarlas como Soviets. Estos se hallan mucho más próximos a las masas, permiten estar más cerca de ellas, brindan mayores posibilidades para educarlas. Sabemos perfectamente que el campesino ruso trata de aprender, pero queremos que aprenda de su propia experiencia, y no de los libros. El poder soviético es una máquina, una máquina destinada a que las masas empiecen inmediatamente a aprender a administrar el Estado y a organizar la producción a escala de todo el país. Esta tarea ofrece dificultades gigantescas. Pero lo importante en el plano histórico es que emprendemos su cumplimiento y no sólo desde el punto de vista exclusivamente de nuestro país, sino recabando la ayuda de los obreros europeos. Debemos dar una explicación concreta de nuestro programa precisamente desde este punto de vista general. Por eso consideramos que es la continuación del camino de la Comuna de París. Por eso estamos seguros de que, emprendiendo ese camino, los obreros europeos podrán ayudarnos. Ellos podrán hacer mejor lo que nosotros hacemos, con la particularidad de que el centro de gravedad, desde el punto de vista formal, se trasladará a las condiciones concretas. Mientras que en el pasado tenía importancia singular una reivindicación como la garantía del derecho de reunión, hoy nuestro punto de vista sobre él consiste en que nadie puede ahora impedir las reuniones, y el Poder soviético sólo debe asegurar locales para celebrarlas. Para la burguesía, lo importante es proclamar principios grandilocuentes: “Todos los ciudadanos tienen derecho a reunirse, mas a reunirse a la intemperie: no les daremos locales”. Nosotros decimos: “Obras son amores y no buenas razones”. Es preciso confiscar los palacios -y no sólo el de Táuride, sino también otros muchos-, mas no decimos nada del derecho de reunión. Y eso hay que hacerlo extensivo a todos los demás puntos del programa democrático. Debemos juzgar nosotros mismos. Los ciudadanos deben participar sin exclusión alguna en la administración de la justicia y en el gobierno del país. Y para nosotros es importante incorporar a la administración pública del Estado a todos los trabajadores sin excepción. Esta tarea ofrece dificultades gigantescas. Pero la minoría, el partido, no puede implantar el socialismo. Podrán implantarlo decenas de millones de seres cuando aprendan a hacerlo ellos mismos. Vemos nuestro mérito en que tratamos de ayudar a las masas a que inicien inmediatamente ellas mismas esta obra, y no a que lo aprendan de los libros, de las conferencias. Esa es la razón por la que, al exponer estas tareas nuestras de una manera concreta y clara, incitamos a todas las masas europeas a discutir la cuestión y a plantearla de una manera práctica. Es posible que llagamos mal lo que es necesario hacer, pero incitamos a las masas a que hagan lo que deben hacer. Si lo que hace nuestra revolución no es casual -y estamos profundamente convencidos de ello-, no es producto de una decisión de muestro partido, sino producto ineluctable de toda revolución calificada por Marx de popular, es decir, de una revolución creada por las propias masas populares con sus consignas y sus aspiraciones, y no repitiendo el programa de la vieja burguesa; si planteamos así la cuestión, alcanzaremos lo más esencial. Y llegamos así a la cuestión de si es oportuno anular las

[**] Véase el presente volumen. (N. de la Edit)

diferencias entre los programas máximo y mínimo[27]. Sí y no. Yo no temo esa anulación porque el punto de vista que existía aún durante el verano no debe existir en la actualidad. Yo decía "es pronto", cuando no habíamos tomado aún el poder; ahora, cuando hemos tomado y probado ese poder, no es pronto. En sustitución del viejo programa, debemos escribir ahora un nuevo programa del Poder soviético, sin renunciar lo más mínimo al aprovechamiento del parlamentarismo burgués. Pensar que no se nos puede hacer retroceder es una utopía.

Desde el punto de vista histórico es imposible negar que Rusia ha creado la República de los Soviets. Decimos que, en caso de cualquier retroceso, sin renunciar al aprovechamiento del parlamentarismo burgués -si las fuerzas de clase enemigas nos hacen retornar a esa vieja posición-, avanzaremos hacia lo conquistado por la experiencia, hacia el Poder soviético, hacia el tipo soviético de Estado, hacia un Estado del tipo de la Comuna de París. Eso debe expresarse en el programa. En lugar del programa mínimo introduciremos el programa del Poder soviético. La definición del nuevo tipo de Estado debe ocupar un lugar destacado en nuestro programa.

Es claro que no podemos redactar ahora un programa. Debemos elaborar sus postulados fundamentales y entregárselos a la comisión o al Comité Central para que elaboren las tesis fundamentales. E incluso más fácil: esa elaboración puede hacerse tomando como base la resolución sobre la Conferencia de Brest-Litovsk, que ha proporcionado ya las tesis. Basándose en la experiencia de la revolución rusa, debe hacerse una definición del Poder soviético y luego deben proponerse transformaciones prácticas. A mi parecer, aquí, en la parte histórica, es preciso indicar que ha empezado la expropiación de la tierra y de la industria[28]. Señalaremos aquí la tarea concreta de organizar el consumo, universalizar los bancos, transformarlos en una red de instituciones de Estado que abarquen todo el país y nos proporcionen la contabilidad social, la contabilidad y el control efectuados por la propia población, como punto de arranque de los pasos ulteriores del socialismo. Pienso que esta parte la más difícil, debe ser expuesta en forma de reivindicaciones concretas de nuestro Poder soviético; qué queremos hacer ahora mismo, qué reformas nos proponemos efectuar en el terreno de la política bancaria, en la organización de la producción de artículos, en la organización del intercambio, de la contabilidad y del control, en la implantación del trabajo obligatorio, etc. Cuando sea posible, añadiremos qué pasos, pasitos o medios pasos hemos dado ya en este terreno. Debe señalarse con absolutas exactitud y claridad lo que se ha empezado en nuestro país y lo que no se ha terminado. Todos sabemos perfectamente que está sin terminar una parte inmensa de lo que hemos empezado. En el programa debemos hablar, sin exagerar lo más mínimo, con absoluta objetividad y sin apartarnos de los hechos, de lo que hay y de lo que nos proponemos hacer. Mostraremos esta verdad al proletariado europeo y le diremos: "Eso hay que hacer", a fin de que él nos diga: "Los rusos hacen mal esto o aquello, pero nosotros lo haremos mejor". Y entonces, cuando esa aspiración cautive a las masas, la revolución socialista será invencible. Se está haciendo a la vista de todos una guerra imperialista, expoliadora desde el comienzo hasta el fin. Cuando a la vista de todos, la guerra imperialista se quita los tapujos y se convierte en guerra de todos los imperialistas contra el Poder soviético, contra el socialismo, ello da un nuevo impulso al proletariado de Occidente. Hay que poner eso al desnudo, presentar la guerra como una unión de los imperialistas contra el movimiento socialista. Tales son las consideraciones generales que estimo necesario exponeros, basándome en las cuales hago la propuesta práctica de efectuar ahora un intercambio de los puntos de vista fundamentales sobre esta cuestión y, quizá elaborar después algunas tesis fundamentales aquí mismo; pero si se considera que eso es ahora difícil, renunciemos a ello y confiemos la cuestión del programa al Comité Central o a una comisión especial, encargándole que redacte el programa del partido -el cual deberá cambiar ahora mismo de nombre-, tomando por base los escritos de que se dispone y las actas taquigráficas o detallados resúmenes de los secretarios del congreso. Me parece que, en la actualidad, podemos hacer eso, y creo que todos estaréis de acuerdo con que, dada la insuficiente preparación de la redacción de nuestro programa en que nos han sorprendido los acontecimientos, ahora no es posible hacer otra cosa. Estoy seguro de que podremos hacerlo en unas cuantas semanas. En todas las corrientes de nuestro partido disponemos de fuerzas teóricas suficientes para redactar un programa en unas cuantas semanas. Contendrá, como es natural, muchas equivocaciones, sin hablar ya de las incorrecciones de redacción y de estilo, porque no disponemos de meses para hacer esa labor con la tranquilidad indispensable en todo trabajo de redacción.

Corregiremos todas esas equivocaciones en el proceso de nuestro trabajo, plenamente seguros de que daremos al Poder soviético la posibilidad de cumplir dicho programa. Si, por lo menos formulamos con exactitud, sin apartarnos de la realidad, que el Poder soviético es un nuevo tipo de Estado, una forma de dictadura del proletariado; que hemos asignado otras tareas a la democracia y que hemos trasladado las tareas del socialismo de la fórmula abstracta general "expropiación de los expropiadores" a fórmulas concretas como la

nacionalización de los bancos[29] y de la tierra; si lo hacemos así, tendremos la parte esencial del programa.

El problema agrario deberemos transformarlo en el sentido de que estamos presenciando los primeros pasos de mostrativos de que los pequeños campesinos, que desean estar al lado del proletariado y ayudarle en la revolución socialista, a pesar de todos sus prejuicios y de todas sus viejas opiniones, se han impuesto la tarea práctica de pasar al socialismo. No imponemos eso a los demás países, pero es un hecho. El campesinado ha demostrado, no con palabras, sino con hechos, que desea ayudar y ayuda al proletariado, dueño ya del poder, a realizar el socialismo. En vano nos imputan que queremos implantar el socialismo por la violencia. Repartiremos la tierra de modo equitativo desde el punto de vista, primordialmente de la pequeña hacienda. Al hacerlo, damos preferencia a las comunas y a los grandes arteles de producción. Apoyamos la monopolización del comercio del trigo. Apoyamos -así ha dicho el campesinado- la expropiación de los bancos y las fábricas. Estamos dispuestos a ayudar a los obreros en la realización del socialismo. Considero que debe editarse en todos los idiomas la ley fundamental de socialización de la tierra. Esa edición se hará, si no se ha hecho ya. En el programa expondremos de manera concreta esta idea: es preciso expresarla en teoría, sin apartarse lo más mínimo de los hechos comprobados de modo concreto. En Occidente se hará eso de otra manera. Es posible que cometamos errores, pero tenemos la esperanza de que el proletariado de Occidente los subsanará. Rogamos al proletariado europeo que nos ayude en nuestra labor.

Por consiguiente, podemos redactar nuestro programa en unas cuantas semanas, y los errores que cometamos los corregirá la vida, los corregiremos nosotros mismos. Serán tan ligeros como una pluma en comparación con los resultados positivos que alcanzaremos.

Breve relación publicada el 20 (7) de marzo de 1918 en el núm. 55 del periódico "Hoja Obrera y Campesina de Nizhnt-Nóvgorod".

T. 36, págs. 43-57.

4. Borrador del proyecto de programa[30].

Tómese por base mi proyecto[*] (folleto, pág. 19 y siguientes).

La parte teórica debe quedar, suprimiéndose el último párrafo de la primera parte (página 22 del folleto, desde las palabras "Las condiciones objetivas" hasta "el contenido de la evolución socialista"; es decir, *desaparecen* cinco líneas).

En el siguiente párrafo (pág. 22), que comienza por las palabras: "El cumplimiento de esta tarea", introdúzcase el cambio señalado en el artículo *Sobre la revisión del programa del partido*, publicado en *Prosveschenie* (núm. 1-2, septiembre-octubre de 1917), pág. 93.

En el mismo párrafo, en lugar de "socialchovinisnio" póngase en ambos casos:

(1) "*oportunismo* y socialchovinismo";

(2) entre el *oportunismo* y el socialchovinismo, por una parte, y la lucha revolucionaria internacionalista del proletariado en aras de la plasmación del régimen socialista, por otra cosa".

A continuación habrá que rehacerlo todo, aproximadamente de la siguiente manera:

La revolución del 25 de Octubre (7 de noviembre) de 1917 instauró en Rusia la dictadura del proletariado, que ha sido apoyada por los campesinos pobres o semiproletarios.

Dicha dictadura plantea en Rusia al Partido Comunista la tarea de llevar hasta el fin, de culminar la ya iniciada expropiación de los terratenientes y la burguesía, así como la entrega de todas las fábricas, ferrocarriles, bancos, la flota y demás medios de producción y circulación en propiedad a la República Soviética;

utilizar la alianza de los obreros de las ciudades y de los campesinos pobres, que ya ha proporcionado la abolición de la propiedad privada de la tierra y la ley sobre la forma de transición de la pequeña hacienda campesina al socialismo, que los modernos ideólogos del campesinado, puesto de parte de los proletarios, han llamado socialización de la tierra, para pasar de manera paulatina, pero incesante, al laboreo colectivo de la tierra y a la gran agricultura socialista;

consolidar y seguir desarrollando la República Federativa de los Soviets como una forma de democracia inconmensurablemente más alta y progresista que el parlamentarismo burgués y como único tipo de Estado que corresponde, vista la experiencia de la Comuna de París de 1871 y la experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917-1918, al período de transición del capitalismo al socialismo, es decir, al período de la dictadura del proletariado;

utilizar al máximo y en todos los aspectos la antorcha de la revolución socialista mundial encendida en Rusia para llevar la revolución a los países más adelantados y, en general, a todos los países, paralizando las tentativas de los Estados burgueses imperialistas de inmiscuirse en los asuntos internos de Rusia o unirse para luchar abiertamente contra la República Socialista Soviética o hacerle la guerra.

[*] El nombre del partido, simplemente "Partido Comunista" (sin agregar "de Rusia"), y, entre paréntesis: (partido de los bolcheviques).

DIEZ TESIS SOBRE EL PODER SOVIÉTICO.

Consolidación y desarrollo del Poder soviético.

Consolidación y desarrollo del Poder soviético como forma, comprobada ya en la práctica y proporcionada por el movimiento de masas y la lucha revolucionaria, de la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres (semiproletarios).

La consolidación y el desarrollo deben consistir en el cumplimiento (más amplio, general y metódico) de las tareas planteadas por la historia a esta forma de poder estatal, a este nuevo tipo de Estado, a saber:

(1) agrupación y organización de las masas trabajadoras y explotadas, oprimidas por el capitalismo, y sólo de ellas, es decir, sólo de los obreros y los campesinos pobres, los semiproletarios, excluidas automáticamente las clases explotadoras y los representantes ricos de la pequeña burguesía;

(2) agrupación de la parte más dinámica, activa y consciente de las clases oprimidas, de su vanguardia, la cual debe educar a toda la población trabajadora, sin excepción, a que participe por su cuenta en el gobierno del país en la práctica, y no en teoría.

(4) (3) Supresión del parlamentarismo (como separación de las funciones legislativas de las ejecutivas); unión de la gestión pública legislativa y ejecutiva. Fusión de la administración con la legislación.

(3) (4) Vinculación más estrecha de todo el mecanismo del poder estatal y la administración pública a las masas que en las formas anteriores de la democracia.

(5) Creación de una fuerza armada de obreros y campesinos que esté lo menos apartada posible del pueblo (Soviets = obreros y campesinos armados). Armamento general organizado de todo el país como uno de los primeros pasos hacia el armamento de todo el pueblo.

(6) La más completa democracia en virtud del menor formalismo y la mayor facilidad para elegir y revocar.

(7) Vinculación estrecha (y directa) por ramas y unidades económicas de producción (elecciones por fábricas y por zonas campesinas y de industrias de oficio locales). Esta estrecha vinculación permite realizar hondas transformaciones socialistas.

(8) (Se incluye en parte, si no del todo, en lo anterior) posibilidad de suprimir la burocracia, de valernos sin ella; de la realización de esta posibilidad.

(9) Traslado del centro de gravedad de los problemas de la democracia del reconocimiento formalista de la igualdad de forma entre la burguesía y el proletariado, entre los pobres y los ricos, al disfrute práctico de la libertad (democracia) por parte de la masa trabajadora y explotada de la población.

(10) El desarrollo sucesivo de la organización soviética del Estado debe consistir en que todo diputado de un Soviet ejerza sin falta una función permanente en la gestión pública al paso que participe en las reuniones del Soviet; además, en que toda la población sea incorporada paulatinamente tanto a participar en la organización de los Soviets (a condición de que se subordine a las organizaciones de los trabajadores) como a ejercer funciones en la gestión pública.

El cumplimiento de estas tareas exige:

a) En la esfera política:

desarrollo de la República Soviética. [Ventajas del socialismo (*Prosveschenie, págs. 13-44*) 6 punto.]

propagación de la Constitución soviética *a toda* la población *en la medida* que vayan dejando de oponer resistencia los explotadores;

federación de las naciones como tránsito a una unidad *consciente* y más estrecha de los trabajadores que han aprendido a elevarse *voluntariamente* por encima de las discordias nacionales;

represión implacable y obligatoria de la resistencia de los explotadores; las normas de la democracia “general” (*es decir*, burguesa) se subordinan y dan paso a este objetivo:

“Libertades” y democracia *no* para todos, sino *para* las masas trabajadoras y explotadas a fin de emanciparlas de la explotación; represión implacable de los explotadores;

NB: el centro d gravedad se traslada del *reconocimiento* formal de las libertades (como sucedía en el parlamentarismo burgués) a la garantía del *disfrute* real de las libertades por los trabajadores que derrocan a los explotadores.

Por ejemplo, del *reconocimiento* de la libertad de reunión a la *entrega* de los mejores locales y salones a los obrero del reconocimiento de la libertad de palabra a la entrega de las mejores imprentas a los obreros, etc.

{Breve enumeración de dichas “libertades”, tomada del viejo programa mínimo. Armamento de los obreros y desarme de la burguesía.}

Paso, *por conducto* del Estado soviético, a la supresión paulatina del Estado mediante la incorporación regular de un número mayor cada día de ciudadanos, y luego de todos los ciudadanos *sin excepción*, al cumplimiento directo y *cotidiano* de su parte de obligaciones en la gestión pública.

b) En la esfera económica:

organización socialista de la producción a escala nacional: manda *las organizaciones obreras* (sindicatos, comités de fábrica, etc.) bajo la dirección general del Poder soviético, único *soberano*.

Otro tanto para el transporte y la distribución (primero monopolio estatal del “comercio”; luego sustitución completa y definitiva del “comercio” con la *distribución*, organizada de una manera metódica, por el conducto de los sindicatos de empleados de comercio y la industria, bajo la dirección del Poder

soviético).

- Agrupación forzosa de *toda* la población en comunas de consumo y producción.

Sin abolir (temporalmente) el dinero ni prohibir algunas operaciones de compra-venta para familias por separado, debemos hacer ante todo obligatoria, con fuerza de ley, la ejecución de todas las operaciones de ese tipo por conducto de las comunas de consumo y producción.

- Comienzo inmediato del cumplimiento del trabajo general obligatorio, haciéndolo extensivo de la manera más paulatina cautelosa a los pequeños campesinos que viven de su propia hacienda, sin emplear trabajo asalariado;

la primera medida y primer paso hacia el trabajo general obligatorio debe ser instituir cartillas (obligatorias) para trabajo y consumo (con registro de entradas y salidas) para todos los ricos (o sea, los que tienen un ingreso mensual de más de 500 rublos; luego, los propietarios de empresas con obreros asalariados; las familias con criada, etc.);

La compra-venta es admisible también por conducto de otra comuna que no sea la de uno (durante los viajes, en los mercados, etc.); pero es obligatorio registrar las operaciones (si superan cierta suma) en las cartillas de trabajo y consumo.

- Concentración total de la banca en manos del Estado, y de todo el giro monetario-mercantil en los bancos. Universalización de las cuentas corrientes bancarias: paso gradual a la apertura obligatoria de cuenta corriente en un banco, primero para las grandes empresas y luego para *todas* las empresas del país. Depósito obligatorio del dinero en los bancos y trámite de las transferencias monetarias *exclusivamente* por los bancos.

- Universalización de la contabilidad y el control de toda la producción y distribución de los productos, debiendo practicarse primero por las organizaciones obreras y luego por toda la población, *sin excluir a nadie*.

- Organización de la emulación entre las diversas (todas) comunas de consumo y producción del país con objeto de elevar constantemente la organización, la disciplina y la productividad del trabajo, de pasar a una técnica superior, de economizar trabajo y materiales, de reducir gradualmente la jornada a 6 horas y nivelar poco a poco *todos* los salarios en *todos* los oficios y categorías.

- Medidas constantes y periódicas para sustituir los quehaceres domésticos de familias por separado con la alimentación en común de grupos numerosos de familias (paso a la Alimentación pública).

En la esfera pedagógica:

los viejos puntos…

En la esfera financiera:

sustitución de los impuestos indirectos con el impuesto progresivo de utilidades, así como con un descuento (determinado) de las ganancias de los monopolios estatales. En relación con esto, entrega en especie de pan y otros productos a los obreros empleados por el Estado en diversos tipos de trabajo socialmente necesarios.

Política internacional:

Apoyo en primer orden al movimiento revolucionario del proletariado socialista en los países adelantados.

Propaganda. Agitación. Confraternización.

Lucha implacable contra el oportunismo y el socialchovinismo.

Apoyo al movimiento democrático y revolucionario de todos los países en general, sobre todo de las colonias y países dependientes.

Liberación de las colonias. Federación como tránsito a la unión voluntaria.

Escrito entre el 1 y el 8 de marzo de 1918. Publicado el 9 de marzo de 1918 en el núm. 5 del periódico "Kommunist".

T. 36, págs. 70-76.

LAS TAREAS PRINCIPALES DE NUESTROS DÍAS.

¡Eres mísera y opulenta,
Eres vigorosa e impotente,
Madrecita Rusia!

La historia de la humanidad está dando en nuestros días uno de los virajes mayores y más difíciles, uno de esos virajes de inmensa significación que podríamos calificar, sin exagerar lo más mínimo, de liberadora universal. Es el viraje de la guerra a la paz; de la guerra entre fieras, que envían al matadero a millones de trabajadores y explotados en aras de un nuevo reparto del botín saqueado por los bandoleros más fuertes, a la guerra de los oprimidos contra los opresores por sacudirse el yugo del capital; un viraje del abismo de sufrimientos, torturas, hambre y barbarie al futuro luminoso de la sociedad comunista, al bienestar general y la paz duradera. No es extraño que en los tramos más cerrados de tan brusco viraje, cuando alrededor se rompe y desmorona lo viejo con ruido y estrépito infernales, y nace lo nuevo entre sufrimientos indescriptibles, haya quien sienta vértigo, quien se desespere, quien busque escapatoria de la realidad, a veces demasiado amarga, y quiera salvarse al amparo de una frase bonita y atractiva.

A Rusia le ha tocado en suerte ver con singular claridad y sufrir con especial intensidad y dolor el más brusco zigzag de la historia, que vuelve la espalda al imperialismo para orientarse hacia la revolución comunista. En unos cuantos días hemos destruido una de las monarquías más viejas, Poderosas, bárbaras y feroces. En unos cuantos meses hemos recorrido toda una serie de etapas de conciliación con la burguesía y desvanecimiento de las ilusiones pequeñoburguesas, etapas que han durado decenas de años en otros países. En unas cuantas semanas, después de derrocar a la burguesía hemos aplastado en guerra civil su resistencia abierta. El bolchevismo ha cruzado en marcha triunfal nuestro inmenso país del uno al otro confín. Hemos llevado la libertad y a una vida independiente a los sectores más pobres de las masas trabajadoras oprimidas por el zarismo y la burguesía. Hemos instaurado y consolidado la República Soviética, nuevo tipo de Estado, incomparablemente elevado y democrático que las mejores repúblicas parlamentarias burguesas. Hemos implantado la dictadura del proletariado, apoyada por los campesinos pobres, y hemos iniciado un sistema de transformaciones socialistas de gran alcance. Hemos despertado la fe en sus propias fuerzas y encendido el fuego del entusiasmo en millones de obreros de todos los países. Hemos lanzado en todas partes el llamamiento a la revolución obrera internacional. Hemos desafiado a los bandidos imperialistas de todos los países.

Y en unos cuantos días nos ha echado por tierra una fiera imperialista, que nos ataco, al vernos desarmados y nos ha obligado a firmar una paz increíblemente dura y humillante, que es un tributo por habernos atrevido a librarnos de la férrea tenaza de la guerra imperialista, aunque sólo sea por un plazo brevísimo. La fiera aplasta, estrangula y despedaza a Rusia con tanta mayor saña cuanto más amenazador se yergue ante ella el fantasma de la revolución obrera en su propio país.

Nos hemos visto obligados a firmar una paz de “Tilsit”. No tenemos por qué engañarnos nosotros mismos. Hay que tener el valor de mirar cara a cara a la verdad, amarga y desnuda. Hay que medir por completo, hasta el fondo, ese abismo derrota, desmembramiento, vasallaje y humillación al que nos han empujado hoy. Cuanto más claro lo comprendamos, tanto más firme y templado estará el acero de nuestra voluntad de liberación, de nuestro anhelo de salir del vasallaje y de alzarnos nuevamente a la independencia, nuestra firme decisión de lograr a toda costa que Rusia deje de ser mísera y débil para convertirse en vigorosa y opulenta en el pleno sentido de la palabra.

Puede serlo porque, a pesar de todo, aún nos quedan extensión y riquezas naturales suficientes para proveer a todos y a cada uno de medios de subsistencia, si no en abundancia, por lo menos en cantidad suficiente. Tenemos los recursos precisos - en riquezas naturales, reservas de fuerzas humanas y el magnífico impulso que la gran revolución ha dado a la energía creadora del pueblo- para hacer una Rusia vigorosa y opulenta de verdad.

Y Rusia lo será si desecha todo desaliento y toda fraseología; si, apretando los dientes, reúne todas sus fuerzas; si pone en tensión cada nervio y cada músculo; si comprende que la salvación sólo es posible siguiendo el camino de la revolución socialista internacional que hemos emprendido. Seguir adelante por ese camino sin que las derrotas depriman nuestro ánimo; edificar piedra a piedra los sólidos cimientos de la sociedad socialista; trabajar

sin desmayo para crear una disciplina y una autodisciplina, para fortalecer en todo momento y lugar la organización, el orden, la eficiencia, la colaboración armónica de las fuerzas de todo el pueblo, la contabilidad y el control general de la producción y distribución de los productos: tal es la senda que conduce a crear el poderío militar y el poderío socialista.

No es digno de un verdadero socialista engallarse o dejarse llevar de la desesperación por haber sufrido una grave derrota. No es cierto que no tengamos salida y nos veamos forzados a elegir entre una muerte "sin gloria" (desde el punto de vista de un hidalgo), como lo es una paz durísima, y una muerte "gloriosa" en lucha sin perspectiva. No es cierto que hayamos hecho traición a nuestros ideales o a nuestros amigos, al firmar una paz de "Tilsit". No hemos hecho traición a nada ni a nadie; no hemos canonizado ni encubierto ninguna mentira. No nos hemos negado a ayudar en todo lo que podíamos, con todo lo que estaba a nuestro alcance, a ningún amigo y compañero de fatigas. Un jefe militar que conduce a la profunda retaguardia del país los restos de un ejército que ha sido derrotado o ha huido presa del pánico, un jefe militar que, en caso extremo, protege este repliegue, aceptando la paz más dura y humillante, no traiciona por ello a las unidades a las que está imposibilitado de prestar ayuda y que ha quedado cortadas por el enemigo. Ese jefe militar cumple con su deber, al elegir el único procedimiento para salvar lo que aún puede salvarse, al no aceptar aventuras ni ocultar al pueblo la amarga verdad, "al entregar terreno para ganar tiempo", al aprovechar toda tregua, por mínima que sea, para reagrupar sus fuerzas, para permitir que el ejército, enfermo de descomposición y desmoralización pueda cobrar aliento o restablecerse.

Hemos firmado una paz de "Tilsit". Cuando Napoleón I obligó a Prusia, en 1807, a firmar la paz de Tilsit, el conquistador había destrozado todos los ejércitos de los alemanes, ocupó la capital y todas las ciudades importantes, implantó su policía, obligó a los vencidos a proporcionarle cuerpos auxiliares para emprender nuevas guerras de rapiña, desmembró a Alemania y concluyó alianzas con unos Estados alemanes contra otros Estados alemanes. Y a pesar de todo, incluso después de semejante paz, el pueblo alemán se mantuvo firme, supo reagrupar sus fuerzas, erguirse y conquistar su derecho a la libertad y a la independencia.

Para cuantos quieran y sepan razonar, el ejemplo de la paz de Tilsit (que fue sólo uno de los muchos tratados y humillantes impuestos a los alemanes en aquella época) muestra con claridad cuán pueril e ingenua es la idea de que una paz durísima representa en todas las circunstancias un abismo de perdición y de que la guerra es la senda del heroísmo y de la salvación. Las épocas de guerras nos enseñan que la paz ha desempeñado más de una vez en la historia el papel de tregua para acumular fuerzas con vistas a nuevas batallas. La paz de Tilsit fue para Alemania una gran humillación; pero fue también, a la vez, un viraje hacia un grandioso resurgimiento nacional. La situación histórica no permitía entonces a ese resurgimiento otra salida que la del Estado *burgués*. Por entonces, hace más de cien años, la historia la hacían un puñado de nobles y pequeños grupos de intelectuales burgueses, en tanto que las masas de obreros y campesinos permanecían amodorradas o dormidas. En virtud de eso, la historia sólo podía transcurrir a la sazón con una lentitud espantosa.

Hoy, el capitalismo ha elevado a un nivel muchísimo más alto la cultura en general y la cultura de las masas en particular. Con sus inauditos horrores y sufrimientos, la guerra ha sacudido a las masas, las ha despertado. La guerra ha dado un impulso a la historia, que avanza en nuestros días con la velocidad de una locomotora. La historia la hacen ahora millones y decenas de millones de hombres. El capital ha madurado ahora para el socialismo.

Por tanto, si Rusia marcha hoy y -eso es indiscutible- de una paz de "Tilsit" al resurgimiento nacional, a la gran guerra patria la salida para ese resurgimiento no es la que conduce al Estado burgués, sino la que lleva a la revolución socialista internacional. Somos defensistas desde el 25 de octubre de 1917. Somos partidarios de "la defensa de la patria"; pero la guerra patria hacia la que nos encaminamos es una guerra la patria socialista, por el socialismo como patria una guerra por la República Soviética como *destacamento* del ejército mundial del socialismo.

"¡Odia al alemán, muera el alemán!": tal ha sido y sigue siendo la consigna del patriotismo corriente, es decir, del patriotismo burgués. Pero nosotros diremos: "¡Odia a los bandidos imperialistas, odia al capitalismo, muera el capitalismo!" Y al mismo tiempo: "¡Aprende del alemán! ¡Sé fiel a la alianza fraternal con los obreros alemanes! Se han retrasado en acudir en nuestra ayuda. Pero nosotros ganaremos tiempo, los esperaremos, y ellos *vendrán* en nuestra ayuda".

Sí, ¡aprende del alemán! La historia hace zigzags y da rodeos. Las cosas han ocurrido de manera que son precisamente los alemanes quienes encarnan hoy, al mismo tiempo que un imperialismo feroz, los principios de la disciplina, de la organización, de la colaboración metódica que se basa en la industria mecanizada más moderna, un control y una contabilidad rigurosísimos.

Y eso es precisamente lo que nos falta. Eso es precisamente lo que tenemos que aprender. Eso es precisamente lo que necesita nuestra gran revolución para poder pasar, a través de una serie de duras pruebas, del comienzo triunfal al final victorioso. Eso es precisamente lo que necesita la República

Socialista Soviética de Rusia para dejar de ser mísera e impotente, para convertirse en vigorosa y opulenta por siempre.

11 de marzo de 1918.

Publicado el 12 de marzo de 1918 en el núm. 46 de "Izvestia del CEC de toda Rusia".

T. 36, págs. 78-82.

IV CONGRESO EXTRAORDINARIO DE LOS SOVIETS DE TODA RUSIA.

14-16 de marzo de 1918.

1. Proyecto de resolución sobre el mensaje de Wilson.

El congreso expresa al pueblo norteamericano, en primer lugar a las clases trabajadoras y explotadas de Estados Unidos de América, su agradecimiento por el mensaje de simpatía que el presidente Wilson ha hecho llegar al pueblo ruso por el conducto del congreso de los Soviets en días de duras pruebas para la República Socialista Soviética de Rusia.

Convertida en país neutral, la República Soviética de Rusia aprovecha el mensaje del presidente Wilson para expresar a todos los pueblos que sufren y perecen a causa de los horrores de la guerra imperialista su profunda simpatía y su firme convicción de que no está lejano el día feliz en que las masas trabajadoras de todos los países burgueses se sacudan el yugo del capital e instauren la organización socialista de la sociedad, única capaz de asegurar una paz justa y duradera, así como la cultura y el bienestar para todos los trabajadores.

Escrito el 14 de marzo de 1918. Publicado el 15 de marzo de 1918 en el núm. 48 de "Izvestia del CEC de toda Rusia".

T. 36, págs. 91.

2. Informe sobre la ratificación del tratado de paz, 14 de marzo.

Camaradas: Hoy debernos resolver un problema que implica un viraje en el desarrollo de la revolución rusa, y no sólo rusa, sino internacional; y para resolver con acierto el problema de la gravosísima paz que han concertado los representantes del Poder soviético en Brest-Litovsk y que el Poder soviético propone aprobar, es decir, ratificar; para resolver con acierto este problema lo que más necesitamos es comprender el sentido histórico del viraje que debemos dar, comprender en qué ha consistido la peculiaridad principal del desarrollo de la revolución hasta ahora y en qué consiste la causa fundamental de la penosa derrota y de la época de duras pruebas que hemos pasado.

Me parece que la fuente principal de las discrepancias en torno a esta cuestión entre los partidos soviéticos consiste, precisamente, en que algunos se dejan llevar demasiado por un sentimiento de legítima y justa indignación con motivo de la derrota de la República Soviética por el imperialismo; a veces se dejan llevar demasiado de la desesperación, y en lugar de tener en cuenta las condiciones históricas del desarrollo de la revolución tal y como se dieron antes de la presente paz y tal y como se nos presentan ahora a nosotros después de la paz, intentan dar una respuesta sobre la táctica de la revolución basándose en los sentimientos espontáneos. Pero la experiencia de todas las historias de las revoluciones nos enseña que cuando se trata de cualquier movimiento de masas o de una lucha entre las clases, sobre todo como la actual, que no se desarrolla únicamente en un solo país aunque sea inmenso, sino que abarca todas las relaciones internacionales, es preciso basar nuestra táctica, ante todo y sobre todo, en la situación objetiva, analizar cuál ha sido hasta ahora el curso la revolución y por qué ha cambiado de manera tan amenazadora, brusca y desfavorable para nosotros.

Si examinamos desde este punto de vista el desarrollo de nuestra revolución, veremos con claridad que ha atravesado hasta ahora un período de independencia relativa y aparente en grado considerable, de independencia temporal de las relaciones internacionales. El camino seguido por nuestra revolución desde fines de febrero de 1917 hasta el 11 de febrero del año actual, día en que empezó la ofensiva alemana, ha sido en general un camino de victorias fáciles y rápidas. Si examinar el desarrollo de esta revolución a escala internacional, desde el punto de vista únicamente de la revolución rusa, veremos que durante ese año hemos vivido tres períodos. Durante el primer período, la clase obrera de Rusia y cuanto de avanzado, consciente y puesto en movimiento había en el campesinado barrieron en unos cuantos días la monarquía con el apoyo no sólo de la pequeña burguesía, sino también de la gran burguesía. Este éxito vertiginoso se explica, por una parte, porque el pueblo ruso extrajo de la experiencia de 1905 una gigantesca reserva de combatividad revolucionaria y, por otra, porque Rusia, país singularmente atrasado, sufrió de modo especial a causa de la guerra y se encontró con rapidez particular imposibilitada por completo para continuar esta guerra bajo el viejo régimen.

El corto período de éxito impetuoso en que se

creó la nueva organización -la organización de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos-, fue seguido para nuestra revolución por largos meses del período de transición, el período durante el cual el poder de la burguesía, minado en el acto por los Soviets, era sostenido y fortalecido por los partidos conciliadores pequeñoburgueses, los mencheviques y eseristas que respaldaban ese poder. Era un poder que apoyaban la guerra imperialista y los tratados secretos imperialistas, que alimentaba de promesas a la clase obrera, un poder que no hacía absolutamente nada y mantenía el desbarajuste económico. En ese período largo para nosotros, para la revolución rusa, acumularon fuerzas los Soviets; fue un período largo para la revolución rusa y corto desde el punto de vista de la revolución internacional porque, en la mayoría de los países centrales, el período de superación de las ilusiones pequeñoburguesas, el período de la política conciliadora de los diversos partidos, fracciones y matices no duró meses, sino largos, larguísimos decenios; este período, desde el 20 de abril hasta la reanudación, en junio, de la guerra imperialista por Kerenski, que llevaba en el bolsillo el tratado secreto imperialista, desempeñó un papel decisivo. Durante ese período pasamos por la derrota de julio y la korniloviada, sólo basándonos en la experiencia de la lucha de las masas, sólo cuando las grandes masas de obreros y campesinos vieron, no por las prédicas, sino por su propia experiencia, toda la esterilidad de la política conciliadora pequeñoburguesa, sólo entonces, después de un largo desarrollo político, después de una larga preparación y de cambios en el estado de ánimo y en los puntos de vista de las agrupaciones de partidos, se creó la base para la Revolución de Octubre. Y llegó el tercer período de la revolución rusa en su primera fase, apartada o temporalmente separada de la revolución mundial.

Este tercer período, el de octubre, fue el período de organización, el más difícil y, al mismo tiempo, el de los triunfos más importantes y rápidos. A partir de octubre, nuestra revolución, que puso el poder en manos del proletariado revolucionario, implantó la dictadura de éste y le aseguró el apoyo de la inmensa mayoría de los proletarios y de los campesinos pobres; a partir de octubre, nuestra revolución avanzó victoriosa, en marcha triunfal. En todos los confines de Rusia comenzó la guerra civil en forma de resistencia de los explotadores, de los terratenientes y la burguesía apoyados por una parte de la burguesía imperialista.

Empezó la guerra civil. Y en esta guerra civil, las fuerzas de los enemigos del Poder soviético, las fuerzas de los enemigos de las masas trabajadoras y explotadas resultaron ser insignificantes; la guerra civil fue un triunfo continuo del Poder soviético porque sus enemigos, los explotadores, los terratenientes y la burguesía, carecían de todo apoyo político y económico y su ataque fracasó. La lucha contra ellos consistió no tanto en acciones militares como en agitación; sector tras sector, masas tras masas, hasta los cosacos trabajadores fueron desembarazándose de los explotadores que intentaban apártalos del Poder soviético.

Este período de marcha victoriosa, triunfal, de la dictadura del proletariado y del Poder soviético, en el que este último conquistó de modo absoluto, decidido e irrevocable a gigantescas masas de trabajadores y explotados de Rusia, fue el punto último y superior del desarrollo de la revolución rusa que, durante todo ese tiempo, parecía avanzar independientemente del imperialismo internacional. Esa fue la causa de que el país más atrasado y más preparado para la revolución por la experiencia de 1905 promoviera al poder tan rápida, fácil, y metódicamente a una clase tras otra, superando distintas combinaciones políticas, y, por último, llegara a la combinación política que representaba la última palabra tanto de la revolución rusa como de las revoluciones obreras de Europa Occidental. Porque el Poder soviético se afianzó en Rusia y se ganó las simpatías inextinguibles de los trabajadores y explotados debido a que destruyó la vieja máquina de opresión, el viejo poder del Estado; debido a que creó desde la base un tipo de Estado nuevo y superior, como el que fue en germen la Comuna de París, la cual derribó la vieja máquina y puso en su lugar directa- mente la fuerza armada de las masas, sustituyendo la democracia parlamentaria burguesa con la democracia de las masas trabajadoras, excluyendo a los explotadores y aplastando con regularidad la resistencia de estos últimos.

He ahí lo que hizo la revolución rusa en ese período. He ahí el motivo de que en una pequeña vanguardia de la revolución rusa se creara la impresión de que esta marcha triunfal, este rápido avance de la revolución rusa podía contar con la victoria consecutiva. Y en eso consistía el error, pues el período en que se desarrollaba la revolución rusa, haciendo pasar el poder de una clase a otra y acabando con la conciliación de las clases en los límites sólo de Rusia, ese período pudo existir desde el punto de vista histórico únicamente porque las más gigantescas fieras voraces del imperialismo mundial habían sido detenidas temporalmente en su ofensiva contra el Poder soviético. Una revolución que en unos cuantos días había derrocado la monarquía, que en unos cuantos meses había agotado todos los intentos de conciliación con la burguesía y que en unas cuantas semanas había vencido en la guerra civil toda la resistencia de la burguesía; una revolución así, la revolución de la república socialista, pudo existir entre las potencias imperialistas, rodeada de fieras voraces, al lado de las fieras del imperialismo mundial, únicamente porque la burguesía, empeñada en una lucha intestina a

muerte, se encontraba paralizada en su ofensiva contra Rusia.

Y empezó el período que no podemos menos de sentir de modo tan patente y tan penoso; un período de durísimas derrotas, de durísimas pruebas para la revolución rusa; un período en el que, en lugar de una ofensiva franca, directa y rápida contra los enemigos de la revolución, tenemos que sufrir durísimas derrotas y replegarnos ante una fuerza incomparablemente mayor que la nuestra: ante la fuerza del imperialismo y del capital financiero internacionales, ante la fuerza del poderío militar, que toda la burguesía, con su técnica moderna y su organización, ha agrupado contra nosotros con el propósito de saquear, oprimir y ahogar a las naciones pequeñas. Hemos tenido que pensar en equilibrar las fuerzas, nos hemos visto ante una tarea infinitamente difícil, hemos tenido que hacer frente, en la pelea directa, no a un enemigo como Románov y Kerenski, que no pueden ser tomados en serio, sino a las fuerzas de la burguesía internacional con todo su poderío bélico imperialista, hemos tenido que luchar cara a cara con los buitres mundiales. Y es comprensible que, al retrasarse la ayuda del proletariado socialista internacional, hayamos tenido que resistir solos este choque y sufrir una durísima derrota.

Es ésta una época de duras derrotas, una época de repliegues, una época en la que debemos salvar, por lo menos, una pequeña parte de las posiciones, retrocediendo ante el imperialismo, esperando el momento en que cambien las condiciones internacionales en general, en que acudan en nuestra ayuda las fuerzas del proletariado europeo; unas fuerzas que existen, que maduran y que no han podido deshacerse de su enemigo con tanta facilidad como nosotros, pues sería la mayor de las ilusiones y el mayor de los errores olvidar que a la revolución rusa le fue fácil empezar y le es difícil seguir adelante. Era inevitable que ocurriera así porque hubimos de empezar por el régimen político más podrido y atrasado. La revolución europea tiene que empezar por la burguesía, tiene que habérselas con un enemigo increíblemente más serio, en condiciones incomparablemente más difíciles. A la revolución europea le será muchísimo más difícil empezar. Vemos que le es incomparablemente más difícil abrir la primera brecha en el régimen que la aplasta. A la revolución europea le será mucho más fácil pasar a sus etapas segunda y tercera. Y no puede ser de otra manera, dada la correlación de fuerzas que existe actualmente en la palestra internacional entre las clases revolucionarias y las reaccionarias. Ese es el viraje fundamental que pierden de vista en todo momento quienes enfocan la situación actual, la situación extraordinariamente grave de la revolución desde el punto de vista de los sentimientos y de la indignación, y no desde el punto de vista histórico. La experiencia de la historia nos muestra que siempre, en todas las revoluciones -durante el período en que la revolución experimentaba un cambio brusco y pasaba de las rápidas victorias al período de duras derrotas- llegaba una etapa de frases seudorrevolucionarias que causaron siempre el mayor daño al desarrollo de la revolución. Pues bien, camaradas, sólo estaremos en condiciones de apreciar acertadamente nuestra táctica si nos planteamos la tarea de tener en cuenta el viraje que nos ha hecho pasar de las victorias completas, fáciles y rápidas a las duras derrotas. Esta cuestión, infinitamente difícil e infinitamente grave, es resultado del viraje en el desarrollo de la revolución en el momento actual -de las victorias fáciles en el interior a las derrotas extraordinariamente duras en el exterior- y representa un viraje en toda la revolución mundial, un viraje de la época de la labor de agitación y propaganda de la revolución rusa, con una actitud de espera del imperialismo, a las acciones ofensivas del imperialismo contra el Poder soviético. Y ello plantea el problema con especiales gravedad y agudeza ante todo el movimiento internacional de Europa Occidental. Si no olvidamos este momento histórico, deberemos comprender cómo se ha determinado el grupo fundamental de los intereses de Rusia en el problema de la gravosísima paz actual, de la llamada paz indecorosa.

En la polémica con los que negaban la necesidad de aceptar esta paz he oído más de una vez que el punto de vista de la firma de la paz expresa únicamente los intereses de las masas campesinas cansadas, de los soldados desclasados, etc., etc. Y siempre que oía esas alusiones y esas indicaciones me sorprendía de cómo olvidan los camaradas, hombres que rebuscan sus argumentos con excepcional minuciosidad, el enfoque clasista del desarrollo nacional. Como si el partido del proletariado que ha tomado el poder, no calculara de antemano que sólo la alianza del proletariado y del semiproletariado, es decir, de los campesinos pobres, o sea de la mayoría del campesinado de Rusia; que sólo semejante alianza está en condiciones de dar el poder en Rusia al poder revolución de los Soviets -a la mayoría, a la verdadera mayoría del pueblo-; que sin ello es inconcebible todo intento de implantar el poder, sobre todo en los difíciles virajes de la historia. Presentan las cosas como si fuera posible desembarazarse ahora de esta verdad, reconocida por todos nosotros, y salir del paso alegando despectivamente el cansancio de los campesinos y de los soldado desclasados. Por lo que se refiere al cansancio del campesinado y de los soldados desclasados, debemos decir que el país admitirá la resistencia, que los campesinos pobres podrán ofrecer resistencia únicamente en la medida en que sean capaces de orientar sus fuerzas a la lucha.

Cuando tomamos el poder en octubre, estaba claro

que el desarrollo de los acontecimientos llevaba a ello indefectiblemente, que el viraje de los Soviets hacia el bolchevismo significaba un viraje en todo el país, que el poder del bolchevismo era inevitable. Cuando, conscientes de ello, nos lanzamos en octubre a la conquista del poder, nos dijimos a nosotros mismos y dijimos a todo el pueblo con absoluta claridad y precisión que se trataba del paso del poder a manos del proletariado y de los campesinos pobres, que el proletariado sabía que los campesinos lo apoyarían; vosotros mismos sabéis en qué lo apoyarían en su activa lucha por la paz, en su disposición a proseguir el combate contra el gran capital financiero. En eso no nos equivocamos, y nadie que se mantenga, por poco que sea, en los límites de las fuerzas de clase y de las relaciones de clase podrá abstraerse de la verdad indudable de que no podemos pedir a un país de pequeños campesinos, que tanto ha hecho para la revolución europea y mundial, que sostenga la lucha en condiciones tan duras, las más duras, cuando el proletariado de Europa Occidental acude, sin duda en nuestra ayuda -como lo demuestran los hechos, las huelgas, etc.-, pero esa ayuda indudablemente, se retrasa. Por eso digo que semejante alusiones al cansancio de las masas campesinas, etc., son simplemente resultado de la falta de argumentos y de la impotencia completa de quienes recurren a esos argumentos, testimonian la imposibilidad absoluta por su parte de abarcar todas las relaciones de clase en su conjunto, en su escala general: de la revolución del proletariado y de la masa del campesinado. Sólo si apreciamos en cada viraje brusco de la historia la correlación de las clases en su conjunto, de todas las clases, y no tomamos ejemplos aislados y casos aislados, sentiremos que nos apoyamos firmemente en el análisis de los hechos probables. Comprendo muy bien que la burguesía rusa nos empuja a una guerra revolucionaria, nos empuja en un momento en que la guerra es completamente imposible para nosotros. Así lo exigen los intereses de clase de la burguesía.

Cuando gritan "paz indecorosa", sin decir una palabra de quién ha llevado al ejército a esa situación, comprendo perfectamente que son la burguesía y los de *Dielo Naroda*, los mencheviques de Tsereteli[31] los adeptos de Chernov[32] y sus voceros (*Aplausos*), comprendo perfectamente que es la burguesía la que habla a gritos de la guerra revolucionaria. Así lo requieren sus intereses de clase, así lo requieren sus anhelos de que el Poder soviético dé un paso en falso. Eso es comprensible en gentes que, de una parte, llenan las páginas de sus periódicos con escritos contrarrevolucionarios... (*Voces*: "¡Los habéis clausurado todos!") Por desgracia, no todos aún, pero los clausuraremos todos. (*Aplausos*.) Me gustaría ver un proletariado que permitiese a los contrarrevolucionarios, a los partidarios de la burguesía y a los conciliadores con ella seguir aprovechando el monopolio de las riquezas para embaucar al pueblo con su opio burgués. Ese proletariado no ha existido nunca. (*Aplausos*.)

Comprendo perfectamente que, desde las páginas de semejantes publicación se lancen sin cesar aullidos, chillidos y gritos contra la paz indecorosa; comprendo perfectamente que sean partidarios de esa guerra revolucionaria hombres que, al mismo tiempo, desde los democonstitucionalistas[33] hasta los eseristas de derecha, salen a recibir a los alemanes durante su ofensiva, dicen solemnemente: "¡Aquí están los alemanes!" y dejan que sus oficiales luzcan de nuevo las charreteras en los lugares ocupados por la invasión del imperialismo alemán. Sí, no me sorprende lo más mínimo que esos burgueses, esos conciliadores prediquen la guerra revolucionaria. Quieren que el Poder soviético caiga en una trampa. Esos burgueses y conciliadores han mostrado de lo que son capaces. Los hemos visto y los vemos actuar; sabemos que en Ucrania, los Kerenski ucranianos, los Chernov ucranianos y los Tsereteli ucranianos son los señores Vinnichenko. Estos señores, los Kerenski, los Chernov y los Tsereteli ucranianos han ocultado al pueblo la paz que concertaron con los imperialistas alemanes y ahora, con ayuda de las bayonetas alemanas, intentan derribar el Poder soviético en Ucrania. Ahí tenéis lo que han hecho esos burgueses y esos conciliadores y sus secuaces. (*Aplausos*.) Ahí tenéis lo que han hecho esos burgueses y conciliadores ucranianos, cuyo ejemplo podemos ver con nuestros propios ojos; esos burgueses y conciliadores que han ocultado y ocultan al pueblo sus tratados secretos y que se lanzan con las bayonetas alemanas contra el Poder soviético. Ahí tenéis lo que quiere la burguesía rusa, adónde empujan consciente o inconscientemente los voceros de la burguesía: saben que el Poder soviético en modo alguno puede aceptar la guerra imperialista contra un imperialismo poderoso. De ahí que sólo en esta situación internacional, sólo en esta situación general de las clases podamos comprender en toda su profundidad el error de quienes, a semejanza del partido de los eseristas de izquierda, se han dejado arrastrar por una teoría, corriente en todas las historias de las revoluciones en los momentos difíciles, compuesta a partes iguales de desesperación y frases hueras; esa teoría consiste en exhortaros a resolver un serio y dificilísimo problema bajo la presión de los sentimientos sólo desde el punto de vista de los sentimientos, en vez de mirar serenamente a la realidad y de apreciar desde el punto de vista de las fuerzas de clase la tareas de la revolución respecto a los enemigos interiores y exteriores. La paz es increíblemente dura y vergonzosa. Yo mismo, en mis declaraciones y discursos, la he calificado más de una vez de paz de Tilsit, recordando la paz que el conquistador

Napoleón impuso a los pueblos prusiano y alemán después de una serie de durísimas derrotas. Sí, esa paz representa una durísima derrota y humilla al Poder soviético; pero al apelar al sentimiento, al fomentar la indignación e intentar resolver un grandioso problema histórico, basándonos en eso y limitándonos a eso, caemos en la ridícula y lamentable posición en que se encontró ya en una ocasión todo el partido eserista (*Aplausos*), cuando en 1907, en usa situación algo semejante en ciertos aspectos, apeló de la misma manera al sentimiento de los revolucionarios; cuando Stolypin, tras la durísima derrota de nuestra revolución en 1906 y 1907, nos impuso las leyes de la III Duma, condiciones vergonzosas y duras en extremo para laborar en una de las más repugnantes instituciones representativas; cuando nuestro partido, después de una pequeña vacilación en su seno (las vacilaciones sobre esta cuestión fueron entonces mayores que ahora), decidió que no teníamos derecho a dejarnos arrastrar por los sentimientos, que, por grandes que fueran nuestra indignación y nuestra irritación contra la vergonzosísima III Duma, debíamos reconocer que no era una casualidad, sino una necesidad histórica de la lucha de las clases en desarrollo, la cual no tenía fuerzas suficientes para seguir adelante y las reuniría incluso en esas vergonzosas condiciones que se nos imponían. Resultó que teníamos razón. Quienes intentaron arrastrar con la frase revolucionaria, con la justicia, por cuanto expresaba un sentimiento tres veces legítimo, recibieron una lección que no olvidará ningún revolucionario capaz de pensar y reflexionar.

Las revoluciones no se desarrollan tan llanamente que puedan asegurarnos un auge rápido y fácil. No ha habido una sola gran revolución, ni siquiera en el marco nacional, que no haya conocido un duro período de derrotas. Ante la seria cuestión de los movimientos de masas, de las revoluciones en desarrollo, no cabe declarar la paz indecorosa y humillante para que el revolucionario no pueda aceptarla; no basta con pronunciar frases de agitación y cubrirnos de reproches con motivo de esta paz: eso es el abecé evidente de la revolución, una experiencia evidente de todas las revoluciones. Recordemos nuestra experiencia desde 1905 -y si somos ricos era algo, si a la clase obrera y a los campesinos pobres de Rusia les ha correspondido el dificilísimo y honrosísimo papel de iniciar la revolución socialista internacional, ello se debe precisamente a que el pueblo ruso consiguió, gracias a una concurrencia especial de circunstancias históricas, hacer dos grandes revoluciones a comienzos del siglo XX-: hay que estudiar la experiencia de esas revoluciones, hay que saber comprender que sólo teniendo en cuenta los cambios en las correlaciones de los vínculos de clase de un Estado con otro se puede afirmar a ciencia cierta que no estamos en condiciones de aceptar hoy el combate. Debemos tenerlo en cuenta y decirnos: cualquiera que sea la tregua, por efímera, breve, dura y humillante que sea la paz, es mejor que la guerra, ya que permite dar un respiro a las masas populares, ya que permite corregir lo que hizo la burguesía, la cual grita ahora en todas partes donde puede hacerlo, sobre todo bajo la protección de los alemanes en las regiones ocupadas. (*Aplausos*.)

La burguesía grita que son los bolcheviques quienes han descompuesto el ejército, que no hay ejército, y que la culpa de ello la tienen los bolcheviques; pero miremos al pasado, camaradas, miremos, sobre todo, al desarrollo de nuestra revolución. ¿Acaso no sabéis que la huida y la descomposición de nuestro ejército empezaron mucho antes de la revolución, ya en 1916, y que cuantos hayan visto el ejército deben reconocerlo así? ¿Y qué hizo nuestra burguesía para impedirlo? ¿No está claro que la única probabilidad de salvarse de los imperialistas se encontraba entonces en sus manos, que esa probabilidad se presentó en marzo y abril, cuando las organizaciones de los Soviets podían tomar el poder simplemente alzando la mano contra la burguesía? Si los Soviets hubieran tomado entonces el poder, si los intelectuales burgueses y pequeñoburgueses, con los eseristas y los mencheviques, en vez de ayudar a Kerenski a engañar al pueblo, a ocultar los tratados secretos y a llevar el ejército a la ofensiva, hubieran acudido en ayuda del ejército, abasteciéndolo de armamento y de víveres, obligando a la burguesía a ayudar a la patria con el concurso de todos los intelectuales, no a la patria de los mercaderes, no a la patria de los tratado que contribuyen a exterminar al pueblo (*Aplausos*); si los Soviets, obligando a la burguesía a ayudar a la patria de los trabajadores, de los obreros, hubieran prestado su concurso al ejército desnudo, descalzo y hambriento; si hubieran hecho eso, habríamos tenido, quizá, un periodo de diez meses, suficiente para dar al ejército un respiro y un apoyo unánime, a fin de que, sin dar un paso atrás en el frente, propusiera la paz democrática general, rompiendo los tratados secretos, pero manteniéndose en el frente, sin retroceder un solo paso. En eso residía la oportunidad de paz que concedían y apoyaban los obreros y los campesinos. Era la táctica de defensa de la patria, no de la patria de los Románov, los Kerenski y los Chernov, la patria de los tratados secretos, la patria de la burguesía venal, sino la patria de las masas trabajadoras. Ahí tenéis quiénes han llevado a que el paso de la guerra a la revolución y de la revolución rusa al socialismo internacional vaya acompañado de pruebas tan duras. Ahí tenéis por qué suena como una frase tan huera la propuesta de la guerra revolucionaria cuando sabemos que no tenemos ejército, cuando sabemos que era imposible retener al ejército, y quienes estaban al tanto de las cosas no podían dejar de ver que nuestra orden de

desmovilización no era una fantasía, sino un resultado de la necesidad evidente, de la simple imposibilidad de retener al ejército. Era imposible retener al ejército. Y tenía razón aquel militar, no bolchevique, que decía ya antes de la Revolución de Octubre que el ejército no podía combatir y no combatiría. Ahí tenéis a lo que han conducido los meses de tira y afloja con la burguesía y todos los discursos en torno a la necesidad de continuar la guerra; por muy nobles que fueran los sentimientos que hacían hablar así a muchos revolucionarios, o a unos pocos revolucionarios, resultaron frases revolucionarias vacías que ayudaban al imperialismo internacional a seguir saqueando tanto y más de lo que había saquea lo después de nuestro error táctico o diplomático: después de la negativa a firmar el tratado de Brest. Cuando decíamos a quienes estaban en contra de que firmásemos la paz que si la tregua fuera más o menos prolongada comprenderían que los intereses del saneamiento del ejército, los intereses de las masas trabajadoras estaban por encima de todo y que la paz debía ser firmada en aras de eso, nos respondían que no podía haber tregua.

Pero nuestra revolución se ha distinguido de todas las revoluciones anteriores precisamente en que ha impulsado el afán de construcción y de creación en las masas, en que las masas trabajadoras de las aldeas más remotas -humilladas, aplastadas y oprimidas por los zares, los terratenientes y la burguesía- se han puesto en pie, y este período de la revolución termina sólo ahora, cuando se realiza la revolución en el campo, que está organizando la vida con bases nuevas. Y en aras de esa tregua, por corta y pequeña que sea, teníamos la obligación de firmar dicho tratado, si colocamos los intereses de las masas trabajadoras por encima de los intereses de los espadones burgueses, que blanden las armas y nos llaman al combate. He ahí lo que enseña la revolución. La revolución enseña que cuando cometemos errores diplomáticos, cuando suponemos que los obreros alemanes acudirán mañana en nuestra ayuda, con la esperanza de que Liebknecht vencerá ahora mismo -y nosotros sabemos que de uno u otro modo Liebknecht vencerá, ello es inevitable en el desarrollo del movimiento obrero (*Aplausos*)-, eso significa que las consignas revolucionarias del difícil movimiento socialista, si se deja uno arrastrar por ellas, se convierten en una frase huera. Y ni un solo representante de los trabajadores, ni un solo obrero honrado se negará a hacer los mayores sacrificios para ayudar al movimiento socialista de Alemania, porque durante todo este tiempo ha aprendido en el frente a distinguir entre los imperialistas alemanes y los soldados, torturados por la disciplina alemana y simpatizantes nuestros en su mayor parte. Por eso digo que la revolución rusa ha corregido en la práctica nuestro error, lo ha corregido con esta tregua. Según todos los indicios, será muy corta, pero tenemos la probabilidad, por lo menos, de una brevísima tregua para que el ejército, extenuado y hambriento, adquiera conciencia de que se le da la posibilidad de descansar. Está claro para nosotros que ha terminado el período de las viejas guerras imperialistas y que amenazan nuevos horrores del comienzo de nuevas guerras; pero los períodos de esas guerras existieron en muchas épocas históricas, adquiriendo el mayor enconamiento en vísperas de su terminación. Y hace falta que se comprenda eso no sólo en los mítines de Petrogrado y Moscú; hace falta que lo comprendan en las aldeas decenas y decenas de millones de personas; hace falta que la parte más aleccionada de los campesinos, al volver del frente después de haber sufrido todos los horrores de la guerra, ayude a comprenderlo y que la inmensa masa de campesinos y de obreros se convenza de la necesidad del frente revolucionario y diga que hemos procedido con acierto.

Se nos dice, ¡oh, qué vergüenza!, que hemos traicionado a Ucrania y Finlandia. Pero se ha creado una situación en la que estamos cortados de Finlandia, con la que habíamos concertado antes de la revolución un tratado tácito y hemos firmado ahora un tratado formal. Se nos dice que entregamos Ucrania, a la que van a hundir Chernov, Kerenski y Tsereteli; se nos dice: ¡Traidores, habéis traicionado a Ucrania! Yo digo: camaradas, he visto demasiadas cosas en la historia de la revolución para que puedan turbarme las miradas de hostilidad y los gritos de hombres que se dejan dominar por el sentimiento y son incapaces de razonar. Os citaré un sencillo ejemplo. Imaginaos que dos amigos caminan de noche y son atacados súbitamente por diez hombres. Si estos miserables rodean y aíslan a uno de ellos, ¿qué le queda al otro? No puede acudir en su ayuda; y si huye, ¿es acaso un traidor? Mas figuraos que no se trata de individuos o de esferas en las que se resuelven cuestiones de sentimiento natural, sino que se encuentran cinco ejércitos de cien mil hombres cada uno y cercan a un ejército de doscientos mil hombres, en ayuda del cual debe acudir otro ejército. Pero si este último ejército sabe que caerá ineludiblemente en una trampa, debe retroceder; no puede dejar de retroceder, incluso en el caso de que para cubrir la retirada sea preciso firmar una paz indecorosa, mala, calificadla como queráis, pero, de todos modos, será necesario firmarla. No se puede tomar en consideración el sentimiento del duelista que desenvaina la espada y dice: Debo morir porque me obligan a firmar una paz humillante. Sin embargo, todos sabemos que, cualquiera que sea la decisión que toméis, carecemos de ejército y algún gesto nos salvará de la necesidad de retroceder y ganar tiempo para que el ejército pueda tomar aliento. Cuantos miren de cara a la realidad y no se engañen a sí mismos con frases revolucionarias convendrán en eso. Deben saber eso cuantos miren

de cara a la realidad sin engañarse a sí mismos con frases y gestos arrogantes.

Si sabemos eso, nuestro deber revolucionario consiste en firmar el tratado, duro, archiduro y expoliador, pues con ello conseguiremos una situación mejor para nosotros y para nuestros los aliados. ¿Es que hemos salido perdiendo por haber firmado el 3 de marzo el tratado de paz? Cualquiera que desee enfocar las cosas desde el punto de vista de las relaciones de masas, y no desde el punto de vista de un hidalguillo duelista, comprenderá que aceptar la guerra y denominar revolucionaria a esa guerra cuando se carece de ejército o se tiene únicamente un resto enfermo de ejército significaría engañarse a sí mismo, hacer víctima al pueblo del mayor engaño. Tenemos el deber de decir la verdad al pueblo: Sí, la paz es durísima, Ucrania y Finlandia perecen; pero debemos aceptar esa paz, y la aceptará toda la Rusia trabajadora consciente, porque conoce la verdad desnuda, porque sabe lo que es la guerra, sabe que jugárselo todo a una carta, confiando en que la revolución alemana estallará ahora mismo, es engañarse a sí mismo. Con la firma de la paz hemos recibido lo que nuestros amigos finlandeses recibieron de nosotros: una tregua, una ayuda, y no la muerte.

Conozco casos de la historia de los pueblos en los que se firmó una paz muchísimo más expoliadora, en los que la paz entregaba a merced del vencedor a pueblos llenos de vida. Comparemos esta paz nuestra con la paz de Tilsit, que el conquistador victorioso impuso a Prusia y Alemania. Fue una paz tan dura que, como consecuencia de ella, no sólo se ocuparon todas las capitales de los Estados alemanes, no solo se arrojó a los prusianos hasta Tilsit -lo que equivale a que se no arrojara a nosotros hasta Omsk o Tomsk-, Sino que Napoleón (y ello constituye el mayor horror) obligo a los pueblos derrotados a facilitarle tropas auxiliares para sus guerras. Y cuando, pese a todo, se creó una situación en la que los pueblos alemanes hubieron de soportar el embate del conquistador; cuando la época de las guerras revolucionarias de Francia dio paso a la época de las guerras imperialistas de conquista, se puso de relieve con toda claridad lo que no quieren comprender quienes, seducidos por las frases hueras, presentan la firma de la paz como el hundimiento. Esa psicología es comprensible desde el punto de vista del hidalguillo duelista, pero no desde el punto de vista del obrero y el campesino. Este último ha cursado la dura escuela de la guerra y ha aprendido a contar. Ha habido pruebas más duras, de las que han salido airosos pueblos más atrasados. Ha habido una paz más dura, y concluida por los alemanes, en una época en que no tenían ejército o le tenían enfermo, como lo está el nuestro. Firmaron una durísima paz con Napoleón. Y esa paz no significó el hundimiento de Alemania; antes al contrario, fue un viraje, un acto de defensa nacional, de ascenso. También nosotros estamos en vísperas de un viraje semejante y nos encontramos en condiciones análogas. Hay que mirar a la verdad cara a cara y desechar las frases y peroratas hueras. Debemos decir que, si es necesario, se debe firmar la paz. La guerra liberadora, la guerra de clase, la guerra popular ocupará el puesto de la guerra napoleónica. El sistema de guerras napoleónicas cambiará, la paz sustituirá a la guerra, la guerra sustituirá a la paz, y cada nueva paz durísima ha derivado siempre en una preparación más amplia para la guerra. El tratado de paz más duro -el de Tilsit- ha entrado en la historia como el punto de arranque hacia el período en que el pueblo alemán iniciaba el viraje, retrocedía hasta Tilsit, hasta Rusia pero, en realidad, ganaba tiempo, esperaba que la situación internacional, que permitió en otra época triunfar a Napoleón -tan expoliador como ahora Hohenzollern e Hindenburg-, a que esa situación cambiara, a que saneara la conciencia del pueblo alemán, extenuado por decenios de guerras napoleónicas y derrotas, a que el pueblo alemán resucitara a una nueva vida. He ahí lo que nos enseña la historia, he ahí por qué constituyen un crimen la desesperación y las frases hueras y todos dirán: Sí, se están acabando las viejas guerras imperialistas. El viraje histórico ha comenzado.

Desde octubre, nuestra revolución ha marchado de triunfo en triunfo; mas ahora han empezado tiempos difíciles y para largo; no sabemos por cuánto tiempo, pero sí que será un periodo largo y difícil de derrotas y repliegues, porque tal es la correlación de fuerzas, porque con ese repliegue daremos al pueblo la posibilidad de descansar. Daremos la posibilidad a cada obrero y cada campesino de asimilar la verdad que le permitirá comprender que se acercan nuevas guerras de los voraces imperialistas contra los pueblos oprimidos, comprender que debemos alzarnos en defensa de la patria, ya que desde octubre somos defensistas. Desde el 25 de octubre hemos proclamado abiertamente que somos partidarios de la defensa de la patria, pues hoy tenemos esa patria, de la que hemos expulsado a los Kerenski y los Chernov, pues hemos roto los tratados secretos y hemos aplastado a la burguesía, por ahora mal, pero aprenderemos a hacerlo mejor.

Existe, camaradas, una diferencia más importante aún entre la situación en que se encuentra el pueblo ruso, que ha sufrido las más duras derrotas por parte de los conquistadores de Alemania, y la situación en que se encontraba el pueblo alemán; existe una grandísima diferencia, de la que es necesario hablar, aunque me he referido a ella brevemente en la parte anterior de mi discurso. Camaradas, cuando el pueblo alemán cayó, hace más de cien años, en el período de las más duras guerras de conquista, en el período en que se vio obligado a retroceder y firmar una paz vergonzosa tras otra, antes de que el pueblo alemán

despertara, la situación era la siguiente: el pueblo alemán era solamente débil y atrasado, solamente así. No sólo tenía enfrente la fuerza militar y la potencia del conquistador Napoleón; tenía enfrente un país que era superior a él en el aspecto político y revolucionario, que era superior a Alemania en todos los aspectos, que se había elevado infinitamente más que los otros países y había dicho la última palabra. Ese país estaba muy por encima de un pueblo que vegetaba sometido a los imperialistas y los terratenientes. Un pueblo que era, repito, solamente débil y atrasado, supo aprender de las amargas lecciones y ponerse en pie. Nosotros estamos en mejor situación: no somos solamente un pueblo débil y atrasado, somos el pueblo que ha sabido -no por méritos especiales o por predestinación histórica, sino en virtud de una concatenación especial de circunstancias históricas- asumir el honor de enarbolar la bandera de la revolución socialista internacional. (*Aplausos*.)

Sé muy bien, camaradas, y lo he dicho claramente más de una vez, que esta bandera se encuentra en manos débiles y que los obreros del país más atrasado no podrán sostenerla mientras no acudan en su ayuda los obreros de todos los países avanzados. Las transformaciones socialistas que hemos efectuado son en muchos aspectos imperfectas, débiles e insuficientes; serán una indicación a los obreros avanzados de Europa Occidental, los cuales se dirán: “Los rusos no han empezado como es debido la obra que era preciso empezar”. Pero lo importante es que nuestro pueblo, en comparación con el pueblo alemán, no es un pueblo solamente débil y solamente atrasado, sino que es el pueblo que ha enarbolado la bandera de la revolución. Si la burguesía de cualquier país llena todas las columnas de sus publicaciones con calumnias a los bolcheviques, si en este terreno se funden las voces de la prensa de los imperialistas de Francia, Inglaterra, Alemania, etc., recriminando a los bolcheviques, en cambio no existe un solo país donde se puedan celebrar reuniones obreras en las que los nombres y las consignas de nuestro poder socialista susciten explosiones de indignación. (*Una voz*: “¡Eso es mentira!”) No, no es mentira, es verdad. Y cualquiera que haya estado durante los últimos meses en Alemania, en Austria, en Suiza y en Norteamérica os dirá que eso no es mentira, sino verdad; que los obreros acogen con extraordinario entusiasmo los nombres y las consignas de los representantes del Poder soviético en Rusia; que, a despecho de todas las mentiras de la burguesía de Alemania, Francia, etc., las masas obreras han comprendido que, por muy débiles que seamos, aquí, en Rusia, se está haciendo realidad su propia causa. Sí, nuestro pueblo tiene que soportar el abrumador peso con que ha cargado; pero un pueblo que ha sabido crear el Poder soviético no puede sucumbir. Y lo repito: ningún socialista consciente, ningún obrero que reflexione sobre la historia de la revolución puede discutir que, pese a todos sus defectos -que conozco demasiado bien y aprecio perfectamente-, el Poder soviético es un tipo Superior de Estado, es la continuación directa de la Comuna de París. Ha subido un peldaño más que las otras revoluciones europeas, y por eso no nos encontramos en condiciones tan graves como el pueblo alemán hace cien años. El único recurso que les quedaba entonces a los oprimidos por el régimen de la servidumbre era esperar que cambiara esa correlación de fuerzas entre los expoliadores, aprovechar el conflicto y satisfacer las exigencias del expoliador Napoleón, del expoliador Alejandro I, de los expoliadores de la monarquía inglesa. Sin embargo, el pueblo alemán no sucumbió de la paz de Tilsit. Nosotros, lo repito, estamos en mejores condiciones, pues contamos con un grandísimo aliado en todos los países de Europa Occidental: el proletariado socialista internacional, que está con nosotros, digan lo que digan nuestros enemigos. (*Aplausos*.) Sí a este aliado no le es fácil hacer oír su voz, como no nos fue fácil a nosotros hacerlo hasta finales de febrero de 1917. Este aliado vive en la clandestinidad, en las condiciones del presidio militar en que han sido convertidos todos los países imperialistas, pero nos conoce y comprende nuestra causa; le es difícil acudir en nuestra ayuda, y, por ello, las tropas soviéticas necesitan mucho tiempo, mucha paciencia y duras pruebas para esperar que llegue ese momento. Y nosotros aprovecharemos la menor oportunidad para ganar tiempo, pues el tiempo obra a nuestro favor. Nuestra causa se fortalece, las fuerzas de los imperialistas se debilitan y, cualesquiera que sean las pruebas y las derrotas derivadas de la paz de “Tilsit”, emprendemos la táctica del repliegue. Lo repito una vez más: no cabe la menor duda de que tanto el proletariado consciente como los campesinos conscientes están con nosotros, y no sólo sabremos atacar heroicamente, sino también replegarnos heroicamente; esperaremos a que el proletariado socialista internacional acuda en nuestra ayuda y empezaremos la segunda revolución socialista ya a escala mundial. (*Aplausos*.)

Publicado el 16 y 17 (3 y 4) de marzo de 1918 en los núms. 47 y 48 de “Pravda” (“Sotsial-Demokrat”).
T. 36, págs. 92-111.

3. Discurso de resumen de la discusión del informe sobre la ratificación del tratado de paz, 15 de marzo.

Camaradas: Si quisiera encontrar una confirmación de lo dicho en mi primer discurso acerca del carácter de la guerra revolucionaria que se nos propone, el informe del representante de los eseristas de izquierda[34] me brindaría la confirmación

mejor y más patente. Creo que lo más oportuno será que cite su discurso según el acta taquigráfica y veremos qué argumentos aportan para corroborar sus tesis. (*Lee el acta taquigráfica*.)

Ahí tenéis una muestra de los argumentos en que se apoyan. Se ha hablado aquí de junta distrital[35] Quienes creen que esta reunión es una junta distrital, pueden recurrir a semejantes argumentos; sin embargo, está claro que repiten aquí nuestras palabras, pero no saben reflexionar bien sobre ellas. Repiten lo que los bolcheviques enseñamos a los eseristas de izquierda cuando se encontraban todavía entre los derechistas, y cuando hablan se ve que se han aprendido de memoria lo que decíamos nosotros, pero no han comprendido en qué se basaba eso y ahora lo repiten. Tsereteli y Chernov fueron defensistas, pero ahora nosotros somos defensistas, somos "traidores", "felones". Los secuaces de la burguesía hablan aquí de junta distrital -coqueteando al decir esto-, pero todo obrero comprende muy bien los objetivos del defensismo que servía de guía a Tsereteli y Chernov y los motivos que nos obligan a nosotros a ser defensistas.

Si apoyamos a los capitalistas rusos, que querían apoderarse de los Dardanelos, Armenia y Galitzia, como se decía en un tratado secreto, eso será defensismo en el espíritu de Chernov y Tsereteli, y este defensismo fue cubierto de oprobio entonces, en tanto que nuestro defensismo es hoy honroso. (*Aplausos*.)

Y cuando, al lado de semejantes argumentos, encuentro dos veces en el texto taquigráfico del discurso de Kamkov la afirmación repetida de que los bolcheviques son lugartenientes del imperialismo alemán (*Aplausos en la derecha*), las palabras son duras, me alegra en extremo que cuantos aplicaron la política de Kerenski subrayen esto con sus *Aplausos*. (*Aplausos*.) Por supuesto, camaradas, no seré yo quien esté en contra de las palabras duras. Jamás estaré en contra de ellas. Pero para ser duro hay que tener derecho a serlo, y ese derecho se tiene cuando las palabras no discrepan de los hechos. Y esta pequeña condición, que no aprecian muchos intelectuales, ha sido captada por los obreros y los campesinos también en las juntas distritales -¡es tan mísero hablar de juntas distritales!- y en las organizaciones de los Soviets, y sus palabras y sus hechos no discrepan. Pero sabemos muy bien que ellos, los eseristas de izquierda, permanecieron en el partido de los eseristas de derecha hasta octubre, cuando éstos participaban en el reparto de la ganancia, cuando eran lugartenientes porque se les prometió un puesto de ministro a cambio de que silenciasen la existencia de todos los tratados secretos. (*Aplausos*.) Mas en modo alguno puede llamarse lugartenientes del imperialismo a hombres que han declarado al imperialismo la guerra con hechos, que han roto los tratados y corrido el riesgo que ello implicaba, que han dado largas a las negociaciones de Brest-Litovsk, sabiendo que eso hundía al país, que han sufrido la ofensiva militar y toda una serie de derrotas inauditas, pero no han ocultado absolutamente nada al pueblo.

Mártov ha asegurado aquí que no ha leído el tratado. Que le crea quien quiera. Sabemos que esta gente está acostumbrada a leer muchos periódicos, pero no ha leído el tratado (*Aplausos*.) Que le crea quien quiera. Pero yo os digo que el partido eserista sabe muy bien que cedemos ante la violencia, denunciada íntegramente por nosotros mismos; que hacemos esto de modo consciente, diciendo con toda franqueza que ahora no podemos pelear, pero cedemos -la historia conoce una serie de tratados de lo más vergonzosos y una serie de guerras-; cuando, en respuesta a ello, lanzan la palabra "lugartenientes", esta dureza los desenmascara, y cuando aseguran que declinan la responsabilidad, ¿qué es lo que hacen? ¿No es, acaso, hipocresía declinar la responsabilidad y seguir en el gobierno? Yo afirmó que cuando dicen que declina la responsabilidad, no la declinan, no, y en vano piensan que esto es una junta distrital. No, esto es lo mejor y más honrado que hay entre las masas trabajadoras. (*Aplausos*.) Esto no es un parlamento burgués, al que se eligen diputados cada año o cada dos años para que se estén en sus casas y reciban dietas. Los que están aquí son hombres enviados desde las localidades y mañana estarán en sus localidades, mañana contarán que si los votos del partido eserista de izquierda se esfuman es porque se lo tiene bien merecido, porque este partido, que se comporta así, es tanto una pompa de jabón entre el campesinado como lo fue entre la clase obrera. (*Aplausos*, *voces*: "Cierto".)

Os citaré otro pasaje más del discurso de Kamkov para mostrar qué actitud adoptar ante esta cuestión todo representante de las masas trabajadoras y explotadas. "Cuando el camarada Lenin afirmaba ayer aquí que los camaradas Tsereteli y Chernov y otros descomponían el ejército, ¿es que no tendremos la valentía de decir que también nosotros con Lenin, descomponíamos el ejército?" Ha marrado el golpe. (*Aplausos*.) Ha oído decir que nosotros habíamos sido derrotistas y lo ha recordado cuando hemos dejado de serlo. Lo ha recordado a destiempo. Se han aprendido de memoria la palabreja, se han hecho con un sonajero revolucionario, pero no saben pensar en cómo están las cosas. (*Aplausos*.) Yo afirmo que de mil juntas distritales en las que se ha afianzado el Poder soviético, que de mil de estas juntas, en más de novecientas hay gente que dirá al partido eserista de izquierda que no se merece ninguna confianza. Dirá: fijaos, descomponíamos el ejército y debemos recordarlo ahora. Pero ¿cómo descomponíamos el ejército? Fuimos derrotistas en tiempos del zar, mas en tiempos de Tsereteli y Chernov no fuimos

derrotistas. Publicamos en *Pravda* la proclama que Krylenko, entonces todavía perseguido, dirigió al ejército: *Por qué voy a Petrogrado*. En ella decía "No os llamamos a que os amotinéis". Eso no era descomponer el ejército. Lo descomponían quienes calificaban de grande esta guerra.

Descomponían el ejército Tsereteli y Chernov por haber dicho al pueblo bellas palabras que distintos eseristas de izquierda están acostumbrados a lanzar al viento. Las palabras pesan poco, pero el pueblo ruso está acostumbrado a pensarlas y tomarlas en serio en las juntas distritales. Si se le ha dicho que aspiramos a la paz y que discutimos las condiciones de la guerra imperialista, yo pregunto: ¿y los tratados secretos y la ofensiva de junio? Ahí tenéis con qué descomponían el ejército. Le hablaban de la lucha contra los imperialistas, de la defensa de la patria, y él se preguntaba: pero ¿agarrarán por el cuello a los capitalistas en alguna parte? Ahí tenéis con qué descomponían el ejército. Por eso he dicho, y nadie lo ha refutado, que la salvación del ejército habría consistido en que tomáramos el poder en marzo y abril y en que, en vez del odio furioso de los explotadores por que los aplastábamos -nos odian con toda razón-, en vez de eso, hubieran colocado los intereses de la patria de los trabajadores y explotados por encima de los intereses de la patria de Kerenski y de los tratados secretos de Riabushinski y de las aspiraciones a Armenia, Galitzia y los Dardanelos. En eso habría estado la salvación. Y en este sentido, desde la gran revolución rusa, y en particular desde marzo, cuando apareció el ambiguo llamamiento a todos los pueblos[36], el gobierno que publicó el llamamiento exhortando a derrocar a los banqueros de todos los países, pero que compartía con los banqueros los ingresos y las ventajas, es el que descompuso el ejército, y esa es la razón de que el ejército no Pudiera resistir. (*Aplausos*.)

Y yo afirmo que a partir de la proclama de Krylenko, que no fue la primera[37] que recuerdo porque se me ha quedado bien grabada en la memoria, no hemos descompuesto el ejercito, sino que hemos dicho: Mantened el frente, cuanto antes toméis el poder, más fácil os será mantenerlo. ¡Y qué indignidad y despreciable charlatanería es decir ahora que estamos en contra de la guerra civil y a favor de la insurrección! Cuando esta charlatanería llegue al campo; encontrará allí a soldados que han visto la guerra de forma distinta a como la conocen los intelectuales, soldados que saben que sólo es fácil blandir espadas de cartón y que les dirán que en el momento crítico, cuando estaban descalzos, desnudos y atormentados, se les ayudó, lanzándolos a la ofensiva, y ahora se les dice que no importa que no haya ejército, pues habrá insurrección. Es criminal lanzar al pueblo contra un ejército regular dotado de una técnica superior. Así lo hemos enseñado como socialistas. Porque la guerra ha enseñado mucho, no ha enseñado sólo que la gente sufre, sino también que triunfa quien posee la mayor técnica, organización y disciplina y las mejores máquinas; la guerra ha enseñado esto, y está muy bien que lo haya enseñado. Hay que aprender que sin máquinas y sin disciplina es imposible vivir en la sociedad contemporánea: o se supera la mejor técnica o se es aplastado. Los años de los sufrimientos más agobiantes han enseñado a los campesinos lo que es la guerra. Y cuando cualquiera vaya con sus discursos a las juntas distritales, cuando el partido de los eseristas de izquierda vaya allá, recibirá el castigo que tan justamente se merece. (*Aplausos*.)

Otro ejemplo, otra cita del discurso de Kamkov. (*Lee*.)

En algunas ocasiones es de una facilidad sorprendente hacer preguntas; pero hay un proverbio -descortés y grosero- que se usa cuando se hacen preguntas de ese tipo, mal que les pese a algunos, y que yo voy a recordar: un tonto puede preguntar más de lo que pueden responder diez listos. (*Aplausos*, *Rumores*.)

Camaradas, en la cita que acabo de leer se me invita a responder a la pregunta de si la tregua durará una semana, dos o más. Yo afirmo que en cualquier junta distrital y en cada fábrica, el pueblo se mofará de quien le haga semejante pregunta en nombre de un partido serio y lo echará a empujones, porque en cualquier junta distrital se comprenderá que es imposible preguntar lo que no se puede saber. Lo comprenderán cualquier obrero y cualquier campesino. (*Aplausos*.) Si queréis recibir sin falta una respuesta, he de deciros que, como es natural, cualquier eserista de izquierda de los que escriben en los periódicos o hablan en los mítines dirá de qué depende ese plazo: de cuándo ataque el Japón, de las fuerzas con que lo haga y de la resistencia que encuentre; del grado en que se atasquen los alemanes en Finlandia y Ucrania; de cuándo empiece la ofensiva en todos los frentes y de cómo se desarrolle; de cómo avance el conflicto interno en Austria y Alemania, y de otras muchas causas. (*Aplausos*.)

Y por eso, cuando en una asamblea seria se pregunta con aire triunfal cuánto va a durar la tregua, yo digo que tales hombres serán expulsados de las reuniones obreras y campesinas por quienes comprenden que, después de una atormentadora guerra de tres años, cualquier semana de tregua es la mayor de las venturas. (*Aplausos*.) Y afirmo que por mucho que nos insulten aquí, si mañana se reunieran todas las increpaciones que han hecho llover sobre nosotros los eseristas de derecha, casi de derecha, adyacentes a la derecha y de izquierda, los democonstitucionalistas y los mencheviques; si mañana se reunieran y publicaran esos insultos, si resultaran centenares de puds, todo eso tendría para mí el mismo peso que una pluma en comparación con el hecho de que entre nosotros, en nuestro grupo

bolchevique, nueve décimas partes de sus representantes han dicho: Sabemos lo que es la guerra y ahora, cuando hemos conseguido una pequeña tregua, sabemos que ésta es un factor positivo en el saneamiento de nuestro ejército enfermo. Y en cada reunión campesina, las nueve décimas partes de los asistentes dirán lo que saben cuántos se interesan por la cuestión, y jamás hemos rechazado ni rechazamos ni una sola propuesta práctica cuando podemos ayudar en algo.

Hemos obtenido la posibilidad de descansar, aunque sólo sean doce días, gracias a la política que se ha enfrentado con la frase revolucionaria y con la opinión "pública". Cuando Kamkov y los eseristas de izquierda coquetean con vosotros, de una parte, os miran tiernamente; pero, de otra, dicen a los democonstitucionalistas: asentarlo en nuestro haber, pues estamos de corazón con vosotros. (*Una voz*: "¡Mentira!") Y cuando un representante eserista, creo que ni siquiera de izquierda, sino de superizquierda, maximalista, habla de la frase, dice que es frase todo lo que se refiere al honor. (*Una voz*: "¡Verdad!") Desde la derecha gritan, naturalmente "verdad" Este grito me agrada más que el de "mentira", aunque el de "mentira" tampoco me produce la menor impresión. Porque yo no los he acusado de fraseología huera sin aportar ninguna prueba clara y concreta; he aducido (los ejemplos, y no inventados, sino turnados de la vida real.

Recordad: ¿es que los representantes de los eseristas no se encontraron en la misma situación en 1907, cuando se comprometieron por escrito ante Stolypin a servir con toda fidelidad al monarca Nicolás II? Tengo la esperanza de haber aprendido algo en los largos años de revolución, y cuando se me injuria acusándome de traición, digo: hay que estudiar primero la historia. Si hemos querido obligar a la historia a cambiar de rumbo y hemos sido nosotros, y no la historia, los que hemos virado, ajusticiadnos. A la historia no se la puede convencer con discursos, y la historia demostrará que teníamos razón, que llevamos las organizaciones obreras a la Gran Revolución de Octubre de 1917, pero merced únicamente a que marchamos por encima de las frases y supimos mirar a los hechos cara a cara y aprender de ellos. Y cuando ahora, el 14 y el 15 de marzo, se ha puesto en claro que si hubiéramos combatido habríamos ayudado al imperialismo, habríamos acabado con el transporte y perdido Petrogrado, vemos que es inútil lanzar palabras al viento y blandir una espada de cartón. Pero cuando se me acerca Kamkov y pregunta: "¿Durará mucho esta tregua?", no puedo responder, pues no existía una situación revolucionaria objetiva internacional. En la actualidad no puede haber una tregua larga de la reacción, porque la situación objetiva es por doquier revolucionaria, porque en todas partes las masas obreras están indignadas, están a punto de perder la paciencia, se encuentran al borde de la extenuación por culpa de la guerra. Esto es un hecho. Es imposible escapar a este hecho, y por eso he tratado de demostraros que hubo un período en el que la revolución avanzaba, nosotros marchábamos en cabeza y, tras nosotros, galleaban los eseristas de izquierda. (*Aplausos*.) Pero ahora ha llegado un período en el que no hay más remedio que replegarse ante una fuerza aplastante. Esta característica es absolutamente concreta. Nadie podrá replicarme a ella. El análisis histórico debe confirmarlo. Nuestro marxista, casi marxista, Mártov se burlará a costa de la junta distrital, a costa de la clausura de los periódicos; se jactará de que los periódicos oprimidos y ofendidos han sido clausurados porque ayudan a derrocar el poder soviético; se burlará (*Aplausos*)... No guardará silencio sobre eso. Os dirá tales cosas, pero en lo que respecta a tratar de responder a mi pregunta relacionada la historia, y hecha a bocajarro, de si es cierto o no que desde octubre avanzamos en marcha triunfal... (*Voces en la derecha*: "No".) Vosotros decís "no", pero todos los demás dirán "sí". Yo pregunto: ¿podemos ahora pasar a la ofensiva en marcha triunfal contra el imperialismo internacional? No podemos, y lo sabe todo el mundo. Cuando esta frase, concreta y sencilla, se dice francamente a la cara para que la gente aprenda la revolución -la revolución es una ciencia sabia, difícil y complicada-, para que aprendan los obreros y los campesinos que la hacen, los enemigos gritan: cobardes, traidores, habéis abandonado la bandera; se deshacen en palabras y aspavientos. No. La historia de todas las revoluciones ha conocido a muchos revolucionarios de la frase de este tipo, de los cuales no ha quedado nada, excepto fetidez y humo. (*Aplausos*.)

El otro ejemplo citado por mí, camaradas, es el de Alemania, de la Alemania aplastada por Napoleón, de la Alemania que vio paces vergonzosas y, alternando con ellas, guerras. Se me pregunta: ¿respetaremos los tratados durante mucho tiempo? Si un niño de tres años me preguntase si íbamos a respetar o no el tratado, resultaría gracioso e ingenuo. Pero cuando pregunta eso el adulto Kamkov, del partido de los eseristas de izquierda, sé que serán muy pocos los obreros y campesinos adultos que crean en la ingenuidad: la mayoría dirá: "No sea usted hipócrita". Porque el ejemplo histórico citado por mí nos habla con claridad meridiana de que es imposible borrar de la historia, y no podréis rasparlo de ninguna manera, las guerras liberadoras de los pueblos que perdieron su ejército -cosa que ocurrió más de una vez-, de los pueblos aplastados hasta el punto de perder por completo toda su tierra, hasta el punto de tener que facilitar cuerpos de ejércitos auxiliares al conquistador para nuevas campañas de conquista. Pero si el eserista de izquierda Kamkov dice al replicarme, como he visto en el texto taquigráfico, que "en España, sin embargo, hubo

guerras revolucionarias", con ello no hace más que confirmar lo dicho por mí y rebatirse a sí mismo. España y Alemania corroboran precisamente mi ejemplo de que es propio de niños resolver el problema de un período histórico de guerras de conquista, basándose en si "¿van ustedes a respetar el tratado, cuándo serán sorprendidos si lo violan...? Mas la historia nos dice que todo tratado es debido a la interrupción de la lucha y al cambio de la correlación de fuerzas, que ha habido tratados de paz que saltaron hechos añicos a los pocos días, que ha habido tratados de paz que saltaron hechos añicos al mes de firmados, que ha habido períodos de muchos años durante los cuales Alemania y España concluyeron la paz y la violaron pocos meses después, y varias veces, y que los pueblos han aprendido en una serie de guerras lo que significa hacerla guerra. Cuando Napoleón condujo a las tropas alemanas para estrangular a otros pueblos, les enseñó la guerra revolucionaria. Tal es el camino seguido por la historia.

Por eso os digo, camaradas, y estoy profundamente convencido de ello, que la decisión adoptada por las nueve décimas partes de nuestro grupo bolchevique será adoptada también por las nueve décimas partes de los obreros y campesinos trabajadores conscientes de Rusia. (*Aplausos*.)

Se puede comprobar si he dicho la verdad o si me he equivocado, pues volveréis a vuestros lugares, cada uno de vosotros informará a los Soviets locales y en todas partes se adoptarán decisiones locales. Como conclusión, diré: ¡no caigáis en la provocación! (*Aplausos*.) La burguesía sabe lo que hace, la burguesía sabe por qué se regocijaba en Pskov y expresaba en días pasados su júbilo en Odesa, la burguesía de los Vinnichenko, los Kerenski ucranianos, de los Tsereteli y los Chernov. Se regocijaba porque comprendía muy bien que el Poder soviético había cometido un gigantesco error diplomático en la apreciación del momento, al intentar hacer la guerra con un ejército enfermo y que huye a la desbandada. La burguesía os arrastra a la trampa de la guerra. Y en la guerra hay avances y retrocesos. Cualquier soldado sabe esto. Comprended que la burguesía nos arrastra, a vosotros y a nosotros, a una trampa. Comprended que toda la burguesía y todos sus cómplices voluntarios o involuntarios tienden esa trampa. Sabréis soportar las derrotas más duras y conservar las posiciones más difíciles y, replegándoos, ganar tiempo. El tiempo obra a nuestro favor. Los imperialistas reventarán de un hartazgo; en sus entrañas crece un nuevo gigante; crece más despacio de lo que nosotros quisiéramos pero crece, vendrá en nuestra ayuda, y cuando veamos que va a asestar su primer golpe, diremos: ha terminado el período del repliegue, empieza la época de la ofensiva mundial, la época de la victoria de la revolución socialista mundial. (*Clamorosos y prolongados Aplausos*.)

Publicado el 19 (6) de marzo de 1918 en el núm. 49 de "Pravda".
T. 36, págs. 112-121.

LAS TAREAS INMEDIATAS DEL PODER SOVIÉTICO.

La situación internacional de la República Soviética de Rusia y las tareas fundamentales de la revolución socialista.

Gracias a la paz lograda -pese a todos los sacrificios que implica y a lo efímera que es-, la República Soviética de Rusia obtiene durante cierto tiempo la posibilidad de concentrar todas sus fuerzas en el punto más importante y difícil de la revolución socialista, en la tarea de organización.

Esa tarea ha sido planteada con claridad y precisión a todas las masas trabajadoras y oprimidas en el 4º apartado (4ª parte) de la resolución aprobada el 15 de marzo de 1918 por el Congreso Extraordinario de los Soviets celebrado en Moscú, en el mismo apartado (o en la misma parte) de la resolución en que se habla de la autodisciplina de los trabajadores y de la lucha implacable contra el caos y la desorganización.

Lo efímero de la paz lograda por la República Soviética de Rusia no depende, como es natural, de que ésta piense reanudar ahora las hostilidades; excepto los contrarrevolucionarios burgueses y sus acólitos (los mencheviques y otros), ningún político que esté en su sano juicio piensa en ello. Lo efímero de la paz depende de que en los países imperialistas, que limitan con el Oeste y el Este de Rusia y que poseen inmensa fuerza militar, puede triunfar de un momento a otro el partido belicista, tentado por la debilidad momentánea de Rusia y estimulado por los capitalistas, que odian el socialismo y se desviven por expoliar.

En tal situación, la única garantía de paz, real y no sobre el papel, nos la ofrecen las disensiones entre las potencias imperialistas, que han alcanzado el punto culminante y que se manifiestan, por un lado, en la reanudación de matanza imperialista entre los pueblos de Occidente y, por otro lado, en la competencia imperialista, exacerbada hasta el extremo, entre el Japón y Norteamérica por el dominio en el Océano Pacífico y sus costas.

Claro está que la situación internacional de nuestra República Socialista Soviética, con protección tan endeble, es sin duda crítica e insegura en extremo. Se necesita una extraordinaria tensión de todas nuestras fuerzas para aprovechar la tregua lograda en virtud de una concurrencia de circunstancias, con objeto de curar las profundas heridas que la guerra ha inferido a todo el organismo social de Rusia y para elevar el nivel económico del país, sin lo cual no puede ni hablarse de un aumento algo serio de nuestra capacidad defensiva.

Es claro también que únicamente en la medida en que sepamos resolver el problema de organización que tenemos planteado podremos prestar una ayuda seria a la revolución socialista en Occidente, que se ha retrasado en virtud de una serie de causas.

La condición fundamental para resolver con éxito el problema de organización, planteado ante nosotros en primer término, es que los dirigentes políticos del pueblo, es decir, los afiliados al Partido Comunista (bolchevique) de Rusia y, tras ellos, todos los representantes conscientes de las masas trabajadoras, comprendan perfectamente la diferencia radical existente, en el aspecto que estamos analizando, entre las revoluciones burguesas anteriores y la actual revolución socialista.

La misión principal de las masas trabajadoras en las revoluciones burguesas estribaba en llevar a cabo la labor negativa o destructora de aniquilamiento del feudalismo, de la monarquía, del régimen medieval. El trabajo positivo o constructivo de organización de la nueva sociedad lo realiza la minoría poseedora, la minoría burguesa de la población. Y, a pesar de la resistencia de los obreros y campesinos pobres, la burguesía cumplía esta tarea con relativa facilidad no solo porque la resistencia de las masas explotadas por el capital era entonces, debido a su dispersión y atraso, débil en extremo, sino también porque la principal fuerza organizadora de la sociedad capitalista, sociedad anárquica, es el mercado nacional e internacional, que se amplía y ahonda de manera espontánea.

En cambio, la misión principal del proletariado y de los campesinos pobres, guiados por él, estriba en toda revolución socialista -por consiguiente, también en la revolución socialista comenzada por nosotros en Rusia el 25 de Octubre de 1917-, en el trabajo positivo o constructivo de formación de una red extraordinariamente compleja y sutil de nuevas relaciones de organización que abarquen la producción y distribución metódicas de los productos necesarios para la existencia de decenas de millones de hombres. Una revolución de esta naturaleza sólo puede verse coronada por el éxito cuando la mayoría

de la población y, ante todo, la mayoría de los trabajadores, demuestre una iniciativa creadora independiente en el plano histórico. La victoria de la revolución socialista quedará asegurada únicamente en el caso de que el proletariado y los campesinos pobres logren el grado suficiente de conciencia, firmeza ideológica, abnegación y tenacidad. Al crear un nuevo tipo de Estado, el Estado soviético, que ofrece a las masas trabajadoras y oprimidas la posibilidad de participar activamente en la construcción independiente de la nueva sociedad, no hemos resuelto más que una pequeña parte de un difícil problema. La dificultad principal reside en el terreno económico: llevar en todas partes una contabilidad y un control rigurosos de la producción y distribución de los productos, aumentar la productividad del trabajo, socializar la producción en la práctica.

- - -

El desarrollo del partido de los bolcheviques, que es en la actualidad el partido gobernante en Rusia, nos muestra de manera palmaria en especial en qué consiste el viraje histórico que estamos dando, viraje que constituye la peculiaridad del momento político actual y que exige una nueva orientación del Poder soviético, es decir, un nuevo planteamiento de las nuevas tareas.

La primera tarea de todo partido del porvenir consiste en convencer a la mayoría del pueblo de lo acertado de su programa y de su táctica. Esta tarea se colocaba en primer plano tanto en el régimen zarista como en el período de conciliación de los Chernov y los Tsereteli con los Kerenski y los Kishkín. Hoy día esta tarea que, como es lógico, está lejos del haberse cumplido hasta el fin (y que jamás puede cumplirse hasta el fin) se ha cumplido en lo fundamental, pues, como lo ha demostrado de manera irrefutable el último congreso de los Soviets, celebrado en Moscú, la mayoría de los obreros y campesinos de Rusia apoya a todas luces a los bolcheviques.

La segunda tarea de nuestro partido consistía en conquistar el poder político y aplastar la resistencia de los explotadores. Esta tarea también se halla lejos de haber sido cumplida hasta el fin, y no se puede pasar por alto, pues los monárquicos y los democonstitucionalistas, por un lado, y sus acólitos y lacayos, los mencheviques y eseristas de derecha, por otro, persisten en sus tentativas de agruparse para derrocar el Poder soviético. Pero, en lo fundamental, el problema de aplastar la resistencia de los explotadores ha sido resuelto ya en el período que media entre el 25 de octubre de 1917 y (aproximadamente) febrero de 1918 o la rendición de Bogaievski.

Ahora, la tercera tarea inmediata que se nos plantea, tarea que caracteriza el momento que atravesamos, es la de organizar la *labor de gobernar* a Rusia. Está claro que esta tarea se planteó y comenzó a cumplirse ya al día siguiente del 25 de octubre de 1917; pero hasta hoy, mientras la resistencia de los explotadores adquiría la forma de guerra civil abierta, la tarea de gobernar el país *no podía* convertirse en la tarea *principal, central*.

Ahora se plantea ya así. Nosotros, el partido de los bolcheviques, *hemos convencido* a Rusia, se la *hemos ganado* a los ricos para los pobres, a los explotadores para los trabajadores. Ahora debemos *gobernarla*. Y toda la peculiaridad del momento en que vivimos, toda la dificultad consiste en saber comprender las *particularidades de la transición* de una tarea principal, como la de convencer al pueblo y aplastar por la fuerza militar la resistencia de los explotadores, a otra tarea principal, la de *gobernar*.

Por vez primera en la historia universal, un partido socialista ha logrado coronar en términos generales, la conquista del poder y el aplastamiento de los explotadores *abordar de lleno* la tarea de *gobernar* el país. Es necesario que resultemos dignos cumplidores de esta dificilísima (y muy grata) tarea de la transformación socialista. Es menester *tomar en consideración* que para poder gobernar con acierto hace falta, *además* de saber convencer, además de saber triunfar en la guerra civil, saber *organizar de un modo práctico*. Esta es la tarea más difícil, pues se trata de organizar de un modo nuevo las más profundas bases de la vida de decenas y decenas de millones de hombres, las bases económicas. Y ésta es la tarea más grata de todas, pues únicamente *después* de cumplirla (en sus aspectos principales y fundamentales) podrá decirse que Rusia *se ha convertido* no sólo en república soviética, sino también en república socialista.

La consigna general del momento.

La situación objetiva que hemos descrito, debida a una paz extremadamente dura y efímera, a una ruina penosísima, al paro y al hambre que nos han legado la guerra y el dominio de la burguesía (representada por Kerenski y los mencheviques y eseristas de derecha que lo apoyaban): todo esto ha dado ineludiblemente lugar a un cansancio inmenso y ha llegado incluso a agotar las fuerzas de las grandes masas trabajadoras. Estas masas exigen imperiosamente -y no pueden menos de hacerlo- cierto descanso. A la orden del día se nos plantean las tareas de restablecer las fuerzas productivas, arruinadas por la guerra y por el gobierno de la burguesía; curar las heridas producidas por la guerra, por la derrota militar, la especulación y los intentos de la burguesía de restablecer el derrocado poder de los explotadores; elevar el nivel económico del país; mantener con firmeza un orden elemental. Puede parecer paradójico, pero, en realidad y en virtud de las condiciones objetivas indicadas, es absolutamente indudable que en estos momentos el Poder soviético sólo puede asegurar el paso de Rusia al socialismo en

el caso de que cumpla en la práctica estas tareas, las más elementales, del mantenimiento del orden social, y las cumpla, a pesar de la resistencia de la burguesía, de los mencheviques y eseristas de derecha. Dadas las peculiaridades concretas de la situación actual y la existencia del Poder soviético con sus leyes sobre la socialización de la tierra, el control obrero, etc., el cumplimiento práctico de estas tareas elementales y la superación de las dificultades de organización de los primeros pasos hacia el socialismo constituyen ahora las dos caras de una misma medalla.

Lleva con puntualidad y honradez la cuenta del dinero, administra con economía, no seas perezoso, no robes, observa la mayor disciplina en el trabajo: éstas son precisamente las consignas que, ridiculizadas con razón por el proletariado revolucionario cuando la burguesía encubría con ellas su dominio como clase explotadora, se transforman hoy día, después del derrocamiento de la burguesía, en las consignas principales y propias del momento. Por un lado, la aplicación práctica de estas consignas por la *masa* de trabajadores constituye la *única* condición para salvar al país, desangrado casi totalmente por la guerra imperialista y por los rapaces imperialistas (con Kerenski a la cabeza); y, por otro lado, la aplicación práctica de estas consignas por el Poder *soviético*, con *sus* métodos, basándose en sus leyes, es necesaria y *suficiente* para asegurar la victoria definitiva del socialismo. Esto es lo que no pueden comprender quienes rechazan con desdén el planteamiento en primer plano de consignas tan "gastadas" y "triviales". En un país de pequeños campesinos que apenas hace un año ha derrocado el zarismo y menos de medio año que se ha librado de los Kerenski, han quedado, naturalmente, bastantes elementos de anarquismo espontáneo, acrecentados por el embrutecimiento y la barbarie, eternos acompañantes de toda guerra prolongada y reaccionaria y se ha propagado a escala bastante grande, el espíritu de desesperación y de irritación abstractas, y si añadimos a esto la política provocadora de los lacayos de la burguesía (mencheviques eseristas de derecha y otros) se comprenderá claramente cuántos esfuerzos prolongados y tenaces deben realizar los obreros y campesinos mejores y más conscientes para lograr un viraje completo en el estado de ánimo de las masas y su paso a un trabajo ordenado, consecuente y disciplinado. Este paso dado por la masa pobre (los proletarios y semiproletarios) es el único capaz de coronar la victoria sobre la burguesía y, particularmente, sobre la burguesía campesina, la más obstinada y numerosa.

Nueva fase de la lucha contra la burguesía.

Hemos vencido a la burguesía, pero todavía no hemos logrado desarraigarla, aún no está aniquilada, ni siquiera quebrantada por completo. Por eso se plantea a la orden del día una nueva forma de lucha contra la burguesía, una forma superior: la de pasar de la tarea elemental de la expropiación consecutiva de los capitalistas a una tarea mucho más compleja y difícil, la de crear unas condiciones que imposibiliten la existencia y el resurgimiento de la burguesía. Es evidente que esta tarea es incomparablemente más elevada y que el socialismo puede darse por inexistente si no se cumple.

Si tomamos por punto de referencia la revolucionas del occidente de Europa, nosotros nos encontramos aproximadamente al nivel alcanzado en 1793 y 1871[38]. Podemos estar orgullosos, y con plena razón, de haber alcanzado este nivel y, en cierto sentido, es indudable que hemos avanzado algo más, pues hemos decretado o implantado en toda Rusia un *tipo* superior de Estado: el Poder soviético. Pero en modo alguno podemos darnos por satisfechos con lo que hemos logrado, pues estamos tan sólo en el comienzo de la transición al socialismo, sin haber aplicado *todavía* las medidas decisivas en *este* sentido.

Lo decisivo en este caso es organizar la contabilidad y el control severísimos de la producción y distribución de los productos a cargo de todo el pueblo. Sin embargo, *no* hemos logrado *todavía* establecer esa contabilidad ni ese control en las empresas, en las diversas ramas de la economía e industrias que hemos confiscado a la burguesía, sin lo cual no puedo ni hablarse de la otra condición, la condición material de la realización del socialismo, tan sustancial como la anterior: el aumento de la productividad del trabajo a escala nacional.

Por eso, no sería posible definir la tarea del momento presente con una simple fórmula: continuar la ofensiva contra el capital. A pesar de que no cabe duda que no hemos dado el golpe de gracia al capital y de que es incuestionablemente necesario continuar la ofensiva contra este enemigo de los trabajadores, el planteamiento de nuestras tareas no sería exacto ni concreto, pues no se tendría en cuenta la *peculiaridad* del momento presente, cuando en aras del éxito de la *ulterior* ofensiva hay que "interrumpir" la desplegada *en estos momentos*.

Esto puede explicarse mediante la comparación de nuestra situación en la guerra contra el capital con la situación de un ejército victorioso que se ha apoderado, digamos de la mitad o de los dos tercios del territorio enemigo y se ve obligado a interrumpir la ofensiva para reagrupar sus fuerzas, aumentar sus efectivos y pertrechos, reparar y reforzar las vías de comunicación, construir nuevos depósitos, reunir nuevas reservas, etc. Precisamente en aras de la conquista del resto del territorio enemigo, o sea, de la victoria completa, la interrupción de la ofensiva del ejército victorioso es, en las condiciones descritas, una necesidad. Quien no haya comprendido que tal

es, precisamente, el carácter de la "interrupción" de la ofensiva contra el capital, impuesta por la situación objetiva del momento actual, no ha comprendido una palabra del momento político que vivirnos.

Por supuesto, de una "interrupción" de la ofensiva contra el capital puede hablarse sólo entre comillas, es decir, sólo en metáfora. En una guerra corriente puede darse una orden general sobre la interrupción de la ofensiva y se puede, efectivamente, detener el avance. En la guerra contra el capital no es posible detener el avance y no cabe ni hablar de que renunciemos a seguir expropiando al capital. Se trata de cambiar *el centro de gravedad* de nuestra labor económica y política. Hasta ahora se destacaban *en primer plano* las medidas encaminadas a la expropiación inmediata de los expropiadores. Hoy colocarnos *en primer plano* la organización de la contabilidad y del control en las haciendas y empresas ya expropiadas a los capitalistas y en todas las demás.

Si quisiéramos hoy continuar expropiando al capital al ritmo anterior sufriríamos, sin duda, un fracaso, puesto que nuestra labor en el terreno de la organización de la contabilidad y del control proletarios *se ha retrasado* a todas luces (esto es evidente para toda persona que piense) de la labor *directa* de "expropiación de los expropiadores". Si ahora aplicamos todas nuestras fuerzas a organizar la contabilidad y el control, podremos resolver este problema, recuperaremos lo perdido, ganaremos *toda* nuestra "campaña' contra el capital.

Pero reconocer que hay que recuperar lo perdido ¿no implica, acaso, reconocer algún error cometido? En modo alguno. Hagamos de nuevo una comparación de carácter militar. Si podernos derrotar y hacer retroceder al enemigo, empleando sólo destacamentos de caballería ligera, debemos hacerlo. Ahora bien, si esto puede hacerse con éxito sólo hasta cierto límite, es lógico pensar que, a partir de ese límite, surgirá la necesidad de traer la artillería pesada. Al reconocer que ahora hay que recuperar lo perdido en cuanto a la utilización de la artillería pesada, en modo alguno reconocemos que la carga victoriosa de la caballería ha sido un error.

Los lacayos de la burguesía nos han reprochado con frecuencia que atacábamos al capital a lo "Guardia Roja". Reproche absurdo, digno justamente de los lacayos de la bolsa de oro. Pues es indudable que, a su *debido tiempo*, el ataque a lo "Guardia Roja" contra el capital estuvo dictado por las circunstancias: primero, el capital oponía *entonces* una resistencia militar, personificada en Kerenski y Krasnov, Sávinkov y Gots (aun hoy Gueguechkori resiste de esta manera), Dútov y Bogaievski. Una resistencia militar no puede romperse más que por medios militares, y los guardias rojos realizaban la obra histórica más noble y grande de liberar a los trabajadores y explotados del yugo de los explotadores.

Segundo, por entonces no hubiésemos podido colocar en primer plano los métodos de gobierno en lugar del método de represión, aunque sólo fuese porque el arte de gobernar no es innato en los hombres, sino producto de la experiencia. Entonces no poseíamos esta experiencia, ahora sí. Tercero, entonces no podíamos tener a nuestra disposición a especialistas de las diferentes ramas de la ciencia y de la técnica, pues estos especialistas luchaban en las filas de los Bogaievski o tenían aún la posibilidad de oponer, *mediante el sabotaje*, una resistencia pasiva regular y tenaz. Ahora, este sabotaje ha sido vencido. El ataque a lo "Guardia Roja" contra el capital ha sido eficaz y victorioso porque hemos vencido tanto la resistencia militar del capital como la que éste oponía mediante el sabotaje.

¿Quiere decir esto, acaso, que el ataque a lo "Guardia Roja" contra el capital es apropiado *siempre*, en *todas* las circunstancias, que *no poseemos* otros medios de combatirlo? Sería infantil pensar así. Hemos vencido con caballería ligera, pero también disponemos de artillería pesada. Hemos vencido reprimiendo, pero también sabremos vencer gobernando. Hay que saber variar los métodos de lucha contra el enemigo cuando cambian las circunstancias. No renunciaremos ni por un instante a aplastar a lo "Guardia Roja" a los señores Sávinkov y Gueguechkori, así como a todos los demás terratenientes y burgueses contrarrevolucionarios. Pero no seremos tan tontos que pongamos en primer plano los métodos a lo "Guardia Roja" cuando, en lo fundamental, ha terminado la época en que eran necesarios los ataques de este tipo (y ha terminado en nuestro triunfo) y cuando llama a la puerta la época de la utilización de los especialistas burgueses por el Poder estatal proletario para remover el terreno de manera que en él no pueda crecer en absoluto ninguna burguesía.

Es una época peculiar o, más bien, una fase peculiar del desarrollo, y, para vencer definitivamente al capital, tenemos que saber adoptar las formas de nuestra lucha a las condiciones peculiares de esta fase.

Sin la dirección de las diversas ramas de la ciencia, de la técnica, de la práctica por parte de los especialistas es imposible la transición al socialismo, ya que el socialismo exige un avance consciente y masivo hacia una productividad del trabajo superior a la del capitalismo y basada en lo alcanzado por éste. El socialismo debe impulsar este avance *a su manera*, con métodos propios, y para ser más concretos, con *métodos soviéticos*. Pero, debido a las condiciones de la vida social que ha permitido a los especialistas hacerse especialistas, éstos pertenecen por fuerza y en masa a la burguesía. Si después de tomar el poder, nuestro proletariado resolviera

rápidamente el problema de la contabilidad, del control y de la organización a escala que abarque a todo el pueblo (todo esto, era irrealizable a causa de la guerra y del atraso de Rusia), entonces, una vez vencido el sabotaje y llevando a cabo una contabilidad y un control generales, subordinaríamos también por completo a los especialistas burgueses. Como vamos muy "atrasados" en la contabilidad y el control en general, pese a haber conseguido vencer el sabotaje, no hemos creado *todavía* las condiciones que puedan poner nuestra disposición a los especialistas burgueses. El grueso de los saboteadores "acepta el empleo", pero los mejores organizadores y los más grandes especialistas pueden ser utilizados por el Estado, ya sea a la antigua, a lo burgués (es decir, mediante una elevada remuneración), o a lo nuevo, a lo proletario (es decir, creando las condiciones que permitan ejercer la contabilidad y el control desde abajo, por todo el pueblo, condiciones que, por sí solas, subordinarían y atraerían inevitablemente a los especialistas).

Hemos tenido que recurrir ahora al viejo método burgués y aceptar los "servicios" de los especialistas burgueses más reputados a cambio de una remuneración muy elevada. Quienes conocen la situación lo comprenden; pero no todos se detienen a meditar sobre el significado de semejante medida tomada por un Estado proletario. Es evidente que tal medida constituye un compromiso, una desviación de los principios sustentados por la Comuna de París y por todo poder proletario, que exigen la reducción de los sueldos al nivel del salario del obrero medio, que exigen se comban el arribismo con hechos y no con palabras.

Pero esto no es todo. Es evidente que semejante medida no es sólo una interrupción -en cierto terreno y en cierto grado- de la ofensiva contra el capital (ya que el capital no es una simple suma de dinero, sino determinadas relaciones sociales), sino también *un paso atrás* de nuestro poder estatal socialista, soviético, que desde el primer momento proclamó y comenzó a poner en práctica la política de reducción de los sueldos elevados hasta el nivel del salario del obrero medio[39].

Naturalmente, los lacayos de la burguesía, sobre todo los de poca monta, como los mencheviques, los de *Nóvaya Zhizn* y los eseristas de derecha, soltarán la carcajada por haber reconocido nosotros que damos un paso atrás. Pero no debemos hacer caso de esas risitas. Debemos estudiar las peculiaridades del camino, tortuoso en extremo y nuevo, que lleva al socialismo, sin velar nuestros errores ni debilidades, sino procurando coronar a tiempo lo que aún nos queda por hacer. Ocultar a las masas que la incorporación de los especialistas burgueses mediante sueldos muy elevados es apartarse de los principios de la Comuna sería descender al nivel de los politicastros burgueses y engañar a las masas. En cambio, explicar abiertamente cómo y por qué hemos dado este paso atrás, discutir públicamente los medios de que disponemos para recuperar lo perdido significa educar a las masas y, con la experiencia reunida, aprender junto a ellas a construir el socialismo. No es probable que la historia conozca una sola campaña militar victoriosa en la que el vencedor no haya cometido algunos errores, no haya sufrido derrotas parciales, no haya tenido que retroceder temporalmente en algo y en alguna parte. Y la "campaña" contra el capitalismo, comenzada por nosotros, es un millón de veces más difícil que la peor expedición militar; por lo tanto, sería necio y bochornoso dejarse dominar por el abatimiento a causa de una retirada particular y parcial.

Abordemos ahora la cuestión desde el lado práctico. Admitamos que, para dirigir el trabajo del pueblo con objeto de alcanzar el más rápido ascenso económico del país, la República Soviética de Rusia necesita mil especialistas y sabios de primera fila en los diversos dominios de la ciencia, la técnica y la práctica. Admitamos que a cada una de estas "estrellas de primera magnitud" (la mayoría de ellas está tanto más corrompida por las costumbres burguesas cuanto más grato le es vociferar sobre la corrupción de los obreros) hay que pagarle 25.000 rublos al año. Admitamos que esta suma (25 millones de rublos) tiene que ser duplicada (en concepto de pago de primas por el cumplimiento más rápido y mejor de los encargos técnicos y de organización más importantes) o, incluso, cuadruplicada (por haber invitado a varios centenares de especialistas extranjeros, que exigen más). Cabe preguntar; ¿puede considerarse excesivo o imposible para la República Soviética el gasto de cincuenta o cien millones de rublos al año para reorganizar el trabajo del pueblo según la última palabra de la ciencia y de la técnica? Claro que no. La inmensa mayoría de los obreros y campesinos conscientes aprobarán este gasto; aleccionados por la práctica, saben que nuestro atraso nos hace perder miles de millones de rublo y que *no* hemos *aún* alcanzado el grado suficiente de organización, contabilidad y control en *nuestro* trabajo para lograr la participación general y voluntaria de las "estrellas" de la intelectualidad burguesa.

Por supuesto, el problema tiene también otro aspecto Es indiscutible que los sueldos altos influyen también, corrompiendo, tanto en el Poder soviético (con tanto mayor motivo que la rapidez de la revolución no ha podido impedir que se arrime a este poder cierto número de aventureros y granujas, que, junto con algunos comisarios ineptos o sin escrúpulos, no tienen inconveniente en llegar a "estrellas" de... la malversación de fondos públicos) como en la masa obrera. Pero todos los obreros y campesinos pobres honrados y que piensan convendrán con nosotros y reconocerán que no

podemos librarnos de golpe y porrazo de la herencia nociva del capitalismo, que no podemos librar a la República Soviética del "tributo" de cincuenta o cien millones de rublos (tributo que pagamos por nuestro atraso en la organización de la contabilidad y del control ejercidos *desde abajo por todo el pueblo*), sino únicamente organizándonos, disciplinándonos más, depurando nuestras filas de cuantos "guardan la herencia del capitalismo" y "siguen las tradiciones del capitalismo", es decir, de los haraganes, de los parásitos y de los malversadores de fondos públicos (ahora toda la tierra, todas las fábricas, todas las vías férreas constituyen el "Tesoro" de la República Soviética). Si los obreros y los campesinos pobres conscientes y avanzados, ayudados por las instituciones soviéticas, logran en un año organizarse, disciplinarse, poner sus fuerzas en tensión y crear una fuerte disciplina del trabajo, podremos librarnos en un año de este "tributo" que incluso podrá ser reducido antes... proporcionalmente a los éxitos de nuestra disciplina y de nuestra organización laborales, obreras y campesinas. Cuanto antes aprendamos nosotros mismos, los obreros y campesinos, a tener una disciplina laboral mejor y una técnica del trabajo más elevada, aprovechando para ello a los especialistas burgueses, tanto antes nos libraremos de todo "tributo" a estos especialistas.

Nuestro trabajo, dirigido por el proletariado, de organización, de la contabilidad y el control de la producción y distribución de los productos por todo el pueblo se halla muy rezagado de nuestra labor directa de expropiación de los expropiadores. Es éste un principio fundamental para comprender las peculiaridades del momento presente y las tareas del Poder soviético que de aquí se derivan. El centro de gravedad en la lucha contra la burguesía se desplaza hacia la organización de esta contabilidad y de este control. Únicamente partiendo de esto podremos determinar con acierto las tareas inmediatas de la política económica y financiera en el terreno de la nacionalización de los bancos, del monopolio del comercio exterior, del control del Estado sobre la circulación fiduciaria, del establecimiento de un impuesto sobre los bienes y los ingresos aceptable desde el punto de vista proletario, de la implantación del trabajo obligatorio.

En todos estos dominios (que son muy esenciales, esencialisimos), nuestra labor de transformación socialista se ha retrasado de un modo extraordinario, y el retraso se debe precisamente a la insuficiente organización de la contabilidad y del control en general. Por supuesto, ésta es una de las tareas más difíciles, que, con el desbarajuste causado por la guerra, sólo admite una solución a la larga; pero no hay que olvidar que es aquí justamente donde la burguesía -sobre todo la pequeña burguesía y la burguesía campesina, particularmente numerosas- nos presenta una batalla muy seria, socavando el control que vamos estableciendo, socavando, por ejemplo, el monopolio del trigo, conquistando posiciones para la especulación y el trapicheo. Estamos aún lejos de haber llevado suficientemente a la práctica lo que ya ha sido decretado, y la tarea principal del momento consiste precisamente en concentrar todos los esfuerzos en la *realización* práctica, efectiva, de las bases de las transformaciones que se han convertido ya en leyes (pero que no son todavía una realidad).

Para proseguir la nacionalización de los bancos y marchar tesoneros hacia la transformación de los mismos en puntos centrales de la contabilidad social en el régimen socialista, es necesario, ante todo y sobre todo, lograr éxitos reales en el aumento del número de sucursales del Banco Nacional, atraer las imposiciones facilitar al público las operaciones cuenta correntistas, acabar con las "colas", detener y *fusilar* a los concusionarios y granujas, etc. Hay que empezar por poner en práctica con eficacia lo más simple, organizar de manera satisfactoria lo existente y, luego ya, preparar lo más complicado.

Afianzar y poner en orden los monopolios del Estado (del trigo, el cuero etc.) ya implantados y, con ello, preparar la monopolización del comercio exterior por el Estado[40] sin la cual no podremos "librarnos" del capital extranjero mediante el pago de "tributos". Ahora bien, todas las posibilidades de la construcción socialista dependen de que logremos poner a salvo durante cierto período de transición nuestra independencia económica interior, pagando cierto tributo al capital extranjero.

En cuanto a la recaudación de impuestos en general, y de los establecidos sobre los bienes e ingresos en particular, también llevamos mucho retraso. La imposición de contribuciones a la burguesía -medida que, en principio, es absolutamente aceptable y que merece la aprobación del proletariado- nos demuestra que, en este terreno, nos hallamos todavía más cerca de los métodos de ganar (Rusia a los ricos para los pobres) que de los métodos de gobernar. Pero, para fortalecernos y pisar más firmes, debemos pasar a estos últimos métodos, debemos sustituir la contribución exigida a la burguesía por un impuesto sobre los bienes e ingresos, aplicado con regularidad y acierto, impuesto que rendirá más al Estado proletario y que requiere de nosotros precisamente una organización mayor de la contabilidad y del control y más orden en su ejercicio[41].

Nuestro retraso en la implantación del trabajo obligatorio nos demuestra una vez más que es precisamente la labor preparatoria y de organización la que se plantea a la orden del día, labor que, por un lado, debe consolidar definitivamente lo conquistado y, por otro, es necesaria para preparar la operación que "cercará" al capital y le obligará a "entregarse". Deberíamos comenzar inmediatamente la

implantación del trabajo obligatorio, pero hay que hacerlo de una manera muy gradual y cautelosa, comprobando cada paso en la práctica y, naturalmente, implantándolo en primer término *para los ricos*. La implantación de la cartilla de trabajo y de la libreta de consumo y entradas y salidas para todo burgués, incluida la burguesía rural, representaría un avance serio hacia el "cerco" total del enemigo y hacia la creación de una contabilidad y de un control verdaderamente populares de la producción y de la distribución de los productos.

Importancia de la lucha por una contabilidad y un control populares.

El Estado, que ha sido durante siglos un órgano de opresión y expoliación del pueblo, nos ha dejado en herencia un odio una desconfianza inmensos de las masas por todo lo estatal. Vencerlos es una tarea ardua que sólo está al alcance del poder soviético, pero que también requiere de éste largo tiempo y gran perseverancia. Sobre el problema de la contabilidad y del control -problema cardinal con que la revolución socialista se enfrenta ya al otro día de haber derrocado a la burguesía-, esta "herencia" se deja sentir con mucha agudeza. Pasará inevitablemente cierto tiempo hasta que las masas, que se vieron libres por primera vez después del derrocamiento de los terratenientes y de la burguesía, comprendan -no por los libros, sino por su propia experiencia *soviética*- y *sientan* que sin una contabilidad y un control muy amplios y ejercidos por el Estado sobre la producción y la distribución de los productos, el poder de los trabajadores, la libertad de los trabajadores *no* puede sostenerse y que el retorno al yugo del capitalismo *es ineludible*.

Todos los hábitos y todas las tradiciones de la burguesía en general, especialmente de la pequeña burguesía, se oponen también al control *estatal* y defienden la inviolabilidad de la "sacrosanta propiedad privada", de la "sacrosanta" empresa privada. Hoy vemos con la mayor claridad hasta qué grado es exacta la tesis marxista de que el anarquismo y el anarcosindicalismo son corrientes *burguesas*; de que están en pugna inconciliable con el socialismo, la dictadura del proletariado, el comunismo. La lucha por inculcar a las masas la idea de la contabilidad y del control ejercidos por el Estado, de la contabilidad y del control *soviéticos*, la lucha por llevar a la práctica dicha idea, por romper con el maldito pasado que ha acostumbrado a la gente a tener la conquista del pan y del vestido por asunto "privado", la compraventa por un negocio que "sólo a mi me incumbe" es una lucha grandiosa, de importancia histórica universal, de la conciencia socialista contra la espontaneidad anárquica burguesa.

Hemos implantado el control obrero como una ley; pero la práctica cotidiana, y aun en la conciencia de las grandes masas proletarias, no hace más que empezar a penetrar. En nuestra agitación hablamos poco, y nuestros obreros campesinos avanzados piensan y hablan poco, de que el no llevar la contabilidad ni ejercer el control sobre la producción y la distribución de los productos es la muerte de los gérmenes del socialismo, es malversar los fondos públicos (ya que todos los bienes pertenecen al Tesoro, y el Tesoro es precisamente el Poder soviético, el Poder de la mayoría de los trabajadores), y que la negligencia en la contabilidad y en el control significa una complicidad directa con los Kornílov alemanes y rusos, que *sólo* pueden derrocar el poder de los trabajadores en caso de que no logremos resolver el problema de la contabilidad y del control, y que con la ayuda de toda la burguesía campesina, con ayuda de los democonstitucionalistas, los mencheviques y los eseristas de derecha nos "acechan" en espera del momento propicio. Pero en tanto el control obrero no sea un hecho, en tanto los obreros avanzados no hayan organizado y llevado a efecto su cruzada victoriosa e implacable contra los infractores de este control o contra los negligentes en este dominio no podremos, después de haber dado este primer paso (el del control obrero), dar el segundo hacia el socialismo, es decir, pasar a la regulación de la producción por los obreros.

El Estado socialista puede surgir únicamente como una red de comunas de producción y consumo que calculen concienzudamente su producción y consumo, economicen el trabajo, aumenten incesantemente la productividad del mismo y consigan con ello reducir la jornada laboral hasta siete, seis y aun menos horas. Aquí no es posible eludir la organización de una contabilidad y un control completos rigurosísimos, ejercidos por todo el pueblo, sobre el *trigo* y la *obtención del trigo* (y, a continuación, de los demás productos indispensables). El capitalismo nos ha legado organizaciones de masas capaces de facilitar el tránsito a la contabilidad y al control a vasta escala de la distribución de productos: las cooperativas de consumo. En Rusia están menos desarrolladas que en los países avanzados, pero, no obstante, han abarcado a más de diez millones de asociados. El decreto promulgado hace unos días sobre las cooperativas de consumo[42] tiene una significación extraordinaria y demuestra palpablemente la peculiaridad de la situación y de las tareas de la República Socialista Soviética en el momento presente.

El decreto es un acuerdo concertado con las cooperativas burguesas y con las cooperativas obreras que siguen manteniendo un punto de vista burgués. El acuerdo o compromiso consiste, primero, en que los representantes de estas instituciones no sólo han participado en la discusión del decreto, sino que, de hecho, han gozado durante la discusión del derecho de voto, pues las partes del decreto a las que

dichas cooperativas se oponían con denuedo, fueron suprimidas. Segundo, el compromiso consiste, en realidad, en que el poder soviético renuncia al principio del ingreso gratuito en las cooperativas (único principio consecuentemente proletario), así como a la asociación de toda la población de un lugar dado en una sola cooperativa. Al renunciar a este principio, único principio socialista que responde al objetivo de la supresión de las clases, se ha autorizado a las "cooperativas obreras de clase" (que se llaman "de clase" en este caso únicamente porque se subordinan a los intereses de clase de la burguesía) para seguir subsistiendo. Por último, la propuesta del Poder soviético de excluir totalmente a la burguesía de la dirección de las cooperativas también ha sido muy debilitada, y la prohibición de entrar en las directivas de las cooperativas se ha hecho extensiva sólo a los propietarios de las empresas comerciales e industriales de tipo capitalista privado.

No habría necesidad de tales compromisos si el proletariado hubiese conseguido, a través del Poder soviético, organizar la contabilidad y el control a escala nacional o, aunque sólo fuese, sentar las bases de dicho control. Mediante las secciones de abastecimiento de los Soviets y los organismos similares anejos a los Soviets agruparíamos a la población en una cooperativa única, dirigida por el proletariado y sin la ayuda de las cooperativas burguesas, sin hacer concesiones al principio puramente burgués de que la cooperativa obrera ha de seguir subsistiendo como tal *al lado* de la cooperativa burguesa *en vez* de supeditar totalmente la cooperativa burguesa, uniendo las dos y *asumiendo toda* la dirección, tomando *en sus manos* el control del consumo de los ricos.

Al concertar semejante acuerdo con las cooperativas burguesas, el Poder soviético ha determinado de un modo concreto sus tareas tácticas y sus métodos peculiares de obrar en la presente fase de desarrollo, a saber: aprovechar y dirigir a los elementos burgueses, haciéndoles algunas concesiones parciales, con lo cual creamos las condiciones para un avance que será más lento de lo que en un comienzo suponíamos, porque, al mismo tiempo, será más firme, tendrá mejor aseguradas la base y las vías de comunicación y mejor fortificadas las posiciones conquistadas. Por lo demás, los Soviets pueden (*y deben*) evaluar hoy día sus éxitos en la obra de la edificación del socialismo con un criterio extraordinariamente claro, sencillo y práctico: en qué número exacto de comunidades (comunas, pueblos o barrios, etc.) y en qué grado se aproxima el desarrollo de las cooperativas a abarcar a toda la población.

El aumento de la productividad del trabajo.

En toda revolución socialista, una vez resuelto el problema de la conquista del poder por el proletariado y en la medida en que se va cumpliendo en lo fundamental la tarea de expropiar a los expropiadores y aplastar su resistencia, va colocándose necesariamente en primer plano una tarea cardinal: la de crear un tipo de sociedad superior a la del capitalismo, es decir, la tarea de aumentar la productividad del trabajo y, en relación con esto (y para esto), dar al trabajo una organización superior. Nuestro Poder soviético se encuentra precisamente en una situación en que, gracias a las victorias sobre los explotadores, desde Kerenski hasta Kornílov, ha obtenido la posibilidad de abordar de lleno esta tarea y entregarse a ella por entero. Y aquí es donde se ve en el acto que, si bien es posible apoderarse en pocos días del poder central del Estado, si bien es posible aplastar en pocas semanas la resistencia militar (y el sabotaje) de los explotadores, incluso en los diversos confines de un país grande, no lo es menos que para cumplir con eficacia la tarea de elevar la productividad del trabajo se necesitan, en todo caso (especialmente después de una guerra de las más penosas y devastadoras), varios años. Lo prolongado de esta labor se debe sin duda a circunstancias objetivas.

El aumento de la productividad del trabajo exige, ante todo, que se asegure la base material de la gran industria: el incremento de la extracción de combustible y de la fabricación de hierro, maquinaria y productos químicos. En este sentido la República Soviética de Rusia se encuentra en condiciones favorables porque dispone, incluso después de la paz de Brest, de reservas gigantescas de minerales (en los Urales); de combustible en Siberia Occidental (hulla), en el Cáucaso y Sureste (petróleo) y en el Centro (turba); posee también inmensas riquezas forestales, energía hidráulica y materias primas para la industria química (Kara-Bugas), etc. La explotación de estas riquezas naturales con los medios técnicos modernos pondrá los cimientos para un progreso jamás visto de las fuerzas productivas.

Otra de las condiciones del aumento de la productividad del trabajo es elevar el nivel de cultura e instrucción de las grandes masas de la población. Esta elevación marcha ahora con gran celeridad, cosa que no ven los obcecados por la rutina burguesa, incapaces de comprender cuán grande es el ansia de luz y el espíritu de iniciativa que se extiende hoy entre las capas "bajas" del pueblo gracias a la organización soviética. También son condiciones del fomento de la economía el fortalecimiento de la disciplina de los trabajadores, la mejora de la maestría y de la aplicación en el trabajo, el aumento de la intensidad y una organización mejor del mismo.

En este aspecto, de creer a quienes se han dejado intimidar por la burguesía o la sirven, guiados por intereses egoístas, las cosas marchan entre nosotros muy mal e incluso no tienen solución. Estas gentes no comprenden que no ha habido ni puede haber una

revolución en la que los partidarios del viejo régimen no griten a voz en cuello sobre el desbarajuste, la anarquía, etc. Es natural que en las masas, que se acaban de sacudir un yugo de increíble salvajismo, haya una profunda y amplia efervescencia y agitación; que el proceso de formación de las nuevas bases de la disciplina laboral sea muy largo y que ni siquiera pudiera comenzarse antes de la victoria completa sobre los terratenientes la burguesía.

Pero, sin dejarnos llevar en absoluto de la desesperación, a menudo fingida, que propagan los burgueses y los intelectuales burgueses (que han perdido las esperanzas de poder defender sus viejos privilegios), nosotros en modo al debemos encubrir un mal evidente. Todo lo contrario, lo iremos poniendo de manifiesto y reforzaremos los métodos soviéticos de lucha contra este mal, ya que el triunfo del socialismo es inconcebible sin el triunfo de la disciplina proletaria consciente sobre la anarquía espontánea pequeñoburguesa, verdadera premisa de que pueda ser restaurado el régimen de Kerenski o de Kornílov[43].

La vanguardia más consciente del proletariado de Rusia se ha planteado ya la tarea de fortalecer la disciplina en el trabajo. Por ejemplo, el Comité Central del Sindicato de Obreros Metalúrgicos y el Consejo Central de los Sindicatos han comenzado a redactar las medidas y proyectos de decretos respectivos[44]. Esta labor debe ser apoyada e impulsada con todas las fuerzas. Se debe poner a la orden del día la aplicación práctica y el ensayo de la remuneración por unidad de trabajo realizado[45] el aprovechamiento de lo mucho que hay de científico y progresista en el sistema Taylor[46] la observancia de las proporciones entre el salario y los resultados generales de la producción de artículos o de la explotación del transporte ferroviario, marítimo, fluvial, etc., etc.

El ruso es un mal trabajador comparado con los de las naciones adelantadas. Y no podía ser de otro modo en el régimen zarista, dada la vitalidad de los restos del régimen de servidumbre. La tarea que el Poder soviético debe plantear con toda amplitud al pueblo es la de aprender a trabajar. La última palabra del capitalismo en este terreno -el sistema Taylor-, al igual que todos los progresos del capitalismo, reúne toda la refinada ferocidad de la explotación burguesa y varias conquistas científicas de sumo valor concernientes al estudio de los movimientos mecánicos durante el trabajo, la supresión de movimientos superfluos y torpes, la adopción de los métodos de trabajo más racionales, la implantación de los sistemas óptimos de contabilidad y control, etc. La República Soviética debe adquirir a toda costa las conquistas más valiosas de la ciencia y de la técnica en este dominio. La posibilidad de realizar el socialismo quedará precisamente determinada por el grado en que logremos combinar el Poder soviético y la forma soviética de administración con los últimos progresos del capitalismo. Hay que organizar en Rusia el estudio y la enseñanza del sistema Taylor, su experimentación y adaptación sistemáticas. Al mismo tiempo, y con el propósito de elevar la productividad del trabajo, hay que tener presentes las peculiaridades del periodo de transición del capitalismo al socialismo que reclaman, por un lado, el establecimiento de las bases de la organización socialista de la emulación y, por otro, la aplicación de medidas coercitivas para que la consigna de la dictadura del proletariado no quede empañada por una blandenguería del poder proletario en la práctica.

La organización de la emulación.

Al cúmulo de absurdos que la burguesía difunde gustosa sobre el socialismo pertenece también el de que los socialistas niegan la importancia de la emulación. Pero, en realidad, sólo el socialismo, al suprimir las clases y, en consecuencia, la esclavización de las masas, les abre por vez primera el camino a la emulación a escala amplia de verdad. Y es precisamente el régimen soviético el que, pasando de la democracia formal de la república burguesa a la verdadera participación de las masas trabajadoras en el *gobierno*, plantea por primera vez a gran escala el problema de la emulación. Es mucho más fácil plantearlo en el terreno político que en el económico; pero, para el éxito del socialismo, este último es precisamente el que importa.

Examinemos el problema de la publicidad como medio de organizar la emulación. La república burguesa la lleva a cabo únicamente de una manera formal, subordinando de hecho la prensa al capital, distrayendo al "populacho" con nimiedades políticas picantes, ocultando lo que sucede en los talleres, en las transacciones comerciales, en los suministros, etc., bajo el manto del "secreto comercial" que cubre la "sacrosanta propiedad". El Poder soviético ha suprimido el secreto comercial[47] y emprendido una nueva senda; pero aun no hemos hecho casi nada para aprovechar la publicidad en beneficio de la emulación económica. Debe procurarse periódicamente que, al mismo tiempo que se reprime sin piedad la prensa burguesa, impregnada totalmente de falsedades y calumnias descaradas, se cree una prensa que no se dedique a distraer y embaucar a las masas con anécdotas picantes y nimiedades políticas, sino que someta al juicio de las masas los problemas económicos cotidianos y les ayude a estudiarlos en serio. Cada fábrica y cada aldea es una comuna de producción y consumo que tiene el derecho y el deber de aplicar a su manera las leyes soviéticas generales ("a su manera" no en el sentido de infringirlas, sino de la diversidad de formas de su aplicación), resolver a su manera el problema de la contabilidad de la producción y la distribución de los productos. En el capitalismo, esto era un "asunto

privado" de cada capitalista, de cada terrateniente o kulak. En el Poder soviético, esto no es un asunto privado, sino público y de la mayor importancia.

Apenas si hemos comenzado aún la inmensa, difícil y, a la vez, grata labor de organizar la emulación entre las comunas, de implantar la rendición de cuentas y la publicidad en la producción del trigo, del vestido, etc., de convertir los balances burocráticos, escuetos y sin vida, en ejemplos vivos, unas veces repulsivos y otras atrayentes. Con el modo capitalista de producción, la importancia de cada ejemplo por separado, digamos, de una cooperativa cualquiera de producción, quedaba sin falta limitada hasta el último grado, y sólo la fantasía pequeñoburguesa podía soñar con "corregir" el capitalismo con la influencia de los ejemplos de las instituciones rebosantes de virtudes. Después de pasar el poder político a manos del proletariado, después de la expropiación de los expropiadores, la situación cambia de raíz y -conforme a las reiteradas indicaciones de socialistas destacados- la fuerza del ejemplo adquiere por vez primera la posibilidad de ejercer su influencia a vasta escala. Las comunas modelo deben servir y servirán de ejemplo educador, instructivo y estimulante para las comunas atrasadas. La prensa debe ser un instrumento de la construcción del socialismo que difunde con lujo de pormenores los éxitos de las comunas modelo, analiza las causas de estos éxitos y los métodos de organización de la hacienda de las mismas y pone, por otro lado, en la picota a las comunas que se obstinan en conservar las "tradiciones del capitalismo", es decir, de la anarquía, la holgazanería, el desorden, la especulación. En la sociedad capitalista, la estadística era de la incumbencia exclusiva de los funcionarios públicos o de profesionales; nosotros debemos llevarla a las masas, popularizarla para que los trabajadores vayan aprendiendo poco a poco a comprender y ver ellos mismos cómo y cuánto hay que trabajar, cómo y cuánto se puede descansar; para que la *comparación de los balances económicos* de la hacienda de comunas por separado se transforme en objeto de interés y estudio para todos, para que las comunas que se destaquen sean recompensadas en el acto (reduciéndoles la jornada de trabajo durante cierto tiempo, aumentando en ellas la retribución, concediéndoles mayores bienes y valores culturales o estéticos, etc.).

Cuando en el escenario histórico entra una clase nueva como jefe y dirigente de la sociedad, por un lado siempre hay un período de grandes "sacudidas", conmociones, luchas y tempestades, y, por otro lado, tampoco falta un período de titubeos, experimentos, vacilaciones y dudas respecto a la elección de nuevos métodos correspondientes a la nueva situación objetiva. La nobleza feudal agonizante se vengaba de la burguesía que triunfaba y la desplazaba; se vengaba no sólo mediante conspiraciones e intentos de insurrección y restauración, sino también mediante torrentes de burlas a costa de la incapacidad, la torpeza y los errores de esos "advenedizos" e "insolentes" que se atrevían a empuñar el "sagrado timón" del Estado sin poseer la preparación secular que para ello tienen los príncipes, barones, nobles y aristócratas. Del mismo modo, los Kornílov y los Kerenski, los Gots y los Mártov, toda esa cofradía de héroes de la chalanería y del escepticismo burgueses, se están vengando ahora de la clase obrera de Rusia por su "atrevido" intento de tomar el poder.

Se requieren, por supuesto, largos meses y años, y no semanas, para que la nueva clase social, una clase hasta ahora oprimida y aplastada por la miseria y la ignorancia, pueda familtarizarse con la nueva situación, orientarse, organizar su trabajo y destacar a *sus* organizadores. Se comprende que el partido que dirige al proletariado revolucionario no podía adquirir la experiencia ni los hábitos de las grandes medidas destinadas a organizar a millones y decenas de millones de ciudadanos, que el rehacer los viejos hábitos, que se reducían casi exclusivamente a la agitación, es una obra muy larga. Pero en esto no hay nada imposible, y lo conseguiremos en cuanto tengamos la clara conciencia de que ese cambio es necesario, la firme decisión de realizarlo, la constancia imprescindible en la lucha por este objetivo grande y difícil. Es inmenso el número de organizadores de talento que existen en el "pueblo", es decir, entre los obreros y los campesinos que no explotan trabajo ajeno; el capital los oprimía por millares, los aplanaba y lanzaba por la borda. Nosotros aún no sabemos descubrirlos, animarlos, ponerlos en pie, destacarlos. Pero aprenderemos si nos aplicamos a ello con todo el entusiasmo revolucionario, sin el cual no puede haber revoluciones victoriosas.

No ha habido ningún movimiento popular profundo y caudaloso en la historia que no llevara esa inmunda espuma de aventureros y granujas, de fanfarrones y vocingleros que se arriman a los innovadores sin experiencia; no ha habido movimiento sin ajetreos absurdos, sin confusión, sin agitación vana, sin que algunos "jefes" intenten hacer veinte cosas a la vez y no acabar ninguna. Que ladren y gruñan los gozques de la sociedad burguesa, desde Bielorrússov hasta Mártov, a propósito de cada astilla que salte al talar ese bosque grande y vetusto. Para eso son gozques, para ladrarle al elefante proletario[48]. Que ladren. Nosotros seguiremos nuestro camino, tratando de poner a prueba y estudiar pacientemente, con el mayor cuidado posible, a los verdaderos organizadores, a los hombres de mente clara y visión práctica, a los hombres que reúnan la fidelidad al socialismo con la capacidad de organizar sin alboroto (y a pesar del desorden y del alboroto) el trabajo unido, solidario y común de gran número de personas

en el marco de la organización soviética. *Sólo* a hombres así, después de probarlos diez veces y pasarlos de los trabajos más sencillos a los más complejos, debemos llevarlos a los puestos de responsabilidad de dirigentes del trabajo del pueblo, de dirigentes administrativos. Todavía no hemos aprendido a hacerlo. Pero aprenderemos.

“Buena organización” y dictadura.

La tarea primordial del momento que plantea la resolución del último congreso de los Soviets, celebrado en Moscú, es crear una “buena organización” y fortalecer la disciplina. Hoy todos “votan” y “suscriben” gustosos resoluciones de este género; mas, por lo común, no se paran a pensar que su aplicación requiere el empleo de la coerción, y, precisamente, de una coerción en forma de dictadura. Sin embargo, sería la mayor torpeza y la más absurda utopía suponer que se puede pasar del capitalismo al socialismo sin coerción y sin dictadura. La teoría marxista se ha pronunciado hace mucho, del modo más rotundo, contra este absurdo democrático pequeñoburgués y anarquista. La Rusia de 1917-1918 confirma con tal evidencia y de un modo tan palpable y convincente la teoría de Marx sobre el particular que sólo tontos de remate o empeñados en volver la espalda a la verdad pueden todavía desorientarse en este terreno. O dictadura de Kornílov (si lo tomamos por el tipo ruso del Cavaignac burgués) o dictadura del proletariado: *no puede haber* otra salida para un país que se desarrolla con extraordinaria rapidez, con virajes de excepcional brusquedad y en medio del terrible desbarajuste económico originado por la más penosa de las guerras. Todas las soluciones intermedias serán o un fraude al pueblo, cometido por la burguesía, que no puede decir la verdad, que no puede declarar que necesita a Kornílov; o una manifestación de la estupidez de los demócratas pequeñoburgueses, de los Chernov, Tsereteli y Mártov, con su charlatanería acerca de la unidad de la democracia, de la dictadura de la democracia, del frente democrático general y demás tonterías por el estilo. Hay que considerar perdidos sin remedio a quienes no han aprendido siquiera en el curso de la revolución rusa de 1917-1918 que las soluciones intermedias son imposibles.

Por otra parte, no es difícil convencerse de que, en toda transición del capitalismo al socialismo, la dictadura es imprescindible por dos razones esenciales o en dos aspectos fundamentales Primero, es imposible vencer y desarraigar el capitalismo sin aplastar sin piedad la resistencia de los explotadores, que no pueden ser privados de golpe de sus riqueza de las ventajas que les proporcionan su organización y sus conocimientos y que, en consecuencia, se esforzarán inevitablemente durante un período bastante prolongado, por derrocar el odiado poder de los pobres. Segundo, toda gran revolución, especialmente la revolución socialista, es inconcebible sin guerra interior, es decir, sin guerra civil, aunque no exista una guerra exterior. Y la guerra civil lleva implícita una ruina mayor aún que la ocasionada por la guerra exterior; significa millares y millones de vacilaciones y de deserciones de un campo a otro, un estado de terrible incertidumbre, de desequilibrio y de caos. Como es natural todos los elementos de descomposición de la sociedad vieja fatalmente numerosísimos y ligados, sobre todo, a la pequeña burguesía (pues es la primera en quedar arruinada y aniquilada por toda guerra y toda crisis), no pueden menos de “manifestarse” en una conmoción tan profunda. Y los elementos de descomposición *sólo pueden* “manifestarse” en un aumento de la delincuencia, de la golfería, del soborno, de la especulación y de toda clase de escándalos. Para acabar con todo eso se requiere tiempo y *hace falta mano de hierro*.

La historia no conoce ninguna gran revolución en la que el pueblo no haya sentido eso por instinto y no haya mostrado una firmeza salvadora, fusilando a los ladrones en el acto. La desgracia de las revoluciones precedentes consistió en que el entusiasmo revolucionario de las masas que las tenía en tensión y les daba energías para reprimir sin piedad a los elementos corruptores duraba poco. La causa social, es decir, de clase, de esa poca duración del entusiasmo revolucionario de las masas residía en la debilidad del proletariado, *único* capaz (cuando es bastante numeroso, consciente y disciplinado) de atraer *a la mayoría* de los trabajadores y explotados (a la mayoría de los pobres, empleando un término más sencillo y popular) y sujetar el poder en sus manos el tiempo suficiente para aplastar por completo a todos los explotadores y a todos los elementos corruptores.

Esta experiencia histórica de todas las revoluciones, esta enseñanza -económica y política- de alcance histórico universal fue resumida por Marx en su fórmula breve, tajante, precisa y brillante: la dictadura del proletariado. Y la marcha triunfal de la organización soviética por todos los pueblos y naciones de Rusia *ha demostrado* que la revolución rusa ha abordado con acierto esta tarea de alcance histórico universal. Pues el Poder soviético no es otra cosa que la forma de organización de la dictadura del proletariado de la dictadura de la clase de vanguardia, que eleva a una nueva democracia y a la participación efectiva en el gobierno del Estado a decenas y decenas de millones de trabajadores explotados, los cuales aprenden de su misma experiencia a considerar que su jefe más seguro es la vanguardia disciplinada y consciente del proletariado.

Pero la palabra dictadura es una gran palabra. Y las grandes palabras no deben vocearse al viento. La

dictadura un poder férreo, de audacia y rapidez revolucionarias, implacable en la represión tanto de los explotadores como le los malhechores. Sin embargo, nuestro poder es demasiado blando y, en infinidad de ocasiones, se parece más a la gelatina que al hierro. No debe olvidarse ni por un instante que el elemento burgués y pequeñoburgués lucha contra el Poder soviético de dos maneras: por un lado, actuando desde fuera con los métodos de los Sávinkov, Gots, Gueguechkori y Kornílov, con conspiraciones y alzamientos, con su inmundo reflejo "ideológico", con torrentes de mentiras y calumnias difundidas en la prensa de los democonstitucionalistas, de los eseristas de derecha y de los mencheviques; por otro lado, este elemento actúa desde dentro, aprovechando todo factor de descomposición y toda flaqueza, a fin de practicar el soborno y aumentar la indisciplina, el libertinaje y el caos. Cuanto más nos acercamos al total aplastamiento militar de la burguesía, más peligroso se hace para nosotros el elemento de la anarquía pequeñoburguesa. Y contra este elemento no se puede luchar únicamente con la propaganda, la agitación, la organización de la emulación o la selección de organizadores; hay que oponerle también la coerción.

A medida que la tarea fundamental del poder deje de ser la represión militar para convertirse en la labor administrativa, la manifestación típica de la represión y coerción no será el fusilamiento en el acto, sino el tribunal. Después del 25 de octubre de 1917, las masas revolucionarias emprendieron el camino justo en este terreno y demostraron la vitalidad de la revolución, empezando a organizar sus propios tribunales obreros y campesinos, sin esperar que se promulgasen los decretos de disolución del mecanismo judicial burocrático burgués. Pero nuestros tribunales revolucionarios y populares son de una debilidad extraordinaria e increíble. Se nota que aún no se ha borrado del todo la opinión que el pueblo tiene de los tribunales como de algo burocrático y ajeno, opinión heredada de la época en que existía el yugo de los terratenientes y de la burguesía. Todavía no se comprende bastante que el tribunal es un órgano llamado a incorporar precisamente a todos los pobres a la gestión pública del Estado (pues la actividad judicial es una de las funciones administrativas del Estado), que el tribunal es un *órgano de poder* del proletariado y de los campesinos pobres, que el tribunal es un instrumento *para inculcar la disciplina*. No se comprende bastante el hecho simple y evidente de que si el hambre y el paro son las mayores plagas de Rusia, estas plagas no podrán ser vencidas con ningún movimiento impulsivo, sino sólo con una organización y una disciplina en todos los órdenes, extensivas a todo y a todos, que permitan aumentar la producción de pan para la gente y de pan para la industria (combustible), transportarlo a tiempo y distribuirlo acertadamente; que, por eso, *cuantos* infringen la disciplina del trabajo en cualquier fábrica, en cualquier empresa o en cualquier obra son los *culpables* de los tormentos causados por el hambre y el paro; que es necesario saber descubrir a los culpables, entregarlos a los tribunales y castigarlos sin piedad. El elemento pequeñoburgués, contra el que habremos de luchar ahora con el mayor tesón, se manifiesta precisamente en la insuficiente comprensión de la relación económica y política existente entre el hambre y el paro, por un lado, y el relajamiento de todos y cada uno en el terreno de la organización y la disciplina, por otro; en que sigue muy arraigado el punto de vista *del pequeño propietario*: sacar la mayor tajada posible y, después, ¡lo que sea sonará!

En el transporte ferroviario -que tal vez sea donde se plasman con mayor evidencia los vínculos económicos del organismo creado por el gran capitalismo- se manifiesta con singular relieve esta lucha entre el elemento relajador pequeñoburgués y el espíritu proletario de organización. El elemento "administrativo" proporciona en gran abundancia saboteadores y concusionarios; la mejor parte del elemento proletario lucha por la disciplina; pero en uno y otro hay, como es natural, muchos vacilantes muchos "débiles", incapaces de no caer en la "tentación" de especular, dejarse sobornar y sacar provecho persona a costa de deteriorar todo el mecanismo, de cuyo buen funcionamiento depende el triunfo sobre el hambre y el paro.

Es sintomática la lucha entablada en este terreno en torno al último decreto sobre la administración de los ferrocarriles, sobre la concesión de poderes dictatoriales (o "ilimitados") a ciertos dirigentes[49]. Los representantes conscientes (y en su mayoría, probablemente, inconscientes) del relajamiento pequeñoburgués han querido ver en la concesión de poderes "ilimitados" (es decir, dictatoriales) a ciertas personas una abjuración de la norma de dirección colectiva, de la democracia y de los principios del Poder soviético. En algunos lugares, entre los eseristas de izquierda se emprendió una agitación francamente propia de maleantes contra el decreto sobre los poderes dictatoriales, es decir, una agitación en la que se apelaba a los bajos instintos y al afán del pequeño propietario de "sacar" la mayor tajada posible. La cuestión planteada tiene, en efecto, inmensa importancia: primero, se trata de una cuestión de principio, de saber si el nombramiento de determinadas personas investidas de poderes dictatoriales ilimitados es, en general, compatible con los principios cardinales del Poder soviético; segundo, de saber qué relación guarda este caso -o este precedente, si se quiere- con las tareas especiales del poder en el momento concreto actual. Ambas cuestiones deben ser examinadas con la mayor

atención.

La experiencia irrefutable de la historia muestra que la dictadura de ciertas personas ha sido con mucha frecuencia, en el curso de los movimientos revolucionarios, la expresión de la dictadura de las clases revolucionarias, su portadora y su vehículo. No ofrece duda alguna que la dictadura personal ha sido compatible con la democracia burguesa. Pero los detractores burgueses del Poder soviético, así como sus segundones pequeñoburgueses, recurren siempre al escamoteo y dan pruebas de gran destreza en este punto: por una parte, declaran que el Poder soviético es algo simplemente absurdo, anárquico, salvaje, eludiendo con el mayor cuidado todos nuestros paralelos históricos y las pruebas teóricas de que los Soviets son la forma superior de democracia, más aún, el comienzo de la forma *socialista* de democracia; por otra parte, exigen de nosotros democracia superior a la burguesa y dicen: la dictadura personal es absolutamente incompatible con vuestra democracia soviética, bolchevique (o sea, no burguesa *sino socialista*).

Los razonamientos no pueden ser peores. Si no somos anarquistas, debemos admitir la necesidad del Estado, *es decir*, *la coerción*, para pasar del capitalismo al socialismo. La forma de coerción está determinada por el grado de desarrollo de la clase revolucionaria correspondiente, por circunstancias especiales -como es, por ejemplo, la herencia recibida de una guerra larga y reaccionaria- y por las formas de resistencia de la burguesía y de la pequeña burguesía. Así pues, *no existe* absolutamente ninguna contradicción de principio entre la democracia soviética (*es decir*, socialista) y el ejercicio del poder dictatorial por ciertas personas. La dictadura proletaria se diferencia de la dictadura burguesa en que la primera dirige sus golpes contra la minoría explotadora, a favor de la mayoría explotada; además, en que la primera es ejercida -*también por el conducto de ciertas personas*- no sólo por las masas trabajadoras y explotadas, sino asimismo por organizaciones estructuradas de manera que puedan despertar precisamente a esas masas y elevarlas a hacer la historia (a este género de organizaciones pertenecen los Soviets).

Por lo que se refiere a la segunda cuestión (el significado precisamente del poder dictatorial unipersonal desde el punto de vista de las tareas específicas del momento presente), debemos decir que toda gran industria mecanizada -es decir, precisamente el origen y la base material, de producción, del socialismo- requiere una *unidad de voluntad* absoluta y rigurosísima que dirija el trabajo común de centonares, miles y decenas de miles de personas. Esta necesidad es evidente desde tres puntos de vista -técnico, económico e histórico-, y cuantos pensaban en el socialismo la han tenido siempre por una condición para llegar a él. Pero, ¿cómo puede asegurarse la más rigurosa unidad de voluntad? Supeditando la voluntad de miles de personas a la de una sola.

Si quienes participan en el trabajo común poseen una conciencia y una disciplina ideales, esta supeditación puede recordar más bien la suavidad con que conduce un director de orquesta. Si no existen esa disciplina y esa conciencia ideales, la supeditación puede adquirir las formas tajantes de la dictadura. Pero, de un modo u otro modo, la *supeditación incondicional* a una voluntad única es absolutamente necesaria para el buen éxito de los procesos del trabajo, organizado al estilo de la gran industria mecanizada. Para los ferrocarriles ello es el doble y el triple necesario. Y esta transición de una tarea política a otra, que no se le parece en nada *por fuera*, constituye la peculiaridad del momento que vivimos. La revolución acaba de romper las cadenas más antiguas, más fuertes y pesadas, con las que se sometía a las masas por la fuerza. Eso sucedía ayer. Pero hoy, esa misma revolución, en beneficio precisamente de su desarrollo y robustecimiento, en beneficio del socialismo, exige la *supeditación incondicional* de las masas *a la voluntad única* de los dirigentes del proceso de trabajo. Está claro que semejante transición es inconcebible de golpe. Está claro que sólo puede llevarse a cabo a costa de enormes sacudidas y conmociones, con retornos a lo viejo, mediante una tensión colosal de las energías de la vanguardia proletaria que conduce al pueblo hacia lo nuevo. En esto no piensan quienes se dejan arrastrar por el histerismo pequeñoburgués de *Nóvaya Zhizn* o *Vperiod*, *Dielo Naroda* o *Nash Viek*.

Tomemos la psicología del individuo medio, de base, de la masa trabajadora y explotada y comparémosla con las condiciones objetivas, materiales, de la vida social del mismo. Hasta la Revolución de Octubre no había visto aún en la práctica que las clases poseedoras, las clases explotadoras le hubiesen sacrificado o cedido realmente algo de importancia para ellas. No había visto *aún* que esas clases le hubiesen dado la tierra y la libertad, tantas veces prometidas, que le hubiesen dado la paz, que hubiesen renunciado a sus intereses de "nación dominante" y a los tratados secretos imperialistas, que hubiesen sacrificado algo de su capital y de sus ganancias. Lo ha visto únicamente *después* del 25 de octubre de 1917, cuando él mismo hubo de conquistarlo todo esto por la fuerza y defenderlo también por la fuerza frente a los Kerenski, los Gots, los Gueguechkori, los Dútov y los Kornílov. Se comprende que, durante cierto tiempo, toda su atención, todos sus pensamientos, todas sus fuerzas espirituales hayan tendido a una sola cosa: a respirar libremente, a erguirse, explayarse y gozar de los bienes inmediatos que le ofrecía la vida y le negaban los explotadores derrocados. Se comprende que haga falta cierto

tiempo para que el individuo de las masas vea, se convenza y, además, sienta que no se puede simplemente “tomar”, echar el guante a algo y llevárselo, que esto aumenta el desbarajuste, el desastre, que trae de vuelta a los Kornílov. El viraje correspondiente en las condiciones de vida (y, por tanto, en la psicología también) de las masas trabajadoras sencillas no hace más que empezar. Y toda nuestra misión, la misión del Partido Comunista (bolchevique), intérprete consciente del afán de emancipación de los explotados, es conocer este viraje, comprender que es necesario, ponerse a la cabeza de las masas cansadas, que buscan con ansiedad una salida, guiarlas por el buen camino, por el camino de la disciplina laboral, enseñarles a compaginar las discusiones públicas *acerca* de las condiciones de trabajo con el sometimiento incondicional a la voluntad del dirigente soviético, del dictador, *durante* el trabajo.

Los burgueses, los mencheviques, los de *Nóvaya Zhizn*, que sólo ven caos, desorden y explosiones de egoísmo de pequeños propietarios, se burlan de las “discusiones públicas” o las denigran, furiosos, con más frecuencia aún. Pero sin las discusiones públicas, la masa de oprimidos jamás podría pasar de la disciplina impuesta por los explotadores a la disciplina consciente y voluntaria. Las discusiones públicas son, precisamente, la verdadera democracia, el enderezamiento, el despertar de los trabajadores a la nueva vida; son los primeros pasos que dan por un terreno que ellos mismos han limpiado de reptiles (explotadores, imperialistas, terratenientes y capitalistas) y que ellos mismos quieren aprender a organizar a su manera, para sí, respaldándose en los principios de su propio poder del Poder *soviético*, y no de un poder ajeno, señorial o burgués. Ha sido precisa la victoria conquistada en octubre por los trabajadores sobre los explotadores, ha sido precisa toda una etapa histórica de discusión inicial por los propios trabajadores de las nuevas condiciones de vida de las nuevas tareas, para poder pasar con firmeza a formas superiores de la disciplina de trabajo, a una asimilación consciente de la idea de que es necesaria la dictadura del proletariado, a un sometimiento incondicional a las órdenes personales de los representantes del Poder soviético en las horas de trabajo.

Esta transición ha comenzado ahora.

Hemos cumplido con éxito la primera tarea de la revolución, hemos visto cómo preparan las masas trabajadoras en su propio seno la condición fundamental para el triunfo de esa revolución: la unificación de los esfuerzos contra los explotadores a fin de lograr su derrocamiento. Etapas como las de octubre de 1905 y febrero y octubre de 1917 tienen una importancia histórica universal.

Hemos cumplido con éxito la segunda tarea de la revolución: despertar y alzar a esos mismos “sectores bajos” de la sociedad que los explotadores habían echado al fondo y que sólo después del 25 de octubre de 1917 obtuvieron la plena libertad de derrocar a esos explotadores y de comenzar a orientarse y a organizar la vida a su manera. Esta segunda gran etapa de la revolución estriba en las discusiones públicas precisamente de las masas trabajadoras más oprimidas, más atrasadas y menos preparadas, el paso de éstas a los bolcheviques, la instauración por ellas de su organización soviética en todas partes.

Empieza la tercera etapa. Hay que afianzar lo conquistado por nosotros mismos, lo que hemos decretado, legalizado, discutido y proyectado; hay que afianzarlo mediante formas estables de una *disciplina de trabajo diaria*. Es la tarea más difícil, pero también la más grata, pues únicamente su cumplimiento nos permitirá implantar el orden socialista. Hay que aprender a conjugar la democracia de las discusiones públicas de las masas trabajadoras, que fluye tumultuosa como las aguas primaverales desbordadas, con la disciplina férrea durante el trabajo, con el *sometimiento incondicional* a la voluntad de una sola persona, del dirigente Soviético, en las horas de trabajo.

Todavía no hemos aprendido a hacerlo.

Pero aprenderemos

La amenaza de restauración de la explotación burguesa personificada por los Kornílov, los Gots, los Dútov, los Gueguechkori y los Bogaievski, se cernía ayer sobre nosotros. Pero los hemos vencido. Esta restauración, esta misma restauración nos amenaza hoy bajo otra forma bajo la forma del elemento de relajación y anarquismo pequeñoburgués, del espíritu del pequeño propietario: “Eso no reza conmigo”; bajo la forma de ataques e incursiones cotidianos, pequeños, pero numerosos, de este elemento contra la disciplina proletaria. Debemos vencer este elemento de anarquía pequeñoburguesa, y lo venceremos.

El desarrollo de la organización soviética.

El carácter socialista de la democracia soviética - es decir, *proletaria*, en su aplicación concreta presente- consiste, primero, en que los electores son las masas trabajadoras y explotadas, quedando excluida la burguesía; segundo, en que desaparecen todas las formalidades y restricciones burocráticas en las elecciones: las propias masas determinan las normas y el plazo de las elecciones, gozando de plena libertad para revocar a los elegidos; tercero, en que se crea la mejor organización de masas de la vanguardia trabajadora, del proletariado de la gran industria, la cual le permite dirigir a las más vastas masas de explotados, incorporarlas a una vida política independiente y educarlas en el aspecto político, basándose en su propia experiencia; en que, de este modo, se aborda por vez primera la tarea de que aprenda a gobernar y comience a gobernar

realmente *toda* la población.

Tales son los principales rasgos distintivos de la democracia aplicada en Rusia, que constituye un *tipo* superior de democracia, que significa la ruptura con la deformación burguesa de la misma y el paso a la democracia socialista y a condiciones que permitan el comienzo de la extinción del Estado.

Por supuesto, el elemento de la desorganización pequeñoburguesa (que se dejará sentir *inevitablemente*, bajo una u otra forma, *en toda* revolución proletaria, y que en nuestra revolución se manifiesta con fuerza singular en virtud del carácter pequeñoburgués del país, de su atraso y de las consecuencias de la guerra reaccionaria) no puede menos de imprimir también su sello en los Soviets.

Hay que trabajar infatigablemente para desarrollar la organización de los Soviets y el Poder soviético. Existe la tendencia pequeñoburguesa a convertir a los miembros de los Soviets "parlamentarios" o, de otro lado, en burócratas. Hay que luchar contra esto, haciendo participar prácticamente a *todos* los miembros de los Soviets en el gobierno del país. En muchos lugares, las secciones de los Soviets se están transformando en órganos que se funden paulatinamente con los comisariados. Nuestro objetivo es hacer participar prácticamente *a toda la población pobre* en el gobierno del país; y todos los pasos que se den para lograr este objetivo -cuanto más variados, tanto mejor- deben ser registrados, analizados y sistematizados minuciosamente, deben ser contrastados con una experiencia más amplia y refrendados por la ley. Nuestro objetivo es lograr que *cada* trabajador, después de "cumplir la tarea" de ocho horas de trabajo productivo, desempeñe *sin retribución* las funciones estatales. El paso a este sistema es particularmente difícil, pero sólo en él está la garantía de que se consolide definitivamente el socialismo. Como es natural, la novedad y la dificultad del cambio motivan la abundancia de pasos que se dan a tientas, por decirlo así; originan multitud de errores y titubeos, sin los cuales no puede haber ningún avance rápido. Toda la originalidad de la situación actual consiste, desde el punto de vista de muchos que desean considerarse socialistas, en que la gente se ha acostumbrado a oponer en forma abstracta el capitalismo al socialismo, intercalando entre uno y otro, con aire grave, la palabra "salto" (algunos, recordando fragmentos aislados de cosas leídas en las obras de Engels, agregaban con aire aún más grave: "salto del reino de la necesidad al reino de la libertad"[50]). La mayoría de los llamados socialistas, que del socialismo "han leído en los libros", pero que jamás han profundizado en serio en este problema, no saben pensar que los maestros del socialismo denominaban "salto" al cambio brusco, considerado desde el punto de vista de los virajes de la historia universal, y que los saltos de esta naturaleza abarcan períodos de diez e incluso más años. Es lógico que la famosa "intelectualidad" suministre en momentos como éste una infinidad de plañideras: una llora por la Asamblea Constituyente; otra, por la disciplina burguesa; la tercera, por el orden capitalista; la cuarta, por el terrateniente civilizado; la quinta, por el espíritu imperialista de nación dominante, etc., etc.

El verdadero interés de la época de los grandes saltos consiste en que la abundancia de escombros de lo viejo amontonados a veces con mayor rapidez que despuntan los brotes de lo nuevo (no siempre perceptibles al primer golpe de vista), requiere que se sepa destacar lo más esencial en la línea o en la cadena del desarrollo. Hay momentos históricos en que lo más importante para asegurar el éxito de la revolución consiste en amontonar la mayor cantidad posible de escombros, es decir, hacer saltar el mayor número de instituciones caducas; hay momentos en que, logrado esto en grado suficiente, se plantea a la orden del día la labor "prosaica" ("tediosa" para el revolucionario pequeñoburgués) de descombrar el terreno; hay momentos en que lo más importante es cuidar con solicitud los brotes de lo nuevo, que surgen de entre los escombros en un terreno aún mal descombrado.

No basta con ser revolucionario y partidario del socialismo o comunista en general. Es necesario saber encontrar en cada momento peculiar el eslabón particular al cual hay que aferrarse con todas las fuerzas para sujetar toda la cadena y preparar sólidamente el paso al eslabón siguiente. El orden de los eslabones, su forma, su engarce, la diferencia entre unos y otros no son tan simples ni tan burdos en la cadena histórica de los acontecimientos como en una cadena corriente forjada por un herrero.

La lucha contra la deformación burocrática de la organización soviética está garantizada por la solidez de los vínculos de los Soviets con el "pueblo" -entendiendo por tal a los trabajadores y explotados-, por la flexibilidad y elasticidad de esos vínculos. Los pobres jamás consideran instituciones "suyas" los parlamentos burgueses, ni siquiera en la república capitalista más democrática del mundo. Los Soviets, en cambio, son instituciones "propias", y no ajenas, para la masa de obreros y campesinos. A los actuales "socialdemócratas" del matiz de Scheidemann o, lo que es casi igual, de Mártov les repugnan los Soviets y los atrae el respetable Parlamento burgués o la Asamblea Constituyente, del mismo modo que a Turguénev, hace sesenta años, le atraía la moderada constitución monárquica y aristocrática y le repugnaba el espíritu democrático "plebeyo" de Dobroliúbov y Chernyshevski[51].

Es precisamente esta proximidad de los Soviets al "pueblo" trabajador la que crea formas especiales de control desde abajo -derecho de revocación, etc.-, que deben ser desarrolladas ahora con un celo singular. Por ejemplo, los Consejos de Instrucción

Pública, como conferencias periódicas de los electores soviéticos con sus delegados para discutir y controlar la labor de las autoridades soviéticas en este terreno, son dignos de la mayor simpatía y apoyo. No hay nada más necio que transformar los Soviets en algo anquilosado que se basta por sí solo. Cuanto mayor sea la decisión con que debamos defender hoy la necesidad de un poder firme o implacable, de dictadura de ciertas personas *para determinados procesos de trabajo*, en determinados momentos del ejercicio de funciones *puramente ejecutivas*, tanto más variadas habrán de ser las formas y los métodos de control desde abajo, a fin de paralizar toda sombra de posible deformación del Poder soviético, a fin de arrancar reiterada y constantemente la mala hierba burocrática.

Conclusión.

Una situación internacional extraordinariamente dura, difícil y peligrosa; la necesidad de maniobrar y replegarse; un período de espera de nuevas explosiones revolucionarias, que maduran con agobiante lentitud en los países occidentales; dentro del país, un período constructivo lento y de implacable "acicate", de lucha prolongada y tenaz de una severa disciplina proletaria contra los elementos amenazadores de la relajación y de la anarquía pequeñoburguesas: tales son, en pocas palabras, los rasgos distintivos de la etapa peculiar de la revolución socialista que estamos atravesando. Tal es el eslabón de la cadena histórica de los acontecimientos al que debemos aferrarnos ahora con todas nuestras fuerzas para estar a la altura de nuestras tareas hasta el momento de pasar al eslabón siguiente, eslabón que nos atrae por su singular esplendor, por el esplendor de las victorias de la revolución proletaria internacional.

Intentemos comparar con el concepto corriente, habitual, del "revolucionario" las consignas que surgen de las condiciones peculiares de la etapa que atravesamos: maniobrar, replegarse, esperar, construir lentamente, espolear implacablemente, disciplinar con severidad, combatir la relajación… ¿Qué hay de extraño en que al oír esto, algunos "revolucionarios" sean presa de una noble indignación y comiencen a "fulminarnos", acusándonos de haber olvidado las tradiciones de la Revolución de Octubre, de conciliarnos con los especialistas burgueses, de concertar compromisos con la burguesía, de tener un espíritu pequeñoburgués, de haber caído en el reformismo, etc., etc.?

La desgracia de estos malhadados revolucionarios consiste en que ni siquiera los impulsados por las mejores intenciones del mundo ni los adictos por completo a la causa del socialismo llegan a comprender el estado singular y particularmente "desagradable" por el que debe pasar sin falta un país atrasado, devastado por una guerra reaccionaria y maldita y que ha iniciado la revolución socialista mucho antes que los países más adelantados, consiste en que les falta la firmeza imprescindible en los momentos difíciles de una difícil transición. Naturalmente, la oposición "oficial" de *este* género a nuestro partido se la hace el partido de los eseristas de izquierda. Es evidente que existe y existirán siempre excepciones individuales que se apartan de los modelos típicos de un grupo o de una clase. Pero los tipos sociales quedan. En un país donde el predominio de los pequeños propietarios sobre la población puramente proletaria es enorme, la diferencia entre el revolucionario proletario y el revolucionario pequeñoburgués tiene que reflejarse de manera ineludible (y en ciertas ocasiones con extraordinario contraste). El revolucionario pequeñoburgués duda y vacila ante cada giro de los acontecimientos; pasa de un revolucionarismo furibundo, en marzo de 1917, a glorificar la "coalición" en mayo, odiar a los bolcheviques (o lamentar su "aventurerismo") en julio, a apartarse temeroso de ellos a fines de octubre, a apoyarles en diciembre y, por último, a decir en marzo y abril de 1918, haciendo una mueca despectiva: "No soy de los que cantan loas al trabajo "orgánico", al practicismo y al avance pasito a paso".

La base social de semejantes tipos es el pequeño propietario exasperado por los horrores de la guerra, por la ruina súbita, por los insoportables sufrimientos del hambre el desbarajuste económico y que se debate histéricamente, buscando salida y salvación, vacilando entre la confianza y el apoyo al proletariado, por un lado, y los accesos de desesperación, por otro. Hay que comprender claramente y recordarlo muy bien que con tal base social no es posible construir el socialismo. Sólo la clase que sigue su camino sin vacilaciones, que no se desanima ni desespera en los tránsitos más duros, difíciles y peligrosos puede dirigir a las masas trabajadoras y explotadas. No necesitamos accesos de histeria. Lo que necesitamos es el paso acompasado de los batallones de hierro del proletariado.

Escrito entre el 13 y el 26 de abril de 1918. Publicado el 28 de abril de 1918 en el núm. 83 de "Pravda" y en el suplemento del núm. 85 de "Izvestia del CEC de toda Rusia".

T. 36, págs. 167-208.

BORRADOR DEL PLAN DE TRABAJOS TECNO-CIENTÍFICOS.

El Consejo Superior de Economía Nacional debe encargar inmediatamente a la Academia de Ciencias, que ha empezado el estudio y la investigación periódicos de las fuerzas productivas naturales* de Rusia, que forme varias comisiones de especialistas para trazar con la mayor rapidez posible un plan de reorganización de la industria y del fomento económico de Rusia.

Este plan debe abarcar:

La *distribución* racional de la industria en Rusia desde el punto de vista de la proximidad de las materias primas y de la posibilidad de pasar con las mínimas pérdidas de la transformación de las materias primas a todas las etapas posteriores de preparación de los productos semifabricados hasta obtener artículos acabados.

La fusión y concentración de la producción, racionales desde el punto de vista de la novísima gran industria y, en particular, de los trusts, en unas cuantas empresas gigantescas.

La posibilidad máxima para la actual República Soviética de Rusia (sin Ucrania ni las regiones ocupadas por los alemanes) de abastecerse *por su cuenta de todos* los tipos principales de materias primas y de industria.

Una atención singular a la electrificación de la industria y del transporte y a la aplicación de la electricidad en la agricultura. El empleo de combustibles secundarios (turba, carbón de las peores clases) para obtener energía eléctrica con los menores gastos de extracción y transporte.

Fuerzas hidráulicas y motores eólicos en general y de aplicación agrícola.

Escrito entre el 18 y el 25 de abril de 1918. Publicado el 4 de marzo de 1924 en el núm. 52 de "Pravda".

T. 36, págs. 228-231.

---

* N. B. Hay que acelerar con toda energía la *edición* de estos escritos y enviar una nota sobre ellas al Comisariado de Instrucción Pública, al Sindicato de Artes Gráficas y al Comiariado de Trabajo.

DISCURSO EN EL SOVIET DE MOSCÚ DE DIPUTADOS OBREROS, CAMPESINOS Y SOLDADOS ROJOS.

El 23 de abril de 1918.

Camaradas: Permitidme ante todo que salude a los nuevos diputados obreros y campesinos del Soviet de Moscú.

Habéis tenido que elegir el nuevo Soviet en momentos de extraordinaria gravedad, en los momentos trágicos en que el proceso del desarrollo de nuestra revolución entra en la fase más peligrosa y dura. Los elementos hostiles a la revolución, todos los que apoyan a los enemigos del pueblo, todos los que van detrás de la burguesía cifraban grandes esperanzas en las nuevas elecciones de nuestro Soviet, ya que hoy día vivimos en una época dificilísima, época en que ha terminado la marcha victoriosa de la revolución, la cual ha entrado en un período de duras pruebas y aun derrotas. Y en estos momentos el proletariado se yergue otra vez ante nosotros con todo el vigor de su conciencia. Los obreros tienen en cuenta toda la dificultad del período que atravesamos y comprenden claramente que poner fin a los grandes sufrimientos que han caído en suerte al pueblo trabajador no depende de nosotros, sino de toda la marcha de los acontecimientos históricos. Y los obreros soportarán con heroica resolución las nuevas privaciones con tal de conservar las grandes conquistas de la Revolución de Octubre.

No cabe duda de que, a la par con las duras pruebas la revolución ha entrado, así y todo, en una fase de nuevas victorias imperceptibles a primera vista, pero que no son menos importantes que las brillantes victorias de la época de las barricadas de Octubre. Ante nosotros se yerguen de cuerpo entero dos enemigos mortales nuestros: ante nosotros están armados hasta los dientes y dispuestos a destrozar la revolución los enemigos del exterior y del interior, que el momento propicio para asestarnos el golpe definitivo. El enemigo exterior es el imperialismo internacional, armado hasta los dientes y rebosante de fuerzas técnicas que acecha el momento para atacar de nuevo, como un salteador de caminos, a la Rusia Soviética. Y al recordar esto, hay que mirar directamente, con implacable claridad, a los ojos de la temible verdad.

Como resultado de la más reaccionaria de las guerras que nuestro atormentado país ha tenido que sufrir en tiempo alguno, hoy carecemos de fuerzas suficientes para llevar una activa lucha armada contra la reacción mundial, carecemos de ejército, carecemos de fuerzas que oponer a los destacamentos magníficamente organizados de la contrarrevolución internacional que tiene en sus manos la potencia de una técnica avanzada y de una disciplina ideal. Por el momento estamos solos y rodeados de enemigos mortales.

En la época de la insurrección del pueblo trabajador en Octubre, cuando desplegamos ante los obreros la bandera roja de la revolución socialista, vivimos un período de fácil éxito deslumbrante. Y los obreros de otros países, que prestan oído al lejano fragor de la revolución de Rusia, comprendían lo que ocurría en Rusia, se daban cuenta de que el proletariado de Rusia llevaba adelante la propia causa de ellos, la causa íntima de ellos. Entonces vencíamos, con facilidad a las bandas reaccionarias, entonces sometíamos con facilidad a los restos de las bandas mencheviques que se habían sublevado contra el pueblo, pero que nos atacaban abiertamente a mano armada, sino con el arma vil de la mentira, la calumnia y la inaudita traición. Como resultado de la batalla que hemos dado a la contrarrevolución, vemos una victoria tan grande como el hecho de que Kornílov, el contrarrevolucionario más valiente, ha muerto a mano airada de sus propios soldados indignados[52].

Al combatir con amplitud en todos los frentes a la contrarrevolución patria, hemos aprovechado un momento difícil para la burguesía internacional y asestado a tiempo un poderoso golpe al cuerpo de la contrarrevolución, hoy aplastada. Puede afirmarse con toda seguridad que la guerra civil se ha acabado en lo fundamental. Es claro que habrá algunos encontronazos, que en las calles de algunas ciudades habrá tiroteos motivados por las tentativas parciales de los reaccionarios de derrocar el Poder soviético, la fuerza de la revolución; pero no cabe duda de que, en el frente interior, los esfuerzos del pueblo sublevado han dado muerte sin remedio a la reacción. Así pues, hemos vivido la primera época del desarrollo de la revolución, cuyo comienzo arranca de los días de Octubre, época del éxito embriagador que se les subió a algunos a la cabeza.

Repito una vez más que ha llegado el período más difícil y duro en la vida de nuestra revolución. Tenemos planteada la tarea de poner en férrea tensión todas las fuerzas para aplicarlas a la nueva obra creadora, pues sólo la firmeza de hierro y la disciplina laboral ayudarán al proletariado revolucionario de Rusia, tan solitario por ahora en su titánica labor revolucionaria, a aguantar hasta el momento liberador en que el proletariado internacional acuda en nuestra ayuda.

Somos uno de los destacamentos revolucionarios de la clase obrera, un destacamento que se ha adelantado a los otros, y no porque seamos mejores que los demás obreros, no porque el proletariado de Rusia esté por encima de la clase obrera de otros países, sino sólo y exclusivamente porque éramos uno de los países más atrasados del mundo. Alcanzaremos la victoria definitiva sólo cuando logremos vencer definitivamente al imperialismo internacional, que se apoya en la grandiosa fuerza de la técnica y de la disciplina. Pero alcanzaremos la victoria únicamente con todos los obreros de los demás países, del mundo entero.

La historia nos ha hecho firmar la dura paz de Brest, y no ocultamos que esta paz puede ser infringida pérfidamente en cualquier momento por los numerosos enemigos de la revolución, que nos atacan por todas partes y contra los cuales nos vemos impotentes de emprender una lucha activa en los momentos actuales. Y debéis saber que si alguien os llamara ahora a esa lucha armada, activa y abierta, contra el rapaz imperialismo internacional, cometería un acto de traición al pueblo, sería, voluntaria o involuntariamente un provocador y un lacayo de uno u otro puñado de imperialistas. Y quien combate la táctica que hemos seguido durante los últimos tiempos –aunque se llame el comunista más "izquierdista", incluso superizquierdista-, es un mal revolucionario; diré más: no es revolucionario en absoluto. (*Aplausos*.)

Nuestro atraso nos ha hecho avanzar y pereceremos si no sabemos sostenemos hasta que encontremos el poderoso apoyo de los obreros sublevados de otros países. Nuestra tarea es seguir constantemente nuestra táctica de lucha proletaria.

Tenemos un enemigo secreto en extremo peligroso, más peligroso que muchos contrarrevolucionarios declarados. Este enemigo es un enemigo mortal de la revolución socialista y del Poder soviético, parlamento popular de nuevo tipo para los pobres, parlamento sin precedentes en ningún otro sitio; este enemigo es el espíritu de los pequeños propietarios. No cabe duda de que hemos llegado al punto de superar los obstáculos más difíciles en la vía del desarrollo de la revolución socialista. Tenernos delante, en primer orden, la tarea de aplicar en plena medida y en todas las esferas la dictadura del proletariado: en la organización de la disciplina del trabajo, en la producción y en la distribución de los productos. El enemigo de que he hablado es el espíritu del pequeño propietario que vive con un solo pensamiento: "arramblo con lo que pueda, y luego que se hunda el mundo"; este enemigo es más fuerte que todos los Kornílov, Dútov y Kaledin juntos. Estos pequeños kulaks, pequeños patronos y propietarios dicen: "nos han estado oprimiendo todo el tiempo, nos han estado asfixiando todo el tiempo, ¿cómo no hemos de aprovechar un momento tan propicio?" Este fenómeno es un serio obstáculo y, sin superarlo, es imposible vencer, ya que de cada pequeño propietario, de cada ávido tomajón sale un nuevo Kornílov.

Junto a ese peligro se alzan ante nosotros, como temible fantasma, las perspectivas del hambre inminente y el paro en masa, pero vemos que todo obrero consciente –y son más y más cada día, cada hora-, todo obrero consciente digo, tiene en cuenta y comprende que en el momento actual el único medio de lucha contra ese temible peligro es poner en férrea tensión todas las fuerzas y tener un poderos aguante. Y que no olviden, los que en los momentos de tragos amargos de nuestra revolución son presa de la desesperación, del desánimo y la debilidad, que hemos dicho siempre que no llegaremos del capitalismo a la victoria completa del socialismo por un camino incruento y fácil, mediante la persuasión y la conciliación y que sólo alcanzaremos nuestra meta tras enconada lucha.

La dictadura del proletariado está por la violencia contra los explotadores. Nuestro camino es el aguante, la cohesión proletaria, la dictadura férrea del pueblo trabajador. No cabe duda de que el Poder soviético no ha sido bastante enérgico en muchos casos, al batir a la contrarrevolución, y en ese aspecto no ha sido de hierro, sino de gelatina, de la que no se puede construir el socialismo. No hemos vencido el elemento pequeñoburgués. La situación del país, arruinado y exangüe, que la marcha de la historia ha puesto a la cabeza de todos en el campo de la revolución mundial, es de gravedad extraordinaria, y nos aplastarán si no oponemos una férrea dictadura de los obreros conscientes al desbarajuste, a la desorganización y a la desesperación. Seremos implacables tanto con nuestros enemigos como con todos los elementos vacilantes y nocivos de nuestro propio medio que se atrevan a llevar la desorganización a nuestra dura labor creadora de edificación de una nueva vida para el pueblo trabajador.

Hemos abordado el cumplimiento de una tarea que, una vez cumplida, nos traerá la garantía y el afianzamiento completos del socialismo. Para vencer todas las dificultades, para luchar con éxito contra el hambre y el paro haremos una pesada y modesta labor imperceptible de importancia estatal, y quien se nos oponga será un cruel enemigo del proletariado

mundial.

Las elecciones al Soviet de Moscú han mostrado hasta dónde los obreros, que han comprendido que el Poder soviético no es un adorno de gala, sino su propia causa íntima, se dan cuenta de lo que está ocurriendo. Con el último acto, el de la nueva elección de nuestro Soviet, han sido vencidos todos los que cifraban grandes esperanzas en estas elecciones, han sido vencidos los elementos vacilantes, y eso me da seguridad y esperanza en que llevamos buen camino, el camino que nos conducirá a la victoria completa del socialismo. (*Ovación. Todos cantan La Internacional*.)

Publicado el 24 de abril de 1918 en el núm. 79 de "Pravda" y en el núm. 81 de "Izvestia del CEC de toda Rusia".

T. 36, págs. 232-237.

SEIS TESIS ACERCA DE LAS TAREAS INMEDIATAS DEL PODER SOVIÉTICO.

1. La situación internacional de la República Soviética es difícil y crítica en grado sumo, pues el capital y el imperialismo internacionales, movidos por sus intereses más profundos y cardinales, aspirar no sólo a volver las armas contra Rusia, sino también a llegar a un acuerdo sobre el reparto del territorio de ésta y la estrangulación del Poder soviético.

Únicamente el ensañamiento de la matanza imperialista de pueblos en el oeste de Europa y la competición imperialista de Japón y de Norteamérica en el Extremo Oriente paralizan o frenan esas aspiraciones, y sólo en parte y por cierto, probablemente corto.

Por ello, la táctica obligatoria de la República Soviética debe consistir, por una parte, en poner todas las fuerzas en máxima tensión para lograr el fomento económico más rápido posible del país, aumentar su capacidad defensiva y crear un poderoso ejército socialista; por otra parte, en aplicar en la política internacional una táctica obligatoria de maniobras, de repliegues y espera hasta el momento en que madure definitivamente la revolución proletaria internacional, que está sazonando hoy con mayor rapidez que antes en toda una serie de países adelantados.

2. En el terreno de la política interior, en la actualidad se plantea a la orden del día, de acuerdo con la resolución aprobada el 15 de marzo de 1918 por el Congreso de los Soviets de toda Rusia, la tarea de organización. Precisamente esta tarea, aplicada a la organización nueva y superior de la producción y de la distribución, basadas en la gran producción (trabajo) mecanizada, constituye el contenido principal -y la condición principal de la victoria completa- de la revolución socialista iniciada en Rusia el 25 de octubre de 1917.

3. Desde el punto de vista puramente político, la clave del momento consiste en que han sido cumplidas, en lo fundamental y a grandes rasgos, la tarea de convencer a la Rusia trabajadora de que el programa de la revolución socialista es justo y la tarea de ganar a Rusia para los trabajadores, arrancándola de manos de los explotadores, planteándose a la orden del día la tarea principal: cómo gobernar a Rusia. Organizar con acierto el gobierno del país y el estricto cumplimiento de las disposiciones del Poder soviético: en eso consiste la tarea esencial de los Soviets, la condición de la victoria completa del tipo soviético de Estado, tipo que no hasta con decretar oficialmente, que no basta con instituir e implantar en todos los confines del país, sino que es necesario, además, poner a punto y controlar prácticamente en la labor regular, cotidiana de gobierno.

4. En el terreno del establecimiento de la economía del socialismo, la clave del momento consiste en que nuestra labor de organización de la contabilidad y del control populares y universales de la producción y de la distribución y de implantación de la regulación proletaria de la producción se ha rezagado mucho de la labor expropiación directa de los expropiadores: los terratenientes y los capitalistas. Este es el hecho fundamental que determina nuestras tareas.

De él se desprende, por una parte, que la lucha contra la burguesía entra en una nueva fase, a saber: que el centro de gravedad se desplaza a la organización de la contabilidad y del control. Sólo así pueden afianzarse todas las conquistas económicas arrancadas al capital y todas las medidas de nacionalización de algunas ramas de la economía nacional aplicadas por nosotros desde octubre; sólo así puede prepararse la feliz culminación de la lucha contra la burguesía, es decir, el afianzamiento total del socialismo.

Del hecho fundamental señalado se desprende, por otra parte, por qué el Poder soviético se ha visto obligado en determinados casos a dar un paso atrás o aceptar un compromiso con las tendencias burguesas. Uno de esos pasos atrás y una dejación de los principios de la Comuna de París fue, por ejemplo, la concesión de sueldos elevados a una serie de especialistas burgueses. Un compromiso de ésos fue el acuerdo con las cooperativas burguesas acerca de los pasos y medidas necesarios para incorporar gradualmente a toda la población a las cooperativas. En tanto el poder proletario no implante del todo el control y la contabilidad populares, los compromisos de ese género serán imprescindibles, y nuestra tarea consiste, sin silenciar en modo alguno al pueblo los aspectos negativos de esos compromisos, en poner las fuerzas en tensión para mejorar la contabilidad y el control como único medio y vía de llegar a la supresión total de semejantes compromisos. En el

momento actual, tales compromisos son imprescindibles como único medio (dado nuestro atraso en la contabilidad y el control) de asegurar un avance más lento, pero más seguro. La necesidad de esos compromisos desaparecerá cuando se aplique por entero la contabilidad y el control de la producción y la distribución.

5. Se plantean, en particular, a la orden del día las medida orientadas a elevar la disciplina laboral y la productividad del trabajo. Los pasos emprendidos ya en este sentido sobre todo por los sindicatos, deben ser apoyados, respaldados e intensificados con todas las fuerzas. Entre ellos figuran, por ejemplo, el establecimiento de la retribución por unidad de trabajo realizado, la aplicación de lo mucho que hay de científico y progresista en el sistema Taylor correspondencia de los salarios al balance general del trabajo de la fábrica o a los resultados de la explotación del transporte ferroviario fluvial y marítimo, etc. Figuran también la organización de la emulación entre las distintas comunas de producción y consumo, la selección de organizadores, etc.

6. La dictadura del proletariado es una necesidad absoluta durante la transición del capitalismo al socialismo, y esta verdad se ha visto confirmada plenamente en la práctica de nuestra revolución. Pero la dictadura presupone un poder revolucionario verdaderamente firme e implacable en la represión tanto de los explotadores como de los malhechores, y nuestro poder es demasiado blando. Estamos muy lejos aún de haber asegurado plenamente el sometimiento incondicional, durante el trabajo, a las disposiciones de una sola persona, de los dirigentes soviéticos, de los dictadores, elegidos o designados por las instituciones soviéticas, dotados de plenos poderes dictatoriales (como lo exige, por ejemplo, el decreto ferroviario). En este terreno se manifiesta la influencia del elemento pequeñoburgués, la influencia de las costumbres, aspiraciones y estados de ánimo inherentes a los pequeños propietarios privados que se hallan en pugna abierta con la disciplina proletaria y el socialismo. Todo lo que hay de consciente en el proletariado debe estar orientado a la lucha contra este elemento pequeñoburgués, que se expresa de modo directo (en el apoyo de la burguesía y sus lacayos, los mencheviques, de derecha, etc., a toda resistencia al poder proletario) e indirecto (en la vacilación histérica que revelan en las cuestiones políticas principales tanto el partido pequeñoburgués de los eseristas de izquierda como la corriente de los "comunistas de izquierda" en nuestro partido, corriente que se desliza a los procedimientos del revolucionarismo pequeñoburgués e imita a los eseristas de izquierda).

Disciplina férrea y dictadura del proletariado aplicada hasta el fin contra las vacilaciones pequeñoburguesas: tal es la consigna general y concluyente del momento.

Escrito entre el 29 de abril y el 3 de mayo de 1918. Publicado el 9 de mayo de 1918 en el núm. 88 del periódico "Bednotá".

T. 36, págs. 277-280.

ACERCA DEL INFANTILISMO "IZQUIERDISTA" Y DEL ESPÍRITU PEQUEÑOBURGUÉS.

La publicación de la revista *Kommunist* (núm. 1, 20 de abril de 1918 por el pequeño grupo de "comunistas de izquierda"[53] y de las "tesis" de este grupo ofrece una excelente confirmación de cuanto he dicho en el folleto acerca de las tareas inmediatas del Poder soviético[*]. Sería imposible desear una confirmación más evidente -en los escritos políticos- de toda la ingenuidad de la defensa del relajamiento pequeñoburgués, defensa que se encubre a veces con lemas "izquierdistas". Es útil y necesario examinar los razonamientos de los "comunistas de izquierda" porque son peculiares del momento que vivimos; explican con inusitada precisión, en su aspecto negativo, la "clave" de este momento y son aleccionadores, pues se trata de los mejores hombres que no comprenden el momento y que tanto por sus conocimientos como por su fidelidad están muy por encima de los representantes *adocenados* del mismo error: los eseristas de izquierda.

I

Como magnitud política -o que pretende desempeñar un papel político-, el grupo de los "comunistas de izquierda" nos ha proporcionado sus "tesis sobre el momento actual". Es una buena costumbre marxista hacer una exposición coherente y acabada de los fundamentos de las propias opiniones y de la propia táctica. Y esta buena costumbre marxista nos ha ayudado a descubrir el error de nuestros "izquierdistas", pues el intento de argumentar -y no de emplear retórica- descubre por sí solo la inconsistencia de los argumentos. Salta a la vista, ante todo, la abundancia de alusiones indirectas y subterfugios a propósito de la vieja cuestión de si fue acertado concertar la paz de Brest. Los "izquierdistas" no se han atrevido a plantear de cara esta cuestión y se debaten, haciendo cómicos ademanes, amontonando un argumento sobre otro, echando mano a consideraciones, rebuscando toda clase de objeciones "de una parte" y "de otra parte"; hablan de todo a tontas y a locas, procurando no ver que se golpean a sí mismos. Los "izquierdistas" recuerdan solícitamente las cifras: doce votos contra la paz y veintiocho en pro de la paz en el congreso del partido; pero silencian con toda modestia que, en el grupo bolchevique del congreso de los Soviets, reunieron menos de una décima parte de los centenares y centenares de votos emitidos. Inventan la "teoría" de que la paz fue aprobada por los "cansados y desclasados" y que contra la paz "estaban los obreros y los campesinos de las regiones del Sur, de más vitalidad económica y mejor abastecidas de pan"... ¿Cómo no reírse de eso? Ni una palabra sobre la votación del Congreso Nacional de los Soviets de Ucrania a favor de la paz, ni una palabra sobre el carácter social y de clase del conglomerado político pequeñoburgués y desclasado típico que se pronunciaba en Rusia contra la paz (el partido de los eseristas de izquierda). Es una manera puramente infantil de ocultar su fracaso con divertidas explicaciones "científicas", de ocultar hechos cuya simple enumeración mostraría que fueron precisamente la "flor y nata" y los cabecillas desclasados e intelectuales del partido quienes combatieron la paz con lemas tomados de la fraseología revolucionaria pequeñoburguesa y que precisamente las *masas* de obreros y campesinos explotados hicieron triunfar la paz.

Mas, pese a todo, la verdad sencilla y clara sobre el problema de la paz y la guerra se abre paso entre todas las declaraciones y escapatorias antes mencionadas de los "izquierdistas". "La firma de la paz -se ven obligados a reconocer los autores de las tesis- ha debilitado, al menos por ahora, la aspiración de los imperialistas a una confabulación internacional" (los "izquierdistas" no exponen eso exactamente, pero no es éste el lugar apropiado para examinar las inexactitudes). "La firma de la paz ha exacerbad ya la pelea entre las potencias imperialistas".

Eso es un hecho. Un hecho que tiene importancia decisiva. Y ésa es la causa de que los enemigos de la firma de la paz fuesen objetivamente un juguete en manos de los imperialistas y cayesen en la trampa tendida por ellos. Porque mientras no estalle la revolución socialista internacional, que abarque a varios países y tenga la fuerza suficiente para vencer al *imperialismo internacional*; mientras no ocurra eso, el deber ineludible de los socialistas triunfantes en un solo país (y especialmente si es un país atrasado) consiste en no aceptar el combate con los gigantes del imperialismo, en tratar de rehuir el combate, de esperar que la contienda entre los

[*] Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

imperialistas debilite a éstos *más aún*, acerque más aún la revolución en otros países. Nuestros "izquierdistas" no comprendieron esta sencilla verdad en enero, febrero y marzo y temen también ahora reconocerla abiertamente, pero esa verdad se abre paso a través de sus balbuceos: "de una parte, es imposible no reconocer; de otra parte, hay que confesar".

> "Durante la primavera y el verano próximos -escriben los "izquierdistas" en sus tesis- debe empezar el hundimiento del sistema imperialista, que, en caso de triunfar el imperialismo alemán en la fase actual de la guerra, sólo podrá ser aplazado y se expresará entonces en formas aún más agudas".

La fórmula es aquí de una pueril inexactitud mayor aún, pese a toda la apariencia científica. Es propio de niños "comprender" la ciencia en el sentido de que ésta puede determinar en qué año "debe" "empezar el hundimiento" y si ha de ser en primavera y verano o en otoño e invierno.

Son esfuerzos ridículos por enterarse de lo que no se puede averiguar. Ningún político serio dirá jamás *cuándo* "debe empezar" uno u otro hundimiento del "sistema" (tanto más que el hundimiento del *sistema* ha empezado ya, y de lo que se trata es del momento de la explosión en *distintos* países). Pero por la pueril impotencia de la fórmula se abre paso una verdad indiscutible: las explosiones de la revolución en otros países más avanzados están *más cerca* de nosotros ahora, un mes después de la "tregua" iniciada con la firma de la paz, que hace un mes o mes y medio.

¿Qué significa esto?

Significa que tenían perfecta razón y han sido justificados por la historia los partidarios de la paz, quienes se esforzaron por hacer comprender a los aficionados a las posturas efectistas que es necesario saber calcular la correlación de fuerzas y *no ayudar* a los imperialistas, facilitándoles el combate contra el socialismo cuando éste es débil aún y las probabilidades de éxito en la lucha *no le son* favorables a ciencia cierta.

Sin embargo, nuestros comunistas "de izquierda" -a quienes también gusta denominarse comunistas "proletarios", pues tienen muy poco de proletario y mucho de pequeñoburgués- no saben pensar en la correlación de fuerzas, no saben tomar en consideración la correlación de fuerzas. En eso reside la médula del marxismo y de la táctica marxista, pero ellos pasan de largo ante la "médula" con frases "orgullosas" como la siguiente:

> "…El afianzamiento en las masas de la indolente "psicología de paz" es un factor objetivo del momento político..."

¡Menuda joya! Después de tres años de la guerra más agobiante y reaccionaria, el pueblo ha obtenido, gracias al Poder soviético y a su acertada táctica, que no incurre en las frases hueras, una tregua muy pequeña, pequeñísima en extremo, precaria e incompleta en absoluto; pero los intelectualoides "izquierdistas", con el empaque de un Narciso enamorado de sí mismo, sentencian con aire grave: "el afianzamiento (!!!) de la indolente (¿¿¿!!!) psicología de paz en las masas (???)". ¿Es que no tenía yo razón cuando dije en el congreso del partido que el periódico o revista de los "izquierdistas" no debería denominarse *Kommunist*, sino *El Hidalgo*[54][*]?

¿Es que puede un comunista, por poco que comprenda las condiciones de vida y la psicología de las masas trabajadoras y explotadas, descender hasta ese punto de vista del típico intelectual, pequeñoburgués y desclasado, con la psicología del señorito o del hidalgo, que declara "indolente" la "psicología de paz" y considera "diligencia" el blandir una espada de cartón? Porque eso es, precisamente, lo que hacen nuestros "izquierdistas", blandir una espada de cartón, cuando dan de lado un hecho conocido de todos y demostrado una vez más con la guerra en Ucrania: que los pueblos, extenuados por tres años de carnicería, no pueden combatir sin tregua: que la guerra, si no se dispone de fuerzas para organizarla a escala nacional, engendra a cada paso la psicología de la desorganización peculiar del pequeño propietario, y no de la férrea disciplina proletaria. La revista *Kommunist* nos muestra a cada paso que nuestros "izquierdistas" no tienen la menor noción de la férrea disciplina proletaria ni de su preparación, que están impregnados hasta la médula de la psicología del intelectual pequeñoburgués desclasado.

II

Pero ¿no serán las frases de los "izquierdistas" sobre la guerra mero arrebato infantil, orientado, además, al pasado y, por ello, sin el menor significado político? Así defienden algunos a nuestros "izquierdistas". Mas es erróneo. Si se aspira a la dirección política, hay que sabor *pensar bien* las tareas políticas; la falta de eso convierte a los "izquierdistas" en pusilánime predicadores de la vacilación, que, objetivamente, sólo puede tener un significado: con sus vacilaciones, los "izquierdistas" *ayudan* a los imperialistas a provocar a la República Soviética de Rusia a un combate evidentemente desfavorable para ella, *ayudan* a los imperialistas a que nos metan en una trampa. Escuchemos lo que dicen:

> "...La revolución obrera en Rusia no puede "mantenerse" abandonando el camino revolucionario internacional, eludiendo constantemente el combate y retrocediendo ante la embestida del capital internacional, haciendo concesiones al "capital patrio".
>
> Desde este punto de vista hacen falta: una enérgica política internacional de clase, que

---

[*] Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

conjugue la propaganda revolucionaria internacional con palabras y con hechos, y el fortalecimiento del nexo orgánico con el socialismo internacional (y no con la burguesía internacional)…”

Más adelante haremos mención especial de las invectivas que se hacen aquí a la esfera de la política interior. Pero fijémonos en esta orgía de la frase huera -acompañada en la práctica- en el terreno de la política exterior. ¿Qué táctica es *obligatoria* para cuantos no que quieran convertirse en instrumento de la provocación imperialista y caer en la trampa en el momento *actual*? Todo político debe dar una respuesta clara y franca a esta pregunta. La respuesta de nuestro partido es conocida: en el momento *actual*, *replegarse*, eludir el combate. Nuestros “izquierdistas” no se atreven a decir lo contrario y disparan al aire: ¡¡“una enérgica política internacional de clase”!!

Eso es engañar a las masas. Si quieren combatir ahora, díganlo claramente. Si no quieren *retroceder* ahora, díganlo claramente. Porque, de otro modo, su papel objetivo será el de instrumento de la provocación imperialista. Y su “psicología”, subjetiva es la psicología del pequeño burgués enfurecido que se engalla y vanagloria, pero siente magníficamente que el proletario *tiene razón* al replegarse y tratar de replegarse organizado; que el proletario tiene razón al considerar que, mientras se carezca de fuerzas, hay que replegarse (ante el imperialismo occidental y oriental) aunque sea hasta los Urales, pues ésa es la *única* posibilidad de ofrecer ventaja al periodo de maduración de la revolución en Occidente, revolución que no “deberá” (pese a la charlatanería de los “izquierdistas”) empezar “en la primavera o en el verano”, pero que *cada mes que pasa* está más cerca y es más probable.

Los “izquierdistas” carecen de una política “propia”, *no se atreven* a declarar que *ahora* es innecesario el repliegue. Dan vueltas y rodeos, jugando con las palabras, y sustituyen el problema de rehuir el combate *en el momento actual* por el de rehuirlo “constantemente”, hacen pompas de jabón: ¡¡“propaganda revolucionaria internacional con hechos”!! ¿Qué significa eso?

Solo puede significar una de estas dos cosas: o presunción y alarde dignos de un Nozdriov[55] o guerra ofensiva para derrocar el imperialismo internacional. Semejante absurdo no puede proclamarse abiertamente: por eso los comunistas de “izquierda” tienen que encubrirse con frases altisonantes y hueras en extremo para evitar que los ridiculice cualquier proletario consciente, confiando el lector distraído no se dé cuenta de lo que significa, en realidad, esa “propaganda revolucionaria internacional con hechos”.

Pronunciar frases altisonantes es una propiedad de los intelectuales pequeñoburgueses desclasados. Los proletarios comunistas organizados castigarán seguramente por esas “maneras”, al menos, con burlas y con la destitución de todo puesto de responsabilidad. Hay que decir a las masas la amarga verdad con sencillez, claridad y franqueza: posible e incluso probable que el partido belicista se imponga de nuevo en Alemania (en el sentido de pasar en el acto a la ofensiva contra nosotros) y que Alemania, unida al Japón, intente repartirnos y estrangulamos mediante un acuerdo formal o tácito. De no escuchar a los chillones, nuestra táctica debe consistir en esperar, dar largas, rehuir el combate y retroceder. Si arrojamos por la borda a los chillones y “ponemos en tensión” nuestras fuerzas, creando una disciplina verdaderamente férrea, verdaderamente proletaria, verdaderamente comunista, tendremos serias posibilidades de ganar muchos meses. Y entonces, retrocediendo incluso hasta los Urales (en el peor de los casos), *facilitamos* a nuestro aliado (el proletariado internacional) la posibilidad de acudir en nuestra ayuda, la posibilidad de “cubrir” (hablando en lenguaje deportivo) la distancia que media entre el comienzo de las explosiones revolucionarias y la revolución.

Esta táctica, y sólo ella, fortalece de hecho la ligazón de un destacamento del socialismo internacional, aislado temporalmente, con los otros destacamentos; pero, a decir verdad, ustedes, estimados “comunistas de izquierda”, se limitan a “fortalecer la ligazón orgánica” de una frase rimbombante con otra frase altisonante. ¡Mala “ligazón orgánica” es ésa!

Y les explicaré, estimados míos, por qué les ha ocurrido esa desgracia: porque, en vez de reflexionar sobre las consignas de la revolución, ustedes se dedican más a aprendérselas de memoria. Por eso ponen entre comillas las palabras “defensa de la patria socialista”, entre unas comillas que deben significar, probablemente, un asomo de ironía, pero que, de hecho, demuestran el embrollo que reina en sus cabezas. Están ustedes acostumbrados a considerar el “defensismo” una cosa abominable y repugnante, se han aprendido eso, lo recuerdan y lo repiten de memoria con tanto celo que algunos de ustedes han llegado a decir la estupidez de que, en la *época* imperialista, la defensa de la patria es intolerable (en realidad, es intolerable sólo en una guerra imperialista reaccionaria, hecha por la burguesía). Mas no se les ha ocurrido pensar por qué y cuándo es abominable el “defensismo”.

Admitir la defensa de la patria significa admitir la legitimidad y la justicia de la guerra. La legitimidad y la justicia ¿desde qué punto de vista? Sólo desde el punto de vista del proletariado socialista y de su lucha por la emancipación; nosotros no admitimos ningún otro punto de vista. Si hace la guerra la clase de los explotadores para afianzar su dominación como clase, será una guerra criminal, y el

"defensismo" será en *esa* guerra una abominación y una traición al socialismo. Si la guerra la hace el proletariado después de vencer a la burguesía en su país, si la hace en aras del fortalecimiento y desarrollo del socialismo, entonces será una guerra legítima y "santa".

Somos defensistas desde el 25 de octubre de 1917. He dicho esto más de una vez con toda precisión, y ustedes no se atreven a discutirlo. Precisamente para "fortalecer la ligazón" con el socialismo internacional *es obligatorio* defender la patria *socialista*. Destruye la ligazón con el socialismo internacional el que enfoque a la ligera la defensa de un país en el que ha triunfado ya el proletariado. Cuando éramos representantes de una clase oprimida, no adoptamos una actitud frívola ante la defensa de la patria en la guerra imperialista, sino que negamos por principio esa defensa. Cuando nos hemos convertido en representantes de la clase dominante, que ha empezado a organizar el socialismo, exigimos a todos un comportamiento serio ante la defensa del país. Y tener un comportamiento serio ante la defensa del país significa prepararse a fondo y tener muy en cuenta la correlación de fuerzas. Si las fuerzas son a ciencia cierta pocas, el principal medio de defensa *es replegarse al interior del país* (quien vea en esto una fórmula traída por los pelos para el caso presente, que lea lo que dice el viejo Clausewitz, uno de los grandes autores militares, acerca de las enseñanzas de la historia sobre el particular). Pero entre los "comunistas de izquierda" no hay el menor indicio de que comprendan la importancia del problema de la correlación de fuerzas.

Cuando éramos enemigos por principio del defensismo teníamos derecho a ridiculizar a los que querían "preservar a su patria en bien, según ellos, del socialismo. Ahora que hemos obtenido el derecho a ser defensistas proletario, todo el planteamiento de la cuestión cambia de raíz. Pasa a ser un deber nuestro hacer un recuento rigurosísimo de las fuerzas, sopesar con la mayor precisión si podrá llegar a tiempo nuestro aliado (el proletariado internacional) El capital está interesado en derrotar al enemigo (el proletariado revolucionario) por partes antes de que se unan (de hecho, es decir, iniciando la revolución) los obreros de todos los países. Nosotros estamos interesados en hacer todo lo posible, en aprovechar incluso la más pequeña probabilidad para retrasar el combate decisivo hasta el momento (o "hasta después" del momento) de esa unificación de los destacamentos revolucionarios en un gran ejército internacional.

III

Pasemos a las desventuras de nuestros "comunistas de izquierda" en el terreno de la política interior. Es difícil leer sin esbozar una sonrisa frases como las siguientes en las tesis sobre el momento actual:

> "...El aprovechamiento metódico de los medios de producción que han quedado es concebible sólo con la socialización más decidida"... "no capitular ante la burguesía y los intelectuales pequeñoburgueses secuaces suyos, sino rematar a la burguesía y acabar definitivamente con el sabotaje..."

¡Simpáticos "comunistas de izquierda"! ¡Cuánta decisión tienen... y qué poca reflexión! ¿Qué significa "la socialización más decidida"?

Se puede ser decidido o indeciso en el problema de la nacionalización, de la confiscación[56]. Pero el quid está en que la mayor "decisión" del mundo es insuficiente para pasar de la nacionalización y la confiscación a la socialización. La desgracia de nuestros "izquierdistas" consiste precisamente en que con esa ingenua e infantil combinación de palabras, "la socialización… más decidida", muestran la mayor incomprensión del quid del problema, del quid del momento "actual". La desventura de los "izquierdistas" está en que no han visto la propia esencia del "momento actual", del paso de las confiscaciones (durante cuya realización la cualidad principal del político es la decisión) a la socialización (para cuya realización se requiere otra cualidad del revolucionario).

El quid del momento actual consistía ayer en nacionalizar, confiscar con mayor decisión, en golpear y rematar a la burguesía, en acabar con el sabotaje[57]. Hoy nadie más que los ciegos podrán no ver que hemos nacionalizado, confiscado, golpeado y acabado *más de lo que hemos podido contar*. Y la socialización se distingue precisamente de la simple confiscación en que se puede confiscar con la sola "decisión", sin saber contar y distribuir acertadamente; *pero es imposible socializar sin saber hacerlo*.

Nuestro mérito histórico consiste en que ayer fuimos (y mañana seremos) decididos en las confiscaciones, en rematar a la burguesía, en acabar con el sabotaje. Hablar hoy de eso en unas "tesis sobre el momento actual" significa mirar al pasado y no comprender la transición al futuro.

..."Acabar definitivamente con el sabotaje"... ¡Vaya tarea! ¡Pero si con los saboteadores "hemos acabado" en grado suficiente! Lo que nos falta es otra cosa distinta, completamente distinta: *llevar la cuenta* de dónde y a qué saboteadores colocar; organizar *nuestras* fuerzas para que, por ejemplo, un dirigente o controlador bolchevique vigile a un centenar de saboteadores que vienen a ponerse a nuestro servicio. En tal situación, lanzar frases como "la socialización más decidida", "rematar" y "acabar definitivamente" significa no dar pie con bola. Es peculiar del revolucionario pequeñoburgués no advertir que para el socialismo no basta rematar, acabar, etc.; eso es suficiente para el pequeño

propietario, enfurecido contra el grande; pero el revolucionario proletario jamás caería en semejante error.

Si las palabras que hemos citado hacen sonreír, el descubrimiento hecho por los "comunistas de izquierda" de que con la "desviación bolchevique de derecha", la República Soviética se ve amenazada de "evolucionar hacia el capitalismo de Estado", provoca una franca carcajada homérica. ¡Vaya susto que nos han dado, por cierto! ¡Y con qué celo repiten los "comunistas de izquierda" este tremendo descubrimiento en sus tesis y en sus artículos!...

Pero no se les ha ocurrido pensar que el capitalismo de Estado sería *un paso adelante* en comparación con la situación existente hoy en nuestra República Soviética. Si dentro de unos seis meses se estableciera en nuestro país el capitalismo de Estado, eso sería un inmenso éxito y la más firme garantía de que, al cabo de un año, el socialismo se afianzaría definitivamente y se haría invencible.

Me imagino la noble indignación con que rechazará estas palabras el "comunista de izquierda" y la "crítica demoledora" que desencadenará ante los obreros contra "la desviación bolchevique de derecha". ¿Cómo? ¿El tránsito al *capitalismo* de Estado significaría un paso adelante en la República *Socialista* Soviética? ... ¿No es eso una traición al socialismo?

Precisamente ahí está la raíz del error *económico* de los "comunistas de izquierda". Por ello es preciso examinar con detalle este punto.

Primero, los "comunistas de izquierda" no han comprendido cuál es precisamente la *transición* del capitalismo al socialismo que nos da derecho y pie para denominarnos República Socialista de los Soviets.

Segundo, revelan su espíritu pequeñoburgués precisamente en que *no ven* el elemento pequeñoburgués como enemigo *principal* del socialismo en nuestro país.

Tercero, al esgrimir el espantajo del "capitalismo de Estado", demuestran que no comprenden en qué se diferencia en lo económico el Estado soviético del Estado burgués.

Examinemos estas tres circunstancias.

A juicio mío, no ha habido una sola persona que, al ocuparse de la economía de Rusia, haya negado el carácter transitorio de esa economía. Ningún comunista ha negado tampoco, a mi parecer, que la expresión República Socialista Soviética significa la decisión del Poder soviético de llevar a cabo la transición al socialismo; mas en modo alguno el reconocimiento de que el nuevo régimen económico es socialista.

Mas ¿qué significa la palabra transición? ¿No significará, aplicada a la economía, que en el régimen actual existen elementos, partículas, pedacitos *tanto* de capitalismo *como* de socialismo? Todos reconocen que sí. Mas no todos, al reconocer eso, se paran a pensar qué elementos de los distintos tipos de economía social existen en Rusia. Y ahí está todo el meollo de la cuestión.

Enumeremos esos elementos:

1) economía campesina patriarcal, es decir, natural en grado considerable;

2) pequeña producción mercantil (en ella se incluye la mayoría de los campesinos que venden cereales);

3) capitalismo privado;

4) capitalismo de Estado;

5) socialismo.

Rusia es tan grande y tan heterogénea que en ella se entrelazan todos esos tipos diferentes de economía social. Lo original de la situación consiste precisamente en eso.

Cabe preguntar: ¿qué elementos predominan? Está claro que en un país de pequeños agricultores predomina, y no puede menos de predominar, el elemento pequeñoburgués; la mayoría, la inmensa mayoría de los agricultores son pequeños productores de mercancías. Los *especuladores*, y el principal objeto de especulación es el *trigo*, rompen ora aquí ora allá la envoltura del capitalismo de Estado (el monopolio del trigo, el control sobre los patronos y comerciantes, los cooperativistas burgueses).

La lucha principal se sostiene hoy precisamente en este terreno. ¿Entre quiénes se sostiene esa lucha, si empleamos términos de categorías económicas, como, por ejemplo, el "capitalismo de Estado"? ¿Entre los peldaños cuarto y quinto en el orden en que acabo de enumerarlos? Es claro que no. No es el capitalismo de Estado el que lucha contra el socialismo, sino la pequeña burguesía más el capitalismo privado los que luchan juntos, de común acuerdo, tanto contra el capitalismo de Estado como contra el socialismo. La pequeña burguesía opone resistencia a *cualquier* intervención del Estado, contabilidad y control tanto capitalista de Estado como socialista de Estado. Eso es un hecho de la realidad absolutamente incontrovertible, en cuya incomprensión está la raíz del error económico de los "comunistas de izquierda". El especulador, el merodeador del comercio, el saboteador del monopolio: ése es nuestro principal enemigo "interno", el enemigo de las medidas económicas del Poder soviético. Si hace ciento veinticinco años podía perdonarse aún a los pequeños burgueses de Francia, los revolucionarios más fervientes y más sinceros, el afán de vencer al especulador mediante la ejecución de unos cuantos "elegidos" y el estruendo de las declaraciones hueras, hoy, en cambio, la pura palabrería de ciertos eseristas de izquierda ante esta cuestión no despierta en cada revolucionario consciente otra cosa que repugnancia o asco. Sabemos perfectamente que la base económica de la especulación la constituyen el sector de los pequeños

propietarios, amplísimo en Rusia, y el capitalismo privado, que tiene un agente suyo *en cada* pequeño burgués. Sabemos que los millones de tentáculos de esta hidra pequeñoburguesa apresan aquí o allá a algunos sectores obreros y que la especulación, *en lugar del monopolio de Estado*, irrumpe por todos los poros de nuestra vida socioeconómica.

Quienes no ven eso revelan precisamente con su ceguera que son prisioneros de los prejuicios pequeñoburgueses. Así son nuestros “comunistas de izquierda”, quienes de palabra (y profundísimamente convencidos de ello, como es natural) son enemigos implacables de la pequeña burguesía; pero, de hecho, no hacen más que ayudarle, no hacen más que servirle, no hacen más que expresar su punto de vista, luchando -¡¡*en abril de 1918*!!- contra... ¡el “capitalismo de Estado”! ¡Eso se llama no dar pie con bola!

El pequeño burgués tiene reservas de dinero, unos cuantos miles, acumulados por medios “lícitos”, y sobre todo ilícitos, durante la guerra. Tal es el tipo económico característico como base de la especulación y del capitalismo privado. El dinero es el certificado que les permite recibir riquezas sociales, y los millones de pequeños propietarios guardan bien ese certificado, se lo ocultan al “Estado”, pues no creen en ningún socialismo ni comunismo, “esperan a que pase” la tempestad proletaria. Y una de dos: o sometemos a ese pequeño burgués a *nuestro* control y a nuestra contabilidad (y podemos hacerlo, si organizamos a los campesinos pobres, es decir, a la mayoría de la población o semiproletarios en torno a la vanguardia proletaria consciente), o él echará abajo nuestro poder obrero de manera inevitable e indefectible, de la misma manera que acabaron con la revolución los Napoleones y los Cavaignac, que brotan precisamente sobre ese terreno de los pequeños propietarios. Así está planteado el problema. Los eseristas de izquierda son los únicos que no ven esta verdad, sencilla y clara, tras las frases hueras sobre el campesinado “trabajador”; pero ¿quién puede tomar en serio a los eseristas de izquierda, hundidos en las frases hueras?

El pequeño burgués que esconde sus miles es un enemigo del capitalismo de Estado y aspira a invertir esos miles única y exclusivamente en provecho propio, en contra de los pobres, en contra de toda clase de control del Estado; y el conjunto de estos miles forma una base de muchos miles de millones para la especulación, que malogra nuestra edificación socialista. Supongamos que determinado número de obreros aporta en varios días valores por una suma igual a mil. Supongamos, además, que de esta suma tenemos una pérdida igual a 200, como consecuencia de la pequeña especulación, de las dilapidaciones de todo género y de las maniobras de los pequeños propietarios para transgredir las normas y los decretos soviéticos. Todo obrero consciente dirá: si yo pudiera aportar trescientos de esos mil, a condición de que se implantase un orden y una organización mejores, aportaría con gusto trescientos en lugar de dos cientos, ya que, con el Poder soviético, reducir luego este “tributo”, pongamos por caso, hasta cien o cincuenta será una tarea muy fácil dado que se impondrá el orden y la organización, dado que se vencerá por completo el sabotaje de la pequeña propiedad privada contra todo monopolio de Estado.

Este sencillo ejemplo con cifras -simplificado premeditadamente al máximo para hacer más clara la exposición- explica la *correlación*, en la situación actual, entre el capitalismo de Estado y el socialismo. Los obreros tienen en sus manos el poder del Estado, tienen la absoluta posibilidad jurídica de “tomar” todo el millar, es decir, de no entregar un solo kopek que no esté destinado a fines socialistas. Esta posibilidad jurídica, que se asienta en el paso efectivo del poder a los obreros, es un elemento de socialismo.

Pero los elementos de la pequeña propiedad y del capitalismo privado se valen de muchos medios para minar la situación jurídica, para abrir paso a la especulación y frustrar el cumplimiento de los decretos soviéticos. El capitalismo de Estado significaría un gigantesco paso adelante *incluso* si pagáramos *más* que ahora (he tomado adrede un ejemplo con cifras para mostrarlo con claridad), pues merece la pena pagar “por aprender”, pues eso es útil para los obreros, pues vencer el desorden, el desbarajuste y el relajamiento tiene más importancia que nada, pues continuar la anarquía de la pequeña propiedad es el peligro mayor y más temible, que nos hundirá *sin duda alguna* (si no lo vencemos), en tanto que pagar un tributo mayor al capitalismo de Estado, lejos de hundirnos, nos llevará por el camino más seguro hacia el socialismo. La clase obrera, después de aprender a proteger el orden estatal frente a la anarquía de la pequeña propiedad, después de aprender a organizar la producción a gran escala, a escala de todo el país, basándola en el capitalismo de Estado, tendrá entonces a mano -perdón por la expresión- todos los triunfos, y el afianzamiento del socialismo estará asegurado.

El capitalismo de Estado es incomparablemente superior, *desde el punto de vista económico*, a nuestra economía actual. Eso primero.

Y segundo, no tiene nada de temible para el Poder soviético, pues el Estado soviético es un Estado en el que está asegurado el poder de los obreros y de los campesinos pobres. Los “comunistas de izquierda” no han comprendido estas verdades indiscutibles, que, como es natural, jamás podrá comprender el “eserista de izquierda”, incapaz en general de hilvanar en la mente ninguna clase de ideas sobre economía política, pero que todo marxista se verá

obligado a reconocer. No merece la pena discutir con el eserista de izquierda: basta señalarlo con el dedo como un "ejemplo repulsivo" de charlatán; pero con el "comunista de izquierda" *es preciso* discutir, pues en este caso el error lo cometen marxistas, y el análisis de sus errores ayudara *a la clase obrera* a encontrar el camino certero.

IV

Para aclarar más aún la cuestión, citaremos primero un ejemplo concretísimo de capitalismo de Estado. Todos conocemos: Alemania. Allí tenemos la "última palabra" de la gran técnica capitalista moderna y de la organización armónica, *subordinada al imperialismo terrateniente-burgués*. Dejemos a un lado las palabras subrayadas, coloquemos en lugar de *Estado* militar, terrateniente, burgués, imperialista, *también un Estado*, pero un Estado de otro tipo social, de otro contenido de clase, el Estado *soviético*, es decir, proletario, y obtendremos *toda* la suma de condiciones que da como resultado el socialismo.

El socialismo es inconcebible sin la gran técnica capitalista basada en la última palabra de la ciencia moderna, sin una organización estatal armónica que someta a decenas de millones de personas a la más rigurosa observancia de una norma única en la producción y distribución de los productos. Los marxistas hemos hablado siempre de eso, y no merece la pena gastar siquiera dos segundos en conversar con gentes que no han comprendido *ni siquiera* eso (los anarquistas y una buena mitad de los eseristas de izquierda).

Al mismo tiempo, el socialismo es inconcebible sin la dominación del proletariado en el Estado: eso es también elemental. Y la historia (de la que nadie, excepto los obtusos mencheviques de primera categoría, esperaba que diera sin tropiezos, con calma, simple y llanamente el socialismo "íntegro") siguió un camino tan original que *dio a luz* hacia 1918 dos mitades separadas de socialismo, una al lado de la otra, exactamente igual que dos futuros polluelos en el mismo cascarón del imperialismo internacional; Alemania y Rusia encarnaron en 1918 del modo más patente la realización material de las condiciones sociales, productivas y económicas del socialismo, de una parte, y de sus condiciones políticas, de otra.

La revolución proletaria victoriosa en Alemania romperá de golpe, con extraordinaria facilidad, todo cascarón del imperialismo (hecho, por desgracia, del mejor acero, por lo que no pueden romperlo los esfuerzos de *cualquier*… polluelo), haría realidad de modo seguro la victoria del socialismo mundial, sin dificultades o con dificultades insignificantes, si se toma, naturalmente, la escala de lo "difícil" desde el punto de vista histórico universal y no desde el punto de vista pequeñoburgués y de círculo.

Mientras la revolución tarde aún en "nacer" en Alemania, nuestra tarea consiste en aprender de los alemanes el capitalismo de Estado, en implantarlo *con todas las fuerzas*, en no escatimar métodos *dictatoriales* para acelerar su implantación más aún que Pedro I aceleró la implantación del progreso occidental por la bárbara Rusia, sin reparar en medios bárbaros de lucha contra la barbarie. Si entre los anarquistas y eseristas de izquierda hay hombres (he recordado por casualidad los discursos de Karelin y Gue en el CEC) capaces de razonar a lo Narciso de que no es digno de revolucionarios "aprender" del imperialismo alemán, habrá que decirles una cosa: una revolución que tomara en serio a semejantes individuos se hundiría sin falta (y se lo tendría bien merecido).

En Rusia predomina hoy precisamente el capitalismo pequeñoburgués, del que *un mismo camino* lleva *tanto* al gran capitalismo de Estado *como* al socialismo, lleva *a través de una misma* estación intermedia, llamada "contabilidad y control por todo el pueblo de la producción y distribución de los productos". Quien no comprenda esto incurre en un error económico imperdonable, o bien por ignorar los hechos de la realidad, no viendo lo que existe ni sabiendo mirar a la verdad cara a cara, o bien por limitarse a una contraposición abstracta del "capitalismo" y el "socialismo", sin calar hondo en las formas y fases concretas de esa transición que está sobreviniendo hoy en nuestro país. Entre paréntesis sea dicho, se trata del mismo error teórico que desconcertó a los mejores hombres del campo de *Nóvaya Zhizn* y *Vperiod*: los peores y medianos de entre ellos van, por torpes y anodinos, a la zaga de la burguesía, asustados por ella; los mejores no han comprendido que los maestros del socialismo no hablaron en vano de todo un período de transición del capitalismo al socialismo ni recalcaron en vano los "largos dolores del parto" de la nueva sociedad; por cierto que esta nueva sociedad es también una abstracción que sólo puede hacerse realidad mediante intentos concretos, imperfectos y variados de crear uno u otro Estado socialista.

Precisamente porque no se puede seguir avanzando desde la actual situación económica de Rusia sin pasar por *lo que es común* al capitalismo de Estado y al socialismo (la contabilidad y el control por todo el pueblo), es un completo absurdo teórico asustar a los demás y asustarse a sí mismos con la "evolución *hacia* el capitalismo de Estado" (*Kommunist*, núm. 1, pág. 8, col. 1). Eso significa precisamente desviarse con el pensamiento, "apartándose" del verdadero camino de la "evolución", no comprender dicho camino; en la práctica, eso equivale a tirar hacia atrás, hacia el capitalismo basado en la pequeña propiedad.

A fin de que el lector se convenza de que no hago sólo hoy, ni mucho menos, una "alta" apreciación del capitalismo de Estado, sino que la hice también antes

de la toma del poder por los bolcheviques, me permito reproducir la siguiente cita de mi folleto *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla, escrito en septiembre de 1917*:

"...Pues bien, prueben ustedes *a sustituir* ese Estado de junkers y capitalistas, ese Estado de terratenientes y capitalistas, con un Estado *democrático revolucionario*, es decir, con un Estado que suprima revolucionariamente *todos* los privilegios, que no tema implantar por vía revolucionaria la democracia más completa. Y entonces verán que el capitalismo monopolista de Estado, en un Estado democrático y revolucionario de verdad, representa inevitablemente, infaliblemente, ¡un paso, varios pasos hacia el socialismo!"

".. .Porque el socialismo no es otra cosa que el paso siguiente después del monopolio capitalista de Estado..."

"…El capitalismo monopolista de Estado es la preparación *material* más completa para el socialismo, su *antesala*, un peldaño de la escalera histórica entre el cual y el peldaño llamado socialismo *no hay ningún peldaño intermedio*" (págs. 27 y 28)*.

Obsérvese que eso fue escrito en tiempos de Kerenski, que se trata aquí de la dictadura del proletariado, *no* se trata del Estado socialista, sino del Estado "democrático revolucionario". ¿No está claro, pues, que *cuanto más alto* nos hayamos elevado de ese peldaño político, *cuanto más* hayamos plasmado en los Soviets el Estado socialista y la dictadura del proletariado, *tanto menos* podremos permitirnos temer el "capitalismo de Estado"? ¿No está claro, pues que en el sentido *material*, económico, de la producción, no nos encontramos aún en la "antesala" del socialismo? ¿Y qué no se puede entrar por la puerta del socialismo si no es cruzando esa "antesala", que nosotros aún no hemos alcanzado?

Se enfoque la cuestión desde el lado que se quiera, la conclusión será siempre la misma: el razonamiento de los "comunistas de izquierda" acerca de la supuesta amenaza que supone para nosotros el "capitalismo de Estado" es un craso error económico y una prueba evidente de que están prisioneros por completo precisamente de la ideología pequeñoburguesa.

V

Es también aleccionadora en extremo la circunstancia siguiente.

Cuando discutimos en el CEC con el camarada Bujarin, éste advirtió, entre otras cosas: en la cuestión de los sueldos elevados a los especialistas, "nosotros" (por lo visto, nosotros quiere decir los "comunistas de izquierda") "estamos a la derecha de Lenin", pues no vemos en ello ningún apartamiento de los principios, recordando las palabras de Marx de que, en determinadas condiciones, lo más conveniente para la clase obrera sería "deshacerse por dinero de toda esa cuadrilla"[58] (precisamente de la cuadrilla de capitalistas, es decir, *indemnizar* a la burguesía por la tierra, las fábricas y demás medios de producción).

Esta observación, de extraordinario interés, pone de relieve, en primer lugar, que Bujarin está muy por encima de los eseristas de izquierda y anarquistas, que no se ha hundido definitivamente, ni mucho menos, en las frases hueras, sino que, por el contrario, trata de profundizar en las dificultades *concretas* de la transición -dolorosa y dura transición- del capitalismo al socialismo.

Segundo esta observación pone al descubierto con mayor evidencia aún el error de Bujarin.

En efecto. Profundicemos en el pensamiento de Marx.

Se trata de la Inglaterra de los años 70 del siglo pasado, del período culminante del capitalismo premonopolista, del país donde lo que menos había entonces era militarismo y burocracia, del país en el que existían entonces mayores probabilidad de victoria "pacífica" del socialismo en el sentido de que los obreros "indemnizasen" a la burguesía. Y Marx decía: en determinadas condiciones, los obreros no se negarán de ninguna manera a indemnizar a la burguesía. Marx no se ataba las manos -ni se las ataba a los futuros dirigentes de la revolución socialista- en cuanto a las formas, métodos y procedimientos de la revolución, comprendiendo muy bien cuán grande sería el número de problemas nuevos que se plantearían, cómo cambiaría toda la situación en el curso do la revolución, con qué *frecuencia* y en qué *medida* habría de cambiar esa situación.

¿Y cuál es la situación en la Rusia Soviética *después* de haber tomado el poder el proletariado, después de haber sido aplastados la resistencia militar y el sabotaje de los explotadores? ¿No es evidente que se han creado *algunas* condiciones del tipo de las que podían haberse creado hace medio siglo en Inglaterra, si dicho país hubiera empezado entonces el paso pacífico al socialismo? El sometimiento de los capitalistas a los obreros podría haberse asegurado entonces por las siguientes circunstancias: (1) predominio absoluto de los obreros, de los proletarios, entre la población debido a la ausencia de campesinado (en los años 70 había en Inglaterra indicios que permitían esperar éxitos de extraordinaria rapidez del socialismo entre los obreros agrícolas); (2) excelente organización del proletariado en Uniones sindicales (Inglaterra era entonces el primer país del mundo en este sentido); (3) nivel cultural relativamente alto del proletariado, disciplinado por el desarrollo secular de la libertad

* Véase el tomo 7 de la presente edición. (*N. de la Edit.*)

política; (4) larga costumbre de los capitalistas de Inglaterra, magníficamente organizados —entonces eran los capitalistas mejor organizados de todos los países del mundo (hoy esa primacía ha pasado a Alemania)-, de resolver los problemas políticos y económicos mediante un compromiso. He ahí las circunstancias que permitían entonces pensar en la posibilidad del sometimiento *pacífico* de los capitalistas de Inglaterra a sus obreros.

En nuestro país, ese sometimiento está asegurado en el momento actual por ciertas premisas cardinales (triunfo en octubre y aplastamiento, desde octubre hasta febrero, de la resistencia militar y del sabotaje de los capitalistas). En nuestro país, *en lugar* del predominio absoluto de los obreros, de los proletarios, entre la población y de su alto nivel de organización, el factor de la victoria ha sido el apoyo de los campesinos pobres y arruinados con rapidez a los proletarios. Por último, en nuestro país no existen ni un elevado nivel cultural ni la costumbre de concertar compromisos. Si se piensa a fondo en estas condiciones concretas, estará claro que podemos y debemos conseguir ahora la *combinación* de los métodos de represión implacable* contra los capitalistas incultos, que no aceptan ningún "capitalismo de Estado", que no conciben ningún compromiso y siguen minando las medidas soviéticas por medio de la especulación, el soborno de los pobres, etc., con los *métodos de compromiso* o de indemnización a los capitalistas cultos, que aceptan el "capitalismo de Estado", que pueden aplicarlo y que son útiles al proletariado como organizadores inteligentes y expertos de grandísimas empresas que cubran de verdad el abastecimiento de productos a decenas de millones de personas.

Bujarin es un marxista economista magníficamente instruido. Por eso ha recordado que Marx tenía profundísima razón cuando enseñaba a los obreros la importancia que tiene conservar la organización de la gran producción precisamente para facilitar el paso al socialismo y les hacía ver que era admisible por completo la idea de *pagar bien a los capitalistas*, de indemnizarlos *en el caso* (a título de excepción: e Inglaterra lo era entonces) de que las circunstancias obligasen a los capitalistas a someterse pacíficamente y a pasar de una manera organizada y culta al socialismo respaldándose en la indemnización.

Pero Bujarin incurre en un error, pues no ha reflexionado sobre la peculiaridad concreta del momento actual en Rusia, un momento precisamente excepcional, en el que nosotros, el proletariado de Rusia, *llevamos la delantera* a cualquier Inglaterra y a cualquier Alemania por nuestro régimen político, por la fuerza del poder político de los obreros, y, al mismo tiempo, *vamos rezagados* del Estado más atrasado de Europa Occidental en lo que se refiere a organización de un respetable capitalismo de Estado, a nivel cultural y grado de preparación de la producción material para "implantar" el socialismo. ¿No está claro que de esta situación peculiar se deduce, para el momento actual, precisamente la necesidad de algo parecido a una "indemnización", que los obreros deben proponer a los capitalistas más cultos, más inteligentes y más capaces, desde el punto de vista de organización, dispuestos a servir al Poder soviético y ayudar honestamente a poner en marcha la producción "estatal" grande y grandísima? ¿No está claro que, en una situación tan original, debemos esforzarnos por evitar los errores de dos tipos, cada uno de los cuales es pequeñoburgués a su manera? Por una parte, sería un error irreparable declarar que, como se reconoce la falta de correspondencia entre nuestras "fuerzas" económicas y nuestra fuerza política, "por consiguiente", no se debía haber tomado el poder. Así razonan los "hombres enfundados"[59], quienes olvidan que jamás habrá "correspondencia", que no puede haberla en el desarrollo de la naturaleza, como tampoco en el desarrollo de la sociedad; que sólo mediante una serie de intentos -cada uno de los cuales, tomado por separado, será unilateral, adolecerá de cierta falta de correspondencia- se creará el socialismo integro con la colaboración revolucionaria de los proletarios de *todos* los países.

Por otra parte, sería un error evidente dar rienda suelta a los bocazas y vocingleros que se dejan llevar del espíritu revolucionario "llamativo", pero que son incapaces de llevar a cabo una labor revolucionaria firme, reflexiva y sopesada que tenga en cuenta asimismo las dificilísimas transiciones.

Por fortuna, la historia del desarrollo de los partidos revolucionarios y de la lucha del bolchevismo contra ellos nos ha dejado en herencia tipos claramente definidos, entre los cuales figuran los eseristas de izquierda y lo anarquistas, que son una ilustración bastante gráfica del tipo de los malos revolucionarios. Gritan ahora -hasta darles accesos de histeria y atragantarse- contra el "espíritu de conciliación" de los "bolcheviques de derecha". Pero no saben pensar *por qué* era malo el "espíritu de conciliación" *y por qué* fue condenado en justicia por la historia y el curso de la revolución.

---

* En este sentido hay que mirar también la verdad cara a cara: la inclemencia, indispensable para el éxito del socialismo, sigue siendo poca entre nosotros, y no porque falte decisión. Tenemos bastante decisión. Lo que nos falta es destreza para *atrapar* con la rapidez necesaria el número necesario de especuladores, merodeadores y capitalistas, de infractores de las medidas soviéticas. ¡Porque esa "destreza" se da únicamente organizando la contabilidad y el control! En segundo lugar, no hay bastante firmeza en los tribunales, que, en vez de condenar a los concusionarios al paredón, les imponen penas de medio año de cárcel. Estos dos defectos nuestros tienen la misma raíz social: la influencia del elemento pequeño burgués, su falta de firmeza.

El espíritu de conciliación de los tiempos de Kerenski entregaba el poder a la burguesía imperialista, y la cuestión del poder es la cuestión cardinal de toda revolución. El espíritu de conciliación de una parte de los bolcheviques en octubre-noviembre de 1917[60] temía la toma del poder por el proletariado o quería *compartir* a medias el poder no sólo con los "compañeros de viaje inseguros", como los eseristas de izquierda, sino también con los enemigos, los adeptos de Chernov, los mencheviques, que nos habrían estorbado inevitablemente en lo fundamental: en la disolución de la Constituyente[61] en el aplastamiento implacable de los Bogaievski[62] en la implantación total de las instituciones soviéticas, en cada confiscación.

Ahora ha tomado el poder, lo sostiene y afianza en sus manos un partido, el partido del proletariado, incluso sin los "compañeros de viaje inseguros". Mentar hoy el espíritu de conciliación, cuando no se habla ni puede hablarse siquiera de compartir el *poder*, de renunciar a la dictadura de los proletarios contra la burguesía, significa simplemente repetir como un loro palabras aprendidas de memoria, pero no comprendidas. Denominar "espíritu de conciliación" el hecho de que, como podemos y debemos gobernar el país, tratamos de ganarnos, sin escatimar dinero, a los elementos más cultos, instruidos por el capitalismo, de ponerlos a nuestro servicio contra la disgregación sembrada por los pequeños propietarios, significa no saber pensar en absoluto en las tareas económicas de la edificación del socialismo.

Y por eso -por muy bien que testifique al camarada Bujarin la circunstancia de que "se avergonzara" al punto en el CEC del "servicio" que le prestaron los Karelin y los Gue-, pese a ello, sigue constituyendo una seria advertencia a la *corriente* de los "comunistas de izquierda" la crítica que se hace a sus compañeros de lucha política.

He ahí a *Znamia Trudá*, el órgano de los eseristas de izquierda, que en su número del 25 de abril de 1918 declaraba con orgullo: "La posición actual de nuestro partido se solidariza con otra corriente del bolchevismo (con Bujarin, Pokrovski y otros)". He ahí al menchevique *Vperiod*, de esa misma fecha, que contenía, entre otras cosas, la "tesis" siguiente del conocido menchevique Isuv:

> "La política del Poder soviético, ajena desde el primer momento al carácter proletario genuino, emprende en los últimos tiempos y cada día de manera más abierta la senda del acuerdo con la burguesía y adquiere un carácter antiobrero evidente. Bajo la bandera de la nacionalización de la industria se aplica una política de implantación de los trusts industriales; bajo la bandera del restablecimiento de las fuerzas productivas del país se hacen intentos de acabar con la jornada de ocho horas, de implantar el trabajo a destajo y el sistema Taylor, las listas negras y las cédulas de identidad discriminatorias. Esta política amenaza con privar al proletariado de sus conquistas fundamentales en el terreno económico y convertirlo en una víctima de la ilimitada explotación por parte de la burguesía".

¿Verdad que es magnífico?

Los amigos de Kerenski, que sostuvieron con él la guerra imperialista en nombre de los tratados secretos, que prometían anexiones a los capitalistas rusos; los colegas de Tsereteli, que el 11 de junio se disponía a desarmar a los obreros[63], los Liberdán[64], que encubrían el poder de la burguesía con frases rimbombantes; ellos, ¡ellos! acusan al Poder soviético de concertar un "acuerdo con la burguesía", de "implantar los trusts" (¡es decir, de implantar precisamente el "capitalismo de Estado"!), de implantar el sistema Taylor

Sí, hay que entregar a Isuv una medalla en nombre de bolcheviques, y su tesis debe ser expuesta en cada club obrero y en cada sindicato como modelo de *discursos provocadores de la burguesía*. Los obreros conocen ahora bien, conocen por experiencia propia en todas partes, a los Liberdán, los Tsereteli y los lsuv, y será archipoderoso para los obreros reflexionar atentamente por qué *semejantes lacayos de la burguesía* los provocan para que se resistan al sistema Taylor y a la "implantación de los trusts".

Los obreros conscientes confrontarán reflexivamente la "tesis" de Isuv, el amigo de los señores Liberdán y Tsereteli, con la siguiente tesis de los "comunistas de izquierda":

> "La implantación de la disciplina de trabajo, con motivo del restablecimiento de la dirección de los capitalistas en la producción, no podrá aumentar de manera substancial el rendimiento del trabajo, pero disminuirá la iniciativa, la diligencia y el grado de organización de clase del proletariado. Amenaza con esclavizar a la clase obrera y despertará el descontento tanto de los sectores atrasados como de la vanguardia del proletariado. Para poner en práctica este sistema, con el odio reinante entre los medios proletarios contra "los saboteadores capitalistas", el Partido Comunista tendría que apoyarse en la pequeña burguesía contra los obreros y, con ello, hundirse como partido del proletariado" (*Kommunist*, núm. 1, pág. 8, col. 2).

He ahí la prueba más palpable de cómo han caído en la trampa los "izquierdistas", de cómo se han dejado llevar por la provocación de los Isuv y otros Judas del capitalismo. He ahí una buena lección que se ha dado a los obreros, quienes saben que precisamente la vanguardia del proletariado está a favor de que se implante la disciplina de trabajo, que es precisamente la pequeña burguesía la que se esfuerza más que nadie por destruir esa disciplina. Palabras del tipo de las que figuran en la tesis de los

"izquierdistas" que acabamos de citar constituyen el mayor oprobio, una abjuración total del comunismo de hecho, una plena deserción al campo precisamente de la pequeña burguesía.

"Con motivo del restablecimiento de la dirección de los capitalistas": ahí tenéis las palabras con que piensan "defenderse" los "comunistas de izquierda". Es una defensa que no vale para nada, pues, primero, el Poder soviético entrega la "dirección" a los capitalistas, existiendo los comisarios obreros o los comités obreros, que vigilan cada paso del dirigente, aprenden de su experiencia de dirección y tienen la posibilidad no sólo de apelar contra las disposiciones del dirigente, sino de destituirlo por conducto de los organismos del Poder soviético. Segundo, se entrega la "dirección" a los capitalistas para que desempeñen funciones ejecutivas durante el tiempo de trabajo, cuyas condiciones fija precisamente el Poder soviético y son abolidas y revisadas por él. Tercero, el Poder soviético entrega la "dirección" a los capitalistas no como capitalistas, sino como técnicos especialistas u organizadores, a los que asigna una alta remuneración por su trabajo. Y los obreros saben muy bien que los organizadores de las empresas verdaderamente grandes y grandísimas, de los trusts o de otras instituciones pertenecen, en el noventa y nueve por ciento de los casos, a la clase de los capitalistas, lo mismo que los técnicos de primera; pero es precisamente a ellos a quienes debemos admitir nosotros, el partido proletario, como "dirigentes" del proceso de trabajo y de la organización de la producción, pues *no hay* otros más que ellos que tengan práctica y experiencia de eso. Porque los obreros, que han salido ya de la primera infancia, del periodo en que podían desorientarlos la frase "izquierdista" o el relajamiento pequeñoburgués, marchan hacia el socialismo precisamente a través de la dirección capitalista de los trusts, a través de la gran producción mecanizada, a través de las empresas con un giro anual de varios millones, sólo a través de esa producción y de esas empresas. Los obreros no son pequeños burgueses. No temen al gran "capitalismo de Estado", sino que lo aprecian como un instrumento suyo, proletario, que su poder, el Poder soviético, utilizará contra la disgregación y la desorganización peculiares de los pequeños propietarios.

Los únicos que no comprenden eso son los intelectuales desclasados -y, por ello, pequeñoburgueses hasta la médula-, cuyo prototipo en el grupo de los "comunistas de izquierda" y en su revista es Osinski, cuando escribe:

> "...Toda la iniciativa en la organización y dirección de la empresa pertenecerá a los "organizadores de los trusts": porque nosotros no queremos *enseñarles*, no queremos convertirlos en simples trabajadores, sino *aprende* de ellos" (*Kommunist*, núm. 1, pág. 14, col. 2).

Los esfuerzos por ironizar en esta frase están dirigidos contra mis palabras: "aprender el socialismo de los organizadores de los trusts".

A Osinksi eso le parece ridículo. Quiere convertir a organizadores de los trusts en "simples trabajadores". Si esto lo hubiera escrito un hombre de la misma edad que aquel de quien decía el poeta: "Sólo quince años, ¿no más?"[65], no habría de qué sorprenderse. Pero resulta algo extraño oír esas palabras en boca de un marxista que ha aprendido que el socialismo es imposible sin aprovechar las conquistas de la técnica y de la cultura alcanzadas por el gran capitalismo. En este caso no ha quedado ni rastro de marxismo.

No. Sólo son dignos de llamarse comunistas quieren comprenden que *es imposible* crear o implantar el socialismo *sin aprender* de los organizadores de los trusts. Porque el socialismo no es una invención, sino la asimilación y la aplicación por la vanguardia proletaria, después de conquistar el poder, de todo lo creado por los trusts. Nosotros, el partido del proletariado, no podemos sacar *de ningún sitio* la pericia para organizar la gran producción del tipo de los trusts, como los trusts; no podemos sacarla *de ningún sitio* como no sea de los mejores especialistas del capitalismo.

No tenemos nada que enseñarles, a no ser que nos planteemos el pueril objetivo de "enseñar" el socialismo a los intelectuales burgueses: no hay que enseñarles, sino expropiarlos (cosa que en Rusia se hace con bastante "decisión"), hay que *acabar* con su sabotaje, hay que *someterlos*, como sector o grupo, al Poder soviético. Nosotros, en cambio, si no somos comunistas de edad infantil ni de mentalidad pueril, debemos aprender de ellos, tenemos cosas que aprender, pues el partido del proletariado y la vanguardia del proletariado *carecen de experiencia* para trabajar independientemente en la organización de grandísimas empresas que sirvan a decenas de millones de habitantes.

Y los mejores obreros de Rusia lo han comprendido. Han empezado a aprender de los capitalistas organizadores de los ingenieros dirigentes, de los técnicos especialistas. Han empezado con firmeza y precaución por lo más fácil, pasando gradualmente a lo más difícil. Si las cosas van más despacio en la metalurgia y en la construcción de maquinaria, ello se debe a que es un asunto más difícil. Pero los obreros textiles, tabaqueros y curtidores no temen, como los intelectuales pequeñoburgueses desclasados, al "capitalismo de Estado", no temen "aprender de los organizadores de los trusts". En las instituciones dirigentes centrales, como la "Dirección General de la Industria del Cuero" o el "Comité Central de la Industria Textil", estos obreros se sientan a la misma mesa que los capitalistas, *aprenden de ellos*, organizan los trusts, organizan el "capitalismo de

Estado", que con el Poder soviético es la antesala del socialismo, una condición de la firme victoria del socialismo.

Esta labor de los obreros avanzados de Rusia, al lado de la que despliegan para implantar la disciplina de trabajo, ha empezado y se realiza sin ruido, sin brillantez, sin el estruendo y el griterío que necesitan algunos "izquierdistas', con inmensa prudencia y paso a paso, teniendo en cuenta las lecciones de la actividad práctica. Esta dura labor de *aprendizaje* práctico a crear la gran producción es la garantía de que marchamos por el camino certero; la garantía de que los obreros conscientes de Rusia luchan contra la disgregación y la desorganización peculiares de los pequeños propietarios, contra la indisciplina pequeño burguesa[*]; la garantía del triunfo del comunismo.

VI

Para terminar, dos observaciones.

Cuando el 4 de abril de 1918 discutí con los "comunistas de izquierda" (véase *Kommunist*, núm. 1, pág. 4, nota) les planteé a bocajarro una cuestión: probad a explicar qué os disgusta en el decreto sobre los ferrocarriles[66], presentad *vuestras* enmiendas. Tenéis el deber de hacerlo como dirigentes soviéticos del proletariado, pues, de otro modo, vuestras palabras no pasarán de ser frases hueras.

El 20 de abril de 1918 apareció el número 1 de *Kommunist*, pero en él no se dice ni una palabra de cómo debe modificarse o corregirse, a juicio de los "comunistas de izquierda", el decreto sobre los ferrocarriles.

Con ese silencio, los "comunistas de izquierda" se han condenado a sí mismos. Se han limitado a lanzar invectivas y hacer alusiones *al decreto* sobre los ferrocarriles (págs. 8 y 16 del núm. 1), pero *no han contestado* nada coherente a esta pregunta: "¿Cómo corregir el decreto, si es erróneo?"

Huelgan los comentarios. Los obreros conscientes calificarán de "isuvista" o de frase huera *semejante* "crítica" del decreto sobre los ferrocarriles (que es un modelo de nuestra pauta, de la pauta de firmeza, de la pauta de la dictadura, de la pauta de la disciplina proletaria).

Otra observación. En el núm. 1 de *Kommunist* se publica una reseña del camarada Bujarin, muy elogiosa, sobre mi folleto *El Estado y la revolución*[**]. Pero, por muy valiosas que sean para mí las opiniones de hombres como Bujarin, debo decir honradamente que el *carácter* de la reseña pone al desnudo un hecho triste y significativo: Bujarin enfoca las tareas de la dictadura del proletariado de cara *al pasado* y no al futuro. Bujarin ha observado y subrayado todo lo que pueden tener de común en el problema del Estado el revolucionario proletario y el revolucionario pequeñoburgués. Bujarin "no ha visto" precisamente lo que separa al primero del segundo.

Bujarin ha visto y recalcado que el viejo mecanismo del Estado debe ser "destruido", "dinamitado", que es preciso "acabar de estrangular" a la burguesía, etc. El enfurecido pequeño burgués también puede querer eso. Y eso lo ha hecho *ya*, en líneas generales, nuestra revolución desde octubre de 1917 hasta febrero de 1918.

Pero en mi folleto se habla también de lo que no puede querer el pequeño burgués, ni siquiera el más revolucionario, de lo que quiere el proletario consciente, de lo que *no* ha hecho *aún* nuestra revolución. Y Bujarin ha guardado silencio sobre esta tarea, sobre la tarea del día de mañana.

No obstante, tengo motivos de sobra para no guardar silencio sobre el particular, primero, porque debe esperarse de un comunista más atención a las tareas de mañana que a las de ayer; y, segundo, porque mi folleto fue escrito *antes* de que los bolcheviques tomáramos el poder, cuando no se podía obsequiar a los bolcheviques con una consideración pequeñoburguesa vulgar: "Claro, *después* de haber conquistado el poder hablan, *naturalmente*, de disciplina..."

"...El socialismo se transformará gradualmente en comunismo… pues los hombres se acostumbran a observar las reglas elementales de la convivencia social sin violencia ni subordinación" (*El Estado y la revolución*, págs. 77-78. Por consiguiente, se hablaba de las "reglas elementales" *antes* de tomar el poder).

"...Y sólo entonces comenzará a extinguirse la democracia...", por la razón de que "los hombres se habituarán poco a poco a observar las reglas elementales de convivencia, conocidas a lo largo de los siglos y repetidas desde hace miles de años en todos los preceptos; a observarlas sin violencia, sin coerción, sin subordinación, sin ese aparato especial de coerción que se llama Estado" (ob. cit., pág. 84; de los "preceptos" se habló *antes* de tomar el poder).

". ..La fase superior de desarrollo del comunismo" (a cada cual, según sus necesidades; de cada cual, según su capacidad) "presupone una productividad del trabajo que no es la actual y hombres que no son los actuales filisteos, capaces -como los seminaristas de Pomialovski[67]- de dilapidar "a tontas y a locas" la riqueza social y de pedir lo imposible" (ob. cit., pág. 91).

"...Mientras llega la fase "superior" del

[*] Es elocuente en extremo que los autores de las tesis no digan ni palabra sobre la significación de la *dictadura* del proletariado en la esfera *económica* de la vida. Hablan solamente "de organización", etc. Pero eso lo admite también el pequeño burgués, que teme precisamente la *dictadura* de los obreros en las relaciones económicas. El revolucionario proletario jamás habría podido "olvidar" en un momento como el actual esta "médula" de la revolución proletaria, enfilada contra las bases económicas del capitalismo.

[**] Véase el tomo 7 de la presente edición.

comunismo, los socialistas exigen el más riguroso control por parte de la sociedad y por parte del Estado sobre la medida de trabajo y la medida de consumo...” (ibídem).

“...Contabilidad y control: eso es lo principal que se necesita para “poner a punto” y para que funcione bien la primera fase de la sociedad comunista” (ob. cit., pág. 95). Y ese control debe ser establecido no sólo sobre “la insignificante minoría de capitalistas, sobre los señoritos que quieran conservar sus hábitos capitalistas”, sino también sobre los obreros “profundamente corrompidos por el capitalismo” (ob. cit., pág. 96), y sobre “los haraganes, los señoritos, los truhanes y demás depositarios de las tradiciones del capitalismo” (ibídem).

Es significativo que Bujarin no haya subrayado *esto*.

5 de mayo de 1918.

Publicado los días 9, 10 y 11 de mayo de 1918 en los núms. 88, 89 y 90 de “Pravda”.

T. 36, págs. 283-314.

TESIS SOBRE LA SITUACIÓN ACTUAL.

I

Se ha señalado ya muchas veces en la prensa bolchevique y reconocido en resoluciones oficiales de los órganos del Poder superior soviético que la situación internacional de la República Soviética, rodeada de potencias imperialistas, es inestable en extremo.

En los últimos días, es decir, en la primera década de mayo de 1918, la situación política se ha agravado extraordinariamente en virtud de causas tanto exteriores como interiores.

Primero, se ha intensificado la ofensiva directa de la tropas contrarrevolucionarias (de Semiónov y otros) con ayuda de los japoneses en el Extremo Oriente; a este respecto, una serie de indicios ha mostrado la posibilidad de que toda la coalición imperialista antialemana llegue a un acuerdo, tomando como base la presentación de un ultimátum a Rusia: o peleas contra Alemania o te invadirán los japoneses con nuestra ayuda.

Segundo, después de Brest, en la política alemana se ha impuesto, en general, el partido belicista, que ahora puede imponerse también de un momento a otro en la cuestión de una ofensiva general inmediata contra Rusia, es decir, dar de lado por completo la otra política de los medios imperialistas burgueses de Alemania, que aspiran a nuevas anexiones en Rusia pero que, hoy por hoy, quieren la paz con ella y no una ofensiva general contra ella.

Tercero, la restauración del monarquismo burgués y terrateniente en Ucrania con el apoyo de los elementos democonstitucionalistas y octubristas de la burguesía de toda Rusia y con la ayuda de las tropas alemanas tenía forzosamente que exacerbar la lucha frente a la contrarrevolución en nuestro país, tenía que dar alas a los planes de nuestra contrarrevolución y elevar sus ánimos.

Cuarto, se ha agravado en extremo el desbarajuste en el abastecimiento que ha conducido en muchos lugares a una verdadera hambre, debido a que Rostov del Don ha quedado cortado de nosotros y también a los esfuerzos de la pequeña burguesía y de los capitalistas en general por frustrar el monopolio del trigo y la resistencia de insuficientes firmeza, disciplina e inclemencia de la clase dominante, es decir, del proletariado, a esos afanes, esfuerzos e intentos.

II

La política exterior del Poder soviético en modo alguno debe cambiar. Nuestra preparación militar no ha terminado aún, por lo que la consigna general sigue siendo la misma: maniobrar, replegarse y esperar, prosiguiendo esa preparación con todas las fuerzas.

Sin renunciar en general, ni mucho menos, a los acuerdos militares con una coalición imperialista contra la otra en los casos en que esos acuerdos, sin infringir los fundamentos del Poder soviético, puedan fortalecer su situación y paralizar el ataque contra él por parte de cualquier potencia imperialista, en el momento actual no podemos aceptar un acuerdo militar con la coalición anglo-francesa. Porque para esta coalición es de verdadera importancia distraer del Oeste a las tropas de Alemania, es decir, que avancen numerosos cuerpos de ejército japoneses hacia el corazón de la Rusia europea, y esa condición es inaceptable porque significa la bancarrota completa del Poder Soviético. Si la coalición anglo-francesa nos presentara ultimátum de ese género, responderíamos con una negativa, pues el peligro de avance japonés puede ser paralizado con menos dificultades (o puede ser alejado por más tiempo) que el peligro de ocupación de Petrogrado, Moscú y la mayor parte de la Rusia europea por los alemanes.

III

Al fijar las tareas de la política exterior del Poder soviético en estos momentos, hay que observar la mayor prudencia, cautela y firmeza para no ayudar, con un paso irreflexivo o precipitado, a los elementos extremistas de los partidos belicistas del Japón o de Alemania.

Se trata de que en esos dos países, los elementos extremistas del partido belicista están a favor de una ofensiva inmediata y general contra Rusia para ocupar todo su territorio y derrocar el Poder soviético. Y esos elementos extremistas pueden imponerse de un momento a otro.

Mas, por otra parte, es un hecho indudable que la mayoría de la burguesía imperialista de Alemania se opone a esa política y prefiere en el momento actual una paz anexionista con Rusia y no proseguir la guerra, considerando que semejante guerra distraería fuerzas del Oeste, aumentaría la inestabilidad de la situación interior en Alemania, ya de por sí notable, y

dificultaría la obtención de materias primas de los lugares sublevados o damnificados por la destrucción de los ferrocarriles, la siembra insuficiente, etc., etc.

El afán japonés de atacar a Rusia se ve frenado, primero, por el peligro de movimiento y de las insurrecciones en China; segundo, por cierto antagonismo de Norteamérica, que teme el fortalecimiento del Japón y confía en conseguir materias primas de Rusia con mayor facilidad en condiciones de paz.

Por supuesto, es muy posible que tanto en el Japón como en Alemania se impongan de un momento a otro los elementos extremistas del partido belicista. Mientras no estalle la revolución en Alemania no podrá haber ninguna garantía contra ello. La burguesía norteamericana puede confabularse con la japonesa; y la japonesa, con la alemana. Por eso, la más intensa preparación militar es un deber absoluto nuestro.

Pero mientras existan algunas probabilidades, por pocas que sean, de conservar la paz o de firmar la paz con Finlandia, Ucrania y Turquía, al precio de nuevas anexiones o nuevas pérdidas, no debemos dar en modo alguno ningún paso que pueda ayudar a los elementos extremistas del partido belicista de las potencias imperialistas.

IV

En el problema de la intensa preparación militar, lo mismo que en el de la lucha contra el hambre, figura en primer plano la tarea de organización.

No puede hablarse de una preparación militar más o menos seria sin vencer las dificultades alimenticias, sin asegurar a la población un abastecimiento acertado de pan, sin implantar el orden más severo en el transporte ferroviario, sin establecer entre las masas de la población trabajadora (y no sólo en sus capas superiores) una disciplina verdaderamente férrea. Es en este terreno precisamente en el que llevamos más retraso.

Justamente esta verdad es la que no comprenden en absoluto los elementos eseristas de izquierda y anarquistas que lanzan gritos a formar comités "insurreccionales" y aullidos, llamando "¡a las armas!", etc. Esos gritos y aullidos son el colmo de la estupidez y de la palabrería de lo más ruin, despreciable y repulsiva, pues resulta ridículo hablar de "insurrección" y "comités insurreccionales" cuando el Poder soviético central pone todas sus fuerzas a convencer a la población de que debe aprender el arte militar y armarse, cuando tenemos muchas más armas de las que somos capaces de contar y distribuir, cuando precisamente el desbarajuste económico y la falta de disciplina nos impiden utilizar las armas existentes y nos obligan a perder un tiempo precioso que necesitamos para prepararnos.

La intensa preparación militar para una guerra seria no requiere arrebatos, gritos ni consignas de combate, sino una labor prolongada, intensa, tenacísima de disciplinada a gran escala. Hay que dar una réplica contundente a los elementos eseristas de izquierda y anarquistas que no desean comprender estos y no dejar que contagien su histerismo a ciertos elementos de nuestro partido proletario, comunista.

V

Se necesita una lucha implacable contra la burguesía que asoma la oreja en los últimos días como consecuencia de las circunstancias antes indicadas; hay que declarar el estado de sitio, clausurar periódicos, detener a los cabecillas, etc. Estas medidas son tan imprescindibles como la campaña militar contra la burguesía rural, que no entrega los excedentes de cereales y frustra el monopolio del trigo. Sin la disciplina férrea del proletariado es imposible salvarse ni de la contrarrevolución ni del hambre.

Debe tenerse en cuenta, en particular, que la burguesía ha utilizado en los últimos días, con maestría inigualable, con la habilidad de un virtuoso, otra arma contra el Poder soviético: sembrar el pánico. Y algunos de nuestros camaradas, sobre todo de los menos firmes ante las frases revolucionarias de los eseristas de izquierda y anarquistas, se han dejado llevar, presos del pánico o no viendo la divisoria que separa a la prevención legítima y necesaria contra los peligros que nos amenazan a causa de la siembra del pánico.

Es necesario tener bien presentes las peculiaridades fundamentales de toda la actual situación política y económica de Rusia, en virtud de las cuales nada se gana con arrebatos de ninguna clase. Es preciso que asimilemos y hagamos asimilar a todos los obreros la verdad de que sólo una labor firme y paciente para crear y restablecer la disciplina proletaria y aplastar sin piedad a los hampones, los kulaks y desorganizadores puede salvar al Poder soviético en el momento actual, en el momento de una de las transiciones más difíciles y peligrosas, inevitable como consecuencia de que la revolución se retrasa en Occidente.

Escrito el 12 ó 13 de mayo de 1918. Publicado por primera vez en 1929, en la "Recopilación Leninista", t. XI.

T. 36, págs. 322-326.

EL HAMBRE.

(Carta a los obreros de Petrogrado)

Camaradas: Hace unos días me visitó un delegado vuestro, miembro del partido y obrero de la fábrica Putílov. Este camarada me describió con lujo de pormenores el cuadro, en extremo penoso, del hambre que se pasa en Petrogrado. Todos sabemos que, en numerosas provincias industriales, el problema del abastecimiento presenta la misma gravedad; el hambre llama con no menos dolor a las puertas de los obreros y de los pobres en general.

Y al mismo tiempo observamos el desenfreno de la especulación con el pan y otros artículos alimenticios. El hambre no se debe a que falte grano en Rusia, sino a que la burguesía y todos los ricos despliegan la lucha final, la lucha decisiva, contra el dominio de los trabajadores, contra el Estado de los obreros, contra el Poder soviético, en el problema más importante y grave: el del trigo. La burguesía y todos los ricos, incluidos los ricachos del campo, los kulaks, hacen fracasar el monopolio del trigo y la distribución de cereales por el Estado, implantada en beneficio y provecho del abastecimiento de toda la población, en primer término de los obreros, de los trabajadores, de los necesitados. La burguesía sabotea los precios de tasa, especula con los cereales, se gana cien o doscientos rublos, e incluso más, en cada pud, destruye el monopolio del trigo e impide la justa distribución, recurriendo a la corrupción y al soborno, al apoyo premeditado de cuanto pueda hundir el poder de los obreros, que pugna por llevar a la práctica el primer principio del socialismo, su principio básico y fundamental: "El que no trabaja, no come".

"El que no trabaja, no come": esto lo comprende cualquier trabajador. Con ello están de acuerdo todos los obreros, todos los campesinos pobres e incluso los campesinos medios, todo el que haya conocido las necesidades, todo el que haya vivido alguna vez de su trabajo. Las nueve décimas partes de la población de Rusia están de acuerdo con esta verdad sencilla, la más sencilla y evidente, que constituye la base del socialismo, el manantial inagotable de su fuerza, la firme garantía de su victoria definitiva.

Mas lo esencial consiste, precisamente, en que una cosa es expresar la conformidad con esta verdad, jurar que se la comparte y reconocerla de palabra, y otra saber aplicarla en la práctica. Cuando centenares de miles y millones de seres padecen el suplicio del hambre (en Petrogrado, en las provincias no agrícolas y en Moscú) en un país donde los ricos, los kulaks y los especuladores ocultan millones y millones de puds de cereales, en un país que se denomina República Socialista Soviética, hay motivos para que cada obrero y campesino consciente reflexione del modo más serio y profundo.

"El que no trabaja, no come": ¿cómo llevar esto a la práctica? Es claro como la luz del día que para ello se precisa: primero, el monopolio estatal del trigo, es decir, la prohibición absoluta de todo comercio privado de cereales, la entrega obligatoria al Estado de todos los excedentes de cereales a precios de tasa, la prohibición absoluta a quienquiera que sea de retener y ocultar los excedentes; segundo, un recuento minucioso de todos los excedentes de cereales y su envío, irreprochablemente organizado, de los lugares donde abundan a los puntos donde escasean, acopiándose al mismo tiempo reservas para el consumo y la siembra; tercero, una distribución acertada y equitativa de los cereales entre todos los ciudadanos del país, bajo el control del Estado obrero, del Estado proletario, sin privilegios ni ventajas de ningún género para los ricos.

Basta reflexionar, por poco que sea, en estas condiciones de la victoria sobre el hambre para comprender la profundísima estupidez de los despreciables charlatanes anarquistas, que niegan la necesidad del poder estatal (implacablemente severo con la burguesía, implacablemente riguroso con los desorganizadores del mismo) para pasar del capitalismo al comunismo, para emancipar a los trabajadores de todo yugo y de toda explotación. Precisamente ahora, cuando nuestra revolución ha empezado a acometer de lleno, de manera concreta y práctica (y en esto consiste su inmenso mérito) las tareas de la realización del socialismo, precisamente ahora -por cierto, en el problema más importante, el de los cereales- se ve con perfecta claridad la necesidad de un férreo poder revolucionario, de la dictadura del proletariado, de la organización del acopio de productos, de su transporte y su distribución en masa a escala nacional, teniendo en cuenta las necesidades de decenas y centenares de millones de seres, teniendo en cuenta las condiciones y los resultados de la producción no sólo con uno,

sino con muchos años de antelación (pues se dan años de malas cosechas, a veces se necesitan trabajos de mejoramiento del terreno para que aumente la cosecha de cereales, lo que requiere una labor de muchos años, etc.).

Románov y Kerenski dejaron en herencia a la clase obrera un país arruinado hasta el extremo por su guerra de rapiña, criminal y durísima, un país desvalijado totalmente por los imperialistas rusos y extranjeros. Sólo habrá cereales para todos si se registra del modo más riguroso cada pud, si se procede con la más absoluta equidad en la distribución de cada libra de pan. El pan para las máquinas, es decir, el combustible, escasea también mucho: si no ponemos en tensión todas las fuerzas para conseguir una economía inflexiblemente rigurosa en su consumo, una acertada distribución, se paralizarán los ferrocarriles y las fábricas, y el paro forzoso y el hambre harán sucumbir a todo el pueblo. La catástrofe nos amenaza, está materialmente a un paso de nosotros. Tras las inusitadas dificultades de mayo vienen otras más penosas aún en junio, julio y agosto.

El monopolio estatal del trigo existe en nuestro país, en virtud de una ley; pero, de hecho, es violado a cada paso por la burguesía. El ricachón de la aldea, el kulak, ese parásito que durante decenios ha venido saqueando a toda la comarca, prefiere lucrarse con la especulación y con la destilación clandestina de alcohol -¡tan beneficiosas para su bolsillo!- y echar la culpa del hambre al Poder soviético. Exactamente igual proceden los defensores políticos de los kulaks -los democonstitucionalistas, los eseristas de derecha y los mencheviques- que "trabajan" descarada y solapadamente contra el monopolio del trigo y contra el Poder soviético. El partido de los vacilantes, es decir, de los eseristas de izquierda, ha demostrado también en este caso su falta de carácter: cede a los gritos y lamentos interesados de la burguesía, clama contra el monopolio del trigo, "protesta" contra la dictadura en el abastecimiento, se deja intimidar por la burguesía, teme la lucha contra el kulak y se revuelve histéricamente, aconsejando elevar los precios de tasa, autorizar el comercio privado y otras cosas por el estilo.

Este partido de los vacilantes refleja en política algo parecido a lo que sucede en la vida diaria, cuando el kulak solivianta a los campesinos pobres contra los Soviets, los soborna, vende, por ejemplo, a algún campesino pobre un pud de grano por tres rublos y no por seis para que este campesino pobre corrompido se "aproveche" a su vez de la especulación, se "beneficie" con la venta especulativa de ese pud de trigo en ciento cincuenta rublos y se convierta en un voceras contra los Soviets, que prohíben el comercio privado de los cereales.

Todo el que sea capaz de pensar, todo el que desee pensar, por poco que sea, verá con claridad en qué dirección se desarrolla la lucha:

O vencen los obreros conscientes, avanzados, agrupando a su alrededor a las masas de campesinos pobres y estable haciendo un orden férreo, un poder de implacable severidad, la verdadera dictadura del proletariado, y obligan al kulak a someterse, implantando una distribución acertada de los cereales y del combustible a escala nacional;

o la burguesía, ayudada por los kulaks y con el apoyo indirecto de los vacilantes y los desorientados (anarquistas y eseristas de izquierda), derribará el Poder soviético y entronizará a un Kornílov ruso-alemán o a un Kornílov ruso-japonés que traerá al pueblo la jornada de 16 horas, el medio cuarterón de pan a la semana, fusilamientos de obreros en masa y torturas en las mazmorras, como en Finlandia y en Ucrania.

Una cosa u otra.

No hay términos medios.

La situación del país ha llegado al extremo.

Quien reflexione sobre la vida política no podrá menos de ver que los democonstitucionalistas, los eseristas de derecha y los mencheviques tratan de ponerse de acuerdo si es más "grato" un Kornílov ruso-alemán o un Kornílov ruso-japonés, si aplastará mejor y con mayor energía la revolución un Kornílov coronado o un Kornílov republicano.

Es ya hora de que se pongan de acuerdo todos los obreros conscientes, avanzados. Es ya hora de que despierten y comprendan que cada minuto de dilación es una amenaza de que perezcan el país y la revolución.

Con medias tintas no se arregla nada. Las lamentaciones no conducirán a nada. Los intentos de conseguir pan o combustible "al por menor", para "uno mismo", es decir, para "su" fábrica, para "su" empresa, no hacen más que aumentar la desorganización, facilitar a los especuladores su obra egoísta, inmunda y tenebrosa.

He ahí por qué, camaradas obreros de Petrogrado, me permito dirigiros esta carta. Petrogrado no es toda Rusia. Los obreros de Petrogrado son una pequeña parte de los de Rusia. Pero son uno de sus destacamentos mejores, más avanzados, más conscientes, más revolucionarios, más firmes; son uno de los destacamentos de la clase obrera y de todos los trabajadores de Rusia que menos se dejan llevar por las frases vacías, por la desesperación pusilánime, que menos se dejan intimidar por la burguesía. Y en los instantes críticos de la vida de los pueblos ha sucedido más de una vez que los destacamentos de vanguardia de las masas avanzadas, aun siendo poco numerosos, supieron llevar en pos de sí a todos, prendieron el fuego del entusiasmo revolucionario en el corazón de las masas y realizaron las más grandiosas hazañas históricas.

Contábamos con cuarenta mil obreros en la

fábrica Putílov, me decía el delegado de los obreros de Petrogrado; pero la mayoría eran "temporeros", no proletarios, gente insegura, floja. Hoy quedan quince mil; pero son proletarios templados y probados en la lucha.

Y es esta vanguardia de la revolución (en Petrogrado y en todo el país) la que debe lanzar el grito de guerra, *alzarse en masa*, comprender que la salvación del país está en sus manos, que se exige de ella un heroísmo no menor que el de enero y octubre de 1905, el de febrero y octubre de 1917, que es preciso organizar la gran "*cruzada*" contra los especuladores de cereales, los kulaks, los parásitos, los desorganizadores y los concusionarios, la gran "*cruzada*" contra los violadores del rígido orden impuesto por el Estado en la obra de acopiar, transportar y distribuir el pan para la población y el pan para las máquinas.

Sólo el entusiasmo masivo de los obreros avanzados puede salvar el país y la revolución. Hacen falta decenas de millares de proletarios avanzados, templados, lo suficiente conscientes para explicar la situación a los millones de campesinos pobres en todos los confines del país y ponerse a la cabeza de esas masas; lo suficiente firmes para apartar y fusilar sin contemplaciones a todo el que se "deje seducir" (como sucede a veces) por la especulación y se convierta de combatiente de la causa del pueblo en saqueador; lo suficiente seguros y fieles a la revolución para soportar de una manera organizada todo el peso de la cruzada en los distintos confines del país con objeto de poner orden, reforzar los órganos locales del Poder soviético y controlar por doquier cada pud de trigo, cada pud de combustible.

Esto es más difícil que portarse con heroísmo unos cuantos días, sin abandonar el lugar de residencia, sin participar en la cruzada, limitándose a una insurrección relámpago contra el monstruo e idiota de Románov o el tontaina y vanidoso de Kerenski. El heroísmo del trabajo de organización, prolongado y tenaz, a escala nacional es inconmensurablemente más difícil que el de las insurrecciones; pero es, en cambio, inconmensurablemente más elevado. Sin embargo, la fuerza de los partidos obreros y de la clase obrera ha consistido siempre en que miran el peligro cara a cara, audaz, directa y francamente, sin temor a reconocerlo, en que sopesan con serenidad las fuerzas existentes en "su" campo y en el campo "ajeno", el campo de los explotadores. La revolución avanza, se despliega y amplía. Son mayores también nuestras tareas. Aumentan la extensión y la profundidad de la lucha. El umbral verdadero principal del socialismo consiste en distribuir con acierto los cereales y el combustible, en aumentar su obtención, en establecer un registro y un control rigurosos *por parte de los obreros* a escala nacional. Esto no es ya una tarea "general de la revolución", sino una tarea precisamente *comunista*, la tarea en que los trabajadores y los pobres deben dar la batalla decisiva al capitalismo.

Merece la pena entregar todas las fuerzas a esa batalla; cierto que son grandes las dificultades, pero grande es también la causa -por la que luchamos- de poner fin a la opresión y la explotación.

Cuando el pueblo padece hambre, y el paro hace estragos cada vez más terribles, quien oculte un solo pud de grano sobrante, quien prive al Estado de un pud de combustible es un criminal de la peor calaña.

En momentos como los actuales -y para la auténtica sociedad comunista eso es cierto siempre-, cada pud de grano y de combustible son verdaderas cosas sagradas, muy superiores a las que esgrimen los popes para embaucar a los tontos, prometiéndoles el reino de los cielos como recompensa por la esclavitud en la tierra. Y para despojar esta verdadera cosa sagrada de todo vestigio de "santidad" clerical hay que *apoderarse de ella en la práctica*, lograr de hecho su acertada distribución, recoger absolutamente todos los sobrantes de cereales, sin excepción, para reservas del Estado, *limpiar todo el país* de los sobrantes de cereales escondidos o no recogidos, hay que poner las fuerzas en máxima tensión, con mano firme de obrero, para aumentar la obtención de combustible y lograr la más estricta economía del mismo, el más estricto orden en su transporte y consumo.

Necesitamos una "cruzada" en masa de los obreros avanzados a cada lugar donde se producen cereales y combustibles, a cada punto importante de destino y distribución de los mismos, para intensificar la energía en el trabajo, para decuplicarla y ayudar a los órganos locales del Poder soviético en el registro y el control, para acabar a mano armada con la especulación, la confusión y el desorden. Esta tarea no es nueva. Hablando con propiedad, la historia no plantea tareas nuevas; lo único que hace es aumentar las proporciones y la amplitud de las viejas tareas a medida que se amplía la revolución, aumentan sus dificultades y se agiganta la grandeza de sus tareas de trascendencia histórica universal.

Una de las obras más ingentes e imperecederas de la Revolución de Octubre -de la revolución soviética- estriba en que el obrero avanzado, *como dirigente* de los campesinos pobres, *como jefe* de las masas trabajadoras del campo, *como edificador del Estado del trabajo*, "ha ido hacia el pueblo". Petrogrado ha enviado al campo a millares y millares de sus mejores obreros; lo mismo han hecho otros centros proletarios. Los destacamentos de combatientes contra los Kaledin y los Dútov o los destacamentos de abastecimiento no son una novedad. La tarea consiste únicamente en que la proximidad de la catástrofe y la gravedad de la situación obligan a hacer *diez veces* más que antes.

El obrero, al convertirse en jefe avanzado de las masas pobres, no se ha vuelto un santo. Conducía al pueblo hacia adelante, pero al mismo tiempo se contaminaba de las enfermedades inherentes a la descomposición pequeñoburguesa. Cuanto menor era el número de destacamentos integrados por los obreros mejor organizados, más conscientes, disciplinados y firmes, con tanta mayor frecuencia se corrompían, tanto más menudeaban los casos en que la psicología del pequeño propietario del pasado triunfaba sobre la conciencia proletaria, comunista, del futuro.

Al iniciar la revolución comunista, la clase obrera no puede despojarse de golpe y porrazo de las debilidades y los vicios que ha dejado en herencia la sociedad de los terratenientes y capitalistas, la sociedad de los explotadores y parásitos, la sociedad basada en el sórdido interés y en el lucro personal de unos pocos a costa de la miseria de los muchos. Pero la clase obrera puede vencer -y*, en fin de cuentas, vencerá segura e indefectiblemente*- al viejo mundo, sus vicios y debilidades, si contra el enemigo se lanzan nuevos y nuevos destacamentos obreros, cada vez más numerosos y avezados, cada día más templados en las dificultades de la lucha.

Esa, precisamente ésa, es la situación existente hoy en Rusia. Por separado, con acciones desperdigadas, no es posible vencer ni el hambre ni el paro forzoso. Necesitamos una “cruzada” en masa de los obreros avanzados a todos los confines del inmenso país. Hacen falta diez veces más *destacamentos de hierro* del proletariado consciente y de una fidelidad sin reservas al comunismo. Entonces venceremos el hambre y el paro forzoso. Entonces llevaremos la revolución hasta el verdadero umbral del socialismo. Entonces podremos también hacer una guerra defensiva victoriosa contra los rapaces imperialistas.

22 de mayo de 1918

N. Lenin.

Publicado el 24 de mayo de 1918 en núm. 101 de “Pravda”.

T. 36, págs. 357-364.

LA ACADEMIA SOCIALISTA DE CIENCIAS SOCIALES[68].

1. Proyecto de decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo.

El CCP saluda y aprueba plenamente la idea en que se basa el proyecto de fundar la Academia Socialista y encomienda al Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública que rehaga este proyecto, basándose en lo siguiente:

1) considerar que la piedra angular es formar una editorial de orientación marxista;

2) invitar al número mayor posible de fuerzas marxistas del exterior;

3) considerar que una de las tareas más urgentes es hacer una serie de investigaciones sociales;

4) tomar medidas inmediatas para localizar, reunir y utilizar al personal docente ruso.

Escrito el 25 de mayo de 1918.

2. Directrices a la comisión.

Encomendar a la Comisión:

1) examinar detenidamente los estatutos de la Academia Socialista de Ciencias Sociales para presentarlos al CCP y luego al CEC;

2) iniciar inmediatamente un intercambio de opiniones sobre este problema y también sobre la composición de la Academia, con marxistas no rusos y del extranjero;

3) hacer y discutir una lista de candidatos idóneos y dispuestos a ser miembros fundadores y profesores para presentarla al CCP y al CEC.

Escrito el 7 de junio de 1918.
T. 36, págs. 372-373.

DISCURSO EN EL I CONGRESO NACIONAL DE LOS CONSEJOS DE ECONOMÍA.

(*La aparición del camarada Lenin es acogida con clamorosos Aplausos*.)

Camaradas: Permitidme, ante todo, que salude al Congreso de los Consejos de Economía Nacional en nombre del Consejo de Comisarios del Pueblo. (*Aplausos*.)

Camaradas: Sobre el Consejo Superior de Economía Nacional ha recaído ahora una tarea difícil y de las más gratas. Es indudable que cuanto más avancen las conquistas de la Revolución de Octubre, cuanto más profundas sean las transformaciones radicales iniciadas por ella, cuanto más firmes sean los cimientos de las conquistas de la revolución socialista y el afianzamiento del régimen socialista, más se elevará el papel de los consejos de economía nacional. Estos organismos serán las únicas instituciones del Estado que ocuparán un lugar firme, tanto más firme cuanto más nos acerquemos al establecimiento del orden socialista, cuanto menos necesario resulte el mecanismo puramente administrativo, el mecanismo que se ocupa sólo de la administración. Después de que sea aplastada definitivamente la resistencia de los explotadores, después de que los trabajadores aprendan a organizar la producción socialista, este mecanismo de administración en el sentido escueto y estricto de la palabra, esta máquina del viejo Estado deberá morir, en tanto que el mecanismo del tipo del Consejo Superior de Economía Nacional está llamado a crecer, a desarrollarse y fortalecerse, haciéndose totalmente cargo de la actividad principal de la sociedad organizada.

Por eso, camaradas, cuando veo la experiencia de nuestro consejo Superior de Economía Nacional y de los consejos locales, a cuya actividad está ligado estrecha e indisolublemente, considero que, pese a haber muchas cosas sin terminar, imperfectas y no organizadas, no tenemos el menor motivo para hacer deducciones pesimistas. Porque la tarea que se impone el Consejo Superior de Economía Nacional y todos los consejos regionales y locales es tan gigantesca, tan universal, que no hay absolutamente nada que infunda temor en todo lo que vemos. Con mucha frecuencia -desde nuestro punto de vista, naturalmente, quizá con demasiada frecuencia- no se ha aplicado el proverbio "en cosa alguna pensar mucho y hacer una". En la organización de la economía al modo socialista, las cosas no resultan tan sencillas, por desgracia, como en ese proverbio.

Nuestras tareas se complican con el paso de todo el poder -esta vez no sólo político, y en primer lugar incluso no político, sino económico, es decir, que afecta a las bases más hondas de la vida cotidiana del hombre- a una nueva clase, a una clase que lleva tras de sí, por vez primera en la historia de la humanidad, a la aplastante mayoría de la población, a toda la masa de trabajadores y explotados. Es evidente a todas luces que en este caso, dadas la grandísima importancia y las grandísimas dificultades de las tareas de organización, cuando tenemos que organizar de una manera completamente nueva las bases más profundas de la vida de centenares de millones de seres, resulta imposible arreglar las cosas de modo tan sencillo como con el proverbio "en cosa alguna pensar mucho y hacer una". Nosotros, en efecto, no podemos pensar con antelación muchas veces y después hacer fijar lo que ha sido pensado y ajustado definitivamente. Debemos levantar nuestro edificio económico en el curso mismo del trabajo, probando unas u otras instituciones, observando su actividad en la práctica, comprobándolas con la experiencia colectiva general de los trabajadores y, lo principal, con la experiencia de los resultados del trabajo. Debemos hacer eso sin tardanza en el curso mismo del trabajo y, además, en una situación de lucha a muerte y de furiosa resistencia de los explotadores, cuya rabia crece cuanto más nos acercamos al momento de arrancar definitivamente la última muela cariada de la explotación capitalista. Es comprensible que, en tales condiciones, no exista el menor motivo para el pesimismo; aunque, claro está, para los ataques rabiosos de la burguesía y de los señores explotadores, heridos en sus mejores sentimientos, significa un gran motivo el que nosotros tengamos, incluso en un corto plazo, que rehacer varias veces en ciertas ocasiones los tipos, estatutos y organismos de dirección de distintas ramas de la economía nacional. Como es natural, para quienes participan demasiado cerca y de modo demasiado directo en este trabajo, rehaciendo incluso tres veces los estatutos, normas y leyes de administración, por ejemplo, de la Dirección General del Transporte Fluvial y Marítimo, no resulta muy agradable, y las satisfacciones que puede reportarles

ese género de trabajo no pueden ser muy grandes. Pero si nos abstraemos un poquito del desagrado inmediato que representa rehacer con excesiva frecuencia los decretos o si examinamos un poquito más a fondo y con mayor perspectiva la gigantesca obra histórica universal que ha emprendido el proletariado ruso -por ahora con sus propias fuerzas insuficientes-, comprenderemos en el acto que son inevitables modificaciones incluso más repetidas, pruebas en la práctica de distintos sistemas de administración y de distintas normas de organización de la disciplina. Comprenderemos que, en una obra tan gigantesca, jamás podríamos aspirar -y ningún socialista sensato que haya escrito sobre las perspectivas del futuro ha pensado nunca en ello- a poder crear de una vez y concretar de golpe las formas de organización de la nueva sociedad de acuerdo con una indicación dada de antemano.

Lo único que sabíamos, lo único que nos habían indicado con exactitud los mejores conocedores de la sociedad capitalista, los más grandes cerebros que previeron el desarrollo de esa sociedad, es que la transformación debía seguir, de modo históricamente inevitable, cierta gran pauta, que la propiedad privada de los medios de producción estaba condenada por la historia, que saltaría hecha añicos, que los explotadores serían expropiados sin remedio. Todo eso fue consignado con exactitud científica. Y nosotros lo sabíamos cuando enarbolamos la bandera del socialismo, cuando nos proclamamos socialistas, cuando fundamos los partidos socialistas, cuando empezamos a transformar la sociedad. Lo sabíamos cuando tomamos el poder para emprender la reorganización socialista, pero no podíamos conocer ni las formas de la transformación ni la rapidez del desarrollo de la reorganización concreta. Sólo la experiencia colectiva, sólo la experiencia de millones de personas puede dar en este sentido indicaciones decisivas, precisamente porque para nuestra causa, para la causa de la edificación del socialismo no basta la experiencia de centenares y centenares de miles de componentes de las capas superiores, que hicieron hasta ahora la historia tanto en la sociedad terrateniente como en la sociedad capitalista. Nosotros no podemos proceder así precisamente porque confiamos en la experiencia conjunta, en la experiencia de millones de trabajadores.

Por eso sabemos que la labor de organización, que constituye la tarea principal, cardinal y fundamental de los Soviets, lleva implícita obligatoriamente para nosotros multitud de experimentos, multitud de pasos, multitud de modificaciones, multitud de dificultades, sobre todo en lo que respecta a cómo colocar a cada cual en su sitio, pues en este sentido carecemos de experiencia, tenemos que decidir nosotros mismos cada paso. Y cuanto más graves son los errores en ese camino, tanto mayor es la seguridad de que con cada nuevo incremento del número de afiliados a los sindicatos, con cada nuevo millar, con cada nueva centena de millar de hombres que pasan del campo de los trabajadores, de los explotados -que vivían hasta ahora ateniéndose a las tradiciones, a las costumbres- al campo de los creadores de las instituciones soviéticas, aumenta el número de personas que deben reunir las debidas condiciones y encarrilar acertadamente la obra.

Tomemos una de las tareas secundarias con que tropieza muy a menudo el Consejo de Economía Nacional, el Consejo Superior de Economía Nacional: la tarea de utilizar a los especialistas burgueses. Todos nosotros sabemos -al menos quienes nos basamos en la ciencia y en el socialismo- que esta tarea sólo puede ser cumplida cuando el capitalismo internacional ha desarrollado, y en la medida que lo ha hecho, las premisas materiales, técnicas del trabajo, efectuado a escala gigantesca y basado en los datos de la ciencia y, por ello, en la preparación de inmensos cuadros de especialistas con instrucción científica. Sabemos que el socialismo es imposible sin eso. Si releemos las obras de los socialistas que durante el último medio siglo observaron el desarrollo del capitalismo y llegaron una y otra vez a la conclusión de que el socialismo es inevitable, veremos que todos ellos, sin excepción, indicaban que sólo el socialismo liberará a la ciencia de sus trabas burguesas, de su sometimiento al capital, de su esclavitud ante los intereses del sucio egoísmo capitalista. Sólo el socialismo permitirá difundir ampliamente y subordinar de verdad la producción y la distribución sociales de los productos según consideraciones científicas al objeto de hacer que la vida de todos los trabajadores sea lo más fácil posible y les dé la posibilidad del bienestar. Sólo el socialismo puede hacer eso. Y sabemos que debe hacerlo, y en la comprensión de esa verdad residen toda la dificultad del marxismo y toda su fuerza.

Debemos realizar esa obra, apoyándonos en los elementos que le son hostiles, pues cuanto más grande se hace el capital, más desarrolla la opresión por parte de la burguesía y el aplastamiento de los obreros. Cuando el poder se encuentra en manos del proletariado y de los campesinos pobres, cuando el poder se plantea el cumplimiento de tareas con el apoyo de esas masas, no tenemos más remedio que llevar a cabo dichas transformaciones socialistas con ayuda de los especialistas burgueses, de unos especialistas que se han educado en la sociedad burguesa, que no han visto otro ambiente, que no pueden imaginarse otro ambiente social. Y por eso, incluso en los casos en que tales hombres son absolutamente sinceros y fieles a su obra, incluso en esos casos están llenos de miles de prejuicios burgueses, están ligados por miles de hilos imperceptibles para ellos a la sociedad burguesa agonizante, en descomposición, y que, por ello, opone furiosa resistencia.

No pueden ocultársenos estas dificultades de la tarea y de su cumplimiento. De todos los socialistas que han escrito de ello, no puedo recordar ni una sola obra socialista conocida por mí o una opinión de socialistas destacados sobre la futura sociedad socialista en las que se indicar a la dificultad práctica concreta que habría de surgir ante la clase obrera, después de tomar el poder, al plantearse la tarea de transformar toda la suma de riquísimas reservas de cultura, de conocimientos y de técnica acumuladas por el capitalismo e históricamente necesarias, indispensables para nosotros, de transformar todo eso de instrumento del capitalismo en instrumento del socialismo. Eso es fácil en la fórmula general, en la contraposición abstracta; pero en la lucha contra el capitalismo, que no muere de repente y cuya resistencia se hace tanto más furiosa cuanto más se acerca a la muerte, esta tarea requiere un grandioso trabajo. Si en este terreno se efectúan experimentos, si hacemos correcciones repetidas de errores parciales, ello es inevitable cuando no se consigue de golpe, en una u otra rama de la economía nacional, convertir a los especialistas de servidores del capitalismo en servidores de las masas trabajadoras, en asesores suyos. El hecho de que no logremos eso en el acto no puede suscitar ni un ápice de pesimismo, ya que la tarea que nos señalamos es una tarea de dificultad y significación históricas universales. No cerramos los ojos ante la realidad de que solos, con nuestras propias fuerzas, no podemos hacer íntegramente la revolución socialista en un solo país, incluso si este país fuera muchísimo menos atrasado que Rusia, incluso si viviéramos en condiciones más fáciles que las resultantes de cuatro años de una guerra inaudita, dolorosa, dura y ruinosa. Quien vuelve la espalda a la revolución socialista que se desarrolla en Rusia, señalando la flagrante desproporción de fuerzas, se asemeja al anquilosado hombre enfundado que no ve más allá de sus narices, que olvida que no ha habido ninguna transformación radical histórica de cierta importancia sin una serie de casos de desproporción de fuerzas. Las fuerzas crecen en el proceso de la lucha, al unísono con el auge de la revolución. Cuando el país ha emprendido la senda de las más grandes transformaciones, el merito de este país y del partido de la clase obrera, que ha triunfado en él, consiste en que hemos emprendido de lleno el cumplimiento práctico de las tareas planteadas antes en abstracto, en teoría. Esa experiencia no se olvidará. Pase lo que pase, por duras que sean las vicisitudes de la revolución rusa y de la revolución socialista internacional, no se podrá prescindir de esa experiencia de los obreros, que están unidos ahora en organizaciones sindicales y locales y ponen prácticamente manos a la obra de organizar la producción a escala de todo el país. Esa experiencia ha entrado en la historia como una conquista del socialismo, y la futura revolución internacional erigirá sobre ella su edificio socialista.

Me permitiré señalar otra tarea, quizá la más difícil, que debe cumplir prácticamente el Consejo Superior de Economía Nacional. Es la tarea de la disciplina laboral. Hablando en propiedad, cuando nos referimos a ella debemos reconocer y destacar con satisfacción que los primeros que han emprendido por propia iniciativa el cumplimiento de esta tarea, de significación histórica universal, han sido precisamente los sindicatos, sus organizaciones más importantes: el Comité Central del Sindicato de Obreros Metalúrgicos, el Consejo de los Sindicatos de toda Rusia, las organizaciones sindicales superiores, que agrupan a millones de trabajadores. Para comprender esta tarea es preciso hacer abstracción de los pequeños reveses parciales, de las increíbles dificultades, que parecen invencibles si se las toma por separado. Hay que remontarse más alto y contemplar la sucesión histórica de los tipos de economía social. Sólo desde este punto de vista resaltará con claridad qué gigantesca tarea hemos asumido y qué gigantesca importancia tiene el hecho de que el representante más avanzado de la sociedad, las masas trabajadoras y explotadas, hayan acometido esta vez, por propia iniciativa, una misión que en la Rusia feudal anterior a 1861[69] era cumplida íntegramente por un puñado de terratenientes, que la consideraba obra propia. Su obra consistía entonces en crear unas relaciones y una disciplina que abarcaran a todo el Estado.

Sabemos cómo crearon esa disciplina los terratenientes feudales. Esa disciplina significó opresión, ultrajes, trabajos forzados y sufrimientos inauditos para la mayoría del pueblo. Recordad toda esa transición del régimen de la servidumbre a la economía burguesa. Lo que habéis visto, aunque la mayoría de vosotros no ha podido verlo, y lo que conocéis por las viejas generaciones, este paso que siguió de 1861 a la nueva economía burguesa, el paso de la vieja disciplina feudal del látigo, de la disciplina feudal absurda, del ultraje y la violencia más insolentes y brutales sobre el hombre, a la disciplina burguesa, a la disciplina del hambre, a la llamada contrata libre, que en realidad era la disciplina de la esclavitud capitalista; este paso parecía fácil, desde el punto de vista histórico, porque la humanidad pasaba de un explotador a otro explotador, porque una minoría de saqueadores y explotadores del trabajo del pueblo cedía su puesto a otra minoría también de saqueadores y también de explotadores del trabajo del pueblo, porque los terratenientes cedían su puesto a los capitalistas, una minoría a otra minoría, en tanto que las amplias masas de las clases trabajadoras y explotadas seguían oprimidas. E incluso esa sustitución de una disciplina explotadora por otra costó años, si no decenios de esfuerzos, costó años, si no decenios del período de transición, cuando los viejos terratenientes feudales

consideraban con absoluta sinceridad que se hundía todo, que sería imposible mantener la economía sin el régimen de la servidumbre; cuando el nuevo amo, el capitalista, chocaba a cada paso con dificultades prácticas y abandonaba su hacienda; cuando el signo material, una de las pruebas materiales de la dificultad de esa transición consistía en que Rusia traía máquinas del extranjero para trabajar con ellas, para trabajar con las mejores máquinas, y resultaba que no había ni hombres que supieran manejarlas ni dirigentes. Y en todos los confines de Rusia se observaba que las mejores máquinas estaban tiradas, sin utilizar. He ahí una prueba de hasta qué extremo fue difícil pasar de la vieja disciplina de la servidumbre a la nueva disciplina burguesa, capitalista.

Por tanto, camaradas, si enfocáis las cosas de ese modo, no os dejaréis desorientar por las personas, las clases, la burguesía y los lacayos de la burguesía que se plantean la única misión de sembrar el pánico, extender el desaliento, levar el total abatimiento a todo el trabajo y presentarlo como condenado al fracaso; que destacan cada caso aislado que la disciplina y descomposición y apuntan con el dedo a la revolución como si hubiera habido en el mundo, como si hubiera habido en la historia una revolución verdaderamente grande sin descomposición, sin pérdida de la disciplina, sin dolorosos pasos experimentales cuando la masa forja una nueva disciplina. No debemos olvidar que hemos llegado por vez primera a un punto preliminar de la historia en el que millones de trabajadores y explotados están forjando de verdad una nueva disciplina, la disciplina laboral, la disciplina de las relaciones de camaradas, la disciplina soviética. No pretendemos ni aspiramos a tener éxitos rápidos en este terreno. Sabemos que esta labor ocupará toda una época histórica. Hemos empezado una época histórica, en la que en un país todavía burgués destruimos la disciplina de la sociedad capitalista, la destruimos y nos enorgullecemos de que todos los obreros conscientes y absolutamente todos los campesinos trabajadores ayuden al máximo a destruirla; una época en la que en las masas crece voluntariamente, por propia iniciativa, la conciencia de que deben sustituir esta disciplina, basada en la explotación y la esclavitud de los trabajadores, no por indicación desde arriba, sino por indicación de su experiencia de la vida, de que deben sustituirla con la nueva disciplina del trabajo unido, con la disciplina de los obreros y los campesinos trabajadores, unidos y organizados, de toda Rusia, de un país con decenas y centenas de millones de habitantes. Esta tarea presenta dificultades gigantescas, pero es una tarea grata, ya que sólo cuando la cumplamos prácticamente hincaremos el último clavo en el ataúd de la sociedad capitalista que estamos enterrando. (*Aplausos*.)

Publicado íntegramente en 1918 en el libro “Trabajos del I Congreso Nacional de los Consejos de Economía. Actas taquigráficas”. Moscú.
T. 36. Págs. 377-386.

OBSERVACIONES AL PROYECTO DE "REGLAMENTO PARA LA ADMINISTRACIÓN DE LAS EMPRESAS NACIONALIZADAS".

El comunismo requiere y presupone la mayor centralización de la gran producción en todo el país. Por eso debe concederse sin falta al organismo central de toda Rusia el derecho de subordinar directamente a todas las empresas de la rama respectiva. Los organismos regionales determinan sus funciones en dependencia de las condiciones locales, de existencia, etc., conforme a las indicaciones y decisiones del organismo central concernientes a toda la producción.

Privar al organismo central de toda Rusia de derecho de subordinar directamente a todas las empresa, de una rama determinada en todos los confines del país, como se desprende del proyecto de la comisión, sería anarcosindicalismo regionalista, pero no comunismo.

Escrito el 2 de junio de 1918. Publicado por primera vez en 1959 en la "Recopilación leninista", t. XXXVI.

T. 36, págs. 392.

REUNIÓN CONJUNTA DEL CEC DE TODA RUSIA, DEL SOVIET DE DIPUTADOS OBREROS, CAMPESINOS Y SOLDADOS ROJOS Y DE LOS SINDICATOS DE MOSCÚ.

4 de junio de 1918.

1. Informe sobre la lucha contra el hambre.

Camaradas: El tema del que voy a hablar hoy es el de la gran crisis que se ha abatido sobre todos los países con temporáneos y que atormenta a Rusia con más rigor, quizá, que a ningún otro país, o en todo caso, que se siente aquí con la mayor intensidad. Debo hablar de esta crisis, del hambre que padecemos, en relación con los problemas que se nos plantean como resultado de la situación general. Y cuando hablamos de la situación general no se puede, desde luego, limitarse únicamente a Rusia, con tanto mayor motivo que, en la actualidad, todos los países de la civilización capitalista contemporánea se hallan vinculados entre sí de manera mucho más penosa y dolorosa que antes.

En todas partes, tanto en los países beligerantes como en los países neutrales, la guerra, la guerra imperialista entre dos grupos de saqueadores gigantescos, ha acarreado el total agotamiento de las fuerzas productivas. La ruina y la miseria han llegado al punto de que la guerra ha sumido en el hambre, en el sentido más literal y genuino de la palabra, a los países más adelantados, civilizados y cultos que hace no ya décadas, sino siglos, la desconocían. Es cierto que en los países adelantados, especialmente en los que el gran capitalismo ha habituado a la población, desde hace mucho tiempo, al máximo nivel de organización económica posible bajo ese sistema, se ha logrado distribuir adecuadamente el hambre, posponerla y hacerla menos aguda. Pero Alemania y Austria, por ejemplo, están padeciendo hambre, el hambre más verdadera, desde hace tiempo, sin hablar ya de los países vencidos y avasallados. Hoy es difícil abrir un solo ejemplar de un periódico sin tropezar con muchas noticias procedentes de una serie de países adelantados y cultos -no sólo países beligerantes, sino también neutrales, como, por ejemplo, Suiza o algunos de los países escandinavos-, sobre el hambre y las espantosas calamidades que se han abatido sobre la humanidad como consecuencia de la guerra.

Camaradas, los que han estado al tanto del desarrollo de la sociedad europea no dudan ya, desde hace mucho tiempo, que el capitalismo no se extinguirá por vía pacífica y que lleva directamente a la rebelión de las grandes masas contra el yugo del capital o al mismo resultado por el camino mucho más penoso, doloroso y sangriento de la guerra.

Muchos años antes de la guerra, los socialistas de todos los países señalaban y declaraban solemnemente en sus congresos que una guerra entre los países adelantados no sólo sería un crimen enorme, que semejante guerra, la guerra por el reparto de las colonias, por el reparto del botín de los capitalistas, no sólo significaría una ruptura total con los últimos progresos de la civilización y la cultura, sino que podría llevar, y en realidad llevaría inexorablemente, a socavar los fundamentos mismos de la sociedad humana. Porque, por primera vez en la historia, los más importantes progresos de la técnica han sido empleados a tal escala, de manera tan destructiva y con tal energía para el exterminio en masa de millones de seres humanos. Y ahora, cuando de tal modo se ponen todos los medios de producción al servicio de la guerra, vemos que se cumple la más sombría profecía, y que el salvajismo, el hambre y el total decaimiento de todas las fuerzas productivas se apoderan de un número mayor cada vez de países.

Por eso recuerdo cuánta razón tenía Engels, uno de los geniales fundadores del socialismo científico, cuando en 1887, treinta años antes de la revolución rusa, escribió que una guerra europea llevaría no sólo a que las coronas -como decía él- rodaran por docenas, caídas de las testas coronadas, y no habría quien las recogiese, sino que esa guerra conduciría también a una crueldad sin precedentes, a la barbarie y al atraso en Europa entera; y que, por otra parte, la guerra llevaría a la dominación de la clase obrera o a la creación de las condiciones que harían indispensable su dominación[70]. Esta vez el fundador del socialismo se expresó con mucha prudencia porque veía claramente que si la historia marchaba por ese camino, el resultado sería la bancarrota del capitalismo y la propagación del socialismo, y que nadie podría imaginar transición más dolorosa y dura, miseria más aguda y crisis más grave que quebrantaría todas las fuerzas productivas.

Y bien; ahora vemos con claridad la significación de los resultados de la matanza imperialista de los pueblos que se ha prolongado más de tres años, cuando incluso en los países más adelantados se

siente que la guerra ha entrado en un callejón sin salida, que no tiene solución bajo el capitalismo y que conducirá a una dolorosa ruina. Y si nosotros, camaradas, si la revolución rusa -que no se debe a un mérito especial del proletariado ruso, sino al curso general de los acontecimientos históricos, que, por la voluntad de la historia ha colocado transitoriamente a ese proletariado en el primer lugar, y lo ha convertido por ahora en la vanguardia de la revolución mundial- si nos ha tocado sufrir padecimientos particularmente duros y agudos por el hambre que nos azota cada vez más duramente, debemos comprender con claridad que estos infortunios son, ante todo y sobre todo, resultado de la maldita guerra imperialista. Esta guerra es causa de infortunios inauditos en todos los países, pero estos infortunios pueden ocultarse todavía a las masas y al conocimiento de la enorme mayoría de los pueblos sólo con transitorio éxito.

Mientras continúe la opresión militar, mientras dure la guerra, mientras ésta siga vinculada, por una parte, a esperanzas de victoria y a la creencia de que se puede salir de la crisis actual mediante la victoria de uno de los grupos imperialistas, y, por otra parte, se imponga una rabiosa censura militar y la embriaguez de la exaltación militarista en todo el pueblo, mientras continúe todo esto se podrá ocultar a la masa de la población de la mayoría de los países el abismo en que van a caer, en el cual han caído ya a medias. Y nosotros lo sentimos ahora con particular agudeza, porque en ninguna parte, excepto en Rusia, hay una oposición tan evidente entre la inmensidad de las tareas que se ha fijado el proletariado insurrecto, que ha comprendido que es imposible poner término a la guerra, la guerra mundial de los gigantes imperialistas más poderosos del mundo, que es imposible poner término a la guerra sin una poderosa revolución proletaria que abarque también al mundo entero.

Y cómo la marcha de los acontecimientos nos ha colocado en uno de los lugares más destacados de esta revolución y nos ha obligado durante un largo período, por lo menos desde octubre de 1917, a seguir siendo un destacamento aislado al que los acontecimientos le impiden acudir con la suficiente rapidez en ayuda de los otros destacamentos del socialismo internacional, la situación en que nos hallamos es ahora diez veces más dura. Cuando hemos hecho todo lo que puede hacer directamente el proletariado insurrecto, apoyado por el campesinado pobre, para derrocar a nuestro principal enemigo y para defender a la revolución socialista, vemos no obstante que, a cada paso, la opresión de las rapaces potencias imperialistas que cercan a Rusia y la herencia de la guerra pesan sobre nosotros cada día más. Estas consecuencias de la guerra aún no se han dejado sentir del todo. Hoy estamos, en el verano de 1918, quizás ante una de las etapas más duras, difíciles y críticas de transición de nuestra revolución. Y las dificultades no se limitan al ámbito internacional, donde estamos inexorablemente condenados a una política de retrocesos, mientras nuestro fiel y único aliado, el proletariado internacional, sólo se prepara para la insurrección, sólo madura para la misma, todavía no está en condiciones de actuar abierta y concertadamente, aunque todo el curso de los acontecimientos en la Europa Occidental, el furioso salvajismo de las últimas batallas en el frente occidental, la crisis que se agrava en los países beligerantes, todo concurre a demostrar que la insurrección de los obreros europeos no está lejana y que, aunque puede ser demorada, llegará sin falta.

Justamente en tal situación tenemos que soportar dentro del país las mayores dificultades, cuyas consecuencias son una serie de vacilaciones provocadas, más que nada, por la penosa escasez de alimentos, por la agobiante hambre que nos acosa y obliga a afrontar una tarea que exige la máxima tensión de fuerzas, la mayor organización, y que, al mismo tiempo, no se puede afrontar con los métodos viejos. Emprenderemos la solución de este problema junto a la clase que afrontó con nosotros la guerra imperialista, la clase con la que derrocamos a la monarquía imperialista y a la burguesía imperialista republicana de Rusia, la clase que debe forjar sus armas, desarrollar sus fuerzas y crear su organización en medio de dificultades crecientes, de tareas crecientes y del creciente alcance de la revolución.

Tenemos planteada ahora la tarea más elemental de toda colectividad humana: vencer el hambre, o, por lo menos, aliviar de inmediato el hambre directa, la penosa hambre que aflige a las dos capitales y a decenas de distritos de la Rusia rural. Y debemos resolver esta tarea en medio de una guerra civil y de la furiosa, desesperada resistencia de los explotadores de todo rango y especie, de todo matiz y orientación. Naturalmente, en tal situación, esos elementos de los partidos políticos que no pueden romper con lo viejo y no pueden creer en lo nuevo, se encuentran en estado de guerra, utilizándola para una única finalidad: el restablecimiento de los explotadores.

Las noticias que recibimos de cualquier rincón de Rusia exigen que afrontemos este problema, la relación entre el hambre y la lucha contra los explotadores, frente a la contrarrevolución que levanta cabeza. Se nos plantea la tarea de vencer el hambre, o, por lo menos, aliviar su rigor hasta la nueva cosecha, defender el monopolio de los cereales y los derechos del Estado soviético, los derechos del Estado proletario. Hay que acopiar todos los excedentes de cereales; debemos conseguir que todas las reservas sean transportadas a los sitios donde hacen falta y distribuidas adecuadamente. Esta tarea fundamental significa preservar la sociedad humana; al mismo tiempo implica un esfuerzo increíble, es

una tarea que puede cumplirse por un solo conducto: una intensificación mayor y generalizada del trabajo.

En los países donde esta tarea se cumple mediante la guerra eso se hace por la esclavitud militar, implantando la esclavitud militar para los obreros y campesinos; se cumple proporcionando a los explotadores nuevos y mayores beneficios. Por ejemplo, en Alemania, donde la opinión pública está tan coartada, donde se reprime todo intento de protesta contra la guerra, pero donde persiste, sin embargo, un sentido de la realidad, de hostilidad socialista a la guerra, no encontraremos método más común de mantener la situación que el rápido aumento del número de millonarios que se han enriquecido con la guerra. Esos nuevos millonarios se han enriquecido con ahínco y ensañamiento.

El hambre de las masas constituye ahora, en todos los países imperialistas, el mejor terreno para la especulación más desenfrenada, para ganar riquezas sin precedentes con la miseria y el hambre.

Esto lo estimulan los países imperialistas, por ejemplo, Alemania, donde el hambre está mucho mejor organizada. No en vano se dice que es el centro del hambre organizada, donde las raciones de pan y los mendrugos están mejor repartidos entre la población. Vemos que allí la aparición de nuevos millonarios es un rasgo común del Estado imperialista; que esos países no conocen otro modo de combatir el hambre. Se permite obtener ganancias dobles, triples y cuádruples a quienes tienen mucho trigo y saben cómo especular y convertir la organización, el racionamiento, la reglamentación y la distribución en especulación. No queremos marchar por ese camino, sea quien fuere el que nos impulse a ello, consciente o inconscientemente. Afirmamos: hemos estado y estaremos hombro a hombro, junto a la clase con la que hemos actuado contra la guerra, con la que derrocamos a la burguesía y con la que estamos sufriendo las penurias de la crisis actual. Debemos insistir en que se cumpla el monopolio de los cereales, pero no como medio para legalizar la especulación capitalista, a pequeña o gran escala, sino para combatir a los saqueadores conscientes.

En esto vemos dificultades más grandes, peligros mayores que los que arrastramos cuando teníamos frente a nosotros al zarismo armado hasta los dientes, o a la burguesía rusa armada hasta los dientes, que no consideró un crimen derramar la sangre de centenares de miles de obreros y campesinos rusos en la ofensiva de junio del año pasado[71], a la vez que guardaba en el bolsillo los tratados secretos que le proporcionaban una participación en el botín, pero que considera un crimen la guerra de los trabajadores contra los opresores, la única guerra justa, sagrada, la guerra de la que hablamos desde el comienzo mismo de la matanza imperialista y que ahora todos los acontecimientos vinculan inevitablemente, a cada paso, al hambre.

Sabemos que la autocracia zarista estableció desde el comienzo precios de tasa para los cereales y elevó estos precios. ¡Cómo no! Seguía fiel a sus aliados: los comerciantes de cereales, los especuladores, los magnates de la banca, quienes con eso ganaban millones.

Sabemos cómo los conciliadores del Partido Demócrata Constitucionalista -junto con los eseristas y mencheviques- y Kerenski implantaron el monopolio del trigo, ya que toda Europa decía que sin el monopolio no podían sostenerse más. Y sabemos cómo este mismo Kerenski, en agosto de 1917, eludió la ley democrática de entonces. Para eso existen las leyes democráticas y los regímenes hábilmente interpretados: para eludirlos. Sabemos cómo este mismo Kerenski duplicó esos precios en agosto, mientras que los socialistas de todo matiz y color protestaban contra la medida y se ofendían por la misma. Entonces no hubo un solo periódico que no se indignara por este proceder de Kerenski y no denunciara que, detrás de los ministros republicanos, detrás del gabinete de los mencheviques y de los eseristas estaban las manipulaciones de los especuladores, que duplicar los precios del trigo fue una concesión a los especuladores, que todo el asunto no era nada más que una concesión a los especuladores. Conocemos esa historia.

Podemos comparar ahora cómo se desarrolló el monopolio del trigo y la lucha contra el hambre en los países capitalistas de Europa y cómo se desarrolló en nuestro país. Vemos ahora cómo aprovechan estos acontecimientos los contrarrevolucionarios. Son una lección de la que debemos extraer conclusiones firmes y rigurosas. La crisis, que ha llegado al extremo de una penosa hambre, ha provocado una mayor agudización de la guerra civil. Ha conducido al desenmascaramiento de partidos tales como el eserista de derecha y el menchevique, que se diferencian del reconocido partido capitalista, el Partido Demócrata Constitucionalista, en que éste es directamente un partido de las centurias negras. Los democonstitucionalistas no están obligados a dirigirse al pueblo y nada tienen que decirle; no están obligados a disfrazar sus objetivos; en cambio estos partidos que se conciliaron con Kerenski, que compartieron el poder y los tratados secretos con él, están obligados a dirigirse al pueblo. (*Aplausos*.) Y por eso, a pesar de sus deseos y de sus planes, se ven forzados a ponerse en evidencia de cuando en cuando.

Al ver, por una parte, que el hambre provoca alzamientos y motines de la gente hambrienta y, por otra, que la chispa de las rebeliones contrarrevolucionarias, por cierto alimentadas con el dinero de los imperialistas anglo-franceses y ayudadas por los esfuerzos de los eseristas de derecha y mencheviques (*Aplausos*), se propaga del

uno al otro confín de Rusia, nos decimos: el cuadro es claro; quien quiera soñar con frentes únicos, que lo haga.

Y ahora vemos muy claramente que, después de la derrota de la burguesía rusa en abierto conflicto militar, en el período de octubre de 1917 a febrero y marzo de 1918, todo choque abierto entre las fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias demostró a los contrarrevolucionarios, hasta a los cabecillas de los cosacos del Don, con quienes se contaba más que con nadie, que su causa estaba perdida, que en todas partes la mayoría de la población estaba contra ellos. Y toda nueva tentativa, incluso en las regiones más patriarcales, con capas de agricultores más ricos, más separados en castas, como los cosacos, toda nueva tentativa de la contrarrevolución ha terminado siempre, sin excepción, por volver contra ellas, en realidad, a nuevos sectores de trabajadores oprimidos.

En el periodo de octubre a marzo, la experiencia de la guerra civil ha demostrado que las masas de los trabajadores, la clase obrera de Rusia y los campesinos que viven de su propio trabajo, que no explotan el trabajo ajeno, están todas ellas, en abrumadora mayoría y en todos los confines de Rusia, en pro del Poder soviético. Pero quien pensó que estábamos ya en camino de un mayor desarrollo orgánico ha tenido que convencerse de su error.

La burguesía se vio derrotada...* Y aquí comienza una escisión en la pequeña burguesía de Rusia: unos se orientan a los alemanes; otros, a los anglo-franceses; pero los unos y los otros están unidos por la orientación del hambre.

A fin de que tengáis claro, camaradas, que no es nuestro partido, sino sus enemigos y los enemigos del Poder soviético quienes concilian la orientación alemana y la anglo-francesa, basándolas en un programa común: derrocar el Poder soviético, aprovechándose del hambre; a fin de aclarar cómo ocurre eso, me permito citar, sintetizando el informe de la última conferencia menchevique. Este informe fue publicado en el periódico *Zhizn*. (*Murmullos*, *Aplausos*.)

Por este informe, publicado en el núm. 26 de *Zhizn*, sabemos que Cherevanin, el cual hizo el informe sobre política económica, criticó la política del Poder soviético y propuso una solución de compromiso al problema: la incorporación de representantes del capital comercial, como hombres de negocios prácticos, en condiciones especialmente ventajosas para ellos, basadas en el cobro por comisión. Por el mismo informe sabemos que Groman, presidente de la Junta de Abastecimiento del Norte, presente en la conferencia, hizo la siguiente deducción, a la que llegó, como dice el informe, basándose en un gran acopio de observaciones personales y de todo género -únicamente en círculos burgueses, agrego yo-: “Es necesario –dijo- adoptar dos métodos: el primero, los actuales precios deben ser aumentados; el segundo, debe ofrecerse una prima especial por el transporte urgente de trigo”, etc. (*Una voz*: “¿Qué hay de malo en eso?”) Sí; oiréis lo que eso tiene de malo, aun cuando el orador que se ha tomado la palabra desde ese rincón sin que se la concedan (*Aplausos*) crea poder convenceros de que en eso no hay nada de malo. Pero tal vez haya olvidado el desarrollo de la conferencia menchevique. El mismo periódico *Zhizn* informa que, después de Groman, habló el delegado Kolokólnikov, quien manifestó lo siguiente: “Nos invitan a participar en las organizaciones bolcheviques de abastecimiento”. Qué mal, ¿verdad?, deberíamos decir, recordando las palabras del orador anterior. Y si el mismo orador, que no quiere estarse quieto y toma la palabra, aunque no se la hayan concedido, grita que es mentira, que Kolokólnikov no dijo tal cosa, tomo nota de la declaración y le pido que repita con claridad y con voz que oigan todos esa negativa. Me permito recordaros la resolución presentada en la conferencia por Mártov, quien no es desconocido de vosotros, en la cual se dice exactamente lo mismo del Gobierno soviético, aunque con otras palabras y con otras frases. (*Murmullos, voces*) Sí; por mucho que os riáis, sigue siendo un hecho; en la discusión del informe sobre la situación del abastecimiento, los representantes mencheviques dicen que el Poder soviético no es una organización proletaria, sino una organización inútil.

En tales momentos, cuando estallan motines contrarrevolucionarios debidos al hambre, y, aprovechándose del hambre, es inútil recurrir a negativas y artimañas: el hecho es evidente. Tenemos delante la política sobre esta cuestión eficazmente desarrollada por Cherevanin, Groman y Kolokólnikov. La guerra civil se reanima, la contrarrevolución enseña la oreja; y estoy seguro de que el noventa y nueve por ciento de los obreros y campesinos rusos han sacado su conclusión de estos acontecimientos -aunque no todos lo sepan aún-, la están sacando y la seguirán sacando, y dicha conclusión es la siguiente: sólo aplastando la contrarrevolución, sólo continuando la política socialista en el problema del hambre, en la lucha contra el hambre, lograremos vencer el hambre y a los contrarrevolucionarios que se aprovechan del hambre.

Camaradas, ha llegado en realidad el momento en que el Poder soviético, después de una prolongada y dura lucha contra grandes y duros enemigos contrarrevolucionarios, los ha derrotado en choque abierto, y luego de vencer la resistencia militar de los explotadores y su sabotaje, se apresta a emprender el trabajo de organización. La dificultad de la lucha

* En la vesión taquigráfica sigue una frase indescifrable. (*N. de la Edit.*)

contra el hambre y la inmensidad de esta tarea tiene realmente su explicación en el hecho de que ahora nos acercamos de lleno y directamente a la de organización.

Triunfar en la insurrección es infinitamente más fácil. Derrotar la resistencia de la contrarrevolución es un millón de veces más fácil que triunfar en la esfera de la organización. Esto se refiere especialmente a los casos de cumplimiento de la tarea en que el proletariado insurrecto y el pequeño propietario, es decir, los grandes sectores de la pequeña burguesía, podían marchar en gran medida juntos, cuando había aún muchos elementos democráticos y trabajadores en general. Ahora hemos pasado a otra tarea. La penosa hambre nos ha llevado por fuerza a una tarea netamente comunista. Afrontamos una tarea revolucionaria socialista. Se nos presentan dificultades extraordinarias.

No tememos estas dificultades, las conocíamos y nunca dijimos que sería fácil la transición del capitalismo al socialismo. Implicará todo un período de violenta guerra civil, implicará la adopción de medidas penosas, hasta que al destacamento del proletariado insurrecto de un país se una el proletariado de otro país para enmendar los errores en un esfuerzo conjunto. Se nos presentan aquí tareas de organización relacionadas con los artículos de consumo general, relacionadas con las más profundas raíces de la especulación, las cuales están vinculadas a las capas superiores del mundo burgués y de la explotación capitalista, y que no son fáciles de eliminar con el solo empuje de las masas. Tenemos que ocuparnos aquí de las raíces y raicillas, pequeñas pero profundas, de la explotación burguesa en todos los países, plasmadas en los pequeños propietarios, en todo su sistema de vida, en las costumbres y en la mentalidad del pequeño propietario y del pequeño patrono; tenemos que ocuparnos aquí del pequeño especulador, de su falta de costumbre del nuevo sistema de vida, de la falta de fe en éste y de la desesperación.

Pues es un hecho que muchos trabajadores, al advertir las tremendas dificultades que nos pone la revolución, se han dejado llevar por la desesperación. Eso no nos atemoriza. Jamás ni en parte alguna hubo revolución en la que ciertos sectores de la población no fueran presa de la desesperación.

Cuando las masas destacan una determinada vanguardia disciplinada, cuando esta vanguardia sabe que esta dictadura, que este poder firme ayudará a atraer a todos los campesinos pobres -se trata de un proceso largo que implica una lucha dura-, eso es el comienzo de la revolución socialista en su verdadero sentido. Pero cuando vemos que los obreros unidos y la masa de los campesinos pobres que se habían organizado contra los ricos y los especuladores, contra la multitud a la que muchos intelectuales conscientes o inconscientes lanzan como los Cherevanin y los Groman consignas de especuladores, cuando estos obreros, confundidos, abogan por la venta libre del trigo o por la importación de vehículos de carga, nosotros respondemos que eso significa socorrer a los kulaks. No tomaremos ese camino. Decimos: nos apoyaremos en los elementos trabajadores con cuya ayuda logramos la victoria de octubre y sólo con nuestra clase, sólo implantando la disciplina proletaria en todos los sectores del pueblo trabajador podremos cumplir la tarea histórica que ahora afrontamos.

Tenemos que vencer inmensas dificultades. Tendremos que reunir todos los excedentes y reservas, organizar adecuadamente su transporte y distribución entre decenas de millones de personas. Tendremos que conseguir que el trabajo marche con la regularidad de un reloj. Tendremos que vencer el desbarajuste estimulado por los especuladores y los vacilantes, que siembran el pánico. Esta tarea de organización sólo pueden cumplirla los obreros conscientes que afrontan las dificultades prácticas. Vale la pena consagrar todas las fuerzas a esta tarea; vale la pena empeñarse en el último y decisivo combate. Y en este combate triunfaremos. (*Aplausos*.)

Camaradas, los últimos decretos sobre medidas tomadas por el Poder soviético nos muestran que el camino de la dictadura proletaria es un camino de duras pruebas eso es claro e indiscutible para un verdadero socialista.

Los últimos decretos se ocupan del problema fundamental de la vida: el pan. Los inspiran tres ideas rectoras: primero, la idea de la centralización: la de unir a todos en el cumplimiento de la tarea común bajo la dirección del centro. Debemos demostrar que somos serios y no ceder al desánimo; debemos rechazar los servicios de los pequeños especuladores de comestibles y unir todas las fuerzas proletarias, pues en la lucha contra el hambre nos apoyamos en las clases oprimidas y vemos la salida únicamente en su enérgica oposición a todos los explotadores, en la unificación de toda su labor.

Sí, nos dicen que el monopolio del trigo es quebrantado a cada paso por la acción de los pequeños especuladores de comestibles y de los acaparadores. Con frecuencia oímos decir a los intelectuales: sin embargo los pequeños especuladores de comestibles nos ayudan, nos alimentan a todos. Sí; pero los pequeños especuladores de comestibles nos alimentan a lo kulak, hacen justamente lo que se necesita para establecer, consolidar y perpetuar el poder de los kulaks, para que quienes tengan poder puedan ejercerlo a su alrededor con ayuda de sus ganancias y por medio de diversas gentes. Pero nosotros afirmamos que si la gente, cuyo pecado es hoy, sobre todo, la falta de fe, uniera sus fuerzas, la lucha sería

mucho más fácil. Si en alguna parte existiera un revolucionario que tuviese la esperanza de que pudiésemos pasar al régimen socialista sin dificultades, semejante revolucionario, semejante socialista no valdría un comino.

Nosotros sabemos que la transición del capitalismo al socialismo es una lucha sumamente difícil. Pero estamos dispuestos a soportar mil dificultades, estamos dispuestos a realizar mil tentativas, y luego de estas mil tentativas emprenderemos la mil y una. Ahora procuramos atraer a todas las organizaciones soviéticas a esta nueva vida creadora, las inducimos a desplegar nuevas energías. Nuestro cálculo es vencer las nuevas dificultades con la ayuda de nuevos sectores, con la organización de los campesinos pobres. Y ahora paso a la segunda tarea fundamental.

He dicho que la primera idea que figura en todos los decretos es la de centralizar. Únicamente juntando todo el cereal en una bolsa común podremos vencer el hambre, y aun así el cereal apenas alcanzará. Nada queda en Rusia de la abundancia pasada, y es preciso que el comunismo penetre hondo en todas las conciencias, para que todos consideren los excedentes de trigo como propiedad del pueblo y sean sensibles a los intereses de los trabajadores, para lograrlo, el único método es el que propone el Poder soviético.

Cuando se nos habla de otros métodos, respondemos como lo hicimos en la sesión del CEC de toda Rusia. Cuando os propusieron otros métodos, dijimos: marchaos con Skoropadski, con la burguesía. Enseñadles vuestros métodos, tales como aumentar el precio del trigo o formar un bloque con los kulaks; allí encontraréis oídos dispuestos a escucharos. Pero el Gobierno soviético sólo dice una cosa: las dificultades son inmensas y debéis responder a cada dificultad con nuevos esfuerzos de organización y disciplina. Tales dificultades no pueden ser superadas en un mes. La historia de las naciones nos muestra décadas consagradas a superar dificultades menos importantes que las nuestras, y esas décadas han pasado a la historia como las décadas más grandes y fructíferas. Nunca lograrán sumirnos en el desánimo con referencias a los fracasos del primer semestre de una gran revolución. Continuaremos con nuestra vieja consigna de centralización, unidad y disciplina proletaria a escala de toda Rusia.

Si nos dicen, como dice Groman en su informe: “los destacamentos que ustedes han enviado a acopiar cereales se emborrachan y se convierten ellos mismos en destiladores de aguardiente y en saqueadores”, responderemos: sabemos muy bien con cuánta frecuencia ocurre eso. No disimulamos ni disculpamos tales hechos; tampoco tratamos de eludirlos con frases y propósitos supuestamente izquierdistas. No; la clase obrera no está separada de la vieja sociedad burguesa por una muralla china. Y cuando llega la revolución, las cosas no ocurren como con la muerte de un individuo, en que se saca al difunto. Cuando perece la vieja Sociedad, no es posible encerrar su cadáver en un ataúd y enterrarlo. Se descompone en nuestro medio; este cadáver se pudre y nos contamina.

En ninguna gran revolución ha ocurrido de otra manera; en ninguna gran revolución puede ocurrir de otra manera. Precisamente para preservar y desarrollar los brotes del nuevo orden en una atmósfera impregnada de los miasmas del cadáver en putrefacción, debemos luchar contra el ambiente literario y político, contra el juego de los partidos políticos -impregnados todos, desde los democonstitucionalistas hasta los mencheviques, de esos miasmas del cadáver en putrefacción-, pues todo eso va a ser utilizado para ponerlo como obstáculo en nuestro camino. La revolución socialista no puede nacer de otra manera; ningún país podrá pasar del capitalismo al socialismo de otro modo que en una atmósfera de capitalismo en descomposición y de penosa lucha contra él. Y por eso decimos: nuestra primera consigna es la centralización; nuestra segunda consigna, la unidad de los obreros. ¡Obreros, uníos, uníos! Esto no es nuevo; puede no parecer efectista ni original. No promete éxitos fáciles de charlatanes, como esos con que tratan de tentarlos hombres como Kerenski, quien en agosto de 1917 duplicó los precios, tal como los han duplicado y decuplicado los burgueses alemanes; hombres que os prometen éxitos directos e inmediatos con tal de que os mostréis cada vez más indulgentes con los kulaks. Por supuesto, no marcharemos por ese camino. Nosotros decimos: nuestro segundo método puede ser un método viejo, pero es un método permanente: ¡uníos! (*Aplausos*.)

Estamos en una situación difícil. La República Soviética atraviesa tal vez uno de sus períodos más arduos. Nuevos sectores de obreros vendrán en nuestra ayuda. No tenemos policía, no tendremos una casta militar especial, no tenemos otro aparato que la unidad consciente de los obreros. Ellos sacarán a Rusia de su situación desesperada y enormemente difícil. (*Aplausos*.) Los obreros deben unirse, hay que organizar destacamentos obreros, deben organizarse los hambrientos en los distritos no agrícolas de hambre: a ellos pedimos ayuda, a ellos los llama nuestro Comisariado de Abastecimiento, a ellos los exhortamos a que se incorporen a la cruzada por el pan, a la cruzada contra los especuladores y los kulaks, por el restablecimiento del orden.

Una cruzada era una campaña en la que a la fuerza física se agregaba la fe en algo que, en siglos pasados, se obligaba con torturas a la gente a considerar sagrado. Pero nosotros queremos, creemos, estamos convencidos, sabemos que la Revolución de Octubre ha hecho que los obreros

avanzados y los campesinos pobres avanzados consideren ahora sagrado: la conservación de su poder sobre los terratenientes y capitalistas. (*Aplausos*.) Ellos saben que no basta con la fuerza física para tener influencia sobre las masas de la población. Necesitamos de la fuerza física porque construimos una dictadura, aplicamos la fuerza a los explotadores y apartaremos con desprecio a quien no comprenda esto, para no gastar palabras en hablar sobre la forma de socialismo. (*Aplausos*.)

Nosotros decimos: estamos ante una nueva tarea histórica. Tenemos que hacer comprender a esta nueva clase histórica que necesitamos destacamentos de agitadores obreros. Necesitamos obreros de los diversos distritos de las provincias no productoras. Necesitamos que inicien desde allí su marcha como preconizadores políticos conscientes del Poder soviético, que bendigan y legitimen nuestra guerra por los víveres, nuestra guerra contra los kulaks, nuestra guerra contra el desorden; que posibiliten la realización de la propaganda socialista; que expliquen en el campo la diferencia existente entre pobres y ricos, noción que comprenderá todo campesino y que constituye la profunda fuente de nuestra fuerza. Es una fuente difícil de hacer brotar y brotar plenamente porque hay gran cantidad de explotadores. Y estos explotadores recurren a los métodos más variados para someter a las masas, por ejemplo, al soborno de los campesinos pobres, permitiéndoles que se enriquezcan con el aguardiente casero o se dediquen a la venta a precios especulativos para ganar con cada rublo varios rublos. ¡Esos son los métodos a que recurren los kulaks y la burguesía campesina para influir sobre las masas!

No podemos culpar a los pobres por esto, porque sabemos que durante décadas y milenios han sufrido la esclavitud, han padecido la servidumbre y el sistema que la servidumbre dejó en Rusia. Debemos acercarnos a ellos no solo con las armas dirigidas contra los kulaks, sino también con la prédica de los obreros conscientes, que llevan al campo la fuerza de su organización. Uníos, representantes de los pobres: ésa es nuestra tercera consigna. Esto no es coquetear con los kulaks ni es el absurdo método de elevar los precios. Si dobláramos los precios, ellos dirían: subir los precios. Están hambrientos. Esperemos un poco y los subirán más aún. (*Aplausos*)

Este es un camino trillado, el camino de complacer a los kulaks y especuladores; es fácil tomar este camino y ofrecer perspectivas tentadoras. Los intelectuales que se titulan socialistas están dispuestos a pintarnos tales perspectivas, y esos intelectuales forman legión. Pero nosotros os decimos: invitamos a tomar otro camino a quienes estén dispuestos a defender el Poder soviético, a quienes lo valoren y consideren que es el poder de los trabajadores, el poder de la clase explotada. Esta nueva tarea histórica es cosa difícil. Si la cumplimos, elevaremos una nueva capa, daremos una nueva forma de organización a los sectores de los trabajadores y explotados que son en su mayoría oprimidos e ignorantes, que están menos unidos y que todavía deben unirse.

Los destacamentos de vanguardia de los obreros urbanos, los obreros industriales, se han unido en todo el mundo y lo han hecho sin excepción. Pero en casi ninguna parte del mundo se han hecho aún tentativas sistemáticas, sin reservas y abnegadas para unir a los que se dedican a la pequeña producción agrícola y están embrutecidos por sus condiciones de vida en las aldeas, porque viven en rincones remotos y apartados, en la ignorancia. Aquí se nos plantea una tarea que funde en una sola meta, no sólo la lucha contra la escasez de alimentos, sino también la lucha por el régimen del socialismo en toda su profundidad e importancia. Se nos plantea aquí un combate tal por el socialismo que vale la pena consagrarle todas nuestras energías y arriesgarlo todo, porque se trata de la lucha por el socialismo (*Aplausos*), porque se trata de la lucha por el régimen de los trabajadores y explotados.

Tendremos a los campesinos trabajadores por aliados nuestros en este camino. En este camino nos esperan conquistas sólidas y, además, inalienables. ¡Esta es nuestra tercera y significativa consigna!

Tales son las tres consignas fundamentales: centralización en el trabajo de abastecimiento, unidad del proletariado y organización de los campesinos pobres. Y nuestro llamamiento, el llamamiento de nuestro Comisariado de Abastecimiento a cada sindicato, a cada comité de fábrica, dice: la vida es penosa para vosotros, camaradas; ayudadnos pues, unid vuestros esfuerzos a los nuestros, castigad toda infracción de las disposiciones, toda infracción del monopolio del trigo. La tarea es difícil, pero lucha contra los pequeños especuladores de comestibles, contra la especulación y los kulaks, una y otra vez, cien veces, mil veces y venceremos. Porque a este camino traen a la mayoría de los obreros todo el curso de su vida y las duras enseñanzas de nuestros padecimientos y fracasos en el terreno del abastecimiento. Ellos saben que si bien las deficiencias de las organizaciones de abastecimiento eran compensadas por acciones aisladas, individuales, mientras en Rusia aún no había una falta absoluta de cereales, en lo sucesivo no ocurrirá así. Únicamente pueden ayudarnos el esfuerzo común y la unidad de todos los que más sufren en las ciudades y provincias castigadas por el hambre. Ese es el camino que el Poder soviético les exhorta a seguir: la unidad de los obreros, de sus destacamentos de vanguardia, para llevar la agitación a las aldeas, para hacer la guerra por los cereales contra los kulaks.

No lejos de Moscú, en las vecinas provincias de

Kursk, Oriol y Tambov, según el cálculo de los especialistas más prudentes, aún hay un excedente de unos diez millones de puds de cereales. Aún nos falta mucho para poder acopiar ese excedente y concentrarlo en una reserva estatal.

Emprendamos con toda energía esta tarea. Que el obrero consciente vaya a cada una de esas fábricas donde domina por momentos la desesperación, donde la gente, torturada por el hambre, está dispuesta a aceptar las consignas falsas de quienes vuelven a los métodos de Kerenski, al aumento de los precios de tasa, y que diga: vemos a gente que ha perdido la fe en el Poder soviético. Incorporaos a nuestros destacamentos de agitadores de choque. No os desaniméis porque haya muchos casos en que estos destacamentos se dan a la bebida y se disuelven. Utilizaremos cada uno de esos ejemplos para demostrar, no que la clase obrera no sirve, sino que todavía no se ha librado de los defectos de la vieja sociedad rapaz y que no puede librarse de ellos de golpe. Unamos nuestros esfuerzos, formemos decenas de destacamentos, aunemos sus acciones y así nos libraremos de nuestros defectos.

Camaradas, para terminar, permitidme que llame vuestra atención sobre algunos de los telegramas que suele recibir el Consejo de Comisarios del Pueblo y, en especial, nuestro Comisariado de Abastecimiento. (*Lee varios telegramas.*)

Camaradas, en esta cuestión de la crisis del abastecimiento de víveres, de los tormentos del hambre que azota a todas nuestras ciudades, observamos que, como dice el refrán, las malas noticias tienen alas. Quiero haceros conocer ciertos documentos recibidos por los organismos e instituciones del Poder soviético, después de publicado el decreto del 13 de mayo sobre la dictadura en el abastecimiento de víveres, en el cual se dice que ahora, igual que antes, contamos únicamente con el proletariado. Los telegramas señalan que las provincias ya han empezado a organizar la cruzada contra los kulaks, a organizar a los pobres del campo, tal y como proponíamos. Prueba de ello son los telegramas recibidos.

¡Que toquen, pues, sus trompetas los Cherevanin y los Groman, que sus voces, siembren el pánico y exhorten a destruir y derribar el Poder soviético! Los que se dedican a trabajar no se dejarán inquietar por eso; verán los hechos, verán que el trabajo marcha y que las nuevas filas se forman y se cierran.

Está surgiendo una nueva forma de lucha contra los kulaks: la alianza de los campesinos pobres, a los que es preciso ayudar y a los que es preciso unir. Es necesario apoyar la propuesta de dar primas por la entrega de cereales. Estamos de acuerdo con dar esas primas a los campesinos pobres y ya hemos comenzado a hacerlo. Pero contra los kulaks, contra esos criminales que someten a la población a los tormentos del hambre y por cuya culpa sufren millones de personas, emplearemos la fuerza. A los pobres del campo les damos toda clase de alicientes; tienen derecho a ello. El campesino pobre ha logrado acceso, por primera vez, a los bienes materiales de la vida, y vemos que su existencia es más pobre que la del obrero. Daremos a los pobres del campo toda clase de alicientes, les ayudaremos si nos ayudan a organizar el acopio de los cereales, a conseguir los cereales de los kulaks. No debemos escatimar recurso alguno para que ello sea una realidad en Rusia.

Ya hemos emprendido este camino. La experiencia de todos los obreros conscientes y los nuevos destacamentos lo seguirán desarrollando día cada día.

Camaradas, el trabajo ha comenzado y va en marcha. No esperamos un éxito deslumbrante, pero estamos seguros de que tendremos éxito. Sabemos que entramos en un período de nuevas destrucciones, en uno de los períodos más duros y difíciles de la revolución. No nos sorprende en absoluto que la contrarrevolución se reanime, que entre nosotros aumente el número de vacilantes y desesperados. Diremos: basta de vacilaciones, fuera la desesperación, que será aprovechada por la burguesía, interesada en sembrar el pánico; comenzad a trabajar; con nuestros decretos sobre el abastecimiento, con nuestro plan que se apoya en los pobres, nos hallamos en el único camino justo. Frente a las nuevas tareas históricas, os exhortamos a hacer un nuevo esfuerzo. Esta tarea es de una dificultad inmensa, pero, repito, grata en grado sumo. Aquí luchamos por las bases de la distribución comunista, por la creación efectiva de los firmes pilares de la sociedad comunista. A trabajar todos juntos. Venceremos el hambre y conquistaremos el socialismo. (*Clamorosos Aplausos que se transforman en ovación.*)

2. Discurso de resumen de la discusión del informe sobre la lucha contra el hambre.

Camaradas: Opino que los discursos de los representantes de los diversos grupos fraccionales han revelado lo que era de esperar.

A pesar de las diferencias existentes entre los bolcheviques y ciertos partidos y grupos, nos hemos convencido de que es el inmenso entusiasmo de las masas lo que cohesiona en la lucha contra el hambre, y no sólo a las organizaciones bolcheviques. Y no dudamos de que cuanto más avance la lucha contra el hambre y cuanto más de manifiesto se ponga la contrarrevolución que se esconde detrás de las bandas checoslovacas y otras, tanto mayor será el deslindamiento entre los partidarios de los bolcheviques -los obreros y las masas campesinas trabajadoras-, y sus enemigos, cualquiera que sea el nombre que se den, cuyos argumentos estamos discutiendo. Dichos enemigos siguen repitiendo los viejos y trillados argumentos sobre la paz de Brest y

la guerra civil, como si en los tres meses transcurridos desde la paz de Brest los acontecimientos no hubieran confirmado de manera convincente la razón de quienes afirmaban que sólo la táctica de los comunistas podía dar al pueblo paz y libertad para la labor de organizar y unir sus fuerzas en la preparación de las nuevas y grandes guerras que sobrevendrán, esta vez en condiciones diferentes. Los acontecimientos demuestran plenamente que el proletariado europeo, entonces imposibilitado de ayuda, ahora -podemos decirlo sin temor a exagerar-, cada mes que transcurre se aproxima aún más al punto en que comprenderá por completo que la insurrección es inminente y se hará inevitable. Los acontecimientos han demostrado plenamente que sólo había una elección posible: aceptar una paz obligada, una paz expoliadora.

Toda persona que piensa advirtió que la resolución presentada por los eseristas de derecha al IV Congreso de los Soviets era contrarrevolucionaria[72]; y todo el que piensa advertid lo mismo respecto a la resolución de los mencheviques, que todavía siguen vociferando: “abajo la paz de Brest”, y fingen no saber que con su actitud tratan en realidad de arrastrarnos a una guerra con la burguesía alemana, por medio del cuerpo de ejército checoslovaco amotinado[73] y los agentes mercenarios.

No vale la pena que nos detengamos en las acusaciones que se hacen a los comunistas, achacándoles las culpas del hambre. Otro tanto sucedió durante la Revolución de Octubre. Ningún socialista o anarquista, llámenlo como quieran, se atreverá a levantarse en una asamblea y afirmar, a menos que se haya vuelto loco, que se puede llegar al socialismo sin guerra civil.

Se pueden revisar íntegramente todas las publicaciones de todos los partidos, fracciones y grupos socialistas de alguna responsabilidad. y no se encontrará a un solo socialista responsable y serio que diga nada tan absurdo como que el socialismo puede llegar de otro modo que por medio de la guerra civil, o que los terratenientes y capitalistas entregarán voluntariamente sus privilegios. Sería una ingenuidad rayana en la tontería. Y hoy, después de las derrotas infligidas a la burguesía y a sus partidarios, oímos confesiones como la de Bogaievski, por ejemplo, que contaba en el Don con el mejor terreno de Rusia para la contrarrevolución, quien ha admitido también que la mayoría del pueblo está contra ellos y que, por lo tanto, ninguna actividad subversiva de la burguesía servirá sin la ayuda de las bayonetas extranjeras. Sin embargo, aquí se ataca a los bolcheviques por la guerra civil. Eso equivale a pasarse al campo de la burguesía contrarrevolucionaria, cualesquiera que sean las consignas que se utilicen para disimularlo.

Tanto antes de la revolución como ahora decimos que cuando el capital internacional coloca la guerra en el terreno de la historia, cuando mueren centenares de miles de personas y cuando la guerra crea nuevas formas de vivir y acostumbra a la gente a resolver los problemas por la fuerza de las armas, pensar que se pueda salir de la guerra de otro modo que no sea transformándola en guerra civil es algo más que extraño. Y lo que está madurando en Austria. Italia y Alemania muestra que, en esos países, la guerra civil tomará formas aún más acusadas, será mucho más aguda. No existe otro camino para el socialismo, y quien hace la guerra al socialismo lo traiciona por completo.

En cuanto a las medidas relacionadas con el abastecimiento, se me ha reprochado que no hable de ellas con detenimiento. Pero eso no formaba parte de mi tarea. El informe sobre el problema del abastecimiento lo han hecho mis compañeros, que han trabajado especialmente en ese problema, y no durante meses, sino durante años, estudiándolo no sólo en las oficinas de Petrogrado o Moscú, sino también en las provincias, ocupándose concretamente de cómo almacenar los cereales, de cómo instalar los graneros, etc. Estos informes fueron presentados al CEC de toda Rusia y al Soviet de Moscú, donde pueden encontrarse los datos sobre el tema. En cuanto a la crítica práctica y a las indicaciones concretas, no eran tarea mía, la cual estribaba en esbozar los principios del problema que se nos plantea, y aquí no he oído crítica alguna que merezca atención, ni objeción sensata que merezca un examen desde el punto de vista de nuestros principios. Para finalizar, camaradas, permitidme decir que estoy persuadido, más aún, que estoy seguro de que la inmensa mayoría estará de acuerdo conmigo, pues nuestra asamblea no se propone aprobar una resolución determinada, aun cuando eso, naturalmente, sea también importante, ya que demostrará que el proletariado sabe cohesionar sus fuerzas; pero eso no hasta, está lejos, lejísimos de bastar: lo que debemos hacer ahora es resolver problemas prácticos.

Sabemos, y en particular lo saben los camaradas obreros, que a cada paso dado en la vida práctica, en cada fábrica, en cada asamblea y en cada aglomeración accidental que se produce en la calle, se plantea siempre y con creciente agudeza el mismo problema: el del hambre. Por eso, nuestra principal tarea debe ser que esta asamblea, en la que estamos reunidos con representantes del CEC de toda Rusia. del Soviet de Diputados de Moscú y de los sindicatos, sirva de punto de partida para un viraje en todo nuestro trabajo práctico. Todo lo demás debe supeditarse por entero al éxito de nuestra labor de propaganda, agitación y organización en la lucha contra el hambre, que debe colocarse en primer plano y fundirse completamente con la guerra proletaria, implacable y firme contra los kulaks y los especuladores.

Nuestro Comisariado de Abastecimiento ha dirigido ya un llamamiento a los comités de fábrica, a los sindicatos y a los grandes centros proletarios donde actuamos directamente, a esos múltiples y estrechos vínculos que unen a los obreros de Moscú con centenares de miles de obreros organizados de las fábricas de todos los grandes distritos industriales.

Con tanta mayor razón debemos aprovechar estos vínculos.

La situación es crítica. El hambre no sólo amenaza; ya está presente. Es necesario que todo obrero, todo militante del partido se imponga de inmediato la tarea práctica de cambiar el rumbo esencial de su actividad.

¡Todos a las fábricas, todos a las masas, todos deben emprender ahora el trabajo práctico! Este trabajo nos dará gran cantidad de indicaciones prácticas acerca de métodos más fructíferos y, al mismo tiempo, ayudará a descubrir y promover nuevas fuerzas. Con la ayuda de estas nuevas fuerzas desplegaremos un amplio trabajo, y estamos firmemente persuadidos de que los próximos tres meses, mucho más difíciles que los anteriores, servirán para templar nuestras fuerzas, nos llevarán a la victoria total sobre el hambre y facilitarán la realización de todos los planes del Gobierno soviético. (*Clamorosos Aplausos*.)

Publicado íntegro por primera vez en 1920 en el libro "Actas de las sesiones del CEC de toda Rusia, 4ª legislatura. Versión taquigráfica".

T. 36, págs. 399-418.

DISCURSO EN EL I CONGRESO NACIONAL DE MAESTROS INTERNACIONALISTAS.

Breve nota taquigráfica.

(*El congreso recibe al camarada Lenin con una entusiástica ovación*.)

Lenin saluda al congreso en nombre del Consejo de Comisarios del Pueblo y dice que los maestros, que antes se decidían con lentitud a trabajar con el Gobierno soviético, se van convenciendo cada vez más de que esa colaboración es necesaria. En otros sectores sociales son también muchos los casos en que los adversarios del Poder soviético se transforman en partidarios suyos.

El ejército de los maestros debe encarar gigantescas tareas en la esfera de la instrucción y, ante todo, debe formar el principal ejército de la instrucción socialista. Es necesario emancipar la vida y el saber del imperio del capital, del yugo de la burguesía. Los maestros no deben limitarse al marco de los estrechos deberes pedagógicos. Deben fundirse con toda la masa combatiente de los trabajadores. La tarea del nuevo magisterio consiste en ligar la labor docente con la organización socialista de la sociedad.

Es necesario reconocer que la mayoría de los intelectuales de la vieja Rusia se revela como categórico adversario del Poder soviético, y no hay duda de que no será fácil superar las dificultades que ello implica. El proceso de efervescencia en la gran masa de maestros no hace más que comenzar, y los que están de verdad con el pueblo no deben constreñirse a los límites del sindicato de trabajadores de la enseñanza de toda Rusia, sino que deben llevar con paso firme su propaganda a las masas. Este camino desembocará en la lucha conjunta del proletariado y del magisterio en pro de la victoria del socialismo. (*Lenin abandona la sala entre prolongados y unánimes Aplausos*.)

Publicado en el núm. 1 de "Memorias de la Unión de Maestros Internacionalistas de toda Rusia" de 1918.

T. 36, págs. 420-421.

SOBRE LA ORGANIZACIÓN DE BIBLIOTECAS.

Proyecto de disposición del CCP.

El Consejo de Comisarios del Pueblo amonesta al Comisariado de Instrucción Pública porque no presta atención suficiente a la organización acertada de bibliotecas en Rusia y le encomienda que adopte sin demora las medidas más enérgicas: 1) para centralizar la organización de bibliotecas en Rusia, y 2) para implantar el sistema suizo-norteamericano.

Se prescribe al Comisariado de Instrucción Pública que presente al CCP informes quincenales de lo que haya realizado prácticamente en este terreno.

Escrito el 7 de junio de 1918. Publicado por primera vez en 1933 en la "Recopilación Leninista", t. XXI.

T. 36, pág. 422.

DISCURSO EN UN MITIN QUE SE DIO EN EL CLUB DE SOKOLNIKI.

Información periodística.

(*Clamorosos Aplausos*.) Nuestro partido se ha propuesto celebrar hoy, en Moscú, el mayor número posible de mítines con el objeto de llamar la atención de la clase obrera sobre la situación en que se halla el Poder soviético y los esfuerzos que deberá realizar para superar la actual situación.

Ustedes saben que en los últimos meses, e incluso semanas, se ha reanimado la contrarrevolución. Los eseristas de derecha y los mencheviques acusan al Poder Soviético de haber traicionado y vendido a Rusia a los imperialistas alemanes.

Sin embargo, sabemos muy bien lo que ha ocurrido y ocurre en el Cáucaso, donde los mencheviques caucasianos han concertado una alianza con los imperialistas turcos, y en Ucrania, donde los eseristas de derecha ucranios han concertado una alianza con el imperialismo alemán. Más aun, camaradas, en esas regiones no sólo se han suprimido todas las realizaciones del Poder soviético, no sólo se detienen y fusila a los obreros, no sólo se les ha privado de todas sus conquistas, sino que incluso han llevado al poder a Skoropadski. Desde luego, con tales medidas no pueden ganar la simpatía de la clase obrera. Por eso los contrarrevolucionarios tratan de aprovecharse en estos momentos del cansancio del pueblo ruso, del hambre. Ponen en juego sus últimos recursos para derrocar el Poder soviético.

Ahora se han aferrado a los checoslovacos, quienes, preciso es decirlo, no están en absoluto contra el Poder soviético. No son los checoslovacos quienes están contra el Poder soviético, sino sus oficiales contrarrevolucionarios. Con ayuda de estos oficiales, los imperialistas aspiran a arrastrar a Rusia a la matanza mundial que aún prosigue.

Lo sintomático es que, en cuanto el poder pasa en un lugar a manos de los mencheviques y los eseristas de derecha, éstos quieren agraciarnos en seguida con algún Skoropadski. Y tan pronto como las masas descubren adónde las han llevado los mencheviques y eseristas de derecha, éstos quedan sin el apoyo de las masas.

Quedan sin apoyo. Entonces, como último recurso, comienzan a especular con el hambre, y cuando tampoco eso surte efecto, no retroceden siquiera ante el asesinato a traición.

Todos sabéis que ha sido asesinado el camarada Volodarski, viejo militante del partido que pagó sus convicciones con sufrimientos y privaciones. Por supuesto, es muy posible que consigan todavía asesinar a algunos otros miembros activos del Poder soviético; pero eso sólo servirá para que éste se reafirme en las masas y nos impulse a defender con más vigor aún nuestras conquistas.

En la actualidad, dos circunstancias colocan a la República Soviética en una situación de particular gravedad: el hambre y la situación internacional.

La situación internacional es grave porque el imperialismo alemán, francés e inglés sólo esperan el momento propicio para volver a lanzarse contra la República Soviética. La tarea de nuestro partido es derrocar el yugo del capitalismo; y esto sólo puede ocurrir mediante la revolución internacional. Pero, camaradas, debéis comprender que las revoluciones no se hacen por encargo. Comprendemos que en la República de Rusia se dieron las condiciones para que la clase obrera rusa fuese la primera en lograr el derrocamiento del yugo del capital y la burguesía, y comprendernos que no lo ha logrado por estar más desarrollada y ser más perfecta, sino porque nuestro país es sumamente atrasado.

El capitalismo será definitivamente derrocado cuando en este impulso se nos unan algunos países por lo menos. Y sabemos que en todos los países, pese al rigor de la censura, hemos logrado que en todas las asambleas la sola mención del Partido Comunista y de la República de Rusia provoque estallidos de entusiasmo. (*Clamorosos Aplausos*.)

Nosotros afirmamos que mientras en Occidente siga la matanza mundial, nos sentimos seguros. Cualesquiera que sean las consecuencias de la guerra, ésta provocará inevitablemente la revolución, que es y será nuestra aliada.

Después de caracterizar la grave situación de la Rusia Soviética, cercada de enemigos por fuera y amenazada en el interior por la contrarrevolución, el camarada Lenin pasa a hablar del hambre.

Nuestra revolución hace estremecerse a las clases imperialistas, conscientes de que su existencia depende de que se mantenga o no su capital; por eso debemos proseguir la marcha al lado de la clase con la que alcanzamos las conquistas de la Revolución de Octubre.

Es la misma clase con la que marchamos en la lucha contra el hambre.

Ahora es necesario poner en tensión todas nuestras fuerzas y energías durante un mes, mes y medio o dos meses, los más difíciles.

En la vida de los pueblos ha habido momentos en que el poder estatal pasó a manos de la clase obrera, pero ésta no pudo sostenerlo. En cambio, nosotros podemos sostenerlo, pues contamos con el Poder soviético, que une a la clase obrera que ha tomado su causa en sus propias manos.

Por grave que sea nuestra situación, sean cuales fueren las conspiraciones que tramen los eseristas de derecha y los del cuerpo de ejército checoslovaco, sabemos que hay cereales, incluso en las provincias que rodean el centro. Es necesario que nos apoderemos de este cereal, conservando y afianzando la alianza de la clase obrera con los campesinos pobres.

Los destacamentos de soldados rojos salen del centro con las mejores intenciones del mundo; pero algunas veces, al llegar a su lugar de destino, caen en la tentación del merodeo y la bebida. La culpa es de esa matanza de cuatro años que retuvo a los hombres en las trincheras durante tanto tiempo y los obligó a matarse entre ellos como bestias. Esta bestialidad puede verse en todos los países. Pasarán años antes de que los hombres dejen de ser bestias y recuperen su condición humana.

Exhortamos a los obreros a colaborar con nosotros.

Cuando leí la noticia de que en la provincia de Tambov, distrito de Usmán, un destacamento de abastecimiento entregó a los campesinos pobres tres mil puds de cereales de los seis mil requisados, me dije: incluso si me demuestran que hasta hoy no existe en Rusia más que un destacamento como éste, diré de todas las maneras que el Poder soviético está realizando su obra. ¡Pues en ningún otro país se encontrará un destacamento semejante! (Clamorosos *Aplausos*.)

La burguesía tiene plena conciencia de sus intereses y hace todo lo posible por asegurarlos. Sabe que si después de muchos siglos, los campesinos reciben este otoño por vez primera los frutos de su propio trabajo en forma de cosecha y aseguran el aprovisionamiento de la clase trabajadora de las ciudades, se defraudarán todas las esperanzas que la burguesía ha puesto en la restauración, y el Poder soviético se consolidará. Por eso la burguesía despliega ahora una actividad tan febril.

Es indispensable dedicar todos nuestros esfuerzos a combatir a los campesinos ricos, a los especuladores y a la burguesía de la ciudad.

Uno de los mayores males de nuestra revolución es la timidez de nuestros obreros, convencidos todavía de que sólo pueden gobernar el Estado los "superiores"… los superiores en el arte del pillaje.

Pero en cada taller y en cada fábrica hay excelentes obreros. No importa que no pertenezcan al partido; ustedes tienen que unirlos y templarlos, y el Estado hará todo lo posible por ayudarles en su difícil labor. (Clamorosos *Aplausos*.)

Publicado el 22 y 23 de junio de 1918 en los núms. 127 y 128 de "Izvestia del CEC de toda Rusia" y el 23 de junio de 1918 en el núm. 126 de "Pravda".

T. 36, págs. 426-429.

IV CONFERENCIA DE LOS SINDICATOS Y DE LOS COMITÉS FABRILES DE MOSCÚ.

27 de junio – 2 de julio de 1918.

1. Informe sobre la situación actual, 27 de junio.

(*El camarada Lenin es recibido con clamorosos y prolongados Aplausos*.)

Camaradas: Todos conocéis, por supuesto, la inmensa calamidad que se ha abatido sobre nuestro país: el hambre. Antes de pasar a discutir las medidas para combatir esta calamidad, agudizada ahora más que nunca, debemos enfocar las principales causas que la han provocado. Al discutir este problema, debemos recordar y decirnos que la misma calamidad se ha abatido no sólo sobre Rusia, sino sobre todos los otros países, incluso los más cultos, adelantados y civilizados.

Durante las últimas décadas, el hambre ha castigado varias veces regiones enteras de nuestro país agrario, donde la inmensa mayoría del campesinado ruso vivía arruinado y oprimido por el yugo de los zares, terratenientes y capitalistas y nos ha afectado en especial ahora, durante la revolución. Pero en los países de la Europa Occidental reina también la misma calamidad. Muchos de estos países habían olvidado lo que era el hambre, no sólo desde hace décadas, sino desde hace siglos, debido al alto desarrollo de su agricultura y a las enormes cantidades de cereal importado que se procuraban los países europeos que no podían producir grano propio. Pero ahora, en el siglo XX, junto con el progreso técnico, mayor aún, junto con los maravilloso inventos, junto con la amplia difusión de las maquinarias y la electricidad, de nuevos motores de combustión interna en la agricultura, junto con todo esto vemos que en todos los países europeos, sin excepción, avanza sobre los pueblos una misma calamidad: el hambre. Diríase que, a pesar de la civilización, a pesar de la cultura, lo países retornan a la barbarie primitiva, atraviesan de nuevo una situación en que las costumbres degeneran y los seres se embrutecen en la lucha por el pan. ¿Qué ha provocado en muchos países europeos, en la mayoría de ellos, este retorno a la barbarie? Todos sabemos que ha sido la guerra imperialista, la guerra que atormenta a la humanidad desde hace cuatro años, una guerra que cuesta ya a los pueblos más, mucho más de diez millones de vidas jóvenes, una guerra desencadenada por la avaricia de los capitalistas, una guerra que se hace para determinar cuál de los grandes saqueadores, el inglés o el alemán, dominará el mundo, conquistará colonias y estrangulará a los pueblos pequeños.

Esta guerra, que ha abarcado a casi todo el globo terrestre, que ha segado diez millones de vidas por lo menos, sin contar los millones de mutilados, inválidos y enfermos, esta guerra que, además, ha sustraído del trabajo productivo a millones de hombres que forman las fuerzas mejores y más sanas, esta guerra ha reducido a la humanidad a un estado de completa barbarie. Se ha cumplido lo que muchos autores de orientación socialista previeron como el fin peor, más doloroso y difícil del capitalismo, cuando decían que la sociedad capitalista, basada en la propiedad privada de la tierra, de las fábricas y las maquinarias por un puñado de capitalistas y de monopolistas, se transformaría en sociedad socialista, la única capaz de poner fin a la guerra, pues el "civilizado" y "culto" mundo capitalista se encamina a una inaudita bancarrota que puede destrozar y destrozará inexorablemente todos los fundamentos de la vida civilizada. Repito, no sólo vemos hambre en Rusia, sino también en países más civilizados y cultos, como Alemania, donde la productividad del trabajo es muchísimo mayor, en un país que está en condiciones de suministrar al mundo medios técnicos en abundancia y de abastecer a su población de productos alimenticios, ya que aún mantiene relaciones libres con países lejanos. Allí el hambre está muchísimo mejor organizada, se prolonga más que en Rusia; pero es un hambre más dura y penosa todavía que aquí. El capitalismo ha desembocado en una calamidad tan dura y dolorosa que ahora resulta absolutamente claro para todos que la guerra actual no puede acabar sin una serie de las más duras y sangrientas revoluciones, de las cuales la revolución rusa fue sólo la primera, sólo el comienzo.

Por ejemplo, os habéis enterado ahora de que en Viena se ha formado por segunda vez un Soviet de diputados obreros; de que, por segunda vez, la población trabajadora ha declarado una huelga de masas casi general. Nos enteramos de que en ciudades, hasta el presente modelos de orden capitalista, cultura y civilización, como, por ejemplo, Berlín, se hace peligroso salir a la calle de noche, porque, pese a las más rigurosas medidas y a la

vigilancia más estricta, la guerra y el hambre han reducido a la gente a tal estado de completo salvajismo, han llevado a una anarquía tal, han despertado tal indignación, que no sólo la venta, sino el robo verdadero, la guerra verdadera por un pedazo de pan resultan cosa corriente en todos los países cultos y civilizados.

Por eso, camaradas, cuando observamos la penosa y difícil situación que se ha creado en nuestra patria como consecuencia del hambre, debemos explicar a esas personas completamente ciegas e ignorantes (pocas quedan, pero existen todavía) cuáles son las principales y fundamentales causas del hambre. Todavía podemos encontrar en nuestro país a gente que razona así: con el zar, a pesar de todo, teníamos pan; pero ha llegado la revolución, y no hay pan. Y es natural que, para alguna vieja campesina, todo el desarrollo de la historia durante los últimos diez años puede resumirse enteramente en que antes había pan y ahora no. Es comprensible, porque el hambre es una calamidad que barre todos los otros problemas, los descarta y se pone en primer plano, y supedita todo lo restante. Pero se sobrentiende que nuestra tarea, la tarea de los obreros conscientes, es explicar a las grandes masas, a todos los representantes de las masas trabajadoras de la ciudad y el campo, cuál es la causa fundamental del hambre, pues si no la explicamos, nos será imposible crear una actitud acertada en nosotros mismos, o en los representantes de las masas trabajadoras; nos será imposible lograr que se comprenda bien su carácter funesto y no podremos alcanzar la firme decisión y el ánimo necesarios para combatir esta calamidad. Si recordamos que esta calamidad ha sido producto de la guerra imperialista, que hasta los países más ricos experimentan actualmente una escasez de alimentos sin precedentes y que la abrumadora mayoría de las masas trabajadoras sufren inauditas torturas, si recordamos que la guerra imperialista obliga a los obreros de los diversos países desde hace ya cuatro años a derramar su sangre en beneficio de la codicia de los capitalistas y que cuanto más dure la guerra más difícil será salir de ella, comprenderemos qué fuerzas tan gigantescas, inmensas, debemos poner en movimiento.

La guerra ha durado casi cuatro años. Rusia ha salido de la guerra; pero, por haber salido sola, se encuentra en medio de dos bandas de saqueadores imperialistas que la desgarran, la estrangulan y se aprovechan de su transitoria falta de medios de defensa y armamentos. La guerra ha durado casi cuatro años. Los saqueadores imperialistas alemanes han logrado una serie de victorias y siguen engañando a sus obreros; una parte de éstos, sobornados por la burguesía, se ha pasado al campo de los imperialistas alemanes y sigue repitiendo la repulsiva y sangrienta mentira de la defensa de la patria, cuando los soldados alemanes defienden de hecho los egoístas y rapaces intereses del capitalismo alemán, que les ha prometido que Alemania le daría paz y prosperidad. La realidad nos muestra que cuanto más amplias son las victorias de Alemania, más se pone de manifiesto la situación desesperada del país.

Alemania, los capitalistas alemanes se vanagloriaban, al concertar la paz de Brest, esa paz impuesta y explotadora, esa paz fundada en la violencia y la opresión de los pueblos, de que no darían pan y paz a los obreros. Y ahora han reducido la ración de pan. Como es del dominio público, la campaña de abastecimiento en la rica Ucrania ha resultado un fracaso. En Austria, la situación ha llegado nuevamente a los motines de hambrientos y a una indignación de todo el pueblo, porque, cuanto más victorias obtiene Alemania, tanto más claro queda para todos, incluso para muchos representantes de la gran burguesía de este país, que la guerra no tiene salida. Comienzan a comprender que aun en el caso de que los alemanes pudieran mantener su resistencia en el frente occidental, ello en nada los acercaría al fin de la guerra, sino que se verían convertidos en país avasallado, que debería ser ocupado por tropas alemanas, y tendrían que proseguir la guerra; y esto llevaría a la descomposición del ejército alemán, que se está transformando en una banda de saqueadores que ejercen la violencia contra otros pueblos inermes y sustraen a sus países los últimos restos de alimentos y materias primas, venciendo la gran resistencia de la población. Cuanto más se aproxima Alemania a la periferia de Europa, tanto más evidente resulta que tiene frente a ella a Inglaterra y Norteamérica, mucho más desarrolladas, con fuerzas productivas mayores, que han tenido tiempo de enviar a Europa a decenas de miles de hombres de las mejores fuerzas frescas y de transformar todas las máquinas y fábricas en medios de destrucción. La guerra se aproxima nuevamente, y esto significa que trae cada año, más aún, cada mes, una ampliación de esta guerra. No hay otra salida de esta guerra que la revolución, la guerra civil, la transformación de la guerra entre los capitalistas por sus ganancias, por el reparto del botín y por el estrangulamiento de los pequeños países en una guerra de los oprimidos contra los opresores, la única guerra que en la historia acompaña siempre no sólo a las grandes revoluciones, sino a toda revolución algo importante, la única guerra legítima y justa, la única guerra santa desde el punto de vista de los intereses de las masas trabajadoras, oprimidas y explotadas. (*Aplausos*.) Es imposible liberarse de la esclavitud imperialista sin una guerra de ese carácter. Debemos darnos perfecta cuenta de las nuevas calamidades que la guerra civil acarrea a cualquier país. Cuanto más civilizado sea el país, tanto más graves serán esas calamidades. Imaginemos que un país que tiene maquinaría y ferrocarriles es asolado

por la guerra civil, la cual interrumpe las comunicaciones entre las diferentes partes del mismo. Imaginemos la situación en que se encontrarán regiones habituadas en el curso de décadas a vivir del intercambio de artículos manufacturados y se comprenderá que nuevas calamidades, previstas ya por los más eminentes socialistas, provoca toda guerra civil. Los imperialistas condenan a la clase obrera a las calamidades, los sufrimientos y la muerte. Mas, por penoso e insoportable que sea todo esto para la humanidad entera, cada día resulta más claro para la nueva sociedad socialista que los imperialistas no podrán terminar la guerra que han desencadenado; que será otra clase -la clase obrera, más activa, más irritada e indignada cada día en todos los países- la que, por la fuerza de las circunstancias y prescindiendo de sentimientos y estados de ánimo, se ve obligada a derrocar la dominación de los capitalistas. La calamidad del hambre nos afecta con especial fuerza en Rusia; pasamos por un período más difícil que el soportado por revolución alguna, y no podemos contar con la ayuda inmediata de los camaradas de Europa Occidental. Toda la dificultad de la revolución rusa estriba en que a la clase obrera revolucionaria de Rusia le ha sido mucho más fácil comenzar que a las otras clases de Europa Occidental, pero le es mucho más difícil continuar. Es más difícil comenzar la revolución en los países de Europa Occidental, porque allí, frente al proletariado revolucionario, está el pensamiento superior que procede de la cultura, y la clase obrera se encuentra en un estado de esclavitud cultural.

Entretanto, debemos vivir momentos sumamente difíciles a consecuencia de nuestra situación internacional, y nosotros, representantes de las masas trabajadoras, nosotros, obreros conscientes, debemos explicar en toda nuestra agitación y propaganda, en cada discurso que pronunciemos, en cada llamamiento que publiquemos, en las charlas que demos en las fábricas y en cada conversación con los campesinos, que la calamidad que se ha abatido sobre nosotros es una calamidad internacional, que de ella no hay otra salida que la revolución mundial. Puesto que nos toca pasar por un período tan penoso, en el que hemos quedado temporalmente solos, debemos concentrar todas nuestras fuerzas para soportar con firmeza las dificultades de este período, pues sabemos que, en último término, no nos hallamos solos, que la calamidad que estamos sufriendo amenaza a cada país europeo y que ninguno de estos países encontrará salida si no es por una serie de revoluciones.

El hambre que azota a Rusia se ha agudizado porque la paz impuesta la ha privado de las provincias más fértiles, ricas en cereales, y se ha agudizado también porque nos estamos aproximando al final de la vieja campaña de abastecimiento. Hasta la próxima cosecha, que sin duda será abundante, quedan todavía algunas semanas, y estas pocas semanas serán un período de transición, que es muy difícil en general y se torna más crítico aún porque las clases explotadoras terratenientes y capitalistas depuestas en Rusia hacen todo cuanto está a su alcance, intensifican todos sus esfuerzos para recuperar el poder. Esta es una de las razones principales de que las provincias de Siberia, ricas en cereales, quedaran separadas de nosotros por el motín del cuerpo de ejército checoslovaco. Pero sabemos muy bien cuáles son las fuerzas que mueven este motín: sabemos muy bien que los soldados checoslovacos declaran a los representantes de nuestras tropas, de nuestros obreros y campesinos, que no quieren luchar contra Rusia ni contra el Poder soviético ruso, que sólo desean abrirse paso hasta la frontera con las armas en la mano. Pero los encabezan los generales, los terratenientes y capitalistas de ayer, que están pagados por los ingleses y los franceses y reciben el apoyo de los traidores rusos al socialismo, que se han pasado al campo de la burguesía. (*Aplausos*.)

Toda esta pandilla se aprovecha del hambre para hacer una nueva tentativa de devolver el poder a los terratenientes y los capitalistas. Camaradas, la experiencia de nuestra revolución confirma las palabras que siempre diferencian a los representantes del socialismo científico, Marx y sus continuadores, de los socialistas utópicos, de los socialistas pequeñoburgueses, de los intelectuales socialistas y de los soñadores socialistas Los soñadores intelectuales, los socialistas pequeñoburgueses creían, y quizá creen todavía, o sueñan, que se puede implantar el socialismo por medio de la persuasión. Creen que la mayoría del pueblo se convencerá, y una vez se haya convencido, la minoría la obedecerá; la mayoría votará, y el socialismo será proclamado. (*Aplausos*.) No, el mundo no está hecho de manera tan afortunada; los explotadores, los feroces terratenientes, la clase capitalista, no cede a la persuasión. La revolución socialista confirma lo que todos han visto: la furiosa resistencia de los explotadores. Cuanto mayor es la presión de las clases oprimidas, cuanto más cerca se hallan éstas de suprimir toda opresión, toda explotación, cuanto más resuelta es la propia iniciativa de los obreros y los campesinos oprimidos, tanto más rabiosa es la resistencia de los explotadores.

Estamos atravesando el período más difícil y penoso de la transición del capitalismo al socialismo, período que será ineludiblemente prolongado en todos los países porque, repito, los opresores responden a cada avance de la clase oprimida con nuevas y nuevas tentativas de resistencia, tentativas de derrocar el poder de la clase oprimida. Prueba de lo que puede ser esta resistencia es el motín del cuerpo de ejército checoslovaco, evidentemente

apoyado por el imperialismo anglo-francés, cuyo objetivo político es derrocar el Poder soviético. Vemos cómo este motín se extiende a causa del hambre, por supuesto. Claro está que las grandes masas trabajadoras, compuestas de gran número de personas, no son socialistas instruidos -vosotros lo sabéis muy bien, pues cada uno puede verlo en su fábrica-, ni pueden serlo, porque el trabajo esclavizador en la fábrica les resta tiempo y posibilidades para convertirse en socialistas. Claro está que dichas personas sienten simpatía cuando ven cómo se destacan los obreros en las fábricas, cuando ven que estos obreros obtienen la posibilidad de aprender el arte de administrar fábricas, una labor difícil, exigente, en la que son inevitables los errores, pero la única labor con la que los obreros pueden alcanzar en definitiva su permanente aspiración a que las máquinas, las fábricas, la mejor técnica moderna y las mejores conquistas de la humanidad no sirvan para la explotación, sino para mejorar la vida, para hacer menos pesada la existencia de la abrumadora mayoría. Pero cuando ven que los saqueadores imperialistas de Occidente, del Norte y de Oriente se aprovechan del desamparo de Rusia para desgarrarla, mientras no sepan qué dirección tomará el movimiento obrero de otros países, es natural que haga presa en ellos la desesperación. No puede ser de otro modo. Sería ridículo esperar y absurdo creer que de la sociedad capitalista, basada en la explotación, pudiera surgir de golpe el pleno conocimiento de la necesidad del socialismo y la comprensión del mismo. Esto no puede ser. Este conocimiento se logra sólo al final de la lucha que es preciso llevar a cabo en este penoso período, en el que una revolución ha estallado antes que las otras y no recibe ayuda de las otras, y cuando el hambre se echa encima. Es natural que ciertas capas de trabajadores estén inexorablemente dominadas por la desesperación y la indignación y dispuestas a desentenderse de todo. Y es natural que los contrarrevolucionarios, los terratenientes y capitalistas, y sus protectores y cómplices, aprovechen esta situación para atacar una y otra vez al poder socialista.

Vemos adónde ha llevado esto en todas las ciudades donde no hubo ayuda de bayonetas extranjeras. Sabemos que se lograba derrotar al Poder soviético cuando los que tanto vociferaban sobre la defensa de la patria y sobre su patriotismo mostraban su naturaleza capitalista y concertaban acuerdos, hoy con las bayonetas alemanas para asesinar con ellas a los bolcheviques ucranios, mañana con las bayonetas turcas para avanzar contra los bolcheviques, pasado mañana con las bayonetas checoslovacas para derrocar el Poder soviético y asesinar a los bolcheviques en Samara. Sólo la ayuda extranjera, sólo la ayuda de las bayonetas extranjeras, sólo la venta de Rusia a las bayonetas japonesas, alemanas y turcas ha dado hasta ahora algún asomo de éxito a los terratenientes y a los que se han conciliado con el capitalismo. Pero sabemos que cuando, debido al hambre y la desesperación de las masas, se produjeron levantamientos de este género en lugares donde no se podía obtener la ayuda de las bayonetas extranjeras, tal como sucedió en Sarátov, Kozlov y Tambov, la dominación de los terratenientes, los capitalistas y sus amigos que se encubren con la hermosa consigna de la Asamblea Constituyente no duró más que días, sino horas. Cuanto más alejadas se hallaban las unidades de las tropas soviéticas del centro, ocupado momentáneamente por la contrarrevolución, tanto más decidido era el movimiento entre los obreros urbanos, tanta mayor iniciativa manifestaban dichos obreros y campesinos al marchar en ayuda de Saratov, Penza y Kozlov y derrocar rápidamente el poder de la contrarrevolución allí establecido.

Camaradas, si examináis estos acontecimientos desde el punto de vista de todo lo que ocurre en la historia universal; si recordáis que vuestra tarea -nuestra tarea común- consiste en explicarnos nosotros mismos explicar a las masas que estas grandes calamidades no se han abatido sobre nosotros por casualidad, sino como consecuencia, primero, de la guerra imperialista, y, segundo, de la rabiosa resistencia de los terratenientes, los capitalistas y los explotadores; si se comprende con claridad esto podemos estar seguros de que, por difícil que sea, el pleno conocimiento de ello se difundirá cada vez más entre las grandes masas, y conseguiremos crear la disciplina, vencer la indisciplina en nuestras fábricas y ayudar al pueblo a soportar este penoso período, particularmente difícil, pero que tal vez no dure más de uno o dos meses, las pocas semanas que quedan hasta la nueva cosecha.

Se sabe que la actual situación en Rusia es difícil en particular debido al motín contrarrevolucionario checoslovaco que nos ha aislado de Siberia, debido a la permanente excitación en el Sur y a la guerra; pero se sobrentiende que cuanto más difícil sea la situación del país, en el cual amenaza el hambre, más decididas y firmes deben ser las medidas que adoptemos para luchar contra ella. El establecimiento del monopolio del trigo es una de las principales medidas de lucha contra el hambre. En cuanto a esto, sabéis perfectamente, y lo veis en la práctica, que los kulaks, los ricos, gritan a cada paso contra el monopolio del trigo. Y se comprende, pues allí donde el monopolio del trigo fue temporalmente abolido, tal como lo hizo Skoropadski en Kiev, la especulación alcanzó dimensiones sin precedentes, y el precio del pud de grano llegó a doscientos rublos. Naturalmente, cuando hay escasez de productos, sin los cuales la vida es imposible, quienes los posean pueden enriquecerse, los precios de los mismos alcanzan alturas inauditas. Es natural que el terror, el

pánico ante el peligro de morir por inanición sea la causa de que los precios suban a alturas inauditas, y en Kiev han tenido que pensar en volver al monopolio. En Rusia, en los tiempos anteriores a la toma del poder por los bolcheviques, a pesar de la riqueza cerealista que poseía Rusia, el gobierno se convenció de la necesidad de implantar el monopolio del trigo. Sólo pueden oponerse al monopolio los ignorantes supinos o los que se vendido deliberadamente a los intereses de la bolsa de dinero. (*Aplausos*.)

Sin embargo, camaradas, cuando se habla del monopolio del trigo debemos pensar en las enormes dificultades no encierran estas palabras para ejercerlo. Es fácil decir: monopolio del trigo; pero hay que reflexionar en lo que estas palabras significan. Significan que todos los excedentes de cereales pertenecen al Estado; significan que cada pud de grano del que el campesino puede prescindir para su hacienda, para alimentar a su familia y su ganado o para la siembra, cada pud de grano sobrante debe ser recogido por el Estado. ¿Cómo lograrlo? Es necesario que el Estado fije los precios, que cada pud sobrante de cereales sea registrado y recogido. ¿Cómo puede aprender en pocas semanas o meses a valorar lo que significa el monopolio del trigo el campesino de mentalidad embotada durante centenares de años por los terratenientes y capitalistas, los cuales han robado y apaleado al campesino, sin permitirle jamás satisfacer su hambre? Esos millones de personas que hasta ahora han conocido el Estado sólo por su opresión, sólo por su violencia, sólo por la arbitrariedad y el robo de los funcionarios gubernamentales; esos campesinos confinados en lejanas aldeas y condenados a la ruina, ¿cómo pueden comprender lo que significa el poder de los obreros y los campesinos, comprender que el poder está en manos de los pobres, que quien guarda cereales, quien posee excedentes de cereales y no los entrega al Estado es un bandido, un explotador culpable del hambre agobiante que padecen los obreros de Moscú, Petrogrado y otras ciudades? ¿Cómo pueden comprenderlo, si hasta ahora los han mantenido en la ignorancia y su único interés en la aldea ha sido vender los cereales? ¿Cómo pueden comprenderlo? No es de extrañar que cuando examinamos este problema con más atención desde el punto de vista de la vida práctica, se nos revele la inmensa dificultad de la tarea de implantar el monopolio del trigo en un país donde el zarismo y lo terratenientes mantuvieron a la mayor parte de los campesinos en la ignorancia, en un país donde el campesinado ha sembrado cereales en tierra propia por primera vez después de muchos siglos. (*Aplausos*.)

Pero cuanto más difícil es la tarea, cuanto más grande se alza ante un estudio atento y reflexivo de las cosas tanto más claro debemos decirnos lo que siempre nos hemos dicho: la liberación de los obreros debe ser obra de los obreros mismos. Hemos dichos siempre: la liberación de los trabajadores de la opresión no puede venir de fuera; los trabajadores mismos, con su lucha, con su movimiento con su agitación, deben aprender a resolver un nuevo problema histórico; y cuanto más difícil, grande y de responsabilidad sea este nuevo problema histórico, tanto mayor debe ser el número de personas, de millones de personas que se debe atraer para que participen con independencia en la solución de estos problemas. Para vender cereales a un comerciante, a un negociante, no hace falta conciencia de clase ni organización alguna. Para ello sólo se precisa vivir tal y como lo ha ordenado la burguesía: sólo hay que ser un esclavo obediente, imaginar y admitir que es magnífico el mundo tal y como lo estructuró la burguesía. Pero, en cambio, para vencer este caos capitalista, para implantar el monopolio del trigo, para conseguir que todo pud de grano sobrante sea entregado al Estado hace falta un largo, difícil y tenaz trabajo de organización, no de los organizadores y agitadores, sino de las propias masas.

En el campo ruso hay gente así. La mayoría de los campesinos pertenece a la categoría de los campesinos muy pobres y pobres, y no pueden comerciar con excedentes de cereales, ni convertirse en esos bandidos que guardan tal vez centenares de puds de cereales mientras otros sufren hambre. Hoy la situación es tal que cualquier campesino que quizá se llame a sí mismo campesino trabajador -palabra muy del agrado de algunos- se convierte en un bandido; pero no se puede llamar campesino trabajador a quien, con su propio trabajo, aun sin emplear trabajo asalariado, ha cosechado centenares de puds de cereales y calcula que, si retiene ese cereal, puedo venderlo por más de seis rublos el pud a un especulador, o a un obrero hambriento de la ciudad que ha llegado con su familia hambrienta y puede ofrecer doscientos rublos por un pud; un campesino semejante, que guarda centenares de puds de cereales para subir el precio y obtener incluso cien rublos por pud; se convierte en un explotador, es peor que un bandido. ¿Qué hacer en estas circunstancias? ¿En quién apoyarnos nuestra lucha? Sabemos que la revolución soviética y el Poder soviético difieren de las otras revoluciones y poderes no sólo en que han derribado el poder de los terratenientes y capitalistas, no sólo en que han destruido el Estado feudal al autocrático, sino en que las masas se han levantado contra toda burocracia y han creado un nuevo Estado en el cual el poder debe pertenecer a los obreros y campesinos, y no sólo debe, sino que ya les pertenece. En este Estado no existe policía ni burocracia, ni un ejército regular en cerrado largos años en los cuarteles, aislado del pueblo y educado para disparar contra el pueblo.

Estamos armando a los obreros y campesinos que deben aprender el manejo de las armas. Ciertas unidades caen en la tentación, incurren en el vicio y el delito porque no están separadas por una muralla china del mundo de la opresión, del mundo del hambre, en el cual quien tierne mucho quiere enriquecerse más con lo mucho que tiene. Por eso vemos con frecuencia destacamentos de obreros conscientes que parten de Petrogrado y Moscú, y al llegar a las localidades adonde han sido enviados se extravían y se convierten en delincuentes. Y vemos cómo la burguesía bate palmas y llena las columnas de su prensa corrompida con todo género de espantajos para asustar al pueblo: ¡vean qué destacamentos son los de ustedes, qué desorden crean; cuánto mejor se comportaban los destacamentos de capitalistas privados!

¡Gracias anticipadas, señores burgueses! ¡No lograrán asustarnos! Bien saben ustedes que los infortunios y llagas del mundo capitalista no se curarán de inmediato. Pero nosotros sabemos que la cura llegará sólo con la lucha; denunciaremos cada uno de los casos de este tipo, no por rencor, no para apoyar las artimañas contrarrevolucionarias de los mencheviques y de los democonstitucionalistas, sino para enseñar a las más amplias masas populares. Ya que nuestros destacamentos no cumplen su cometido, dadnos otros destacamentos más fieles, más conscientes y en mucho mayor número que los que cayeron en la tentación. Es preciso organizarlos, educarlos; es necesario agrupar en torno a los obreros conscientes a los trabajadores explotados y hambrientos que no lo son. Es necesario elevar a los Pobres del campo, instruirlos y demostrarles que el poder soviético hará todo lo posible por ayudarles, de modo que pueda ponerse en práctica el monopolio del trigo.

Y bien; al abordar esta tarea, el Poder soviético planteó con claridad dichos problemas, diciendo: camaradas obreros, organizaos, agrupaos en los destacamentos de abastecimiento, combatid cada caso en que estos destacamentos evidencien que no están a la altura de su cometido, organizaos con más solidez y corregid sus deficiencias, agrupad a su alrededor a los pobres del campo. Los kulaks saben que ha sonado su última hora, que su enemigo avanza, no sólo con la prédica, no sólo con palabras y frases, sino con la organización de los pobres del campo. Si logramos organizarlos, obtendremos la victoria sobre los kulaks. Los kulaks saben que se aproxima el momento de dar la última batalla por el socialismo, la más decidida y desesperada. En apariencia, se trata solamente de la lucha por el pan; pero, en realidad, es la lucha por el socialismo. Cuando los obreros hayan aprendido a resolver estos problemas de manera independiente -nadie acudirá en su ayuda-; cuando hayan aprendido a agrupar a su alrededor a los pobres del campo, alcanzarán la victoria, habrá pan y una justa distribución del pan, tendrán incluso una adecuada distribución del trabajo; porque, al distribuir el trabajo de manera adecuada, dominaremos en todas las esferas del trabajo, en todas las esferas de la industria.

Ahora bien, previendo todo esto, los kulaks han intentado en reiteradas ocasiones sobornar a los pobres. Saben que deben vender a seis rublos los cereales al Estado; pero al vecino, un campesino pobre, se lo venden a tres rublos y le dicen: "Se lo puedes vender a un especulador a cuarenta rublos. Nuestros intereses son comunes; debemos estar juntos contra el Estado, que nos roba. Quiere darnos seis rublos; toma tres puds; puedes ganar 60 rublos. En cuanto a lo que yo gane, no te preocupes, es cosa mía".

En este terreno, lo sé, hay a menudo choques armados con los campesinos, mientras los enemigos del Poder soviético gozan con ello, se ríen por lo bajo y no escatiman esfuerzos para derrocar el Poder soviético. Pero nosotros decimos: eso ocurre porque los destacamentos de abastecimiento que se enviaron no tienen suficiente conciencia; pero cuanto más numerosos eran los destacamentos, más a menudo se observaban casos -y eran muchos- en que los campesinos entregaban cereales sin que hubiera un solo caso de violencia, pues los obreros conscientes demuestran que su fuerza principal reside no en la violencia, sino en el hecho de que son los representantes de los pobres organizados e instruidos, en momentos en que en el campo existe todavía muchísima ignorancia y los pobres no están instruidos. Si nos acercamos a ellos de manera inteligente, si les explicamos con un lenguaje sencillo y humano, sin palabras rebuscadas, que docenas de miles de obreros y campesinos rusos, en Petrogrado, Moscú y decenas de distritos, sufren y mueren de inanición y que el tifus se extiende como consecuencia del hambre, que los ricos retienen los cereales injustamente y especulan con el hambre del pueblo, entonces se logrará organiza a los pobres y hacer que los excedentes de cereales sean recogidos no con la violencia, sino con la organización de los pobres del campo. Oigo a menudo informes contra los kulaks de camaradas que han ido a las aldeas con los destacamentos de abastecimiento a combatir la contrarrevolución. Mencionaré un ejemplo reciente, fresco en mi memoria, pues lo oí ayer: se trata de lo ocurrido en el distrito de Elets. En ese distrito se ha constituido un Soviet de diputados, y allí hay gran número de obreros conscientes y campesinos pobres. Gracias a ello se logró afianzar el poder de los pobres. Cuando los representantes del distrito de Elets vinieron a informarme por primera vez, no les di crédito; pensé que se jactaban. Pero los camaradas enviados especialmente de Moscú a otras provincias me confirmaron que aquéllos merecen ser felicitados por la forma en que han organizado el trabajo, y me

confirmaron que en Rusia hay distritos donde los Soviets de diputados locales han estado a la altura de sus tareas, pues lograron eliminar por completo a los kulaks y explotadores de los Soviets y organizar a los trabajadores, organizar a los pobres. ¡Quienes aprovechan su riqueza para lucrarse, pueden alejarse del Poder soviético! (*Aplausos*.)

Después de expulsar a los kulaks, se dirigieron a la ciudad de Elets, ciudad comercial. No esperaron ningún decreto para implantar el monopolio del trigo, sino que recordaron que los Soviets son un poder que está más cerca del pueblo, y que cada cual, si es revolucionario, si es socialista y si está verdaderamente al lado de los trabajadores, debe actuar con rapidez y decisión. Organizaron a todos los trabajadores y campesinos pobres y formaron tal cantidad de destacamentos que hicieron la requisa en todo Elets. En las casas dejaban entrar únicamente a los dirigentes de confianza responsables de los destacamentos, sin permitir que se introdujera ni una sola persona de quien no estuvieran seguros, pues sabían con cuánta frecuencia ocurren casos de vacilación, y que nada es más vergonzoso para el Poder soviético que los casos de pillaje cometidos por indignos representantes y servidores del Poder soviético. Consiguieron reunir una inmensidad de excedentes de cereales y que en la comercial Eleis no quedara una sola casa donde la burguesía pudiera lucrarse mediante la especulación.

Desde luego, yo sé que es mucho más fácil hacer esto en una ciudad pequeña que en una ciudad como Moscú; pero no debemos olvidar que en Moscú hay una fuerza proletaria que no existe en ninguna ciudad distrital.

En Tambov triunfó hace poco tiempo por unas horas la contrarrevolución e incluso se publicó un número de un periódico menchevique y eserista de derecha que exhortaba a convocar la Asamblea Constituyente, a derrocar el Poder soviético y consolidar la victoria duradera del nuevo poder. Pero desde el distrito llegaron los soldados del Ejército Rojo y los campesinos, y en un solo día derrocaron a este nuevo poder “duradero”, supuestamente apoyado en la Asamblea Constituyente. (*Aplausos*.)

Lo mismo ocurrió, camaradas, en otros distritos de la provincia de Tambov, provincia de inmensa extensión. Sus distritos septentrionales lindan con la zona no agrícola, pero sus distritos meridionales son de una fertilidad extraordinaria, y las cosechas muy abundantes. Allí hay muchos campesinos que tienen excedentes de cereales, y para poder conquistar el apoyo de los campesinos pobres y derrocar a los kulaks es necesario saber actuar con energía y comprensión firme y clara en especial. Allí los kulaks son hostiles a todo poder obrero y campesino; allí fue necesario esperar la ayuda de los obreros de Petrogrado y Moscú, quienes, pertrechados en cada caso con el arma de la organización expulsan a los kulaks de los Soviets, organizan a los pobres y adquieren con los campesinos del lugar experiencia en la lucha por el monopolio estatal del trigo, experiencia en la organización de los pobres del campo y los trabajadores de la ciudad en forma tal que nos garantizará la victoria definitiva y total. Y bien, camaradas, con estos ejemplos me he permitido ilustrar la situación del abastecimiento, porque me parece que desde el punto de vista de los trabajadores, cuando se describe la lucha contra los kulaks por el pan, lo que importa para nosotros, para los obreros, para el proletariado consciente en el aspecto político no es el cálculo en cifras de la cantidad de cereales, de cuántos millones de puds se pueden obtener. Ese trabajo se lo dejo a los especialistas en abastecimiento; lo que yo debo decir es que si consiguiéramos asegurar los excedentes de cereales de las provincias que lindan con la zona no agrícola de Moscú y de la fértil Siberia, sólo con eso podríamos asegurar pan para salvar de la muerte por hambre a las provincias no agrícolas durante las pocas semanas críticas que restan hasta la nueva cosecha. Para ello es necesario organizar un número mayor todavía de obreros avanzados, conscientes. Esta es la enseñanza fundamental de todas las revoluciones pasadas, la enseñanza fundamental de nuestra revolución. Cuanto mayor sea la organización, cuanta más amplitud manifieste la organización, cuanto mejor comprendan los obreros de las fábricas y talleres que su fuerza reside enteramente en su organización y en la organización de los pobres del campo, tanto más segura será nuestra victoria en la lucha contra el hambre, en la lucha por el socialismo. Repito, pues, que nuestra misión no consiste en inventar un nuevo poder, sino en despertar, educar y organizar para la acción independiente a los representantes de los pobres del campo, en cada aldea, hasta en las más apartadas. No es difícil para un grupo de obreros urbanos conscientes, de Petrogrado y Moscú, explicar, incluso en aldeas apartadas, lo injusto que es ocultar los cereales, especular con ellos, hacer con ellos aguardiente casero, cuando centenares de miles de personas perecen en Moscú. Para conseguirlo, los obreros de Petrogrado y Moscú y especialmente vosotros, camaradas representantes de los comités de fabrica, representantes de los más diversos oficios, fábricas y talleres, tenéis que comprender a fondo que nadie vendrá a ayudaros, que de las otras clases no podéis esperar a colaboradores, sino a enemigos; que el Poder soviético no tiene a su servicio una intelectualidad fiel. La intelectualidad pone su experiencia y sus conocimientos -la suprema conquista humana- al servicio de los explotadores y utiliza cualquier recurso para dificultarnos la victoria sobre los explotadores; sus esfuerzos provocarán la muerte por hambre de miles de personas, pero no quebrantarán la resistencia de los trabajadores. No

contamos con nadie, excepto la clase con la que hicimos la revolución, con la que venceremos las mayores dificultades, con la que atravesaremos el dificilísimo periodo que tenemos delante: son los obreros fabriles, el proletariado urbano y rural, quienes tienen un lenguaje común, que tanto en la ciudad como en el campo vencerán a todos nuestros enemigos: los kulaks y los ricos.

Mas, para hacer esto es preciso recordar con cuánta frecuencia los obreros olvidan la tesis fundamental de la revolución socialista: para hacer la revolución socialista, para llevarla a cabo, para librar al pueblo de la opresión no es necesario suprimir de inmediato las clases: los obreros más conscientes y mejor organizados deben tomar el poder en sus manos. Los obreros deben convertirse en la clase dominante del Estado. Esta es una verdad que la mayoría de vosotros habéis leído en el Manifiesto Comunista, de Marx y Engels, escrito hace más de setenta años y que, traducido a todos los idiomas, recorrió todos los países. En todas partes se ha revelado la verdad de que, para vencer a los capitalistas, es necesario que los obreros fabriles organizados de la ciudad se conviertan en la clase dominante durante la lucha contra la explotación, mientras reine la ignorancia, mientras no se tenga fe en el nuevo sistema. Cuando estéis reunidos en los comités de fábrica para debatir vuestros asuntos, recordad que la revolución no podrá retener ni una sola de vuestras conquistas si os ocupáis en vuestros comités de fábrica sólo de los intereses tecnológicos o puramente económicos de los obreros. Los obreros y las clases oprimidas tomaron el poder en varias ocasiones, pero jamás lograron mantenerlo. Para ello es necesario que los obreros no sólo sean capaces de alzarse en lucha heroica y derrocar la explotación, sino también de organizarse, de mantener la disciplina, de ser firmes, de discutir las cosas con calma cuando todo se tambalea y vacila, cuando nos atacan, cuando se difunden sin cesar los *Rumores* más absurdos; es entonces cuando los comités de fábrica, estrechamente vinculados en todo a las vastas masas, afrontan la magna tarea política de convenirse principalmente en órganos dirigentes de la actividad pública. El problema político fundamental que afronta el Poder soviético es el de asegurar la debida distribución de los cereales. Si bien Elets pudo poner coto a la burguesía local, hacerlo en Moscú es más difícil; pero aquí la organización es muchísimo mayor, aquí podréis encontrar con más facilidad a decenas de miles de hombres honestos que vuestros partidos y sindicatos proporcionarán, y por los que responderán, hombres que podrán dirigir los destacamentos, asumiendo la plena responsabilidad de que se mantengan ideológicamente fieles pese a todas las dificultades, pese a todas las tentaciones y pese a los tormentos del hambre. Fuera del proletariado fabril urbano no existe en los actuales momentos otra clase capaz de emprender esta tarea, no existe otra clase capaz de dirigir al pueblo que cae con frecuencia en la desesperación. Vuestros comités de fábrica deben dejar de ser comités de fábrica exclusivamente, deben convertirse en células estatales básicas de la clase dominante. (*Aplausos*.) Vuestra organización, vuestra unidad y vuestra energía determinarán si podremos soportar este difícil período de transición con la firmeza que corresponde al Poder soviético. Emprended vosotros mismos esta labor, emprendida en todos sus aspectos, desenmascarad diariamente los abusos, corregid con la experiencia propia todos los errores que se cometan: por ahora se cometen muchos errores porque la clase obrera aún no tiene experiencia; pero lo que importa es que ella misma emprenda esta labor y corrija sus errores. ¡Si obramos de este modo, si cada comité comprende que es uno de los dirigentes de la mayor revolución del orbe, habremos conquistado el socialismo para el mundo entero! (*Aplausos que se transforman en clamorosa ovación.*)

2. Discurso de resumen de la discusión del informe sobre la situación actual, 28 de junio.

Camaradas: Permitidme que me detenga, ante todo, en ciertas tesis opuestas a las mías, planteadas por el coinformante Paderin. Por el acta taquigráfica veo que dijo: "Debemos hacer todo lo posible para que el proletariado inglés y, en primer orden, el alemán tengan la posibilidad de levantarse contra sus opresores. ¿Qué debe hacerse para ello? ¿Acaso debemos ayudar a estos opresores? Al instigar la enemistad entre nosotros, al destruir y debilitar el país, fortalecemos infinitamente la posición de los imperialistas ingleses, franceses y alemanes que acabarán por unirse para estrangular a la clase obrera de Rusia". Estos razonamientos de muestran cuán endebles han sido siempre los mencheviques en su lucha y oposición a la guerra imperialista; el razonamiento que acabo de leer sólo es comprensible en labios de un hombre que se titule defensista, que se coloque en una posición imperialista por completo (*Aplausos*), en un hombre que justifique la guerra imperialista y repita la mentira burguesa de que los obreros defienden a su patria en una guerra tal. En efecto, sostener el punto de vista de que los obreros no deben destruir ni debilitar el país durante tal guerra significa exhortar a los obreros a defender la patria en la guerra imperialista. Y vosotros sabéis lo que ha hecho el gobierno bolchevique, el cual tuvo por su primer deber publicar, desenmascarar y poner en la picota los tratados secretos. Sabéis que los aliados hicieron la guerra a causa de los tratados secretos, y que el gobierno de Kerenski, que existió con la ayuda y el apoyo de los mencheviques y eseristas de derecha, lejos de anular los tratados secretos, ni siquiera los publicó; saben que el pueblo

ruso hacía la guerra a causa de los tratados secretos, donde se prometía a los terratenientes y capitalistas rusos que, en caso de victoria, podrían apoderarse de Constantinopla, de los estrechos, de Lvov, Galitzia y Armenia. Así pues, si sostenemos el punto de vista de la clase obrera, si estamos contra la guerra, ¿podíamos tolerar esos tratados secretos? Mientras tolerábamos los tratados secretos, mientras tolerábamos en Rusia el poder de la burguesía, contribuíamos a mantener en los obreros alemanes la convicción chovinista de que en Rusia no había obreros conscientes, de que toda Rusia apoyaba al imperialismo, de que Rusia proseguía la guerra con objeto de saquear a Austria y Turquía. Por el contrario, ningún otro gobierno del mundo ha hecho más que el de los obreros y los campesinos para debilitar a los imperialistas alemanes, para apartar de ellos a los obreros alemanes, pues cuando los tratados secretos fueron publicados y revelados ante el mundo, hasta los chovinistas alemanes, hasta los defensistas alemanes, hasta los obreros que apoyaban a su gobierno tuvieron que reconocer en su periódico *Vorwärts*, órgano central suyo, que éste es un acto de un gobierno socialista, un auténtico acto revolucionario. Tuvieron que reconocerlo porque ninguno de los gobiernos imperialistas beligerantes lo había hecho, y nuestro gobierno fue el único que denunció los tratados secretos.

Por supuesto, cada obrero alemán, por acosado, embrutecido o sobornado que esté por los imperialistas, lleva en la mente esta idea: ¿acaso nuestro gobierno no tiene tratados secretos? (*Una voz*: "¡Díganos algo sobre la flota del mar Negro!"). Bien, lo diré, aunque no tiene relación con el tema. Todo obrero alemán lleva en la mente esta idea: si el obrero ruso ha llegado a denunciar los tratados secretos, ¿acaso el gobierno alemán no los tiene? Cuando se iniciaron las negociaciones de Brest, en el mundo resonaron las revelaciones del camarada Trotski, ¿y acaso esta política no condujo a que en un país enemigo, complicado en una horrenda guerra imperialista con otros gobiernos, nuestra política produjera no ira, sino la simpatía de las masas populares? El único gobierno que aplicaba tal política fue el nuestro. Nuestra revolución logró que durante la guerra surgiera en el país enemigo un grandioso movimiento revolucionario sólo por haber denunciado los tratados secretos, por haber dicho que no nos detendríamos ante ningún peligro. Si sabemos, si decimos -y no por decirlo, pues estamos convencidos de ello- que únicamente la revolución mundial puede salvarnos de la guerra mundial, de la matanza imperialista de los pueblos, con nuestra revolución debemos perseguir esa meta, a pesar de todas las dificultades y de todos los peligros. Y cuando, por primera vez en la historia emprendimos este camino, en Alemania, en el país más imperialista y más disciplinado, estalló durante la guerra, en enero, una huelga de masas. Desde luego, hay quienes creen que en un país extranjero la revolución puede producirse por encargo, o por un acuerdo. Estas personas, o están locas o son unos provocadores. En los últimos doce años hemos vivido dos revoluciones. Sabemos que las revoluciones no pueden hacerse por encargo, ni por un acuerdo; surgen cuando decenas de millones de personas llegan a la conclusión de que no pueden seguir viviendo como antes. Conocemos las dificultades que acompañaron el nacimiento de las revoluciones de 1905 y 1917, y nunca esperamos que la revolución estalle de golpe, como resultado de un mero llamamiento, en otros países. Pero la revolución que ahora comienza a desplegarse en Alemania y Austria es en gran medida consecuencia de la Revolución rusa de Octubre. (*Aplausos*.) Leemos hoy en nuestros periódicos que en Viena, donde la ración de pan es menor que la nuestra, donde el despojo de Ucrania no puede constituir ayuda alguna, donde la población dice que jamás ha padecido un hambre tan espantosa, ha surgido un Soviet de diputados obreros. En Viena se están produciendo nuevas huelgas generales.

Y nos decimos: éste es el segundo paso, ésta es la segunda prueba de que cuando los obreros rusos denunciaron los tratados secretos imperialistas, cuando expulsaron a su burguesía, procedieron como obreros internacionalistas consecuentes y conscientes, facilitaron el desarrollo de la revolución en Alemania y Austria como nunca lo ha hecho ninguna revolución del mundo en un país enemigo en estado de guerra y de extrema exasperación.

Predecir cuándo madurará la revolución y prometeros que llegará mañana sería engañaros. Recordaréis, en especial los que habéis vivido las dos revoluciones rusas: nadie habría podido asegurar en noviembre de 1904 que dos meses más tarde cien mil obreros de San Petersburgo marcharían contra el Palacio de Invierno e iniciarían una gran revolución.

Recordad diciembre de 1916: ¿cómo se podía asegurar que dos meses más tarde la monarquía zarista sería derribada en pocos días? En nuestro país, que ha vivido dos revoluciones, sabemos y comprendemos que es imposible predecir la marcha de la revolución, que es imposible provocarla. Sólo es posible trabajar en pro de la revolución. Si trabajamos de manera consecuente, si trabajamos con abnegación, si este trabajo está ligado a los intereses de las masas oprimidas, que constituyen la mayoría, la revolución llegará; pero es imposible decir dónde, cuándo, en qué momento y por qué motivo inmediato. Por eso en modo alguno nos permitiremos decir, engañando a las masas: los obreros alemanes nos ayudarán mañana y derribarán al káiser pasado mañana. No tenemos derecho a decir tales cosas.

Nuestra situación es más difícil porque la revolución rusa se adelantó a otras revoluciones; pero

no estamos solos; nos lo demuestran las noticias que recibimos casi a diario de que a favor de los bolcheviques se pronuncian los mejores socialdemócratas alemanes, de que en la prensa legal alemana apoyan a los bolcheviques Clara Zetkin y Franz Mehring, quien ha demostrado a los obreros alemanes en una serie de artículos que únicamente los bolcheviques han sabido interpretar como es debido el socialismo. Hoschka, un social demócrata, ha declarado rotundamente hace poco en el Landtag de Wurtemberg que sólo en los bolcheviques ve un ejemplo de consecuencia en la aplicación de una política revolucionaria certera. ¿Creéis que tales declaraciones no repercuten en decenas, centenares y miles de obreros alemanes que son solidarios con ellas casi antes de que se expresen? Cuando en Alemania y Austria las cosas han llegado a la formación de un Soviet de diputados obreros y a la segunda huelga de masas, podemos afirmar sin temor a exagerar, sin hacernos la menor ilusión, que eso anuncia el comienzo de la revolución. Podernos afirmar con toda certeza: nuestra política y nuestro camino han sido justos, hemos ayudado a los obreros austriacos y alemanes a sentirse, no enemigos que estrangulan a los obreros rusos en aras de los intereses del káiser, de los intereses de los capitalistas alemanes, sino hermanos de los obreros rusos que están realizando el mismo trabajo revolucionario que ellos. (*Aplausos*.)

Quisiera señalar también otro pasaje del discurso de Paderin que, a juicio mío, merece que se le preste atención tanto más cuanto que coincide en parte con el pensamiento del orador precedente. He aquí el pasaje: “Vemos que la guerra civil está empeñada ahora en el seno de la clase obrera. ¿Acaso podemos permitirlo?” Ya lo veis; la guerra civil es caracterizada como guerra en el seno de la clase obrera, o -como la caracterizó el orador precedente- como guerra contra los campesinos. Nosotros sabemos muy bien que una y otra caracterización son erróneas. La guerra civil la hacen en Rusia los obreros y los campesinos pobres contra los terratenientes y los capitalistas. Esta guerra se prolonga y dura demasiado porque los terratenientes y los capitalistas rusos fueron derrotados en octubre y noviembre con pocas víctimas relativamente, fueron derrotados por el entusiasmo de las masas del pueblo en condiciones tales que quedó inmediatamente claro para ellos que el pueblo no los apoyaría. En el Don -donde predominan los cosacos ricos que viven de la explotación del trabajo asalariado, donde eran grandes las esperanzas en la contrarrevolución-, aun allí las cosas han llegado al extremo de que Bogaievski, el jefe de la sublevación contrarrevolucionaria, se vio obligado a reconocer públicamente que “nuestra causa está perdida porque la inmensa mayoría de la población apoya a los bolcheviques hasta en nuestra región”. (*Aplausos*.)

Así estaba la situación, así fue cómo en octubre y noviembre los terratenientes y capitalistas perdieron la partida en su juego contrarrevolucionario.

Así les resultó la aventura cuando intentaron organizar una guardia blanca con los cadetes, los oficiales y los hijos de terratenientes y capitalistas contra la revolución obrera y campesina. Y ahora, ¿acaso no sabéis -leed los periódicos de hoy- que los aventureros checoslovacos operan con la ayuda financiera de los capitalistas anglo-franceses; que sobornan a las tropas para arrastrarnos nuevamente a la guerra? Habréis leído que los checoslovacos dijeron en Samara: nos uniremos con Dútov y Semiónov y obligaremos a los obreros y al pueblo de Rusia a combatir nuevamente contra Alemania e ir al lado de Inglaterra y Francia, restableceremos esos mismos tratados secretos y os lanzaremos tal vez otros cuatro años a esa guerra imperialista en alianza con la burguesía. En vez de eso, ahora hacemos la guerra a nuestra burguesía y la burguesía de otros países, y por el solo hecho de que hacemos esta guerra nos granjeamos la simpatía y el apoyo de los obreros de otros países. Cuando los obreros de un país beligerante ven que en otro país beligerante se establecen vínculos estrechos entre los obreros y la burguesía, este hecho divide a los obreros por naciones y los une con sus propias burguesías; es un mal grande, significa la bancarrota de la revolución socialista, significa la bancarrota y la muerte de toda la Internacional. (*Aplausos*.)

La Internacional sucumbió en 1914 porque los obreros se unieron en todos los países con su burguesía nacional y dividieron sus filas. Ahora la división se acaba. Tal vez hayáis leído recientemente cómo el maestro de escuela escocés y militante sindical MacLean ha sido sentenciado de nuevo en Inglaterra a cinco años de cárcel; la primera vez fue sentenciado a un año y medio por desenmascarar los verdaderos objetivos de la guerra y hablar de la naturaleza criminal del imperialismo inglés. Cuando lo pusieron en libertad, ya estaba en Inglaterra el representante del Gobierno soviético, Litvínov, quien de inmediato designó cónsul a MacLean, representante de la República Federativa Soviética de Rusia en Inglaterra, designación que los obreros escoceses recibieron con júbilo. El Gobierno inglés ha iniciado por segunda vez la persecución abierta de MacLean, y esta vez no sólo en su calidad de maestro de escuela escocés, sino también en su calidad de cónsul de la República Federativa Soviética. MacLean está en la cárcel por actuar abiertamente como representante de nuestro gobierno; nosotros jamás hemos visto a este hombre, ni él perteneció nunca a nuestro partido; pero es un líder querido de los obreros escoceses y nosotros nos unimos a él, los obreros rusos y escoceses se unen contra el gobierno inglés, a pesar de que este último soborna a los del cuerpo de ejército checoslovaco y maniobra

rabiosamente para arrastrar a la guerra a la República de Rusia. Esto indica que en todos los países, independientemente de su situación en la guerra, tanto en Alemania, que combate contra nosotros, como en Inglaterra, que quiere apoderarse de Bagdad y acabar de estrangular a Turquía, los obreros se unen a los bolcheviques rusos, a la revolución bolchevique rusa. Cuando el orador, cuyas palabras he citado, dijo que los obreros y campesinos despliegan una guerra civil contra los obreros y los campesinos, sabemos que eso no es cierto. Una cosa es la clase obrera y otra los grupitos, las pequeñas capas de la clase obrera. Durante casi medio siglo, desde 1871 hasta 1914, la clase obrera alemana fue para todo el mundo un modelo de organización socialista. Sabemos que tenía un partido con un millón de afiliados, que creó sindicatos con dos, tres y cuatro millones de afiliados; sin embargo, en el curso de ese medio siglo, centenares de miles de obreros alemanes se mantuvieron unidos en un sindicato clerical muy adicto a los curas, a la iglesia y al káiser. ¿Quiénes eran, pues, los verdaderos representantes de la clase obrera: el gigantesco Partido Socialdemócrata Alemán y los sindicatos obreros o los centenares de miles de obreros que iban a misa? Una cosa es la clase obrera, que aglutina a la inmensa mayoría de los obreros conscientes, avanzados, capaces de pensar, y otra cosa es una fábrica, una región, algunos grupos de obreros que todavía continúan al lado de la burguesía.

La clase obrera de Rusia, en su gran mayoría -lo demuestran todas las elecciones a los Soviets, los comités de fábrica, las conferencias-, está en el 99 por ciento al lado del Poder soviético (*Aplausos*), pues sabe que este poder hace la guerra contra la burguesía, contra los kulaks, y no contra los campesinos y los obreros. Es algo muy diferente del insignificante grupo de obreros que continúan en servil dependencia de la burguesía. No les hacemos la guerra a ellos, sino a la burguesía, y tanto peor para esos grupos insignificantes que hasta hoy se mantienen aliados a la burguesía. (*Aplausos*.)

Me han hecho una pregunta por escrito. Dice así: "¿Por qué siguen apareciendo todavía los periódicos contrarrevolucionarios?" Una de las razones es que entre los obreros de las imprentas hay elementos sobornados por la burguesía. (*Alboroto, gritos*: "No es cierto"). Podéis gritar cuanto queráis, pero no me impediréis que diga la verdad, que todos los obreros conocen y que apenas he comenzado a explicar en estos momentos. Cuando un obrero concede gran importancia al salario que gana en la prensa burguesa; cuando dice: quiero mantener mi alto salario, con el cual ayudo a la burguesía a vender veneno, a emponzoñar la mente del pueblo, entonces digo que es como si esos obreros fueran sobornados por la burguesía (*Aplausos*), no en el sentido de que cualquiera de ellos se haya vendido individualmente, sino en el de que todos los marxistas han hablado de los obreros ingleses que se aliaban con sus capitalistas. Todos habéis leído publicaciones sindicales y sabéis que en Inglaterra no sólo existen sindicatos, sino también alianzas entre los obreros y los capitalistas de una determinada industria con el objeto de elevar los precios y robar a todos los demás. Todos los marxistas, todos los socialistas de todos los países señalan con el dedo esos ejemplos, y, comenzando por Marx y Engels, hablan de que esos obreros se dejan sobornar por la burguesía debido a su ignorancia, a su apego a los intereses gremiales. Por aliarse a sus capitalistas contra la gran mayoría de los obreros y los trabajadores oprimidos de su propio país, contra su propia clase, han vendido su derecho de primogenitura, su derecho a la revolución socialista. Ocurre otro tanto entre nosotros. Cuando ciertos grupos de obreros dicen: qué nos importa si lo que imprimimos es opio, veneno portador de mentiras y provocación; cobramos un alto salario, y todo lo demás nos importa un comino. Debemos censurar a semejantes obreros. Siempre hemos dicho en todas nuestras publicaciones, y lo hemos dicho abiertamente: semejantes obreros se apartan de la clase obrera y se pasan al campo de la burguesía. (*Aplausos*.)

Camaradas. Voy a contestar ahora a las preguntas que me han hecho; pero antes, para no olvidarlo, contestaré a la pregunta sobre la flota del mar Negro, formulada al parecer con objeto de desenmascararnos. Diré que allí actuó el camarada Raskólnikov, a quien los obreros de Moscú y Petrogrado conocen muy bien por la agitación y la labor de partido llevada a cabo. El camarada Raskólnikov vendrá aquí en persona y os contará la agitación que hizo en pro de la destrucción de la flota antes de permitir que las tropas alemanas la utilizaran para atacar a Novorossiisk. Esa era la situación con respecto a la flota del mar Negro; y los comisarios del pueblo Stalin, Shliiápnikov y Raskólnikov llegarán en breve a Moscú y nos dirán cómo se desarrollaron los acontecimientos. Comprobaréis que nuestra política fue la única posible y que, al igual que la política de la paz de Brest, nos causó muchos infortunios, pero permitió al Poder soviético y a la revolución socialista obrera en Rusia seguir manteniendo en alto su bandera ante los obreros de todos los países. Si ahora aumenta cada día en Alemania el número de obreros que se despojan de sus viejos prejuicios sobre los bolcheviques y comprenden cuán justa es nuestra política, se debe a la táctica que hemos aplicado desde el Tratado de Brest.

De las preguntas que me han hecho, contestaré dos, referentes al transporte de cereales. Algunos obreros preguntan ¿por qué se prohíbe a los obreros que traigan por su cuenta cereales a la ciudad, si los traen para el consumo de sus familias? La respuesta

es sencilla: pensad en lo que ocurriría si miles de personas comenzaran a transportar los miles de puds necesarios para determinada población, para determinada fábrica, para determinado barrio o para determinada calle. Si lo permitiéramos, comenzaría la desintegración completa de las organizaciones de abastecimiento. No culpamos a la persona, atormentada por el hambre que va personalmente en busca de cereal y lo consigue, por cualquier medio, pero decimos: nosotros, como gobierno obrero y campesino, no estamos aquí para legitimar y estimular la desintegración y la ruina. No se necesita un gobierno para eso. Se necesita para unir y organizar con conocimiento de causa en la lucha contra la falta de conciencia de clase. No podemos culpar a quienes, por su falta de conciencia de clase, lo abandonan todo, cierran los ojos a todo y tratan de salvarse, consiguiendo cereales por cualquier medio; pero podemos culpar a los hombres de partido que preconizan el monopolio del trigo y no estimulan suficientemente la conciencia y la solidaridad en la acción. Por cierto, la lucha contra los especuladores de comestibles y contra el transporte privado de cereales es una lucha muy difícil, porque es la lucha contra la ignorancia, la inconsciencia, la falta de organización de las grandes masas; pero jamás renunciaremos a esta lucha. Siempre que la gente trate de recoger cereales por su cuenta, los exhortaremos a emplear en la lucha contra el hambre métodos socialistas: sustituyamos todos unidos con fuerzas nuevas; con hombres nuevos, más enérgicos y honestos, más conscientes y probados, los destacamentos de abastecimiento enfermos y recogeremos la misma cantidad de cereales, los mismos miles de puds que reúnen individualmente doscientas personas, llevando cada una quince puds, lo cual contribuye a elevar los precios y fomentar la especulación. Uniremos a estas doscientas personas y formaremos un destacamento obrero fuerte, cohesionado. Si no lo conseguimos en seguida, repetiremos nuestros esfuerzos; en cada fábrica bregaremos para que los obreros conscientes proporcionen mayor número de hombres más seguros en la lucha contra la especulación; y estamos convencidos de que, finalmente, la conciencia, la disciplina y la organización de los obreros saldrán airosas de todas las duras pruebas. Cuando la gente se haya convencido por experiencia propia de que es imposible salvar a los centenares de miles de hambrientos con la actividad de algunos especuladores de comestibles, veremos que la organización y la conciencia triunfan, y mediante la acción unida organizaremos la lucha contra el hambre y lograremos una distribución adecuada de los cereales.

Me preguntan: ¿por qué no se implanta el monopolio de otros artículos industriales, tan indispensables como los cereales? A eso respondo: el Poder soviético está tomando todas las medidas para ello. Sabéis que existe la tendencia a organizar, a fusionar las fábricas textiles, la industria textil. Sabéis que la mayoría de las personas que integran los centros directivos de esta organización son obreros; sabéis que el Poder soviético se dispone a nacionalizar todas las ramas de la industria; sabéis que las dificultades que afrontamos en esta cuestión son inmensas, y que se necesita mucho esfuerzo para realizar todo eso de manera organizada. No hacemos esta labor como los gobiernos que se apoyan en burócratas. Así es fácil dirigir: que un hombre reciba cuatrocientos rublos; que otro reciba más, mil rublos; nuestra misión es dar órdenes, y la de los otros, obedecer. De esta manera son gobernados todos los países burgueses; emplean a funcionarios por un salario alto, emplean a los hijos de los burgueses y encomiendan a unos y a otros la administración. La República Soviética no puede ser gobernada de esta manera. No tiene funcionarios para regir y encauzar la fusión de todas las fábricas textiles, el registro de todos sus bienes y valores, la implantación del monopolio de todos los artículos de primera necesidad y de distribuirlos adecuadamente. Para hacerlo, llamamos a los obreros; llamamos a los representantes de los sindicatos textiles y les decimos: debéis constituir la mayoría del cuerpo colegiado de la Dirección General de la Industria Textil; y lo sois ya, como lo sois también en los Cuerpos colegiados del Consejo Superior de Economía Nacional. Camaradas obreros, emprended vosotros mismos esta importantísima tarea estatal. Sabemos que resulta mucho más difícil que designar a funcionarios especializados, pero también sabemos que no hay otro camino. Hay que poner el poder en manos de la clase obrera, y los obreros avanzados, pese a todas las dificultades, deben aprender por su propia y amarga experiencia, por su propio esfuerzo, por el trabajo de sus propias manos, cómo hay que distribuir todos los artículos, todos los tejidos en beneficio de los trabajadores. (*Aplausos*.)

He ahí por qué el Poder soviético hace todo lo posible en las circunstancias presentes para implantar el monopolio estatal y fijar los precios. Lo hace por intermedio de los obreros y junto con los obreros: les da la mayoría en las juntas de administración y en todos los cuerpos colegiados, así sea en el Consejo Superior de Economía Nacional como en las fábricas metalúrgicas fusionadas o en las refinerías de azúcar nacionalizadas en unas semanas. El camino es difícil, pero, repito, no podemos evitar las dificultades para lograr que los obreros, habituados y enseñados durante siglos por la burguesía sólo a cumplir servilmente sus órdenes, a trabajar como galeotes, adopten una posición distinta, que sientan que el poder somos nosotros. Nosotros somos los dueños de las industrias, los dueños del pan, los dueños de todas las riquezas del país. Todas las dificultades de la

revolución socialista se vencerán sólo cuando la clase obrera tenga plena conciencia de esto, cuando ella decuplique sus fuerzas con su experiencia y su trabajo.

Para finalizar, reitero mi exhortación a esta conferencia de comités de fábrica. En la ciudad de Moscú, las dificultades son colosales, pues es un centro inmenso de comercio y especulación en el cual decenas de miles de personas han vivido durante muchos años exclusivamente del comercio y la especulación. Aquí las dificultades son enormes, pero, en cambio, existen más fuerzas que en ninguna otra población pequeña. Que las organizaciones obreras, los comités de fábrica recuerden bien y se graben con firmeza en la memoria lo que enseñan los acontecimientos actuales y el hambre que se ha abatido sobre los trabajadores de Rusia. Sólo pueden salvar a la revolución e impedir que los terratenientes y capitalistas recobren el poder numerosas organizaciones nuevas y más amplias, formadas por obreros conscientes y avanzados. Tales obreros constituyen la mayoría en la actualidad, pero no son suficientes; es preciso que participen más en el trabajo estatal general. En Moscú hay una infinidad de casos en que los especuladores se aprovechan del hambre, se enriquecen con el hambre, destruyen el monopolio del trigo, y en que los ricos tienen cuanto desean. En Moscú hay ocho mil afiliados al partido comunista. En Moscú los sindicatos pueden proporcionar de veinte a treinta mil personas, de quienes pueden dar garantía de que serán seguros y firmes exponentes de la política proletaria. Unidlos, constituid centenares de miles de destacamentos, encarad el problema del abastecimiento, iniciad la requisa de toda la población rica y conseguiréis lo que necesitáis. (*Aplausos*.)

La vez anterior hablé en mi informe de los éxitos obtenidos en esta esfera en la ciudad de Elets; pero en Moscú es más difícil lograrlo. Dije que Elets es una ciudad bien organizada. Existen muchas ciudades peor organizadas porque el trabajo es difícil, no porque haya escasez de armas -hay todas las que se quiera-; la dificultad está en designar para los puestos directivos, de responsabilidad, a centenares y miles de obreros absolutamente seguros, obreros capaces de comprender que no están trabajando por su causa local, sino por la causa de toda Rusia, capaces de mantenerse en sus puestos como representantes de toda su clase, de organizar el trabajo de acuerdo con un plan sistemático y definido, de cumplir lo prescrito, de cumplir las decisiones del Soviet de Moscú, de las organizaciones moscovitas que representan a todo el Moscú proletario. Toda la dificultad está en organizar al proletariado, en educarlo para que sea más consciente que hasta ahora. Mirad las elecciones de Petrogrado y veréis que, a pesar de que el hambre es allí todavía más tremenda que en Moscú y de que se padecen infortunios más grandes aún, aumenta la fidelidad a la revolución obrera crecen la organización y la unidad; entonces diréis: las calamidades que se han abatido sobre nosotros se multiplican, pero la decisión de la clase obrera de vencer todas esta dificultades también se multiplica. Marchad por camino, intensificad vuestros esfuerzos, colocad en este camino a nuevo y nutridos destacamentos para ayudar a resolver el problema del abastecimiento, y con vosotros, contando con vuestro apoyo, venceremos el hambre y lograremos una justa distribución. (Clamorosos *Aplausos*.)

Publicado íntegro en el libro "Actas de la IV Conferencia de los sindicatos y de los comités fabriles de Moscú", Editorial del Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia, 1918.
T. 36, págs. 433-468.

PALABRAS PROFÉTICAS.

Hoy, gracias a Dios, nadie cree ya en milagros. La profecía milagrosa no es más que una fábula. La científica, en cambio, es un hecho. En nuestros días, cuando se ve a menudo alrededor un vergonzoso abatimiento e incluso desesperación, es útil recordar una profecía científica que se ha confirmado.

En 1887, Federico Engels, en el prólogo al folleto de Segismundo Borkheim *En memoria de los patrioteros alemanes de 1806-1807* (*Zur Erinnerung für die deutschen Mordspatrioten 1806-1807*) (folleto que lleva el número XXIV de la *Biblioteca Socialdemócrata*, que se publicaba en 1888 en Gottinga y Zúrich), tuvo la oportunidad de escribir sobre la futura guerra mundial.

He aquí la opinión que Federico Engels tenía hace ya más de treinta años sobre la futura guerra mundial:

> "...Para Prusia-Alemania, en la actualidad no es posible ya ninguna guerra que no sea la guerra mundial. Y ésta será una guerra mundial de magnitud y ferocidad sin precedentes. De ocho a diez millones de soldados se aniquilarán mutuamente y devastarán toda Europa como nunca lo han hecho las plagas de langosta. La devastación causada por la guerra de los Treinta Años[74], reducida a un plazo de tres o cuatro años y extendida a todo el continente; el hambre y las epidemias; el embrutecimiento general, tanto de las tropas como de las masas populares, provocado por la extrema miseria; el desorden irremediable de nuestro mecanismo artificioso en el comercio, en la industria y en el crédito que acabará en una bancarrota general; el derrumbamiento de los viejos Estados y de su sabiduría estatal rutinaria, derrumbamiento tan grande que las coronas rodarán por docenas en las calles y no habrá quien las recoja; es absolutamente imposible prever cómo acabará todo esto y quién será el vencedor en esta contienda; pero un resultado es absolutamente indudable: el agotamiento general y la creación de las condiciones para la victoria definitiva de la clase obrera.
>
> "Tal es la perspectiva, si el sistema de la rivalidad mutua en los armamentos, llevado a su extremo, da, al fin, sus inevitables frutos. He aquí, señores reyes y hombres de Estado, adónde ha llevado a la vieja Europa la sabiduría de ustedes. Y si no les queda otro remedio que empezar esta última gran danza guerrera, allá ustedes (*uns kann es recht sein*). Aunque la guerra tal vez nos relegue temporalmente a un segundo plano, aunque nos quite algunas de las posiciones ya conquistadas. Pero si llegáis a desencadenar las fuerzas que vosotros mismos no seréis ya capaces de dominar, cualquiera que sea el curso de los acontecimientos, al final de la tragedia os convertiréis en ruinas, y el triunfo del proletariado, o habrá sido conquistado ya, o será, cuando menos (*doch*), inevitable.
>
> *Federico Engels*".
>
> Londres, 15 de diciembre de 1887.

¡Qué genial profecía! ¡Y cuán infinitamente rica en ideas es cada frase de este análisis científico, exacto, claro, conciso, hecho desde el punto de vista de clase! ¡Cuánto provecho para sí podrían sacar de él los que, en nuestros días, se entregan a la vergonzante pusilanimidad, al desaliento y a la desesperación, si..., si la gente acostumbrada a ser lacayos de la burguesía o los que se dejaron atemorizar por ella supieran meditar, fuesen capaces de meditar!

Alguna que otra cosa predicha por Engels sucedió de un modo distinto: ¡no faltaba más que no hubiese cambiado nada en el mundo y en el capitalismo en el transcurso de esos treinta años de desarrollo imperialista de vertiginosa rapidez! Pero lo más asombroso es que vayan cumpliéndose, "como si obedecieran a un plan trazado de antemano", tantas de las cosas predichas por Engels. Esto se debe a que Engels hizo un análisis, de irreprochable exactitud, de las clases, y tanto éstas como sus relaciones recíprocas siguen siendo las mismas.

"...Aunque la guerra tal vez nos relegue temporalmente a un segundo plano..." Las cosas transcurrieron precisamente por este camino, pero fueron más lejos aún y en peor forma: una parte de los socialchovinistas "relegados" y de sus "semiadversarios" faltos de carácter, los kautskianos[75], empezaron a cantar loas a su movimiento atrás y se convirtieron en renegados y traidores directos del socialismo.

"...Aunque nos quite algunas de las posiciones ya conquistadas..." Toda una serie de posiciones

"legales" han sido arrebatadas a la clase obrera. En cambio, ésta se ha templado en las pruebas y recibe lecciones duras, pero útiles, de organización clandestina, de lucha ilegal, de preparación de sus fuerzas para el asalto revolucionario.

"...Las coronas rodarán por docenas..." Ya han rodado varias coronas y, entre ellas, una que vale por una docena de otras: la del autócrata de todas las Rusias, Nicolás Románov.

"...Es absolutamente imposible prever cómo acabará todo esto..." Después de cuatro años de guerra, esta imposibilidad absoluta, valga la expresión, es más absoluta aún.

"...El desorden irremediable de nuestro mecanismo artificioso en el comercio, en la industria y en el crédito..." Hacia fines del cuarto año de guerra, esto se ha cumplido totalmente en uno de los Estados más grandes y más atrasados, que fue arrastrado por los capitalistas a la guerra: en Rusia. Pero ¿es que el hambre, siempre mayor en Alemania y en Austria, la escasez de ropa y de materias primas y el desgaste de los medios de producción no son prueba de que igual situación se avecina también, con enorme rapidez, en otros países?

Engels describe las consecuencias acarreadas únicamente por la guerra "exterior", sin referirse a la guerra interior, es decir, a la guerra civil, sin la cual no se ha hecho todavía ninguna revolución importante en la historia, sin la cual no se ha imaginado el tránsito del capitalismo al socialismo ningún marxista serio. Y si la guerra exterior puede continuar por cierto tiempo sin provocar el "desorden irremediable" en el "mecanismo artificial" del capitalismo, es evidente que no se puede imaginar en absoluto una guerra civil sin semejantes consecuencias.

Qué estupidez, qué falta de carácter -sin referirnos al interesado servilismo ante la burguesía- revelan quienes siguiendo llamándose "socialistas", como los de *Nóvaya Zhizn*, los mencheviques, los eseristas de derecha, etc., destacan con maldad las manifestaciones de este "desorden irremediable", achacando la culpa de todo al proletariado revolucionario, al Poder soviético, a la "utopía" del tránsito al socialismo. El "desorden" -el desbarajuste (*razruja*) según magnífica expresión rusa- ha sido provocado por la guerra. No puede haber una guerra dura sin desbarajuste. No puede haber guerra civil, esa condición indispensable y satélite de la revolución socialista, sin desbarajuste. Renunciar a la revolución y al socialismo "a causa" del desbarajuste significa únicamente revelar falta de principios y pasarse, de hecho, al lado de la burguesía.

"...El hambre y las epidemias; el embrutecimiento general, tanto de las tropas como de las masas populares, provocado por la extrema miseria..."

¡Con cuánta sencillez y claridad hace Engels esta conclusión irrefutable, evidente para todo el que sea capaz de pensar, aunque sólo sea un poco, en las consecuencias objetivas de una guerra penosa, cruenta y de muchos años de duración! Y asombra cuán poco inteligentes son los numerosos "socialdemócratas" y "socialistas" de pacotilla que no quieren o no pueden profundizar en esta idea tan sencilla.

¿Es concebible una guerra de muchos años de duración sin el *embrutecimiento* de las tropas y de las masas populares? ¡Claro que no! Tales consecuencias de una guerra prolongada son absolutamente inevitables para varios años, sino para toda una generación. Pero nuestros "hombres en fundados"[76], los baldragas de la intelectualidad burguesa que se llaman a sí mismos "socialdemócratas" y "socialistas", achacan a la revolución, haciendo coro a la burguesía, las manifestaciones de embrutecimiento a la inevitable dureza de las medidas para combatir los casos especialmente graves de brutalidad, aunque es tan claro como la luz del día que aquél es originado por la guerra imperialista y que no hay revolución que pueda deshacerse de *semejantes* consecuencias de la guerra sin una lucha prolongada y sin una serie de duras represiones.

Nuestros plácidos literatos de *Nóvaya Zhizn*, de *Vperiod* o de *Dielo Naroda* están dispuestos a admitir "en teoría" la revolución realizada por el proletariado y las demás clases oprimidas, pero sólo a condición de que esta revolución caiga del cielo y no surja ni se desarrolle en la tierra, anegada en sangre por la matanza de pueblos durante cuatro años de matanza imperialista, entre millones y millones de seres exhaustos, atormentados y embrutecidos en esa matanza.

Ellos han oído decir y han admitido "en teoría" que la revolución debe compararse con el parto; pero cuando se llegó a los hechos, se acobardaron vergonzosamente, convirtiendo el lloriqueo de sus inmundos espíritus en eco de los rabiosos ataques de la burguesía contra la insurrección del proletariado. Tomemos las descripciones de los partos en la literatura, las descripciones con que sus autores se proponían pintarnos de un modo real toda la dureza, todo el martirio, todos los horrores de este acontecimiento; por ejemplo, la descripción de Emilio Zola en *La joie de viere* ("La alegría de vivir") o la de Veresáev en *Memorias de un médico*. El nacimiento del ser humano va acompañado de un proceso que convierte a la mujer en un trozo medio muerto de carne exhausto, martirizado, enloquecido de dolor y bañado en sangre. Pero ¿habrá alguien que tenga por ser humano al "individuo" que vea *únicamente* este aspecto en el amor, en sus consecuencias, en el acto de conversión de la mujer en madre? ¿Quién renunciaría al amor y a la procreación por *este* motivo?

El alumbramiento es unas veces fácil y otras

penoso. Marx y Engels, los fundadores del socialismo científico, hablaron siempre de *los largos sufrimientos del parto* relacionados indefectiblemente con el tránsito del capitalismo al socialismo. Y Engels, al analizar las consecuencias de una guerra mundial, describe con sencillez y claridad el hecho evidente e indiscutible de que la revolución que sigue a la guerra, que estalla en virtud de la guerra (y con mayor razón todavía -añadiremos por nuestra parte- la revolución que estalló en el período de la guerra y que se ve obligada a desarrollarse y defenderse en medio de la guerra mundial que la rodea), semejante revolución es un caso de alumbramiento *de singular gravedad*.

Consciente por completo de este hecho, Engels habla con particular cautela del nacimiento del socialismo, que saldrá de la sociedad capitalista que se hunde en la guerra mundial. "Un resultado (de la guerra mundial) -dice Engels- es absolutamente indudable: el agotamiento general y la *creación* de las condiciones para la victoria definitiva de la clase obrera".

Y este mismo pensamiento está expresado con mayor claridad aún al final del prólogo que analizamos:

"...Al final de la tragedia os convertiréis (los capitalistas y terratenientes, los reyes y estadistas de la burguesía) en ruinas, y el triunfo del proletariado, o habrá sido conquistado ya, o será, cuando menos, inevitable".

Los partos difíciles aumentan muchísimo el peligro de enfermedad mortal o funesto desenlace. Pero si bien algunas mujeres mueren del parto, la nueva sociedad, surgida del seno de la formación antigua, no puede sucumbir, y su nacimiento será sólo más torturante, más prolongado, serán más lentos su crecimiento y su desarrollo.

Todavía no ha llegado el final de la guerra. Pero sí ha llegado ya el agotamiento general. De los dos resultados *inmediatos* de la guerra, previstos por Engels como probables (o la victoria ya conquistada de la clase obrera o la creación de las condiciones que la hacen inevitable, *a pesar de todas las dificultades*), en la actualidad, a mediados del año 1918, estamos en presencia *de ambos*.

En uno de los países capitalistas, en el menos desarrollado, la victoria de la clase obrera *ya ha sido conquistada*. En los demás países, con el inaudito esfuerzo de sufrimientos nunca vistos, se crean las condiciones que hacen esta victoria, "cuando menos, inevitable".

¡Que suelten sus malos agüeros los baldragas "socialistas", que se ensañe y enfurezca la burguesía! Únicamente los que cierran los ojos y se tapan los oídos pueden no ver ni oír que han empezado en todo el mundo, para la vieja sociedad capitalista preñada de socialismo, los dolores del parto. A nuestro país, colocado temporalmente por el curso de los acontecimientos a la vanguardia de la revolución socialista, le han caído en suerte los sufrimientos, particularmente agudos, del primer período del alumbramiento que ha empezado ya. Tenemos razón de sobra para mirar con plena firmeza y absoluta seguridad el porvenir, que nos prepara a nuevos aliados y nuevos triunfos de la revolución socialista en una serie de países más adelantados. Tenemos derecho a enorgullecernos y considerarnos felices de que nos haya tocado ser los primeros en derribar, en un confín de la Tierra, a la fiera salvaje, al capitalismo, que anegó al mundo en sangre, que llevó a la humanidad al hambre y al embrutecimiento y que sucumbirá pronto sin falta, por monstruosas que sean las atroces manifestaciones de su furia en la agonía.

29 de junio de 1918.

Publicado el 2 de julio de 1918 en el núm. 133 de "Pravda".

T. 36, págs. 472-478.

EL CARÁCTER DEMOCRÁTICO Y SOCIALISTA DEL PODER SOVIÉTICO.

El carácter democrático y socialista del Poder soviético se manifiesta:

en que el poder estatal supremo son los Soviets, compuestos de representantes del pueblo trabajador (obreros, soldados y campesinos) que las masas, antes oprimidas por el capital, eligen libremente y revocan en cualquier momento;

en que los Soviets locales se unen libremente, rigiéndose por el centralismo democrático, en el Poder soviético único de la República Soviética de Rusia, el cual se extiende a todo el Estado y está refrendado por una unión federal;

en que los Soviets concentran en sus manos no sólo el poder legislativo y el control del cumplimiento de las leyes, sino también la aplicación práctica de éstas por conducto de todos los miembros de los Soviets a fin de que absolutamente toda la población trabajadora pase de modo gradual a desempeñar funciones legislativas y de administración pública.

Considerando, además,

que toda legitimación, directa o indirecta, de la propiedad de los obreros de una fábrica o profesión determinada sobre su producción peculiar, o de sus derechos a debilitar o frenar las disposiciones del poder estatal constituye la mayor tergiversación de los principios fundamentales del Poder soviético y la renuncia completa al socialismo...

Aquí se interrumpe el manuscrito.

Escrito en el primer semestre de 1918. Publicado por primera vez el 22 de abril de 1957 en el núm. 112 de "Pravda".

T. 36, págs. 481.

V CONGRESO DE TODA RUSIA DE LOS SOVIETS DE DIPUTADOS OBREROS, CAMPESINOS, SOLDADOS Y COMBATIENTES DEL EJÉRCITO ROJO.

4-10 de julio de 1918.

1. Informe del consejo de comisarios del pueblo, 5 de julio.

Camaradas: Pese a que el discurso de la oradora que me ha precedido ha sido en algunos pasajes muy exaltado, permitidme que presente mi informe, en nombre del Consejo de Comisarios del Pueblo, como de costumbre, es decir, tratando los problemas de principios más importantes, tal como se merecen, sin dejarme llevar por la polémica que tanto desea la oradora precedente ni proponerme, como es natural, renunciar a ella del todo. Camaradas, sabéis que, en el período transcurrido desde el último congreso, el Tratado de Brest ha sido el factor principal que ha determinado nuestra posición, ha modificado nuestra política y definido nuestra táctica y nuestra actitud ante algunos de los otros partidos de Rusia. Recordaréis cuántos reproches y acusaciones nos hicieron en el último congreso, cuántas voces se alzaron para decir que la famosa tregua no ayudaría a Rusia, que, de todos modos, se había concertado una alianza del imperialismo internacional y que el repliegue propugnado por nosotros no nos llevaría en la práctica a ninguna parte. Este factor principal ha determinado también toda la situación de los Estados capitalistas y en él, como es natural, debemos detenernos. Creo, camaradas, que después de los tres meses y medio transcurridos, y a pesar de los reproches y acusaciones que nos han hecho, se ve de manera indiscutible que teníamos razón. Podemos decir que el proletariado y los campesinos que no explotan a otros ni se lucran con el hambre del pueblo están en su totalidad y sin reservas con nosotros y, en todo caso, contra esos insensatos que los arrastran a la guerra y quieren romper el Tratado de Brest. (*Rumores*.)

Las nueve décimas partes están con nosotros, y cuanto más clara se perfila la situación, tanto menos dudas quedan de que nuestra táctica ha sido acertada en los momentos en que los partidos imperialistas de Europa Occidental, en que los dos grupos imperialistas principales, enzarzados en mortal combate, se empujan, aproximándose más y más cada mes, cada semana y cada día que pasa al precipicio cuyos contornos podemos percibir con claridad. Eso lo saben y sienten bien, sobre todo, quienes han vivido la guerra, quienes han visto lo que es la guerra y no hablan de ella con ligereza. Para nosotros está clarísimo que mientras cada uno de esos grupos nos gane en fuerza, mientras el viraje fundamental que permitirá a los obreros y al pueblo trabajador de Rusia gozar de los frutos de la revolución, recuperarse de los golpes sufridos y erguirse cuan alto es para crear un nuevo ejército organizado, disciplinado y estructurado sobre nuevos principios, para que podamos de hecho, y no de palabra... (*clamorosos Aplausos de la izquierda; una exclamación de la derecha*: "¡Kerenski!"), mientras este viraje fundamental no se produzca, debemos esperar. Por eso, cuanto más nos adentremos en las masas populares, cuanto más nos acerquemos a los obreros de las fábricas y a los campesinos trabajadores que no explotan trabajo asalariado ni defienden los intereses especulativos del kulak, que esconde sus cereales y teme la dictadura en el abastecimiento, con tanta mayor seguridad se podrá decir que también allí encontramos y estamos encontrando -ahora podemos afirmar con plena convicción que ya hemos encontrado- completas simpatía y unanimidad. Efectivamente, hoy día el pueblo no quiere ni puede combatir a sus enemigos imperialistas, y no los combatir por mucho que algunos intenten, por desconocimiento o afición a las frases, empujarlo a esa guerra, sean cuales fueren las palabras con que se encubran. Sí, camaradas, quien hoy hable directa o indirectamente, con franqueza o disimulo de la guerra, quien clame contra el Tratado de Paz de Brest, tildándolo de dogal, no ve que quienes echan el dogal al cuello de los obreros y campesinos de Rusia son los señores Kerenski y los terratenientes, los capitalistas y los kulaks... (*Una voz*: "¡Mirbach!" *Rumores*.) ¡Por mucho que vociferen, en todas las asambleas, su causa no tiene apoyo en el pueblo! (*Aplausos y Rumores*.)

No me extraña nada que esa gente, dada la situación en que se halla, no pueda responder más que dando voces, gritando como energúmenos, insultando y haciendo disparates (*Aplausos*), cuando no se tienen otros argumentos... (*Una voz*: "¡Tenemos argumentos!" *Rumores*.)

Noventa y nueve de cada cien soldados rusos saben los increíbles sufrimientos que costó acabar

esta guerra. Saben que para dar a la guerra una nueva base socialista y económica (*exclamaciones de* "¡Mirbach no lo permitirá!") se necesitan esfuerzos extraordinarios, y, antes que nada, debemos poner término a la guerra de saqueo. Ellos no se enzarzan en esta guerra, pues saben que las fuerzas rabiosas del imperialismo prosiguen la lucha y que en los últimos tres meses transcurridos desde el congreso anterior se han aproximado varios pasos más al precipicio. Después de haber cumplido con nuestro deber ante todos los pueblos, de haber comprendido el significado de la declaración de paz y de haber hecho llegar este significado, por medio de nuestra delegación de Brest, encabezada por el camarada Trotski, a conocimiento de los obreros de todos los países, cuando propusimos abiertamente una paz honrosa y democrática, esta propuesta fue rechazada por la enfurecida burguesía de todos los países. Nuestra postura no puede ser otra que la de esperar, y el pueblo verá entonces a esos grupos imperialistas desbocados, aún fuertes por ahora, caer en el precipicio al que se van aproximando; eso lo ve todo el mundo... (*Aplausos*.) Lo ven todos los que no cierren los ojos adrede. Es indudable que después de tres meses y medio, durante los cuales el enloquecido partido imperialista ha propalado la continuación de la guerra, se está ya más cerca de ese precipicio. Sabemos, sentimos y palpamos que aún no estamos preparados para la guerra; lo dicen los soldados, los combatientes que han sufrido en su propia carne la guerra; en cuanto a esos gritos que exhortan a quitarse inmediatamente el dogal de Brest, parten de los mencheviques, de los eseristas de derecha y de los partidarios de Kerenski, los democonstitucionalistas. Vosotros sabéis dónde se han quedado los partidarios de los terratenientes y de los capitalistas, dónde se han quedado los lacayos de los eseristas de derecha y de los democonstitucionalistas. Los discursos de los eseristas de izquierda, que también propenden a la guerra, serán aplaudidos con estruendo en ese bando. Como han dicho los oradores que me han precedido, los eseristas de izquierda se ven en una situación desagradable: iban a una habitación y fueron a parar a otra. (*Aplausos*.)

Sabemos que a una gran revolución la levanta la muchedumbre desde lo más hondo de su seno, que para eso se necesitan meses y años, y no nos extraña que el partido de los eseristas de izquierda haya tenido en el curso de la revolución vacilaciones increíbles. De esas vacilaciones nos ha hablado aquí Trotski, y a mí no me resta sino añadir que el 26 de octubre invitamos a los camaradas eseristas de izquierda a participar en el gobierno, pero ellos rehusaron, y no estuvieron con nosotros cuando Krasnov llegó a las puertas de Petrogrado; por consiguiente, el resultado es que no nos ayudaron a nosotros, sino a Krasnov. No nos extrañan esas vacilaciones. Ese partido ha tenido muchas, en efecto. Pero todo tiene un límite, camaradas.

Sabemos que la revolución es algo que se aprende con la experiencia y la práctica, y que una revolución llega a ser verdadera sólo cuando decenas de millones de personas se alzan unánimes como un solo hombre. (*Aplausos que no dejan oír las palabras de Lenin, gritos de*: "¡Vivan los Soviets!") Esta gran lucha, que nos eleva a una nueva vida, la han comenzado ciento quince millones de personas, por tanto, hay que fijarse en ella con la mayor seriedad. (*Clamorosos Aplausos*.) En octubre, cuando se estableció el Poder soviético el 26 de octubre de 1917, cuando... (Rumores, gritos, Aplausos.) nuestro partido y sus representantes en el Comité Ejecutivo Central propusieron al partido eserista de izquierda que participara en el gobierno, éste se negó. Cuando rehusaron participar en nuestro gobierno, los eseristas de izquierda no estaban con nosotros, estaban en contra de nosotros. (*Rumores en los escaños de los eseristas de izquierda*.) lamento mucho haber tenido que decirles algo que les disgusta. (*Los Rumores de la derecha se acrecientan*.) ¿Pero que se le puede hacer? Si el general cosaco Krasnov... (*Los Rumores y el griterío impiden a Lenin seguir*.) Cuando el 26 de octubre vacilasteis, sin saber vosotros mismos qué queríais y os negasteis a marchar con nosotros... (*Alboroto que dura varios minutos*.) ¡La verdad duele! Permitidme que os recuerde que quienes vacilaron, que quienes ni ellos mismos saben lo que quieren y renuncian a marchar con nosotros, escuchan de buena gana los cuentos que les llevan otros. Os dije que el soldado que ha estado en la guerra... (*Rumores*, *Aplausos*.) Cuando habló la oradora precedente, la inmensa mayoría de los delegados no la molestó. Bueno, se comprende. Si hay alguien que prefiera abandonar el congreso de los Soviets, ¡puente de plata! (*Rumores y alboroto en los escaños de la derecha. El presidente llama al orden*.)

Así pues, camaradas, la marcha de los acontecimientos ha demostrado que teníamos razón cuando firmamos la paz de Brest. Y quienes, en el anterior congreso de los Soviets, intentaron gastar bromas de mal gusto a propósito de la tregua, han aprendido y han visto que hemos logrado, si bien con un esfuerzo colosal, una prórroga, y que durante esta prórroga nuestros obreros y campesinos han dado un gran paso adelante hacia la construcción socialista, mientras que las potencias occidentales, por el contrario, han dado un paso gigantesco hacia ese precipicio en que está cayendo el imperialismo con tanta mayor rapidez cuanto más dura esa guerra.

Por eso, sólo puedo explicar por el más completo desconcierto la conducta de quienes apelan a la gravedad de nuestra situación para criticar nuestra táctica. Repito que es suficiente con apelar a los tres meses y medio últimos. Quiero recordar a quienes

asistieron al congreso anterior algunas de las cosas que allí se dijeron; y a quienes no estuvieron, les sugiero que lean las actas o los artículos de los periódicos sobre el mismo para que se convenzan de que los acontecimientos han acreditado por completo nuestra táctica. No puede haber fronteras entre las victorias de la Revolución de Octubre y las victorias de la revolución socialista internacional, y sus estallidos habrán de comenzar en otros países. Para acelerarlos hicimos todo lo posible en el período de Brest. Quienes hayan vivido las revoluciones de 1905 y 1917, quienes hayan meditado sobre ellas, quienes se hayan detenido a estudiarlas con cabeza y seriedad conocen las increíbles dificultades con que se hicieron estas revoluciones en nuestro país.

Dos meses antes de enero de 1905 y de febrero de 1917 ningún revolucionario, cualquiera que fuese su experiencia y sus conocimientos y por bien que conociera la vida del pueblo, podía pronosticar que estremecerían a Rusia tales estallidos. Hacerse eco de gritos sueltos y lanzar a las masas populares llamamientos que equivalen a poner fin a la paz y arrastrarnos a la guerra es una política de gente totalmente desconcertada, que ha perdido del todo la cabeza. Y para probar que eso es así, citaré las palabras de una persona cuya sinceridad no puede ser puesta en duda ni por mí ni por nadie, las palabras del discurso de la camarada Spiridónova publicado en el periódico *Golos Trudovogo Krestianstva*, y que no fue desmentido. En ese discurso del 30 de junio, la camarada Spiridónova insertó tres líneas insulsas para decir que tenía entendido que los alemanes nos habían presentado un ultimátum, exigiéndonos el envío de artículos manufacturados por valor de dos mil millones de rublos.

Un partido que conduce a sus representantes más sinceros a la horrenda charca del engaño y la mentira está definitivamente perdido. Los obreros y campesinos no ignoran los esfuerzos y angustias inauditos que nos costó la firma del Tratado de Brest. ¿Acaso hace falta recurrir aún a cuentos y patrañas, como lo hacen incluso los personajes más sinceros de ese partido, para pintar lo gravoso de esa paz? Pero nosotros sabemos cuál es la verdad del pueblo y nos guiamos por ella, mientras esa gente forcejea entre gritos de histeria. Desde ese punto de vista, semejante actitud, inspirada por ese desconcierto completo, es peor que cualquier provocación. Sobre todo si comparamos a todo el conjunto de partidos de Rusia, que es como lo exige el enfoque científico de la revolución. Nunca se debe olvidar el examen de las actitudes de todos los partidos en suma. Individuos o grupos sueltos pueden equivocarse, no saber cómo comportarse ni explicar propia conducta; pero si tomarnos a todos los partidos de Rusia juntos los examinamos en su correlación, no puede haber error alguno. Mirad lo que dicen ahora los eseristas de derecha, Kerenski, Sávinkov, etc., al escuchar las exhortaciones de los eseristas de izquierda... En estos momentos aplauden como locos, sí. Se alegrarían de arrastrar a Rusia a la guerra ahora, cuando le conviene a Miliukov. Y hablar así del dogal de Brest ahora, significa echar al cuello del campesino ruso el dogal del terrateniente. Cuando aquí nos hablan de combatir a los bolcheviques, tal como lo ha hecho la oradora precedente, al referirse a una discordia con los bolcheviques, yo respondo: no, camaradas, esto no es una discordia, sino una ruptura efectiva e irrevocable, una ruptura entre quienes soportan todo el peso de la situación, diciendo al pueblo la verdad sin embriagarse con exclamaciones, y los que se embriagan con esas exclamaciones y hacen sin querer una labor ajena, una labor de provocadores. (*Aplausos*.)

Doy fin a la primera parte de mi informe. En tres meses y medio de furiosa guerra imperialista, los Estados imperialistas se han acercado a ese precipicio, en el que quieren despeñar al pueblo. Esta fiera que se desangra nos ha arrancado muchos pedazos de carne de nuestro organismo vivo. Nuestros enemigos se acercan a ese precipicio con tanta rapidez que, aun concediéndoles un plazo mayor de tres meses y medio e incluso si la matanza imperialista nos volviera a causar pérdidas iguales a las sufridas, sucumbirían ellos, y no nosotros, porque la rapidez con que disminuye su resistencia los lleva deprisa al precipicio. Nosotros, en cambio, pese a la tremenda gravedad de la situación, que hacemos pública ante todo el pueblo, en estos tres meses y medio hemos tenido efusiones de vigor de un organismo sano: tanto en la industria como en los demás sectores se lleva a cabo una labor de construcción, tal vez menuda, nada efectista ni estrepitosa. Ha dado ya resultados fecundísimos y si llegamos a disponer de otros tres meses, de seis meses más, de toda una campaña de invierno de trabajo como ése, seguiremos avanzando, en tanto que la fiera imperialista de la Europa Occidental, extenuada de la pelea, no soportará esa competición, pues maduran en su seno fuerzas que aún no confían en sí mismas, pero que llevarán el imperialismo a la muerte. El proceso que ha comenzado ya en Europa Oeste, y ha comenzado de manera cardinal, no se podrá modificar en tres meses y medio. De esa labor menuda, creadora, de construcción, se habla creo muy poco, y yo soy del parecer de que debe dedicársele más atención. Por mi parte no puedo ocultar lo dicho, aunque sólo sea porque debo tener presentes las invectivas de la oradora que me ha precedido. Apelaré a la resolución del Comité Ejecutivo Central del 29 de abril de 1918. Entonces presenté un informe en el que hube de hablar de las tareas inmediatas del Poder soviético e hice hincapié en que pese a las increíbles dificultades de nuestra situación, debíamos poner en primer orden, dentro del país, el trabajo creador.

Y, sin hacernos ilusiones, es preciso decir aquí que debemos aplicar todas nuestras fuerzas a este trabajo, por abrumador que sea. La experiencia que os puedo comunicar muestra que en ese terreno hemos avanzado mucho, sin la menor duda. Bien es verdad que, si nos limitamos a los resultados externos, como hace la burguesía, entresacando ejemplos aislados de errores nuestros, difícilmente se podrá hablar de éxito alguno; pero nosotros tenemos una opinión muy distinta de eso. La burguesía toma el ejemplo de una dirección cualquiera de la flota fluvial e indica las veces que hemos tenido que reorganizarla, se regocija y afirma que el Poder soviético no puede llevar a cabo esa labor. A eso yo respondo que sí, que hemos reorganizado muchas veces la dirección de nuestra flota fluvial, lo mismo que la de los ferrocarriles, y ahora estamos haciendo una reorganización mayor aún del Consejo de Economía Nacional. En eso estriba el sentido de la revolución, en que el socialismo ha pasado de la esfera del dogma, del que sólo pueden hablar quienes no entienden absolutamente nada, de la esfera de los libros y programas a la esfera del trabajo práctico. Los obreros y los campesinos están construyendo ahora el socialismo con sus propias manos.

Han pasado ya para Rusia, y estoy seguro de que para no volver, los tiempos en que discutíamos los programas socialistas por lo que sabíamos de nuestras lecturas. Hoy podemos hablar de socialismo sólo por la experiencia. En eso precisamente consiste el significado de la revolución, en que ésta, por primera vez en la historia, ha prescindido del viejo mecanismo burocrático de la burguesía, del sistema burgués de administración, y ha creado las condiciones para que los obreros y campesinos puedan emprender por sí mismos esta obra de increíble dificultad que sería ridículo ocultaros a nosotros mismos, pues los terratenientes y capitalistas osaron y persiguieron durante siglos a decenas de millones de personas por el solo hecho de que pensaban administrar la tierra. Y ahora, en medio de un desbarajuste espantoso, atroz, cuando la guerra ha cubierto de heridas el cuerpo de Rusia, de manera que el pueblo parece un hombre medio muerto a palos, cuando los zares, los terratenientes y los capitalistas nos han dejado en herencia el mayor de los desbarajustes, son las nuevas clases, los obreros y los campesinos que no explotan trabajo asalariado ni se lucran especulando con cereales, las que deben emprender en unas cuantas semanas, en unos cuantos meses, esta nueva obra, esta nueva labor de construcción. Sí, la obra es de dificultad, increíble, pero también grata en extremo. Cada mes de trabajo y experiencia de este tipo vale por diez años; si no por veinte, de nuestra historia. No tememos confesaros de qué es indicio el hecho de que cuando conocemos nuestros decretos, tenemos que rehacerlos constantemente; todavía no hemos hecho nada acabado, aún no conocemos un socialismo que pueda ser encasillado en cláusulas y apartados. Y si hoy podemos ofrecer a este congreso la Constitución soviética, es sólo porque los Soviets han sido formados y probados en todos los confines del país, porque vosotros habéis creado y probado esa Constitución en todos los confines del país; tan sólo medio año después de la Revolución de Octubre, casi un año después del Primer Congreso de los Soviets de toda Rusia, hemos podido inscribir en ella lo que ya existe en la práctica[77].

En la esfera económica, donde el socialismo comienza solo a construirse, donde debe establecerse una nueva disciplina, carecemos de experiencia de ese tipo y la vamos adquiriendo a fuerza de modificar y reorganizar. Esa es nuestra principal tarea; nosotros decimos que todo orden social nuevo requiere nuevas relaciones entre la gente y una nueva disciplina. Hubo un tiempo en que era imposible dirigir la economía sin la disciplina feudal, en que había una sola disciplina; la del palo. Y ha habido otro tiempo, el de la dominación de los capitalistas, en que la fuerza de la disciplina era el hambre. Pero ahora, desde que hicimos la revolución soviética, desde que comenzó la revolución socialista, la disciplina debe basarse en principios completamente nuevos; debe ser la disciplina de la confianza en la capacidad de organización de los obreros y los campesinos pobres, la disciplina del compañerismo, la disciplina del respeto en todos los aspectos, de la independencia y la iniciativa en la lucha. Todo el que recurra a los viejos métodos capitalistas, todo el que en tiempos de privaciones y hambre razona como antes, a la manera capitalista: sacaré más si vendo mi trigo, cuando nadie más lo vende, me costará menos encontrar trigo si me pongo en camino cuando los demás se están en su casa; quien razona de esa manera, elige la senda más fácil, pero no llegará al socialismo.

Es simple y llano mantenerse en el terreno de las relaciones capitalistas habituales, pero nosotros queremos emprender un camino nuevo. Este camino exige de nosotros y de todo el pueblo más conciencia, más organización y más tiempo y nos lleva también a grandes errores. Pero nos decirnos que no se equivoca el que no hace nada práctico.

Si, desde el punto de vista de este congreso, el período del que os rindo cuenta incluye experiencias, en las que se encuentran a menudo enmiendas, correcciones y retornos a lo viejo, eso no es la tarea principal, ni el contenido principal, ni el valor principal del período en que vivimos. El viejo personal administrativo, compuesto de funcionarios para quienes bastaba que se ordenara un aumento de sueldo, se ha acabado. Tenemos que tratar con organizaciones obreras que asumen el gobierno de la economía.

Hemos de tratar con los obreros de los ferrocarriles, que estaban en peores condiciones que

otros y tienen el legítimo derecho de exigir que mejore su situación; mañana expondrán sus reivindicaciones los obreros del transporte fluvial, y pasado mañana serán los campesinos medios -de quienes he de hablar más despacio-, los cuales sienten no tan a menudo que están en peor situación que el obrero, a quien prestamos la mayor atención y cuyos intereses defienden todos nuestros decretos, cosa que la oradora precedente no ha comprendido en absoluto. Todo esto crea increíbles dificultades, pero estas dificultades se deben a que los obreros y campesinos pobres organizan por primera vez, al cabo de los siglos y con sus propias manos, toda la economía nacional de Rusia. Pues bien, tenemos que buscar la manera de satisfacer las reivindicaciones justas, de rehacer los decretos y reorganizar el sistema de administración. Y al lado de los fracasos y desaciertos -que la prensa burguesa destaca y que, desde luego, son numerosos-, logramos éxitos, pues aprendemos de esos fracasos y errores parciales, aprendemos de la experiencia a construir el edificio del socialismo. Y cuando vemos salir de todas partes nuevas reivindicaciones, decimos que así debe ser, que eso es el socialismo, cuando cada cual desea mejorar su situación, cuando todos quieren disfrutar los bienes de la vida. Pero el país es pobre, está en la miseria, hoy por hoy es imposible satisfacer todas las reivindicaciones, razón por la cual resulta tan difícil construir el nuevo edificio entre ese desbarajuste. Pero se equivoca de medio a medio quien piense que el socialismo puede construirse en tiempos de paz y tranquilidad: se construirá en todas partes en tiempos de desbarajuste, en tiempos de hambre, y así ha de ser; y cuando vemos a gentes de ideas de verdad, nos decimos: los obreros y campesinos trabajadores han comenzado a construir el nuevo edificio socialista con miles, decenas de miles y centenares de miles de manos. Hoy día se está comenzando una profunda revolución en el campo, donde los kulaks realizan un trabajo de agitación y tratan de estorbar al campesino trabajador, que no explota trabajo ajeno ni se lucra especulando con cereales; allí la tarea es distinta. En las ciudades hay que organizar las fábricas, la industria del metal; y distribuir la producción, distribuir las materias primas y otros materiales en medio del desbarajuste causado por la guerra es una tarea muy difícil. En las ciudades, los obreros están aprendiendo a hacerlo y creando los órganos de administración central; tenemos que rehacer el Consejo Superior de Economía Nacional, pues las anteriores leyes, promulgadas a comienzos de este año, han envejecido ya, el movimiento obrero avanza, el anterior control obrero está ya anticuado, y los sindicatos se van transformando en embriones de los órganos administrativos de toda la industria. (*Aplausos*.) En esta esfera ya se ha hecho mucho; pero aún no podemos ufanamos de ningún éxito brillante. Sabemos que, en este terreno, los elementos burgueses, los capitalistas, terratenientes y kulaks tendrán todavía oportunidad de realizar su agitación por largo tiempo, diciendo, como de costumbre, que no entró en vigor un decreto promulgado y que otro, al cabo de tres meses de promulgarse, ya está siendo corregido, mientras la especulación continua igual que durante el capitalismo. En efecto, no conocernos ninguna panacea universal de charlatán de feria que pueda acabar de golpe con la especulación. Las costumbres del régimen capitalista están demasiado arraigadas; reeducar a un pueblo educado durante siglos en dichas costumbres es obra complicada y requiere mucho tiempo. Pero nosotros decimos: nuestro método de lucha es la organización. Debemos organizarlo todo, tomarlo todo en nuestras manos, controlar a los kulaks y especuladores a cada paso, declararles una guerra implacable y no darles respiro, vigilando cada uno de sus movimientos. (*Aplausos*.)

Sabemos por experiencia que la modificación de los decretos es indispensable, pues se tropieza con nuevas dificultades, las cuales ratifican la necesidad de modificarlos. Y si ahora, en el problema del abastecimiento de comestibles, hemos llegado al punto de organizar a los pobres del campo, si nuestros camaradas de ayer -los eseristas de izquierda- nos dicen con toda esa franqueza que no da lugar a duda de que nuestros caminos divergen, les respondemos con firmeza tanto peor para vosotros, pues eso significa que habéis vuelto la espalda al socialismo. (*Aplausos*.)

Camaradas. El problema del abastecimiento es el principal, es el problema al que más atención dedicamos en nuestra política. El Consejo de Comisarios, del Pueblo ha adoptado un montón de pequeñas medidas, imperceptibles desde fuera, como son la mejora de los sistemas de transporte por agua y ferrocarril, la limpieza de los almacenes de la intendencia militar, la lucha contra la especulación, todas ellas encaminadas a poner en orden el abastecimiento de comestibles. No sólo nuestro país, sino también los países más civilizados, que jamás conocieron el hambre antes de la guerra, se hallan ahora en la más penosa situación creada por los imperialistas en su lucha por la supremacía de uno u otro grupo. En Occidente, decenas de millones de personas padecen los tormentos del hambre. Eso es precisamente lo que hace inevitable la revolución social, pues la revolución social no arranca de los programas, sino del clamor que decenas de millones de personas elevan: "antes morir por la revolución que vivir hambrientos". (*Aplausos*.)

Una espantosa calamidad -el hambre- nos azota, y cuanto más difícil es nuestra situación, cuanto más se agrava la crisis de los alimentos tanto más se exacerba la lucha de los capitalistas contra el Poder soviético. Sabéis que el motín del cuerpo de ejército checoslovaco es un alzamiento de gente comprada

por los imperialistas ingleses y franceses. Oímos decir continuamente que unas veces aquí y otras allá estallan rebeliones contra los Soviets. Las rebeliones de los kulaks se extienden a más y más zonas. En la del Don está Krasnov, a quien los obreros rusos de Petrogrado dejaron marchar con magnanimidad cuando él se presentó y entregó su espada, pues los prejuicios de los intelectuales están muy arraigados todavía, y la intelectualidad protestó contra la pena de muerte; a Krasnov se le dejó marchar en libertad debido a las prejuicios de los intelectuales contra la pena de muerte. Quisiera ver yo ahora qué tribunal popular, qué tribunal campesino u obrero no fusilaría a Krasnov, como él fusila a obreros y campesinos. Cuando la Comisión Dzerzhinski[78] condena al paredón, se dice que eso está bien; pero si un tribunal declara públicamente ante la faz de todo el pueblo que fulano es un contrarrevolucionario y merece ser fusilado, eso está mal. Los que han llegado a tal hipocresía son cadáveres políticos. (*Aplausos*.) Un revolucionario que no quiere ser hipócrita no puede oponerse a la pena de muerte, no. Jamás hubo una revolución o un período de guerra civil sin fusilamientos.

Nuestro suministro de comestibles se encuentra en un estado casi catastrófico. Hemos llegado al período más grave de nuestra revolución. Estamos ante el período más difícil, jamás hubo otro peor en la Rusia obrera y campesina: es el periodo que nos queda hasta la cosecha. A mí, que soy persona avezada en discrepancias en el seno del partido y en polémicas sobre la revolución, no me extraña que en un período tan difícil como éste aumente el número de los que sufren accesos de histeria y gritan: abandonaré los Soviets. Se apela a los decretos que suprimen la pena de muerte. Malo es el revolucionario que en el momento de lucha enconada se detiene ante la inmutabilidad de la ley. En períodos de transición, las leyes tienen una validez temporal. Y si una ley impide el desarrollo de la revolución, se deroga o se enmienda. Camaradas, cuanto más nos azota el hambre, tanto más clara se ve la necesidad de combatir esta terrible calamidad con medidas igual de terribles.

El socialismo, repito, ha dejado de ser un dogma, lo mismo que, tal vez, haya dejado de ser un programa. Nuestro partido aún no ha redactado un programa nuevo, y el viejo ya no sirve para nada. (*Aplausos*.) Distribuir el pan con acierto y equidad: eso es lo que constituye hoy la base del socialismo. (*Aplausos*.) La guerra nos ha dejado en herencia el desbarajuste económico; los esfuerzos de Kerenski, de los terratenientes y los kulaks, cuya consigna es “después de nosotros, el diluvio”, han colocado al país en la situación de decir: cuanto peor van las cosas, tanto mejor. La guerra nos ha dejado tales calamidades que ahora percibimos que la esencia misma de todo el régimen socialista está en el problema del pan, y debemos abordar este problema y encontrarle solución práctica. En este terreno nos preguntamos: ¿Cómo obrar respecto al trigo? ¿Seguir como antes, como se hacía en el capitalismo, cuando los campesinos, aprovechando la ocasión, ganaban miles de rublos en la venta de los cereales, atribuyéndose al paso la denominación de campesinos trabajadores e incluso, a veces, de eseristas de izquierda? (*Aplausos*, *Rumores*.) Son del parecer de que si el pueblo pasa hambre, los precios de los cereales subirán; si el hambre llega a las ciudades, ellos se llenarán los bolsillos; y si el hambre se acentúa, las ganancias de ellos serán mayores aún. Camaradas, de sobra sé que no es de fulano o mengano la culpa de que se piense así. Ha sido toda la vieja y repugnante herencia de la sociedad terrateniente y capitalista la que ha enseñado a la gente a argumentar, pensar y vivir de esa manera; y rehacer la vida de decenas de millones de personas es muy difícil; eso requiere una labor larga y pertinaz, y nosotros acabamos de comenzarla. Jamás se nos pasó siquiera por las mentes culpar a esos individuos que, atormentados por el hambre y sin ver la ventaja de la organización de un sistema socialista de distribución del pan, se lanzan por su cuenta y riesgo a conseguirlo, liándose la manta a la cabeza. No se puede echar la culpa a esta gente. Pero afirmamos que cuando se trata de representantes de los partidos, cuando se trata de militantes de un partido determinado, cuando se trata de grandes agrupamientos del pueblo, les exigimos que afronten el problema, desde el punto de vista de la edificación de la nueva sociedad y no desde el punto de vista del individuo dolido, atormentado, hambriento, a quien nadie se atrevería a levantar la mano.

Repito: jamás se logrará construir el socialismo, reinando en torno la calma y la tranquilidad; el socialismo no se logrará construir sin chocar con la furiosa resistencia de los terratenientes y los capitalistas. Cuanto peor es la situación, tanto más contentos se frotan ellos las manos, tanto mayores deseos tienen de rebelarse; cuanto más difícil es la situación y cuanto más saboteadores hay entre nosotros, tanto más gustosos se entremeten en historias como la sublevación del cuerpo de ejército checoslovaco y la campaña de Krasnov. Y nosotros afirmamos que eso debe superarse, mas no a la manera antigua, por difícil que sea tirar del carro cuesta arriba, y no dejarlo rodar cuesta abajo. Sabemos perfectamente que no ha transcurrido una semana, ni si quiera un solo día, sin que en el Consejo de Comisarios del Pueblo no nos hayamos ocupado del problema del suministro de comestibles, sin que no hayamos emitido miles de propuestas, disposiciones y decretos, y sin que no nos hayamos planteado cómo combatir el hambre. Se dice que no hay necesidad de precios especiales de tasa ni de monopolio del trigo. Hay que dar libertad de

comercio. Los ricos se enriquecerán más aún, y si los pobres se mueren de hambre, no le hace, pues siempre ha sido así. Pero un socialista no puede razonar así; en estos momentos, en lo más empinado de la cuesta, cuando hemos de tirar del carro por las escarpas mayores, el socialismo ha dejado de ser una cuestión de discrepancias entre los partidos para convertirse en un problema de la vida: ¿podremos aguantar firmes en la lucha contra los kulaks, si nos aliamos a los campesinos que no especulan con los cereales?, ¿podremos aguantar firmes ahora, cuando hay que luchar, cuando nos espera un trabajo de lo más arduo? Se ha hablado de los comités de campesinos pobres[79]. Quienes hayan padecido el suplicio del hambre verán claro que para vencer y aplastar sin piedad a los kulaks se requieren medidas drásticas e implacables. Cuando comenzamos a organizar los comités de campesinos pobres, sabíamos perfectamente cuán severa y drástica era esta medida, porque sólo la alianza de las ciudades con los campesinos pobres y con quienes no especulan con los excedentes de cereales que poseen, con quienes están decididos a superar las dificultades y conseguir que los excedentes de cereales pasen al Estado y se distribuyan entre los trabajadores es el único recurso de esta lucha. No es en programas ni discursos donde se desplegará esta lucha; en esta lucha contra el hambre se pondrá de manifiesto quién va derecho al socialismo, pese a todas las pruebas, y quién se deja llevar por las añagazas y embelecos de los kulaks.

Y si en el partido eserista de izquierda hay quienes dicen, como la oradora que me ha precedido, una de las personas más sinceras y, por tanto, de las más volubles y propensas a cambiar de opinión, que no pueden trabajar con los bolcheviques y que se marchan, no lo sentiremos ni un instante. Los socialistas que se marchan en un momento como éste, cuando mueren de hambre cientos y miles de personas, mientras otras tienen grandes excedentes de cereales que no vendieron hasta agosto del año pasado, cuando se doblaron los precios de tasa para los cereales, contra lo cual protestaron todos los demócratas; quienes saben que el pueblo sufre tormentos inauditos por el hambre y no quieren vender el trigo al precio que los campesinos medios, ¡son enemigos del pueblo, malogran la revolución y apoyan la violencia, son amigos de los capitalistas! ¡Hagámosles la guerra, una guerra sin cuartel! (*Aplausos de toda la sala; aplaude también una parte considerable de los eseristas de izquierda*.) Se equivoca mil veces, yerra mil veces quien habla, aunque sea un momento, por boca de ganso y dice que ésta es una batalla contra el campesinado, como lo han hecho a veces algunos eseristas de izquierda imprudentes o irreflexivos. No, esta lucha va contra una minoría insignificante de kulaks rurales; esta lucha se sostiene por salvar el socialismo y distribuir de manera adecuada el pan en Rusia. (*Voces* "¿Y los tejidos?") Lucharemos en alianza con la inmensa mayoría del campesinado. En esta batalla venceremos, y entonces todos los obreros europeos verán en la práctica lo que significa el socialismo.

En esta lucha nos ayudarán todos los que, aun sin poseer quizás un conocimiento científico de lo que es el socialismo, han trabajado toda la vida y saben lo mucho que cuesta ganar el pan. Esta gente nos comprenderá y estará con nosotros. En estos momentos de extrema calamidad nacional, en que todas las conquistas de la revolución se juegan a una carta, en que los Skoropadski de todos los matices y de todos los confines ocupados o no del país, estiran el pescuezo en acecho del instante propicio para derribar con el hambre el poder obrero y campesino y restablecer a los terratenientes, nuestro primer deber socialista es declarar una guerra sin cuartel a los kulaks que tienen excedentes de cereales y son capaces de ocultarlos. Quien se lava las manos y repite los cuentos de la burguesía en estos momentos de gravísimas dificultades para el pueblo hambriento y pruebas ingentes para la revolución socialista, es un mal socialista.

¡Miente mil veces quien afirma que ésta es una lucha contra el campesinado! He leído centenares de veces esta afirmación en las páginas de los periódicos democonstitucionalistas y no me extraña oír gritar que los obreros se han apartado del campesinado. No me extraña ver cuando escriben histéricamente: "Campesinos, abrid los ojos, pensadlo bien y abandonad a los bolcheviques". Cuando oigo y leo tales cosas, no me extraño. Allí están en su sitio. Allí sirven al amo que deben, ¡pero no quisiera yo verme en el pellejo del socialista que ha caído tan bajo que habla de esa manera! (*Clamorosos aplausos*.) Camaradas, conocemos de sobra las increíbles dificultades que se requiere vencer para garantizar el suministro de víveres. Aquí los prejuicios son de lo más profundos. Aquí los intereses están de lo más arraigados, son los intereses de los kulaks; aquí reinan la división, el estancamiento, la dispersión, la ignorancia de la población rural; en muchos casos todos se agrupan contra nosotros; pero respondemos que, pese a todas estas dificultades, no podemos retroceder, con el hambre no se bromea, y si las masas populares no reciben ayuda cuando padecen el hambre es capaz de lanzarlas incluso en brazos de un Skoropadski. ¡Miente quien afirma que esta lucha va contra el campesinado! Quien afirme esto es el mayor criminal, y a quienes, en raptos de histeria, llegan a pronunciar palabras como ésas, les cae la mayor de las desgracias. No, no sólo no luchamos contra los campesinos pobres, sino que ni tan siquiera lo hacemos contra el campesino medio. Los campesinos medios tienen ínfimos excedentes de cereales por toda Rusia. Los campesinos medios han vivido decenios, antes de la revolución, en peores

condiciones que los obreros. Antes de la revolución sólo conocían privaciones y opresión. Nuestra política con los campesinos medios es la del acuerdo.

La revolución socialista lleva la igualdad a todas las masas trabajadoras; sería injusto que todo obrero de la ciudad recibiera más que el campesino medio que no explota trabajo asalariado ni especula; el campesino sufre mayores privaciones y opresión que el obrero y vive peor aún que él. No tiene organizaciones, ni sindicatos que se ocupen de mejorar su situación. Hasta en los sindicatos obreros tenemos que organizar decenas de reuniones para nivelar los salarios de los diferentes oficios. Y ni aun así lo podemos lograr. Todo obrero sensato sabe que para llegar a ello se necesita mucho tiempo. ¿Acaso son pocas las quejas que recibe el Comisariado de Trabajo? Puede verse que cada gremio se solivianta: ¡no queremos vivir como antes, no queremos vivir como esclavos! Queremos curar las heridas que recibió nuestro pobre país, nuestro país indigente. Tenemos que elevar de alguna manera la economía, arruinada casi por completo. Sólo podemos hacerlo con organización. Y para organizar al campesinado, promulgamos el decreto sobre los comités de campesinos pobres. Únicamente los enemigos del socialismo pueden oponerse a este decreto. Dijimos que estimábamos justo bajar los precios de los tejidos. Estamos registrando y nacionalizándolo absolutamente todo. (*Aplausos*.) Y esto nos permitirá regular la distribución de los artículos industriales.

Hemos dicho que se reduzcan los precios de los tejidos a la mitad para los campesinos pobres y en un 25 por cien para los campesinos medios. Tal vez esta proporción no sea la justa. No pretendemos haber dado la solución acertada del problema. No afirmamos eso. Vamos a resolverlo juntos para no equivocarnos. (*Aplausos*.) Y es un problema que no se resuelve si nos quedamos sentados en las poltronas de la administración central o nos limitamos a combatir la especulación y atrapar a los truhanes que hacen a escondidas sus negocios.

Sólo después de que el Comisariado de Abastecimiento, de común acuerdo con el de Agricultura, haya nacionalizado todas las mercancías y fijado los precios, nos habremos aproximado realmente al socialismo. Sólo se acercan al socialismo los trabajadores de las ciudades y los pobres del campo, todos los que trabajan y no se apropian de lo ajeno, los que no explotan el trabajo de otros ni por contrata de mano de obra ni por especulación -pues quien cobra cien rublos y aún más por un pud de cereal no es menos especulador que quien contrata a obreros asalariados; tal vez sea un especulador peor aún o más contumaz-. Después de medio año de gobierno soviético, difícil hasta el extremo, hemos llegado a tener organizados a los campesinos pobres: ¡lástima no haberlo logrado en media semana, y ésa es nuestra culpa! Si se nos reprochara que el decreto para organizar a los pobres del campo y que la dictadura del suministro de comestibles han llegado con medio año de retraso, aceptaríamos gustosos el reproche. Decimos que únicamente ahora, cuando hemos emprendido este camino, el socialismo ha dejado de ser tan sólo una frase para transformarse en una obra viva. Es posible que el decreto sea desacertado, y los precios erróneos. Pero ¿en qué podíamos basarnos para determinarlos? Sólo en vuestra experiencia. ¡Cuántas veces hemos rehecho las tarifas de los ferroviarios, y eso que ellos tienen su sindicato, mientras que los campesinos pobres no tienen ninguno! Comprobemos juntos, pues, si son atinados los precios para los campesinos pobres que dispone el decreto, si es justo que estos se rebajen a la mitad para los campesinos pobres, en el 25% para los campesinos medios y queden completos, sin merma, para los campesinos ricos. ¿Están en lo cierto estas proporciones o no?

Si hemos de dar una batalla, lo haremos con decretos valientes y sin vacilar un instante. Será una verdadera batalla por el socialismo, no por un dogma, un programa, el Partido o una minoría de éste, sino por el socialismo vivo, por la distribución del pan entre centenares de miles y millones de hambrientos de las zonas de vanguardia de Rusia, para que, cuando hay cereal, éste sea recogido y mejor distribuido. Repito: no nos cabe la menor duda de que cuando el noventa y nueve por ciento de los campesinos conozcan la verdad, cuando les llegue el decreto, lo comprueben y lo apliquen, cuando nos digan cómo enmendarlo, y nosotros lo enmendemos y corrijamos las proporciones, cuando emprendan esta labor y se hagan una idea de las dificultades con que van a tropezar en la práctica, se pondrán de nuestro lado y nos dirán que expresamos el sano instinto de todo trabajador, que así y sólo así se resuelvo el problema verdadero, el problema básico y vital del socialismo. Fijaremos los precios de tasa adecuados para las mercancías, estableceremos el monopolio del trigo, de los tejidos y de todos los demás artículos, y entonces el pueblo dirá: sí, el socialismo nos ofrece una distribución del trabajo, del pan y los otros productos mejor que antes. Y esto es lo que el pueblo empieza ya a decir. Junto al sinfín de dificultades, junto a la multitud de errores, junto a los casos, que no encubrimos lo más mínimo, sino que sacamos a la luz del día y ponemos en la picota, junto a los casos en que nuestros propios destacamentos incurren en la especulación y caen en ese resbaladizo camino que lleva al precipicio de las costumbres y hábitos capitalistas -casos de éstos hay en todas partes- y nosotros sabemos que no es posible rehacer de golpe y porrazo a la gente, que es imposible infundir de pronto confianza en el socialismo a decenas de millones de personas (¿de dónde puede sacar esa gente la confianza? ¿de su

cabeza? No, de su propia experiencia), junto a todo eso comienza a decirse que el pan puede conseguirse sin recurrir a la especulación, y que la salvación del hambre está sólo en la alianza de los obreros de la ciudad, de los obreros de las fábricas y talleres con los campesinos pobres, ya que los pobres del campo son los únicos que no especulan con el trigo. Por cierto, cuando el campesino medio vea nuestros decretos, cuando los haya leído y comparado con la palabrería y las calumnias de los eseristas de derecha y de los defensores de los kulaks, dirá que estamos procediendo con justicia al establecer una tarifa para los campesinos pobres, otra para los medios, y confiscar los cereales a los kulaks. Quizás no diga que procedemos como socialistas, pues tal vez ni conozca esa palabra; pero él es nuestro más fiel aliado, pues no especula con los cereales. Comprenderá y convendrá en que especular con los cereales en momentos de gravísimo peligro para la revolución socialista es el mayor de los crímenes contra al pueblo.

El pan no puede ser distribuido por decreto. Pero cuando, después de un largo y tenaz esfuerzo para formar y mejorar la alianza de los obreros fabriles de la ciudad con los campesinos pobres, con los campesinos trabajadores que no participan en la especulación ni contratan obreros asalariados, cuando logremos que esto marche en la práctica, no habrá alarido histérico contra nuestro partido que pueda romper esta alianza. (*Aplausos*.)

Cuando prometimos al campesinado la socialización de la tierra[80] con ello hicimos una concesión, pues sabíamos que la nacionalización no podía realizarse de golpe. Sabemos que quizás haya sido un error incluir vuestra socialización de la tierra en nuestra ley del 26 de octubre. Fue una concesión a los eseristas de izquierda, quienes dijeron que renunciaban a participar en el gobierno y se quedarían en él únicamente si se promulgaba esa ley Spiridónova se equivoca mil veces cuando aduce hechos sueltos y dice que vino a verme, que se humilló y me suplicó. Camaradas, muchos de vosotros habéis venido a verme y sabéis que eso es imposible, que yo nunca podría tratar así a una camarada. Malo debe de ser el partido cuyos mejores representantes se humillan hasta el extremo de difundir patrañas. (*Rumores*). Tengo en mi poder una carta de la camarada Spiridónova, pues se ha dirigido a mí a menudo por escrito. Mañana mismo encontraré esa carta y la daré a conocer. En ella me escribía: "¿Por qué no quiere usted dar dos millones para la comuna agrícola?". Y esto, el mismo día en que el Comisario del Pueblo de Agricultura, Seredá, cuya labor ella no entiende, presentó una propuesta de asignar diez millones para las comunas agrícolas[81]. (*Prolongados aplausos*.) Eso se lo habéis oído decir a la camarada Spiridónova en su discurso; pero malo debe ser el partido en el que hasta la gente más sincera cae tan bajo que cuenta cuentos con fines de propaganda. Repito: ¡Qué malo debe ser el partido cuyos mejores y más sinceros representantes llegan al extremo de difundir cuentos semejantes sobre el Poder soviético! ¡Tanto peor para ellos! Cualquier campesino que visite el Comisariado de Agricultura se enterará de que se han asignado diez millones de rublos para las comunas agrícolas, lo verá y creerá más lo que ve con sus propios ojos y oye con sus propios oídos que lo que digan otros; comprenderá que esa gente ha caído tan bajo que cuenta cuentos y dará la espalda a ese partido. (*Aplausos*.) Para terminar, diré una sola cosa. Hasta la nueva cosecha, hasta que sus frutos sean transportados a las regiones hambrientas de Petrogrado y Moscú, nos espera un período penoso de revolución rusa. Sólo la alianza más estrecha de los obreros de las ciudades con los campesinos pobres y las masas trabajadoras del campo que no especulan con los cereales es lo único que puede salvar a la revolución.

El congreso nos muestra que, pese a todo, la unión de todos los trabajadores se vigoriza, crece y se extiende, no sólo en Rusia, sino en el mundo entero. Lo que en el extranjero se conoce de nuestra revolución es tan poco que da risa y miedo a la vez. Allí impera la censura militar, que no deja pasar nada. Eso es lo que nos cuentan los camaradas que han venido del extranjero. Mas, no obstante, los obreros europeos, aunque sólo sea por instinto, están al lado del gobierno bolchevique. Se multiplican más y más las voces que de muestran que la simpatía por la revolución socialista en Europa se acentúa en los países donde aún prosigue la guerra imperialista. El gobierno bolchevique recibe de socialistas alemanes y de otras personas, cuyos nombres son conocidos por todo obrero y campesino consciente, como Clara Zetkin y Franz Mehring, expresiones de reconocimiento, simpatía y apoyo. En Italia, el viejo secretario del partido, Lazzari, que en Zimmerwald desconfiaba de los bolcheviques, ha sido encarcelado por habernos expresado su simpatía.

Cada vez se comprende mejor la revolución. En Francia, los camaradas y obreros que en la Conferencia de Zimmerwald mostraron su gran desconfianza de los bolcheviques, ahora acaban de publicar en nombre del Comité de Relaciones Internacionales[82] un llamamiento en el que se pronuncian calurosamente en pro de apoyar al gobierno bolchevique y en contra de las acciones aventureras de cualquier partido.

Así pues, camaradas, por duro y difícil que sea el período que hemos de atravesar, tenemos la obligación de decir toda la verdad y mostrar esto con toda claridad, pues sólo el pueblo, con su iniciativa y su organización, presentando nuevas y nuevas condiciones y defendiendo la república socialista, puede ayudarnos. Y nosotros decimos: Camaradas, no cabe la menor duda de que si seguimos el camino

que hemos elegido y que los acontecimientos han confirmado, si seguimos avanzando firme e invariablemente por ese camino, no permitimos que las frases, las ilusiones, los engaños y el histerismo nos desvíen del buen camino, tenemos las mayores probabilidades de sostenemos y de ayudar con tesón al triunfo del socialismo en Rusia y, de este modo, coadyuvar al triunfo de la revolución socialista mundial. (*Clamorosos y prolongados Aplausos que se transforman en ovación.*)

2. Discurso de resumen del informe del consejo de comisarios del pueblo, 5 de julio.

Todas las objeciones de la oposición a mi informe comienzan por el problema del Tratado de Brest. Semejante planteamiento del problema podría calificarse de práctico si llevara a resultados prácticos. Pero ninguno de sus discursos sobre ello ha tenido ni puede tener resultados. (*Aplausos*.)

Si el partido eserista de izquierda hubiese logrado la mayoría, no habría alborotado tanto como alborota ahora en torno a este problema. Debemos hablar de las conquistas reales de la República Soviética en el camino al socialismo, y podemos afirmar -cosa que ningún orador ha negado- que en este aspecto se han logrado grandes éxitos durante el tiempo transcurrido desde el congreso anterior. Los representantes de la oposición tampoco han rebatido que quienes están por la ruptura del Tratado de Brest obran en pro del restablecimiento del poder de los terratenientes y los capitalistas, y su fuerza estriba en el apoyo del imperialismo anglo-francés. Cuando dije que el cuerpo de ejército checoslovaco, a cambio de unos diez o quince millones, ahoga también por esta ruptura, nadie lo refutó. ¿Puede alguien negar que los checoslovacos que se encubren con la consigna de Asamblea Constituyente persiguen el fin de arrastrarnos a la guerra?

Los eseristas de izquierda han dicho que es imposible un ejército en breve plazo, pero todo depende del tiempo que nos lleve resolver el problema del combustible, de cómo organicemos a los campesinos y de los resultados de la próxima cosecha.

En cuanto a vuestras exhortaciones a formar destacamentos de guerrilleros para batir al ejército regular imperialista, hacen reír a cualquier soldado.

Cuando nos obligan a volver al problema de la paz de Brest, decimos: "¡Esta paz se infringirá si vosotros derrocáis el Poder soviético; pero eso no ocurrirá!" (*Aplausos*.) Sólo así, rompiendo la paz de Brest, podríais arrastrar a las masas trabajadoras a la guerra, para alegría de los terratenientes, de los capitalistas y de los guardias blancos, sobornados con los millones del imperialismo anglo-francés. La ruptura de la paz de Brest se apoyaría de hecho en las fuerzas hostiles a las clases trabajadoras. Ninguna discrepancia sobre la paz de Brest puede ser conceptuada de práctica. Se trata solamente del histerismo de los eseristas de izquierda.

Cuando se habló aquí de que los bolcheviques hacen concesiones y que no han dicho nada de valor práctico en sus informes, recordé las palabras pronunciadas por un eserista, maximalista según creo, de que en el Consejo Superior de Economía Nacional se está pasando del control a la administración de la producción. ¿Acaso no es eso una declaración de valor práctico? ¿Qué hacen, pues, los obreros que han comenzado con sus propias fuerzas, mediante los sindicatos, a aprender de sus patronos a administrar las empresas? Decís que no cuesta nada aprender a administrar; sin embargo, en el Consejo Superior de Economía Nacional tenemos que resolver todos los días miles de conflictos e incidentes que testimonian lo mucho que han aprendido los obreros, y eso nos lleva a la conclusión de que los obreros han comenzado a aprender, con lentitud y equivocaciones, por cierto; pero una cosa es pronunciar frases bonitas y otra distinta observar mes tras mes cómo el obrero se va compenetrando poco a poco con su función, cómo va perdiendo la timidez y comienza a sentirse gobernante. Con tino o desacierto, realiza su labor lo mismo que el campesino la suya en la comuna agrícola. El tiempo demuestra que el obrero ha tenido que aprender a dirigir la industria, y todo lo demás son palabras hueras que no valen nada. Si después de medio año de Poder soviético hemos empezado a ver que el control se ha quedado anticuado, eso es ya un paso gigantesco adelante.

Aquí se ha voceado que no nos movemos del sitio y que incluso retrocedemos. Nada de eso. Podréis convencer de ello a un kulak, pero no a un simple obrero; el obrero entiende cuando decimos: enviadnos a gente mejor de la que nos habéis enviado, obligadle a aprender mejor de lo que tú aprendes. Por eso quisiera que los que aquí gritan sobre las concesiones preguntaran a cualquier obrero y campesino qué prefieren ellos: ¿pagar la deuda que los alemanes nos han impuesto, abriendo concesiones para ellos, o reanudar la guerra? Cuando firmamos el Tratado de Paz de Brest, dijimos de los imperialistas que mientras ellos no fueran derrotados por una revolución socialista internacional, nosotros no tendríamos otro modo de defendernos que retrocediendo. Es desagradable, pero es un hecho -y vale más decírselo así al pueblo-, mientras no formemos nuestro ejército; un ejército puede formarse en pocos años, y no en decenios, a condición de que logremos organizar una distribución adecuada de los cereales, reunir una reserva de éstos y almacenarlos para el ejército. ¿En qué provincia, en qué distrito han hecho los eseristas de izquierda algo semejante? ¡No han hecho nada de eso! Mientras eso no se haga, declaramos que todos sus gritos no son más que palabras de lo más hueras;

y cuando caminamos hacia la administración obrera, damos un paso adelante. Aquí se han citado, desfiguradas, palabras mías. Yo he dicho que malo debe ser un partido cuya gente más sincera cae tan bajo que pronuncia palabras como ésas.

Hemos asignado mil millones a nuestro Comisariado de Abastecimiento, ¿no es acaso eso un paso adelante? Mucho es lo que todavía queda por organizar, y si vosotros queréis, podéis hacerlo. Aunque no sé con quién. Supongo que no será con los funcionarios de antes. Entre nosotros van aprendiendo a hacerlo los obreros y los campesinos de los Soviets (*Aplausos*), y por eso la compra de partidas de tejidos y las asignaciones dan su resultado. En el Consejo de Comisarios del Pueblo hemos estudiado centenares de veces el problema de quién debe ocuparse de la compra de los tejidos, como ejercer el control y cómo acelerar la venta lo más posible. Sabemos que hemos ido ideando de semana en semana las medidas para combatir la especulación y reprimir a los especuladores, y que, cada mes que pasa, los obreros están fuertes en esta esfera. Nadie puede negar este éxito nuestro. No permanecemos sin movernos del sitio, sino que avanzamos. El 28 de junio llevamos a cabo la nacionalización que tal vez abarque varios centenares de millones; sin embargo, seguís haciendo objeciones y repitiendo las palabras de los intelectuales burgueses. El socialismo es un trabajo que no puede realizarse en unos cuantos meses. No estamos sin movernos del sitio, sino que seguimos avanzando hacia el socialismo, y después del Tratado de Brest nos hemos acercado más a él. Los obreros tienen la experiencia que han sacado de una serie de errores, tienen conciencia de su responsabilidad y de las dificultades de la lucha; los campesinos tienen experiencia de socializar la tierra, y no cabe duda de que los campesinos más listos y avezados se dicen: en la primavera pasada tomamos toda la tierra; en el otoño emprenderemos toda la obra, la obra de distribuir la tierra. No se olvide que vendemos a los campesinos los tejidos al 50 por ciento más barato, es decir, a la mitad de su precio, ¿quién otro daría al campesinado pobre los tejidos a ese precio? Marcharemos hacia el socialismo por el camino de impedir que los cereales, los tejidos y los aperos de labranza caigan en manos de los especuladores, entregándoselos primero y ante todo a los campesinos pobres. Esto es socialismo. (*Aplausos*.) Después de medio año de revolución socialista, quienes tienen una manera de pensar libresca no comprenden nada. Hemos llegado a la etapa de dar pasos concretos para la distribución del pan y para el intercambio de los tejidos por pan de manera que se favorezcan los campesinos pobres, y no los especuladores ricos. No somos una república burguesa, pues para eso no harían falta los Soviets. Es preciso que la distribución de cereales y tejidos beneficie a los campesinos pobres, cosa que ninguna república del mundo ha intentado hacer, pero que nosotros estamos intentando. (*Aplausos*.) Estamos empeñados en una obra noble, hemos adquirido experiencia y hacemos todo lo posible para que los campesinos pobres se organicen. Los casos de robo y truhanería van desapareciendo casi, y por cada uno de esos casos hay decenas de otros en que los campesinos pobres y medios dicen; ¡es necesario que nos libremos de los kulaks y los terratenientes! Desde que firmamos la paz de Brest hemos dado pasos gigantescos en cuanto a la capacitación de los campesinos, y ellos no son ya novatos en la lucha por el socialismo.

Publicado íntegro en 1918 en el libro "Quinto Congreso de los Soviets de toda Rusia. Actas taquigráficas". Ed. del CEC de toda Rusia.
T. 36, págs. 491-517.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA REUNIÓN CONJUNTA DEL COMITÉ EJECUTIVO CENTRAL DE TODA RUSIA, DEL SOVIET DE MOSCÚ, DE LOS COMITÉS FABRILES Y DE LOS SINDICATOS DE MOSCÚ.

29 de julio de 1918.

(*Aplausos que se transforman en ovación.*) Camaradas: Hemos tenido que señalar varias veces en la prensa del partido, en las instituciones soviéticas y en la propaganda para las masas que el período precedente a la nueva cosecha es el más difícil, duro y crítico para la revolución socialista comenzada en Rusia. Creo que ahora debemos decir que esa situación crítica ha alcanzado su punto culminante. Eso ha ocurrido porque hoy los partidarios del mundo imperialista, de los países imperialistas, por una parte, y los partidarios de la República Socialista Soviética, por otra, se han definido plena y terminantemente. Ante todo hay que decir que, en el aspecto militar, es ahora cuando la situación de la República Soviética se ha precisado definitivamente. Muchos creían al principio de la sublevación del cuerpo de ejército checoslovaco que ésta era uno de tantos motines contrarrevolucionarios. Subestimamos un tanto las noticias de la prensa acerca do la participación del capital anglo-francés, de los imperialistas anglo-franceses, en dicha sublevación. Ahora debemos recordar cómo sucedieron las cosas en Múrniansk, entre las tropas de Siberia, y en el Kubán; debemos recordar que los anglo-franceses, aliados al cuerpo de ejército checoslovaco y con la participación más directa de la burguesía inglesa, trataron de derrocar los Soviets[83]. Todos estos hechos muestran ahora que el movimiento checoslovaco fue uno de los eslabones forjados hace tiempo para estrangular a la Rusia Soviética, mediante la política aplicada constantemente por los imperialistas anglo-franceses para arrastrar de nuevo a Rusia al ruedo de las guerras imperialistas. Ahora esta crisis debe ser superada por las vastas masas de la Rusia Soviética, ya que hoy se nos presenta como lucha por salvar a la República Socialista Soviética no sólo del cuerpo de ejército checoslovaco, como atentado de la contrarrevolución, no sólo de los atentados contrarrevolucionarios en general, sino como lucha contra el embate de todo el mundo imperialista.

Quisiera recordar primero que hace ya tiempo se logró dejar sentado que el imperialismo anglo-francés participa de modo directo e inmediato en la sublevación de los checoslovacos; mencionaré el artículo que se publicó el 28 de junio en el Órgano Central del Partido Comunista de Checoslovaquia *Průkopnílc Svobody* y fue reproducido en nuestra prensa.

> "El 7 de marzo, la Filial del Consejo Nacional recibió la primera aportación del cónsul francés: tres millones de rublos.
>
> "Ese dinero fue entregado a cierto Sr. Sip, empleado de la Filial del Consejo Nacional.
>
> "El 9 de marzo, a ese mismo Sr. Sip hizo entrega de otros dos millones; el 25 del mismo mes, el Sr. Sip recibió un millón, y 26 de marzo, el vicepresidente del Consejo Nacional, Sr. Bohumil Cermak, obtuvo un millón más; otro millón se entregó al Sr. Sip el 3 de abril.
>
> "En total, el cónsul francés desembolsé a la Filial del Consejo Nacional, entre el 7 de marzo y el 4 de abr ocho millones de rublos.
>
> Sin registrar fecha, se entregó: al Sr. Sip, un millón; al Sr. Bohu mil Cermak, un millón, y de nuevo al Sr. Sip, otro millón.
>
> "Además se entregaron a una persona no especificada 188.000 rublos. Total: 3.188.000 rublos que, añadidos a los ocho millones antes mencionados, suman la cantidad de 11.188.000 rublos abonados por el Gobierno francés a la Filial del Consejo Nacional.
>
> "La Filial recibió del cónsul inglés 80.000 libras esterlinas. Así pues, desde el 7 de marzo hasta el día del levantamiento, los jefes del Consejo Nacional checo recibieron de los gobiernos francés e inglés unos quince millones, precio por el que se vendió el ejército checoslovaco a los imperialistas franceses e ingleses".

Claro que la mayoría de vosotros leeríais entonces esta noticia en los periódicos; claro que no dudamos nunca do que los imperialistas y los financieros ingleses y franceses harían cuanto pudieran y aun lo imposible para derrocar el Poder soviético, para crearle dificultades de todo género. Pero entonces todavía no se había desenvuelto todo el curso de los acontecimientos, que muestran que nos hallamos ante una cruzada contrarrevolucionaria militar y

financiera, hostil a la República Soviética, cruzada regular, incesante, concebida por lo visto hace mucho y gestada durante meses y meses por todos los representantes del imperialismo anglo-francés. Ahora, cuando tomamos los acontecimientos en conjunto, contraponemos el movimiento contrarrevolucionario checoslovaco al desembarco hecho en Múrmansk; sabemos que los ingleses han desembarcado allí más de 10.000 soldados y que, so pretexto de defender a Múrmansk, lo que han hecho es avanzar, han ocupado Kem y Soroki, han rebasado este último punto hacia el Este y han empezado a fusilar a nuestros activistas de los Soviets; leemos en los periódicos que muchos miles de ferroviarios y otros obreros del Extremo Norte huyen de esos salvadores y liberadores, es decir, hablando en plata, de esos nuevos verdugos imperialistas que desgarran a Rusia por el extremo opuesto; sí, cuando comparamos todos estos hechos vemos clara la conexión general de los acontecimientos. Por otra parte, en los últimos tiempos se han llegado a conocer nuevos hechos que confirman el carácter de la ofensiva anglo-francesa contra Rusia.

Se comprende que la propia geografía determine que las formas de esta ofensiva del imperialismo contra Rusia no puedan ser las mismas que en Alemania. No tienen con Rusia frontera común, como Alemania; tampoco tienen tantas tropas. El carácter eminentemente colonial y naval de la fuerza militar de Inglaterra hace ya mucho -decenios y decenios- que obliga a los ingleses a proceder en sus campañas de rapiña de modo distinto, tratando, principalmente, de cortar al país al que atacan de sus fuentes de abastecimiento; los obliga a preferir el método de estrangulación, so pretexto de ayuda, al método de la violencia armada directa, inmediata, brutal. Noticias llegadas en los últimos tiempos descubren que Alexéiev, viejo conocido de los soldados y obreros rusos, que ha ocupado hace poco el poblado cosaco de Tijoréts kaya, contaba, sin duda alguna, con la ayuda del imperialismo anglo-francés. Allí la sublevación ha tomado formas más determinadas, y ello se debe también, evidentemente, a que media la mano del imperialismo anglo-francés.

Por último, ayer se recibieron noticias de que el imperialismo anglo-francés ha logrado hacer una jugada muy espectacular en Bakú. Ha conseguido la mayoría -unos 30 votos- en el Soviet de esta ciudad contra nuestro partido, contra los bolcheviques y los eseristas de izquierda -desgraciadamente muy pocos-, que no han seguido el ejemplo de la vil aventura y de la baja traición de los eseristas de izquierda de Moscú[84] y se han mantenido aliado del Poder soviético contra el imperialismo y la guerra. Sí, contra ese núcleo, fiel al Poder soviético, que era hasta la fecha mayoría en el Soviet de Bakú, el imperialismo anglo-francés ha obtenido esta vez una ventaja de 30 votos debido a que se ha pasado a su bando, contra nosotros, una gran parte del Dashnaktsutiún[85], el partido de los armenios semisocialistas. (*Da lectura al telegrama siguiente*.)

"Por orden del Comisario del Pueblo Korgánov, el destacamento de Adzhikabul se replegó el 26 de julio de Adzhikabul a posiciones próximas a Aliat. Después del repliegue del destacamento de Shemajá de este punto y de Maraza, el enemigo desplegó una ofensiva por el valle del Pirsagat. En las cercanías de la aldea de Kubalá tuvo el primer choque con la vanguardia.

"Al mismo tiempo, por la parte del Kurá, desde el Sur, un numeroso destacamento de caballería avanzó en dirección a la estación de Pirsagat. En tal situación, para mantener la estación de Adzhikabul, se habría tenido que desplegar todas las fuerzas disponibles en tres direcciones: al oeste de Adzhikabul y al norte y al sur del valle de Navagui-Pirsagat. Un frente tan extenso nos hubiera privado de reservas y, dada la falta de caballería, nos hubiera privado de la posibilidad de asestar un golpe al enemigo e incluso hubiera puesto en difícil situación a la agrupación de Adzhikabul en caso de rotura del frente por el Norte o por el Sur. Debido a esa situación, y también con el fin de conservar las fuerzas de las tropas, se dio la orden de que el destacamento de Adzhikabul se replegase a posiciones próximas a Aliat. El repliegue se ha efectuado en pleno orden. Se han volado los objetivos importantes del ferrocarril y de la estación de Adzhikabul, así como las cisternas de queroseno y petróleo. Debido a la ofensiva general, el enemigo se muestra activo en el Daguestán. El 24 de julio atacó en grandes masas en cuatro direcciones. Después de veinticuatro horas de combate, ocupamos las trincheras del enemigo, que se dispersó por el bosque. La noche hizo imposible la persecución. El 24 de julio nos comunicaron de Shurá que había habido combates favorables para nosotros. El teatro de operaciones militares son los suburbios. El enemigo se bate con tesón, organizado y al mando de ex oficiales daguestanos. Los campesinos de Daguestán participan activamente en los combates de las inmediaciones de Shurá.

"En Bakú, los partidos derechistas se han levantado y han desplegado una enérgica agitación en pro de que se llame a los ingleses. Apoyan con energía la agitación los mandos del ejército y la propagan a las unidades del frente. La propaganda anglófila ha desorganizado el ejército. En los últimos tiempos, la orientación pro inglesa ha tenido gran éxito entre las masas, desesperadas y abatidas por los sufrimientos.

"Bajo la influencia de la falsa y provocadora actividad de los partidos derechistas, la Flotilla del Caspio ha adoptado varias resoluciones

contradictorias sobre los ingleses. Engañada por los mercenarios de los ingleses y los agentes voluntarios, creía ciegamente hasta el último tiempo en la sinceridad del apoyo inglés.

"Las últimas noticias dan a conocer el avance de los ingleses en Persia y la toma de Resht (Guilán). En Resht, los ingleses se batieron cuatro días contra Kuchuk-Khan y contra las bandas germano-turcas unidas a él, encabezadas por los musavatistas evadidos de Bakú. Después de los combates de Resht, los ingleses nos pidieron ayuda, pero nuestros representantes en Persia se la negaron. Los ingleses han vencido en Resht. Pero en Persia apenas si tienen fuerzas. Se ha puesto en claro que en Enzeli disponen en total de 50 hombres. Necesitan gasolina y nos ofrecen automóviles a cambio de ella. Sin gasolina no pueden avanzar.

"El 25 de julio se celebró una segunda reunión del Soviet de diputados para tratar de la situación política y militar, y los partidos de la derecha plantearon el problema de los ingleses. El camarada Shaumián, Comisario Extraordinario del Cáucaso, declaró, basándose en la resolución del V Congreso de los Soviets y en el telegrama de Stalin en nombre del Consejo Central de Comisarios del Pueblo, que es inadmisible invitar a los ingleses y exigió que se retirase la propuesta de discutir si llamarlos o no. Por una mayoría insignificante fue rechazada la exigencia del camarada Shaumián, quien, como representante del poder central, presentó acto seguido una protesta categórica. Se escuchó el informe de los delegados que habían visitado el frente. Por una mayoría de 259 votos de los eseristas de derecha, los dashnakes de derecha y los mencheviques contra 236 de los bolcheviques, los eseristas de izquierda y los dashnakes de izquierda se aprobó la resolución de invitar a los ingleses y formal un gobierno de todos los partidos soviéticos que reconocían el poder del Consejo de Comisarios del Pueblo. La resolución fue condenada duramente por el sector de izquierda. Shaumián declaró que consideraba que la resolución adoptada era una traición infame y una negra ingratitud a los obreros y campesinos de Rusia y que, como representante del poder central, recusaba toda responsabilidad por la resolución adoptada. En nombre de las minorías de los bolcheviques, los eseristas de izquierda y los dashnakes de izquierda se declaró no formar parte del gobierno de coalición y presentar la dimisión del Consejo de Comisarios del Pueblo. El camarada Shaumián declaró en nombre de las tres minorías de izquierda que un poder que invitaba a los imperialistas ingleses rompía de hecho con el Poder soviético de Rusia y no contaría con ningún apoyo de la Rusia Soviética. Al invitar a los ingleses, el Soviet de diputados local había perdido, con su política de traición, el apoyo de Rusia y de los partidos adictos al Poder soviético.

"La decisión del Consejo de Comisarios del Pueblo de presentar la dimisión ha sumido a los partidos derechistas en el mayor desconcierto. Al llegar las noticias de la situación creada, la moral ha cambiado mucho en los distritos y en el frente. Los marinos han comprendido que han sido de hecho engañados por traidores que quieren romper con Rusia y destruir el Poder soviético. Cambia la actitud de las masas con los ingleses. Ayer, debido a la dimisión del Consejo de Comisarios del Pueblo, se celebró una reunión extraordinaria del Comité Ejecutivo. Se acordó que los Comisarios del Pueblo siguieran en sus puestos y desplegaran la labor que venían realizando hasta que se resolviera la cuestión del poder en la reunión del Soviet del 31 de julio. El Comité Ejecutivo ha acordado tomar medidas urgentes para combatir la contrarrevolución, que sazona. Los enemigos despliegan su labor escudados en los partidos anglo-franceses. Oficina de Prensa del Consejo de Comisarios del Pueblo de Bakú".

Como podéis ver continuamente en nuestras minorías, que, aun llamándose socialistas, jamás han roto sus lazos con la burguesía, también allí se han pronunciado por invitar a las tropas inglesas para defender a Bakú[86]. Sabemos de sobra lo que significa invitar a las tropas imperialistas para defender la República Soviética. Sabemos lo que ha sido esa invitación hecha por la burguesía, parte de los eseristas y de los mencheviques. Sabemos lo que ha sido esa invitación hecha por los jefes de los mencheviques de Tiflís, en Georgia.

Ahora podemos decir que el único partido que no ha invitado a los imperialistas ni ha concertado con ellos una alianza rapaz, que únicamente se ha replegado ante ellos cuando los verdugos avanzaban, ha sido el partido de los bolcheviques comunistas. (*Aplausos*.) Sabemos que en el Cáucaso la situación de nuestros camaradas comunistas ha sido particularmente difícil porque los han traicionado a cada paso los mencheviques, concertando alianzas directas con los imperialistas germanos so pretexto, claro está, de defender la independencia de Georgia.

Todos sabéis muy bien que esa independencia de Georgia se ha convertido en puro engaño: en realidad, es la ocupación y la absoluta dominación de Georgia por los imperialistas germanos, la alianza de las bayonetas alemanas y del gobierno menchevique contra los obreros y campesinos bolcheviques, y por ello tienen mil veces razón nuestros camaradas de Bakú, que, sin menospreciar el peligro de la situación, se han dicho: jamás estaríamos contra la paz con una potencia imperialista, cediéndole parte de nuestro territorio, si ello no nos asestara un golpe,

si no aliara a nuestras tropas con las bayonetas de los verdugos y no nos privara de la posibilidad de continuar nuestra obra de transformación socialista.

Ahora bien, si la cuestión está planteada de modo que, al invitar a los ingleses para que "defiendan" a Bakú, se invita a una potencia que se ha tragado ahora a toda Persia y hace tiempo que prepara sus fuerzas armadas para ocupar el sur del Cáucaso, es decir, si se trata de entregarse al imperialismo anglo-francés, en ese caso no podemos dudar un instante de que, por difícil que sea su situación, nuestros camaradas de Bakú, al negarse a concertar esa paz, han dado el único paso digno de socialistas de verdad, y no de palabra. La negativa resuelta a todo acuerdo con los imperialistas anglo-franceses es el único paso atinado que podían dar los camaradas de Bakú, ya que no se puede invitar a aquéllos sin convertir el poder socialista independiente, aunque sea en un territorio separado del resto del país, en esclavo de la guerra imperialista.

Por ello no tenemos ninguna duda de lo que significa en el curso general de los acontecimientos lo ocurrido en Bakú. Ayer se recibió la noticia de que en parte de las ciudades de Asia Central ha estallado una sublevación contrarrevolucionaria con participación manifiesta de los ingleses, que se han hecho fuertes en la India y, después de haber sometido por completo al Afganistán, hace mucho que han creado un punto de apoyo tanto para ampliar sus dominios coloniales, para estrangular las naciones, como para atacar a la Rusia Soviética. Y ahora, cuando vemos claro todos esos eslabones, se ha definido plenamente la actual situación militar y estratégica general de nuestra República. Múrmansk en el Norte, el frente checoslovaco en el Este, Turquestán, Bakú y Astracán en el Sudeste. Como vemos, están engarzados casi todos los eslabones de la cadena forjada por el imperialismo anglo-francés.

Ahora vemos perfectamente que los terratenientes, los capitalistas y los kulaks, que, claro está, odian todos, por causas para ellos bastante lógicas, el Poder soviético, también han obrado hoy aquí en formas muy poco distintas de las que tuvo la actuación de los terratenientes, los capitalistas y los kulaks en Ucrania y otros lugares cortados de Rusia. Como lacayos del imperialismo anglo-francés, se mostraron dispuestos a hacer, costara lo que costase, todo lo posible contra el Poder soviético. No podían hacerlo con fuerzas de la propia Rusia y resolvieron actuar con los procedimientos de lucha más enérgicos, con operaciones militares, y no con palabras, no con llamamientos al estilo de los lanzados por los Mártov. Es sobre esta circunstancia sobre la que hay que llamar principalmente vuestra atención, en la que debemos centrar toda nuestra agitación, toda la propaganda y, de acuerdo con ello, desplazar el centro de gravedad de toda la labor de nuestros Soviets.

El hecho fundamental es ése, que ahora están en juego fuerzas imperialistas de otra coalición, no de la germana, sino de la anglo-francesa, coalición que ha ocupado parte del territorio y se basa en él. Si hasta el momento la situación geográfica le impedía agredir directamente a Rusia, ahora, dando un rodeo, el imperialismo anglo-francés, que lleva ya cuatro años anegando en sangre el mundo por asegurarse la dominación en él, ha llegado a las puertas de Rusia para estrangular a la República Soviética y llevar el país a la guerra imperialista. Sabéis perfectamente, camaradas, que desde el comienzo de la Revolución de Octubre nos planteamos como principal objetivo poner fin a la guerra imperialista; pero jamás nos hemos hecho la ilusión de que con las fuerzas del proletariado y de las masas revolucionarias de un solo país -por más heroicas que sean, por más grandes que sean su organización y disciplina-, de que con las fuerzas del proletariado de un solo país, se pueda derrocar el imperialismo internacional: eso únicamente puede hacerse con el esfuerzo conjunto de los proletarios de todos los países.

Pero hemos logrado que se rompan en un país todos los lazos con los capitalistas del mundo entero. No hay ningún hilo que vincule al gobierno de nuestro país con ningún imperialista, y jamás lo habrá, sea cual fuere el camino que siga nuestra revolución. Hemos logrado que el movimiento revolucionario contra el imperialismo diese en los ocho meses de existencia de nuestro poder un enorme paso adelante y que en Alemania, uno de los principales centros del imperialismo, las cosas llegaran en enero de 1918 a choques armados y a la represión sangrienta de ese movimiento[87]. Hemos impulsado nuestra obra revolucionaria como en ningún otro país lo hubiera podido hacer ningún gobierno revolucionario a escala internacional, a escala mundial, pero sin forjarnos la ilusión de que eso pueda lograrse con las fuerzas de un solo país. Sabíamos que nuestros esfuerzos llevan inevitablemente a la revolución mundial y que con los esfuerzos de los gobiernos imperialistas no se puede poner fin a la guerra empezada por ellos. Con la guerra únicamente pueden acabar los esfuerzos de todo el proletariado, y nuestra tarea, al subir al poder como Partido Comunista proletario, cuando en los otros países ha quedado en pie la dominación burguesa, capitalista, nuestra tarea inmediata era, lo repito, mantener ese poder, esa antorcha del socialismo para que continuara echando todas las chispas posibles al creciente incendio de la revolución socialista.

Esta tarea era en todas las partes de extraordinaria dificultad, y nosotros la cumplimos gracias a que el proletariado defendía precisamente las conquistas de la república socialista. Esa tarea condujo a una situación dura y crítica en particular, ya que la revolución socialista, en el sentido directo de la

palabra, aún no ha empezado en ningún país, aunque los países como Italia y Austria se hallan incomparablemente más cerca de ella. Pero, como aún no ha empezado, asistimos a un nuevo éxito del imperialismo anglo-francés y, por ende, mundial. Si en Occidente el imperialismo alemán continúa alzándose como una fuerza imperialista militar de rapiña, al noreste y al sur de Rusia el imperialismo anglo-francés ha obtenido la posibilidad de hacerse fuerte y nos hace ver con toda evidencia que esa fuerza está dispuesta a arrastrar de nuevo a Rusia a la guerra imperialista, dispuesta a aplastar a Rusia. Estado socialista independiente, que continúa su labor y su propaganda socialistas en proporciones hasta ahora nunca vistas en el mundo. El imperialismo anglo-francés ha logrado un gran éxito contra esto y, tras de cercarnos, ha orientado todos sus esfuerzos a aplastar a la Rusia Soviética. Sabemos perfectamente que ese éxito del imperialismo anglo-francés se halla indisolublemente vinculado a la lucha de las clases.

Siempre hemos dicho, y las revoluciones lo confirman, que cuando corren peligro los cimientos del poder económico, del poder de los explotadores, su propiedad, que pone a su disposición el trabajo de decenas de millones de obreros y campesinos y da a los terratenientes y capitalistas la posibilidad de lucrarse, cuando corre peligro, repito, la propiedad privada de los capitalistas y los terratenientes, éstos olvidan todas sus frases de amor a la patria y a la independencia. Sabemos perfectamente que los democonstitucionalistas, los eseristas de derecha y los mencheviques han batido la marca en cuanto a alianzas con las potencias imperialistas, la firma de tratados onerosos y la venta de la patria al imperialismo anglo-francés. Ucrania y Tiflis son un ejemplo. La alianza de los mencheviques y los eseristas de derecha con el cuerpo de ejército checoslovaco es bastante elocuente a este respecto. Y la sublevación de los eseristas de izquierda, que han querido arrastrar a la República de Rusia a la guerra en provecho de los guardias blancos de Yaroslavl[88], muestra con bastante claridad que, cuando se trata de los beneficios de su clase, la burguesía vende la patria y trapichea con cualesquiera extranjeros en contra de su pueblo. La historia de la revolución rusa nos ha evidenciado una y otra vez esa verdad después de habernos enseñado la historia de la revolución en el transcurso de más de un siglo que ésa es la ley de los intereses de clase, de la política de clase de la burguesía en todos los tiempos y en todos los países. Por ello no tiene nada de extraño que las agravaciones, hoy observadas, de la situación internacional de la República Soviética estén relacionadas con la agudización de la lucha de las clases en el interior del país.

Hemos repetido muchas veces, en lo que se refiere a la agravación de la crisis de subsistencias en el período precedente a la nueva cosecha es el más duro en este sentido. Sobre Rusia se ha abatido el azote del hambre, agravada de modo inaudito, ya que el plan de las fieras imperialistas consiste precisamente en aislar a Rusia de todas las zonas trigueras. En este aspecto, sus intenciones son bien lógicas y consisten en hallar una base social de clase precisamente en las regiones trigueras periféricas, en hallar zonas con predominio de kulaks, de campesinos ricos que han hecho su agosto con la guerra y viven del trabajo ajeno, del trabajo de los pobres. Sabéis que esos elementos han acumulado decenas y centenares de miles de rublos y que poseen enormes reservas de cereales. Sabéis que esa gente que se ha lucrado con la escasez del pueblo, esa gente que hallaba mayor base para robar y lucrarse cuanto más horrenda era el hambre del pueblo en la capital, que esos kulaks constituyen el puntal principal y más serio del movimiento contrarrevolucionario de Rusia. En este terreno la lucha entre las clases ha llegado hasta el extremo. No ha quedado ni una sola aldea donde no se haya desplegado la lucha de clase de los pobres del campo y parte de los campesinos medios sin excedentes de grano -se lo han comido hace tiempo- y que no han participado en la especulación, de esta inmensa mayoría de los trabajadores contra un puñado insignificante de kulaks; esa lucha entre las clases ha penetrado en cada aldea.

Cuando determinamos nuestros planes políticos y publicamos nuestros decretos -que, como es natural, conocéis la inmensa mayoría de los aquí presentes-; cuando, repito, escribimos y aplicamos los decretos relativos a la organización de los pobres del campo[89], vimos claramente que nos acercábamos al problema decisivo y cardinal de toda la revolución, al problema del poder, al problema de si sostendrá el proletariado el poder en sus manos, de si atraerá a todos los pobres del campo, con los que no tiene divergencia alguna, de si sabrá atraerse a los campesinos, de los que no le separa ninguna discrepancia, y agrupar a toda esta masa, dispersa, desunida, diseminada por las aldeas -en este aspecto está por debajo del obrero urbano-, de si los unirá contra el otro campo, el campo de los terratenientes, los imperialistas y los kulaks.

Y he ahí a los pobres del campo que han empezado a agruparse con extraordinaria rapidez ante nuestros ojos. Se dice que la revolución enseña. La lucha de las clases enseña de hecho, en la práctica, que toda falsedad en las posiciones de un partido lleva a éste inmediatamente al lugar que se merece. Hemos visto palmariamente la política del partido de los eseristas de izquierda, que, en virtud de su falta de médula y de cabeza, vacilaron en el momento en que la crisis de subsistencias se planteó con tanta agudeza, y el partido eserista de izquierda desapareció como tal, convirtiéndose en un peón en

manos de los guardias blancos de Yaroslavl. (*Aplausos*.)

Camaradas, este enconamiento de la lucha de las clases relacionado con la crisis de subsistencias, precisamente cuando se ha podido averiguar que la nueva cosecha es abundante, pero que no se podrá recoger, y cuando los kulaks y los elementos de la burguesía, que dicen, haciendo los esfuerzos más desesperados: ahora o nunca, y empujan a los habitantes hambrientos de Petrogrado y Moscú, es lo que permite comprender la oleada de sublevaciones que se extiende por Rusia. Se ha producido el levantamiento de Yaroslavl. Y vemos la influencia de los anglo-franceses; vemos los planes de los terratenientes y la burguesía contrarrevolucionarios. Allí donde se plantease el problema de los cereales, ellos impedían la aplicación del monopolio del trigo, y sin él no puede haber socialismo. Precisamente en esto debía agruparse la burguesía, en esto la burguesía tiene un puntal más hondo que el mujik del campo. El combate decisivo entre las fuerzas del socialismo y la sociedad burguesa se reñirá en todo caso, de tal o cual modo, hoy o mañana, por esta o la otra razón. Vacilaciones de todo tipo pueden tener sólo los socialistas entre comillas, como nuestros eseristas de izquierda, por ejemplo. Cuando en esta cuestión, en este problema cardinal, hay vacilaciones entre los socialistas, quiere decir que son socialistas entre comillas y que no valen un comino. La revolución hace que tales socialistas se conviertan de hecho en simples peones con los que juegan los generales franceses, peones cuyo papel lo ha evidenciado el ex Comité Central del ex partido eserista de izquierda.

Camaradas, de este esfuerzo mancomunado del imperialismo anglo-francés y la burguesía rusa contrarrevolucionaria ha resultado que ahora nos encontramos con la guerra civil que se nos echa encima por donde no todos la esperaban ni la concebían claramente, y esa guerra civil se ha fundido con la guerra exterior en un todo indisoluble. La sublevación de los kulaks, el motín del cuerpo de ejército checoslovaco y el movimiento de Múrmansk son episodios de una misma guerra que avanza sobre Rusia. Hemos salido de la guerra por nuestra parte, sufriendo enormes daños; al concertar una paz increíblemente dura, sabíamos que era onerosa, pero decíamos que podríamos continuar nuestra propaganda y nuestra construcción y que con ello minaríamos el mundo imperialista. Eso supimos hacerlo. Alemania negocia hoy cuántos miles de millones sacar a Rusia por el Tratado de Paz de Brest, pero ha reconocido todas las nacionalizaciones que nosotros realizamos en virtud del decreto del 28 de junio. No ha planteado la cuestión de la propiedad privada de la tierra en la República. Esto hay que subrayarlo en contraposición a las inauditas falsedades que difundían Spiridónova y otros líderes eseristas de izquierda como ella, falsedades que han beneficiado a los terratenientes y son repetidas ahora por los elementos de las centurias negras[90] más ignorantes y atrasados. Esas falsedades deben ser refutadas y desenmascaradas.

En efecto, nosotros, pese a lo dura que nos es la paz, hemos conquistado la libre construcción socialista en el interior y hemos dado en este terreno pasos que ahora empieza a conocer Europa Occidental y que son elementos de propaganda inconmensurablemente más poderosos que antes.

Ahora bien, las cosas se han puesto de manera que, al salir de la guerra por nuestra parte contra una coalición, ahora sufrimos el embate del imperialismo por su parte. El imperialismo es un fenómeno universal, es la lucha por el reparto de todo el mundo, de toda la tierra, y por el sometimiento a uno u otro puñado de fieras. Ahora se lanza sobre nosotros otro grupo de fieras, el grupo anglo-francés, y nos dice: os arrastraremos de nuevo a la guerra. Su guerra y la guerra civil se funden en un todo único, y ésa es la verdadera causa de las dificultades del momento presente, en el que de nuevo entra en escena la cuestión de la guerra, de los acontecimientos bélicos, como cuestión principal, cardinal, de la revolución. y en ello reside toda la dificultad, pues el pueblo está cansado de la guerra, atormentado como nunca por la guerra. Este estado de extremo agobio y sufrimiento del pueblo ruso a causa de la guerra puede compararse con el del hombre al que han apaleado hasta dejarlo más muerto que vivo y del que no se puede exigir que dé pruebas de energía ni de capacidad de trabajo. Del mismo modo, es natural que la guerra de casi cuatro años que se abatió sobre el país, al que saquearon, torturaron y mancillaron el zarismo, la autocracia, la burguesía y Kerenski, despertara por muchas razones la repulsión en el pueblo ruso y sea la causa principal de las enormes dificultades que pasamos.

Por otra parte, el giro que han tomado los acontecimientos lo ha reducido todo a una determinada guerra. De nuevo hemos ido a parar a la guerra, nos encontramos en guerra, y esta guerra no sólo es civil, contra los kulaks, terratenientes y capitalistas, que ahora se han unido contra nosotros; en el presente tenemos ya enfrente al imperialismo anglo-francés; éste todavía no está en condiciones de lanzar sus hordas sobre Rusia, se lo impiden las condiciones geográficas; pero todo lo que puede, todos sus millones, relaciones diplomáticas y energías los dedica a ayudar a nuestros enemigos. Nos hallamos en estado de guerra, y de esta guerra podemos salir vencedores; pero tenemos que luchar contra uno de los enemigos más difíciles de vencer: hay que combatir el cansancio producido por la guerra, el odio y la aversión a la guerra; debemos superar ese estado de ánimo, pues, de lo contrario, no podremos resolver un problema que no depende de

nuestra voluntad: el problema de la guerra. Nuestro país de nuevo está en guerra, y el desenlace de la revolución depende ahora por entero de quién venza en esta guerra, cuyo principal vehículo es el cuerpo de ejército checoslovaco, pero de hecho sus dirigentes, promotores e impulsores son los imperialistas anglo-franceses. Todo el problema de la existencia de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, todo el problema de la revolución socialista en Rusia ha quedado reducido al de la guerra. En ello reside el origen de la enorme dificultad, dado el estado de ánimo con que el pueblo ha salido de la guerra imperialista. Para nosotros está bien clara nuestra tarea. Toda mentira sería un perjuicio enorme; consideramos un crimen ocultar a los obreros y campesinos esta dura verdad. Todo lo contrario: que cada uno la conozca con la mayor claridad y detalle.

Sí, conocemos ejemplos en los que nuestras tropas mostraron una debilidad criminal, por ejemplo, cuando el cuerpo de ejército checoslovaco tomó Simbirsk y los nuestros retrocedieron; sabemos que las tropas están cansadas de la guerra, que sienten aversión por ella, pero también es natural e inevitable que mientras el imperialismo no haya sido derrotado a escala mundial, intente arrastrar a Rusia a la guerra imperialista, se esfuerce por hacer de ella un matadero. Querámoslo o no, el problema está planteado así: nos hallamos en guerra, y la suerte de la revolución la decidirá el desenlace de esa guerra. Esta debe ser la primera y la última palabra de nuestra agitación, de toda nuestra actividad política, revolucionaria y transformadora. Hemos hecho mucho en muy poco tiempo, pero tenemos que llevarlo todo hasta sus últimas consecuencias. Toda nuestra actividad debe subordinarse por completo al problema del que ahora dependen la suerte de la revolución y su desenlace, la suerte de la revolución rusa e internacional. Naturalmente, el imperialismo de todo el mundo no saldrá de la presente guerra sin una serie de revoluciones; esta guerra no terminará sino con la victoria final del socialismo. Pero nuestra tarea es hoy día apoyar, defender y conservar esta fuerza del socialismo, esta antorcha socialista, este manantial de socialismo cuya poderosa acción abarca el mundo entero; dado el actual giro de los acontecimientos, esa tarea es una tarea militar.

Hemos pasado varias veces por tal situación, y muchos decían que por cara que nos hubiese costado la paz, por muchos sacrificios que se nos exigiera, por mucho que se esforzara el enemigo por arrancarnos nuevos y nuevos pedazos de territorio, Rusia, pese a todo, continuaba gozando de la paz y podía consolidar sus conquistas socialistas. Por este camino hemos ido incluso más lejos de lo que muchos de nosotros nos imaginábamos. Nuestro control obrero por ejemplo, ha ido mucho más allá de las formas que tomara al principio, y hoy nos hallamos ante los umbrales de la transformación socialista de la administración del Estado. Hemos progresado mucho en nuestro trabajo práctico. En el país, los obreros administran ya toda la producción, pero las circunstancias nos han impedido proseguir en paz este trabajo; de nuevo se nos ha llevado al estado de guerra, y debemos poner en tensión todas nuestras fuerzas y llamar a todos a las armas. Sería una vergüenza si entre los comunistas viésemos vacilaciones a este respecto.

Las vacilaciones entre los campesinos no nos extrañan. La masa campesina no ha pasado por una escuela de vida como la del proletariado, que está acostumbrado durante decenios a ver en el capitalista a su enemigo de clase y que ha sabido agrupar sus fuerzas para la lucha contra él. Sabemos que los campesinos no han pasado por tal universidad. Durante un tiempo marcharon con el proletariado, y ahora se asiste a un período de vacilaciones entre ellos, en el que la masa campesina se escinde. Conocemos infinidad de casos en los que los kulaks venden a los campesinos grano a precios inferiores a los de tasa para aparentar que defienden sus intereses. Nada de eso nos extraña; pero el obrero comunista no vacilará, la masa obrera es firme como una roca, y si la masa campesina comparte el estado de ánimo del kulak, eso se explica fácilmente. Allí donde no hay bolcheviques y mandan las autoridades del cuerpo de ejército checoslovaco, hemos observado el siguiente fenómeno: al principio se recibe a los checoslovacos casi como a liberadores suyos; pero al cabo de unas semanas de dominio de esta burguesía se advierte un viraje inmenso contra los checoslovacos y a favor del Poder soviético, pues los campesinos empiezan a comprender que todas las frases acerca de la libertad de comercio y la Asamblea Constituyente[91] significan una sola cosa: el poder de los terratenientes y los capitalistas.

Nuestra tarea consiste en cerrar todavía más las filas proletarias y organizar las cosas de manera que en las próximas semanas todo se dedique ya a resolver el problema de la guerra. Ahora combatimos contra el imperialismo anglo-francés y contra todo lo que hay de burgués, de capitalista en Rusia, contra lo que se esfuerza por frustrar la causa de la revolución socialista y arrastrarnos a la guerra. La cuestión se plantea de manera que se ponen en juego todas las conquistas de los obreros y los campesinos. Debemos estar seguros de que encontraremos en el proletariado amplia simpatía y apoyo, de que el peligro será plenamente rechazado y de que nuevas filas del proletariado se alzarán en defensa de su clase para salvar la revolución socialista. La cuestión se plantea hoy de manera que la lucha se desarrolla por dos puntos principales, y todas las diferencias esenciales entre los partidos se han atenuado en el fuego de la revolución. El eserista de izquierda que recalca con insistencia que es de izquierda y se encubre con

frases revolucionarias, sublevándose de hecho contra el Poder soviético, es también un mercenario de los guardias blancos de Yaroslavl. ¡Eso es ante la historia y la lucha revolucionaria! Hoy se enfrentan en la palestra tan sólo dos clases: se despliega la lucha de clase del proletariado, defensor de los intereses de los trabajadores, contra quienes defienden los intereses de los terratenientes y los capitalistas. Todas las frases en torno a la Asamblea Constituyente, el Estado independiente, etc., con que se trata de engañar a las masas inconscientes, han sido desenmascaradas por la experiencia del movimiento del cuerpo de ejército checoslovaco y por la del movimiento de los mencheviques caucasianos. Tras todas esas frases se hallan las mismas fuerzas: los terratenientes y los capitalistas; y la sublevación del cuerpo de ejército checoslovaco va seguida, lo mismo que la ocupación alemana, del poder de aquéllos. ¡Por esa se hace la guerra!

Camaradas. Los proletarios deben cerrar todavía más sus filas y ofrecer en esta lucha un ejemplo de organización y disciplina. Rusia continúa siendo el único país que ha roto todo lazo con los imperialistas. Verdad es que nos desangramos por nuestras graves heridas. Nos hemos replegado ante la fiera imperialista para ganar tiempo, asestándole, ya aquí ya allá, golpes parciales, pero hemos seguido siendo independientes como República Soviética Socialista. Al realizar nuestra labor socialista, hemos ido contra el imperialismo del mundo entero, y esta lucha es cada día más comprensible para los obreros del globo, y su indignación, en aumento, acerca cada vez más la futura revolución. Precisamente por eso se lucha, porque nuestra República es el único país del mundo que no ha marchado codo con codo al lado del imperialismo, que no ha dejado que se matase a millones de hombres en aras de la dominación francesa o alemana en el mundo. Nuestra República es el único país que ha salido por vía violenta y revolucionaria de la guerra imperialista mundial, que ha enarbolado la bandera de la revolución socialista, pero la arrastran de nuevo a la guerra imperialista, quieren llevada de nuevo al frente. Que los checoslovacos combatan contra los alemanes, que la burguesía rusa elija, que Miliukov decida, quizás hasta de acuerdo con Spiridónova y Kamkov, con qué imperialistas quieren ir. Pero nosotros declaramos que, para impedir que decidan esta cuestión, debemos estar prestos a entregar la vida, ya que se trata de salvar toda la revolución socialista. (*Aplausos*.) Sé que entre los campesinos de las provincias de Sarátov, Samara y Simbirsk, donde se venía observando el mayor cansancio y la mayor incapacidad de participar en acciones bélicas, se perfila un cambio. Después de haber conocido la invasión de los cosacos y los checoslovacos, después de haber conocido prácticamente lo que es la Asamblea Constituyente o lo que significan los gritos de "¡Abajo la paz de Brest!", han comprendido que todo eso conduce al retorno del terrateniente, a la entronización del capitalista, y ahora se van convirtiendo en fervorosos defensores del Poder de los Soviets. No me cabe la menor duda de que las masas proletarias de Petrogrado y de Moscú, que marchan a la vanguardia de la revolución, comprenderán las circunstancias, comprenderán cuán críticos son los instantes que vivimos, darán pruebas de una mayor decisión, y el proletariado, en beneficio de la revolución socialista, arrollará la ofensiva anglo-francesa y la checoslovaca. (*Aplausos*.)

Publicado en 1918 en el folleto "Reunión conjunta del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, del Soviet de Moscú, de los representantes de los comités fabriles, de los sindicatos de Moscú y del Congreso Nacional de los presidentes de los Soviets, celebrada el 29 de julio de 1918".

T. 37, págs. 1-19.

¡CAMARADAS OBREROS! ¡VAMOS A LA LUCHA FINAL, A LA LUCHA DECISIVA!

La República Soviética está rodeada de enemigos. Pero vencerá tanto a los enemigos exteriores como a los interiores. Entre las masas obreras se observa ya el entusiasmo que garantizará el triunfo. Se ve ya que en Europa Occidental se han hecho más frecuentes las chispas y estallidos del incendio revolucionario, infundiéndonos seguridad en la próxima victoria de la revolución obrera internacional.

En la actualidad, el enemigo exterior de la República Socialista Soviética de Rusia es el imperialismo anglo-francés, y el norteamericano-nipón. Este enemigo ataca hoy a Rusia, saquea nuestra tierra, ha ocupado Arjánguelsk y (de creer a los periódicos franceses) ha avanzado desde Vladivostok hasta Nikolsk-Ussuriiski. Este enemigo ha sobornado a los generales y oficiales del cuerpo de ejército checoslovaco. Ataca a la pacífica Rusia con la misma ferocidad e idénticos objetivos de saqueo con que la atacaban los alemanes en el mes de febrero, con la diferencia, sin embargo, de que los anglo-japoneses no sólo necesitan ocupar y saquear el suelo ruso, sino también derribar el Poder soviético para "restablecer el frente", es decir, para arrastrar de nuevo a Rusia a la guerra imperialista (más sencillamente: a la guerra de rapiña) de Inglaterra contra Alemania.

Los capitalistas anglo-nipones quieren restaurar el poder de los terratenientes y los capitalistas en Rusia para repartirse el botín de guerra, para someter a los obreros y campesinos rusos al capital anglo-francés, para arrancarles intereses por empréstitos de muchos miles de millones, para extinguir el incendio de la revolución socialista, que se inició en nuestro país y amenaza cada vez más con extenderse al mundo entero.

Las fieras del imperialismo anglo-nipón no tendrán fuerzas suficientes para ocupar y sojuzgar a Rusia. No las tiene siquiera nuestra vecina Alemania, como ha demostrado su "experiencia" con Ucrania. Los anglo-japoneses esperaban pillarnos desprevenidos. No lo han conseguido. Los obreros de Petrogrado, después los de Moscú y luego los de toda la región industrial del Centro se alzan con creciente unanimidad, con mayor tenacidad y abnegación, en masas cada vez mayores. En eso reside la garantía de nuestra victoria.

Al lanzarse contra la Rusia pacífica, los tiburones capitalistas anglo-nipones confían aún en su alianza con el enemigo interior del Poder soviético. Sabemos muy bien quién es ese enemigo interior. Son los capitalistas, los terratenientes, los kulaks y sus secuaces, que odian el poder de los obreros y de los campesinos trabajadores, de los campesinos que no chupan la sangre de sus convecinos.

Una oleada de sublevaciones de kulaks recorre toda Rusia. El kulak odia furiosamente el Poder soviético y está dispuesto a estrangular, a degollar a centenares de miles de obreros. Sabemos perfectamente que si los kulaks consiguieran triunfar, asesinarían sin piedad a centenares de miles de obreros, se aliarían con los terratenientes y los capitalistas, restablecerían los trabajos forzados para los obreros, abolirían la jornada de 8 horas y colocarían de nuevo las fábricas bajo el yugo de los capitalistas.

Eso sucedió en todas las revoluciones europeas precedentes, cuando los kulaks, por debilidad de los obreros, lograban dar marcha atrás, retornar de la república a la monarquía, del poder de los trabajadores al poder omnímodo de los explotadores, de los ricos, de los parásitos. Así ha sucedido ante nuestros propios ojos en Letonia, en Finlandia, en Ucrania y en Georgia. La jauría ávida, ahíta y feroz de los kulaks se ha unido por doquier a los terratenientes y los capitalistas contra los obreros y los pobres en general. En todas partes, los kulaks se han ensañado con salvaje ferocidad en la clase obrera. En todas partes se han aliado a los *capitalistas extranjeros* contra los obreros de su país. Así han procedido y proceden los democonstitucionalistas, los eseristas de derecha y los mencheviques: baste recordar sus hazañas durante la sublevación del cuerpo de ejército checoslovaco. Así proceden también, por su extrema estupidez y pusilanimidad, los eseristas de izquierda que, con la sublevación de Moscú, han ayudado a los guardias blancos en Yaroslavl y a los checoslovacos y a los guardias blancos en Kazán. No en vano han merecido esos eseristas de izquierda los elogios de Kerenski y de sus amigos, los imperialistas franceses.

No hay duda posible: los kulaks son enemigos rabiosos del Poder soviético. Y no caben términos medios: o los kulaks exterminan a una infinitud de obreros, o los obreros sofocan sin piedad las

sublevaciones de los kulaks -que forman dentro del pueblo una minoría expoliadora- contra el poder de los trabajadores. La paz es imposible: al kulak se le puede reconciliar, y fácilmente, con el terrateniente, el zar y el pope aun cuando hayan reñido, pero *jamás* se reconciliará con la clase obrera.

Y por eso decimos que la lucha contra los kulaks es la lucha *final* y decisiva. Esto no significa que no pueda haber numerosas sublevaciones de kulaks o reiteradas campañas expedicionarias del capitalismo extranjero contra el Poder soviético. Las palabras "lucha final" significan que dentro del país se ha sublevado contra nosotros la última y más numerosa de las clases *explotadoras*.

Los kulaks son los explotadores más feroces, los más brutales y desenfrenados, los que, en la historia de otros países, han restaurado más de una vez el poder de los terratenientes, de los reyes, de los popes y de los capitalistas. Hay más kulaks que terratenientes y capitalistas. Pero, a pesar de ello, los kulaks forman una minoría dentro del pueblo.

Supongamos que en Rusia hay unos quince millones de familias campesinas que se dedican a faenas agrícolas, considerando a Rusia tal y como era antes de que las fieras imperialistas le arrebatasen Ucrania y otras regiones. De esos quince millones, cerca de diez son, con toda seguridad, familias pobres que viven de la venta de su fuerza de trabajo, se ven obligadas a someterse a la esclavitud de los ricos o carecen de excedentes de cereales y han sido arruinadas en particular por las cargas de la guerra. Unos tres millones son campesinos medios, y apenas si habrá más de dos millones de kulaks, de ricos, de especuladores de cereales. Estos vampiros se aprovecharon de la miseria del pueblo durante la guerra y amasaron miles y cientos de miles de rublos, encareciendo los cereales y otros productos. Estas arañas engordaron a costa de los campesinos arruinados por la guerra, y de los obreros hambrientos. Estas sanguijuelas chuparon la sangre de los trabajadores, aumentando sus riquezas a medida que aumentaba el hambre de los obreros en las ciudades y en las fábricas. Estos pulpos acumulaban y siguen acumulando en sus manos la tierra de los terratenientes y sojuzgan una y otra vez a los campesinos pobres.

¡Guerra sin cuartel a los kulaks! ¡Mueran los kulaks! ¡Odio y desprecio a los partidos que los defienden: a los eseristas de derecha, a los mencheviques y a los actuales eseristas de izquierda! Los obreros deben aplastar con mano de hierro las sublevaciones de los kulaks, que se alían a los capitalistas extranjeros contra los trabajadores de su propio país.

Los kulaks se aprovechan de la ignorancia, del fraccionamiento, de la dispersión de los campesinos pobres. Azuzan a éstos contra los obreros y los sobornan a veces, dejándoles que se "ganen" un centenar de rublos con la venta de cereales a precios especulativos (mientras les roban miles y miles). Los kulaks tratan de ganarse a los campesinos medios y a veces lo consiguen.

Pero la clase obrera en modo alguno está obligada a vivir en desacuerdo con los campesinos medios. La clase obrera no puede reconciliarse con los kulaks, pero puede tratar y trata de llegar a un *acuerdo* con los campesinos medios. El gobierno obrero, es decir, el gobierno bolchevique, lo *ha demostrado* con hechos y no con palabras.

Lo hemos demostrado promulgando y aplicando rigurosamente la ley de "socialización de la tierra", que contiene *muchas* concesiones a los intereses y opiniones de los campesinos medios.

Lo hemos demostrado *triplicando* (hace unos días) los precios que pagamos por el grano, pues reconocemos plenamente que lo que el campesino medio gana, a menudo no corresponde a los precios actuales de los productos industriales, por lo que *debe* ganar más.

Todo obrero consciente explicará esto al campesino medio y le demostrará con paciencia, perseverancia y reiteración que el socialismo le conviene infinitamente más que el poder de los zares, terratenientes y capitalistas.

El poder obrero jamás ha agraviado ni agraviará al campesino medio. En cambio, el poder de los zares, terratenientes, capitalistas y kulaks no sólo ha agraviado siempre al campesino medio, sino que lo ha ahogado, lo ha desvalijado y lo ha llevado a la ruina en todos los países, en todos sin excepción, incluida Rusia.

La más estrecha alianza y una fusión completa con los pobres del campo; concesiones al campesino medio y acuerdos con él; aplastamiento implacable de los kulaks, de esos parásitos, vampiros y saqueadores del pueblo, de esos especuladores que se lucran con el hambre: tal es el programa de todo obrero consciente. Tal es la política de la clase obrera.

Escrito entre el 6 y el 15 de agosto de 1918. Publicado por primera vez el 17 de enero de 1925 en el núm. 14 del periódico "Rabóchaya Moskvá".

T. 37, págs38-42.

CARTA A LOS OBREROS NORTEAMERICANOS.

Camaradas: Un bolchevique ruso, que tomó parte en la revolución de 1905 y que después ha pasado muchos años en vuestro país, se ha ofrecido para haceros llegar mi carta[92]. He aceptado su ofrecimiento con tanto mayor placer, por cuanto los proletarios revolucionarios norteamericanos están llamados a desempeñar precisamente ahora un papel de singular importancia como enemigos inconciliables del imperialismo norteamericano, el más lozano, el más fuerte, el último que se ha incorporado a la matanza mundial de pueblos organizada por el reparto de los beneficios entre los capitalistas. Precisamente ahora, los multimillonarios norteamericanos, esos esclavistas contemporáneos, han abierto una página particularmente trágica en la sangrienta historia del sangriento imperialismo al dar su aprobación -directa o indirecta, abierta o velada por la hipocresía, es igual- a la intervención armada emprendida por las fieras anglo-japonesas para estrangular a la primera república socialista.

La historia de la Norteamérica moderna, de la Norteamérica civilizada, comienza con una de las grandes guerras verdaderamente liberadoras y revolucionarias, tan escasas frente a la multitud de guerras de rapiña provocadas, a semejanza de la actual guerra imperialista, por las peleas entre los reyes, los terratenientes y los capitalistas en torno al reparto de las tierras usurpadas o de las ganancias obtenidas como fruto del pillaje. Fue una guerra del pueblo norteamericano contra los bandidos ingleses, que oprimían a Norteamérica y la tenían sometida a un régimen de esclavitud colonial, lo mismo que esos vampiros "civilizados" siguen oprimiendo hoy y manteniendo en esclavitud colonial a centenares de millones de personas en la India, en Egipto y en todos los confines del mundo.

Han transcurrido desde entonces unos 150 años. La civilización burguesa ha dado todos sus espléndidos frutos. Norteamérica se ha puesto a la cabeza de los países libres y cultos en cuanto al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo humano asociado, al empleo de la maquinaria y de todas las maravillas de la técnica moderna. Norteamérica se ha convertido, a la vez, en uno de los países donde es más profundo el abismo entre un puñado de multimillonarios insolentes, sumidos en el fango y en el lujo, y los millones de trabajadores que viven siempre al borde de la miseria. El pueblo norteamericano, que dio al mundo un modelo de guerra revolucionaria contra la esclavitud feudal, ha caído en la moderna esclavitud capitalista, en la esclavitud asalariada impuesta por un puñado de multimillonarios, y se ha visto obligado a desempeñar el papel de verdugo mercenario, que estranguló, en beneficio de la opulenta canalla, a las Filipinas en 1898 so pretexto de "liberarlas"[93], y que en 1918 estrangula a la República Socialista de Rusia so pretexto de "defenderla" de los alemanes.

Pero los cuatro años de matanza imperialista de pueblos no han pasado en vano. El engaño del pueblo por los miserables que forman los dos grupos de bandidos, tanto el grupo inglés como el alemán, ha sido desenmascarado plenamente por hechos incontrovertibles y evidentes. Los resultados de los cuatro años de guerra han mostrado la ley general del capitalismo aplicada a la guerra entre los bandidos por el reparto del botín: los más ricos, los más fuertes, se han enriquecido y han expoliado más que nadie; los más débiles han sido despojados, torturados, oprimidos y estrangulados sin contemplaciones.

Los bandidos del imperialismo inglés eran los más fuertes por el número de "esclavos coloniales". Los capitalistas ingleses no han perdido ni una pulgada de "sus" tierras (es decir, de las tierras reunidas por ellos durante siglos como fruto del pillaje) y se han apoderado de todas las colonias alemanas de África, se han adueñado de Mesopotamia y de Palestina, han estrangulado a Grecia y han comenzado el saqueo de Rusia.

Los bandidos del imperialismo alemán eran los más fuertes por la organización y la disciplina de "sus" tropas, pero más débiles en colonias. Han perdido todas las colonias, pero han saqueado a media Europa, han estrangulado el mayor número de países pequeños y de pueblos débiles. ¡Qué gran guerra "liberadora" por ambas partes! ¡Qué bien "defendían la patria" los bandidos de ambos grupos, los capitalistas anglo-franceses y alemanes con sus lacayos, los socialchovinistas, es decir, los socialistas que se pasaron al lado de "*su*" burguesía!

Los multimillonarios norteamericanos eran, probablemente, los más ricos de todos y los que se encontraban en la situación geográfica más segura.

Se han enriquecido más que nadie; han convertido en tributarios suyos a todos los países, incluso a los más ricos; han reunido como fruto del pillaje centenares de miles de millones de dólares. Y en cada dólar se ven huellas de lodo, las huellas de los sucios acuerdos secretos entre Inglaterra y sus "aliados", entre Alemania y sus vasallos; de los acuerdos sobre el reparto del botín expoliado; de los acuerdos de "ayuda" mutua para oprimir a los obreros y perseguir a los socialistas internacionalistas. En cada dólar hay huellas del lodo de los "ventajosos" suministros militares que enriquecían aún más en cada país a los ricos y arruinaban más aún a los pobres. En cada dólar hay manchas de sangre, de la sangre que vertieron a mares los diez millones de muertos y los veinte millones de mutilados durante esa magna y noble lucha, durante esa lucha liberadora y sagrada en que se ventilaba cuál de los dos bandidos, el inglés o el alemán, habría de obtener mayor botín, cuál de los dos verdugos, el inglés o el alemán, sería *el que más* pueblos débiles estrangulase en todo el mundo.

Si los bandidos alemanes han batido la marca por la ferocidad de sus represiones militares, los bandidos ingleses lo han batido no sólo por la cantidad de colonias expoliadas, sino también por el refinamiento de su repugnante hipocresía. Precisamente ahora, la prensa capitalista anglo-francesa y norteamericana difunde mentiras y calumnias sobre Rusia en millones y millones de ejemplares, tratando de justificar con falacia su cruzada ladronesca contra ella, alegando la supuesta intención de "defenderla" de los alemanes.

Para desmentir esta infame y vil mentira no hacen falta muchas palabras: basta mencionar un hecho de todos conocido. Cuando los obreros de Rusia derrocaron el gobierno imperialista de su país en octubre de 1917, el Poder soviético, el poder de los obreros y campesinos revolucionarios propuso abiertamente a *todos* los países beligerantes una paz justa, una paz sin anexiones ni contribuciones, una paz basada en la plena igualdad de derechos de todas las naciones.

¡Fueron precisamente la burguesía anglo-francesa y la burguesía norteamericana las que rechazaron nuestra propuesta; precisamente esas burguesías rehusaron incluso tratar con nosotros sobre la paz general! ¡*Esas burguesías* precisamente traicionaron los intereses de todos los pueblos; ellas precisamente han hecho que se prolongue la matanza imperialista!

Fueron ellas precisamente las que, especulando con la posibilidad de arrastrar de nuevo a Rusia a la guerra imperialista, rehusaron participar en las negociaciones de paz, dejando así las manos libres a otros bandidos capitalistas del mismo jaez, a los de Alemania, ¡que impusieron a Rusia por la fuerza la paz anexionista de Brest!

Es difícil imaginarse una hipocresía más repugnante: la burguesía anglo-francesa y la burguesía norteamericana nos echan la "culpa" de la paz de Brest ¡y son precisamente los capitalistas de esos países, de quienes dependía convertir las negociaciones de Brest en negociaciones generales de una paz universal, los que hacen de "acusadores" nuestros! Los buitres del imperialismo anglo-francés, enriquecidos con el saqueo de las colonias y con la matanza de pueblos, prosiguen la guerra casi un año después de Brest; y son ellos quienes nos "acusan" a *nosotros*, a los bolcheviques, que hemos propuesto a todos los países una paz justa, a nosotros, que hemos roto, que hemos publicado y estigmatizado ante todo el mundo los criminales tratados entre el ex zar y los capitalistas anglo-franceses.

Los obreros de todo el mundo, cualquiera que sea el país en que vivan, se congratulan y simpatizan con nosotros, nos aplauden por haber roto las férreas argollas de los vínculos imperialistas, de los sucios tratados imperialistas, de las cadenas imperialistas; por haber logrado la libertad aun a costa de los mayores sacrificios; porque, como república socialista que somos, aunque martirizada y saqueada por los imperialistas, hemos quedado *fuera* de la guerra imperialista y hemos enarbolado ante el mundo entero la bandera de la paz, la bandera del socialismo.

No es extraño que la pandilla de imperialistas internacionales nos odie por ello, nos "acuse", que todos los lacayos de los imperialistas, sin exceptuar a nuestros eseristas de derecha ni a nuestros mencheviques, nos "acusen" también. El odio que estos perros de presa del imperialismo, lo mismo que la simpatía que los obreros conscientes de todos los países nos tienen a los bolcheviques, nos infunde mayor seguridad aún en la justedad de nuestra causa.

No es socialista quien no comprenda que en aras de la victoria sobre la burguesía, en aras del paso del poder a manos de los obreros, en aras del *comienzo* de la revolución proletaria internacional *no* se puede *ni* se debe retroceder ante ningún sacrificio, ni siquiera ante el sacrificio de una parte del territorio, ante el sacrificio de sufrir penosas derrotas de manos del imperialismo. No es socialista quien no haya demostrado *con hechos* que está dispuesto a que "su" patria haga los mayores sacrificios para impulsar de verdad la causa de la revolución socialista.

En aras de "su" causa, es decir, en aras de la conquista del dominio mundial, los imperialistas de Inglaterra y de Alemania no han vacilado en arruinar por completo y en estrangular a toda una serie de países, comenzando por Bélgica y Serbia y siguiendo por Palestina y Mesopotamia. y los socialistas, en aras de "su" causa, en aras de la liberación de los trabajadores de todo el mundo del yugo del capital, en aras de la conquista de una paz universal duradera, ¿deberán esperar que se encuentre un camino que no exija sacrificios, deberán precaverse de comenzar el

combate antes de que esté "garantizado" un triunfo fácil, deberán poner la seguridad y la integridad de "su patria" -creada por la burguesía- por encima de los intereses de la revolución socialista mundial? Los bellacos del socialismo internacional y los lacayos de la moral burguesa que piensen así merecen el más profundo desprecio.

Las fieras voraces del imperialismo anglo-francés y norteamericano nos "acusan" de que tenemos un "convenio" con el imperialismo alemán. ¡Qué hipócritas! ¡Qué miserables! ¡Calumnian al gobierno obrero, temblando de miedo ante la simpatía que por nosotros sienten los obreros de "sus" propios países! Pero su hipocresía será desenmascarada. Fingen no comprender la diferencia existente entre un convenio de los "socialistas" con la burguesía (la propia y la extranjera) *contra los obreros*, contra los trabajadores, y un convenio *para la defensa* de los obreros triunfantes sobre su burguesía, un convenio con la burguesía de un color *contra la burguesía* de otro color nacional a fin de que el proletariado aproveche las contradicciones entre los diferentes grupos de la burguesía.

En realidad, cualquier europeo conoce a la perfección esa diferencia, y el pueblo norteamericano, como lo demostraré ahora, la ha "vivido" en su propia historia de modo bien palpable. Hay convenios y convenios, hay *fagots et fagots* (casos y casos), como dicen los franceses.

En febrero de 1918, cuando las fieras voraces del imperialismo alemán lanzaron sus tropas contra la Rusia inerme, que había desmovilizado su ejército, confiada en la solidaridad proletaria internacional, antes de que madurara plenamente la revolución mundial, no vacilé lo más mínimo en concertar cierto "convenio" con los monárquicos franceses. El capitán francés Sadoul, que de palabra simpatizaba con los bolcheviques, mientras de hecho servía en cuerpo y alma al imperialismo francés, me presentó al oficial francés de Lubersac. "Yo soy monárquico -me confesó de Lubersac-. Mi único objetivo es la derrota de Alemania". Se sobrentiende, le contesté (*cela va sans dire*). Ello no me impidió en absoluto "convenir" con de Lubersac en cuanto a los servicios que los oficiales franceses especializados en voladuras estaban dispuestos a prestarnos para volar las vías férreas y obstaculizar así la invasión de los alemanes. Fue un modelo de "convenio" que aprobará todo obrero consciente, un convenio en provecho del socialismo. Un monárquico francés y yo nos estrechamos la mano sabiendo que cada cual colgaría gustoso a su "consocio". Pero nuestros intereses coincidían temporalmente. *Nosotros* aprovechamos intereses opuestos, igualmente de fieras, de *otros* imperialistas, en beneficio de la revolución socialista rusa y de la revolución socialista mundial, contra las fieras alemanas que nos atacaban. Así servíamos a los intereses de la clase obrera de Rusia y de otros países; reforzábamos al proletariado y debilitábamos a la burguesía del mundo entero; empleábamos medios archilegítimos e imprescindibles en toda guerra: la maniobra, la estratagema, el repliegue en espera del momento en que sazone la revolución proletaria que va madurando rápidamente en varios países avanzados.

Y por mucho que vociferen de rabia los tiburones del imperialismo anglo-francés y norteamericano, por mucho que nos calumnien, por muchos millones que gasten en sobornar a los periódicos eseristas de derecha, mencheviques y demás socialpatrioteros, *yo no dudaré un solo instante* en concertar un "convenio" *idéntico* con las fieras voraces del imperialismo alemán, en el caso de que el ataque de las tropas anglo-francesas a Rusia lo haga necesario. Y yo sé muy bien que el proletariado consciente de Rusia, de Alemania, de Francia, de Inglaterra, de los Estados Unidos, en una palabra, de todo el mundo civilizado aprobará mi táctica. Semejante táctica facilitará la revolución socialista, acelerará su advenimiento, debilitará a la burguesía internacional, reforzará las posiciones de la clase obrera en su victoriosa lucha contra aquélla.

El pueblo norteamericano hace ya tiempo que empleó con éxito para la revolución esa táctica. Cuando hizo su gran guerra de liberación contra los opresores ingleses, tuvo también que enfrentarse con los opresores franceses y españoles, en cuyas manos se hallaba una parte del actual territorio de los Estados Unidos de Norteamérica. También el pueblo norteamericano, en su difícil guerra de liberación, concertó con unos opresores "convenios" dirigidos contra otros opresores para debilitar a los opresores y reforzar a los que desplegaban una lucha revolucionaria contra la opresión, en beneficio de las *masas* oprimidas. El pueblo norteamericano aprovechó las discordias entre franceses, españoles e ingleses; se batió en ocasiones incluso al lado de las tropas de los opresores franceses y españoles contra los opresores ingleses; venció primero a los ingleses y después se redimió (en parte, mediante rescates) de los franceses y españoles.

La obra de la historia no es una acera de la Avenida Nevski, decía el gran revolucionario ruso Chernyshevski[94]. Quien "admite" la revolución proletaria sólo "a condición" de que transcurra lisa y llanamente, de que actúen de consuno los proletarios de distintos países, de que exista una garantía contra las derrotas, de que el camino de la revolución sea ancho, recto y esté despejado, de que para vencer no haya necesidad de pasar a veces por los más penosos sacrificios, de "permanecer en una fortaleza sitiada" o abrirse camino por las más tortuosas, angostas, impracticables y peligrosas veredas montañosas, ése ni es revolucionario ni se ha despojado de la pedantería intelectual burguesa y, de hecho, se deslizará siempre al campo de la burguesía

contrarrevolucionaria, como les ocurre a nuestros eseristas de derecha, a nuestros mencheviques e incluso (aunque con menos frecuencia) a nuestros eseristas de izquierda.

A esos señores les agrada culparnos, repitiendo palabras de la burguesía, de ser los causantes del "caos" de la revolución, de la "destrucción" de la industria, del paro y del hambre. ¡Qué hipócritas son estas acusaciones en boca de quienes aplaudieron y apoyaron la guerra imperialista o "convenido" con Kerenski para que la guerra continuase! Precisamente la guerra imperialista es la culpable de todos estos desastres. Una revolución originada por la guerra no puede menos de pasar por dificultades y tormentos increíbles, recibidos en herencia de esa reaccionaria matanza devastadora de pueblos que dura ya varios años. Acusarnos de "destrucción" de la industria o de "terror" es dar prueba de hipocresía o mostrar una pedantería obtusa, mostrar incapacidad de comprender las condiciones fundamentales de esa rabiosa y exacerbada hasta el extremo lucha de las clases que se llama revolución.

En el fondo, si los "acusadores" de este jaez llegan a "reconocer" la lucha de las clases, se limitan a reconocerla de palabra; pero de hecho caen siempre en la utopía pequeñoburguesa de la "conciliación" y de la "colaboración" de las clases. La lucha de las clases, en períodos de revolución, ha tomado siempre y en todos los países, indefectible e inevitablemente, la forma de *guerra civil*. Y la guerra civil es inconcebible sin las más crueles destrucciones, sin terror ni restricción de la democracia formal en provecho de la guerra. Sólo unos curas almibarados, tanto da que lleven sotana o que sean "legos", como los socialistas de salón y de tribuna parlamentaria, pueden no ver, ni comprender, ni palpar esta necesidad. Sólo unos "hombres enfundados" sin vida pueden ser capaces de apartarse de la revolución por este motivo, en lugar de lanzarse al combate con toda vehemencia y resolución en el momento en que la historia exige que la lucha y la guerra decidan los más grandes problemas de la humanidad.

El pueblo norteamericano tiene una tradición revolucionaria, recogida por los mejores representantes del proletariado estadounidense, quienes nos han expresado en reiteradas ocasiones su completa adhesión a nosotros, los bolcheviques. Esa tradición ha sido creada por la guerra de liberación contra los ingleses en el siglo XVIII y, más tarde, por la guerra civil en el siglo XIX[95]. En cierto sentido, si se tiene en cuenta sólo la "destrucción" de algunas industrias y de la economía nacional, Norteamérica había retrocedido en 1870 con relación a 1860. ¡Pero qué pedante e imbécil sería el individuo que, basándose en *eso*, negara la inmensa significación histórica universal, progresista y revolucionaria de la guerra civil de 1863-1865 en Norteamérica!

Los representantes de la burguesía comprenden que la supresión de la esclavitud de los negros y el derrocamiento del poder de los esclavistas valieron bien que todo el país pasase por los largos años de guerra civil, devastaciones colosales, destrucciones y terror que acompañan a toda guerra. Pero ahora, cuando se trata de una tarea inconmensurablemente más grande, cuando se trata de suprimir la esclavitud *asalariada*, la esclavitud capitalista, de derrocar el poder de la burguesía, los representantes y defensores de ésta, así como los socialreformistas que, amedrentados por la burguesía, se apartan temerosos de la revolución, no pueden ni quieren comprender que la guerra civil es necesaria y legítima.

Los obreros norteamericanos no seguirán a la burguesía. Estarán a nuestro lado, al lado de la guerra civil contra la burguesía. Me convence de ello toda la historia del movimiento obrero norteamericano y mundial. Recuerdo también las palabras que Eugenio Debs, uno de los jefes más queridos del proletariado norteamericano, escribió en el *Llamamiento a la Razón* ("Appeal to Reason")[96], creo que a finales de 1915, en su artículo *What shall I light for* ("Por qué voy a luchar") (citado por mí a comienzos de 1916 en una reunión obrera pública celebrada en Berna, Suiza). Debs decía que se dejaría fusilar antes que votar los créditos para la actual guerra, guerra reaccionaria y criminal; que conocía una sola guerra sagrada y legítima desde el punto de vista de los proletarios: la guerra contra los capitalistas, la guerra para liberar a la humanidad de la esclavitud asalariada.

No me extraña que Wilson, cabeza de los multimillonarios norteamericanos y servidor de los tiburones capitalistas, halla encarcelado a Debs. ¡La burguesía puede ensañarse con los auténticos internacionalistas, con los auténticos representantes del proletariado revolucionario! Cuanto mayores sean su ferocidad y su ensañamiento, tanto más cerca estará el día del triunfo de la revolución proletaria.

Nos acusan de las destrucciones causadas por nuestra revolución... Pero, ¿quiénes nos acusan? Los lacayos de la burguesía, de esa misma burguesía que en cuatro años de guerra imperialista ha destruido casi por completo la cultura europea, sumiendo a Europa en la barbarie, en el embrutecimiento y en el hambre. Y esa burguesía nos exige hoy que no hagamos la revolución sobre el terreno de esas destrucciones, en medio de los cascotes de la cultura, de los escombros y de las ruinas originados por la guerra, con los hombres embrutecidos por la guerra. ¡Oh, qué burguesía tan humana y tan justa!

Sus criados nos acusan de terror... Los burgueses británicos han olvidado su 1649, y los franceses su 1793. El terror era justo y legítimo cuando la burguesía lo empleaba a su favor contra los señores feudales. ¡El terror se ha hecho monstruoso y criminal en cuanto los obreros y los campesinos pobres se han atrevido a emplearlo contra la

burguesía! El terror era justo y legítimo cuando lo empleaban para remplazar a una minoría explotadora por otra minoría explotadora. ¡El terror se ha hecho monstruoso y criminal cuando se aplica para derrocar a toda minoría explotadora en beneficio de la mayoría verdaderamente aplastante, en beneficio de los proletarios y semiproletarios, de la clase obrera y de los campesinos pobres!

La burguesía imperialista mundial ha exterminado a diez millones de hombres y ha mutilado a veinte millones en "su" guerra, en una guerra hecha para decidir quién habrá de dominar en el mundo: las fieras voraces inglesas o las alemanas.

Si *nuestra* guerra, la guerra de los oprimidos y explotados contra los opresores y explotadores, costara medio millón o un millón de víctimas, entre todos los países, la burguesía diría que las víctimas antes mencionadas son legítimas mientras que estas últimas son criminales.

El proletariado dirá una cosa muy distinta.

Ahora, en medio de los horrores de la guerra imperialista, el proletariado asimila prácticamente en toda su plenitud la gran verdad que enseñan todas las revoluciones, la verdad que legaron a los obreros sus mejores maestros, los fundadores del socialismo moderno. Esta verdad dice que no puede triunfar la revolución si no *se aplasta la resistencia de los explotadores*. Cuando los obreros y los campesinos trabajadores conquistamos el poder del Estado, nuestro deber consistió en aplastar la resistencia de los explotadores. Estamos orgullosos de haberlo hecho y de hacerlo. Y lamentamos que no se haga con suficiente firmeza y decisión.

Sabemos que la resistencia exasperada de la burguesía contra la revolución socialista es inevitable en todos los países y que dicha resistencia *aumentará* en la medida en que se desarrolle esa revolución. El proletariado vencerá esa resistencia, y durante la propia lucha contra la resistencia de la burguesía adquirirá la madurez necesaria para triunfar y ejercer el poder.

La venal prensa burguesa puede gritar a los cuatro vientos siempre que nuestra revolución incurra en una falta. No tenemos miedo a nuestras faltas. Los hombres no se han vuelto santos por el hecho de que haya comenzado la revolución. Las clases trabajadoras, oprimidas y engañadas durante siglos, condenadas a vivir por fuerza en la miseria, en la ignorancia y el embrutecimiento, no pueden hacer la revolución sin incurrir en faltas. Y, como ya he dicho en otra ocasión, no se puede meter en un ataúd y enterrar el cadáver de la sociedad burguesa. El capitalismo muerto se pudre, se descompone entre nosotros, infestando el aire con sus miasmas, emponzoñando nuestra vida y envolviendo lo nuevo, lo fresco, lo joven, lo vivo con miles de hilos y nexos de lo viejo, de lo podrido, de lo muerto.

Por cada cien faltas nuestras, proclamadas a los cuatro vientos por la burguesía y sus lacayos (incluidos nuestros mencheviques y eseristas de derecha), hay 10.000 hechos grandes y heroicos, tanto más grandes y tanto más heroicos porque son hechos sencillos, imperceptibles, ocultos en la vida diaria del barrio fabril o de la aldea perdida, y son realizados por hombres que no tienen la costumbre (ni la posibilidad) de proclamar al mundo entero cada uno de sus éxitos.

Pero incluso si fuera al revés -aunque sé que es erróneo suponerlo-, incluso si por cada cien aciertos nuestros hubiera diez mil yerros, aun así nuestra revolución sería, *y lo será ante la historia universal*, grande e invencible; pues *por primera vez* no es una minoría, no son sólo los ricos, no son únicamente los instruidos, sino la verdadera masa, la inmensa mayoría de los trabajadores quienes crean *por sí mismos* una vida nueva, quienes resuelven *con su propia experiencia* los dificilísimos problemas de la organización socialista.

Cualquier falta cometida en semejante trabajo, en ese trabajo tan concienzudo y sincero que decenas de millones de sencillos obreros y campesinos llevan a cabo para reorganizar toda su vida; cada una de esas faltas vale por miles y millones de éxitos "infalibles" de la minoría explotadora, de éxitos obtenidos en la obra de engañar y estafar a los trabajadores. Pues sólo *a través* de esas faltas *aprenderán* los obreros y campesinos a crear una vida nueva, aprenderán *a prescindir* de los capitalistas; sólo así se abrirán camino, a través de miles de obstáculos, hacia el socialismo victorioso.

Cometen faltas en su trabajo revolucionario nuestros campesinos, que de un solo golpe, en una sola noche, la del 25 al 26 de octubre (según el viejo calendario) de 1917, suprimieron por completo la propiedad privada de la tierra y ahora, un mes tras otro, venciendo inmensas dificultades, corrigiéndose a sí mismos, cumplen en la práctica la dificilísima tarea de organizar nuevas condiciones de economía, de luchar contra los kulaks, de asegurar que la tierra sea para los *trabajadores* (y no para los ricachones), de pasar a la gran agricultura *comunista*.

Cometen faltas en su trabajo revolucionario nuestros obreros, que han nacionalizado ahora, en el curso de unos meses, casi todas las fábricas y empresas más importantes y que, en el duro trabajo de cada día, aprenden por vez primera a administrar ramas enteras de la industria, hacen funcionar las empresas nacionalizadas, venciendo la resistencia enconada de la rutina, del espíritu pequeñoburgués, del egoísmo; ponen, piedra sobre piedra, los cimientos de *nuevas* relaciones sociales, de una *nueva* disciplina laboral, y de una *nueva* autoridad de los sindicatos obreros respecto a sus afiliados.

Cometen faltas en su trabajo revolucionario nuestros Soviets, creados ya en 1905 por un potente auge de las masas[97]. Los Soviets de obreros y

campesinos representan un nuevo *tipo* de Estado, un *tipo* nuevo y superior de democracia; son la forma de la dictadura del proletariado, el medio de gobernar el Estado *sin* burguesía y *contra* la burguesía. Por primera vez la democracia sirve aquí a las masas, a los trabajadores, dejando de ser una democracia para los ricos, como sigue siendo la democracia en todas las repúblicas burguesas, incluso en las más democráticas. Por primera vez las masas populares resuelven a escala de un centenar de millones de personas el problema de dar cuerpo a la dictadura de los proletarios y los semiproletarios, un problema que, de no resolverse, *no da pie* ni para hablar siquiera de socialismo.

Los pedantes o las personas henchidas sin remedio de prejuicios democráticos burgueses o parlamentarios pueden extrañarse de nuestros Soviets de diputados, alegando, por ejemplo, la falta de elecciones directas. Esa gente no ha olvidado ni ha aprendido nada durante las grandes conmociones de 1914-1918. La unión de la dictadura del proletariado y de la nueva democracia para los trabajadores, de la guerra civil y la más amplia incorporación de las masas a la política, no se obtiene de golpe y porrazo ni encaja en las formas trilladas de la rutinaria democracia parlamentaria. Lo que se yergue en esbozo a nuestra vista, como República de los Soviets, es un mundo nuevo, el mundo del socialismo. Y no debe extrañar que ese mundo no nazca ya hecho, no surja de improviso como Minerva de la cabeza de Júpiter.

En tanto que las viejas constituciones democráticas burguesas exaltaban, por ejemplo, la igualdad formal y el derecho de reunión, nuestra Constitución soviética, proletaria y campesina, rechaza la hipocresía de la igualdad formal. Cuando los republicanos burgueses derribaban tronos, no se preocupaban de la igualdad formal de los monárquicos con los republicanos. Cuando se trata de derrocar a la burguesía, sólo los traidores o los idiotas pueden reclamar la igualdad formal de derechos para la burguesía. Bien poco vale la "libertad de reunión" para los obreros y campesinos cuando los mejores edificios están en poder de la burguesía. Nuestros Soviets *han arrebatado* a los ricos todos los buenos edificios de la ciudad y del campo, *entregándoselos totalmente* a los obreros y campesinos para uso de *sus* asociaciones y asambleas. ¡Esa es *nuestra* libertad de reunión para los trabajadores! ¡Ese es el sentido y el contenido de nuestra Constitución soviética, de nuestra Constitución socialista!

Y por eso todos estamos tan seguros de que nuestra República de los Soviets, cualesquiera que sean los reveses por los que aún haya de pasar, *es invencible*.

Es invencible porque cada golpe del furioso imperialismo, cada derrota que nos inflige la burguesía internacional alza a la lucha a nuevos y nuevos sectores de obreros y campesinos, los instruye al precio de los mayores sacrificios, los templa y despierta en ellos un nuevo heroísmo de masas.

Sabemos, camaradas obreros norteamericanos, que vuestra ayuda aún tarde tal vez en llegar, pues el desarrollo de la revolución en los diversos países se produce en formas distintas, a ritmo diferente (y no puede producirse de otro modo). Sabemos que la revolución proletaria europea puede no estallar en las próximas semanas, por rápida que sea en este último tiempo su maduración. Contamos con que la revolución mundial es ineludible, pero eso no quiere decir, ni mucho menos, que cifremos nuestras esperanzas como unos simples en la indefectibilidad de la revolución a plazo breve y *determinado*. Hemos visto en nuestro país dos grandes revoluciones, la de 1905 y la de 1917, y sabemos que las revoluciones no se hacen por encargo ni por convenios. Sabemos que las circunstancias han puesto en vanguardia a *nuestro* destacamento, al destacamento de Rusia del proletariado socialista, y no a causa de nuestros méritos, sino a causa del atraso particular de Rusia, y que *hasta* que estalle la revolución mundial son posibles derrotas de algunas revoluciones.

A pesar de ello, sabemos a ciencia cierta que somos invencibles, ya que la humanidad no se doblegará ante la matanza imperialista, sino que acabará con ella. Y el primer país que *ha roto* los grilletes de la guerra imperialista ha sido el *nuestro*. Hemos hecho los mayores sacrificios en la lucha por destruir esos grilletes, pero los *hemos roto*. Estamos *libres* de ataduras imperialistas y hemos enarbolado ante el mundo entero la bandera de la lucha por el derrocamiento completo del imperialismo.

Nos encontramos como si estuviéramos en una fortaleza sitiada en tanto no nos llegue la ayuda de otros destacamentos de la revolución socialista mundial. Pero esos destacamentos *existen*, *son más numerosos* que los nuestros, maduran, crecen y se fortalecen a medida que se prolongan las ferocidades del imperialismo. Los obreros rompen con sus socialtraidores: los Gompers, los Henderson, los Renaudel, los Scheidemann y los Renner. Los obreros marchan con paso lento, pero firme, hacia la táctica comunista, bolchevique, hacia la revolución proletaria, la única que puede salvar la cultura y la humanidad del hundimiento definitivo.

En pocas palabras, somos invencibles, pues invencible es la revolución proletaria mundial.

N. Lenin.

20 de agosto de 1918.

Publicada el 22 de agosto de 1918 en el núm. 178 de "Pravda".

T. 37, págs. 48-64.

DISCURSO EN UN MITIN QUE SE DIO EN EL MUSEO POLITÉCNICO.

El 23 de agosto de 1918.

(*Clamorosa ovación*.) ¿En qué consiste nuestro programa? En la conquista del socialismo. En los actuales momentos de la guerra mundial no hay más salida de ella que la victoria del socialismo. Pero son muchos los que no lo comprenden. Hoy día, la mayoría de la humanidad está contra la matanza sangrienta, mas no puede comprender la ligazón que tiene dicha matanza con el régimen capitalista. Los horrores de la presente guerra saltan a la vista incluso de la burguesía, mas no va a ser ella quien relacione el final de la guerra con el del régimen capitalista... Y ésta ha sido siempre la idea principal que ha distinguido a los bolcheviques y a los socialistas revolucionarios de todos los demás países de quienes quieren traer la paz a la tierra, dejando intacto el orden de cosas capitalista.

¿Por qué se hacen las guerras? Sabemos que la mayoría de ellas se han hecho en beneficio de las dinastías y que se llaman guerras dinásticas. Pero, a veces, las guerras se hicieron en provecho de los oprimidos. Espartaco hizo la guerra para defender a la clase esclavizada. Guerras análogas se han hecho en la época de la opresión colonial, que no ha terminado aún, en la época de la esclavitud, etc. Esas guerras eran justas, esas guerras no pueden ser condenadas.

Pero cuando hablamos de la presente guerra europea y la condenamos, ello es tan sólo porque la hace la clase de los opresores.

¿Qué fines persigue la presente guerra? De creer a los diplomáticos de todos los países, Francia e Inglaterra la hacen para defender a los pueblos pequeños contra los bárbaros, contra los hunos, los alemanes; por parte de Alemania se hace contra los bárbaros cosacos, que amenazan al culto pueblo alemán, y en defensa de la patria contra los enemigos que la atacan.

Mas nosotros sabemos que esta guerra ha estado preparada, iba madurando y era inevitable. Era tan inevitable como la guerra entre Norteamérica y el Japón. ¿En qué consiste esa inevitabilidad?

Pues en que el capitalismo ha concentrado las riquezas de la Tierra en manos de unos cuantos Estados y ha repartido el mundo hasta el último pedazo; el reparto sucesivo, el enriquecimiento sucesivo puede producirse únicamente a costa de otros; un Estado puede enriquecerse únicamente a expensas de otro. Este litigio no puede resolverse si no es por la fuerza, y por eso la guerra entre los tiburones mundiales se hizo inevitable.

Al frente de la guerra actual se hallaban hasta hoy dos firmas principales: Inglaterra y Alemania. Inglaterra era el país colonial más poderoso. Aunque la población de Inglaterra no pasa de 40 millones, la de sus colonias es de más de 400. Hace tiempo que, por el derecho del más fuerte, se apoderó de colonias de otros, echó la zarpa a gran cantidad de tierras y viene gozando de los frutos de su explotación. Pero en los últimos cincuenta años quedó atrasada de Alemania en el aspecto económico. La industria alemana adelantó a la inglesa. El gran capitalismo de Estado alemán se unió con la burocracia, y Alemania batió la marca.

El litigio por la supremacía entre estos dos gigantes no podía dirimirse sino por la fuerza.

Si Inglaterra se había apoderado en otros tiempos, por el derecho del más fuerte, de tierras de Holanda, Portugal, etc., luego entró en escena Alemania y declaró que había llegado su hora de sacar provecho a costa de otros.

De eso se trata, de la lucha por el reparto del mundo entre los más fuertes. Y como ambas partes poseen capitales evaluados en centenares de millones, la lucha entre ellas se ha hecho mundial.

Sabemos cuántos crímenes secretos se han perpetrado en esta guerra… Los tratados secretos que hemos hecho públicos han demostrado que las frases que explican el porqué de la guerra no son más que eso, frases, y que todos los Estados, comprendida Rusia, estaban ligados por tratados inmundos para lucrarse a costa de los pueblos pequeños y débiles. En consecuencia, quienes eran fuertes han multiplicado sus riquezas; los débiles han sido aplastados.

No se puede culpar a una u otra persona de haber empezado la guerra; es erróneo culpar a los reyes y zares de la presente matanza, que es obra del capital. El capitalismo se ha metido en un callejón sin salida. Este callejón sin salida es el imperialismo, que ha impuesto la guerra entre los pretendientes a la dominación mundial.

Ha sido la mayor de las falsedades declarar que la guerra se hacía para liberar a los pequeños pueblos.

Ambas fieras se hallan frente a frente, mirándose tan sanguinarias como al principio, y cerca de ellas yacen, aplastados, no pocos pueblos pequeños.

Nosotros decimos: no hay otra salida de la guerra imperialista que la guerra civil.

Cuando lo dijimos en 1914, nos objetaron que eso se parecía a una línea recta trazada en el espacio, pero nuestro análisis ha sido confirmado por todo el curso de los acontecimientos posteriores. En el presente vemos que los generales del chovinismo se quedan sin ejércitos. Hace poco, en Francia, el país más dañado por la guerra, el país en que más hondo había calado la consigna de defensa de la patria, pues el enemigo se hallaba a las puertas de París, los defensistas han sufrido una derrota; verdad es que al chovinismo lo han derrotado hombres vacilantes, como Longuet, pero eso es lo de menos.

Sabemos que en los primeros días de la revolución en Rusia, el poder pasó a manos de señores que no decían más que palabras, pero que guardaban en el bolsillo los mismos tratados que había firmado el zar. Y si la radicalización de los partidos fue en Rusia más rápida, a ello contribuyeron el maldito régimen que teníamos antes de la revolución y nuestra revolución de 1905.

En Europa, donde domina un capitalismo inteligente y calculador, que posee una organización poderosa y bien montada, la embriaguez nacionalista pasa con mayor lentitud. De todos modos, no puede menos de verse que la guerra imperialista fenece de muerte lenta y dolorosa.

Según noticias dignas de todo crédito, la descomposición ha hecho presa en el ejército alemán, y éste se ha dedicado a la especulación. No podía ser de otro modo. La descomposición no puede menos de penetrar en las masas cuando el soldado despierta y empieza a comprender que la mutilación y la muerte redundan sólo en beneficio de la burguesía.

El ejército francés, que se había mantenido más tiempo y con mayor firmeza que los demás, ha mostrado asimismo que le ha hecho impacto la descomposición. El proceso de Malvy también ha levantado el velo que cubría los acontecimientos de Francia y ha dado a conocer que miles de soldados se negaron a ir al frente[98].

Todo eso son síntomas de acontecimientos como los que se desarrollaron en Rusia. Sólo que los países cultos nos ofrecerán un cuadro de guerra civil mucho más cruenta que la de Rusia. Lo confirma el caso de Finlandia, el país más democrático de Europa, el primer país en que la mujer ha recibido el derecho de sufragio. Finlandia se ha ensañado de manera salvaje y sin piedad con los soldados rojos[99], y éstos no se entregaban así como así. Este cuadro muestra qué aciaga suerte espera a esos países cultos.

Ya veis lo absurdo que fue acusar a los bolcheviques de que era obra suya la descomposición del ejército ruso.

Nosotros somos únicamente un destacamento que ha avanzado algo más que el resto de los destacamentos obreros, y no porque sea mejor, sino porque la estúpida política de nuestra burguesía permitió a la clase obrera de Rusia sacudirse con más celeridad su yugo. Ahora, al luchar por el régimen socialista en Rusia, luchamos por el socialismo en todo el mundo. Ahora, en todos los países, en todos los mítines obreros, en todas las reuniones obreras no se habla más que de los bolcheviques, y nos conocen; saben que hoy día nos esforzamos por la causa de todo el mundo, que trabajamos para ellos.

Al abolir la propiedad agraria, al nacionalizar las empresas y los bancos, que hoy se ocupan de organizar la industria, oímos gritar por los cuatro costados que cometemos un montón de errores. Sí, pero los obreros crean el socialismo ellos mismos, y por muchos errores que cometamos, con esta práctica aprendemos y preparamos el terreno para dominar el arte de hacer la revolución sin equivocaciones.

Por eso vemos un odio tan feroz. Por eso no le duele al imperialismo francés tirar decenas y centenares de millones para apoyar la contrarrevolución, pues ésta supone la devolución a Francia de las deudas rusas, que ascienden a miles de millones y que los obreros y los campesinos no reconocen.

La prensa burguesa se entretiene actualmente en colma de falsedades sus columnas, diciendo que el Consejo de Comisarios del Pueblo se ha trasladado a Tula; que hace diez días lo vieron en Cronstadt, etc.; que Moscú está a punto de caer y que las autoridades soviéticas han huido.

Toda la burguesía, todos los ex Románov, todos los capitalistas y terratenientes están con el cuerpo de ejército checoslovaco, ya que vinculan su sublevación a la posibilidad de la caída del Poder soviético. Eso lo saben los aliados y emprenden una de las batallas más serias. Les faltaba un núcleo en Rusia, y los de dicho cuerpo checoslovaco se lo han proporcionado. Por eso la sublevación de los checoslovacos no debe tomarse a la ligera. Ha desencadenado toda una serie de insurrecciones contrarrevolucionarias; las últimas páginas de nuestra historia revolucionaria llevan la impronta de toda una sarta de levantamientos de kulaks y guardias blancos.

La situación del Poder soviético es grave, no hay que perderlo de vista. Pero mirad en derredor y veréis que la seguridad en la victoria no puede menos de llenar vuestros corazones.

Alemania ha sufrido una serie de derrotas, y no es un secreto que se deben a la "traición" de los soldados alemanes; los soldados franceses se han negado a ir al frente, en el momento más peligroso, a causa de la detención del camarada Andrieu, a quien el gobierno ha tenido que poner en libertad para poder mover las tropas, etc., etc.

Hemos hecho muchos sacrificios. La paz de Brest

es una herida dolorosísima; esperábamos la revolución en Alemania, pero entonces no había madurado aún. Eso ocurre ahora, la revolución avanza sin ningún género de dudas y es inevitable. Mas sólo un tonto podría preguntar cuándo estallará la revolución en Occidente. La revolución no se puede prever, no se puede predecir, llega por sí misma. Madura y debe estallar. ¿Acaso una semana antes de la revolución de febrero sabía alguien que iba a estallar? ¿Acaso cuando un pope loco llevaba al pueblo a Palacio[100] pensaba alguien que iba a estallar la revolución de 1905? Pero la revolución madura y debe estallar sin falta.

Nosotros debemos mantener el Poder soviético hasta que comience allí la revolución; nuestros errores deben ser una enseñanza para el proletariado de Occidente, para el socialismo internacional. La salvación de la revolución, no sólo de la rusa, sino también de la internacional, está en el frente checoslovaco. Y tenemos ya noticias de que el ejército, al que los generales han traicionado infinidad de veces, el ejército, infinitamente cansado, empieza a obtener victorias después de la llegada de nuestros camaradas, los comunistas, los obreros, empieza a dar pruebas de entusiasmo revolucionario en la lucha contra la burguesía mundial.

Estamos seguros de que la victoria será nuestra y de que, venciendo, salvaremos el socialismo. (*Clamorosa ovación*)

Publicado íntegro por primera vez en 1926 en las "Obras Completas" de N. Lenin (V. Uliánov), 2a edición, t. XX, parte II.

T. 37, págs. 65-70.

DISCURSO EN EL I CONGRESO NACIONAL DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

(*Cuando el camarada Lenin entra en la sala, todos se ponen en pie. Clamorosos y prolongados Aplausos*) Camaradas: Vivimos uno de los momentos más críticos, importantes e interesantes de la historia, un momento de avance de la revolución socialista mundial. Ahora ven ya claro, incluso quienes estaban lejos de las teorías y las previsiones socialistas, que esta guerra no terminará del mismo modo que comenzó, es decir, concertándose como de costumbre la paz entre los viejos gobiernos imperialistas. La revolución rusa ha demostrado que la guerra lleva inevitablemente a la disgregación de toda la sociedad capitalista, que se convierte en una guerra de los trabajadores contra los explotadores. En ello estriba la trascendencia de la revolución rusa.

Por grandes que sean los obstáculos que se alzan en nuestro camino, por más que hagan todos los países por dilapidar decenas de millones en difundir mentiras y calumnias sobre la revolución rusa, la clase obrera del mundo entero siente que la causa de la revolución rusa es su propia causa. A la par con la guerra entre los dos grupos imperialistas, comienza otra guerra en todas partes, la guerra que la clase obrera, contagiada del ejemplo de la revolución rusa, declara a su propia burguesía. Todos los síntomas muestran que Austria e Italia están en vísperas de una revolución. El antiguo régimen se descompone allí a pasos agigantados. En países más sólidos y robustos, como Alemania, Inglaterra y Francia, se produce el mismo proceso, pero en forma algo diferente y menos visible. La bancarrota del régimen capitalista y de la guerra capitalista son inevitables. Los imperialistas alemanes no han podido ahogar la revolución socialista. El aplastamiento de la revolución en la Letonia roja, en Finlandia y en Ucrania ha costado a Alemania la descomposición de su ejército. La derrota de Alemania en el frente occidental se ha debido en gran parte a que su antiguo ejército ya no existe. Esa "rusificación" de los soldados alemanes, de que hablaban medio en broma los diplomáticos alemanes, ha resultado ahora que no es ninguna broma, sino una verdad amarga para ellos. Aumenta el espíritu de protesta, y los actos de "traición" se están haciendo un fenómeno corriente en el ejército alemán.

Por otra parte, Inglaterra y Francia hacen los últimos esfuerzos para conservar sus posiciones. Se lanzan contra la República rusa y ponen tan tensas las cuerdas del capitalismo, que éstas empiezan a saltar. Incluso los órganos de prensa de la burguesía reconocen que en el estado de ánimo de las masas obreras se ha producido un viraje indudable: en Francia fracasa la idea de la "defensa de la patria", y en Inglaterra la clase obrera declara terminada la "paz civil". Esto significa que los imperialistas ingleses y franceses han jugado su última carta; podemos decir con absoluta seguridad que perderán la baza. (*Clamorosos aplausos*.) Por más que ciertos grupos griten que los bolcheviques se apoyan sólo en una minoría, han de reconocer que no cuentan con fuerzas en el interior de Rusia para luchar contra ellos y tienen que recurrir a la intervención extranjera. Así pues, la guerra que la clase obrera de Francia e Inglaterra se ve forzada a llevar es una manifiesta guerra de conquista que persigue el fin de aplastar la revolución rusa. Eso significa que el imperialismo inglés y francés, y, por consiguiente, el imperialismo mundial, se encuentra en trance de muerte. (*Clamorosos aplausos*.)

Por difícil que fuese declarar de nuevo el estado de guerra en un país donde el pueblo mismo la había arrollado y había desbaratado al antiguo ejército, por difícil que fuese organizar un ejército durante una encarnizada guerra civil, superamos todas las dificultades y hemos creado otro ejército, con lo que tenemos asegurada la victoria sobre el cuerpo de ejército checoslovaco, los guardias blancos, los terratenientes, los capitalistas y los kulaks. (*Clamorosos aplausos*.) Las masas trabajadoras comprenden que no se baten por los intereses de un puñado de capitalistas, sino por su propia causa. Los obreros y los campesinos rusos tienen por primera vez la posibilidad de dirigir las fábricas y de disponer de la tierra, y esta experiencia no podía no dejar huellas. Nuestro ejército se ha formado de gente escogida, de campesinos y obreros con conciencia de clase; todos ellos van al frente, sabiendo que luchan no sólo por el destino de la revolución rusa, sino de toda la revolución mundial, pues podemos estar seguros de que la revolución rusa es sólo un ejemplo, sólo el primer paso en la serie de revoluciones en que desembocará indefectiblemente la guerra.

La instrucción pública es parte integrante de la lucha que ahora desplegamos. A la hipocresía y a la

falsedad podemos oponer la verdad plena y patente. La guerra ha mostrado en la práctica qué es la "voluntad de la mayoría", con la que la burguesía se escudaba; ha mostrado que un puñado de plutócratas lleva a los pueblos a la matanza en aras de sus intereses. Se ha puesto definitivamente en entredicho la fe en que la democracia burguesa está al servicio de la mayoría. Nuestra Constitución y nuestros Soviets, que han sido una novedad para Europa, pero que nosotros conocemos ya desde la experiencia de la revolución de 1905, son el mejor ejemplo de agitación y propaganda, un ejemplo que desenmascara toda la falsedad y toda la hipocresía de la democracia burguesa. Hemos proclamado públicamente que dominan los trabajadores y los explotados, y esto constituye nuestra fuerza y lo que nos hace invencibles.

En el terreno de la instrucción pública ocurre lo mismo: cuanto más culto era el Estado burgués, con tanto más refinamiento mentía, afirmando que la escuela podía permanecer al margen de la política y servir a toda la sociedad.

En realidad, la escuela había sido convertida por entero en instrumento de la dominación de clase de la burguesía, estaba toda ella impregnada del espíritu burgués de casta, perseguía el fin de proporcionar lacayos serviciales y obreros mañosos a los capitalistas. La guerra ha mostrado que las maravillas de la técnica moderna sirven de instrumento de exterminio de millones de obreros y enriquecimiento fabuloso de los capitalistas que se lucran con la guerra. La guerra está minada por dentro porque hemos denunciado la mentira de los capitalistas y le hemos opuesto la verdad. Decimos que nuestra labor en el terreno de la enseñanza es esa misma lucha por derrocar a la burguesía; declaramos públicamente que la escuela al margen de la vida, al margen de la política es falsedad e hipocresía. ¿Qué era el sabotaje declarado por los más instruidos representantes de la vieja cultura burguesa? El sabotaje ha demostrado con más evidencia que cualquier agitador y con más claridad que todos nuestros discursos y miles de folletos que esa gente considera el saber monopolio suyo y lo convierte en instrumento de su dominación sobre quienes se ha dado en llamar "los de abajo". Han utilizado su instrucción para frustrar la edificación del socialismo y actuado abiertamente contra las masas trabajadoras.

Los obreros y los campesinos rusos han acabado de instruirse en la lucha revolucionaria. Han visto que nuestro régimen es el único que les brinda la dominación efectiva, se han convencido de que el poder del Estado ayuda por completo y en todo a los obreros y a los campesinos pobres a aplastar definitivamente la resistencia de los kulaks, de los terratenientes y los capitalistas.

Los trabajadores tienden al saber porque lo necesitan para triunfar. Nueve décimas partes de las masas trabajadoras han comprendido que el saber es un arma en su lucha por la emancipación, que sus reveses se deben a la falta de instrucción y que ahora depende de ellos mismos hacerla accesible en realidad para todos. Nuestra causa triunfará porque las propias masas han emprendido la construcción de la nueva Rusia, de la Rusia socialista. Aprenden de su experiencia propia, aprenden de sus reveses y equivocaciones y ven cuán necesaria es la instrucción para el desenlace victorioso de la lucha que sostienen. A pesar de la aparente descomposición de muchas instituciones y del júbilo de los intelectuales saboteadores, vemos que la experiencia de la lucha ha enseñado a las masas a decidir ellas mismas su destino. Todos los que simpatizan con el pueblo de hecho, y no de palabra, los mejores hombres del magisterio acudirán en nuestra ayuda, y en ello vemos una garantía infalible de que la causa del socialismo vencerá. (*Ovación*.)

Publicado íntegramente por primera vez en 1919 en el libro "Actas del I Congreso de Instrucción Pública de toda Rusia".

T. 37, págs. 74-78.

DISCURSO EN UN MITIN CELEBRADO EN LA VIEJA FÁBRICA DE MICHELSON.

El 30 de agosto de 1918.

Breve información periodística.

(*Clamorosos aplausos que se convierten en ovación*.) A los bolcheviques nos imputan siempre que abandonamos las consignas de igualdad y fraternidad. Expliquémonos en esta cuestión con claridad.

¿Qué poder sustituyó al zarista? El de Guchkov y Miliukov, que quiso reunir en Rusia la Asamblea Constituyente. ¿Qué se ocultaba en realidad tras esa labor a favor del pueblo liberado de una opresión milenaria? Pues que Guchkov y demás bienhechores estaban respaldados por una caterva de capitalistas que perseguían sus objetivos imperialistas. Y cuando se entronizó la pandilla de Kerenski, Chernov y compañía, ese gobierno tambaleante y falto de base se cuidaba únicamente de los intereses vitales de la burguesía cercana a él. El poder pasó de hecho a los kulaks y no daba nada a las masas trabajadoras. Lo mismo vemos en otros países. Tomemos a Norteamérica, el país más libre y civilizado. Es una república democrática. ¿Y qué? Allí domina impúdicamente un puñado, no de millonarios, sino de multimillonarios, y todo el pueblo vive en la esclavitud, en la servidumbre. Si las fábricas, los bancos y todas las riquezas del país pertenecen a los capitalistas, y aliado de la república democrática vemos la esclavitud feudal de millones de trabajadores y la miseria más deprimente, cabe preguntan ¿dónde están vuestras cacareadas igualdad y fraternidad?

Sí, donde dominan los "demócratas" existe un saqueo descarado, auténtico. Conocemos la verdadera naturaleza de las llamadas democracias.

Los tratados secretos concertados entre la República Francesa, Inglaterra y otras democracias han mostrado con claridad meridiana el fondo y el trasfondo de todo esto. Los fines e intereses que defienden son tan criminales y rapaces como los de Alemania. La guerra nos ha abierto los ojos, y ahora vemos con claridad al insolente opresor y saqueador tras la careta de defensor de la patria. A este empuje del saqueador hay que oponer la acción revolucionaria, la obra revolucionaria. Es cierto que en una época tan dura no resulta fácil lograr la unidad, sobre todo de los campesinos revolucionarios, pero tenemos fe en la fuerza creadora y en el fervor social de la vanguardia de la revolución: el proletariado industrial. Los obreros, por su parte, han comprendido perfectamente que mientras sigan cautivando el ánimo las ilusiones en la república democrática y la Asamblea Constituyente, no dejarán de gastarse cincuenta millones de rublos diarios con fines bélicos funestos para ellos, y que de ese modo no podrán liberarse jamás de la opresión capitalista. El haberlo comprendido fue lo que los llevó a crear sus Soviets.

La realidad de la vida ha enseñado igualmente a los trabajadores a comprender que mientras los terratenientes sigan instalados a sus anchas en sus palacios y fantásticos castillos, la libertad de reunión será ficticia y significará libertad de reunirse quizás en el otro mundo. Convendrán conmigo en que prometer libertad a los obreros y dejar las mansiones, la tierra, las fábricas y todas las riquezas en manos de los capitalistas y terratenientes nada tiene que ver con la libertad y la igualdad. Nuestra consigna, nuestro lema es uno solo: todo el que trabaja tiene derecho a gozar de los bienes de la vida. Es preciso privar de esos bienes a los holgazanes, a los parásitos que chupan la sangre al pueblo trabajador. Nosotros proclamamos: ¡todo para los obreros, todo para los trabajadores!

Sabemos que es difícil lograr todo eso, conocemos la furiosa resistencia que opone la burguesía; pero tenemos fe en la victoria final del proletariado, pues si ha sido capaz de librarse de las espantosas calamidades del temporal guerrero imperialista, de levantar el edificio de la revolución socialista sobre las ruinas del edificio destruido por él, no puede no triunfar.

Y en efecto las fuerzas se cohesionan en todas partes. Merced a que hemos abolido la propiedad privada de la tierra, el proletariado de la ciudad y del campo se une en rápido proceso. En Occidente se produce también un despertar en la conciencia de clase de los obreros. Los obreros de Inglaterra, Francia, Italia y otros países hacen llamamientos y plantean a menudo reivindicaciones que indican cuán cercano está el triunfo de la revolución mundial. La tarea que hoy se nos plantea es realizar nuestro trabajo revolucionario, desdeñando la hipocresía, los gritos insolentes y los lamentos de la burguesía expoliadora. Debemos lanzar todo lo que tenemos al

frente checoslovaco para aplastar a esta banda, que se encubre con consignas de libertad e igualdad y acribilla a centenares y miles de obreros y campesinos.

¡Tenemos una sola alternativa: vencer o morir!

Publicado el 1 de septiembre de 1918 en el núm. 188 de "Izvestia del CEC de toda Rusia".

T. 37, págs. 83-85.

EL CARÁCTER DE NUESTROS PERIÓDICOS.

Se dedica demasiado espacio a la agitación política sobre temas viejos, al estrépito político. Se dedica poquísimo espacio a la multitud de hechos que dan testimonio de la edificación de la nueva vida.

¿Por qué no hablar en 10 ó 20 líneas, y no en 200 ó 400, de cosas tan simples, conocidas de todo el mundo, claras y asimiladas ya en medida considerable por las masas, como la infame traición de los mencheviques, lacayos de la burguesía; como la invasión anglo-japonesa, emprendida para restablecer los derechos sagrados del capital; como las amenazas de los multimillonarios norteamericanos a Alemania, etc., etc.? Hay que hablar de ello, hay que señalar cada hecho nuevo a este respecto, pero no escribir artículos ni repetir razonamientos, sino estigmatizar en unas cuantas líneas, con "estilo telegráfico", las nuevas manifestaciones de una política vieja, ya conocida, ya apreciada.

La prensa burguesa de los "buenos tiempos viejos de la burguesía" no tocaba el *sanctasanctórum*: el estado interior de cosas en las fábricas y empresas privadas. Esta costumbre iba en provecho de la burguesía. Nosotros tenemos que perderla radicalmente. Aún *no* lo hemos hecho. El tipo de nuestros periódicos *no* cambia todavía tanto como debería en una sociedad que está pasando del capitalismo al socialismo.

Menos política. La política está "esclarecida" a fondo y se reduce a la lucha entre dos campos: el del proletariado insurrecto y el de un puñado de capitalistas esclavistas (seguidos de su jauría, en la que se incluyen los mencheviques, etc.). De esta política se puede, repito, y se debe hablar con suma brevedad.

Más economía. Pero no en el sentido de razonamientos "generales", de estudios doctos, de planes seudointelectuales y demás hojarasca que, lamentablemente, no son sino un fárrago de cosas inútiles con demasiada frecuencia. No, la economía nos es necesaria en el sentido del allegamiento, de *la comprobación escrupulosa* y del estudio de los hechos concernientes a la edificación real de la nueva vida. Las grandes fábricas, las comunas agrícolas, los comités de campesinos pobres, los consejos de economía locales ¿cuentan *en la práctica* con éxitos en la organización de la nueva economía? ¿Cuáles son precisamente estos éxitos? ¿Se han visto confirmados? ¿No son más bien quimeras, jactancias, promesas de intelectuales ("las cosas se van arreglando", "el plan está trazado", "ponemos en juego las fuerzas", "ahora respondemos del éxito", "la mejora es indudable" y demás frases charlatanescas de las que "nosotros" somos maestros consumados)? ¿A qué se deben los éxitos? ¿Cómo ampliarlos?

¿Dónde está la lista negra de fábricas atrasadas que, después de la nacionalización, siguen siendo modelos de desorden, disgregación, suciedad, golfería, parasitismo? No *existe*. Pero esas fábricas existen. No sabemos cumplir con nuestro deber sin hacer la *guerra* a esos "guardianes de las tradiciones del capitalismo". No seremos comunistas, sino traperos, mientras toleremos en silenciar la situación reinante en esas fábricas. No sabemos valernos de los periódicos para sostener una lucha de clase, como lo hacía la burguesía. Recordemos cómo sabía *acosar* perfectamente en la prensa a sus enemigos de clase, cómo se mofaba de ellos, cómo los difamaba, cómo les hacía la vida imposible. ¿Y nosotros? ¿Acaso la lucha de clase en la época del tránsito del capitalismo al socialismo no consiste en proteger los intereses de la *clase* obrera contra los puñados, los grupos, las capas de obreros que se aferran tenazmente a las tradiciones (costumbres) del capitalismo, considerando el Estado soviético igual que antes: trabajar "para él" lo menos y lo peor posible y sacarle "a él" la mayor cantidad posible de dinero? ¿Es que hay pocos de esos canallas, por ejemplo, entre los cajistas de las imprentas soviéticas, entre los obreros de las fábricas de Sórmovo y Putílov, etc.? ¿A cuántos de ellos hemos pillado, desenmascarado y puesto en la picota?

La prensa no dice nada de esto. Y si habla de ello, lo hace al estilo administrativo, burocrático, no como una prensa revolucionaria, no como órgano de la dictadura de una clase que demuestra con sus actos que la resistencia de los capitalistas y de quienes conservan los hábitos capitalistas de parasitismo será vencida con mano de hierro.

Otro tanto cabe decir de la guerra. ¿Acosamos a los jefes pusilánimes y a los papanatas? ¿Hemos puesto en vergüenza ante Rusia a los regimientos que no sirven para nada? ¿Hemos "echado el guante" a

elementos deplorables que deberían ser expulsados con escándalo del ejército por ineptitud, negligencia, tardanza, etc.? No hacemos una *guerra* seria, despiadada, verdaderamente revolucionaria contra los portadores *concretos* del mal. Hacemos poca *educación de masas* con ejemplos y modelos vivos y concretos, tomados de todos los dominios de la vida, y ésta es la tarea principal de la prensa durante la transición del capitalismo al comunismo. Prestamos poca atención a la vida *cotidiana* de las fábricas, del campo, de los regimientos, donde lo nuevo crece más que en ninguna otra parte, donde hay que concentrar la mayor atención, desarrollar la publicidad, criticar a la luz del día, estigmatizar los defectos y llamar a aprender de los buenos ejemplos.

Menos estrépito político. Menos razonamientos seudointelectuales. Hay que estar más cerca de la vida. Prestar más atención a cómo la masa obrera y campesina construye de hecho *lo nuevo* en su esfuerzo diario. Hay que *comprobar* más hasta qué punto esto nuevo es *comunista*.

Publicado el 20 de septiembre de 1918 en el núm. 202 de "Pravda".
T. 37, págs. 89-91.

SESIÓN CONJUNTA DEL COMITÉ EJECUTIVO CENTRAL DE TODA RUSIA, DEL SOVIET DE MOSCÚ, DE LOS COMITÉS DE FÁBRICA Y DE LOS SINDICATOS.

22 de octubre de 1918.

1. Informe.

(*Atronadores e interminables Aplausos y exclamaciones de "hurra".*) Camaradas: Me parece que la situación en que nos encontramos ahora, con todo lo que tiene de contradictoria, se puede expresar, primero, en que nunca hemos estado tan cerca de la revolución proletaria internacional como hoy y, segundo, en que jamás nos ha amenazado mayor peligro que en la actualidad. Pues bien, hoy quisiera hablar con más detenimiento de estos dos puntos, sobre todo del segundo. Creo que las grandes masas apenas se dan cuenta de todo el peligro que nos acecha, y como nosotros podemos actuar únicamente apoyándonos en las grandes masas, la tarea principal de los representantes del Poder soviético consiste en decir a esas masas toda la verdad de la situación actual, por angustiosa que sea de tiempo en tiempo. De la proximidad de la revolución socialista internacional se ha hablado en reiteradas ocasiones y seré breve. En efecto, uno de los reproches principales que han hecho al Poder soviético no sólo la burguesía, sino los sectores pequeñoburgueses que han perdido la fe en el socialismo y muchos de los llamados socialistas, que estaban habituados a los tiempos pacíficos y no creían en el socialismo, consiste en que hacemos la revolución socialista en Rusia al azar, pues en Occidente aún no ha madurado.

Camaradas, hoy, después de cuatro años de guerra, la bancarrota general del imperialismo es un hecho evidente; ahora queda claro para todos que la revolución es inevitable en todos los países beligerantes. Mientras tanto, nosotros, a quienes nos auguraban en un principio días o semanas de existencia, hemos hecho en este año de revolución más que ningún otro partido proletario hiciera jamás en el mundo. Nuestra revolución ha resultado ser un fenómeno de carácter universal. Que hoy el bolchevismo es un fenómeno universal lo reconoce también toda la burguesía, y este reconocimiento pone de manifiesto que nuestra revolución ha empezado a desplazarse de Oriente a Occidente y encuentra allí terreno más abonado cada día. Sabéis que ha estallado la revolución en Bulgaria. Los soldados búlgaros han empezado a formar Soviets. Nos llegan noticias de que en Serbia también se están formando Soviets. Aunque la Entente anglo-francesa promete a los pueblos miles de venturas si se sublevan y se apartan de Alemania, aunque los capitalistas más acaudalados del mundo y más poderosos de Norteamérica, Inglaterra y Francia prometen mucho, queda claro que la burguesía de los distintos Estados pequeños en que se está desmembrando Austria en modo alguno se va a sostener, que su dominio, su poder en esos Estados será un fenómeno muy efímero, transitorio, porque la revolución obrera llama a las puertas por doquier.

La burguesía de algunos países se da cuenta de que habrá de mantenerse en sus Estados con la ayuda de bayonetas extranjeras. Y no sólo en Austria, sino también en Alemania, donde hace poco la situación parecía estable, vemos que ha empezado la revolución. Nos llegan noticias de allá, en la prensa alemana se escribe ya de la abdicación del káiser, y la prensa del partido de los socialdemócratas independientes ha recibido ya permiso del canciller para hablar de la república alemana. Eso quiere decir algo. Sabemos que se ha intensificado la descomposición de las tropas, que allí se las exhorta abiertamente a que se subleven. Sabemos que en la Alemania Oriental se han formado comités militares revolucionarios, los cuales sacan a la luz publicaciones que revolucionan a los soldados. Por eso podemos afirmar con toda seguridad que la revolución madura de hora en hora, y eso no lo decimos nosotros solos, sino todos los alemanes del partido belicista y de la burguesía, que sienten tambalearse a los ministros, que no cuentan ya con la confianza del pueblo y que se mantendrán en su gobierno muy poco tiempo. Lo dicen todos los que están enterados de cómo van las cosas: así es de inevitable en Alemania la revolución popular y puede que incluso la proletaria.

Sabemos perfectamente cuán inmenso es el movimiento proletario que se ha desplegado asimismo en otros países. Hemos visto a Gompers presentarse en Italia y recorrer todas sus ciudades, pagados los gastos por las potencias de la Entente y ayudado por toda la burguesía y por los socialpatriotas italianos, predicando a los obreros italianos que continuasen la guerra imperialista.

Hemos visto durante ese tiempo a la prensa socialista italiana insertar sueltos, en los que no quedaba más que el nombre de Gompers, y todo lo demás estaba tachado por la censura, o se publicaban sueltos de mofa: "Gompers asiste a banquetes y habla por los codos", y la prensa burguesa ha reconocido que a Gompers lo han abucheado en todas partes. Ha escrito: "La conducta de los obreros italianos es tal que se diría hubieran permitido viajar por Italia sólo a Lenin y a Trotski". El Partido Socialista Italiano ha dado durante la guerra un gran paso adelante, o sea, a la izquierda. Sabemos que en Francia ha habido demasiados patriotas entre los obreros; les decían que amenazaba un peligro inmenso a París y al territorio francés. Pero también allí cambia de conducta el proletariado. En el último congreso[101], cuando se ha dado lectura a una carta sobre los actos de los aliados, los imperialistas anglo-franceses, se han oído vivas a la república socialista. Y ayer se recibió la noticia de que en París se ha celebrado un mitin de dos mil metalúrgicos que ha saludado a la República Soviética de Rusia. Vemos que de los tres partidos socialistas de Inglaterra sólo uno, el Partido Socialista Independiente, no se adhiere abiertamente a los bolcheviques, mientras el Partido Socialista Británico y el Partido Socialista Obrero de Escocia se declaran con resolución partidarios de los bolcheviques. En Inglaterra también empieza a difundirse el bolchevismo, y los partidos españoles, que estaban al lado del imperialismo anglo-francés y entre los cuales se hubiera podido encontrar al principio de la guerra a una o dos personas que tuvieran una remota noción de los internacionalistas, han saludado todos ellos en sus congresos a los bolcheviques rusos. ¡El bolchevismo se ha convertido en teoría y táctica mundiales del proletariado internacional! (*Aplausos*.) El bolchevismo ha hecho que se despliegue una armoniosa revolución socialista ante todo el mundo, que se produzca, de hecho, una escisión entre los socialistas por la disyuntiva de qué bando tomar: el de los bolcheviques o el contrario a los bolcheviques. El bolchevismo ha hecho que se plantee el programa de la creación del Estado proletario. Los obreros que no sabían lo que pasaba en Rusia, pues leían únicamente periódicos burgueses llenos de falsedades y calumnias, han empezado a darse cuenta de la realidad, al ver que el gobierno proletario obtiene victoria tras victoria sobre sus contrarrevolucionarios, al ver que no hay otra salida de esta guerra sino nuestra táctica, sino el modo de obrar revolucionario de nuestro gobierno obrero. El miércoles pasado se celebró una manifestación en Berlín, los obreros exteriorizaron su indignación contra el káiser, procurando desfilar por delante de su palacio, y luego se encaminaron a la Embajada rusa para expresar su solidaridad con los actos del Gobierno ruso.

¡He ahí adónde ha llegado Europa después de cuatro años de guerra! Por eso mismo decimos que nunca hemos estado tan próximos a la revolución mundial, que jamás ha sido tan evidente la implantación del poderío del proletariado ruso, y está claro que nos seguirán millones y decenas de millones del proletariado mundial. Por eso, repito, nunca hemos estado tan cerca de la revolución internacional, ni jamás ha sido tan peligrosa nuestra situación, porque antes no se tuvo nunca al bolchevismo por una fuerza mundial. Parecía que no era sino consecuencia del cansancio de los soldados rusos, una explosión de descontento de los soldados rusos, cansados de la guerra, y que tan pronto como pasara ese descontento y se estableciera la paz, aunque fuera impuesta de la manera más violenta, serían aplastados todos los pasos dados por el camino de la fundación del Estado y de las reformas socialistas. Todos estaban seguros de eso, pero ha resultado que en cuanto hemos pasado de la guerra imperialista, terminada con una paz impuesta de la manera más violenta, a dar los primeros pasos en la fundación del Estado, en cuanto hemos pasado a brindar a los campesinos la posibilidad de que vivan de hecho sin terratenientes de que entablen sus relaciones contra los terratenientes, de que se convenzan en la práctica de que organizan su vida en las tierras expropiadas no para los kulaks ni para nuevos capitalistas, sino efectivamente para los propios trabajadores, en cuanto los obreros han visto que han obtenido la posibilidad de organizar su vida sin capitalistas, de aprender la difícil, pero gran obra, sin cuya realización jamás se librarán de la explotación, ha quedado claro para todos, y de hecho así ha resultado, que no hay fuerza ni contrarrevolución capaces de derrocar el Poder soviético.

Para que nosotros llegásemos en Rusia a ese convencimiento han hecho falta meses enteros. Se dice que, en el campo, los campesinos comprendieron el sentido y el alcance de nuestra revolución sólo en el verano y a principios del otoño de 1918. En la ciudad ya se tenía esa conciencia desde hacía mucho, mas para que llegara a cada distrito, a cada subdistrito y aldea retirada, a fin de que el campesino viese por la propia vida, y no por libros ni discursos, que la tierra debe recibirla el trabajador y no el kulak, que se debe luchar contra el kulak, que al kulak se le debe vencer con la organización propia, que la ola de sublevaciones que ha recorrido este verano todo el país la han apoyado los terratenientes, los kulaks y los guardias blancos, a fin de que el campesino sintiese por experiencia propia, en sus costillas, en sus espaldas, el poder de la Asamblea Constituyente, para eso han hecho falta meses y más meses, y el campo hoy sale templado, y las masas campesinas pobres, que no roban trabajo ajeno, sólo ahora han visto por experiencia propia, y

no por libros, de los que nunca sacan convicciones firmes las masas trabajadoras, que el Poder soviético es el poder de los trabajadores explotados, y que cada aldea tiene la posibilidad de empezar a echar los cimientos de la nueva Rusia socialista. Han hecho falta largos meses para que, después de 1918, pudiéramos decir con seguridad también en el resto de Rusia, basándonos en noticias personales, noticias sacadas de la experiencia real, que en el campo no hay rincón apartado alguno donde no se sepa qué es el Poder soviético y donde no lo defiendan, pues el campo ha visto todo el peligro que suponen los terratenientes y los capitalistas, ha visto asimismo la dificultad de la transformación socialista y no se ha asustado, sino que se ha dicho: incorporaremos a este trabajo a decenas de millones de brazos, hemos aprendido mucho en un año y aún aprenderemos más. Eso dicen ahora con plena convicción en Rusia, basándose en la experiencia propia, decenas y decenas de millones.

Sólo ahora queda claro también para la burguesía de Europa Occidental, que hasta hoy no tomaba en serio a los bolcheviques, sólo ahora queda claro para ella que en nuestro país se ha constituido el único poder sólido, el único poder que va con las masas trabajadoras y puede despertar en ellas un verdadero sacrificio heroico. Y cuando este poder proletario ha empezado a contaminar a Europa, cuando se ha visto que esto no es en absoluto una peculiaridad cualquiera de Rusia y que los cuatro años de guerra han descompuesto el ejército en todo el mundo - mientras que antes decían que sólo Rusia había llegado, por su atraso y falta de preparación, a que su ejército se desbandara al cuarto año de guerra- ¿acaso hubiera sido esto posible en los países parlamentarios civilizados?

Y ahora todos ven que a los cuatro años de guerra mundial, cuando millones de hombres han sido inmolados y mutilados para que los capitalistas pudieran enriquecerse más, cuando los desertores se cuentan por decenas de miles, este fenómeno inusitado se observa no sólo en Rusia y Austria, sino en Alemania, jactanciosa de su orden; pues bien, cuando se ha llegado a esto, la burguesía universal ha visto que tiene que enfrentarse con un enemigo más serio y ha comenzado a agruparse, y cuanto más nos hemos aproximado a la revolución proletaria internacional, tanto más se ha agrupado la burguesía contrarrevolucionaria.

En algunos países aún siguen haciendo caso omiso de la revolución, como hicieron en Octubre caso omiso de los bolcheviques los ministros coalicionistas y dijeron que en Rusia las cosas no irían tan lejos como para que los bolcheviques tomaran el poder. En Francia, por ejemplo, dicen que los bolcheviques son un puñado de traidores que venden su pueblo a los alemanes. Tiene más perdón que digan eso los burgueses de Francia que los eseristas de izquierda en Rusia, pues para eso son burgueses, para gastar millones en falsas invenciones. Pero cuando la burguesía francesa ha visto el desarrollo del bolchevismo en Francia y que hasta partidos que no eran revolucionarios se han pronunciado en pro de los bolcheviques, con una consigna revolucionaria, se ha dado cuenta de que tiene delante a un enemigo más temible: la bancarrota del imperialismo y la superioridad de los obreros en la lucha revolucionaria. Todos saben que, debido a la guerra imperialista, en nuestros días es particularmente grande el peligro para la revolución proletaria, porque ésta crece de manera desigual en todos los países, ya que todos los países están en distintas condiciones de vida política, y en unos el proletariado está demasiado debilitado, y en otros es más fuerte. En un país, la cúspide del proletariado es débil; en otros suele suceder que la burguesía logre temporalmente dividir a los obreros, como ha ocurrido en Inglaterra y en Francia; he ahí por qué la revolución proletaria se desarrolla de manera desigual y por qué la burguesía ha visto que su enemigo más poderoso es el proletariado revolucionario. La burguesía se cohesiona para detener la bancarrota del imperialismo mundial.

Ahora ha cambiado la situación para nosotros, y los acontecimientos sobrevienen con inmensa celeridad. En un principio había dos grupos de imperialistas rapaces empeñados en exterminarse el uno al otro, pero ahora se han dado cuenta, sobre todo en el ejemplo del imperialismo alemán, considerado hacía poco tan fuerte como Inglaterra y Francia, que su enemigo principal es el proletariado revolucionario. Hoy, cuando a Alemania la descompone desde dentro el movimiento revolucionario, el imperialismo anglo-francés se cree el amo del mundo. Allí están persuadidos de que los enemigos principales del imperialismo son los bolcheviques y la revolución mundial. Cuanto mayor es el desarrollo de la revolución, tanto más se agrupa la burguesía. Por eso algunos de nosotros, sobre todo muchos de las grandes masas, convencidos ahora de que pueden vencer a nuestros contrarrevolucionarios, a los cosacos, a los oficiales y a los checoslovacos, creen que con eso ya está hecho todo, no se dan cuenta de que ahora eso es poco para nosotros, de que tenemos otro nuevo adversario mucho más temible: el imperialismo anglo-francés. Hasta la fecha este adversario había alcanzado pocos éxitos en Rusia, como en el desembarco de Arjánguelsk, pongamos por caso. Un escritor francés, que editaba un periódico titulado *La Victoire*[102], ha dicho que Francia no tiene bastante con la victoria sobre los alemanes, que necesita vencer también al bolchevismo, y que la campaña contra Rusia no es una ofensiva contra Alemania, sino una campaña contra el proletariado revolucionario bolchevique y contra esa plaga que se está propagando por todo el

mundo.

He ahí por qué surge para nosotros un nuevo peligro, que aún no se ha desenvuelto del todo ni se ve del todo, peligro que los imperialistas anglo-franceses preparan por debajo de cuerda y que nosotros debemos comprender mejor para hacer que las masas lo conozcan por medio de sus dirigentes, porque los ingleses y los franceses no han tenido gran éxito ni en Siberia ni en Arjánguelsk; al contrario, han sufrido una serie de derrotas; pero ahora encauzan sus esfuerzos a atacar a Rusia por el Sur, bien desde los Dardanelos, bien desde el mar Negro, bien por tierra a través de Bulgaria y Rumania. Como esa gente obra guardando los secretos de guerra, no podemos decir en qué estado de preparación estará la cruzada ni cuál de esos dos planes, o quizá un tercero, habrán elegido; en eso precisamente reside el peligro, en que no lo podemos saber a ciencia cierta. Pero sabemos con toda exactitud que se está preparando, que la prensa de esos países escribe a veces con poca cautela, algún que otro periodista declara abiertamente los fines principales y desecha toda la falsa palabrería sobre la alianza de las naciones.

En los medios gobernantes alemanes vemos ahora claramente dos tendencias, dos planes de salvación, si ésta es aún posible. Unos dicen: ganemos tiempo, sostengámonos hasta la primavera, puede que aún estemos en condiciones de resistir en las líneas de fortificaciones; otros ven su salvación principal en Inglaterra y Francia, dedican toda la atención a conseguir un acuerdo con Inglaterra y Francia contra los bolcheviques, tienen toda la atención puesta en eso. Y si Wilson responde ahora a la propuesta de paz con una burda y desdeñosa negativa, eso aún no hace renunciar a sus planes al partido de los capitalistas germanos, que buscan el entendimiento con Inglaterra. Este partido sabe que a veces puede existir un acuerdo tácito, qué si presta servicios a los capitalistas ingleses y franceses contra los bolcheviques, tal vez obtenga recompensa. En la sociedad capitalista pasa eso: por los servicios se paga. Los capitalistas alemanes se hacen la cuenta de que tal vez ayudemos a los capitalistas ingleses y franceses a saquear algo, y entonces nos darán algo del botín. Pagar y que te paguen, tal es la moral del mundo capitalista. Yo creo que esta gente sabe contar y, al pretender a una parte del capital anglo-francés, calcula recibir miles de millones como mínimo. Parte de esos señores entiende de cálculos así.

Es dudoso que no se haya concertado ya tal acuerdo tácito entre la burguesía germana y la burguesía de las potencias de la Entente. El fondo de ese acuerdo estriba en que los ingleses y los franceses dicen: nosotros llegaremos a Ucrania; pero mientras no estén allí nuestros destacamentos de ocupación, vosotros, alemanes, no retiréis vuestras tropas; si no, los obreros tomarán el poder en Ucrania y triunfará allí también el Poder soviético. Así piensan, porque comprenden que la burguesía de todos los países ocupados: Finlandia, Ucrania y Polonia, sabe que no se sostendrá ni un día si las tropas alemanas de ocupación se marchan; por eso la burguesía nacional de estos países, que ayer se vendía a los alemanes, iba a humillarse a los pies de los imperialistas germanos y se aliaba con ellos contra sus propios obreros, como han hecho los mencheviques ucranios y los eseristas en Tiflis, revende ahora su patria a todos. Ayer la vendía a los alemanes, y hoy se la vende a los ingleses y a los franceses. Eso es lo que ocurre entre bastidores, ésos son los negocios que se llevan. Al ver que la burguesía anglo-francesa vence, todos ellos se ponen de su lado y preparan una transacción con el imperialismo anglo-francés contra nosotros, a expensas nuestras.

Cuando dicen a su futuro señor multimillonario anglo-francés que toman su bando, declaran: vuestra merced vencerá a los bolcheviques y debe ayudarnos a nosotros, pues los alemanes no nos salvarán. Esta confabulación de la burguesía de todos los países contra los obreros revolucionarios y los bolcheviques se perfila más cada vez y se pone al descubierto con descaro. Nuestra obligación directa es indicar ese peligro a los obreros y a los campesinos de todos los países beligerantes.

Pondré el ejemplo de Ucrania. Pensemos en su situación, pensemos qué deben hacer en la situación actual los obreros y los comunistas conscientes. Por un lado, ven la indignación despertada contra los imperialistas alemanes, contra el espantoso saqueo de Ucrania; por otro lado, ven que parte de las tropas alemanas, quizás gran parte, se ha marchado. Tal vez se les ocurra exteriorizar el odio y la cólera acumulados y arrojarse inmediatamente contra los imperialistas germanos, sin parar mientes en nada. Otros dicen: somos internacionalistas y debemos mirar desde el punto de vista de Rusia y de Alemania; incluso desde el punto de vista de Alemania sabemos que allí no se mantendrá el poder, sabemos con seguridad que si la victoria ucraniana de los obreros y de los campesinos es simultánea al afianzamiento del poder en Rusia y a sus éxitos, la Ucrania socialista proletaria no sólo vencerá, ¡sino que será invencible! Esos comunistas ucranios conscientes se dicen: debemos ser muy prudentes; tal vez mañana se requiera de nosotros que pongamos en tensión todas las energías y nos lo juguemos todo a una carta en aras de la lucha contra el imperialismo y las tropas alemanas. Puede que mañana sea así, mas hoy no; y hoy sabemos que las tropas de los imperialistas germanos se están descomponiendo por sí solas; esos comunistas saben que las tropas prusianas orientales y germanas editan publicaciones revolucionarias a la par con las publicaciones revolucionarias ucranias. Al mismo tiempo, nuestra

tarea principal consiste en hacer propaganda en pro de la insurrección ucraniana. Eso es desde el punto de vista de la revolución internacional, porque el eslabón fundamental de esa cadena es el eslabón alemán, porque la revolución alemana ha madurado ya, y de ella depende más que nada el éxito de la revolución mundial.

Tendremos cuidado de que nuestra intervención no perjudique a la revolución de ellos. Se deben comprender los cambios y el crecimiento de cada revolución. En cada país -nosotros lo hemos visto y experimentado y lo sabemos mejor que otros-, la revolución sigue su curso peculiar, y esos cursos son tan distintos que pueden retrasarla uno o dos años. La revolución mundial no es tan llana que siga el mismo curso por doquier, en todos los países; si fuera así, haría ya mucho que habríamos triunfado. Cada país debe pasar por etapas políticas determinadas. Por todas partes vemos el mismo empeño de los conciliadores, sus intentos de "salvar de la burguesía al pueblo", poniéndose aliado de la burguesía, como hicieron en Rusia Tsereteli y Chernov, como hacen en Alemania los partidarios de Scheidemann; en Francia eso se hace a su manera. Y ahora, cuando la revolución ha llegado a Alemania, a este país del movimiento obrero más fuerte, que se distingue por su organización y entereza, donde los obreros han aguantado más tiempo, pero donde quizás hayan acumulado más odio revolucionario y sepan ajustar mejor las cuentas a sus enemigos, la ingerencia, en esos sucesos, de gentes desconocedoras del ritmo de crecimiento de la revolución puede perjudicar a los comunistas conscientes que dicen: pongo la atención, ante todo, en hacer que este proceso sea consciente. Hoy, cuando el soldado alemán se ha persuadido de que, al decirle que va a defender la patria, lo envían a la muerte y defiende en realidad a los imperialistas alemanes, se acerca la hora en que la revolución alemana estallará con tanta fuerza y organización que resolverá una centena de cuestiones internacionales. Por eso los comunistas ucranianos conscientes dicen: debemos darlo todo por la victoria de la revolución internacional, pero hemos de comprender que tenemos un futuro y debemos marchar al paso de la revolución alemana.

Esas son las dificultades que yo quería mostrar con el ejemplo de las reflexiones de los comunistas ucranios, dificultades que también se reflejan en la situación de la Rusia Soviética. Ahora debemos decir que el proletariado internacional se ha despertado en nuestros días y avanza a pasos agigantados, pero nuestra situación es tanto más difícil por cuanto nuestro "aliado" de ayer se revuelve contra nosotros, viendo en nosotros a su enemigo principal. Va a combatir ahora no contra las tropas adversarias, sino contra el bolchevismo internacional. Hoy, cuando en el frente Sur se concentran las tropas de Krasnov, y sabemos que han recibido proyectiles de los alemanes, cuando hemos desenmascarado al imperialismo ante todos los pueblos, las gentes que nos acusaron de haber concertado la paz de Brest enviaron a Krasnov a que tomase proyectiles a los alemanes y los disparase contra los obreros y los campesinos rusos, hoy los reciben de los imperialistas anglo-franceses, y al recibirlos comercian y revenden a Rusia al millonario que más dé. Por eso ahora no basta con la seguridad general que teníamos en que había sobrevenido un cambio radical. Tenemos enemigos viejos, pero, además de ellos, se está reuniendo a sus espaldas, y hoy precisamente, otra nueva ayuda para ellos. Estamos enterados de todo eso y observamos. Por allá por febrero o marzo, hace tan sólo medio año, no teníamos ejército. El ejército no podía combatir. El ejército que había soportado cuatro años de guerra imperialista sin saber por qué peleaba, sintiendo confusamente que batallaba por intereses ajenos, había sido puesto en fuga y no había fuerzas en el mundo que lo pudieran detener.

Toda revolución vale algo únicamente si sabe defenderse; pero no aprende en seguida a hacerlo. Nuestra revolución ha sido el despertar de millones a una vida nueva. En febrero y marzo esos millones no sabían para qué iban a proseguir la matanza a la que los habían enviado los zares y los Kerenski, matanza cuyo objetivo no había sido desenmascarado hasta diciembre por el gobierno bolchevique. Comprendían claramente que esa guerra no era de ellos, y se necesitó cerca de medio año para que se operase un cambio radical, cambio que ha sobrevenido y está modificando la pujanza de la revolución. Agotadas y atormentadas por los cuatro años de guerra las masas lo tiraban todo en febrero y marzo y clamaban por que se concertase la paz y se pusiera fin a la guerra. No estaban en condiciones de explicarse el por qué de la guerra. Si estas masas han creado ahora en el Ejército Rojo una disciplina nueva, no la impuesta por el palo y los terratenientes, sino la disciplina de los Soviets de diputados obreros y campesinos; si están dispuestos hoy a hacer el mayor sacrificio; si entre ellos se ha constituido una cohesión nueva, eso se debe a que nace y ha nacido por primera vez, en la conciencia y sobre la experiencia de decenas de millones, una disciplina nueva, la disciplina socialista, a que ha nacido el Ejército Rojo. Y ha nacido sólo cuando estas decenas de millones de seres han visto por experiencia propia que han sido ellos quienes han derrocado a los terratenientes y a los capitalistas, que se construye una vida nueva, que han empezado a construirla ellos mismos y que la construirán si no lo impide la invasión extranjera.

Cuando los campesinos han visto a su enemigo principal y empezado la lucha contra los kulaks rurales, cuando los obreros han expulsado a los fabricantes y comenzado a organizar las fábricas según el principio proletario de economía nacional,

han visto toda la dificultad de la reorganización, pero han sabido llevarla a cabo; han hecho falta meses para poner en orden el trabajo. Esos meses han transcurrido, y el viraje se ha operado; pasó el período de nuestra impotencia y hemos echado a andar a pasos agigantados; pasó el período en que carecíamos de ejército, en que no había disciplina; se ha creado otra nueva disciplina, y al ejército se han presentado otros hombres que ofrendan su vida por millares.

Eso quiere decir que la nueva disciplina y la alianza de camaradas nos han reeducado en la lucha del frente y en la lucha del campo contra el kulak. Este viraje que vivimos ha sido difícil, pero ahora notamos que las cosas se van arreglando y vamos pasando del socialismo sin orden, hecho por decreto, al socialismo verdadero. La tarea principal que se nos plantea es la lucha contra el imperialismo, y en esta lucha debemos vencer. Señalamos toda la dificultad y el peligro que acarrea esta lucha. Sabemos que se ha operado un viraje en la conciencia del Ejército Rojo, que éste ha empezado a tener victorias, que destaca de sus filas a millares de oficiales que han terminado los estudios en las nuevas escuelas militares proletarias y a millares de otros oficiales que no han cursado estudios algunos, excepto la cruel escuela de la guerra. Por eso no exageramos nada al reconocer el peligro, pero decimos que poseemos un ejército; y este ejército ha creado su disciplina, es capaz de combatir. Nuestro frente Sur no es un frente contra un adversario solo, es un frente contra todo el imperialismo anglo-francés, contra el enemigo más poderoso del mundo, pero no le tememos, pues sabemos que no podrá reducir a su propio enemigo interior.

Hace tres meses se reían cuando decíamos que en Alemania podía estallar la revolución, nos replicaban que únicamente los bolcheviques, medio locos, podían creer en la revolución alemana. No sólo toda la burguesía, sino los mencheviques y los eseristas de izquierda nos llamaban a los bolcheviques traidores al patriotismo y decían que en Alemania no podía haber revolución. Mas nosotros sabíamos que allí hacía falta nuestra ayuda, y que para prestar esa ayuda deberíamos sacrificarlo todo, aceptar hasta las duras condiciones de la paz. Hace unos meses nos decían y trataban de demostrar eso, pero Alemania se ha transformado en estos meses de poderoso imperio en un árbol carcomido. La fuerza que lo ha destruido actúa también en Norteamérica y en Inglaterra, es aún débil hoy, pero a cada paso que los anglo-franceses intentan dar en Rusia, si prueban a ocupar Ucrania, como han hecho los alemanes, se irá manifestando con mayor pujanza y será más temible aún que la gripe española.

Por eso, camaradas, repito que la tarea principal de cada obrero consciente estriba hoy en no ocultar nada a las grandes masas, que pueden desconocer toda la gravedad de la situación, sino, por el contrario, en decirles toda la verdad. Los obreros han madurado para saber esa verdad. Debemos vencer no sólo a los guardias blancos, sino al imperialismo mundial también. Debemos vencer y venceremos no sólo a este enemigo, sino a otro más terrible. Para eso hace falta más que nada el Ejército Rojo. Que cada organización de la Rusia Soviética no cese de poner en primer plano la cuestión del ejército. Actualmente, cuando todo se ha consolidado, está en primer plano el problema de la guerra y del fortalecimiento del ejército. Estamos seguros por completo de que podremos con la contrarrevolución. Sabemos que contamos con fuerzas, pero también sabemos que el imperialismo anglo-francés es más fuerte que nosotros y queremos que las masas obreras tengan una noción clara de ello. Decimos: hay que fortalecer el ejército en diez veces y más aún, insistir en que se refuerce la disciplina y en que los verdaderos jefes, conscientes, instruidos y organizados, decupliquen la atención y los cuidados a eso, y entonces el auge de la revolución internacional no se circunscribirá a los países que ya han sido derrotados. Ahora la revolución comienza también ya en los países vencedores. ¡Nuestras fuerzas deben acrecentarse cada día, y este acrecentamiento constante es para nosotros, como antes, la garantía principal y completa de que el socialismo internacional triunfará! (*El discurso del camarada Lenin es interrumpido muchas veces por clamorosos Aplausos y termina en una ovación. Todos los asistentes se ponen en pie como un solo hombre y saludan al jefe de la revolución mundial.*)

Publicado íntegro en 1919 en el libro "Quinta legislatura del CEC de toda Rusia. Actas taquigráficas".

T. 37, págs. 111-125.

DISCURSO EN LA REUNIÓN SOLEMNE DEL CONSEJO CENTRAL DE TODA RUSIA Y DEL CONSEJO DE MOSCÚ DE LOS SINDICATOS.

El 6 de noviembre de 1918.

Información periodística.

(*Los reunidos se ponen en pie y saludan al camarada Lenin con prolongados y clamorosos aplausos*.) Nos reunimos hoy -empezó el camarada Lenin- en decenas y centenares de mítines para festejar el aniversario de la Revolución de Octubre. Para quienes hace tiempo participaron en el movimiento obrero, quienes estuvieron ligados antes con los bajos sectores de los obreros y tuvieron estrecha relación con la fábrica es claro que el año transcurrido ha sido un año de auténtica dictadura del proletariado. Este concepto era antes un latinajo libresco desconocido, una combinación de palabras difíciles de comprender. Los intelectuales buscaban la explicación de este concepto en doctos libros que, no obstante, les daban una idea muy confusa de lo que es la dictadura del proletariado. Y nuestro mérito principal en el año transcurrido estriba en que hemos traducido estas palabras del incomprensible latín al comprensible ruso. La clase obrera no se ha dedicado durante el año transcurrido a lucubraciones vanas, sino que ha aplicado en la práctica la dictadura del proletariado, a despecho de las mentes excitadas de los intelectuales.

En Occidente ha seguido reinando el capitalismo. Ahora empieza allí también el período de las grandes revoluciones. El obrero euroccidental se está acercando también a la difícil época de transición del capitalismo al socialismo. Lo mismo que nosotros, tendrá que romper todo el viejo mecanismo y construir otro nuevo.

No hemos tenido que aprovechar toda la reserva de experiencia, conocimientos y cultura técnica que poseía la intelectualidad burguesa. La burguesía se reía burlona de los bolcheviques, diciendo que el Poder soviético difícilmente se sostendría dos semanas, y por eso no sólo eludía el seguir trabajando, sino que se resistía allí donde podía y con todos los medios a su alcance al nuevo movimiento, a la nueva edificación que rompía el viejo modo de vida.

La resistencia de la burguesía aún está lejos de desaparecer. Su exasperación aumenta cada día, y con tanta mayor rapidez cuanto más nos aproximamos al fin del viejo mundo capitalista.

La situación internacional, con motivo del bolchevismo, que se va reforzando y va adquiriendo alcance mundial, es ahora tal que contra la República Soviética puede concertarse una alianza de imperialistas de todos los matices, y la resistencia de la burguesía puede convertirse de nacional en internacional.

Como sabéis, Alemania ha expulsado de Berlín a nuestro embajador so pretexto de que nuestra representación en Alemania hacía propaganda revolucionaria. Como si no hubiera sabido antes el Gobierno alemán que nuestra embajada introducía la contaminación revolucionaria. Pero si Alemania callaba antes, era porque aún estaba fuerte, porque no nos temía. Ahora, después del descalabro militar, le damos miedo. Los generales y los capitalistas alemanes se dirigen a los aliados y les dicen: aunque nos habéis vencido, no os distraigáis mucho, haciendo experimentos con nosotros, pues el bolchevismo mundial, en la lucha contra el cual os podemos ser útiles, os amenaza a vosotros y nos amenaza a nosotros.

Y es muy posible que los imperialistas aliados se unan con el imperialismo alemán si, claro, este último aún sigue en pie por entonces, para participar en la cruzada unida contra Rusia. Por eso el peligro que nos ha rodeado a lo largo de todo el año pasado es particularmente grande ahora. Pero ya no estamos solos. Ahora tenemos amigos en los pueblos que ya se han sublevado en unos sitios y se están sublevando en otros, que convencen con la suficiente evidencia a sus gobiernos de que no quieren seguir combatiendo con fines de conquistas ladronescas. Mas, a pesar de que nos espera una nueva época de períodos muy peligrosos, seguiremos nuestra edificación socialista. La experiencia del pasado nos ayudará a evitar los errores y nos proporcionará nuevas fuerzas para seguir trabajando.

El papel de los sindicatos en la organización de la nueva administración pública ha sido inmenso. La clase obrera ha mostrado que sabe, sin intelectuales ni capitalistas, organizar la industria. Se ha hecho mucho, pero aún queda mucho por hacer. ¡Avanzad con valentía, camaradas, por el camino que habéis seguido hasta ahora, incorporad al trabajo a nuevos sectores de masas! Dad la posibilidad a todos los

obreros, aunque no sepan leer, aunque no tengan experiencia ni conocimientos, pero que estén ligados con las masas y deseen sinceramente que el nuevo régimen se consolide, dadles a todos ellos, sean afiliados al partido o no, la posibilidad de trabajar y estudiar en el nuevo Estado proletario, de dirigir y crear riquezas.

El proletariado internacional se sublevará, derrocará en todas partes el capitalismo y ultimará nuestro trabajo, que llevará a la victoria completa del socialismo. (*Clamorosos aplausos*.)

Publicado el 9 de noviembre de 1918 en el núm. 244 de "Izvestia del CEC de toda Rusia".

T. 37, págs. 132-134.

VI CONGRESO EXTRAORDINARIO DE LOS SOVIETS DE TODA RUSIA DE DIPUTADOS OBREROS, CAMPESINOS, COSACOS Y SOLDADOS ROJOS.

6-9 de noviembre de 1918.

1. Discurso sobre el aniversario de la revolución, 6 de noviembre.

(*La aparición del camarada Lenin es acogida por una prolongada ovación. Todos se ponen en pie y saludan al camarada Lenin*.) Camaradas: Conmemoramos el aniversario de nuestra revolución en momentos de importantísimos acontecimientos del movimiento obrero internacional, cuando hasta los más escépticos, hasta los que más dudaban entre la clase obrera y los trabajadores ven claro que la guerra mundial no acabará en convenios o violencias del viejo gobierno y de la vieja clase dominante, la burguesía, que la guerra lleva no sólo a Rusia, sino a todo el mundo, a la revolución proletaria mundial, a la victoria de los obreros sobre el capitalismo, que ha anegado en sangre la Tierra y muestra, después de todas las violencias y atrocidades del imperialismo alemán, la misma política por parte del imperialismo anglo-francés, apoyado por Austria y Alemania.

El día en que celebramos el aniversario de la revolución se debe lanzar una mirada al camino recorrido. Hubimos de empezar nuestra revolución en condiciones de inusitada dificultad, en las que no se encontrará ninguna de las siguientes revoluciones obreras del mundo, y por eso es de singular importancia que intentemos verter luz sobre todo el camino que hemos recorrido y ver qué hemos alcanzado en este tiempo y en qué medida nos hemos preparado en este año para nuestra tarea principal, para nuestra tarea verdadera, decisiva y fundamental. Debemos ser una parte de los destacamentos, una parte del ejército proletario y socialista de todo el mundo. Nos hemos dado siempre cuenta de que si hemos tenido que empezar la revolución, que dimanaba de la lucha de todo el mundo, no ha sido en virtud de méritos algunos del proletariado ruso o en virtud de que él estuviera delante de todos; antes al contrario, sólo la debilidad peculiar, el atraso del capitalismo y, sobre todo, las agobiadoras circunstancias estratégicas y militares nos hicieron ocupar, por la lógica de los acontecimientos, un lugar delante de otros destacamentos, sin esperar que éstos se acercasen, se alzasen. Ahora hacemos el balance a fin de enterarnos de la medida en que nos hemos preparado para acercarnos a las batallas que nos esperan en nuestra futura revolución.

Y bien, camaradas, al preguntarnos qué hemos hecho de importancia en este año, debemos decir que hemos hecho lo siguiente: del control obrero, estos primeros pasos de la clase obrera, del manejo de todos los recursos del país hemos llegado al umbral de la creación de la administración obrera de la industria; de la lucha de todos los campesinos por la tierra, de la lucha de los campesinos contra los terratenientes, de la lucha de carácter nacional, democrático y burgués hemos llegado a que en el campo se destaquen los elementos proletarios y semiproletarios, se destaquen los que más trabajan, los explotados, y se comience a edificar la nueva vida; la parte más oprimida del campo ha empezado la lucha hasta el fin contra la burguesía, incluida su propia burguesía rural, los kulaks.

Sigamos: como ha dicho acertadamente el camarada Sverdlov, al inaugurar el congreso, de los primeros pasos de la organización soviética hemos llegado al punto en que en Rusia no hay un solo rincón donde no se haya consolidado esta organización, donde no forme un todo con la Constitución soviética, redactada teniendo en cuenta la larga experiencia de lucha de todos los trabajadores y oprimidos.

De nuestra completa incapacidad defensiva, de la última guerra de cuatro años, que ha dejado en las masas no sólo el odio de los oprimidos, sino la repulsa, un cansancio tremendo y una extenuación que condenó la revolución a un período de lo más difícil y pesado, cuando estábamos indefensos ante los golpes del imperialismo alemán y austriaco, de esa incapacidad defensiva hemos pasado a tener un poderoso Ejército Rojo. Por último, y esto es lo más importante, hemos llegado del aislamiento internacional, del que padecíamos en Octubre y al principio del año en curso, a una situación en la que nuestro único, pero firme aliado, los trabajadores y oprimidos de todos los países, se han alzado al fin, cuando dirigentes del proletariado euroccidental, como Liebknecht y Adler, dirigentes que han pagado con largos meses de presidio sus audaces y heroicos intentos de levantar la voz contra la guerra imperialista, vemos que estos dirigentes están en libertad porque ha obligado a ponerlos en libertad la

revolución obrera de Viena y Berlín, que crece por instantes. Del aislamiento hemos llegado a la situación de estar codo con codo y hombro a hombro con nuestros aliados internacionales. Eso es lo fundamental que hemos alcanzado este año. Y me permitiré detenerme brevemente a hablar de este camino, a hablar de esta transición.

Camaradas, al principio, nuestra consigna era el control obrero. Decíamos: a pesar de todas las promesas del gobierno de Kerenski, el capital continúa saboteando la producción del país y destruyéndola cada vez más. Vemos ahora que las cosas marchaban hacia la disgregación, y el primer paso fundamental obligatorio para todo gobierno socialista, obrero, debe ser el control obrero. No decretamos en el acto el socialismo en toda nuestra industria porque el socialismo puede formarse y afianzarse únicamente cuando la clase obrera aprenda a dirigir, cuando se afiance el prestigio de las masas obreras. Sin eso, el socialismo no pasa de ser un deseo. De ahí que implantáramos el control obrero, sabiendo que es un paso contradictorio, un paso incompleto, pero es necesario que los propios obreros emprendan la gran obra de crear la industria de un inmenso país sin explotadores y contra los explotadores. Y, camaradas, quien ha participado directa e incluso indirectamente en esa obra, quien ha sufrido toda la opresión, todas las atrocidades del viejo régimen capitalista ha aprendido muchísimo. Sabemos que es poco lo conseguido. Sabemos que en el país más atrasado y arruinado, en el que tantas trabas y dificultades se ha puesto a la clase obrera, esta clase necesita un plazo largo para aprender a dirigir la industria. Estimamos que lo más importante y valioso consiste en que los propios obreros han tomado en sus manos esta dirección, en que del control obrero, que debía seguir siendo caótico, desmembrado, artesano e incompleto en todas las ramas básicas de la industria, hemos llegado a la dirección obrera de la industria a escala nacional.

La situación de los sindicatos ha cambiado. Su tarea principal consiste ahora en enviar a representantes suyos a todas las Direcciones Generales y organismos centrales, a todas las nuevas organizaciones que han heredado del capitalismo una industria arruinada y premeditadamente saboteada y que han puesto manos a la obra sin la ayuda de todas esas fuerzas intelectuales que se plantearon desde el principio el objetivo de utilizar los conocimientos y la instrucción superior -resultado del acervo de conocimientos adquiridos por la humanidad- para frustrar la causa del socialismo, en vez de poner la ciencia al servicio de las masas en la organización de la economía pública, nacional, sin explotadores. Esa gente se ha planteado el objetivo de utilizar la ciencia para poner obstáculos, para estorbar a los obreros que han tomado en sus manos la dirección, siendo los menos preparados para ello. Y podemos decir que el obstáculo fundamental ha sido vencido. La tarea ha resultado extraordinariamente difícil. El sabotaje de todos los elementos que se inclinan hacia la burguesía ha sido roto. A pesar de los enormes impedimentos, los obreros han conseguido dar este paso fundamental que ha echado los cimientos del socialismo. No exageramos ni tememos lo más mínimo decir la verdad. Sí, se ha hecho poco para alcanzar el objetivo final; pero se ha hecho mucho, muchísimo, para consolidar esos cimientos. Al hablar del socialismo, no se puede hablar de la edificación consciente de los cimientos entre las más amplias masas obreras en el sentido de que esas masas hayan tomado los libros y leído un folleto; la conciencia consiste en este caso en que han emprendido con su propia energía, con sus propias manos una obra de extraordinaria dificultad, han cometido millares de errores y han sufrido ellos mismos las consecuencias de cada uno de ellos, en que cada error les templaba y forjaba en la organización de la dirección de la industria, hoy ya realidad con firme base. Han llevado su labor hasta el fin. Esta labor no se efectuará ahora como antes; ahora, toda la masa obrera, no sólo los jefes y los trabajadores de vanguardia, sino verdaderamente los más amplios sectores saben que ellos mismos edifican el socialismo con sus propias manos, que han colocado ya sus cimientos y que no hay en el interior del país fuerza capaz de impedirles llevar a término esta obra.

Si en lo que se refiere a la industria hemos encontrado tan grandes dificultades, si en ese terreno hemos debido recorrer un camino que a muchos les parece largo, pero que en realidad es corto, y que nos ha llevado del control obrero a la administración obrera, en el campo, que es el más atrasado, hemos debido realizar una labor preparatoria mucho mayor. Y quienes han observado la vida rural, quienes han tenido contacto con las masas campesinas en las propias aldeas dicen: la Revolución de Octubre en las ciudades se ha convertido en verdadera Revolución de Octubre para el campo sólo durante el verano y el otoño de 1918. Y en esta cuestión, camaradas, cuando el proletariado petrogradense y los soldados de la guarnición de esta ciudad tomaron el poder, sabían perfectamente que la organización de la nueva vida en el campo presentaría grandes dificultades; que en esta labor sería necesario avanzar de manera más gradual, que constituiría el mayor absurdo intentar imponer por decreto y por ley el laboreo colectivo de la tierra; que eso podría ser aceptado por un insignificante número de campesinos conscientes, pero que la inmensa mayoría de los campesinos no se planteaba esa tarea. Y por eso nos limitamos a lo que era absolutamente indispensable para el desarrollo de la revolución: no adelantarse en modo alguno al desarrollo de las masas, sino esperar que el avance dimane de la propia experiencia de esas masas, de su propia lucha. En Octubre nos limitamos a barrer de

un solo golpe al enemigo secular de los campesinos, al terrateniente feudal, al propietario de los latifundios. Eso era la lucha campesina general. Entonces aún no existía en el seno del campesinado la división entre proletariado, semiproletariado, campesinado pobre y burguesía. Nosotros, socialistas, sabíamos que sin esa lucha no existiría el socialismo; pero sabíamos también que no bastaba que lo supiéramos nosotros, que era necesario que lo comprendieran millones de seres, no a través de la propaganda, sino como resultado de su propia experiencia, y por eso, cuando todo el campesinado en su conjunto se imaginaba la revolución basada exclusivamente en el usufructo igualitario de la tierra, dijimos abiertamente en nuestro decreto del 26 de octubre de 1917 que tomábamos como base el mandato campesino sobre la tierra.

Dijimos claramente que ese mandato no respondía a nuestros puntos de vista, que eso no era comunismo; mas no impusimos a los campesinos lo que no respondía a sus puntos de vista y respondía exclusivamente a nuestro programa. Declaramos que marchábamos con ellos como con camaradas trabajadores, seguros de que el desarrollo de la revolución habría de conducir a la misma situación a que hemos llegado y, como resultado, vemos el movimiento campesino. La reforma agraria se inició con esa socialización de la tierra que hemos aprobado nosotros mismos, con nuestros votos, diciendo francamente que no coincide con nuestras opiniones, sabiendo que la inmensa mayoría comparte la idea del usufructo igualitario de la tierra y no queriendo imponerle nada a aquélla, esperando que el campesinado se desembarazara de eso por sí mismo y marchara adelante. Hemos esperado todo lo necesario y hemos sabido preparar nuestras fuerzas.

La ley que aprobamos entonces se basaba en los principios democráticos generales, en lo qué une al campesino rico, al kulak, con el campesino pobre; el odio al terrateniente; se basaba en la idea general de la igualdad, que era, sin duda alguna, una idea revolucionaria contra el viejo régimen de la monarquía. Y de esa ley debíamos pasar a la división en el seno del campesinado. Aplicamos la ley de socialización de la tierra con el asentimiento general. Esa ley fue aprobada unánimemente por nosotros y por los que no compartían los puntos de vista de los bolcheviques. En la solución del problema de quién debe poseer la tierra concedimos prioridad a las comunas agrícolas. Dejamos abierto el camino para que la agricultura pudiera desarrollarse, basada en los principios socialistas, sabiendo perfectamente que entonces, en octubre de 1917, no estaba en condiciones de emprender ese camino. Con nuestra preparación hemos esperado hasta conseguir un gigantesco paso de importancia histórica universal, que no ha sido dado aúnen ninguno de los Estados republicanos más democráticos. Ese paso lo ha dado este verano toda la masa campesina, incluso en las aldeas rusas más apartadas. Cuando las cosas llegaron al desorden en el abastecimiento, al hambre; cuando como consecuencia de la vieja herencia y de los cuatro años malditos de guerra, cuando con los esfuerzos de la contrarrevolución y de la guerra civil nos fue arrebatada la zona más cerealista; cuando todo eso alcanzó el punto culminante y el peligro del hambre amenazó a las ciudades, el único baluarte de nuestro poder, el más fiel y seguro, el obrero avanzado de las ciudades y de las zonas industriales marchó unánime al campo. Calumnian quienes dicen que los obreros marcharon al campo para dar principio a la lucha armada entre los obreros y los campesinos. Los acontecimientos refutan esa calumnia. Los obreros marcharon para oponer resistencia a los elementos explotadores del campo, a los kulaks, que han amasado riquezas inauditas especulando con el trigo mientras el pueblo se moría de hambre. Marcharon para ayudar a los campesinos trabajadores pobres, a la mayoría de la aldea. Y que no fueron en vano, que tendieron su mano de alianza, que su trabajo preparatorio se fundió con la masa, lo ha demostrado plenamente julio, la crisis de julio, cuando la sublevación de los kulaks se extendió por toda Rusia. La crisis de julio terminó en que en las aldeas se levantaron por doquier los elementos trabajadores explotados, se levantaron junto con el proletariado de las ciudades. El camarada Zinóviev me ha comunicado hoy por teléfono que al Congreso regional de comités de campesinos pobres, que se está celebrando en Petrogrado, asisten 18.000 personas y que en él reinan entusiasmo y animación extraordinarios. A medida que lo que ocurre en toda Rusia va adoptando una forma más evidente, los pobres del campo, al alzarse, han visto la lucha con los kulaks por propia experiencia, han visto que para abastecer de víveres la ciudad, que para restablecer el intercambio de mercancías -sin el cual no puede vivir el campo- no se puede marchar con la burguesía rural y con los kulaks. Hay que organizarse aparte. Y nosotros hemos dado ahora el primer paso grandioso de la revolución socialista en el campo. En Octubre no podíamos darlo. Comprendimos ese momento cuando pudimos ir a las masas, y ahora hemos logrado que haya empezado la revolución socialista en el campo, que no exista una sola aldea apartada en la que no sepan que si el hermano rico, el hermano kulak especula con trigo, enfoca todos los acontecimientos actuales desde el viejo punto de vista retrógrado.

Y bien, la economía rural, los pobres del campo, uniéndose estrechamente a sus jefes, los obreros urbanos, sólo ahora proporcionan los cimientos definitivos y firmes para la verdadera edificación socialista. Sólo ahora empezará en el campo la edificación socialista. Sólo ahora se organizarán los Soviets y haciendas que tiendan sistemáticamente al

laboreo colectivo de la tierra a gran escala, al aprovechamiento de los conocimientos, de la ciencia y de la técnica, sabiendo que, en el terreno de la época vieja, reaccionaria y oscurantista es imposible hasta la cultura humana más simple y elemental. En este terreno, la labor es más difícil que en la industria. En este terreno son mayores aún las equivocaciones de nuestros comités locales y de los Soviets rurales. Aprenden en las equivocaciones. Nosotros no tememos las equivocaciones cuando las cometen las masas, que tienen una actitud consciente ante la edificación, porque sólo confiamos en la propia experiencia y en el propio trabajo.

Pues bien, la mayor revolución que nos ha traído en plazo tan breve al socialismo en el campo muestra que toda esta lucha ha sido coronada por el éxito. Lo muestra de la manera más evidente el Ejército Rojo. Sabéis en qué situación hemos estado en la guerra imperialista mundial, cuando Rusia se vio en una situación en la que las masas populares no podían soportarla. Sabemos que entonces nos vimos en la situación más desamparada. Dijimos abiertamente toda la verdad a las masas obreras. Denunciamos los tratados imperialistas secretos de la política que sirve de instrumento más grande de engaño, política que ahora, en Norteamérica, la república democrática del imperialismo burgués más avanzada, engaña a las masas como nunca y les toma el pelo. Cuando el carácter imperialista de la guerra quedó claro para todos, el único país que desmoronó hasta los cimientos la política exterior secreta de la burguesía fue la República Soviética de Rusia. Denunció los tratados secretos y dijo por boca del camarada Trotski, dirigiéndose a los países de todo el mundo; os llamamos a que terminéis esta guerra por vía democrática, sin anexiones ni contribuciones, y decimos abiertamente y con orgullo la dura verdad, pero la verdad al fin y al cabo, que para acabar esta guerra hace falta la revolución contra los gobiernos burgueses. Nuestra voz quedó sola. Por ello hubimos de pagar con una paz de inverosímiles dureza y sacrificio que nos impuso el tiránico Tratado de Brest, que sembró el abatimiento y la desesperación entre muchos simpatizantes. Eso fue porque estábamos solos. Pero cumplimos con nuestro deber y dijimos a todos. ¡Tales son los fines de la guerra! Y si se desbordó sobre nosotros el alud del imperialismo alemán fue porque hacía falta un gran lapso para que nuestros obreros y campesinos llegasen a una organización sólida. Entonces carecíamos de ejército; teníamos el viejo ejército desorganizado de los imperialistas, que llevaban a la guerra por fines que los soldados no compartían y con los que no simpatizaban. Resultó que hubimos de pasar por un período muy doloroso. Fue un período en el que las masas debían descansar de la atormentadora guerra imperialista y comprender que empezaba otra guerra. Tenemos derecho a llamar guerra nuestra la guerra en que defendamos nuestra revolución socialista. Eso tenían que comprenderlo por experiencia propia millones y decenas de millones. Se tardaron meses en ello. Esa conciencia se fue abriendo paso durante mucho tiempo y a duras penas. Pero en el verano de este año quedó claro para todos que se había abierto paso al fin, que el viraje se había empezado, que el ejército, producto de la masa popular, el ejército, que se sacrifica, que después de la sangrienta matanza de cuatro años va otra vez a la guerra, para que ese ejército combata por la República Soviética necesita nuestro país que el cansancio y la desesperación de la masa, que va a esa guerra, sean sustituidos por una conciencia clara de que van a morir verdaderamente por su causa: por los Soviets obreros y campesinos, por la república socialista. Eso lo hemos logrado.

Las victorias que este verano obtuvimos sobre el cuerpo de ejército checoslovaco y las noticias de las victorias que se reciben y alcanzan enormes proporciones demuestran que se ha dado un viraje y que la tarea más difícil, la de formar unas masas socialistas organizadas y conscientes, se ha cumplido después de una dolorosa guerra de cuatro años. Esa conciencia ha calado hondo en las masas. Decenas de millones han comprendido que están dedicados a una obra difícil. Y en ello está la garantía de que, aunque se proponen atacarnos las fuerzas del imperialismo mundial, que son más vigorosas que nosotros ahora, que aunque nos rodeen ahora los soldados de los imperialistas, que han comprendido el peligro del Poder soviético y arden en deseos de asfixiarlo, a pesar de que decimos la verdad, de que no ocultamos que son más fuertes que nosotros, no nos dejamos llevar por la desesperación.

Nosotros decimos: ¡Avanzamos, la República Soviética avanza! La causa de la revolución proletaria avanza con más rapidez de lo que se acercan las fuerzas de los imperialistas. Estamos llenos de esperanza y seguridad en que defendemos los intereses no sólo de la revolución socialista rusa, sino en que hacemos la guerra en defensa de la revolución socialista mundial. Nuestras esperanzas en la victoria crecen con más rapidez porque crece la conciencia de nuestros obreros. ¿Qué era la organización soviética en octubre del año pasado? Eran los primeros pasos. No podíamos amoldarla, hacerla llegar a una situación determinada, a la situación actual, y ahora tenemos la Constitución soviética. Sabemos que esta Constitución soviética fue aprobada en julio, que no ha sido inventada por una comisión cualquiera, que no ha sido redactada por jurisconsultos ni copiada de otras constituciones. En el mundo no ha habido otras constituciones como la nuestra. En ella está refrendada la experiencia de lucha y organización de las masas proletarias contra los explotadores así dentro del país como en todo el mundo. Tenemos en nuestro haber experiencia de

lucha. (*Aplausos*.) Y esta experiencia es una confirmación evidente de que los obreros organizados han creado el Poder soviético sin funcionarios, sin ejército permanente, sin privilegios concedidos de hecho en beneficio de la burguesía y han colocado en las fábricas los cimientos de la nueva edificación. Nos ponemos manos a la obra, incorporando a los nuevos colaboradores que nos hacen falta para aplicar la Constitución soviética. Para ello tenemos listo personal recién reclutado, jóvenes campesinos que debemos incorporar al trabajo y nos ayudarán a llevar la obra hasta el fin.

Hablaré ahora del último punto en que quiero detenerme: de la situación internacional. Estamos hombro a hombro con nuestros camaradas internacionales y nos hemos convencido de cuánta resolución y energía ponen en expresar la seguridad en que la revolución proletaria rusa seguirá con ellos como una revolución internacional.

En la medida en que ha venido creciendo la importancia internacional de la revolución, ha venido creciendo y reforzándose la rabiosa cohesión de los imperialistas de todo el mundo. En octubre de 1917 consideraban nuestra república un caso curioso al que no valía la pena conceder atención; en febrero la consideraban un experimento socialista que no merecía tenerse en cuenta. Pero el ejército de la República ha ido creciendo y fortaleciéndose: ha cumplido la misión más difícil de crear el Ejército Rojo socialista. En virtud del avance y el éxito de nuestra causa ha venido aumentando la resistencia y el odio rabiosos de los imperialistas de todos los países, los cuales han hecho a los capitalistas anglo-franceses, que pregonaban a voz en grito su enemistad a Guillermo, estar a punto de unirse con ese mismo Guillermo en la lucha por asfixiar a la República Soviética Socialista, ya que han visto que ha dejado de ser un caso curioso y un experimento socialista y se ha convertido en un foco verdadero, en un foco efectivo de la revolución socialista mundial. Por eso, en la medida en que han sido mayores los éxitos de nuestra revolución, ha venido aumentando el número de nuestros enemigos. Debemos darnos cuenta, sin ocultar lo más mínimo la gravedad de nuestra situación, de lo que tenemos que hacer en adelante. Pero iremos a ello, y no vamos ya solos, sino con los obreros de Viena y Berlín, que se alzan a la misma lucha y aportarán, quizás, mayores disciplina y conciencia a nuestra causa común.

Camaradas, para mostraros cómo se echa encima de nuestra República Soviética el nublado y qué peligros nos acechan, os leeré el texto completo de una nota que el Gobierno alemán nos ha hecho llegar por mediación de su consulado:

"Al Comisario del Pueblo para las Relaciones Exteriores, G. V. Chicherin, Moscú, 5 de noviembre de 1918.

"Por encargo del Gobierno imperial alemán, el Consulado Imperial Alemán tiene el honor de comunicar a la República Federativa de Rusia lo que sigue: el Gobierno alemán se ha visto obligado a elevar por segunda vez una protesta con motivo de las declaraciones hechas por entidades oficiales rusas, las cuales, a pesar de las disposiciones del artículo 2 del Tratado de Paz de Brest, llevan a cabo una campaña intolerable contra las instituciones públicas alemanas. Además, no considera posible limitarse a protestar contra dicha campaña, la cual no sólo viola las disposiciones indicadas en el tratado, sino que entraña una trasgresión de las habituales prácticas internacionales. Cuando, después de haber concluido el Tratado de Paz, el Gobierno soviético estableció su representación diplomática en Berlín, se indicó en forma clara al representante de Rusia, señor Ioffe, que debía abstenerse de hacer en Alemania agitación o propaganda algunas. La respuesta de éste fue que conocía el artículo 2 del Tratado de Brest y que sabía que, como representante de una potencia extranjera, no debía inmiscuirse en los asuntos internos de Alemania. Por ello, tanto el señor Ioffe como los organismos que de él dependen, gozaban en Berlín de la habitual atención y confianza que se otorga a las representaciones extranjeras que tienen derechos de extraterritorialidad. Sin embargo, esta confianza ha sido defraudada. De un tiempo a esta parte ha quedado claro ya que la representación diplomática rusa ha mantenido estrecho contacto con determinados elementos que actúan para derrocar el régimen estatal de Alemania y, utilizando dichos elementos, ha mostrado interés en el movimiento orientado a derrocar el régimen existente en Alemania. Merced al incidente ocurrido el 4 del mes en curso, se ha puesto en claro que la representación rusa introduce en el país hojas volantes que exhortan a la revolución, tomando así incluso parte activa en los movimientos que tienen como objetivo derribar el régimen existente y abusando con ello del privilegio de utilizar correos diplomáticos. Debido al deterioro causado durante el transporte a uno de los cajones del equipaje oficial del correo ruso que llegó ayer a Berlín, se ha comprobado que contenía hojas volantes revolucionarias impresas en alemán y destinadas a ser distribuidas en Alemania. La actitud adoptada por el Gobierno soviético ante la manera de resarcir el asesinato del Embajador imperial, conde de Mirbach, es un motivo más de queja para el Gobierno alemán. El Gobierno ruso prometió solemnemente hacer cuanto estuviera a su alcance para castigar a los culpables. Sin embargo, el Gobierno alemán no ha podido registrar indicio alguno de que se haya iniciado la búsqueda o el castigo de los culpables

o de que se haya propuesto hacerla. Los asesinos huyeron del edificio, el cual estaba acordonado por agentes de la seguridad pública del Gobierno ruso. Los instigadores del crimen, que han reconocido públicamente haberlo planeado y preparado, siguen hasta el día de hoy gozando de impunidad, y a juzgar por las noticias recibidas, incluso han sido amnistiados. El Gobierno alemán protesta contra esta violación del tratado y del derecho público y ha de exigir del Gobierno ruso garantías de que en adelante se evitará toda agitación y propaganda que vulnere el Tratado de Paz. Ha de insistir, además, en que se purgue el asesinato del Embajador, conde de Mirbach, castigando a los homicidas y quienes los instigaron. El Gobierno alemán ha de solicitar del Gobierno de la República Soviética que retire a sus representantes diplomáticos y otros que tenga en Alemania mientras no se hayan satisfecho estos requerimientos. Hoy se ha comunicado al representante de Rusia en Berlín que se pondrá a su disposición un tren expreso para que pueda salir del país el personal diplomático y consular, así como los demás representantes oficiales de Rusia que se encuentran en la capital alemana; el tren partirá mañana por la tarde, y se tomarán todas las medidas pertinentes para que todo el personal pueda llegar sin obstáculos hasta la frontera rusa. Se ruega al Gobierno soviético que se preocupe a la vez de dar a los representantes alemanes que se encuentran en Moscú y Petrogrado la posibilidad de abandonar el país, observando todos los requisitos que impone el deber de cortesía. Se pondrá en conocimiento de los otros representantes de Rusia que se encuentren en Alemania, así como de los representantes oficiales alemanes que se hallen en otros lugares de Rusia, que deben emprender el viaje en el plazo de una semana, los primeros para Rusia, y los segundos para Alemania. El Gobierno alemán se permite manifestar que confía en que su personal oficial mencionado en último orden gozará también, en el momento de partir, de las debidas atenciones que impone la cortesía, y en que a los súbditos alemanes o personas acogidas a la jurisdicción alemana, en caso de que lo solicitaran, se les permitirá abandonar el país sin inconvenientes".

Camaradas, todos estamos al cabo de la calle de que el Gobierno alemán sabía de sobra que en la Embajada rusa eran bien recibidos los socialistas alemanes, y no los partidarios del imperialismo alemán, gente que nunca traspuso los umbrales de la Embajada rusa. Sus amigos eran los socialistas adversarios de la guerra que simpatizaban con Carlos Liebknecht. Desde que se estableció la Embajada, ellos fueron sus visitantes, y sólo con ellos mantuvimos relaciones. De todo eso estaba muy bien enterado el Gobierno alemán, que vigila a cada representante de nuestro Gobierno con tanto celo como lo hacía Nicolás II con nuestros camaradas. Y si el Gobierno alemán adopta ahora esa actitud no es porque haya cambiado algo, sino porque antes se creía más fuerte y no temía que las llamas de una casa incendiada en las calles de Berlín se propagaran a toda Alemania. El Gobierno alemán ha perdido la cabeza y piensa apagar el incendio, que abarca a todo el país, dirigiendo sus extintores policíacos a una sola casa. (*Clamorosos aplausos*.)

Esto es simplemente ridículo. Si el Gobierno alemán se dispone a anunciar la ruptura de las relaciones diplomáticas, declaramos que nosotros lo sabíamos y que orienta todos sus esfuerzos a concertar una alianza con los imperialistas anglo-franceses. Sabemos que el gobierno de Wilson ha recibido numerosos telegramas con la petición de que no se retiren las tropas alemanas de Polonia, Ucrania, Estlandia y Liflandia, pues, aunque esos imperialistas son enemigos del imperialismo alemán, dichas tropas cumplen una misión de ellos: la de reprimir a los bolcheviques. Podrán retirarse sólo cuando lleguen allí "tropas liberadoras" de la Entente para estrangular a los bolcheviques.

Eso lo sabemos de sobra: por ese lado nada nos pillará por sorpresa. Decíamos sólo que ahora, cuando Alemania está en llamas y toda Austria arde, cuando se han visto obligados a poner en libertad a Liebknecht y permitirle ir a la Embajada rusa, donde se celebraba una reunión general de socialistas rusos y alemanes encabezada por Liebknecht, el paso dado por el Gobierno alemán no es tanto una prueba de que quiere luchar, sino más bien de que ha perdido totalmente la cabeza y que va, desesperado, de un lado a otro en busca de una solución, porque contra Alemania avanza el enemigo más encarnizado, el imperialismo anglo-norteamericano, un enemigo que aplastó a Austria con una paz cien veces más expoliadora que la paz de Brest. Alemania comprende que estos liberadores también quieren aplastarla a ella, despedazarla y martirizarla. Al mismo tiempo, se alza el obrero alemán. El ejército alemán no resultó ineficaz y sin capacidad de combatir porque se hubiera relajado su disciplina, sino porque los soldados, que se negaban a pelear fueron trasladados del frente oriental al occidental de Alemania y llevaron con ellos lo que la burguesía llama bolchevismo mundial.

Esa es la causa de que el ejército alemán no tuviese capacidad de combate y de que este documento sea la mejor prueba del desconcierto del Gobierno de Alemania. Afirmamos que dicho documento motivará la ruptura de las relaciones diplomáticas, y quizás lleve incluso a la guerra si dicho gobierno cuenta con fuerzas para dirigir tropas de guardias blancos. Por eso hemos enviado a todos los Soviets de diputados un telegrama que termina en

una exhortación a estar alerta, a prepararse y poner en tensión todas las fuerzas, pues esto es otra prueba de que el imperialismo internacional se propone el objetivo principal de dar al traste con el bolchevismo. Ello significa vencer no sólo a Rusia, sino también, en cada país, a los obreros propios. Mas no lo conseguirán, aunque empleen las mayores brutalidad y violencia en alcanzar su propósito. Estas fieras se preparan, preparan una campaña contra Rusia desde el Sur, a través de los Dardanelos, o por Bulgaria y Rumania; negocian para formar un ejército de guardias blancos en Alemania y lanzarlo contra Rusia. Nos damos perfecta cuenta de este peligro y decimos con franqueza: camaradas, el año de trabajo que hemos realizado no ha sido en vano; hemos colocado los cimientos y nos hallamos ante batallas decisivas que lo serán de verdad. Pero no avanzamos solos: el proletariado de Europa Occidental se ha alzado y no ha dejado piedra sobre piedra en Austria-Hungría. El gobierno de ese país es tan flojo, está tan desconcertado y ha perdido tanto la cabeza como el gobierno de Nicolás Románov a fines de febrero de 1917. Nuestra consigna debe ser: ¡poned una vez más todas las fuerzas en la lucha, sin olvidar que nos aproximamos a la batalla final, a la batalla decisiva en aras de la revolución socialista mundial, y no sólo de la rusa!

Sabemos que las fieras del imperialismo son todavía más fuertes que nosotros, que pueden volcar sobre nosotros y nuestro país las violencias, las atrocidades y tormentos más desenfrenados, pero no pueden vencer a la revolución mundial. Están posesos de un odio cerril, y por ello nos decimos a nosotros mismos: pase lo que pase, cada obrero y cada campesino de Rusia cumplirá con su deber y entregará la vida si así lo exige la defensa de la revolución. Decimos: pase lo que pase, cualesquiera que sean las calamidades que nos envíen los imperialistas, no se salvarán. ¡El imperialismo sucumbirá, y la revolución socialista internacional triunfará contra viento y marea! (*Clamorosos aplausos que se transforman en prolongada ovación*.)

2. Discurso sobre la situación internacional, 8 de noviembre.

(*Prolongados aplausos*.) Camaradas: Desde el comienzo mismo de la Revolución de Octubre, el problema de la política exterior y las relaciones internacionales ha sido para nosotros el principal, y no sólo porque el imperialismo constituye desde ahora un fuerte sistema sólidamente cohesionado, por no decir un inmundo cuajarón de sangre, de todos los Estados del orbe, sino también porque la victoria completa de la revolución socialista es inconcebible en un solo país, pues requiere la colaboración más enérgica, por lo menos, de varios países avanzados, entre los cuales no podemos incluir a Rusia. De ahí que uno de los problemas principales de la revolución sea determinar en qué grado conseguiremos que ésta se extienda también a otros países y en qué medida lograremos hasta entonces rechazar al imperialismo.

Me permitiré recordaros con la mayor brevedad las principales etapas de nuestra política internacional en el año transcurrido. Como ya he dicho en el discurso pronunciado en el aniversario de la revolución, el signo descollante de nuestra situación hace un año era nuestro aislamiento. Por muy persuadidos que estuviéramos de que en toda Europa se estaba acumulando y se había llegado a acumular una fuerza revolucionaria y de que la guerra no acabaría sin revolución, entonces no existían síntomas de que ésta hubiese comenzado o estuviese a punto de comenzar. En esta situación no nos quedaba otra salida que orientar los esfuerzos de nuestra política exterior a instruir a las masas obreras de Europa Occidental, mas no en el sentido de enseñarles que pretendíamos tener mejor preparación que ellas, sino en el de que, mientras no sea derrocada la burguesía en un país, en él imperan la censura militar y el inaudito y sangriento engaño que acompañan a toda guerra, sobre todo si es una guerra reaccionaria. Sabéis muy bien que en los países republicanos, los más democráticos, la guerra significa la censura militar y los inauditos métodos que la burguesía y sus Estados Mayores burgueses emplean para engañar al pueblo. Nuestra misión era participar a los otros pueblos lo que en este sentido habíamos alcanzado. Hicimos a este respecto cuanto pudimos cuando anulamos y dimos a la publicidad los ignominiosos tratados secretos que el ex zar había concertado en provecho de sus capitalistas con los capitalistas de Inglaterra y Francia. Sabéis que esos tratados eran expoliadores de cabo a rabo. Sabéis que el gobierno de Kerenski y de los mencheviques guardó en secreto estos tratados y los ratificó. A título de excepción podemos leer en la prensa algo honesta de Inglaterra y Francia que sólo gracias a la revolución rusa han llegado los franceses y los ingleses a enterarse de muchas cosas importantes de la historia de su diplomacia.

Naturalmente, hemos hecho muy poco desde el punto de vista de la revolución social en suma, pero lo que hemos hecho ha sido uno de los mayores pasos dados en su preparación.

Si ahora intentásemos abarcar de una ojeada los resultados que nos brinda el desenmascaramiento del imperialismo alemán, veríamos que los trabajadores de todos los países tienen hoy claro y patente el hecho de que la guerra que se les obligó a hacer fue sangrienta y de rapiña. Y al final de este año de guerra comienza idéntico desenmascaramiento de la conducta de Inglaterra y Norteamérica, porque las masas abren los ojos y empiezan a comprender el fondo de los designios de ambos Estados. Esto es

todo lo que hemos hecho, pero ésta ha sido también nuestra contribución. La denuncia de esos tratados fue un golpe para el imperialismo. Las condiciones de paz que nos vimos obligados a suscribir fueron un arma muy poderosa en el sentido de la propaganda y la agitación, y, al aceptarlas, hicimos mucho más que cualquier gobierno, que cualquier pueblo. Si bien es cierto que nuestra tentativa de despertar a las masas no dio resultados inmediatos, no lo es menos que jamás supusimos que o la revolución comenzaba en seguida o que todo estaba perdido. Durante los últimos quince años hemos hecho dos revoluciones y hemos visto claramente el período que han tenido que recorrer antes de prender en las masas. Vemos una confirmación del aserto en los últimos acontecimientos de Austria y Alemania. Decíamos que no confiábamos en llegar, en alianza con las fieras imperialistas, a convertirnos en fieras como ellos; no, nosotros confiábamos en despertar al proletariado de los países del bando contrario. Nos respondían con burlas, diciéndonos que nos proponíamos despertar al proletariado de Alemania, el cual nos estrangularía, en tanto que nosotros nos preparábamos para impugnarlo con propaganda. Pero los hechos han venido a demostrar que teníamos razón cuando confiábamos en que las masas trabajadoras de todos los países eran igualmente hostiles al imperialismo. Lo único que se precisa es darles cierto tiempo para que se preparen, pues el pueblo ruso, a pesar de que mantenía vivo el recuerdo de la revolución de 1905, necesitó también un período prolongado para alzarse de nuevo a la revolución.

Antes de la paz de Brest hicimos cuanto pudimos para asestar un golpe al imperialismo. Si la historia del desarrollo de la revolución proletaria no ha borrado esto y si la paz de Brest nos obligó a replegarnos ante el imperialismo, eso ocurrió porque en enero de 1918 no estábamos aún bastante preparados. El destino nos condenó a marchar solos y hemos atravesado una época penosa después de la paz de Brest.

Camaradas, los cuatro años que hemos pasado de guerra mundial han traído la paz, pero ésta ha sido una paz impuesta por la violencia. Mas incluso esta paz impuesta por la violencia ha demostrado en definitiva que teníamos razón y que nuestras esperanzas tenían fundamento. Hemos venido cobrando fuerzas de mes en mes, al tiempo que se debilitaba el imperialismo de Europa Occidental. Ahora vemos como consecuencia que Alemania, la cual hace medio año no tenía en nada a nuestra Embajada y creía que allí no podía ni existir una simple casa roja, se debilita, al menos en los tiempos postreros. El último telegrama informa de que el imperialismo alemán exhorta a las masas a que mantengan la calma y les dice que la paz está próxima. Conocemos el significado de los llamamientos de los emperadores a mantener la tranquilidad y de sus promesas, que no pueden cumplir, para un futuro próximo. Si Alemania obtiene pronto la paz, será para ella una paz de Brest que, en lugar de paz, reportará a las masas trabajadoras sufrimientos mayores que hasta ahora.

Los resultados de nuestra política internacional han sido tales que, medio año después de la paz de Brest, éramos un país destrozado desde el punto de vista de la burguesía, pero emprendimos el camino de un rápido desarrollo desde el punto de vista proletario y hoy nos encontramos a la cabeza del ejército proletario que ha comenzado a hacer tambalearse a Austria y Alemania. Este éxito ha revalidado y justificado plenamente a los ojos de cada representante de las masas proletarias todos los sacrificios hechos. Si nos arrollasen de golpe - supongamos que se pusiera fin a nuestra actividad, cosa que no puede suceder porque no hay milagros-, si, a pesar de todo, eso ocurriese, tendríamos derecho a decir, sin ocultar los errores cometidos, que habíamos aprovechado totalmente en beneficio de la revolución socialista mundial el tiempo que el destino nos había deparado. Todo lo hemos hecho en bien de las masas trabajadoras de Rusia, y hemos hecho más que nadie por la revolución proletaria mundial. (*Aplausos*.)

Camaradas, en los últimos meses, en las últimas semanas, la situación internacional viene cambiando de manera tan brusca que el imperialismo alemán se ha visto casi aniquilado. Todas las esperanzas puestas en Ucrania, con las que el imperialismo alemán alimentó a sus trabajadores a fuerza de promesas, han sido meras promesas. Ha resultado que el imperialismo norteamericano se preparó, y el golpe lo ha recibido Alemania. Se ha creado una situación completamente distinta. No nos hacíamos ningunas ilusiones. Después de la Revolución de Octubre éramos mucho más débiles que el imperialismo, y seguimos siendo más débiles que el imperialismo internacional: esto es algo que debemos repetirlo ahora también para no engañarnos; después de la Revolución de Octubre éramos más débiles y no podíamos aceptar el combate. Ahora también somos más débiles y debemos hacer cuanto se necesite para evitar el combate con él.

Pero si hemos conseguido mantenernos en pie un año después de la Revolución de Octubre, debemos agradecerlo a que el imperialismo internacional estaba dividido en dos grupos de fieras: los anglo-franco-norteamericanos y los germanos, enzarzados en una contienda a vida o muerte entre ellos, lo que les impedía ocuparse de nosotros. Ninguno de estos dos grupos podía lanzar todas sus fuerzas importantes contra nosotros; pero, claro está, ambos lo habrían hecho si hubiesen podido. La guerra y los ríos de sangre les nublaban la vista. Los sacrificios materiales necesarios para la guerra exigían poner en

tensión hasta el extremo las fuerzas. No podían ocuparse de nosotros, y no porque fuésemos por arte de magia más fuertes que los imperialistas, no, ¡eso es una tontería!, sino gracias exclusivamente a que el imperialismo internacional estaba dividido en dos grupos de fieras empeñados en estrangularse mutuamente. Sólo a esto debemos que la República Soviética pudiese proclamar abiertamente la lucha contra los imperialistas de todos los países, arrebatándoles los capitales invertidos en los empréstitos exteriores, dándoles un bofetón en pleno rostro, atentando a la vista de todos contra su bolsillo de saqueadores.

Se acabó el período de las declaraciones que hacíamos entonces con motivo de las notas de los imperialistas alemanes, se acabó a pesar de que el imperialismo mundial no pudo lanzarse contra nosotros como debió hacerlo, llevado de su hostilidad y de su codicia de beneficios capitalistas, acrecentados hasta lo inaudito por la guerra. Antes de que los imperialistas angloamericanos venciesen al otro grupo, unos y otros estaban ocupados de lleno en la lucha entre sí y, por lo mismo, tuvieron que desistir de emprender una campaña enérgica contra la República Soviética. El otro grupo ya no existe: ha quedado un solo grupo, el de los vencedores. Esto ha hecho cambiar por completo nuestra situación internacional y debemos tenerlo en cuenta. Los hechos indican qué relación guarda este cambio con el desarrollo de la situación internacional. Los países derrotados asisten ahora a la victoria de la revolución obrera, pues para todos es evidente el enorme desarrollo de ésta. Cuando tomamos el poder en Octubre, no éramos en Europa más que una chispa aislada. Por cierto, las chispas se multiplicaron, y estas chispas procedían de nosotros. Tal fue la obra colosal que conseguimos realizar, pero, no obstante, eran chispas sueltas. Hoy, en cambio, en la mayoría de los países incluidos en la esfera del imperialismo germano-austriaco se ha declarado el incendio (Bulgaria, Austria, Hungría). Sabemos que, después de Bulgaria, la revolución se propagó a Serbia. Sabemos que estas revoluciones obreras y campesinas pasaron por Austria y llegaron hasta Alemania. Toda una serie de países está envuelta en las llamas de la revolución obrera. En este sentido no han sido estériles nuestros esfuerzos y sacrificios. Ni han sido una aventura, como decían para calumniarnos nuestros enemigos, sino un tránsito necesario para la revolución internacional, un tránsito por el que debía pasar nuestro país, puesto en cabeza de todos a pesar de su deficiente desarrollo y de su atraso.

Este es uno de los resultados, el más importante desde el punto de vista del desenlace definitivo de la guerra imperialista. El otro resultado, el que he señalado al comienzo, es que el imperialismo angloamericano ha comenzado ahora a desenmascararse como lo hizo en otro tiempo el austro-alemán. Vemos que si Alemania se hubiese dominado un poco durante las negociaciones de Brest, dando pruebas de sangre fría y no embarcándose en aventuras, habría podido conservar su supremacía y crear, sin duda, una situación favorable para ella en Occidente. No lo hizo porque, una vez puesta en marcha la máquina de la guerra de millones y decenas de millones de hombres, guerra que ha excitado hasta lo indecible las pasiones chovinistas, guerra que está ligada con los intereses capitalistas, que se cuentan por cientos de miles de millones de rublos, no hay freno que pueda pararla. Esta máquina ha ido más allá de lo que los propios imperialistas alemanes querían y los ha aplastado. Se han atascado, les ha pasado como a aquel que reventó de un atracón. Y ahora aparece ante nosotros el imperialismo inglés y norteamericano en ese mismo estado, nada atractivo, pero muy útil desde el punto de vista del proletariado revolucionario. Se podría pensar que los imperialistas ingleses y norteamericanos tienen bastante más experiencia política que Alemania. Estos dos países están acostumbrados al gobierno democrático, y no a la gobernación despótica de los terratenientes; hace ya siglos que atravesaron el período más difícil de su historia. Se podría pensar que esa gente conservaría la sangre fría. Si reflexionásemos desde el punto de vista individual acerca de si son capaces o no de conservar la serenidad, si reflexionásemos desde el punto de vista de la democracia en general, como filisteos de la burguesía, como catedráticos que nada han comprendido de la lucha del imperialismo y de la clase obrera, si reflexionásemos desde el punto de vista de la democracia en general tendríamos que decir que Inglaterra y Norteamérica son países donde la democracia ha cursado una escuela de siglos y que allí la burguesía sabrá sostenerse. Si ahora esa burguesía se sostuviese mediante la aplicación de ciertas medidas, sería, en todo caso, por un plazo bastante prolongado. Pero resulta que con ellos se repite lo mismo que ocurrió con la Alemania militarista y despótica. En esta guerra imperialista existe una enorme diferencia entre Rusia y los países republicanos. La guerra imperialista es tan sangrienta, feroz y bestial que ha borrado incluso estas acusadísimas diferencias; en este sentido ha igualado a la libérrima democracia de Norteamérica con la Alemania semicastrense y despótica.

Vemos que Inglaterra y Norteamérica, países que tenían más posibilidades que otros de seguir siendo Estados democráticos, han perdido todo sentido de la medida con el mismo desenfreno y la misma insensatez que Alemania en su tiempo, por lo que se acercan con rapidez idéntica y tal vez mayor aún al mismo final a que ha llegado con tanta facilidad el imperialismo alemán. Al principio, el imperialismo alemán se infló hasta lo inverosímil a expensas de las

tres cuartas partes de Europa, y echó grasas para luego reventar, dejando un hedor insoportable. A este mismo final se encamina ahora a paso acelerado el imperialismo inglés y norteamericano. Para convencerse de ello basta lanzar, aunque sólo sea, una rápida ojeada a las condiciones de armisticio y de paz que ahora proponen a los pueblos vencidos los ingleses y norteamericanos, los cuales se presentan como los "redentores" de los pueblos que habían caído en las garras del imperialismo alemán. Tomemos el caso de Bulgaria. Cabría pensar que un país como Bulgaria no podía infundir miedo a un coloso como el imperialismo angloamericano. Sin embargo, la revolución en este país pequeño, débil e indefenso por completo ha hecho que los ingleses y norteamericanos pierdan la cabeza y le dicten unas condiciones de armisticio equivalentes a la ocupación. En Sofía, importante nudo ferroviario y capital de este país, donde ha sido proclamada la República campesina, todos los ferrocarriles están ocupados por las tropas angloamericanas. Tienen que luchar contra la República campesina de un pequeño país. Desde el punto de vista militar, ésta es una nimiedad. Las gentes que se atienen al punto de vista de la burguesía, vieja clase dominante, y de las viejas relaciones militares, se limitan a sonreírse, haciendo una mueca de desprecio y diciendo: ¿Qué puede este pigmeo -Bulgaria- contra las fuerzas angloamericanas? Desde el punto de vista militar, nada; pero desde el punto de vista revolucionario, muchísimo. No se trata de una colonia, donde los vencidos, siguiendo la costumbre, son degollados por millones: los ingleses y los norteamericanos llaman a eso implantar el orden, llevar la civilización y el cristianismo a los salvajes africanos. Bulgaria no es para ellos el África Central; por fuerte que sea el ejército angloamericano, sus soldados se descomponen en Bulgaria cuando entran en contacto con la revolución. Que esto no es una frase vacía lo demuestra Alemania. En Alemania, al menos en el sentido de la disciplina, los soldados eran un modelo. Cuando los alemanes iban a Ucrania, aquí, además de la disciplina, actuaron otros factores. Los soldados alemanes hambrientos buscaban trigo, y era inútil exigir de ellos que no robasen demasiado. Como sabemos, fue en este país donde más se contagiaron del espíritu de la revolución rusa. Esto lo comprendió perfectamente la burguesía de Alemania, y esto fue lo que obligó a Guillermo a dar bandazos de un lado a otro. Se equivocan los Hohenzollern si creen que Alemania derramará ni siquiera una gota de sangre por sus intereses. Este ha sido el resultado de la política del imperialismo alemán, armado hasta los dientes. Y esto se repite ahora en Inglaterra. Ya comienza la descomposición en el ejército angloamericano; comenzó desde que ese ejército inició sus brutalidades en Bulgaria. Pero esto no es más que el comienzo. Detrás de Bulgaria ha ido Austria. Permitidme que lea varios puntos de las condiciones que dictan los vencedores imperialistas angloamericanos*. Son los que más han gritado para convencer a las masas trabajadoras de que ellos hacían una guerra liberadora y de que su objetivo principal era aplastar al militarismo prusiano, el cual amenazaba con extender el régimen cuartelero a todos los países. Se hartaron de gritar que sostenían una guerra de liberación. Pero no era verdad. Como sabéis, cuando los abogados de la burguesía, esos parlamentarios adiestrados toda la vida a embaucar sin sentir el menor sonrojo, tuvieron que engañarse unos a otros, les fue fácil hacerlo; pero cuando se trata de embaucar a los obreros, este engaño les cuesta caro. Estos personajes de Inglaterra y Norteamérica son unos politicastros, son unos parlamentarios, duchos en tretas de ese tipo. Pero de nada les valdrán sus añagazas. Las masas obreras, que ellos arrastraron en nombre de la libertad, no tardarán en darse cuenta del fraude, y eso se dejará sentir también cuando dichas masas vean a gran escala, y no por efecto de proclamas, las cuales coadyuvan a la revolución, pero no son el factor que verdaderamente la mueve, sino por propia experiencia, que las engañan, cuando conozcan las condiciones de paz con Austria.

¡Esa es la paz que ahora imponen a un Estado relativamente débil, que ya atraviesa un proceso de disgregación, los mismos que gritaban que los bolcheviques eran unos traidores porque suscribían la paz de Brest! Cuando los alemanes quisieron lanzar a sus soldados contra Moscú, declaramos que sucumbiríamos todos en el combate antes de consentirlo. (*Aplausos*.) Dijimos que serían grandes los sacrificios que tendrían que hacer las regiones ocupadas, pero todo el mundo sabe cómo la Rusia Soviética les ayudó y las abasteció de todo lo necesario. Ahora, las tropas democráticas de Inglaterra y Francia habrán de servir "para mantener el orden", y esto se dice en un momento en que en Bulgaria y Serbia hay Soviets de diputados obreros, en un momento en que en Viena y Budapest hay Soviets de diputados obreros. Todos sabemos de qué orden se trata. Eso quiere decir que a las tropas angloamericanas se les asigna el papel de estranguladores y verdugos de la revolución mundial.

---

* En la información periodística del discurso de Lenin publicada en el núm. 243 de *Pravda* el 10 de noviembre de 1918 se citaban las siguientes condiciones: "Desmovilización total de Austria-Hungría. La mitad de los pertrechos de artillería se deberá entregar a los aliados. Todas las regiones evacuadas serán ocupadas por los aliados. Las tropas angloamericanas deberán mantener allí el orden. Los aliados podrán desplazarse libremente por todos los ferrocarriles y vías fluviales. Los aliados tendrán derecho a efectuar requisas". (*N. de la Edit.*)

Camaradas, cuando las tropas rusas de campesinos siervos marcharon en 1848 a aplastar la revolución húngara, eso pudo hacerse porque estaban encuadradas por siervos; eso pudo hacerse también con relación a Polonia, ¡pero lo que no puede ser es que un pueblo que goza de la libertad desde hace ya un siglo y al que se ha infundido el odio al imperialismo alemán diciéndole que se trataba de una fiera a la que era necesario estrangular, no comprenda que el imperialismo angloamericano es otra fiera exactamente igual, a la que en justicia hay que estrangular de igual modo!

Pues bien, ahora la historia, por una malévola ironía propia de ella, ha llegado al punto de que, después de haber sido desenmascarado el imperialismo alemán, le llega el turno al anglo-francés, que se está desenmascarando definitivamente. Y nosotros declaramos ante las masas obreras rusas, alemanas y austriacas: ¡Estas de hoy no son las tropas rusas de campesinos siervos del año 1848! ¡Los imperialistas recibirán su merecido! Pretenden reprimir a un pueblo que está pasando del capitalismo a la libertad, pretenden ahogar la revolución. Pero nosotros afirmamos con plena seguridad que ahora esta fiera ahíta se despeñará en el precipicio exactamente igual que se despeñó la fiera del imperialismo alemán.

Camaradas, ahora voy a hablar de lo que más nos afecta. Paso a exponer las condiciones de paz que tiene que suscribir Alemania. Los camaradas del Comisariado de Negocios Extranjeros me informan que el *Times*, órgano principal de la burguesía de Inglaterra, burguesía que goza de riquezas fabulosas y es de hecho la que mueve todos los hilos de la política, ha publicado ya las condiciones que deberá aceptar Alemania. Se le exige que entregue la isla de Helgoland y el canal de Wilhelmshafen, que entregue la ciudad de Essen, en la que se produce casi todo el material de guerra, que destruya la marina mercante, que entregue en el acto la Alsacia y Lorena y que pague sesenta mil millones de indemnización de guerra, en gran parte en especie, porque la moneda está desvalorizada en todas partes, y los comerciantes ingleses han comenzado también a hacer sus operaciones con otra divisa. Vemos que preparan para Alemania una paz equivalente a una verdadera asfixia, una paz más violenta que la de Brest. Desde el punto de vista material y desde el punto de vista de sus fuerzas, podrían hacerlo si no existiese en el mundo el bolchevismo, tan desagradable para ellos. Con esta paz preparan su propia ruina, pues no ocurre en el África Central, sino en países civilizados y en pleno siglo XX. Si bien es verdad que la población ucraniana es analfabeta y que el disciplinado soldado alemán oprimió a los ucranianos, también lo es que ahora el soldado alemán ha sepultado su vieja disciplina; con mayor motivo aún se buscarán la ruina los imperialismos inglés y norteamericano cuando emprendan una aventura que los conducirá a la bancarrota política al asignar a sus tropas el papel de verdugos y gendarmes de toda Europa. Llevan largo tiempo tratando de eliminar a Rusia; la campaña contra ella fue concebida hace ya mucho. Basta recordar la ocupación de la zona de Múrmansk, los millones que pagaron al cuerpo de ejército checoslovaco y el tratado suscrito con el Japón. Ahora, en virtud de otro tratado, Inglaterra ha arrebatado Bakú a los turcos para intentar asfixiarnos, dejándonos sin materia prima.

Las tropas inglesas están dispuestas a iniciar la campaña contra Rusia, desde el Sur o desde los Dardanelos, o bien a través de Bulgaria y Rumania. Oprimen el cerco a la República Soviética, tratan de cortar las relaciones económicas entre nuestra República y el resto del mundo. Para ello han obligado a Holanda a romper las relaciones diplomáticas con nosotros. Si Alemania ha expulsado a nuestro embajador, lo ha hecho, si no de acuerdo directo con la política anglo-francesa, al menos con el ánimo de prestarles un servicio, para que los ingleses y franceses sean magnánimos con ella. Nosotros también -parecen decir- cumplimos las funciones de verdugos con relación a los bolcheviques, enemigos vuestros.

Camaradas, debemos decirnos que el balance principal de la situación internacional se puede caracterizar, como he tenido ya ocasión de hacerlo estos días, de la siguiente manera: nunca hemos estado tan cerca como ahora de la revolución proletaria internacional*. Hemos demostrado que no nos equivocábamos al cifrar nuestras esperanzas en la revolución proletaria internacional. No hemos hecho en vano nuestros inmensos sacrificios en el orden nacional y económico. En este sentido hemos tenido un éxito. Pero si bien es verdad que no hemos estado nunca tan cerca de la revolución internacional como ahora, también lo es que jamás nos hemos encontrado en situación tan peligrosa como en los momentos actuales. Los imperialistas estaban enzarzados entre ellos. Pero ahora uno de los grupos ha sido barrido por el grupo anglo-francés y norteamericano. Este último se propone la misión principal de ahogar el bolchevismo mundial, de aplastar su célula principal: la República Soviética de Rusia. Con este fin se disponen a erigir una muralla china que los resguarde del bolchevismo, igual que se busca protección de la peste con cuarentenas. Estas gentes se proponen librarse del bolchevismo, poniéndolo en cuarentena; pero eso no se puede hacer. Si los señores imperialistas anglo-franceses, dueños de la mejor técnica del mundo, consiguen levantar esa muralla china en torno a la República, el bacilo del bolchevismo cruzará los muros y contaminará a los obreros de todos los países.

* Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

(*Aplausos*.)

Camaradas, la prensa del imperialismo euroccidental, del imperialismo anglo-francés, hace esfuerzos denodados para que se mantenga en silencio esta situación. No hay falsedades y calumnias a las que no se haya recurrido contra el Poder soviético. Puede afirmarse que toda la prensa anglo-francesa y norteamericana está en manos de los capitalistas -y maneja miles de millones-, que toda ella obra de común acuerdo, como asociada en un consorcio, para silenciar la verdad sobre la Rusia Soviética, para difundir falsedades y calumnias contra nosotros. Mas, a pesar de que la censura militar es feroz desde hace años y de que se ha conseguido que en la prensa de los países democráticos no penetre la verdad sobre la República Soviética, no transcurre ni una sola asamblea obrera de importancia en ningún país donde no se ponga de relieve que las masas obreras están al lado de los bolcheviques, por la sencilla razón de que no es posible ocultar la verdad. El enemigo nos acusa de que ejercemos la dictadura del proletariado: ¡sí, no lo ocultamos! Y él no sentir temor de hablar abiertamente, atrae al lado del Gobierno soviético a nuevos millones de trabajadores, porque éste ejerce la dictadura contra los explotadores; las masas trabajadoras ven y sacan la convicción de que la lucha contra los explotadores ha sido seria y será llevada a cabo de modo serio. Pese a esta conspiración de silencio con que nos cerca la prensa europea, ellos han venido hablando hasta ahora de que tienen un deber que cumplir, han venido diciendo que se lanzan contra Rusia porque Rusia se ha dejado conquistar por Alemania, porque Rusia es de hecho un agente alemán, porque los hombres situados al frente del gobierno en Rusia son, según ellos, agentes alemanes. En los países de Europa Occidental aparecen cada mes nuevos falsificadores de documentos que reciben buena remuneración por demostrar que Lenin y Trotski son traidores consumados a sueldo de los alemanes. A pesar de todo esto, no pueden ocultar la verdad; y a veces se dejan traslucir sin querer claros síntomas de que estos señores imperialistas no pueden sentirse muy seguros. *L'Echo* de Paris hace esta confesión: "Vamos a Rusia para acabar con el poder de los bolcheviques". Porque, según su posición oficial, ellos no hacen la guerra a Rusia, no se inmiscuyen en los asuntos militares, sino que se limitan a luchar contra la prepotencia alemana. Nuestros internacionalistas franceses, que publican en Moscú el periódico *La Troisieme Internationale*, han reproducido esta cita, y aunque nos han aislado de París y de Francia, aunque en este sentido se ha levantado con extraordinaria habilidad una muralla china, afirmamos: señores imperialistas franceses, ustedes no podrán defenderse de su propia burguesía. Naturalmente, cientos de miles de obreros franceses conocen esta pequeña cita, y no sólo ésta, y ven que son pura mentira todas las declaraciones de sus gobernantes y de su burguesía. Su propia burguesía se va de la lengua; ellos reconocen: queremos destruir el poder de los bolcheviques. Después de una sangrienta guerra de cuatro años, ellos tienen que decir a su pueblo: marchad de nuevo a combatir contra Rusia para acabar con el poder de los bolcheviques, a los que odiamos porque nos deben diecisiete mil millones y no quieren pagárnoslos[103], porque no tienen contemplaciones con los capitalistas, los terratenientes y los zares. Los pueblos civilizados, que se han dejado llevar a una situación en que se les tiene que hablar así, descubren ante todo que su política va de capa caída y, por fuertes que sean en el aspecto militar, nosotros miramos con plena tranquilidad esta fuerza y les decimos: tenéis en vuestra retaguardia a un enemigo más temible aún, las masas populares, a las que habéis venido engañando hasta ahora, y se os ha secado la lengua a fuerza de mentir y calumniar, como lo habéis hecho, contra la Rusia Soviética. Otra información análoga procede del periódico *The Manchester Guardian*. He aquí lo que escribe este periódico de la burguesía inglesa en su número del 23 de octubre: "Si los ejércitos aliados se quedan también en Rusia y continúan las operaciones militares, el único objetivo es provocar un golpe de Estado en Rusia... Por eso, los gobiernos aliados deben poner fin a sus operaciones militares o declarar que están en guerra con los bolcheviques".

Lo repito, la importancia de esta pequeña cita, que tiene para nosotros el valor de un llamamiento revolucionario, el valor de la más vigorosa exhortación revolucionaria, reside en que la afirmación proviene de un periódico burgués, enemigo de los socialistas, pero que comprende que no se puede seguir ocultando la verdad. Si los periódicos burgueses se expresan así, podéis imaginaros lo que dirán y pensarán las masas obreras inglesas. Conocéis el lenguaje que empleaban los liberales en nuestro país bajo el zarismo, antes de la revolución de 1905 o de 1917. Sabéis que este lenguaje de los liberales significaba que estaba próximo el estallido de las masas proletarias revolucionarias. Por eso, del lenguaje de estos liberales burgueses ingleses deduciréis cuál es el estado de ánimo y qué pasa en las mentes y en los corazones de los obreros ingleses, franceses y norteamericanos. De ahí que debamos decimos sin tapujos la cruda verdad de nuestra situación internacional. La revolución internacional está próxima, pero no hay horarios que rijan su desarrollo; nosotros, que hemos vivido dos revoluciones, lo sabemos bien. Pero sabemos también que, aunque los imperialistas no pueden contener el desarrollo de la revolución mundial, son posibles las derrotas en algunos países y puede haber

sacrificios más duros aún. Ellos saben que Rusia está atravesando el proceso doloroso de la revolución proletaria, pero se equivocan si creen que, al aplastar un foco de la revolución, podrán aplastar la revolución en otros países.

Por lo que se refiere a nosotros, debemos decir que la situación es más peligrosa que nunca y que necesitamos poner en máxima tensión nuestras fuerzas. Después de haber colocado sólidos cimientos en un año y haber creado el Ejército Rojo socialista con una nueva disciplina, decimos sin temor a equivocarnos que podemos y debemos proseguir esta labor y debemos repetirlo en todas las asambleas, en cualquier institución soviética, en los sindicatos y en las reuniones de los comités de campesinos pobres: Camaradas, nos hemos mantenido un año y hemos salido airosos, pero esto aún es poco en comparación con el poderoso enemigo que nos embiste. Este enemigo es un enemigo universal poderoso, que ha vencido al mundo entero, es el imperialismo anglo-francés. Vamos a la lucha contra él no porque hayamos pensado equipararnos en el sentido económico y técnico con los países avanzados de Europa. No; pero sabemos que este enemigo va a caer en el precipicio en que se despeñó el imperialismo austro-alemán; sabemos que este enemigo, que ahora ha envuelto en sus mallas a Turquía, se ha apoderado de Bulgaria y está empeñado en ocupar toda Austria-Hungría y en implantar un régimen zarista y policiaco, sabemos que camina hacia la bancarrota. Sabemos que esto es un hecho histórico, razón por la cual, sin proponernos en modo alguno objetivos a todas luces incongruentes, decimos: ¡Podemos rechazar al imperialismo anglo-francés!

Cada paso dado en el fortalecimiento de nuestro Ejército Rojo tendrá como repercusión diez pasos de descomposición y de revolución en el campo de este adversario, que tan fuerte parece. Por eso no existe el menor fundamento para dejarse llevar de la desesperación y del pesimismo. Sabemos que el peligro es grande. Tal vez nos depare el destino sacrificios más dolorosos aún. Supongamos que puedan aplastar a un país, pero jamás a la revolución proletaria internacional: ¡lo que harán será atizar más aún su fuego, y todos ellos perecerán en sus llamas! (Prolongados *Aplausos* que se transforman en ovación.).

Publicado íntegro en 1919 en el libro "Sexto Congreso Extraordinario de los Soviets de toda Rusia. Actas taquigráficas".

T. 37, págs. 135-168.

DISCURSO EN LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO ERIGIDO A MARX Y ENGELS.

El 7 de noviembre de 1918.

Hoy inauguramos un monumento a los jefes de la revolución obrera mundial, a Marx y Engels.

La humanidad venía sufriendo y padeciendo durante siglos bajo el yugo de un puñado insignificante de explotadores que vejaban a millones de trabajadores. Pero, mientras los explotadores de la época anterior, los terratenientes, expoliaban y sojuzgaban a los campesinos siervos de la gleba, divididos, diseminados y sumidos en la ignorancia, los explotadores de los tiempos modernos, los capitalistas, encontraron frente a ellos, entre las masas oprimidas, el destacamento de vanguardia de las mismas: a los obreros industriales de las ciudades, de las fábricas y de los talleres. La fábrica los unió, la vida en los centros urbanos los instruyó, la lucha huelguística común y las acciones revolucionarias los templaron.

El gran mérito de Marx y Engels, de importancia histórica universal, consiste en que ellos demostraron, mediante un análisis científico, el hundimiento inevitable del capitalismo y su paso al comunismo, en el que no habrá más explotación del hombre por el hombre.

El gran mérito de Marx y Engels, de alcance histórico mundial, consiste en que ellos indicaron a los proletarios de todos los países su papel, su tarea, su misión; alzarse los primeros en la lucha revolucionaria contra el capital y agrupar en esta lucha a todos los trabajadores y explotados en torno suyo.

Nosotros vivimos en la época feliz en que esta previsión de los grandes socialistas ha comenzado a realizarse. Ahora todos vemos cómo en una serie de países se vislumbra ya la aurora de la revolución socialista internacional del proletariado. Los horrores inauditos de la carnicería imperialista entre los pueblos provocan en todas partes el alzamiento heroico de las masas oprimidas, decuplicando sus fuerzas en la lucha por la liberación.

Que los monumentos a Marx y Engels recuerden una y otra vez a los millones de obreros y campesinos que no estamos solos en nuestra lucha. A nuestro lado van alzándose los obreros de los países más avanzados. A ellos, como a nosotros, aún nos esperan duros combates. ¡En la lucha común será abolida la opresión del capital y conquistado definitivamente el socialismo!

En el núm. 242 de "Pravda" del 9 de noviembre de 1918 se publicó una breve información periodística. Publicado íntegramente por primera vez el 3 de abril de 1924 en el núm. 76 de "Pravda".

T. 37, págs. 169-170.

DISCURSO EN UNA REUNIÓN DE DELEGADOS DE LOS COMITÉS DE CAMPESINOS POBRES DE LAS PROVINCIAS CENTRALES.

El 8 de noviembre de 1918.

Camaradas: La organización de los campesinos pobres se alza ante nosotros como la cuestión más importante de nuestra edificación interior e incluso como la cuestión principal de toda nuestra revolución.

La Revolución de Octubre se planteó la tarea de arrancar las fábricas de manos de los capitalistas para convertir los instrumentos de producción en patrimonio de todo el pueblo y, entregando toda la tierra a los campesinos, reestructurar la agricultura según los principios socialistas.

La primera parte de la tarea ha sido mucho más fácil de cumplir que la segunda. En las ciudades, la revolución tuvo que habérselas con la gran producción, en la que están ocupados decenas y centenares de miles de obreros. Las fábricas pertenecían a un pequeño número de capitalistas, a quienes los obreros pudieron meter en cintura con facilidad. Los obreros tenían ya una larga experiencia gracias a la lucha anterior contra los capitalistas, que les había enseñado a actuar al unísono, con decisión y organizados. Además, la fábrica no necesita ser repartida; lo importante es que toda la producción se oriente de manera que redunde en beneficio de la clase obrera y del campesinado para que los frutos del trabajo no vayan a parar a manos de los capitalistas.

Muy distinta es la situación en lo que se refiere a la tierra. En este caso, para la victoria del socialismo se necesitó una serie de medidas transitorias. Hacer de golpe una finca grande de numerosas haciendas pequeñas de los campesinos es imposible, lo mismo que, naturalmente, lo es conseguir en el acto, en breve plazo, que la agricultura explotada de modo individual se convierta en social y adquiera la forma de gran producción estatal, en la que los productos del trabajo sean disfrutados de manera justa y equitativa por todo el pueblo trabajador y exista el trabajo obligatorio general y equitativo.

Mientras los obreros fabriles de las ciudades habían derribado definitivamente a los capitalistas y se habían sacudido el yugo de la explotación, en el campo no hacía más que empezar la verdadera lucha contra ella.

Después de la Revolución de Octubre hemos acabado con el terrateniente, le hemos quitado la tierra; pero la lucha en el campo no ha terminado aún. La conquista de la tierra, lo mismo que cualquier conquista de los trabajadores, es sólida únicamente cuando se asienta en la iniciativa de los mismos trabajadores, en su propia organización, en su entereza y su firmeza revolucionaria.

¿Tenían esa organización los campesinos trabajadores?

Por desgracia, no; y ahí está la raíz, la causa de todas las dificultades de la lucha.

Los campesinos que no emplean trabajo de otros, que no se lucran con el trabajo de otros, apoyarán siempre, como es natural, que todos reciban tierra por igual, que todos trabajen, que la posesión de la tierra no se convierta en explotación y que, para ello, no se hagan tentativas de apoderarse de la mayor cantidad de parcelas. Pero otra cosa son los kulaks y los parásitos, que se enriquecieron con la guerra, aprovecharon el hambre para vender el trigo a precios fabulosos, lo ocultaron en espera de que éstos volvieran a subir y tratan ahora por todos los medios de enriquecerse a costa de la desgracia del pueblo, del hambre de los pobres del campo y de los obreros de la ciudad.

Los kulaks y los parásitos son enemigos no menos peligrosos que los capitalistas y los terratenientes. Y si el kulak permanece incólume, si no vencemos a los parásitos, volverán sin falta el zar y el capitalista.

La experiencia de todas las revoluciones habidas hasta ahora en Europa confirma con evidencia que la revolución es derrotada sin remedio si los campesinos no vencen la preponderancia de los kulaks.

Todas las revoluciones europeas terminaron sin conseguir sus objetivos precisamente porque el campo no supo ajustar las cuentas a sus enemigos. Los obreros de las ciudades derrocaron a los reyes (en Inglaterra y en Francia, los reyes fueron ejecutados hace varios siglos; sólo nosotros nos hemos retrasado con nuestro zar) y, sin embargo, algún tiempo después volvió a reinar el viejo régimen. Eso se debe a que entonces no existía siquiera en las ciudades la gran producción que agrupara en fábricas a millones de obreros y los cohesionara en un ejército fuerte capaz de resistir, sin

el apoyo de los campesinos, el ataque de los capitalistas y de los kulaks.

Los campesinos pobres no estaban organizados, luchaban mal contra los kulaks, a consecuencia de lo cual la revolución era derrotada también en las ciudades.

Hoy la situación es distinta. En los doscientos años últimos, la gran producción se ha desarrollado tanto y ha cubierto todos los países con una red tan extensa de gigantescas fábricas, con millares y decenas de millares de obreros, que ahora se ha reunido por doquier en las ciudades un gran contingente de obreros organizados, de proletarios que suponen una fuerza suficiente para la victoria definitiva sobre la burguesía, sobre los capitalistas.

En las revoluciones anteriores, los campesinos pobres no contaban con el apoyo de nadie en su dura lucha contra los kulaks.

El proletariado organizado de Rusia -más fuerte y con mayor experiencia que el campesinado (esta experiencia se la dio la lucha anterior)- se encuentra ahora en el poder, es dueño de todos los instrumentos de producción, de todas las fábricas, ferrocarriles, barcos, etc.

Ahora, los campesinos pobres tienen un aliado seguro y fuerte en la lucha contra los kulaks. Los campesinos pobres saben que la ciudad está de parte suya, que el proletariado les ayudará cuanto pueda y les está ayudando ya en la práctica, como han demostrado los recientes acontecimientos.

Todos recordaréis, camaradas, la peligrosa situación en que se hallaba la revolución en julio de este año. La sublevación del cuerpo de ejército checoslovaco tomaba incremento, el hambre aumentaba en las ciudades, y los kulaks se hacían en el campo cada vez más insolentes, atacaban con creciente furia a la ciudad, al Poder soviético, a los campesinos pobres.

Exhortamos a los campesinos pobres a que se organizaran y emprendimos la constitución de comités de campesinos pobres y la organización de destacamentos obreros de abastecimiento. Los eseristas de izquierda se lanzaron a la insurrección. Decían que los comités de campesinos pobres estaban integrados por haraganes y que los obreros robaban el trigo a los campesinos trabajadores.

Nosotros les respondimos que ellos defendían a los kulaks, los cuales habían comprendido que en la lucha contra el Poder soviético podía emplearse también el hambre, y no sólo las armas. Ellos decían: "haraganes". Y nosotros les preguntábamos por qué uno u otro se había hecho un "haragán", por qué se había degenerado, por qué se arruinaba, por qué se había dado a la bebida. ¿Acaso no era por culpa de los kulaks? Los kulaks y los eseristas de izquierda gritaban contra los "haraganes", mientras que ellos mismos se apoderaban del trigo, lo ocultaban y especulaban con él, deseando enriquecerse a costa del hambre y de los sufrimientos de los obreros.

Los kulaks exprimían todo el jugo a los campesinos pobres, aprovechaban el trabajo ajeno y, al mismo tiempo, gritaban: ¡"Haraganes"!

Los kulaks esperaban impacientes a los checoslovacos y hubieran puesto con agrado a un nuevo zar en el trono para seguir explotando impunemente, para continuar dominando al bracero, para continuar lucrándose.

Y toda la salvación estuvo en que el campo se unió a la ciudad, en que los elementos proletarios y semiproletarios del campo -los que no emplean trabajo ajeno- emprendieron con los obreros de la ciudad la campaña contra los kulaks y los parásitos.

Para llegar a esta unión hubo que hacer mucho en el terreno del abastecimiento. La población obrera de las ciudades sufría un hambre inaudita, mientras que los kulaks se decían: "Retendré un poco más mi trigo, a lo mejor pagan más caro por él".

Los kulaks, como es natural, no tienen prisa: disponen de bastante dinero; ellos mismos cuentan que han acumulado a espuertas billetes de banco emitidos por Kerenski.

Pero gentes capaces de ocultar y acumular trigo en época de hambre son de los peores criminales. Hay que combatirlos como a los peores enemigos del pueblo.

Y esta lucha en el campo la hemos iniciado.

Los mencheviques y los eseristas nos asustaban con la escisión que llevaríamos al campo si organizábamos los comités de campesinos pobres. Mas ¿qué significa no escindir el campo? Significa dejarlo bajo el poder del kulak. Y nosotros no queremos eso; por ello decidimos escindir el campo. Nosotros decíamos: es cierto que perdemos a los kulaks, no ocultamos esta desgracia (*Risas*), pero ganamos a miles y millones de campesinos pobres, que se pondrán aliado de los obreros. (*Aplausos*.)

Y así está sucediendo. La escisión en el campo no ha hecho más que mostrar con mayor claridad dónde están los campesinos pobres, dónde están los campesinos medios, que no emplean trabajo ajeno, y dónde están los parásitos y los kulaks.

Los obreros han prestado y prestan su ayuda a los campesinos pobres en la lucha contra los kulaks. En la guerra civil surgida en el campo, los obreros están al lado de los campesinos pobres, de la misma manera que lo estuvieron cuando aprobaron la ley de socialización de la tierra presentada por los eseristas.

Nosotros, los bolcheviques, éramos enemigos de esa ley. Pero, a pesar de ello, la firmamos porque no queríamos marchar contra la voluntad de la mayoría del campesinado. La voluntad de la mayoría es siempre obligatoria para nosotros, y marchar contra esa voluntad significa traicionar la revolución.

No queríamos imponer al campesinado la idea, que le era ajena, de la inanidad del reparto igualitario de la tierra. Considerábamos que sería mejor que los

mismos campesinos trabajadores probaran sobre sus propias espaldas, en su propia piel, lo absurdo del reparto igualitario. Sólo entonces podríamos preguntarles dónde estaba la salida de la ruina y de la preponderancia de los kulaks que el reparto de la tierra ha originado.

El reparto era bueno sólo para empezar. Debía mostrar que la tierra dejaba de pertenecer a los terratenientes y pasaba a los campesinos. Pero esto no basta. La salida está sólo en el laboreo colectivo de la tierra.

Vosotros no os dabais cuenta, pero la propia vida os convence de ello. Las comunas, el laboreo colectivo, las cooperativas de campesinos: he ahí el remedio para salvarse de las desventajas de la pequeña hacienda, he ahí el medio para elevar y mejorar la hacienda, ahorrar energías y luchar contra los kulaks, el parasitismo y la explotación.

Sabíamos perfectamente que los campesinos viven como enraizados en la tierra: los campesinos temen las novedades, se aferran tenazmente a lo antiguo. Sabíamos que los campesinos creerían en las ventajas de una u otra medida sólo cuando comprendieran con su propia inteligencia esas ventajas. Por eso ayudamos al reparto de la tierra, aunque comprendíamos que ésa no era la solución.

Pero ahora los propios campesinos pobres comienzan a darnos la razón. La vida les enseña que allí donde son necesarios, por ejemplo, diez arados porque la tierra está dividida en cien parcelas, con la comuna necesitarían menos arados, ya que la tierra no estaría tan diseminada. La comuna permite a todo un artel, a toda una cooperativa introducir en la hacienda mejoras inaccesibles a los pequeños propietarios individuales, etc.

Es claro que no se conseguirá pasar en el acto por doquier al usufructo colectivo de la tierra. Los kulaks se resistirán a ello por todos los medios; incluso los propios campesinos se oponen con frecuencia a la implantación de la comuna en la agricultura. Pero cuanto más se convenza el campesinado por los ejemplos, por experiencia propia, de las ventajas de la comuna, mayor será el éxito de esta labor.

En esta tarea desempeñan un importante papel los comités de campesinos pobres. Es necesario que estos comités se propaguen por toda Rusia. Hace ya mucho se ha intensificado su formación. En Petrogrado se celebró hace unos días el Congreso de comités de campesinos pobres de la región del Norte. En lugar de los 7.000 representantes que se esperaban, llegaron 20.000 y en el local preparado para el congreso no cabían todos los que acudieron. Nos sacó del apuro el buen tiempo, que permitió celebrar el congreso al aire libre, en la plaza que hay delante del Palacio de Invierno.

Este congreso ha demostrado que en el campo se comprende bien la guerra civil: los campesinos pobres se agrupan y cierran filas contra los kulaks, los ricachones y los parásitos.

El Comité Central de nuestro partido ha preparado un plan de transformación de los comités de campesinos pobres, que será presentado a la aprobación del VI Congreso de los Soviets. Hemos acordado que los comités de campesinos pobres y los Soviets rurales no deben existir por separado, pues, en caso contrario, habrá discordias y verborrea. Fusionaremos los comités de campesinos pobres con los Soviets, haremos que los primeros se conviertan en los segundos.

Sabemos que los kulaks también se infiltran a veces en los comités de campesinos pobres. Si esto continúa, los campesinos pobres tendrán ante dichos comités la misma actitud que ante los Soviets de kulaks de Kerenski y Avxéntiev. El cambio de nombre no engaña a nadie. En vista de ello se piensa celebrar nuevas elecciones de comités de campesinos pobres. Sólo tienen derecho a elegir a los componentes de dichos comités quienes no explotan trabajo de nadie, quienes no roban, aprovechándose del hambre del pueblo, quienes no especulan con los excedentes de trigo ni lo ocultan. En los comités de campesinos pobres, de carácter proletario, no puede haber lugar para kulaks ni parásitos.

El Poder soviético ha decidido asignar 1.000 millones de rublos para un fondo especial destinado a fomentar la agricultura. Se prestará ayuda financiera y técnica a todas las comunas existentes y a las que se funden.

Si hacen falta intelectuales especialistas, los enviaremos. Aunque en su mayoría son contrarrevolucionarios, los comités de campesinos pobres sabrán hacerles trabajar, y ellos trabajarán para el pueblo no peor que lo hacían antes para los explotadores. En general, nuestros intelectuales han podido convencerse ya de que, saboteando y malogrando premeditadamente el trabajo, no podrán derribar el poder obrero.

Tampoco tememos al imperialismo extranjero. Alemania se ha quemado ya las manos en Ucrania. En lugar de los sesenta millones de puds de trigo que esperaba sacar de allí, ha sacado sólo nueve millones y, por añadidura, el bolchevismo ruso, por el que no siente ninguna simpatía especial. (*Clamorosos aplausos*.) No está excluido, ni mucho menos, que les pase otro tanto a los ingleses, a quienes podemos decir: ¡tengan cuidado, señores, no se vayan a atragantar! (*Risas y aplausos*.)

Sin embargo, el peligro existirá para nosotros mientras nuestros hermanos del extranjero no se hayan alzado en todas partes. Por eso debemos seguir organizando y fortaleciendo nuestro Ejército Rojo. Esta obra debe ser entrañable en especial para los campesinos pobres, quienes sólo bajo la protección de nuestro ejército pueden dedicarse a su propia hacienda.

Camaradas, el paso a la nueva economía

transcurrirá, probablemente, con lentitud; mas es necesario llevar a la práctica sin vacilaciones los principios de la hacienda comunal.

Contra los kulaks hay que luchar enérgicamente, no hacer ninguna transacción con ellos.

Con los campesinos medios podemos trabajar juntos y luchar juntos contra los kulaks. No tenemos nada contra los campesinos medios. Es posible que no sean socialistas ni lleguen a serlo, mas la experiencia les demostrará los beneficios del laboreo colectivo de la tierra, y la mayoría de ellos no opondrá resistencia.

Por lo que se refiere a los kulaks, les decimos: tampoco tenemos nada contra ustedes, pero entreguen sus excedentes de trigo, no especulen ni exploten trabajo ajeno. Mientras no hagan eso, llevaremos contra ustedes una lucha implacable.

No quitamos nada a los trabajadores; pero les expropiaremos todo a quienes emplean trabajo asalariado, a quienes se lucran a costa de otros. (*Clamorosos aplausos*.)

Publicado el 10 de noviembre de 1918 en el núm. 185 de "Bednotá".

T. 37, págs. 175-182.

DISCURSO EN EL I CONGRESO DE OBRERAS DE TODA RUSIA.

(*Las delegadas acogen al camarada Lenin con prolongados Aplausos que se transforman en ovación.*)

Camaradas: En cierto sentido, el congreso de la parte femenina del ejército proletario reviste singular importancia, ya que en todos los países son las mujeres las que se suman con más dificultad al movimiento. No puede haber revolución socialista si la inmensa mayoría de las mujeres trabajadoras no toman gran parte en ella.

La situación de la mujer es tal en todos los países civilizados, incluso en los más adelantados, que no sin motivo se denomina a ésta esclava del hogar. En ningún Estado capitalista, ni siquiera en la república más libre, existe plena igualdad de derechos de la mujer.

La tarea de la República Soviética consiste, primero, en acabar con todas las restricciones de los derechos de la mujer. El Poder soviético ha suprimido por completo el proceso de divorcio, que en la sociedad burguesa es fuente de ignominias, de opresión y de humillaciones.

Pronto hará un año que existe una legislación plenamente libre sobre el divorcio. Hemos dictado un decreto que ha puesto fin a la diferencia entre hijos legítimos y naturales y a toda una serie de trabas de orden político; en ninguna otra parte se han visto realizadas con tanta amplitud la igualdad y la libertad de la mujer trabajadora.

Sabemos que todo el peso de las normas anticuadas recae sobre las mujeres de la clase obrera.

Nuestra ley ha tachado por primera vez en la historia todo lo que convertía a la mujer en un ser privado de derechos. Mas no se trata de la ley. En nuestras ciudades y en las zonas fabriles, esta ley sobre la plena libertad de matrimonio arraiga bien, pero en el campo es muy frecuente que sea sólo papel mojado. Allí predomina hasta ahora el matrimonio eclesiástico, y se debe a la influencia de los clérigos; es más difícil combatir este mal que la vieja legislación.

Es preciso luchar contra los prejuicios religiosos con extraordinaria cautela; causan grave daño quienes en esta lucha hieren los sentimientos religiosos. Hay que luchar por medio de la propaganda, por medio de la ilustración. Enconando la lucha, podemos exasperar a la masa; una lucha así acentúa la división de las masas según su actitud ante la religión, cuando lo cierto es que nuestra fuerza reside en la unión. La fuente más profunda de los prejuicios religiosos está en la miseria y la ignorancia; éste es el mal que debemos combatir.

Hasta ahora, la situación de la mujer ha sido tal que se la ha calificado de esclavitud; la mujer ha estado agobiada por los quehaceres de la casa, y de esta situación sólo puede sacarla el socialismo. Sólo cuando pasemos de las pequeñas haciendas a la economía colectiva y al laboreo en común de la tierra existirá la plena libertad y la emancipación de la mujer. Esta tarea es difícil, pero ahora, cuando se forman los comités de campesinos pobres, llega el momento en que se afianza la revolución socialista.

Sólo ahora se organiza la parte más pobre de la población en el campo, y en estas organizaciones de los campesinos pobres el socialismo adquiere una base sólida.

Antes ocurría con frecuencia que la ciudad emprendía el camino revolucionario, y después de ella actuaba el campo.

La presente revolución se apoya en el campo, y en esto consiste su significado y su fuerza. La experiencia de todos los movimientos liberadores confirma que el éxito de la revolución depende del grado en que participen en ella las mujeres. El Poder soviético hace cuanto puede para que la mujer desarrolle con independencia su actividad socialista proletaria.

La situación del Poder soviético es difícil por cuanto los imperialistas de todos los países odian a la Rusia Soviética y se disponen a hacerle la guerra por haber sido ella la que ha provocado el incendio de la revolución en toda una serie de países y ha dado pasos enérgicos hacia el socialismo.

Ahora, cuando los imperialistas quieren aplastar a la Rusia revolucionaria, ellos mismos ven que empieza a arder el terreno que pisan. Sabéis cómo crece el movimiento revolucionario en Alemania; en Dinamarca los obreros luchan contra el gobierno. Se intensifica el movimiento revolucionario en Suiza y Holanda. En estos pequeños países, el movimiento revolucionario no tiene importancia por sí solo, pero es sintomático en especial porque en estos países no ha habido guerra y existía el régimen democrático más "constitucional". Si países así se ponen en

movimiento, esto nos da la seguridad de que el movimiento revolucionario se extiende a todo el mundo.

Hasta ahora, ninguna república ha podido emancipar a la mujer. El Poder soviético le ayuda. Nuestra causa es invencible, porque en todos los países se alza la invencible clase obrera. Este movimiento implica el ascenso de la invencible revolución socialista. (*Prolongados aplausos. Se canta La Internacional*.)

Información periodística publicada el 20 de noviembre de 1918 en el núm. 253 de "Izvestia del CEC de toda Rusia".

T. 37, págs. 185-187.

LAS PRECIOSAS CONFESIONES DE PITIRIM SOROKIN.

Pravda ha reproducido hoy una interesantísima carta de Pitirim Sorokin, a la que todos los comunistas deben prestar singular atención. En esta carta, que ha sido publicada en Izvestia *Sévero-Dvínskogo Ispolnítelnogo Komiteta*, Pitirim Sorokin informa que se ha dado de baja del partido de los eseristas de derecha y que renuncia al acta de diputado a la Asamblea Constituyente. Los motivos aludidos por el autor de la carta consisten en que le es difícil dar no sólo a otros, sino incluso a sí mismo, recetas políticas salvadoras, en vista de lo cual "se retira de toda política". "El año de revolución transcurrido -escribe Pitirim Sorokin- me ha enseñado una verdad: los políticos pueden equivocarse, la política puede ser útil para la sociedad, pero puede ser también perjudicial; en cambio, la labor en la ciencia y en la instrucción pública siempre es útil, siempre es necesaria para el pueblo..." Al pie de la carta figura esta firma: "Pitirim Sorokin, auxiliar de cátedra de la Universidad de San Petersburgo y del Instituto Siconeurológico, ex diputado a la Asamblea Constituyente y ex miembro del partido de los eseristas".

Esta carta es digna de atención, primero, como "documento humano" de extraordinario interés. No es muy frecuente ver la sinceridad y la franqueza con qué P. Sorokin reconoce que su política es errónea. Casi en la mayoría de los casos, los políticos que se convencen de que la pauta seguida por ellos es equivocada, intentan enmascarar su viraje, velado, "inventar" algún motivo más o menos accesorio, etc. El reconocimiento franco y honrado de su error político es por sí mismo un importante acto político. Pitirim Sorokin no tiene razón cuando dice que la labor en la ciencia "siempre es útil", pues también en este terreno se cometen errores. En la literatura rusa encontramos asimismo ejemplos de personas evidentemente no reaccionarias que preconizaron con tenacidad opiniones reaccionarias, por ejemplo, filosóficas. Por otro lado, la declaración pública de un hombre destacado, es decir, de un hombre que ha ocupado un puesto político de responsabilidad y conocido de todo el pueblo, anunciando que se retira de la política, *es también política*. El reconocimiento honrado de un error político es de gran provecho político para muchas personas, si se trata de un error en el que han incurrido partidos enteros, en otros tiempos con influencia entre las masas.

La carta de Pitirim Sorokin tiene extraordinaria importancia política precisamente en los momentos actuales. Nos da a todos una "lección" que es necesario meditar bien y asimilar.

Todo marxista conoce desde hace mucho la verdad de que las fuerzas *decisivas* de cualquier sociedad capitalista sólo pueden ser el proletariado y la burguesía, en tanto que todos los elementos sociales que median entre estas dos clases, a los que se da la denominación económica de pequeña burguesía, vacilan *inevitablemente* entre estas fuerzas decisivas. Pero hay un trecho inmenso entre el reconocimiento libresco de esta verdad y el acierto para hacer las deducciones que se derivan de ella en una situación compleja de la actividad práctica.

Pitirim Sorokin representa una corriente social y política de extraordinaria influencia: la menchevique-eserista. Los acontecimientos de la revolución rusa a partir de febrero de 1917 han mostrado con particular fuerza de convicción y singular evidencia que se trata de una sola corriente, que la diferencia entre mencheviques y eseristas desde el punto de vista de su actitud ante la lucha entre la burguesía y el proletariado no es esencial. Los mencheviques y los eseristas son variedades de la democracia pequeñoburguesa: tal es la esencia económica y la característica política fundamental de esa corriente. La historia de los países avanzados nos enseña que esta corriente se tiñe a menudo de "socialista" en su juventud.

Y cabe preguntar: ¿qué fue, sobre todo, lo que apartó a los representantes de esta tendencia, hace varios meses, de los bolcheviques, de la revolución proletaria, y qué les impulsa ahora a dar el viraje de la hostilidad a la neutralidad? Es evidente por completo que las causas del viraje han sido, primero, la bancarrota del imperialismo alemán unida a la revolución en Alemania[104] y en otros países y al desenmascaramiento del imperialismo anglo-francés, y, segundo, el desenmascaramiento de las ilusiones democráticas burguesas.

Examinemos la primera causa. El patriotismo es uno de los sentimientos más profundos, afianzados por siglos y milenios de patrias aisladas. Entre las dificultades grandes en particular, podría decirse que excepcionales, de nuestra revolución proletaria figuraba la circunstancia de que tuvo que atravesar el

período de más violenta divergencia con el patriotismo, el período de la paz de Brest. La amargura, la ira y la furiosa indignación suscitadas por esta paz son comprensibles. Y no hace falta decir que nosotros, los marxistas, sólo de la vanguardia consciente del proletariado podíamos esperar que comprendiera esta verdad: hacemos y debemos hacer los mayores sacrificios nacionales en aras del interés supremo de la revolución proletaria mundial. Los ideólogos no pertenecientes al marxismo y las amplias masas trabajadoras que no forman parte del proletariado, forjado durante largos años en la escuela huelguística y revolucionaria, no tenían de donde sacar ni el firme convencimiento de que maduraba esta revolución ni la fidelidad incondicional a la misma. En el mejor de los casos, nuestra táctica les parecía fantasía, fanatismo, aventura, sacrificar los intereses evidentes y reales de centenares de millones de seres en aras de la esperanza abstracta, utópica o dudosa de lo que pudiera ocurrir en otros países. Y la pequeña burguesía, por su situación económica, es más patriótica que la burguesía y que el proletariado.

Pero ha resultado como nosotros decíamos.

El imperialismo alemán, que parecía el único enemigo, se ha desplomado. La revolución alemana, que parecía un "sueño-farsa" (utilizando la conocida expresión de Plejánov), se ha convertido en una realidad. El imperialismo anglo-francés, que la fantasía de los demócratas pequeñoburgueses hacía aparecer como amigo de la democracia y defensor de los oprimidos, ha resultado en la práctica una fiera que ha impuesto a la República alemana y a los pueblos de Austria condiciones peores que las de Brest, una fiera que utiliza las tropas de los republicanos "libres", de los franceses y de los norteamericanos, como gendarmes y verdugos para estrangular la independencia y la libertad de las naciones pequeñas y débiles. La historia mundial ha arrancado con decisión y sinceridad implacables la careta a este imperialismo. Los hechos de la historia universal han probado a los patriotas rusos -los cuales no querían saber nada que no fueran las ventajas inmediatas (comprendidas también a la antigua) de su patria- que la transformación de nuestra revolución, rusa, en socialista no era una aventura, sino una necesidad, pues *no había otra elección*: el imperialismo anglo-francés y norteamericano estrangulará *indefectiblemente* la independencia y la libertad de Rusia si no triunfa la revolución socialista mundial, el bolchevismo mundial.

Los hechos son tozudos, dice un proverbio inglés. Y en los últimos meses hemos vivido hechos que implican un grandioso viraje en toda la historia universal. Estos hechos obligan a los demócratas pequeñoburgueses de Rusia, pese a su odio al bolchevismo -alimentado por la historia de nuestra lucha interna de partido-, a dar un viraje y pasar de la hostilidad al bolchevismo a la neutralidad, primero, y al apoyo a éste, después. Han dejado de existir las condiciones objetivas que apartaban de nosotros con particular violencia a esos patriotas-demócratas. Han aparecido condiciones objetivas mundiales que les *obligan* a orientarse hacia nosotros. El viraje de Pitirim Sorokin no es, ni mucho menos, una casualidad, sino la manifestación del viraje inevitable de *toda una clase*, de toda la democracia pequeñoburguesa. Quien no sepa tener esto en cuenta y aprovecharlo, no será marxista, será un mal socialista.

Prosigamos. En todos los países se han mantenido durante siglos y decenios, con particular persistencia entre la pequeña burguesía, la fe en la acción universal y salvadora de la "democracia" *en general* y la incomprensión de que esa democracia *es burguesa*, de que su eficacia y su necesidad tienen una limitación histórica. El gran burgués se las sabe todas, sabe que la república democrática, como cualquier otra forma de Estado bajo el capitalismo, no es otra cosa que una máquina para oprimir al proletariado. El gran burgués *sabe* esto gracias a su más íntimo conocimiento de los verdaderos dirigentes y de los resortes más profundos (y, con frecuencia, los más ocultos, a causa de ello) de toda máquina estatal burguesa. Por su situación económica y todas las condiciones de su vida, el pequeño burgués es menos capaz de comprender esta verdad y abriga incluso la ilusión de que la república democrática significa la "democracia pura", el "Estado popular libre", el poder soberano del pueblo al margen o por encima de las clases, la pura expresión de la voluntad popular, etc., etc. El demócrata pequeñoburgués se halla más alejado de la aguda lucha de clases, de la bolsa, de la "verdadera" política, lo que engendra inevitablemente la pervivencia de sus prejuicios. Y sería en absoluto no marxista esperar que sea posible desarraigar esos prejuicios sólo con propaganda y a breve plazo.

Pero la historia universal avanza ahora con una velocidad tan vertiginosa y destruye todo lo habitual, todo lo viejo, con un mazo de potencia tan inmensa, con crisis de fuerza tan inusitada que los prejuicios más arraigados no pueden resistir. En el "demócrata en general" surgió de modo natural e inevitable la ingenua confianza en la Constituyente, la ingenua contraposición de la "democracia pura" a la "dictadura del proletariado". Pero lo sobrevivido por los partidarios de la Constituyente en Arjánguelsk y en Samara, en Siberia y en el Sur[105] no podía menos de destruir los prejuicios más persistentes. La idealizada república democrática de Wilson *ha resultado* en la práctica una forma de imperialismo de lo más rabioso, de la más desvergonzada opresión y estrangulamiento de los pueblos débiles y pequeños. El "demócrata" de la base en general, el

menchevique y el eserista, pensaba: "¡Para qué soñar con un tipo de Estado supuestamente superior, con un Poder soviético! ¡Bastará con que Dios nos dé una república democrática corriente!" Y, como es natural, en tiempos "corrientes", en tiempos relativamente pacíficos, semejante "esperanza" hubiera durado largos decenios.

Pero ahora, el curso de los acontecimientos mundiales y las duras lecciones de la alianza concluida por todos los monárquicos de Rusia con el imperialismo anglo-francés y norteamericano muestran en la práctica que la república democrática es una república democrática burguesa, envejecida ya desde el punto de vista de las cuestiones planteadas por el imperialismo en el orden del día de la historia; que no hay otra elección posible: o el Poder soviético vence en todos los países avanzados del mundo o se impone el imperialismo angloamericano, el más reaccionario y más furioso, que ha aprendido a las mil maravillas a aprovechar la forma de la república democrática, que asfixia a todos los pueblos pequeños y débiles y que restaura la reacción en todo el mundo.

O una cosa u otra.

No hay términos medios. Hasta hace poco se consideraba que ese punto de vista era fanatismo ciego de los bolcheviques.

Pero ha ocurrido precisamente así.

No es una casualidad que Pitirim Sorokin haya renunciado al acta de diputado a la Asamblea Constituyente: eso es un síntoma del viraje de toda una clase, de toda la democracia pequeñoburguesa. La escisión de sus filas es inevitable: una parte vendrá a nuestro lado, otra parte permanecerá neutral y otra se incorporará conscientemente a los democonstitucionalistas y los monárquicos, que venden Rusia al capital angloamericano y tratan de aplastar la revolución con bayonetas extranjeras. Una de las tareas esenciales del momento consiste en saber tener en cuenta y utilizar este viraje que se produce entre la democracia menchevique y eserista: el paso de la hostilidad al bolchevismo a la neutralidad, primero, y al apoyo a éste, después.

Toda consigna lanzada por el partido a las masas tiene la propiedad de anquilosarse, quedar muerta y conservar su vigencia para muchas personas incluso después de haberse modificado las condiciones que la hicieron necesaria. Este mal es inevitable, y sin aprender a luchar contra él y a vencerlo es imposible asegurar la justa política del partido. El período en que nuestra revolución proletaria se apartó con brusquedad particular de la democracia menchevique y eserista fue una necesidad histórica; era imposible prescindir de esa dura lucha contra semejantes demócratas en un momento en que se inclinaban al campo de nuestros enemigos y se dedicaban a restablecer la república democrática *burguesa e imperialista*. Ahora, las consignas de esa lucha se han quedado yertas y rígidas en una serie de casos, *impidiendo* tener en cuenta con acierto y aprovechar convenientemente la nueva situación, en la que se ha iniciado un nuevo viraje entre esa democracia, un viraje hacia nosotros, un viraje que no es casual, sino que tiene sus raíces en las condiciones más profundas de toda la situación internacional.

No basta con apoyar este viraje y acoger amistosamente a quienes vienen hacia nosotros. Un político que comprenda sus tareas debe aprender a *suscitar* ese viraje en las distintas capas y grupos de la amplia masa democrática pequeñoburguesa si está convencido de que existen causas históricas serias y profundas para semejante viraje. El proletariado revolucionario debe saber a quién es necesario aplastar, con quién, cuándo y cómo hay que saber concluir un acuerdo. Sería ridículo y estúpido renunciar al terror y al aplastamiento con relación a los terratenientes, a los capitalistas y a sus lacayos, que venden Rusia a los imperialistas extranjeros "aliados". Sería una farsa intentar "convencerlos" y, en general, "influir sicológicamente" en ellos. Pero, en la misma medida, si no más, sería ridículo y estúpido insistir exclusivamente en la táctica del aplastamiento y del terror con relación a la democracia pequeñoburguesa cuando la marcha de los acontecimientos la obliga a venir hacia nosotros.

Y el proletariado encuentra a esa democracia por doquier. En el campo, nuestra tarea consiste en acabar con los terratenientes y en romper la resistencia de los explotadores y de los kulaks especuladores; para esto *sólo* podemos apoyarnos firmemente en los semiproletarios, en los "pobres". Pero el campesino medio no es enemigo nuestro. Ha vacilado, vacila y seguirá vacilando: la tarea de influir sobre los vacilantes *no es la misma* que la de derrocar a los explotadores y la de vencer a los enemigos activos. Saber llegar a un acuerdo con los campesinos medios, sin renunciar ni un instante a la lucha contra los kulaks y apoyándose firmemente sólo en los campesinos pobres: tal es la tarea del momento, pues ahora, precisamente, el viraje de los campesinos medios hacia nosotros es inevitable en virtud de las causas expuestas más arriba.

Lo mismo hay que decir de los artesanos de la ciudad y del campo, del obrero que trabaja en las condiciones más pequeñoburguesas o que conserva en mayor grado las opiniones pequeñoburguesas, de muchos empleados, de los oficiales y, particularmente, de los intelectuales en general. Es indudable que en nuestro partido se observa con frecuencia incapacidad para aprovechar el viraje entre ellos y que esa incapacidad puede y debe ser superada y transformada en capacidad.

Contamos ya con un firme apoyo en la inmensa mayoría de los proletarios organizados en sindicatos. Hay que saber ganar, incorporar a la organización general y someter a la disciplina proletaria general a

las capas trabajadoras menos proletarias, más pequeñoburguesas, que se orientan hacia nosotros. En este terreno, la consigna del momento no es luchar contra ellas, sino ganárnoslas, influir sobre ellas, convencer a los vacilantes, aprovechar a los neutrales, educar -con el ambiente de la gran influencia proletaria- a quienes se han rezagado o hace muy poco que han comenzado a abandonar las ilusiones en la Constituyente o en la "democracia patria".

Contamos ya: con un apoyo suficientemente firme entre las masas trabajadoras, como lo ha demostrado con particular evidencia el VI Congreso de los Soviets. No tememos a los intelectuales burgueses, y no debilitaremos ni un instante la lucha contra los saboteadores premeditados y guardias blancos que surjan de su seno. Mas la consigna del momento es saber aprovechar el viraje hacia nosotros que se observa entre ellos. En nuestro país quedan aún no pocos de los peores intelectuales burgueses que "se pegan" al Poder soviético: arrojados por la borda y sustituidos por intelectuales que ayer aún se mantenían conscientemente hostiles a nosotros y que hoy son sólo neutrales constituye una importantísima tarea del momento, una tarea de todos los dirigentes soviéticos que tienen contacto con la "intelectualidad", una tarea de todos los agitadores, propagandistas y organizadores.

Es claro que el acuerdo con el campesino medio, con el obrero menchevique de ayer, con el empleado o el intelectual saboteador de ayer requiere capacidad, lo mismo que cualquier otra acción política en una situación compleja que cambia vertiginosamente. La cuestión reside en no darnos por satisfechos con la capacidad de que nos ha dotado nuestra experiencia anterior, sino en ir *sin falta más allá*, en conseguir *obligatoriamente más*, en pasar a toda costa de las tareas más fáciles a las más difíciles. Sin esto es imposible ningún progreso en general y, en particular, el progreso en la edificación socialista.

Hace unos días me visitaron unos representantes del congreso de delegados de las cooperativas de crédito. Me mostraron una resolución de su congreso *contra la fusión* del Banco de Crédito Cooperativo con el Banco Popular de la República. Les dije que soy partidario del acuerdo con el campesino medio y que aprecio profundamente incluso el comienzo del viraje de los cooperativistas de la hostilidad a la neutralidad con relación a los bolcheviques; pero el terreno para el acuerdo lo proporciona únicamente su conformidad con la fusión completa del banco especial con el banco único de la República. Los representantes del congreso sustituyeron entonces su resolución por otra, hicieron que el congreso aprobara otra resolución, en la que eliminaron todo lo que se decía, contra la fusión, pero... pero proponían constituir una "unión de crédito" *especial* de los cooperativistas, ¡que en la práctica no se diferencia en nada de un banco especial! Esto era ridículo. Cambiando de rótulo se puede, naturalmente, satisfacer o engañar sólo a un tonto. Pero el "fracaso" de uno de estos... "intentos" no hará vacilar lo más mínimo nuestra política; con relación a los cooperativistas, a los campesinos medios, hemos aplicado y seguiremos aplicando la política del acuerdo, cortando de manera tajante todo intento de modificar la *pauta* del Poder soviético y de la edificación socialista soviética.

Las vacilaciones de los demócratas pequeñoburgueses son inevitables. Bastaron unas cuantas victorias del cuerpo de ejército checoslovaco para que estos demócratas fueran presas del pánico, sembraran el pánico, desertaran al campo de los "vencedores" y se dispusieran a recibirlos servilmente. Como es natural, no se puede olvidar ni un instante que ahora bastarán también éxitos parciales, por ejemplo, de los guardias blancos angloamericanos-krasnovianos para que las vacilaciones comiencen en otro lado, cunda el pánico, se multipliquen los casos de siembra del pánico, de traición y de deserción al campo imperialista, etc., etc.

Todo eso lo sabemos. Y no lo olvidaremos. La base puramente proletaria del Poder soviético, conquistada por nosotros y apoyada por los semiproletarios, seguirá siendo firme. Nuestra legión no temblará, nuestro ejército no vacilará: lo sabemos ya por experiencia. Pero cuando profundísimos cambios de importancia histórica universal provocan un viraje inevitable hacia nosotros entre las masas de la democracia sin filiación política, menchevique y eserista, debemos aprender, y aprenderemos, a aprovechar ese viraje, a apoyarlo, a provocarlo en los correspondientes grupos y capas, a hacer todo lo posible en aras del acuerdo con estos elementos, a aliviar con ello la labor de edificación socialista, a disminuir la carga de la dolorosa ruina, de la incultura y de la incapacidad, que frenan la victoria del socialismo.

Escrito el 20 de noviembre de 1918. Publicado el 21 de noviembre de 1918 en el núm. 252 de "Pravda".

T. 37, págs. 188-197.

REUNIÓN DE LOS CUADROS DEL PARTIDO CELEBRADA EN MOSCÚ.

27 de noviembre de 1918.

1. Informe sobre la actitud del proletariado ante la democracia pequeñoburguesa.

Camaradas: Quisiera hablar de las tareas que incumben a nuestro partido y al Poder soviético en lo relativo a la actitud del proletariado ante la democracia pequeñoburguesa. Es indudable que los últimos acontecimientos plantean esta cuestión a la orden del día, ya que el gigantesco cambio operado en la situación internacional -por ejemplo, la anulación del Tratado de Brest, la revolución en Alemania, la bancarrota del imperialismo alemán y la descomposición del imperialismo angloamericano-no podía menos de socavar toda una serie de tesis democráticas burguesas que constituyen el fundamento teórico de la democracia pequeñoburguesa. La situación militar de Rusia y la presión del imperialismo anglo-francés y norteamericano debían empujar forzosamente a una parte de esa democracia pequeñoburguesa más o menos a nuestro lado. En la tarde de hoy quisiera hablar precisamente de esos cambios que es necesario introducir en nuestra táctica y de las nuevas tareas que se nos plantean.

Permitidme que empiece por algunas tesis teóricas fundamentales. No cabe duda de que el principal sector de la sociedad que constituye la base económica de la democracia pequeñoburguesa en Rusia es el de los campesinos medios. No cabe duda de que la revolución socialista y la transición del capitalismo al socialismo debe adquirir por fuerza formas especiales en un país donde la población campesina es muy numerosa. Por eso quisiera recordaros, ante todo, cómo fueron creándose las tesis fundamentales del marxismo sobre la actitud del proletariado ante los campesinos medios. Para recordároslo, leeré unas cuantas manifestaciones hechas por Engels en su artículo *El problema campesino en Francia y en Alemania*. Este artículo, publicado en un folleto, fue escrito en 1895 ó 1894, cuando el problema del programa agrario del Partido Socialista con relación al campesinado se planteaba de hecho a la orden del día con motivo de la discusión del programa de la socialdemocracia alemana en su congreso de Breslau. He aquí lo que opinaba entonces Engels sobre la actitud del proletariado: "¿Cuál es, pues, nuestra actitud ante los pequeños campesinos?... En primer lugar, es absolutamente exacta la afirmación concebida en el programa francés de que, aun previendo la inevitable desaparición de los pequeños campesinos, no somos nosotros, ni mucho menos, los llamados a acelerarla con nuestras injerencias. Y, en segundo lugar, es asimismo evidente que, cuando estemos en posesión del poder del Estado, no pensaremos siquiera en expropiar violentamente a los pequeños campesinos (ya sea con indemnización o sin ella), como nos veremos obligados a hacer con los grandes terratenientes. Nuestra misión respecto a los pequeños campesinos consistirá, ante todo, en encauzar su producción individual y su propiedad privada hacia un régimen cooperativo, no por la fuerza, sino con el ejemplo, y brindando ayuda social para este fin".

Más adelante, Engels decía acerca de esto: "Ni ahora ni nunca podremos prometer a los campesinos parcelistas la conservación de la propiedad individual y de la explotación individual de la tierra contra el empuje arrollador de la producción capitalista. Lo único que podemos prometerles es que no nos entrometeremos violentamente en su régimen de propiedad contra la voluntad de ellos".

La última manifestación que quisiera recordaros se refiere a los campesinos ricos, a los grandes campesinos (a los "kulaks", como decimos en ruso), a los campesinos que no pueden pasarse sin emplear mano de obra asalariada. Si estos campesinos no comprenden que su actual modo de producción está irremisiblemente condenado a perecer y no saben sacar las deducciones pertinentes, los marxistas no podrán hacer nada por ellos. Nos encargaremos solamente de facilitarles también a ellos el paso al nuevo modo de producción.

Esas son las tesis que quería recordaros y que, sin duda, conocen todos los comunistas. Por ellas vemos que la tarea del proletariado, una vez dueño del poder del Estado, en modo alguno puede ser la misma en los países donde predomina el régimen de la gran propiedad capitalista que en aquellos donde existen campesinos pequeños, medios y grandes atrasados. Como se ve, hemos expuesto con toda exactitud las tareas del marxismo cuando decíamos que nuestro deber consistía en hacer la guerra al terrateniente explotador.

Por lo que se refiere al campesino medio, decimos: en modo alguno nada de violencia. En cuanto al gran campesino, afirmamos: nuestra consigna es someterlos al monopolio cerealista; luchar contra ellos cuando infringen este monopolio, cuando ocultan el trigo. Hace poco he tenido ocasión de repetir estas tesis en una reunión de varios centenares de representantes de los comités de campesinos pobres, llegados a Moscú al tiempo de celebrarse el VI Congreso*. En las publicaciones de nuestro partido, en la propaganda y en la agitación hemos destacado siempre esta diferencia en nuestra posición ante la gran burguesía y la pequeña burguesía. Mas aunque todos estábamos de acuerdo desde el punto de vista teórico, no todos, ni mucho menos, ni con la suficiente rapidez, han sacado las correspondientes conclusiones políticas. Y yo he comenzado adrede desde muy lejos, por decirlo así, a fin de mostraros qué concepciones económicas sobre las relaciones mutuas de las clases deben servirnos de guía para plantear con razones indiscutibles nuestra política respecto a la democracia pequeñoburguesa. No cabe duda de que esta clase de pequeños campesinos (denominamos campesino medio al que no vende su fuerza de trabajo), este campesino constituye, por lo menos en Rusia, la principal clase económica que sirve de base a la gran variedad de corrientes políticas de la democracia pequeñoburguesa. En Rusia, estas corrientes están vinculadas, sobre todo, a los partidos de los mencheviques y de los eseristas. La historia del socialismo en Rusia conoce una larga lucha de los bolcheviques contra esos partidos, con la particularidad de que los socialistas de Europa Occidental la consideraban siempre una lucha *dentro* del socialismo, es decir, la escisión del socialismo en Rusia. Digamos entre paréntesis que esta opinión aparece a cada paso en los discursos incluso de buenos socialdemócratas.

Precisamente hoy me han entregado una carta de Federico Adler, un hombre conocido por su conducta revolucionaria en Austria. Su carta, escrita a finales de octubre y recibida hoy, contiene sólo un ruego: que se ponga en libertad a los mencheviques encarcelados. En un momento como éste no se le ha ocurrido escribir nada más inteligente que ese ruego. Es cierto que hace la salvedad de que no está informado de nuestro movimiento, etc.; mas, de todos modos, eso es sintomático. Este error ridículo de los socialistas de Europa Occidental tiene su explicación en que miran atrás y no adelante, en que no comprenden que ni los mencheviques ni los eseristas (que pregonan el socialismo) pueden ser considerados socialistas. Durante toda la revolución de 1917, los mencheviques y los eseristas no hicieron otra cosa que vacilar entre la burguesía y el proletariado, no pudieron ocupar jamás una posición justa y, como si lo hicieran adrede, ilustraron la tesis de Marx de que la pequeña burguesía es incapaz de mantener una posición independiente en las batallas decisivas.

Desde el comienzo mismo de la creación de los Soviets, el proletariado adoptó instintivamente una posición de clase bien definida por el propio hecho de haberlos creado. Los mencheviques y los eseristas han vacilado siempre. Y si sus mismos amigos los denominaban "semibolcheviques" durante la primavera y el verano de 1917, eso no era sólo un calificativo ingenioso, sino también una definición exacta. En las cuestiones de los Soviets, del movimiento revolucionario en el campo, de la toma directa de las tierras, de la confraternización en el frente, del apoyo o no apoyo del imperialismo; en todas estas cuestiones vitales, los mencheviques y los eseristas decían hoy "sí" y mañana "no". Por un lado, ayudaban; por otro, no, siendo modelo de falta de carácter y de impotencia. Mas, por otra parte, cuando lanzaban a la población frases "a favor de los Soviets" (pues ellos han denominado siempre los Soviets "democracia revolucionaria" y los han contrapuesto a lo que llamaban elemento restrictivo), se trataba únicamente de una argucia política, en tanto que las amplias masas a las que iban a parar esas frases se sentían cautivadas: "¡Eso es a favor del Soviet!" Con frecuencia, las prédicas de los mencheviques nos prestaban también un servicio a nosotros.

Esta cuestión es muy compleja y tiene larga historia, por lo que bastará que me ocupe brevemente de ella. Pues bien, esta política de los mencheviques y de los eseristas confirma definitivamente ante nuestros propios ojos la tesis sustentada por nosotros de que es un error considerados socialistas. Fueron socialistas, quizás, por la fraseología y los recuerdos. Pero, de hecho, son la pequeña burguesía rusa.

Al empezar, hablaba de la actitud de los marxistas ante el campesino medio, dicho con otras palabras, ante los partidos pequeñoburgueses. Nos vamos acercando a una etapa en la que nuestras consignas del período precedente de la revolución deben ser modificadas para tener en cuenta con acierto el viraje actual. Vosotros sabéis que esos elementos vacilaron en octubre y noviembre.

El partido bolchevique fue entonces intransigente y procedió con justedad; nos dijimos que teníamos la misión de acabar con los enemigos del proletariado, que nos esperaba la batalla en torno a los problemas fundamentales de la guerra y la paz, de la representación burguesa y del Poder soviético. En todos estos problemas podíamos apoyarnos únicamente en nuestras propias fuerzas y procedimos con absoluto acierto al no aceptar un compromiso con la democracia pequeñoburguesa.

El curso posterior de los acontecimientos nos

* Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

planteó el problema de la paz y de la conclusión del Tratado de Brest. Como sabéis, la paz de Brest apartó de nosotros a los elementos pequeñoburgueses.

Estas dos circunstancias, la de nuestra política exterior, que llevó a la firma de la paz de Brest, y la de nuestra lucha implacable contra las ilusiones democráticas de una parte de la democracia pequeñoburguesa, la de nuestra lucha implacable por el Poder de los Soviets, dieron lugar a que la democracia pequeñoburguesa se apartara bruscamente de nosotros. Vosotros sabéis que, después de la paz de Brest, comenzaron las vacilaciones entre los eseristas de izquierda. Una parte de ellos se lanzó a una aventura; los otros se escindieron y continúan escindiéndose. Mas los hechos, hechos son. Como es natural, no podemos dudar ni un momento, ni un instante, de que nuestra política fue entonces absolutamente justa. Tratar de demostrar esto ahora significaría repasar las viejas lecciones, pues la revolución alemana ha probado mejor que nada lo acertado de nuestras opiniones.

Lo que más nos reprochaban después de la paz de Brest y lo que decían con mayor frecuencia las masas obreras poco conscientes era que en vano cifrábamos nuestras esperanzas en la revolución alemana, que ésta no se producía. La revolución alemana refutó todos esos reproches y demostró que teníamos razón al defender el criterio de que la revolución debía producirse, de que debíamos luchar contra el imperialismo alemán no sólo por medio de la guerra nacional, sino también mediante la propaganda y su descomposición interna. Los acontecimientos han confirmado de tal modo nuestra opinión que no hay necesidad de demostrar nada. Lo mismo ha ocurrido con la Constituyente: las vacilaciones fueron inevitables en esta cuestión, y el curso de los acontecimientos ha confirmado hasta extremo la certeza de nuestros puntos de vista que todas las revoluciones que se inician ahora en Occidente transcurren bajo la consigna de este Poder soviético y crean el Poder soviético. El rasgo peculiar de las revoluciones en todas partes son los Soviets. Han pasado de Austria y Alemania a Holanda y Suiza (a países de cultura democrática de lo más antigua que se denominan a sí mismos Europa Occidental, en comparación incluso con Alemania). En esos países se lanza la consigna de Poder soviético. Y eso significa que la bancarrota histórica de la democracia burguesa no era una invención de los bolcheviques, sino una necesidad histórica absoluta. La lucha política se inició en Suiza y Holanda hace ya centenares de años, y si ahora se lanza allí la consigna de Poder soviético no es por la linda cara de los bolcheviques. Eso quiere decir que hemos tenido en cuenta el presente con acierto. El desarrollo de los acontecimientos ha confirmado de tal modo lo certero de nuestra táctica que no hay necesidad de detenerse más en este problema. Lo único que hace falta es comprender que se trata de una cuestión importante, del más profundo prejuicio de la democracia pequeñoburguesa. Recordad la historia general de la revolución burguesa y del desarrollo del parlamentarismo en todos los países de Europa Occidental y veréis que entre los viejos socialdemócratas de todos los países de la década del 40 reinaban prejuicios semejantes. Estas opiniones se mantuvieron en Francia más tiempo que en ningún otro sitio. Y no podía ser de otra manera. En los problemas del parlamentarismo, la pequeña burguesía es la más patriótica en comparación con el proletariado y con la gran burguesía. Esta última es más internacional porque la pequeña burguesía es más pasiva, no está tan ligada a otros pueblos ni ha sido atraída a la órbita del comercio mundial. Era de esperar, por ello, que donde más se manifestara la pequeña burguesía fuera en la cuestión del parlamentarismo. Así ocurrió en Rusia también. En este aspecto desempeñó un papel importante la circunstancia de que nuestra revolución había luchado contra el patriotismo. En la época de la paz de Brest tuvimos que ir contra el patriotismo. Nosotros decíamos: si eres socialista, debes sacrificar todos tus sentimientos patrióticos en aras de la revolución mundial, que llegará, que todavía no ha llegado, pero en la que debes creer si eres internacionalista.

Y es comprensible que, al hablar así, sólo podíamos atraernos a los destacamentos de vanguardia de la clase obrera. Es comprensible que la mayoría de la pequeña burguesía no compartiera nuestro punto de vista. No podíamos esperar eso. Además, ¿por qué iba a adoptar la pequeña burguesía nuestro punto de vista? Hemos tenido que ejercer la dictadura del proletariado en su forma más severa. Hemos superado la época de las ilusiones en varios meses. Mas, si se repasa la historia de los países europeos occidentales, se comprobará que ni siquiera en decenios se han desembarazado de esa ilusión. Tomemos la historia de Holanda, de Francia, de Inglaterra y de otros países. Nos vimos obligados a desvanecer la ilusión pequeñoburguesa de que el pueblo es un todo único y de que la voluntad popular puede ser expresada en algo que no sea su lucha de clase. Tuvimos absoluta razón al no aceptar ningún compromiso en este punto. Si hubiéramos sido indulgentes con las ilusiones pequeñoburguesas, con las ilusiones en la Constituyente, habríamos malogrado toda la obra de la revolución proletaria en Rusia. En aras de los estrechos intereses nacionales habríamos sacrificado los intereses de la revolución mundial, que seguía la senda bolchevique porque no era nacional, sino puramente proletaria. En estas condiciones se apartaron de nosotros las masas mencheviques y eseristas pequeñoburguesas. Se colocaron al otro lado de la barricada, fueron a parar al campo de nuestros enemigos. Cuando comenzó la

sublevación de Dútov, nos convencimos palpablemente de que en las huestes de Dútov, Krasnov y Skoropadski se encontraban las fuerzas políticas que luchaban contra nosotros. A nuestro lado estuvieron el proletariado y los campesinos pobres.

Vosotros sabéis que durante la sublevación del cuerpo de ejército checoslovaco, en el momento en que ésta obtenía mayor éxito, se registraron en toda Rusia alzamientos de kulaks. Sólo el acercamiento del proletariado urbano al campo fortaleció nuestro poder. El proletariado, ayudado por los campesinos pobres, fue el único que sostuvo la lucha contra todos los enemigos. Tanto los mencheviques como los eseristas se colocaron, en su inmensa mayoría, al lado de los checoslovacos, de Dútov y de Krasnov. Semejante situación requería de nosotros la lucha más encarnizada y la aplicación de métodos terroristas en ella. Por mucho que se censurara ese terrorismo desde diversas posiciones (y escuchamos esa censura en boca de todos los socialdemócratas vacilantes), para nosotros estaba claro que el terror era consecuencia de la guerra civil exacerbada. Era debido a que toda la democracia pequeñoburguesa se había vuelto contra nosotros. Luchaban contra nosotros con diversos métodos: la guerra civil, el soborno y el sabotaje. Tales son las condiciones que hicieron necesario el terror. Por eso no debemos arrepentirnos o abjurar de él. Lo que hace falta es comprender con claridad qué condiciones de nuestra revolución proletaria motivaron el encono de la lucha. Estas condiciones especiales consistían en que tuvimos que actuar contra el patriotismo, en que tuvimos que sustituir la Asamblea Constituyente por la consigna de "Todo el poder a los Soviets".

Y cuando llegó el viraje en la política internacional, se produjo también inevitablemente el viraje en la situación de la democracia pequeñoburguesa. Vemos cómo cambia el estado de ánimo en su campo. En el manifiesto de los mencheviques vemos un llamamiento a renunciar a la alianza con las clases poseedoras, un llamamiento que hacen los mencheviques a sus amigos, los hombres de la democracia pequeñoburguesa, que han concluido una alianza con Dútov, los del cuerpo de ejército checoslovaco y los ingleses. Los exhortan a luchar contra el imperialismo angloamericano. Ahora está claro para todos que, excepción hecha del imperialismo angloamericano, no hay fuerza capaz de contraponer algo al poder bolchevique. Vacilaciones del mismo género se observan también entre los eseristas y entre la intelectualidad, contaminada en mayor grado que nadie de los prejuicios de la democracia pequeñoburguesa y que era la más henchida de predisposiciones patrióticas. En su seno se registra el mismo proceso.

Nuestro partido tiene ahora la tarea de regirse por las relaciones entre las clases al elegir su táctica, a fin de que comprendamos con claridad esta cuestión y veamos si se trata de un hecho casual, de una manifestación de falta de carácter, de vacilaciones carentes de todo fundamento, o si, por el contrario, se trata de un proceso con profundas raíces sociales. Si abordamos esta cuestión en su conjunto desde el punto de vista de las actitudes teóricas adoptadas por el proletariado ante el campesino medio, desde el punto de vista de la historia de nuestra revolución, veremos que la respuesta no ofrece dudas. Este viraje *no es casual ni individual*. Atañe a millones y millones de seres que tienen en Rusia la situación de campesinos medios o una situación equivalente. El viraje atañe a toda la democracia pequeñoburguesa. Luchó contra nosotros con saña rayana en el frenesí porque tuvimos que herir todos sus sentimientos patrióticos. Pero la historia ha hecho que el patriotismo se oriente ahora hacia nosotros, pues está claro que a los bolcheviques sólo se les puede derrocar con bayonetas extranjeras. Si hasta ahora se creía que los ingleses, los franceses y los norteamericanos eran la verdadera democracia, si hasta ahora se conservaba esta ilusión, la desvanece por completo la paz que ellos proporcionan hoy a Austria y Alemania. Los ingleses se comportan como si se hubieran planteado el objetivo especial de demostrar la justedad de las opiniones bolcheviques acerca del imperialismo internacional.

Por eso, de los partidos que lucharon contra nosotros, por ejemplo, del campo de Plejánov, salen voces diciendo: nos hemos equivocado, pensábamos que el imperialismo alemán era nuestro enemigo principal y que los países occidentales -Francia, Inglaterra y Norteamérica- nos traían el régimen democrático. Ha resultado que la paz que conceden esos países occidentales es cien veces más humillante, bandolera y rapaz que nuestra paz de Brest. Ha resultado que los ingleses y los norteamericanos actúan como verdugos y gendarmes de la libertad rusa, lo mismo que ese papel fue interpretado en tiempos del verdugo ruso Nicolás I no peor que los reyes que hacían de verdugos cuando estrangulaban la revolución húngara. Este papel lo desempeñan ahora los agentes de Wilson. Ahogan la revolución en Austria, hacen de gendarmes, presentan un ultimátum a Suiza: no les daremos trigo si no se suman a la lucha contra el gobierno bolchevique. Declaran a Holanda: no tengan la osadía de permitir la llegada a su país de embajadores soviéticos, pues, en caso contrario, declararemos el bloqueo. Tienen un arma sencilla: el dogal del hambre. Con ella se estrangula a los pueblos.

La historia de los últimos tiempos, de la época de la guerra y de la posguerra, se distingue por la inusitada rapidez del desarrollo y prueba la tesis de que el imperialismo anglo-francés es tan repulsivo como el alemán. No olvidéis que América es la

república más libre, la república más democrática, lo que no impide en absoluto al imperialismo actuar allí con el mismo salvajismo, que no sólo linchen a los internacionalistas, sino que la multitud los saque de sus casas, los desnude por completo, los embadurne de brea y les prenda fuego.

Los acontecimientos desenmascaran al imperialismo con fuerza excepcional y plantean este dilema: o el Poder soviético o el completo aplastamiento de la revolución por las bayonetas anglo-francesas. No se trata ya de un acuerdo con Kerenski: vosotros sabéis que la pequeña burguesía lo ha arrojado como a un limón exprimido. Antes iba con Dútov y Krasnov. Ha pasado ya ese período. El patriotismo la empuja ahora hacia nosotros: así ha sucedido, así la ha obligado a proceder la historia. Y nosotros debemos tener en cuenta esta experiencia masiva de toda la historia universal. No se puede defender a la burguesía, no se puede defender la Constituyente, porque, en la práctica, ha hecho el juego a los Dútov y los Krasnov. Resulta ridículo que la Asamblea Constituyente haya podido convertirse en su consigna. Pero así ha ocurrido, porque la Asamblea Constituyente se convocó cuando la burguesía se hallaba en el poder. La Asamblea Constituyente resultó un órgano de la burguesía, y ésta se colocó al lado de los imperialistas, que dirigían su política contra los bolcheviques. La burguesía estaba dispuesta a todo para estrangular el Poder soviético con los métodos más viles, estaba dispuesta a vender Rusia a quien fuera con tal de acabar con el Poder de los Soviets.

Esa es la política que condujo a la guerra civil y que obligó a la democracia pequeñoburguesa a dar un viraje. Naturalmente, las vacilaciones en este medio son siempre inevitables. Cuando los del cuerpo de ejército checoslovaco consiguieron las primeras victorias, esta intelectualidad pequeñoburguesa intentó correr el rumor de que el triunfo de aquéllos era inevitable. Publicaban telegramas de Moscú diciendo que éste se hallaba en vísperas de la caída, que estaba cercado. Y sabemos muy bien que si los anglo-franceses consiguen victorias, por insignificantes que sean, la intelectualidad pequeñoburguesa es la primera en perder la cabeza, en ser presa del pánico y en empezar a hacer correr toda clase de *Rumores* sobre los éxitos de nuestros enemigos. Pero la revolución ha mostrado que la insurrección contra el imperialismo es inevitable. Y ahora, nuestros "aliados" han resultado ser los enemigos principales de la libertad y la independencia rusas. Rusia no puede ser ni será independiente si no se afianza el Poder soviético. Ese es el motivo del viraje. Y como consecuencia de él, tenemos hoy la tarea de determinar nuestra táctica. Cometería un craso error quien pensara aplicar ahora maquinalmente las consignas de nuestra lucha revolucionaria del período en que no podía existir ninguna reconciliación entre nosotros, en que la pequeña burguesía estaba contra nosotros y en que nuestra intransigencia nos exigía el empleo del terror. Eso no sería ahora intransigencia, sino sencillamente estupidez, insuficiente comprensión de la táctica del marxismo. Cuando tuvimos que concertar la paz de Brest, este paso parecía una traición a Rusia desde el punto de vista estrictamente patriótico; desde el punto de vista de la revolución mundial fue un paso estratégico acertado que ayudó, ante todo, a la revolución mundial. Esta se ha desencadenado precisamente ahora, cuando el Poder soviético se ha convertido en una institución de todo el pueblo.

Y ahora, a pesar de que la democracia pequeñoburguesa continúa vacilando, sus ilusiones han sido socavadas. Y, como es natural, debemos tener en cuenta esta situación, lo mismo que las demás condiciones. Si antes teníamos otro punto de vista es porque la pequeña burguesía estaba de parte de los checoslovacos, y la violencia era inevitable, pues la guerra es la guerra, y en ella hay que actuar como en la guerra. Pero ahora, cuando esas gentes comienzan a virar hacia nosotros, no debemos volverles la espalda por el mero hecho de que nuestras consignas lanzadas en octavillas y periódicos eran antes otras. Cuando vemos que dan media vuelta hacia nosotros, debemos escribir de nuevo nuestras octavillas, porque ha cambiado la actitud de esa democracia pequeñoburguesa hacia nosotros. Debemos decir: sean bienvenidos, no les tememos. Si piensan ustedes que sabemos actuar sólo con la violencia, se equivocan. Podríamos llegar a un acuerdo. Y podrán venir a nuestro lado los elementos llenos de tradiciones y de prejuicios burgueses, todos los cooperativistas, todos los sectores de los trabajadores más vinculados a la burguesía.

Tomemos toda la intelectualidad. Vivía la vida burguesa, estaba acostumbrada a ciertas comodidades. Por cuanto se inclinaba hacia los checoslovacos, nuestra consigna fue *la lucha implacable: el terror*. En vista de que ha llegado ese viraje al estado de ánimo de las masas pequeñoburguesas, nuestra consigna debe ser el acuerdo, el establecimiento de relaciones de buena vecindad. Cuando encontramos declaraciones de un grupo de la democracia pequeñoburguesa que dicen que quiere ser neutral con el Poder soviético, debemos responder: la "neutralidad" y las relaciones de buena vecindad son trastos viejos que no valen para nada desde el punto de vista del comunismo. Son viejos cachivaches y nada más, pero debemos examinarlos desde el punto de vista práctico. Hemos pensado siempre así y nunca hemos tenido la esperanza de que esos elementos pequeñoburgueses se hicieran comunistas. Mas debemos examinar las propuestas prácticas.

Hablando de la dictadura del proletariado, hemos dicho que ésta debe dominar sobre todas las demás

clases. Antes de la completa implantación del comunismo no podremos poner fin a la diferencia entre las clases. Estas seguirán existiendo hasta que acabemos con los explotadores, la gran burguesía y los terratenientes, a quienes expropiamos sin piedad. Mas, con relación a los campesinos medios y pequeños, hay que hablar de otra manera. Al mismo tiempo que aplastamos implacablemente a la burguesía y a los terratenientes, debemos ganarnos a la democracia pequeñoburguesa. Cuando dicen que quieren permanecer neutrales y tener relaciones de buena vecindad con nosotros, respondemos: eso es precisamente lo que necesitamos. Nunca esperamos que se hicieran ustedes comunistas.

Seguimos manteniéndonos en el terreno de la expropiación despiadada de los terratenientes y de los capitalistas. En eso somos implacables y no podemos aceptar ninguna conciliación o acuerdo. Pero sabemos que la pequeña producción no puede transformarse en grande por decreto, que en esta cuestión es necesario convencer gradualmente, con el curso de los acontecimientos, de la inevitabilidad del socialismo. Esos elementos no serán nunca socialistas convencidos, francos, verdaderos socialistas. Se harán socialistas cuando vean que no hay salida. Y ahora ven que Europa se ha desmoronado tanto, y el imperialismo ha llegado a tal estado, que la salvación no está en ninguna democracia burguesa, que la salvación está únicamente en el Poder soviético. De ahí que hoy, lejos de temer esa neutralidad, esas relaciones de buena vecindad por parte de la democracia pequeñoburguesa, los deseemos. Por eso, si abordamos la cuestión como representantes de una clase que ejerce la dictadura, decimos: nunca habíamos esperado más de la democracia pequeñoburguesa. Nos basta con eso. Ustedes tendrán con nosotros relaciones de buena vecindad, y nosotros tendremos el poder del Estado. A ustedes, señores mencheviques, los legalizaremos de buen grado después de sus declaraciones acerca de los "aliados". Esto lo hará el Comité Central de nuestro partido. Mas no olvidaremos que en el partido de ustedes han quedado los mencheviques-"activistas". Y con relación a ellos, nuestros métodos de lucha seguirán siendo los viejos, ya que los "activistas" son amigos de los checoslovacos, y mientras estos últimos no sean expulsados de Rusia, ustedes son tan enemigos como ellos. Conservamos en nuestras manos, sólo en las nuestras, el poder del Estado. Respecto a quienes establecen con nosotros relaciones de neutralidad, razonamos como la clase que tiene en sus manos el poder político, que dirige el filo de sus armas contra los terratenientes y los capitalistas y dice a la democracia pequeñoburguesa: si desean pasarse a los checoslovacos y a las huestes de Krasnov, sepan que hemos mostrado cómo sabemos luchar y que lucharemos también en lo sucesivo. Si desean aprender del ejemplo de los bolcheviques, nosotros emprenderemos la senda del acuerdo con ustedes, sabiendo que el país sólo puede pasar al socialismo mediante toda una serie de acuerdos, que probaremos, controlaremos y confrontaremos.

Esta senda la emprendimos desde el comienzo mismo, cuando, por ejemplo, votamos la ley de socialización de la tierra y la transformamos gradualmente en un instrumento que permitió unir en torno nuestro a los campesinos pobres y volverlos contra los kulaks. Sólo a medida que triunfe el movimiento proletario en el campo iremos pasando sistemáticamente al régimen de propiedad social, colectiva, de la tierra y a su laboreo en común. Esta tarea sólo puede realizarse apoyándose en el movimiento puramente proletario en el campo, y en este sentido queda aún mucho por hacer. Es indudable que sólo la experiencia práctica, sólo la realidad mostrará cómo debe procederse en este asunto.

Las tareas del acuerdo con el campesino medio, con los elementos pequeñoburgueses y con los cooperativistas son distintas. Esta tarea sufrirá modificaciones si la planteamos en relación con las alianzas que han conservado las tradiciones y costumbres pequeñoburguesas. Esta tarea experimenta asimismo cierto cambio cuando hablamos de la intelectualidad pequeñoburguesa. Esta vacila, pero la necesitamos también para nuestra revolución socialista. Sabemos que el socialismo se puede construir únicamente con elementos de la cultura capitalista propia de la gran industria, y la intelectualidad es uno de esos elementos. Si tuvimos que luchar implacablemente contra ella fue porque nos obligó no el comunismo, sino el curso de los acontecimientos, que apartó de nosotros a todos los "demócratas" y a todos los enamorados de la democracia burguesa. Ahora ha surgido la posibilidad de aprovechar para el socialismo a esa intelectualidad, a esos intelectuales que no son socialistas, que jamás serán comunistas, pero a los que el curso objetivo de los acontecimientos y de la correlación de fuerzas obliga hoy a tener una actitud de neutralidad, de buena vecindad con nosotros. En los intelectuales no nos apoyaremos nunca; nos apoyaremos exclusivamente en la vanguardia del proletariado, que lleva tras de sí a todos los proletarios y a todos los campesinos pobres. El Partido Comunista no puede tener otro apoyo. Mas una cosa es apoyarse en la clase que representa la dictadura y otra dominar sobre las demás clases.

Recordaréis que Engels decía, incluso refiriéndose a los campesinos que emplean trabajo asalariado, que, posiblemente, no sería necesario expropiarlos a todos[106]. Nosotros expropiamos conforme a una regla general, y en los Soviets de nuestro país no hay kulaks. Los hemos echado. Los aplastamos

físicamente cuando penetran en los Soviets e intentan ahogar allí a los campesinos pobres. Veis cómo se aplica en este caso el dominio de una clase. Sólo el proletariado puede dominar. Mas esto se aplica de una manera al pequeño campesino, de otra al campesino medio, de otra al terrateniente y de otra al pequeño burgués. Toda la cuestión consiste en que sepamos comprender este viraje, provocado por las condiciones internacionales; en que sepamos comprender que las consignas a que nos hemos acostumbrado en el medio año transcurrido de historia de la revolución deben modificarse ineluctablemente en lo que se refiere a la democracia pequeñoburguesa. Debemos decir: conservamos el poder en manos de la misma clase. Nuestra consigna respecto a la democracia pequeñoburguesa era el acuerdo, pero nos obligaron a emplear el terror. Si ustedes aceptan verdaderamente vivir con nosotros como buenos vecinos, tómense la molestia de cumplir una u otra tarea, señores cooperativistas e intelectuales. Y si no las cumplen, serán unos infractores de la ley, enemigos nuestros, y lucharemos contra ustedes. Mas si se mantienen en el terreno de las relaciones de buena vecindad y cumplen esas tareas, eso es más que suficiente para nosotros. Nuestra base es firme. Jamás dudamos de la flojedad de ustedes. Pero no negamos que los necesitamos, porque ustedes son el único elemento culto.

Si no tuviéramos que edificar el socialismo con los elementos que nos ha legado el capitalismo, la tarea sería fácil. Pero la dificultad de la edificación socialista reside en que nos vemos obligados a edificar el socialismo con elementos completamente corrompidos por el capitalismo. La dificultad de la transición consiste en que está vinculada a la dictadura que sólo puede dirigir una clase: el proletariado. De ahí que nos digamos a nosotros mismos que la línea será determinada por el proletariado, disciplinado y convertido en una fuerza de combate capaz de derrotar a la burguesía. Entre la burguesía y el proletariado existe una masa de grados intermedios, con relación a los cuales nuestra política debe seguir ahora los cauces previstos teóricamente por nosotros; ahora podemos aplicarla. Nos espera toda una serie de misiones, toda una serie de acuerdos y tareas técnicas que nosotros, el poder proletario dominante, debemos saber encomendar. Debemos saber encomendar al campesino medio una tarea: ayudar en el intercambio de mercancías, en el desenmascaramiento del kulak. A los cooperativistas hemos de darles otra, pues disponen de un mecanismo para la distribución de los productos a gran escala; debemos tomar ese mecanismo. A los intelectuales hay que encomendarles otra tarea completamente distinta; no pueden continuar el sabotaje, y su estado de ánimo hace que ocupen ahora, respecto a *nosotros*, la más excelente posición de buena vecindad. Y nosotros debemos aceptar a esos intelectuales, señalarles determinadas tareas, vigilar y comprobar su cumplimiento, tener con ellos la misma actitud de que hablaba Marx con relación a los empleados de la Comuna de París: "Cada contratista sabe elegir auxiliares y contables convenientes; cuando se equivocan, sabe corregir sus errores, y si no valen, sabe sustituirlos por otros nuevos, buenos". Nosotros construimos el poder con los elementos que nos ha dejado el capitalismo. No podemos hacerlo sin utilizar una herencia de la cultura capitalista como son los intelectuales. Ahora estamos en condiciones de tratar a la pequeña burguesía como a un buen vecino que se encuentra bajo el control riguroso del poder del Estado. La tarea del proletariado consciente consiste en este terreno en comprender que el dominio no significa que sea él mismo quien debe realizar todas esas tareas. Quien piensa así no tiene la menor noción de lo que significa edificar el socialismo, no ha aprendido nada en un año de revolución y de dictadura. Lo mejor que pueden hacer semejantes señores es ir a la escuela y aprender; mas quienes hayan aprendido algo en los últimos tiempos, se dirán para su fuero interno: esa intelectualidad la aprovecharé ahora para la construcción. Tengo para ello suficiente apoyo en el campesinado. Y debemos recordar que sólo en el transcurso de esta lucha, en una serie de acuerdos y ensayos de acuerdos del proletariado con la democracia pequeñoburguesa se hace la obra que conducirá al socialismo.

Recordemos las palabras de Engels de que debemos actuar con el ejemplo. Ninguna forma será definitiva hasta que no se consiga el comunismo completo. No hemos pretendido ser conocedores del camino seguro. Pero marchamos hacia el comunismo de manera inevitable e ineluctable. Hoy, cada semana da más que decenios de tiempo de paz. Los seis meses vividos desde la paz de Brest han sido una época de vacilaciones contra nosotros. La revolución de Europa Occidental, nuestro ejemplo, que comienza a cundir, ha de fortalecernos. Debemos tener en cuenta los cambios operados, tomar en consideración todos los elementos, sin hacernos ninguna ilusión, sabiendo que los vacilantes seguirán siendo vacilantes hasta que triunfe por completo la revolución socialista universal. Es posible que esto no suceda muy pronto, aunque la marcha de los acontecimientos de la revolución alemana hace abrigar la esperanza de que ocurrirá antes de lo que muchos suponen. La revolución alemana se desarrolla como se desarrolló la nuestra, pero a un ritmo más acelerado. En todo caso, nuestra tarea consiste en luchar con arrojo contra el imperialismo angloamericano. Este ha sentido que el bolchevismo ha pasado a ser una fuerza mundial, y precisamente por eso trata de estrangularnos con la máxima rapidez, deseando acabar primero con los

bolcheviques rusos para después hacer lo mismo con los suyos.

Debemos aprovechar a los elementos vacilantes que se sienten empujados hacia nosotros por las atrocidades de los imperialistas. Y los aprovecharemos. Sabéis perfectamente que en la guerra no se puede despreciar ninguna ayuda, aunque sea indirecta. En la guerra, incluso la actitud de las clases vacilantes tiene inmensa importancia. Cuanto más dura es la guerra, mayor debe ser la influencia que consigamos ejercer sobre los elementos vacilantes que se acercan a nosotros. De ahí se desprende que la táctica que hemos seguido durante seis meses debe ser modificada de acuerdo con las nuevas tareas en lo que se refiere a los distintos sectores de la democracia pequeñoburguesa.

Si he conseguido concentrar la atención de los cuadros del partido en esta tarea y estimularlos a encontrar su solución acertada mediante la experiencia sistemática podré considerar que he cumplido mi misión.

Publicado el 5 y 6 de diciembre de 1918 en los núms. 264 y 265 de "Pravda".
T. 37, págs. 207-224.

2. Discurso de resumen de la discusión del informe sobre la actitud del proletariado ante la democracia pequeñoburguesa.

Camaradas: Tendré que hacer unas cuantas observaciones como conclusión. Primero, querría responder a la cuestión aquí aludida sobre el dogma. Marx y Engels dijeron muchas veces que nuestra doctrina no es un dogma, sino una guía para la acción, y creo que, ante todo y sobre todo, esto es lo que debemos tener en cuenta.

La doctrina de Marx y Engels no es un dogma que nos aprendemos de memoria. Hay que tomarla como una guía para la acción. Esto es lo que hemos dicho siempre, y creo que hemos obrado de la manera conveniente, sin caer nunca en el oportunismo, sino modificando nuestra táctica. Eso en modo alguno es una desviación del marxismo ni puede, en modo alguno, denominarse oportunismo. Lo dije antes y vuelvo a repetirlo que esta doctrina no es un dogma, sino una guía para la acción.

Me referiré ahora a la observación del camarada Steklov: ¿con quién debemos concertar acuerdos, con los dirigentes o con las masas? Mi respuesta es que primero, naturalmente, con las masas, y luego con los dirigentes; respecto a cuándo hemos de luchar contra los dirigentes, depende de cada caso aparte. Ya hablaré de eso; por el momento no veo posibilidades prácticas de llegar a un acuerdo con los partidos de los mencheviques y de los eseristas. Nos dicen que concertar un acuerdo significa ceder en algo. ¿En qué vais a ceder y cómo os vais a apartar de la pauta fundamental? Esto sería una apostasía que, circunscrita sólo a la práctica, no sería nada nuevo. Por supuesto, jamás renunciaremos a nuestros principios. No tiene sentido discutir eso ahora. Hace quince años hubo un debate sobre la pauta fundamental y sobre los principios; lamento haberlo tenido que sostener en su mayor parte en el extranjero, y no en Rusia. Pero de lo que se trata hoy es del poder estatal, y en este punto no se puede ni pensar en hacer la menor concesión. Por algo declaró Wilson: ahora nuestro enemigo es el bolchevismo mundial. Lo mismo que dice la burguesía de todo el mundo. Si ellos preparan una cruzada contra nosotros, eso significa que reconocen que el poder bolchevique no es un fenómeno ruso solamente, sino universal. Sería un bolchevique ridículo y desdeñable el que propusiera a la burguesía una transacción de cualquier tipo. Además, cuando las llamas de la revolución se han propagado a tantos países, ningún gobierno capitalista burgués la aceptaría ni podría aceptarla.

Cuando se llegó a los últimos acontecimientos, la burguesía suiza declaró sin rodeos: nosotros no somos rusos, no os entregaremos el poder. El capitán Sadoul, que se ha sumado ahora a los bolcheviques, escribe que se maravilla de ver la asombrosa mansedumbre de la burguesía rusa y declara que la burguesía francesa de ellos actuará de otra manera. Allí veremos mucho más enconamiento, y la guerra civil, si llega a estallar, adoptará las formas más despiadadas. Mirando las cosas por este lado, no se puede plantear ningún problema.

En la práctica, el problema ha sido resuelto definitivamente por el año de dictadura proletaria, y a ningún campesino ni obrero se le ocurriría intentar llegar a una transacción con la burguesía. Estoy de completo acuerdo en que una transacción no es nada nuevo. Mi único propósito era que debatiésemos juntos estos problemas.

Las circunstancias que han apartado más de nosotros a los mencheviques y eseristas, así como a los pequeños intelectuales, han sido las dimanantes de la enconada lucha en torno a la paz de Brest, durante la ofensiva del imperialismo alemán; y ya quedaron en el pasado. Pero sabemos perfectamente que aún los éxitos pasajeros de los ingleses y los franceses darán lugar a nuevas vacilaciones entre esa intelectualidad y esa pequeña democracia, que empezarán a sembrar el pánico y a pasarse al otro bando. Pactamos con ellos para alcanzar ciertos resultados y para un trabajo práctico determinado. Esta táctica no puede ser motivo de discusiones ni asombrar a nadie. Sin embargo, han demostrado no haberla comprendido muchos del tipo del camarada Maxímov, influyente miembro del Soviet de Moscú, quien dijo que no debemos pactar con Jinchuk, sino sólo llegar a un entendimiento razonable. Cuando en la primavera promulgamos el primer decreto sobre las cooperativas, y éstas nos presentaron

reivindicaciones en forma de ultimátum, cedimos. Esto es lo que llamamos pactar; a esta política no se le puede dar otro nombre. Me daré por satisfecho si cada funcionario soviético toma como norma, se dice a sí mismo y dice a todos sus camaradas que debemos llegar a un entendimiento razonable con los demócratas pequeñoburgueses.

En nuestro trabajo, sobre todo en el plano local, estamos todavía muy lejos de un entendimiento razonable. Todo lo contrario, dejamos a menudo de entendernos de manera razonable. Nos lo imputan quienes no comprenden que eso es inevitable durante la construcción de algo nuevo. No hay genio capaz de organizar una vida nueva sin aprender a hacerlo. No sabemos ponernos de acuerdo de manera razonable con la gente práctica cuando es preciso. Para establecer una tienda, hay que saber cómo hacerlo. Necesitamos gente que sepa realizar su trabajo. Los bolcheviques hemos tenido muy pocas oportunidades de aplicar nuestros conocimientos a este tipo de trabajo práctico. Muy rara vez nos faltan propagandistas; pero, en cambio, tenemos una escasez de lo más perentoria de dirigentes y organizadores prácticos. Y eso continúa hasta hoy, pese al año de experiencia que llevamos. Se puede llegar a un entendimiento razonable con todo el que tenga suficiente experiencia en este terreno y esté por las consignas de neutralidad y relaciones de buena vecindad. Si sabe poner una tienda y distribuir mercancías, si nos puede enseñar algo, si es un hombre práctico, será una gran adquisición.

Todo el mundo sabe que, desde el momento que triunfamos, entre los "amigos" de los bolcheviques hay muchos enemigos. A menudo se arrima a nosotros gente muy insegura y truhanesca, vacilante en política, que nos vende, nos es infiel y nos traiciona. Lo sabemos perfectamente, pero no nos hace cambiar. Es un fenómeno histórico inevitable. Cuando los mencheviques nos reprochan que entre los empleados de los Soviets hay muchos vividores y gente deshonesta incluso en el aspecto cívico general, les preguntamos: ¿dónde encontrar mejores? ¿Qué hacer para que la gente mejor tenga en seguida fe en nosotros? No hay revolución que pueda vencer y convencer a todos en el acto, que se gane la confianza de golpe. La revolución comienza en un país, y en otros países se desconfía de ella. Nuestra revolución es tenida por una pesadilla, por un caos, y en otros países nada se espera de nuestras "caóticas" asambleas organizadas que nosotros llamamos Soviets. Y eso es muy natural. Teníamos que conquistar muchas cosas. Por eso, cuando se dice que debemos llegar a un entendimiento razonable con Jinchuk, porque él sabe establecer una tienda, yo digo: lleguen a acuerdos con otros también y utilicen a los pequeños burgueses, que saben hacer muchas cosas.

Si inculcamos la consigna de "llegar a un entendimiento", si se la metemos en la cabeza a la gente en el plano local, si comprendemos que despierta una nueva clase para ejercer el poder, que quienes están dirigiendo ahora son personas que jamás afrontaron antes una tarea tan complicada y, claro está, se equivocan, no nos desconcertamos. Sabemos que no es posible gobernar sin equivocarse. Pero, además de errores, vemos también que se utiliza mal el poder como tal, que a veces la gente dice: yo tengo la sartén por el mango, yo soy el que manda, y tú el que obedeces. Nosotros afirmamos que no es éste el lema que se debe aplicar con toda una serie de elementos de la democracia pequeñoburguesa de los sindicatos, de los campesinos y de los agrupados en cooperativas; ha dejado ya de ser necesario. Es más razonable, por tanto, llegar a un entendimiento con la democracia pequeñoburguesa, sobre todo con la intelectualidad: ésta es nuestra tarea. Claro que llegaremos a entendernos, tomando por base nuestra plataforma, y lo haremos como poder.

Preguntamos: ¿es verdad que ustedes han pasado de la hostilidad a la neutralidad y a la buena vecindad? ¿Es verdad que han dejado de ser enemigos? De lo contrario no cerraremos los ojos y les diremos sin tapujos: si quieren guerra, la tendrán; y nos comportaremos como en la guerra. Pero, si ustedes han pasado de la hostilidad a la neutralidad, si quieren buena vecindad -he tomado estas palabras de declaraciones de personas que no pertenecen al campo de los comunistas y que ayer aún estaban mucho más cerca de los guardias blancos-, digo que como hay tanta gente que pasa con tanta amplitud de su hostilidad anterior a la neutralidad y a la buena vecindad de hoy, debemos seguir nuestra propaganda.

El camarada Jmelnitski no tiene por qué temer que los mencheviques hagan propaganda para dirigir la vida de la clase obrera. No hablamos de los socialdemócratas que no comprendieron qué era la república socialista; tampoco de los burócratas pequeñoburgueses; aquí no cabe sino la lucha ideológica contra los mencheviques, hacerles una guerra sin cuartel. El peor insulto que se puede lanzar a un menchevique es llamarlo demócrata pequeñoburgués; y cuanto más tranquilo esté uno al intentar demostrárselo, más furioso se pondrá él. Es un error creer que cederemos una centésima o una milésima parte de la posición que hemos conquistado. No retrocederemos ni un ápice.

Los ejemplos aducidos por el camarada Schmidt han demostrado que incluso el grupo del proletariado que estaba más cerca de la burguesía (como los tipógrafos, por ejemplo), los oficinistas pequeñoburgueses, los empleados de banca burgueses, ocupados antes en casas comerciales e industriales, pierden mucho con la transición al socialismo. Hemos clausurado muchísimos

periódicos burgueses, nacionalizado los bancos y obstruido varios canales por los que los empleados de banca solían hacer dinero, negociando y especulando; pero incluso entre ellos hay vacilaciones, vemos que se pasan a nuestro lado. Si Jinchuk vale porque sabe establecer tiendas, el empleado de banca sirve porque conoce el mecanismo de la circulación del dinero, problema en el que, si bien muchos de nosotros nos desenvolvemos en teoría, estamos muy flojos en la práctica. Y hablo con una persona que conoce ese mecanismo y que confiesa que ha pasado de su hostilidad de ayer a la neutralidad y a la buena vecindad. Decimos que estamos por el entendimiento razonable con todos. Me sentiré más que satisfecho si el camarada Maxímov, como miembro destacado del presídium del Soviet de Diputados de Moscú, aplica en los Soviets de diputados la táctica a la cual se refirió respecto a los intelectuales y la pequeña burguesía vacilante.

Proseguiré con el problema de las cooperativas. El camarada Steklov ha dicho que las cooperativas hieden. El camarada Maxímov ha dicho de las cooperativas que no deberíamos haber promulgado decretos como el último del Consejo de Comisarios del Pueblo. En el terreno de la práctica no hemos tenido unidad de criterio. No es nuevo para nosotros que, si la pequeña burguesía no nos muestra hostilidad, hayamos de satisfacer sus reivindicaciones. Si nuestro planteamiento anterior resulta malo, habrá que revisarlo cuando lo exija el cambio de las circunstancias. Y vemos claro que, en este aspecto, las cosas han cambiado; las cooperativas son ejemplo elocuente de ello. El mecanismo cooperativo es un mecanismo de abastecimiento basado en la participación en masa de los propios trabajadores, y no en la iniciativa privada de los capitalistas. Kautsky tenía razón cuando decía, mucho antes de pasarse a los renegados, que la sociedad socialista es una gran cooperativa única.

Si queremos llegar a ejercer el control y organizar de manera práctica la economía en beneficio de centenares de miles de personas, no podemos olvidar que, cuando los socialistas discuten este problema, señalan que los dirigentes de los trusts pueden sernos útiles por la experiencia que tienen como gente práctica. La realidad demuestra ahora que los elementos pequeñoburgueses han pasado de la hostilidad a la neutralidad. Además, debemos comprender que ellos saben llevar una tienda. No negamos que, como ideólogo, Jinchuk está impregnado por completo de prejuicios burgueses. Todos esos individuos trascienden a prejuicios burgueses, pero, al mismo tiempo, poseen conocimientos prácticos. Por lo que a las ideas se refiere, todos los cañones están en nuestro bando, ellos no cuentan con ninguno. Pero cuando afirman que ya no son hostiles y pasan a la neutralidad, debemos tomar en consideración que ahora son centenares y millares las personas menos capaces que Jinchuk y que llegan también a un entendimiento razonable. Insisto en que debemos saber ponernos de acuerdo con ellos. En el terreno de organizar en la práctica, saben más, lo hacen mejor que nosotros y tendremos que aprender de ellos. ¡Que aprendan ellos de nosotros a influir en el proletariado internacional!; pero en cuanto a establecer tiendas, ¡aprenderemos de ellos! Eso no sabemos hacerlo. Ahí se necesitan en todos los terrenos peritos con conocimientos especiales.

En lo que se refiere a las cooperativas, no comprendo por qué se dice que hieden. Cuando preparamos el primer decreto sobre las cooperativas, invitamos a discutir en el Consejo de Comisarios del Pueblo a personas que no sólo no eran comunistas, sino que, en realidad, estaban mucho más cerca de los guardias blancos; conferenciamos con ellos y les preguntamos: ¿pueden ustedes aceptar este punto? Nos respondieron: éste sí que podemos, pero este otro, no. Claro que, visto por fuera o sin reflexionar, esto puede parecer un pacto con la burguesía. Los invitados eran representantes de las cooperativas burguesas, y a indicación suya se suprimieron varias cláusulas del decreto. Por ejemplo, una que estipulaba el usufructo y el ingreso gratuitos en las cooperativas proletarias. A nosotros nos parecía aceptable por completo, pero ellos rechazaron nuestra propuesta.

Decimos que debemos avanzar, concertando acuerdos con quienes saben establecer tiendas mucho mejor que nosotros; de eso no sabemos. Pero no retrocedemos un paso en nuestra lucha. Cuando promulgamos otro decreto del mismo tipo, el camarada Maxímov dijo que no debían redactarse tales decretos, pues el decreto estipulaba que se abriesen de nuevo las cooperativas clausuradas. Esto muestra que tanto entre los funcionarios del Soviet de Diputados de Moscú como entre nosotros hay ciertos malentendidos y, para eliminarlos, incluso se deben organizar conferencias y debates como éste. Hemos dicho que, en bien de nuestra labor, nos proponíamos utilizar, no sólo los sindicatos en general, sino hasta el sindicato de empleados del comercio y la industria, y, como ustedes saben, los empleados del comercio y la industria han sido siempre un puntal del régimen burgués. Pero, como esta gente recurre a nosotros y nos dice que accede a vivir en buena vecindad con nosotros, debemos recibirla con los brazos abiertos y estrechar la mano que nos tienden, pues no se nos secará la nuestra por ello. No olvidamos que si los imperialistas anglo-franceses nos atacaran mañana, ellos serían los primeros en darse la vuelta y huir. Pero mientras este partido, mientras estos elementos burgueses no huyan, repetiremos: debemos mantener estrechas relaciones con ellos. Por eso aprobamos el decreto promulgado el domingo, ese decreto que

desagrada al camarada Maxímov; lo que demuestra que él se aferra a la vieja táctica comunista, inaplicable en las nuevas condiciones. Si redactamos ese decreto ayer, y en respuesta hemos recibido la resolución del Comité Central de los empleados, quedaríamos como unos tontos si dijéramos que empezamos a destiempo, que no hay necesidad de redactar decretos cuando ha comenzado el viraje y cambia la situación.

Los capitalistas armados llevan la guerra más allá y con más obstinación que nunca, y es de inmensa importancia para nuestra obra práctica aprovechar este viraje, aunque sea temporal. Todo el poder está en nuestras manos. No necesitamos clausurar las cooperativas y podemos volver a abrir las que han sido clausuradas, puesto que las clausuramos cuando estaban puestas al servicio de la propaganda de los guardias blancos. Toda consigna tiene la propiedad de hacerse más rígida de lo que se precisa. Las condiciones del momento exigían esa ola de represalias y clausura de cooperativas. Hoy ya no es necesario. Constituyen un mecanismo muy importante vinculado a los campesinos medios, un mecanismo que agrupa a los sectores de campesinos dispersos y divididos. Y estos señores Jinchuk hacen un trabajo útil, iniciado por elementos burgueses. Y cuando estos campesinos y demócratas pequeñoburgueses dicen que pasan de la hostilidad a la neutralidad y a la buena vecindad, debemos decirles: eso es precisamente lo que queremos. Y ahora, buenos vecinos, vamos a ver si nos entendemos de manera razonable. Los apoyamos todo lo posible y les dejamos que ejerzan sus derechos; examinaremos sus solicitudes y les concederemos cualesquiera privilegios, pero ustedes deben cumplir las tareas que les encomendamos. Si no lo hacen, tengan en cuenta que todo el personal de la Comisión Extraordinaria está en nuestras manos. Si no son capaces de hacer el debido uso de sus derechos y no cumplen las tareas que les encomendamos, tenemos todo el personal del Control del Estado en nuestras manos y los consideraremos transgresores de la voluntad del Estado. Deben rendir cuenta hasta del último kopek, y toda vulneración será castigada como trasgresión de la voluntad del Estado y de sus leyes.

Mantenemos todo ese sistema de control en nuestras manos; pero ahora, el ganarnos a esa gente, aunque sea por algún tiempo, aunque no sea una tarea gigantesca desde el punto de vista de la política mundial, es de imperiosa necesidad para nosotros. Fortalecerá nuestras posiciones en la guerra. No disponemos de una retaguardia eficiente. Esto nos proporcionará una victoria moral, ya que demostrará a los imperialistas de Europa Occidental que habrán de encontrar una resistencia bastante seria, cosa que no se debe desdeñar, pues cada país tiene su propia oposición interna obrera, proletaria, contra la invasión de Rusia. Por eso creo, a juzgar por la declaración del camarada Maxímov, que estamos tanteando el camino para un acuerdo concreto. Incluso si surgen divergencias, no serán tan importantes, dado que se reconoce la necesidad de llegar a un entendimiento razonable con toda la democracia pequeñoburguesa, con la intelectualidad, los cooperativistas y los sindicatos que aún no nos reconocen, sin dejar que el poder se nos escape de las manos; si aplicamos esta política con firmeza durante todo el invierno, obtendremos una gran ventaja para toda la causa de la revolución mundial.

Publicado por primera vez en 1929 en la 2a y 3a ed. de las "Obras" de V. I. Lenin, t. XXIII.
T. 37, págs. 225-233.

NOTAS.

1 *Revolución de Octubre*: revolución socialista que comenzó en Rusia el 25 de octubre (7 de noviembre). El II Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia, que se reunió este día en Petrogrado, dispuso derrocar el Gobierno Provisional burgués y entregar el poder a los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos. Formó un gobierno obrero y campesino: el Consejo de Comisarios del Pueblo, encabezado por V. I. Lenin, promulgó el Decreto de la paz, dirigido a todos los pueblos y gobiernos de los países beligerantes con la propuesta de comenzar las negociaciones de paz, así como el Decreto de la tierra, que abolió la propiedad terrateniente en Rusia y declaró toda la tierra propiedad del pueblo.

2 *Revolución de Febrero*: revolución democrática burguesa que empezó el 27 de febrero (11 de marzo) de 1917 en Rusia. La insurrección de los obreros de Petrogrado, a la que se adhirieron los soldados de la guarnición de la capital, derrocó el gobierno zarista. En Petrogrado, Moscú y otras ciudades se formaron Soviets de diputados obreros y soldados. Pero en los Soviets eran mayoría los representantes de los partidos pequeñoburgueses de los eseristas y los mencheviques que aplicaban una política de conciliación con la burguesía y cedieron el poder estatal al Gobierno Provisional, formado de líderes de los partidos políticos burgueses. Este gobierno no dio satisfacción a ninguna de las reivindicaciones de las masas populares. La tierra permaneció en propiedad de los grandes terratenientes, y el gobierno respondía con represiones a las luchas de los campesinos que exigían la abolición de la gran propiedad terrateniente. La inmensa mayoría de las masas trabajadoras exigía que se pusiera fin a la guerra imperialista que costó al pueblo innumerables sacrificios; pero, en cumplimiento de la voluntad de la burguesía imperialista, que obtenía superganancias colosales de la guerra, el Gobierno Provisional se proponía continuada "hasta el fin victorioso". Una vez anunciada la convocatoria de la Asamblea Constituyente, el Gobierno provisional posponía sin cesar la fecha de la misma. La burguesía de Rusia declaró, por boca del capitalista Riabushinski, uno de sus representantes, que estaba dispuesta a "estrangular la revolución con la mano sarmentosa del hambre" cerró fábricas y talleres, agravando intencionadamente el desbarajuste económico y desorganizando el abastecimiento de víveres en las ciudades; cada día era mayor el hambre en el país y más numerosos los contingentes de trabajadores que, convencidos de que el Gobierno Provisional traicionaba los intereses del pueblo, manifestaban su apoyo a los bolcheviques. Las reelecciones de los Soviets de diputados obreros y soldados, celebradas en el otoño de 1917 en Petrogrado y Moscú, dieron la mayoría a los bolcheviques en los Soviets de ambas capitales. En Petrogrado, Moscú y otras ciudades hubo nutridas manifestaciones de obreros y soldados que reivindicaban la entrega del poder estatal a los Soviets.

3 El 18 de abril (1 de mayo) de 1917, el ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Provisional y líder del partido de los democonstitucionalistas P. Miliukov dirigió una nota a los Estados imperialistas de la Entente en la que declaraba que Rusia se comprometía a cumplir los tratados concertados por el gobierno zarista derrocado y estaba dispuesta a hacer la guerra "hasta el fin victorioso". La nota de Miliukov despertó la indignación de las grandes masas de trabajadores. El 20 y el 21 de abril hubo en Petrogrado manifestaciones bajo la consigna de "¡Todo el poder a los Soviets!" Las manifestaciones tuvieron por resultado la destitución de Miliukov y la formación de un gobierno de coalición integrado por representantes de los partidos de los eseristas y los mencheviques junto a líderes de la burguesía.

4 El 18 de junio (1 de julio) de 1917, por orden del Gobierno Provisional, que cumplía la voluntad de los imperialistas de la Entente, las tropas rusas pasaron a la ofensiva en el frente alemán. La ofensiva, comenzada contra la voluntad de las masas populares, que exigían se pusiera fin a la guerra imperialista, acabó en dura derrota y en la pérdida de unos 60.000 hombres. La ofensiva de julio levantó una ola de indignación contra la política criminal del Gobierno Provisional. El 3 de julio comenzaron las manifestaciones espontáneas de los obreros y soldados de Petrogrado. Los manifestantes lanzaron consignas bolcheviques de poner fin a la guerra imperialista y entregar todo el poder a los Soviets de diputados obreros y soldados. El 4 de julio prosiguieron las manifestaciones, más nutridas aún. De acuerdo con los líderes mencheviques y eseristas de los Soviets, el Gobierno Provisional lanzó contra los manifestantes unidades militares que ametrallaron a los participantes inermes de las manifestaciones.

El partido de los bolcheviques opinaba que aún no habían madurado las condiciones para la

insurrección armada contra el Gobierno Provisional y para la toma del poder por los Soviets, pero participó en la manifestación con el fin de comunicarle un carácter pacífico. En la noche del 4 al 5 de julio, el Comité Central y el Comité de Petrogrado del partido de los bolcheviques adoptaron en reunión conjunta el acuerdo del cese organizado de la manifestación.

Después de las jornadas de julio, el Gobierno Provisional desencadenó contra los obreros de Petrogrado y, en primer orden, contra el partido de los bolcheviques, crueles represiones. Comenzaron las detenciones en masa, fueron asaltados los locales de los periódicos bolcheviques, y las unidades militares de moral revolucionaria fueron enviadas al frente.

5 *Korniloviada*: sublevación contrarrevolucionaria que comenzó el 25 de agosto (7 de septiembre) de 1917 y estuvo encabezada por el general zarista L. Kornílov. El objetivo de la insurrección era poner fin al movimiento revolucionario creciente de los obreros y los campesinos, disolver los Soviets de diputados obreros y soldados e implantar en el país un régimen de dictadura militar contrarrevolucionaria. Kornílov lanzó un cuerpo de ejército de caballería contra el Petrogrado revolucionario. El partido de los bolcheviques llamó a los obreros y soldados a combatir a la contrarrevolución. Los destacamentos de la Guardia Roja, formados con rapidez, detuvieron el avance de las tropas de Kornílov. La insurrección fue sofocada en varios días, y el Gobierno Provisional se vio obligado, bajo la presión de las masas populares, a dar la orden de detención y procesamiento de Kornílov y sus cómplices.

6 Se trata de la posición capituladora de L. Kámenev, G. Zinóviev y otros que se pronunciaron contra la Revolución Socialista de Octubre; y cuando la revolución triunfó, propusieron formar un gobierno en el que entrasen, además de los bolcheviques, representantes de los partidos de los mencheviques y los eseristas, hostiles a la revolución socialista.

7 *Conferencia de Abril*: Conferencia nacional del partido de los bolcheviques que se celebró en Petrogrado del 24 al 29 de abril (7-12 de mayo) de 1917. Esta conferencia discutió las cuestiones siguientes: el momento actual (la guerra y la actitud ante el Gobierno Provisional); revisión del programa del partido; la situación en la Internacional y otras. Esta conferencia eligió el CC del partido encabezado por Lenin. El alcance histórico de la Conferencia de Abril consistió en que adoptó el programa leninista de transición a la segunda etapa de la revolución, trazó un plan de lucha para convertir la revolución democrática burguesa en revolución socialista y lanzó la consigna de paso de todo el poder a los Soviets.

8 *Fuerzas de Kaledin*: contrarrevolucionarios que deben el nombre al general zarista y atamán de cosacos A. Kaledin, quien organizó después de la Revolución Socialista de Octubre levantamientos contrarrevolucionarios de los cosacos del Don.

9 La *Ley de socialización de la tierra* del 18 (31) de enero de 1918 estipulaba la distribución igualitaria de la tierra según una norma "laboral" o "de consumo", exigida por el campesinado. A la vez, esta ley planteaba la tarea de "desarrollar la hacienda colectiva en agricultura como forma más ventajosa en el sentido de economía del trabajo y de los productos" con objeto de pasar a la economía socialista.

El *Reglamento sobre el control obrero*, aprobado por el CEC de toda Rusia el 14 (27) de noviembre de 1917, estipulaba la implantación del control obrero en las empresas sobre la producción y la distribución de todos los productos y materias primas. El control lo ejercían representantes electos de los obreros y empleados de la empresa de que se tratase. La implantación del control obrero desempeñó un gran papel en los preparativos para nacionalizar la industria.

10 Inmediatamente después del paso del poder del Estado a los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, el II Congreso de los Soviets de toda Rusia adoptó el 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917 el Decreto de la paz, en el que proponía a todos los gobiernos y pueblos beligerantes poner fin a la guerra imperialista que se prolongaba más de tres años y comenzar las negociaciones de paz. Como quiera que las potencias de la Entente declinaron la propuesta soviética y prosiguieron la guerra, el Gobierno soviético empezó en diciembre de 1917 en Brest-Litovsk las negociaciones de paz con Alemania. El gobierno de Guillermo II propuso unas condiciones de paz muy duras. Lenin insistía en que se aceptaran esas condiciones, ya que, por entonces, la joven República Soviética no estaba en condiciones de hacer la guerra: el ejército zarista estaba descompuesto, y el nuevo ejército aún no se había formado. Contra la concertación de la paz se pronunciaron los eseristas de izquierda y el grupo de los comunistas denominados "de izquierda" encabezados por Bujarin. Trotski, que en un principio estaba al frente de la delegación soviética de paz en Brest, se negó a firmar el Tratado de Paz, declarando a la vez que Rusia no combatiría y desmovilizaría el ejército. En respuesta a ello, las tropas alemanas pasaron a la ofensiva en el frente noroccidental.

El 3 de marzo de 1918 se firmó en Brest-Litovsk el Tratado de Paz entre la Rusia Soviética y Alemania y sus aliados en condiciones más duras aún para Rusia que las antes propuestas: bajo el control de Alemania debían pasar Polonia, casi todo el litoral báltico y parte de Bielorrusia; Ucrania se separaba de la Rusia Soviética y se convertía en un Estado dependiente de Alemania; el Estado soviético se comprometía a pagar a Alemania una contribución. Pero la paz de Brest dio al pueblo soviético la tregua que necesitaba y le permitió comenzar el restablecimiento de la economía destruida por la guerra, así como la creación del Ejército Rojo. La revolución de Alemania, que comenzó el 9 de noviembre de 1918, anuló el Tratado de Paz de Brest.

11 Los tratados secretos de la Rusia zarista con los Estados imperialistas fueron publicados por el Comisariado del Pueblo de Negocios Extranjeros

en diciembre de 1917 en virtud de una disposición del II Congreso de los Soviets de toda Rusia. De los archivos del Ministerio de Negocios Extranjeros zarista se extrajeron, descifraron y luego publicaron más de cien tratados y otros documentos secretos del gobierno zarista y del Gobierno Provisional de Rusia. Primero se publicaron en los periódicos y, luego, en nueve fascículos. La publicación de los tratados secretos desempeñó un papel inmenso en el desenmascaramiento del carácter imperialista de la primera guerra mundial.

12 Se trata del juramento de lealtad al zar que debían suscribir obligatoriamente los diputados a la Duma de Estado durante el zarismo. La negativa a firmar privaba del acta al diputado a la Duma.

13 *Paz de Tilsit*: tratado de paz concertado en julio de 1807 por Napoleón con Prusia en la ciudad de Tilsit. Según este tratado, Prusia perdía extenso territorio y había de pagar una contribución de cien millones de francos; además, se la obligaba a no comerciar con Inglaterra. Prusia debía reducir también su ejército a 40.000 hombres y dar fuerzas armadas auxiliares para el ejército francés.

14 *Kommunist*: periódico, órgano fraccional del grupo de los "comunistas de izquierda"; apareció en Petrogrado desde el 5 hasta el 19 de marzo de 1918.

15 Lenin se refiere, por lo visto, a los días en que comenzó la ofensiva de las tropas alemanas, el 18 de febrero, hasta la llegada de la delegación soviética a Brest-Litovsk el 28 de febrero de 1918. La ofensiva de los invasores alemanes duró hasta el 3 de marzo, día en que se firmó el Tratado de Paz.

16 A fines de enero de 1918 comenzó en Finlandia la revolución proletaria. El gobierno revolucionario de Finlandia, en él que entraron E. Gylling, O. Kuusinen, Y. Sirola y otros, promulgó leyes que establecían el control popular sobre los bancos, entregaban en completa propiedad a los campesinos sin tierras las que venían cultivando, etc. El gobierno burgués de Svinhufvud, derrocado por el pueblo revolucionario, recabó la ayuda del gobierno del káiser alemán. Debido a la intervención de las fuerzas armadas alemanas y luego de tres meses de sañuda guerra civil, fue aplastada la revolución obrera de Finlandia. Miles de obreros y campesinos revolucionarios fueron pasados por las armas o torturados en las cárceles.

17 Lenin se refiere a la conversación que tuvo con el conde de Lubersac, oficial francés, el 27 de febrero de 1918.

18 *Canosa*: castillo del norte de Italia. En 1077, después de ser derrotado el emperador de Alemania Enrique IV en la lucha contra el papa Gregorio VII, se vio obligado a permanecer durante tres días vestido de penitente ante las puertas del castillo para redimirse de la excomunión y recuperar el poder imperial. Este hecho dio origen a la frase "ir a Canosa", que significa arrepentirse, humillarse ante el enemigo.

19 *Eseristas de izquierda*: ala izquierda del partido de los socialistas revolucionarios; se constituyó orgánicamente como partido independiente en noviembre de 1917. Después de la Revolución Socialista de Octubre, los eseristas de izquierda colaboraron algún tiempo con los bolcheviques y entraron en el Gobierno soviético. En enero-febrero de 1918 se pronunciaron contra la conclusión del Tratado de Paz de Brest, exigiendo que se hiciera la "guerra revolucionaria" contra Alemania. En julio de 1918, los eseristas de izquierda asesinaron en Moscú al embajador alemán Mirbach, intentando de esa manera provocar la guerra y se alzaron en armas contra el Poder soviético. La sublevación fue aplastada en varios días.

20 Las tropas alemanas comenzaron la ofensiva el 18 de febrero, dos días después de haberse declarado vencido el armisticio, en tanto que, según el tratado de armisticio, las hostilidades podían reanudarse sólo previo aviso de siete días.

21 El 12 de marzo se proyectaba convocar el IV Congreso Extraordinario de los Soviets de toda Rusia para decidir la ratificación del Tratado de Paz de Brest. El congreso se celebró entre el 14 y el 16 de marzo de 1918.

22 *Dielo Naroda* ("La Causa del Pueblo"): periódico, órgano del partido de los socialistas-revolucionarios. Apareció en Petrogrado desde marzo de 1917 hasta julio de 1918.
Nóvaya Zhizn ("Vida Nueva"): periódico, órgano del grupo de los socialdemócratas denominados internacionalistas que agrupaban a los mencheviques de izquierda y a los intelectuales de tendencia semimenchevique. Apareció en Petrogrado desde abril de 1917 hasta julio de 1918.

23 Véase la carta de F. Engels a A. Bebel del 18-28 de marzo de 1875.

24 Véase F. Engels. *Prefacio al folleto de Borkheim "En memoria de los patrioteros alemanes de 1806-1807"*.

25 El congreso de la socialdemocracia alemana, celebrado en septiembre de 1912 en Chemnitz, adoptó la resolución *Acerca del imperialismo*, en la que caracterizó la política de los Estados imperialistas como "una política desvergonzada de rapiña y anexiones" y exhortó a la clase obrera "a luchar con energía redoblada contra el imperialismo hasta derrocarlo".
El Congreso Socialista Internacional (Congreso Extraordinario de la II Internacional) que se celebró en noviembre de 1912 en Basilea adoptó una resolución (Manifiesto) que exhortaba a los socialistas de todos los países a "impedir el desencadenamiento de la guerra". "El proletariado tiene por *un crimen disparar los unos contra los otros*" -se decía en este Manifiesto- en aras de las ganancias de los capitalistas, en aras de ambiciones dinásticas, en aras del cumplimiento de los tratados diplomáticos secretos. En caso de que, a pesar de todo, la guerra estalle, "los socialistas están obligados a intervenir para ponerle fin en el plazo más breve y aprovechar al máximo la crisis económica y política provocada por la guerra para alzar al pueblo y, con ello, acelerar la caída de la dominación del capital".
Cuando en julio de 1914 comenzó la guerra imperialista mundial, la mayoría de los líderes de los partidos socialistas que integraban la II Internacional traicionaron la causa del socialismo,

se negaron a cumplir la resolución de Basilea y se pusieron de parte de sus gobiernos imperialistas. Los bolcheviques rusos, encabezados por Lenin, así como los socialdemócratas alemanes de izquierda (C. Liebknecht, R. Luxemburgo y otros) y ciertos grupos de otros partidos socialistas guardaron fidelidad al internacionalismo y, de acuerdo con el Manifiesto de Basilea, exhortaron a los obreros de sus países a la lucha contra su gobierno imperialista y la guerra imperialista.

26 Lenin se refiere al gobierno revolucionario de Finlandia, Consejo de Delegados del Pueblo, que existió desde enero hasta mayo de 1918. Simultáneamente se constituyó la Junta Principal de Organizaciones Obreras, que era el órgano supremo de poder. La base del poder estatal del país la constituían los "consejos de organizaciones obreras".

27 El programa del POSDR, aprobado por el II Congreso del POSDR (1903), constaba de dos partes. *El programa mínimo* era la parte del programa que contenía las reivindicaciones de la revolución democrática burguesa: derrocamiento de la autocracia, proclamación de la república, confiscación de la tierra de los grandes terratenientes e introducción de la jornada de ocho horas. *El programa máximo* era la parte del programa que indicaba el objetivo final de la lucha de la clase obrera: la revolución socialista, la destrucción del capitalismo, el establecimiento de la dictadura del proletariado y el paso al socialismo.

28 Después de la victoria de la Revolución Socialista de Octubre, el Poder soviético fue nacionalizando paulatinamente la industria. Para la primavera de 1918 pasaron a propiedad del Estado las mayores fábricas de la industria metalúrgica y mecánica de Petrogrado, Moscú y otras regiones, así como la industria minera de los Urales y la cuenca del Donets. A partir de mayo de 1918 comenzó la nacionalización de ramas enteras de la gran industria: del azúcar, del petróleo y otras. La nacionalización de toda la gran industria fue decretada el 28 de junio de 1918.

29 El decreto de nacionalización de los bancos se promulgó en diciembre de 1918.

30 El *Borrador del proyecto de programa del partido*, escrito por Lenin, se repartió entre los delegados al VII Congreso del partido como texto de discusión. Para redactar el proyecto definitivo del nuevo programa, el congreso eligió una comisión encabezada por Lenin. El nuevo programa del partido fue aprobado en marzo de 1919 en el VIII Congreso del partido.

31 *Mencheviques*: corriente oportunista de la socialdemocracia de Rusia que se formó en 1903 en el II Congreso del POSDR y luego se constituyó en partido de los mencheviques. Después de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917 los mencheviques apoyaban la política del Gobierno Provisional burgués y formaban parte de él. Después de la Revolución Socialista de Octubre de 1917, los mencheviques se pronunciaron en contra de concluir la paz con Alemania y en pro de continuar la guerra imperialista. En la guerra civil de 1918-1920, parte de los mencheviques participaron en la lucha contrarrevolucionaria que se hacía al pueblo soviético.

Tsereteli fue uno de los líderes de los mencheviques.

32 *Adeptos de Chemov*: socialistas-revolucionarios (eseristas); Chernov fue uno de los líderes del partido de los socialistas-revolucionarios. Este partido se formó en 1901-1902 y combatía al zarismo con los métodos del terrorismo individual. Después de la revolución democrática burguesa de 1917, los eseristas formaron parte del Gobierno Provisional burgués y apoyaron su política. Después de la Revolución Socialista de Octubre de 1917, se pronunciaron en contra de concertar la paz con Alemania y en pro de continuar la guerra imperialista. Los líderes de los eseristas organizaban la lucha contrarrevolucionaria frente al pueblo soviético en 1918-1920.

33 *Democonstitucionalistas*: miembros del Partido Demócrata Constitucionalista, partido principal de la burguesía liberal rusa fundado en 1905.

Después de la Revolución de Febrero de 1917, los democonstitucionalistas, que entraron en el Gobierno Provisional burgués, lucharon contra el movimiento revolucionario de los obreros y los campesinos; defendieron la propiedad terrateniente e intentaron obligar al pueblo a proseguir la guerra imperialista. Después de la victoria de la Revolución Socialista de Octubre de 1917, los democonstitucionalistas iban a la cabeza de la contrarrevolución que había organizado la lucha armada contra la Rusia Soviética.

34 En el IV Congreso Extraordinario de los Soviets pronunció un coinforme sobre la ratificación de la paz de Brest el eserista de izquierda Kamkov, quien proponía renunciar a la concertación de la paz y comenzar la denominada guerra revolucionaria.

35 En el discurso pronunciado en este congreso, el menchevique Mártov, que afirmó falsamente que los delegados ignoraban el contenido del Tratado de Brest, procuró comparar a los delegados al congreso con los campesinos que en tiempos del zar se veían obligados a firmar en sus juntas los papeles que las autoridades les ponían delante, sin conocer ellos su contenido.

36 Lenin se refiere al llamamiento del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado "A los pueblos de todo el mundo", publicado el 15 (28) de marzo de 1917, cuando en el Soviet de Petrogrado tenían mayoría los mencheviques y los eseristas. En este llamamiento, los líderes mencheviques y eseristas del Soviet de Petrogrado encubrieron con frases altisonantes sobre las guerras de rapiña su política de apoyo al Gobierno Provisional, que defendía los intereses de la burguesía imperialista de Rusia, la cual se esforzaba por seguir la guerra "hasta el fin victorioso".

37 Se alude a los llamamientos del partido de los bolcheviques a poner fin a la guerra imperialista.

38 Se trata de la Revolución Francesa de 1789-1794 y de la Comuna de París de 1871.

39 El Consejo de Comisarios del Pueblo promulgó el 18 de noviembre (1 de diciembre) de 1917 un

decreto que limitaba el sueldo máximo de los comisarios del pueblo y funcionarios superiores a 500 rublos mensuales más 100 rublos por cada familiar no apto para el trabajo, lo que correspondía, aproximadamente, al salario medio de un obrero. El 2 (15) de enero de 1918, el Consejo de Comisarios del Pueblo explicó que el decreto del 18 de noviembre no prohibía el pago de sueldos superiores a los indicados en el decreto para los científicos y especialistas técnicos.

40 El control del comercio exterior empezó a ejercerse desde los primeros días del Poder soviético. No obstante, sólo la organización del control y de las barreras aduaneras no podían ser una protección segura de la economía soviética contra el capital extranjero. Lenin decía que la clase obrera del País Soviético "no está absolutamente en condiciones de reconstruir su industria, de hacer de Rusia un país industrial si no lo protege, pero de ninguna manera con política aduanera, sino sola y exclusivamente con el monopolio del comercio exterior". El decreto del monopolio del comercio exterior fue adoptado por el Consejo de Comisarios del Pueblo el 22 de abril de 1918.

41 Durante los primeros meses de Poder soviético, una de las fuentes fundamentales de ingresos del presupuesto, sobre todo en el plano local, eran las contribuciones y los impuestos extraordinarios. Con el reforzamiento del Poder soviético se planteó el problema de pasar al pago regular de contribuciones; el papel principal debían desempeñarlo en ello los impuestos progresivos de utilidades y bienes que permitían descargar el peso fundamental de las contribuciones sobre los sectores pudientes de la población. El 17 de junio de 1918, el Consejo de Comisarios del Pueblo aprobó el Decreto sobre los cambios y adiciones al del 24 de noviembre de 1917 sobre la exacción de los impuestos directos que determinó un orden riguroso de cobro de los impuestos de utilidades y bienes.

42 El *Decreto de las Cooperativas de Consumo* fue adoptado por el Consejo de Comisarios del Pueblo el 10 de abril de 1918. El proyecto inicial del decreto topó con la resistencia de los cooperativistas burgueses que defendían la independencia de las cooperativas respecto de los órganos del Poder soviético. Con el fin de utilizar el mecanismo cooperativista existente para organizar la distribución de comestibles, el Consejo de Comisarios del Pueblo hizo algunas concesiones a los cooperativistas burgueses, de los que Lenin habla a renglón seguido.

43 *Régimen de Kerenski*: período comprendido entre las revoluciones democrática burguesa de febrero y la Socialista de Octubre de 1917, cuando el Gobierno Provisional estaba encabezado por el eserista Kerenski, el cual aplicaba una política dictada por los intereses de la burguesía.

Korniloviada: tentativa de los medios monárquicos castrenses de implantar en Rusia una dictadura militar encabezada por el general del ejército zarista Kornílov. En agosto de 1917 Kornílov organizó un alzamiento contrarrevolucionario que fue aplastado rápidamente por destacamentos de obreros y soldados revolucionarios de la Guardia Roja.

44 La organización de la producción social según los principios socialistas exigió nuevos reglamentos sobre la disciplina laboral y la elevación de la productividad del trabajo en las empresas nacionalizadas.

Los sindicatos y los organismos de economía asumieron esa labor. Mostró una valiosa iniciativa el Comité Central del Sindicato de Obreros Metalúrgicos que propuso aplicar el principio de pago por unidad de trabajo realizado y un sistema de premios en la industria del metal. El Consejo Central de los Sindicatos de toda Rusia aprobó en abril de 1918 el *Reglamento sobre la disciplina laboral*, que proponía introducir en todas las empresas estatales las reglas de orden interno, establecer normas de trabajo y contabilidad del rendimiento del mismo, introducir el pago a destajo y un sistema de primas y aplicar severas medidas de castigo a los infractores de la disciplina laboral.

45 Después de la Revolución Socialista de Octubre, el pago del trabajo en la mayoría de las empresas era por horas. El pago a destajo, que corresponde más al principio socialista de la distribución según la cantidad y calidad del trabajo realizado, comenzó a aplicarse después de concertarse el Tratado de Paz de Brest en 1918 y aprobado definitivamente por el Código laboral publicado en diciembre de 1918.

46 *Sistema Taylor*: sistema de organización del trabajo ideado por el ingeniero norteamericano F. Taylor. Los elementos de organización verdaderamente científica y aprovechamiento racional de los medios de producción se combinaban en el sistema Taylor con propuestas conducentes a reforzar la explotación de los trabajadores.

47 *Secreto comercial*: derecho protegido por las leyes burguesas a mantener en secreto las operaciones de producción, comercio y finanzas, así como la documentación respectiva a ellas de las empresas capitalistas privadas. El secreto comercial fue abolido en la Rusia Soviética por el Reglamento sobre el Control Obrero aprobado por el CEC de toda Rusia y el Consejo de Comisarios del Pueblo el 14 (27) de noviembre de 1917.

48 Lenin hace un remedo de las palabras de la fábula de I. Krylov *El elefante y el gozque*: "¡Bravo debe ser el gozque cuando ladra al elefante!"

49 Se alude al decreto *Sobre la centralización de la dirección, la protección de los caminos y el aumento de su capacidad de tráfico*, aprobado por el Consejo de Comisarios del Pueblo el 23 de marzo de 1918. Este decreto fue promulgado a causa de la gravísima situación en que se encontraba el transporte ferroviario y estipulaba una serie de medidas tendentes a mejorar el trabajo de los ferrocarriles. Al propugnar este decreto, contra el cual objetaban los mencheviques y los eseristas, Lenin señalaba la necesidad de adoptar las medidas más firmes para desterrar el sabotaje y el desorden en los ferrocarriles.

50 Lenin cita el libro de F. Engels *Anti-Dühring*, cap. II, *Ensayo de teoría*.

51 El escritor liberal ruso I. Turguénev dejó de colaborar en 1860 en la revista *Sovreménnik*, que se publicaba en San Petersburgo bajo la dirección de N. Chernyshevski y N. Dobroliúbov. La causa fue su desacuerdo con la tendencia demócrata revolucionaria de la revista.

52 En abril de 1918 apareció en los periódicos la noticia del asesinato del general Kornílov por sus propios soldados. Posteriormente se supo que Kornílov había perecido por efecto de la explosión de un proyectil de artillería durante un combate con las unidades del Ejército Rojo.

53 "*Comunistas de izquierda*": corriente oportunista que surgió en el partido bolchevique en enero de 1918. Los encabezaba N. Bujarin y se oponían a la conclusión del Tratado de Paz de Brest, empeñados, lo mismo que los eseristas de izquierda, en llevar la "guerra revolucionaria" contra Alemania. Los "comunistas de izquierda" se pronunciaban también en varias cuestiones contra la política económica del Poder soviético: contra la utilización de los especialistas burgueses en la economía nacional, contra el reforzamiento de la disciplina laboral, etc.

54 Lenin se remite al siguiente pasaje del discurso que él pronunció en el VII Congreso del PC(b) de Rusia: "Cuando los camaradas de *Kommunist* discurren sobre la guerra, apelan a los sentimientos... ¿Qué dicen? "Jamás un revolucionario consciente podrá soportar tal cosa, nunca aceptará semejante vergüenza". Su periódico lleva el título de *Kommunist*, pero debiera titularse *El Hidalgo*, ya que ve las cosas como un hidalgo que adopta una postura elegante para morir y dice con la espada en la mano: "La paz es un oprobio, la guerra un honor". Ellos discurren desde el punto de vista del hidalgo. Yo, desde el punto de vista del campesino. Si yo acepto la paz en un momento en que el ejército huye, en que no puede menos de huir para no perder miles de hombres, lo hago evitando males mayores. ¿Es acaso vergonzoso el tratado? Cualquier campesino o cualquier obrero serio justificará mi posición, porque comprende que la paz es un recurso para reunir fuerzas".

55 *Nozdriov*: personaje de la obra de Gógol *Las almas muertas*. Prototipo de fanfarrón y embustero sin medida.

56 Se refiere a la nacionalización de la gran industria y de los bancos realizada por el Gobierno soviético después de la Revolución de Octubre de 1917.

57 Se trata del sabotaje que hacían durante las primeras semanas que siguieron a la Revolución de Octubre de 1917 algunos grupos de funcionarios y de la intelectualidad burguesa en señal de protesta contra el paso del poder a manos de los Soviets. A comienzos de 1918, gran parte de los que participaban en la preparación de los sabotajes, convencidos de lo erróneo de esa táctica, declararon ya que estaban dispuestos a colaborar con el Poder soviético.

58 Federico Engels escribió en el artículo *El problema campesino en Francia y en Alemania*: Tan pronto como nuestro partido tome posesión del poder del Estado, procederá a expropiar sin rodeos a los grandes terratenientes, exactamente lo mismo que a los fabricantes. El que esta expropiación se lleve a cabo con indemnización o sin ella no dependerá en gran parte de nosotros, sino de las circunstancias en que subamos al poder, y, sobre todo, de la actitud que adopten los señores grandes terratenientes. La indemnización no es considerada por nosotros, ni mucho menos, como inadmisible en todas las circunstancias; Marx apuntó ante mí -¡muchas veces!- su opinión de que lo más barato para nosotros sería el poder deshacernos por dinero de toda esa cuadrilla".

59 "*El hombre enfundado*": personaje del cuento homónimo de A. Chéjov. Se trata de un funcionario cuyo mundo está limitado por el estrecho círculo de sus obligaciones, de una persona desacostumbra da de pensar y sentir por su cuenta, que tiene verdadero pánico a todo lo nuevo, a todo lo que puede introducir cambios en el ritmo rigurosamente establecido de su existencia burocrática.

60 *La conciliación de una parte de los bolcheviques en octubre-noviembre de 1917*: Se alude a la conducta de esquiroles que tuvieron Kámenev y Zinóviev en la víspera de la Revolución de Octubre de 1917, los cuales se pronunciaron contra la insurrección armada y publicaron en el periódico semimenchevique *Nóvaya Zhizn* el acuerdo del CC del partido de comenzar la insurrección armada, así como la postura de Ríkov, Noguín y Miliutin, que en noviembre de 1917 dimitieron del Consejo de Comisarios del Pueblo.

61 La Asamblea Constituyente se convocó el 5 de enero de 1918. Las elecciones a la misma se hicieron por listas preparadas ya antes de la Revolución Socialista de Octubre; la composición de la Asamblea Constituyente reflejaba la vieja correlación de fuerzas, cuando en el poder se encontraba la burguesía. Se produjo una ruptura completa entre la voluntad de la inmensa mayoría del pueblo, que se pronunciaba en pro del Poder soviético, y la política que aplicaba la mayoría eserista menchevique y democonstitucionalista de la Asamblea Constituyente, que expresaba los intereses de la burguesía y los terratenientes. En vista de que la Asamblea Constituyente renunció a discutir la Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado y confirmar los decretos del II Congreso de los Soviets sobre la paz, la tierra y el paso del poder a los Soviets, fue disuelta por acuerdo del CEC de toda Rusia el 6 (19) de enero de 1918.

62 *Bogaievski, M. P.* (1881-1918) fue uno de los líderes de los cosacos contrarrevolucionarios y un organizador de acciones contrarrevolucionarias en el Don en 1918.

63 *Tsereteli*: uno de los líderes de los mencheviques, ministro del Gobierno Provisional burgués en 1917; en el discurso que pronunció en la sesión del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado de diputados obreros y soldados el 11 (24) de junio de 1917 declaró que se adoptarían medidas enérgicas para desarmar a los obreros petrogradenses que apoyaban a los bolcheviques.

64 *Los Liberdán*: los mencheviques M. Líber (1880-

1937) y F. Dan (1871-1947).

65 Lenin cita un epigrama del poeta ruso V. L. Pushkin.

66 Se refiere al decreto *Sobre la centralización de la dirección, la protección de los caminos y el aumento de su capacidad de tráfico* aprobado por el Consejo de Comisarios del Pueblo el 26 de marzo de 1918.

67 *Seminaristas*: alumnos de las escuelas conciliares (seminarios) que vivían internados en ellas y cuyas costumbres fueron descritas por el escritor ruso N. Pomialovski en *Apuntes de un seminarista*.

68 La cuestión de fundar la Academia Socialista de Ciencias Sociales se discutió en el Consejo de Comisarios del Pueblo el 25 de mayo de 1918. La inauguración solemne de la Academia se celebró el 1 de octubre de 1918. A fines de 1923, se le cambió el nombre por el de Academia Comunista. En febrero de 1936, la Academia Comunista fue disuelta, y sus institutos y colaboradores científicos pasaron a la Academia de Ciencias de la URSS.

69 En 1861 se abolió el régimen de servidumbre en Rusia.

70 Véase F. Engels. *Prefacio al folleto de Borkheim "En memoria de los patrioteros alemanes de 1806-1807"*.

71 Se trata de la ofensiva emprendida por el Gobierno Provisional burgués el 18 de junio de 1917 en el frente alemán. Véanse los por menores en la nota 4.

72 Lenin se refiere a la resolución presentada al IV Congreso Extraordinario de los Soviets de toda Rusia por el partido de los eseristas.

73 Se trata de la acción contrarrevolucionaria del cuerpo de ejército checoslovaco organizada por los imperialistas de la Entente con la participación activa de los mencheviques y los eseristas. El cuerpo de ejército checoslovaco fue formado en 1917 por el Gobierno Provisional burgués con prisioneros checos y eslovacos para combatir contra Alemania. Después de la Revolución Socialista de Octubre, el mando de este cuerpo de ejército comenzó, de acuerdo con los imperialistas anglo-franceses y de común con las tropas contrarrevolucionarias de los guardias blancos, la lucha armada contra el Poder soviético. El cuerpo checoslovaco se alzó en mayo de 1918 y ocupó varias ciudades de la región del Volga, participando luego al lado de la contrarrevolución en la guerra civil en los Urales y Siberia. Al mismo tiempo, gran parte de los prisioneros de guerra checos y eslovacos no se dejaron llevar por la propaganda antisoviética del mando de este cuerpo de ejército; unos doce mil checos y eslovacos se batieron en las filas del Ejército Rojo.

La región del Volga fue liberada por el Ejército Rojo en octubre de 1918. La acción contrarrevolucionaria del cuerpo de ejército checoslovaco se liquidó a fines de 1919, al ser derrotado Kolchak.

74 *La guerra de los Treinta Años*: guerra de los emperadores católicos alemanes contra los principados protestantes de Alemania con el fin de reincorporados al poder del Imperio. A la guerra se sumaron, al lado de los principados protestantes, Suecia, y luego Francia. La guerra duró desde 1618 hasta 1648 y dio lugar a la destrucción de ciudades y al exterminio en masa de la población y de las fuerzas productivas de Alemania.

75 *Kautskianos*: partidarios del "centrismo", corriente oportunista del movimiento socialista internacional. Los centristas ocuparon en los partidos de la II Internacional una situación intermedia entre los oportunistas declarados y el ala izquierdista, revolucionaria. Al apoyar a la derecha de la socialdemocracia en las cuestiones fundamentales, los centristas enmascaraban este apoyo con frases izquierdistas. El ideólogo principal del centrismo era el socialdemócrata alemán Kautsky de donde proviene la denominación de "kautskianos".

76 Véase la nota 59.

77 Se trata del proyecto de Constitución de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia que se sometió a la aprobación del V Congreso de los Soviets de toda Rusia. Este congreso aprobó por unanimidad la Constitución (Ley fundamental) de la R.S.F.S.R., encargando la redacción definitiva de su texto al CEC de toda Rusia nuevamente elegido. La Constitución entró en vigor el 19 de julio de 1918.

78 Se refiere a la Comisión Extraordinaria de toda Rusia (Cheka), adjunta al Consejo de Comisarios del Pueblo y presidida por Félix Dzerzhinski.

79 *Los comités de campesinos pobres*: se crearon en las aldeas en la primavera y en el verano de 1918. Los campesinos pobres se unieron para apoyar al Poder soviético y combatir a los campesinos ricos, que organizaban acciones contrarrevolucionarias e intentaban malograr el abastecimiento de pan de las ciudades hambrientas. Según el decreto del CEC de toda Rusia del 11 de junio de 1918, a los comités de campesinos pobres se les planteaban las tareas de llevar la cuenta de las reservas de comestibles en las haciendas campesinas, ayudar a los organismos soviéticos a sacar los excedentes de trigo de las haciendas de los campesinos ricos y enviarlos a las ciudades y las zonas obreras, abastecer de comestibles a los campesinos pobres, etc. Los comités de campesinos pobres fueron puntales del Poder soviético en el campo. Existieron hasta el invierno de 1918, cuando se unieron con los Soviets rurales y subdistritales de diputados campesinos.

80 Los socialistas-revolucionarios denominaban *socialización de la tierra* la aplicación del "usufructo laboral igualitario", según el que la tierra, que pasaba a ser propiedad del pueblo, se entregaba en usufructo a las haciendas campesinas que la cultivaban con su trabajo, repartiéndose periódicamente ésta según una norma de trabajo (por el número de familiares aptos para el mismo) o de consumo (por el número de bocas). La "socialización de la tierra" era la consigna programática de los socialistas-revolucionarios. Los bolcheviques estaban en contra de esta consigna, pues creían que la aplicación del "usufructo laboral igualitario" en modo alguno significaba la aplicación del socialismo en el campo, como afirmaban los eseristas, sino que, por el contrario,

llevaría al desarrollo acelerado del capitalismo en la agricultura. Mas, como el *Mandato campesino acerca de la tierra*, basado en 242 mandatos campesinos locales y sometido a la aprobación del II Congreso de los Soviets de toda Rusia, contenía la reivindicación del usufructo laboral igualitario, los bolcheviques accedieron a incluido en el Decreto de la tierra y en la Ley de socialización de la tierra, aprobada el 18 (31) de mero de 1918. "Como gobierno democrático no podemos dar de lado la decisión de las masas populares, aunque no estemos de acuerdo con ella. Los propios campesinos verán dónde está la verdad en el fragor de la vida, al llevarla a aplicarla en la práctica, al ponerla en vigor en cada lugar". En la Ley de socialización de la tierra se incluyó un apartado que expresaba el punto de vista de los bolcheviques en cuanto al paso de la agricultura a la vía del desarrollo socialista, el cual versaba que el Poder soviético debía contribuir a crear haciendas colectivas en el campo.

81 El Estado soviético ayudó desde los primeros días de su existencia, tanto con aperos como con dinero, a los arteles y comunas agrícolas que se fundaban a iniciativa de los campesinos. Por decreto del 2 de noviembre de 1918, a fin de mejorar y desarrollar la agricultura y reestructurada según los principios socialistas se formó un fondo de mil millones para ayudar a las cooperativas agrícolas y a las comunas.

82 El Comité de Relaciones Internacionales lo formaron los internacionalistas franceses en enero de 1916. Fue la primera tentativa de crear en Francia una organización revolucionaria internacionalista en contraposición a las organizaciones socialchovinistas. En 1920, se incluyó en el Partido Comunista de Francia.

83 Los imperialistas de la Entente rompieron en 1918 las hostilidades contra el País Soviético al lado de la contrarrevolución de Rusia. Al mismo tiempo que el cuerpo de ejército checoslovaco comenzó su acción organizada por los Estados de la Entente, desembarcaron en Múrmansk y Arjánguelsk, al norte de Rusia, tropas inglesas y norteamericanas. El 5 de abril de 1918, el Japón hizo un desembarco en Vladivostok, adonde, en agosto, llegaron tropas de los EE.UU. al mando del general Grevs. El objeto de la ocupación del Extremo Oriente se expuso con sinceridad en la disposición del Consejo Supremo de la Entente del 2 de julio de 1918. "Los aliados -se decía en esta disposición- deben aprovechar la posibilidad e implantar su control en Siberia, ya que en el futuro esa posibilidad puede no presentarse". En el verano de 1918, las tropas británicas intentaron apoderarse de Bakú, y los barcos de guerra franceses entraron en el mar Negro e hicieron un desembarco en Odesa.

84 Se refiere a la sublevación contrarrevolucionaria de los eseristas de izquierda en julio de 1918. Véase la nota 19.

85 *Dashnaktsutiún*: partido nacionalista armenio que se fundó en los años noventa del siglo pasado; se proponía liberar a los armenios turcos del yugo del sultán. Después de la Revolución Socialista de Octubre, el Dashnaktsutiún participó en la lucha de la contrarrevolución transcaucásica contra el Poder soviético.

86 En julio de 1918, los mencheviques, los dashnakes y los eseristas que entraban en el Soviet de Bakú dispusieron, so pretexto de defender a Bakú de las tropas turcas, llamar a las tropas inglesas "en ayuda". El resultado de esta traición fue la caída del Poder soviético en Bakú, y los veintiséis comisarios bolcheviques de esta capital fueron atrozmente asesinados por los intervencionistas ingleses.

87 A comienzos de 1918 hubo grandiosas huelgas de obreros en Berlín y otras ciudades de Alemania. Los obreros exigían la conclusión más rápida de la paz sin anexiones ni contribuciones, la mejora del abastecimiento de víveres y la puesta en libertad de los presos políticos. En una serie de ciudades se eligieron Soviets obreros. El Gobierno del káiser aplastó a mano armada las acciones de los obreros.

88 El 6 de julio de 1918 comenzó en Yaroslavl, simultáneamente al levantamiento de los eseristas de izquierda en Moscú, una sublevación contrarrevolucionaria organizada con medios de los imperialistas anglo-franceses. Los organizadores de la sublevación, que fueron los guardias blancos, los eseristas y los mencheviques, reprimieron salvajemente a los dirigentes del Poder soviético en Yaroslavl y se apoderaron de Correos, Telégrafos y otras instituciones. Los obreros de las fábricas de Yaroslavl y las unidades del Ejército Rojo dieron la batalla a los sublevados. Acudieron en su ayuda destacamentos de obreros armados de Petrogrado, Moscú, Ivánovo-Voznesensk, Kostromá y otras ciudades. El 21 de julio de 1918 fue aplastada la sublevación contrarrevolucionaria.

89 Lenin se refiere al decreto "Sobre la organización de los campesinos pobres y el suministro de trigo, artículos de primera necesidad y aperos agrícolas para los mismos", aprobado por el CEC de toda Rusia el 11 de junio de 1918. Véase la nota 79.

90 *Centurias negras*: así se denominaban las bandas monárquicas que organizaba la policía zarista para combatir el movimiento revolucionario. Los componentes de estas bandas asesinaban a los revolucionarios, atacaban a la intelectualidad progresista y organizaban pogromos hebreos.

91 Véase la nota 61.

92 La *Carta a los obreros norteamericanos* se encargó de enviarla el bolchevique M. Borodín, que había regresado de Norteamérica poco antes. En las condiciones de la intervención militar extranjera y del bloqueo de la Rusia Soviética, ésta era una tarea nada fácil. La carta la llevó en mano a los EE.UU. P. Travin (Sliótov). Junto con la carta, llevó a los EE.UU. la Constitución de la R.S.F.S.R. y el texto de la nota del Gobierno soviético al Presidente Wilson, en la que se exigía poner fin a la intervención.

93 Se trata de la guerra hispano-americana de 1898. So pretexto de "ayudar" al pueblo filipino, que luchaba contra España, colonia de la cual eran entonces las Filipinas, los imperialistas norteamericanos empezaron la guerra contra ésta. Cuando los españoles hubieron sido derrotados, las tropas norteamericanas comenzaron las hostilidades contra

la República Filipina y convirtieron las islas en colonia suya.

94 En la reseña al libro del economista norteamericano H. Carey *Cartas político-económicas al presidente de los Estados Unidos de América*, N. Chernyshevski escribió: "La vía histórica no es una acera de la avenida Nevski: va a campo traviesa, unas veces por el polvo, otras por el barro, otras por cenagales y otras por vericuetos. Quien tema llenarse de polvo o ensuciarse las botas, que no se meta en actividades públicas".

95 La guerra del pueblo norteamericano por la independencia contra Inglaterra duró de 1775 a 1783. Su resultado fue que las colonias inglesas de Norteamérica conquistaron su independencia, se separaron de la metrópoli y se constituyeron en Estado independiente: los Estados Unidos de América.

La Guerra de Secesión de los EE.UU. entre los Estados industriales del Norte y los Estados del Sur, en los que dominaban los plantadores esclavistas, duró de 1863 a 1865. Como resultado de la victoria obtenida por los del Norte, en EE.UU. se abolió la esclavitud de los negros.

96 "*Appeal to Reason*" ("Llamamiento a la Razón"): periódico de los socialistas norteamericanos que propagaba las ideas socialistas; durante la guerra imperialista mundial de 1914 a 1918 ocupó una posición internacionalista.

97 *Los Soviets de diputados obreros* se crearon por primera vez en Rusia durante la revolución de 1905 en varias grandes ciudades y centros industriales. Los Soviets, en los que entraban representantes de las fábricas y talleres locales, organizaban huelgas y manifestaciones y dirigían las acciones combativas de los obreros. La revolución de 1905-1907 fue derrotada, y los Soviets de diputados obreros fueron disueltos por el gobierno zarista.

Durante la revolución de febrero de 1917 volvieron a formarse los Soviets de diputados obreros. Simultáneamente surgieron los Soviets de diputados soldados y los Soviets de diputados campesinos. Durante la Revolución Socialista de Octubre de 1917, el poder estatal de Rusia pasó a los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos.

98 En la primavera y en el verano de 1917 se extendió entre las tropas francesas un movimiento de protesta contra la guerra imperialista. Atormentados por las duras condiciones de la vida del frente, los soldados se negaban a ir a las trincheras, organizaban mítines y presentaban reivindicaciones de mejora de su situación y de cese de la guerra. Según datos oficiales, el movimiento abarcó a setenta y cinco regimientos de infantería, veintitrés batallones de fusileros y doce regimientos de artillería.

Después de aplastado el movimiento, el ministro del Interior del Gobierno francés, L. Malvy, fue culpado por dicho gobierno de haber llevado una lucha poco enérgica contra los "derrotistas" y lo procesaron.

99 Véase la nota 16.

100 Se trata del cura Gapón, que organizó el 9 de enero de 1905 una manifestación de obreros de San Petersburgo con sus mujeres e hijos hacia el palacio del zar para entregar a éste una petición en la que se describía la grave situación de los obreros. Por orden del zar, la manifestación pacífica de los obreros fue ametrallada: más de mil personas resultaron muertas y unas cinco mil heridas. En respuesta al atroz ametrallamiento de San Petersburgo, en toda Rusia hubo huelgas y manifestaciones. Comenzó la revolución de 1905-1907.

101 En el Congreso del Partido Socialista Francés, celebrado entre el 6 y el 11 de octubre de 1918 en París, uno de los líderes del partido, Jean Longuet, dio lectura a la carta del capitán Jean Sadoul, miembro de la misión militar francesa en Rusia, a Romaní-Rolland, en la que Sadoul condenaba las acciones vergonzosas de los Estados de la Entente en Rusia enderezadas contra la revolución rusa. El corresponsal de *Pravda* en Ginebra comunicó que "la carta produjo una impresión colosal. Desde la izquierda gritaban "Viva la República Soviética" (*Pravda*, núm. 221 del 13 de octubre de 1918).

102 El periódico chovinista *La Victoire* lo editaba en París, desde comienzos de 1916, H. Hervé, charlatán ultraizquierdista hasta la primera guerra mundial y director del periódico *La Guerre Sociale*.

103 Lenin se refiere a las deudas del gobierno zarista y del Gobierno Provisional burgués a Inglaterra, Francia, los EE.UU. y otros países. El total de las deudas de Rusia por los empréstitos hechos tanto por el Gobierno zarista como por el Provisional (incluidas las inversiones en la industria rusa) rebasaba los dieciséis mil millones de rublos oro. El Gobierno soviético, por decreto del CEC de toda Rusia del 21 de enero (3 de febrero) de 1918, renunciaba a pagar las deudas del Gobierno zarista y del Gobierno Provisional.

104 En noviembre de 1918 comenzó la revolución en Alemania. El 3 de noviembre se sublevaron los marinos de la Flota de Guerra en Kiel, que se negaban a seguir la guerra. Se formaron Soviets de diputados obreros y soldados en Kiel, Berlín, Hamburgo, Lubeck y otras ciudades. El 9 de enero, la huelga general de Berlín se transformó en insurrección armada. El káiser Guillermo II se vio obligado a renunciar al trono. En el nuevo gobierno que se formó, la mayoría eran socialdemócratas de derecha (Ebert, Noske, Scheidemann y otros). En enero de 1919, los destacamentos contrarrevolucionarios, encabezados por el ministro de la Guerra Noske, reprimieron con extraordinaria crueldad la insurrección de los obreros de Berlín. Los dirigentes de los obreros, Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo, fueron asesinados atrozmente. Los Soviets de diputados obreros y soldados fueron transformados en órganos que no tenían el menor poder real. En las elecciones a la Asamblea Constituyente triunfaron los partidos burgueses que fundaron la llamada República de Weimar.

105 *Los de la Constituyente*: políticos de los partidos pequeñoburgueses de los mencheviques y eseristas, partidarios de la contrarrevolucionaria Asamblea Constituyente y enemigos del Poder soviético. Los

gobiernos de los guardias blancos, formados con la ayuda de los imperialistas ingleses, norteamericanos y franceses en Arjánguelsk, en el Volga, en Siberia y en el sur de Rusia ejercían una dictadura terrateniente y burguesa, quitaban a los campesinos y devolvían a los terratenientes la tierra que les había arrebatado la Revolución de Octubre y suprimían los derechos y las libertades políticas conquistados por los obreros y los campesinos.

106 Véase F. Engels. *El problema campesino en Francia y en Alemania*.